

Gastón Leval

COLECTIVIDADES LIBERTARIAS EN ESPAÑA



A través de datos minuciosamente recogidos en las zonas agrarias y fabriles de aquella España lacerada por la guerra civil, el autor explica los diversos modos en que los sectores vitales de la agricultura, la industria y los servicios públicos fueron reorganizados desde abajo por obreros, labriegos y profesionales imbuidos de un elevado sentido social y de una conciencia colectivista antiautoritaria legada por Bakunin, Mella, Anselmo Lorenzo y otros.

Encontramos aquí la comprobación práctica de la veracidad de los principios autogestionarios: la vida económica y cultural de una sociedad puede desarrollarse al margen de las instituciones gubernamentales e incluso en oposición con éstas.

A consignar el drama interior de Leval, que ya a mediados de 1937, comenzó a temer, que vería en España, la segunda exterminación de anarquistas en su vida. Recordemos que la primera, la había presenciado en Rusia en su viaje al “país de los soviets” por mandato de la CNT al Tercer Congreso de la Internacional Comunista.

«Me esforcé por recoger para el porvenir los resultados de esta gesta única y estudiar sobre el terreno, en los pueblos colectivizados, la obra constructiva de la revolución española».

ANATEMA

COLECTIVIDADES LIBERTARIAS EN ESPAÑA

Gastón Leval



Gastón Leval

COLECTIVIDADES LIBERTARIAS EN ESPAÑA

Año de publicación original: 1972

Digitalización: KCL (Kolectivo Conciencia Libertaria)

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio

Primera Parte: MATERIALES PARA UNA REVOLUCIÓN

- I. El ideal
- II. Hombres y combates
- III. Materiales para la revolución
- IV. Una situación revolucionaria

Segunda Parte: TRABAJOS EN LA AGRICULTURA

- V. La Federación de Colectividades de Aragón
- VI. Graus
- VII. Fraga
- VIII. Binéfar
- IX. Mas de las Matas y su comarca
- X. Ballobar
- XI. Alcorisa
- XII. Bujaraloz
- XIII. La socialización agraria en Levante
- XIV. Carcagente
- XV. Játiva

Tercera Parte: COLECTIVIDADES, CONTABILIDAD Y DEMOCRACIA LIBERTARIA

- XVI. Colectividades levantinas
- XVII. Colectividades de Castilla
- XVIII. Contabilidad colectivista
- XIX. La democracia libertaria

Cuarta Parte: INDUSTRIA Y SERVICIOS PÚBLICOS

XX. Las realizaciones industriales

XXI. Las sindicalizaciones de Alcoy

XXII. Agua, gas y electricidad en Cataluña

XXIII. Los tranvías de Barcelona

XXIV. El transporte terrestre

XXV. Los servicios sanitarios

Quinta Parte: REALIZACIONES VARIAS

XXVI. La organización comunalista

XXVII. La socialización en Alicante

XXVIII. Realizaciones dispersas

Sexta Parte: GOBIERNOS Y PARTIDOS

XXIX. La colaboración política

XXX. Libertarios y republicanos

XXXI. La contrarrevolución interna

XXXII. El federalismo libertario

Séptima Parte: LA INDUSTRIALIZACIÓN, REGLAMENTOS DE LAS COLECTIVIDADES

XXXIII. Consideraciones finales sobre la revolución y la guerra

Apéndices:

1. La industrialización en España

2. Reglamentos de las colectividades agrarias

Acerca del autor

PREFACIO

Una revolución incomparablemente más profunda que cuantas le han precedido en la historia, se ha producido en un país del que se habló mucho durante los años 1936–1939: España. Una revolución que alcanzó los objetivos establecidos teóricamente por Marx y Engels, cuando llevaron a sus últimas consecuencias sus predicciones sobre el futuro; objetivos también formulados por Proudhon y por Bakunin, por Kropotkin y por la escuela del anarquismo comunista.

Estos resultados fueron conseguidos en menos de tres años, mientras que la Revolución bolchevique que hace más de cincuenta años se reclamaba teóricamente del mismo ideal, no ha dado ni un paso adelante hacia ello. *La Comuna de París*, que ha dado lugar a tantos escritos, estudios y ensayos, comparada con este hecho histórico sin igual en la

vida de la humanidad, aparece como un acontecimiento menor. Porque, en muy vasta escala, la Revolución española ha realizado el comunismo libertario.

Se puede aprobar o desaprobar este ideal, pero no se puede ignorar su realización en el mismo momento en que las fuerzas del ejército republicano luchaban penosamente contra la invasión fascista.

Los hechos históricos que vamos a describir no pueden ser ignorados por los sociólogos en búsqueda de caminos nuevos para el porvenir humano, ni por los historiadores que analizan la evolución de la sociedad, ni por los hombres sedientos de justicia, deseosos de nuevas fórmulas sociales. El régimen de los incas interesa o apasiona a muchas gentes que retrospectivamente lo desaprueban. El sistema que los jesuitas implantaron en el Paraguay siempre merece ser estudiado; las estructuras del capitalismo de Estado creado por los bolcheviques requieren, hoy como ayer, el interés de los espíritus atentos a la marcha de la humanidad; los kibutzin israelitas mantienen la esperanza de una aurora nueva, incluso en el Oriente. Y si nos remontamos a las sociedades primitivas, los clanes comunitarios, las *gens* y las fratrías movilizan siempre la atención de los especialistas.

El comunismo igualitario no es una novedad en las distintas escuelas del socialismo. En la historia del pensamiento humano, podemos remontarnos a Platón, y pasar por Campanella, Tomás Moro y otros utopistas, siguiendo con

Babeuf y diversos precursores y fundadores, entre los cuales están Robert Owen, Saint-Simon, Fourier, Esteban Cabet, Pecqueur, Vidal, Considerant, Sylvain Marechal, Luis Blanc; pero es preciso llegar a Proudhon para que la justicia social vaya ligada a la desaparición del gobierno y el Estado, y para que la supresión de la explotación del hombre por el hombre sea completada por la del gobierno del hombre por el hombre.

A Proudhon le sucede Bakunin –su discípulo–, quien integra, al mismo tiempo, las bases filosóficas del socialismo y sus métodos de aplicación con su doctrina del colectivismo, y por fin aparece el comunismo en el sentido integral de la palabra, que es completado políticamente por los discípulos italianos de Bakunin (Covelli, Carlos Cafiero, Andrea Costa, Gambuzzi, Malatesta, Frischia, etc.) y recogido por Kropotkin, quien será su teórico más eminente. Desde ese momento, la escuela socialista del anarquismo, la más importante en el mundo, es comunista, mientras que la escuela autoritaria y marxista del socialismo será colectivista, hasta la nueva adhesión de los bolcheviques al comunismo, después de la llamada Revolución de Octubre de 1917.

En Francia, Proudhon y sus discípulos habían propuesto el mutualismo contra el programa de Luis Blanc, el mayor representante del comunismo. La razón más importante del desacuerdo –más no la única– residía en que el comunismo aparecía consustanciado con el predominio del Estado.

Proudhon, el «padre de la anarquía», como decía Kropotkin en el proceso de Lyon, era rabiosamente enemigo del Estado, y su doctrina inspira en parte las primeras obras de Marx en donde los exegetas porfiados creen, en nuestros días, hallar un humanismo que no es sino el pensamiento proudhoniano que el autor de *El Capital* ensalzaba entonces con palabras encomiásticas.

El comunismo libertario supone, pues:

a) La organización de una sociedad sin clases;

b) El funcionamiento de esta sociedad sobre la base del federalismo y de la libre y necesaria asociación.

Aspiraciones cuya grandeza reconocen muchas personas, a las que esta grandeza misma amilana.

Y, sin embargo, en España, durante casi tres años, a pesar de una guerra civil que causó un millón de muertos, pese a la oposición de los partidos políticos (republicanos de diferentes tendencias, socialistas, comunistas, catalanistas de derecha e izquierda, regionalistas vascos y valencianos, pequeña burguesía, etc.), este ideal ha entrado en la historia vivida por los hombres y se ha hecho realidad. Rápidamente, el 60% de las tierras han sido labradas sin propietarios, sin terratenientes, sin administradores todopoderosos, sin que el interés privado y la competencia hayan sido necesarios para suscitar los esfuerzos y las iniciativas; y en la mayoría de

las industrias, de las fábricas, de los talleres, de los servicios públicos, sus obreros, sus comités de empresa y sus sindicatos han asegurado la producción sin el control y la presencia de los empresarios, de los capitalistas, los accionistas y la autoridad del Estado.

Más aún: de un día para otro las colectividades agrarias y las empresas industriales han implantado la igualdad económica mediante la aplicación del principio comunista («a cada cual según sus necesidades, de cada uno según sus posibilidades»); o han reducido a un mínimo las diferencias de retribución. Han coordinado sus esfuerzos merced a la libre asociación en regiones enteras, creado riquezas nuevas, incrementando –especialmente en materia agrícola– los rendimientos, multiplicado las escuelas, mejorado los servicios sanitarios. Han fundado la verdadera democracia funcional y directa, la democracia libertaria con la cual cada uno toma parte en la organización de la sociedad y de la vida social. Han sustituido la rivalidad por la práctica generalizada de la ayuda mutua, por el principio de la solidaridad.

Muchas veces me ha sucedido, durante mi encuesta minuciosa, encontrar a republicanos de izquierda, a miembros de la Unión General de Trabajadores, que hasta entonces habían considerado a los libertarios como soñadores incurables y que, ante la prueba de los hechos, se adhirieron a lo que siempre les había parecido irrealizable utopía.

El desconocimiento de un hecho social de tal magnitud por parte de hombres deseosos de conocimientos y progreso es, entonces, inadmisibile.

Zola escribió su admirable *Trabajo* en dos gruesos volúmenes para describirnos la realización imaginaria de un pequeño falansterio ubicado alrededor de una fábrica, y que sólo constaba de algunas docenas de personas. Pero cada una de las realizaciones sociales de la España libertaria – como la colectividad agraria de Játiva, la de una pequeña ciudad industrial como Granollers, la sindicalización realizada por los 25.000 trabajadores de Alcoy, o la organización de un microcosmos armonioso en la provincia de Teruel, merecería un volumen entero– y la revolución libertaria española merece decenas de volúmenes.

Hasta ahora esta labor no ha sido realizada, y muy probablemente no lo será. Porque los creadores de este mundo eran obreros y campesinos, más hábiles para manejar las herramientas que la pluma, y que se preocuparon de hacer la historia, no de escribirla. En su mayoría están ahora en el exilio, donde van muriendo uno tras otro, recordando con nostalgia el sueño que han vivido².

Rápidamente convencido de que no se podría impedir la victoria final del franquismo, el autor se empeñó en recoger para el porvenir los resultados de esta experiencia única. Y

2 Recordemos que la fecha de publicación original del libro, fue 1972. [N. e. d.]

estudió en las fábricas y los talleres, en las aldeas colectivizadas, la obra constructiva que se había realizado, o se estaba realizando.

Esta experiencia en la cual han participado –directa o indirectamente– seis, siete, ocho millones de personas y que abre un camino nuevo a los que se interrogan ante un capitalismo antisocial y un falso socialismo de Estado, liberticida y totalitario, abre la perspectiva de un humanismo nuevo, de una nueva civilización. Porque, aun admitiendo que las realizaciones no sean integral y fielmente aplicables en todas partes, constituyen ejemplos, modelos, en los cuales es posible inspirarse adaptándolos a las circunstancias de lugar y de tiempo allí donde las condiciones sean propicias. Quienes lean este libro se convencerán de ello.

Al escribirlo cumplo un deber sagrado para con todos mis compañeros que han luchado y a menudo muerto por su ideal; y más aún, para con la humanidad frente a la que, en lo más hondo de mi conciencia, he jurado servir hasta mi último aliento.

PRIMERA PARTE

MATERIALES PARA UNA REVOLUCIÓN

I. EL IDEAL

«Ahora puedo morir; he visto realizadas mis ideas».

Así me hablaba, en una de las colectividades de la región levantina –en la provincia de Valencia, si la memoria me es fiel–, uno de esos hombres que habían luchado toda su vida por el triunfo de la justicia social, de la igualdad económica, de la libertad y la fraternidad humanas.

Veamos, ante todo, qué ideal inspiró a los revolucionarios de 1936–39.

En su folleto *El ideal anarquista*, Ricardo Mella, que fue el pensador más auténtico y original del anarquismo español, definía este ideal en la siguiente forma: «La libertad como base, la igualdad como medio, la fraternidad como fin». Retengámoslo: el objetivo último, el coronamiento, era la fraternidad; la libertad sería una base, o una consecuencia,

porque no puede haber fraternidad sin libertad, y por otra parte, ¿cómo privar a su hermano de libertad?

En su fundamental obra, *El proletariado militante*, Anselmo Lorenzo, que fue después de Mella el pensador más calificado del anarquismo español, narra cómo le habían sido revelados tales conceptos, antes del año 1870, en primer lugar por la lectura de algunos libros de Proudhon –y entre ellos *De la capacidad política de las clases trabajadoras*–, traducidos por Pi y Margall. Estos libros, y los artículos publicados por el mismo apóstol del republicanismo federalista en su periódico *La Discusión*, le habían mostrado la intensidad del problema social, mientras otros combatían por una república que no podía pasar de burguesa y se afiliaban al carbonarismo o a cualquier otra sociedad secreta europea.

Es entonces cuando penetra en España la influencia bakuniniana. El que la encarna es una hermosa figura de luchador, el italiano José Fanelli, que había combatido al lado de Garibaldi, siendo después diputado liberal independiente, y que habiendo encontrado a Bakunin –sin duda durante su estancia en Florencia– se había adherido a su pensamiento social.

Bakunin defiende y propaga el socialismo. En aquella época, la palabra «anarquía» era sinónimo de desorden, caos, batahola. El gran luchador ruso, que quiere constituir una fuerza revolucionaria no autoritaria en el occidente

europeo, ha fundado, con unos treinta intelectuales de diferentes nacionalidades, la Alianza de la Democracia Socialista.³

Anteriormente, durante su estancia en París (1844–48)⁴, había conocido a Proudhon, cuyo socialismo, como el bakuniniano, rechaza el Estado.

Concepto y actitud que correspondían a su rica idiosincrasia eslava, a su visión cósmica de las cosas, a la amplia filosofía humanista basada en la ciencia experimental que había elaborado. Su pensamiento ha madurado durante los doce años de fortaleza, prisión, presidio y deportación siberiana por los que ha pasado.

Y el comportamiento dictatorial de Marx, durante ese largo y doloroso período ha reforzado su desconfianza y su aversión hacia la dictadura, incluso la llamada popular.⁵

Así es cómo, cuando Fanelli expone la doctrina de la

3 No sólo la integraban personalidades como los hermanos Reclus (Elías y Eliseo), sino también Julio Guesde, Benoit Malon, Ferdinand Buisson, Víctor Dave y Alfredo Naquet.

4 Habiendo sido expulsado de Francia, por el Gobierno de Guizot, regresó, cubriendo la distancia de Bruselas a París en tres días, cuando se produjo la Revolución de febrero de 1848.

5 Durante ese terrible período, Marx, por medio de sus amigos, hacía propalar la afirmación de que Bakunin era un agente del zar, y cuando después de la evasión regresó al Occidente, se encontró con esta acusación difundida tenazmente en distintos países.

Alianza a los nuevos amigos con quienes ha establecido contacto en Madrid y Barcelona, le es posible mencionar los siete artículos del programa de la nueva organización internacional secreta escritos por Bakunin:

La Alianza profesa el ateísmo; quiere la igualdad política, económica y social de los individuos de ambos sexos... La tierra, los instrumentos de trabajo, y todo el capital, al volverse propiedad colectiva de la sociedad sólo deben ser utilizados por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

La Alianza quiere, para todos los niños de ambos sexos, y desde su nacimiento, iguales medios de desenvolvimiento, es decir, de existencia física, de instrucción, de acceso a todos los aspectos de la ciencia, de las industrias y de las artes. Declara que todos los Estados políticos y autoritarios que existen en la actualidad habrán de desaparecer en la unión universal de las libres federaciones, tanto agrícolas como industriales. No pudiendo, el problema social, hallar una solución definitiva y real sino sobre la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, la *Alianza* rechaza toda política fundada en el llamado patriotismo y en la rivalidad de las naciones. Quiere la asociación universal de todas las asociaciones locales gracias a la libertad.

En este programa, Bakunin va más lejos que Proudhon, por

ejemplo en lo que se refiere a los derechos de la mujer (y ya había ido más lejos en su *Catecismo revolucionario*), va más lejos que Marx en su visión de una sociedad nueva basada en las organizaciones económicas internacionales de los trabajadores. Pues los estatutos de la Primera Internacional nada dicen al respecto, no implican una técnica precisa de reorganización, factor que dejará el camino abierto para la conquista del parlamento y la utilización del Estado.

Pero sorprende ver con cuánta rapidez, facilidad y precisión los dos núcleos españoles, uno en Madrid, otro en Barcelona, iban a asimilar y propagar la doctrina fundamental de la Alianza.

Pues un año más tarde, para ser más exactos el 19 de junio de 1870, tenía lugar en el teatro lírico barcelonés el congreso constitutivo de la sección española de la Primera Internacional.

Este congreso, donde estaban representados 40.000 trabajadores sobre una población de 18 millones de habitantes, se caracteriza por la seriedad y profundidad de los debates, de los problemas estudiados y de las resoluciones tomadas. Se analizó ampliamente la necesidad de acabar con la explotación del hombre por el hombre, del establecimiento de una táctica de lucha de la clase obrera, independientemente de los partidos políticos, de la necesidad de prepararse para sustituir la sociedad burguesa por una organización social a cargo de las organizaciones

obreras. Y los modos de realización del ideal fueron descritos en el dictamen de la *Comisión sobre organización social de los trabajadores*, cuyos artículos más salientes decían:

a) En cada localidad se organizarán en secciones los trabajadores de cada oficio, organizándose además una sección que comprenderá en su seno a todos los individuos de los diferentes oficios que no hayan aún constituido sección, y la cual será de oficios varios.

b) Todas las secciones de oficios de una misma localidad se federarán, organizando la cooperación solidaria y demás cuestiones de socorro, instrucción,⁶ etcétera, de gran interés para los trabajadores.

c) Las secciones del mismo oficio en las diferentes localidades se federarán entre sí para organizar la resistencia solidaria.

d) Las federaciones locales se federarán para formar la Federación Regional Española, cuya representación será un Consejo federal elegido por los congresos.

e) Todas las secciones de oficio, federaciones de oficios, federaciones locales, así como la federación regional, se regirán por los reglamentos respectivos

6 Es de observar la importancia dada desde el principio a la instrucción, la que alcanzó su apogeo en los años 1936/39.

determinados por los congresos.

f) Todos los trabajadores representados en Congresos obreros determinarán por boca de sus delegados los modos de acción y desenvolvimiento de la organización.

En verdad, los principios fundamentales del ideal son obra de Bakunin, habiendo sido aportados por Fanelli. Pero estamos aquí en presencia de un vasto y nuevo concepto de organización, una iniciativa creadora que se adelanta a cuanto ha sido realizado hasta entonces en Europa, y que prueba en qué grado el ideal había sido comprendido y asimilado. En esta estructura compleja –como la sociedad–, y tan completa como puede serlo, los principios guían, la acción, pero la acción que de ellos dimanará guiará a su vez y completará los principios. Nos hallamos ante un espíritu innovador, una voluntad activa y una ética que rebasan de golpe los límites del corporativismo sindical. No se trata de crear únicamente una organización de carácter profesional, sino que sea humanista y social en el amplio sentido de la palabra. Al mismo tiempo que se inventa un arma eficaz para luchar en lo inmediato contra el enemigo de clase, se crean los fundamentos de una sociedad nueva.

Ya en esa ocasión y en ese año, lo que se llamará más tarde organización vertical constituida a base de federaciones nacionales, completa la organización horizontal. Al mismo tiempo, las federaciones locales fundadas en las localidades de alguna importancia donde existen sindicatos de oficios

reúnen y federan a estos últimos para las luchas comunes. En una nación como Francia, se franqueará esta etapa treinta años más tarde, con lo que se llamará Bolsas de Trabajo, y será necesario para afianzarlas el apostolado de Fernand Pelloutier, noble figura salida de la pequeña burguesía.

Pero el ideal aparece también en otras resoluciones adoptadas por el congreso, y en otros objetivos, aunque la intensidad de la lucha social impidió aplicar muchas de las resoluciones tomadas. En ese mismo congreso se examinó el problema de las cooperativas. Tratándose de hombres que creían muy próxima la transformación de la sociedad, éstas podían aparecer como una rémora. Pero, aunque no se conociera aún el programa de los *pioneers* de Rochsdale, los delegados obreros del Congreso de Barcelona supieron mostrar a este respecto un criterio perfectamente equilibrado. A pesar de las reticencias de los elementos más revolucionarios e impacientes, leemos en el dictamen aprobado por la mayoría del congreso:

...que la cooperación de producción, cuando las circunstancias lo exijan, debe preferir los objetos de inmediato consumo obrero, y será reprobable cuando no extienda su solidaridad a grandes agrupaciones.

Que la cooperación de consumo es la única que no sólo puede aplicarse a todos los casos y circunstancias, sino que ha de servir de elemento o medio de iniciación

general para todos los obreros a quienes, por su estado de atraso, difícilmente podrían alcanzarles los beneficios de la nueva idea.

Que al lado de la cooperación de consumo y como auxiliares suyos puede colocarse la cooperación en los ramos de socorro mutuo e instrucción.

El carácter moral de las actividades proyectadas aparece nuevamente.

Recordemos que estamos en el año 1870. En esa fecha, el libro de Marx *El Capital* es todavía desconocido, el mismo *Manifiesto comunista* es ignorado, y la Comuna de París se producirá al año siguiente. El socialismo libertario y federalista se desarrolla, pues, en España según su impulso, por su fuerza propia. Desde su primer paso, el ideal ha sido precisado en sus grandes líneas, y lo que más tarde se llamará sindicalismo revolucionario está formulado.

Pero lo que ha sido elaborado en esas jornadas históricas será aún enriquecido y confirmado en los congresos que se sucederán durante los diez años siguientes. Así, en 1871, la Conferencia organizada por la «Sección Española de la Primera Internacional» aporta nuevas precisiones. Los militantes más capaces han establecido, en Suiza, el contacto con Bakunin, quien inspira su acción merced a su pensamiento creador y a sus dotes de organizador, que abarcan la vida planetaria. Pero a las ideas de Bakunin

agregan sus propias ideas. Con vistas a la lucha obrera inmediata y a la organización de la sociedad nueva, España es dividida en cinco regiones: Norte, Sur, Este, Oeste y Centro. Aplicando las decisiones del primer congreso, las federaciones locales intersindicales y nacionales de oficios han sido fundadas. Se esboza ahora una forma de cooperación, igualmente por oficios, a fin de poder ejercer un control más estrecho sobre este aspecto de la actividad general. El primero de septiembre, después de ocho días de debates sobre diversos temas, es votada una declaración de principios contra el republicanismo, enemigo político, pero no social del régimen monárquico:

Considerando que el verdadero significado de la palabra República, en latín *res publica*, quiere decir *cosa pública, cosa propia de la colectividad o propiedad colectiva*.

Que *Democracia* es la derivación de *democratia*, que significa el libre ejercicio de los derechos individuales, lo cual no puede encontrarse sino en la Anarquía, o sea la abolición de los Estados políticos y jurídicos, constituyendo en su lugar Estados obreros cuyas funciones sean puramente económicas.

Que siendo los derechos del hombre impactables, imprescriptibles e inalienables, se deduce que la federación debe ser puramente económica.

La conferencia de los delegados de la región española de la Asociación Internacional de los Trabajadores reunida en Valencia, declara:

Que la verdadera República democrática y federal es la propiedad colectiva, o sea, la libre federación universal de libres asociaciones obreras agrícolas e industriales, fórmula que acepta en todas sus partes.

Suscita admiración la riqueza de este pensamiento que, desde entonces, no ha sido igualado por otro movimiento obrero. El movimiento obrero francés tardó treinta y cinco años para llegar a la Carta de Amiens, que los dirigentes comunistas han eliminado en el año 1969, y que era incomparablemente inferior tanto por su contenido teórico y doctrinal como por la amplitud de visiones constructivas en el orden práctico, y en cuanto al sentido de universalidad e internacionalismo. Aquí, la inspiración esencial es ante todo un ideal de fraternidad. Se trata de extender a todos los pueblos la práctica de la solidaridad humana.

Al año siguiente –1872– el Gobierno de Madrid pone a la Internacional fuera de la ley, a pesar de la brillante defensa pronunciada en el Parlamento por Nicolás Salmerón, noble figura y gran jurista republicano.

En Italia, el Gobierno de Roma adopta la misma medida; en Francia, donde está siempre en vigor la ley Le Chapelier, los tribunales no han dejado de condenar duramente a los

miembros de la Primera Internacional.

Pero mientras los internacionalistas italianos proclaman su alegría ante esta medida que, según ellos, precipitará la revolución, y se lanzan a insurrecciones descabelladas que provocarán la disolución completa del movimiento, los militantes de España no pierden de vista el carácter constructivo de sus objetivos y la acción orgánica inmediata que es su corolario. Empiezan por refrendar sus aspiraciones positivas en un Manifiesto de donde extractamos las partes más salientes:

Nosotros queremos que se realice la justicia en todas las relaciones humanas.

Queremos la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola clase de productores libres, honrados e inteligentes.

Queremos que sea el trabajo la base sobre la cual descansa la sociedad; que el mundo se convierta en una inmensa federación de libres colectividades de una localidad, que las federaciones locales formen una federación comarcal; que las diversas federaciones comarcales de una federación constituyan las federaciones regionales, y que –por último– entre todas las federaciones regionales del mundo formen la gran federación internacional.

Queremos que los instrumentos de trabajo, la tierra, las minas, los astilleros, los buques, los ferrocarriles, las fábricas, las máquinas, etc., sean propiedad de la sociedad entera, debiendo ser únicamente utilizados por las colectividades obreras para su producción directa y en cuyo seno el obrero recibirá el producto íntegro de su trabajo.⁷

Queremos la enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos en todos los aspectos de la ciencia, de la industria y de las artes⁸ a fin de que desaparezcan las desigualdades –en su casi totalidad ficticias– y que los efectos destructores que la división del trabajo produce en la inteligencia de los obreros no vuelvan a producirse, obteniéndose entonces las únicas, pero positivas ventajas que esta fuerza económica encierra para la pronta y más abundante producción de las cosas destinadas a la satisfacción de las necesidades humanas.

Creemos que con la organización de la sociedad en una vasta federación de colectividades obreras, teniendo por base el trabajo, desaparecerán todos los poderes autoritarios, convirtiéndose en simples administradores

7 Veremos más adelante cómo la fórmula del producto integral de su trabajo al obrero productor será sustituida, con la introducción del principio comunista, por un concepto más generoso y lógico.

8 Hallamos aquí el pensamiento de Bakunin, por lo demás expresado en el Programa de la Alianza de la Democracia Socialista.

de los intereses colectivos, y que el perjudicial espíritu de nacionalidad, el patriotismo, tan contrario a la unión y solidaridad de los hombres, desaparecerá ante la gran patria del trabajo que es el mundo entero.

Este es el socialismo que proclama la Internacional, cuyas dos afirmaciones principales son: en economía, el colectivismo; en política, la anarquía. El colectivismo, es decir, la propiedad común de los instrumentos de trabajo, la utilización de los mismos por las colectividades obreras para producir directamente, y la propiedad individual del fruto íntegro del trabajo de cada cual. La anarquía, es decir, la desaparición de los gobiernos, o sea, su conversión en simples administradores de los intereses colectivos.

¿No recuerdan estos últimos párrafos la fórmula de Proudhon: «El taller hará desaparecer al Gobierno», o mejor tal vez la de Saint-Simon: «Sustituir el gobierno de los hombres por la administración de las cosas»?

Siempre en ese año, 1872, la sección española de la Primera Internacional seguirá puntualizando los principios y los modos de realización. Un nuevo y denso aporte será el del Congreso de Zaragoza, en el mismo momento de la declaración de ilegalidad. La altura moral de los problemas tratados, de las resoluciones tomadas, es casi siempre superior a cuanto se refiere a las soluciones económicas. Se debate por primera vez sobre la suerte de la mujer «cuya emancipación está ligada al problema de la propiedad»,

sobre las cooperativas y sobre los comités de consumo organizados por las secciones obreras de resistencia y por una federación cooperativista especializada. Un largo informe, que podría ser firmado por un jurista, muestra con qué minuciosidad los autores han estudiado el problema de la propiedad. Pero el informe sobre la «enseñanza integral» llama en forma predominante nuestra atención, porque es la primera vez que este problema ha dado lugar a un análisis tan profundo.

Causa estupefacción la lectura de la primera parte, con sus consideraciones científicas generales, seguidas por la enumeración –según la importancia de los diversos factores– de las relaciones entre el desarrollo biológico y el de las facultades psicológicas del niño. Casi podría decirse que –desde entonces– ninguno de los grandes maestros de la pedagogía ha ido más lejos. En verdad, este informe fue obra de un intelectual que había adherido al movimiento de los trabajadores; pero ¡cuán honroso era para estos metalúrgicos, albañiles, tipógrafos, peones, tejedores, labradores, descargadores, carpinteros, patrocinar la divulgación de conceptos pedagógicos que se anticipaban en medio siglo a los de su época!

Con relación al conjunto de los movimientos obreros de las naciones europeas, este espíritu constructivo era excepcional. Nos permite afirmarlo la tercera Resolución votada en el Congreso Saint-Imier celebrado los días 15 y 16 de septiembre de 1872. Este congreso reunía la mayoría de

las secciones de la Internacional, que no se inclinaban ante la dictadura de Marx y no admitían la expulsión fraudulenta de Bakunin, James Guillaume y la Federación del Jura, alma del movimiento socialista federalista europeo.⁹ Entre los problemas del orden del día figuraba el siguiente: «Organización del trabajo, estadísticas». El informe presentado era, visiblemente, obra de Bakunin, cuyo estilo y cuya visión de las cosas encontramos aquí claramente. Después de haber recomendado los métodos adecuados de investigación e información, el documento concluía:

La Comisión propone nombrar una comisión encargada de presentar al próximo congreso un proyecto de organización universal de la resistencia y cuadros completos de estadísticas en los que esta lucha se inspirará. A este respecto, recomienda a la sección española como la mejor organizada hasta el presente.

Al año siguiente, 1873, a pesar de estar puesta fuera de la ley, la Federación española consta de 162 federaciones locales formadas y 62 en formación. Un año más tarde, según el historiador belga Laveleye, constará de 300.000 adherentes, lo que nos parece excesivo y debe tal vez indicar la influencia ejercida por la sección española en el

9 No sólo el pretexto para justificar la expulsión era falso, sino que Bakunin no había sido avisado de lo que se preparaba. No pudo pues defenderse, y parte de los delegados que votaron como quería Marx eran delegados postizos, con credenciales falsas.

proletariado.

Después, habiendo entrado el movimiento en la clandestinidad a consecuencia de las persecuciones, sus efectivos se reducen. Lo cual no impide que en 1876 se reúna una Conferencia de federaciones comarcales que enuncia nuevamente los principios que deberán ser aplicados al producirse la revolución. Reproduzcamos lo más significativo:

1) Las localidades en que los internacionales puedan dominar, una vez iniciado el movimiento insurreccional, se declararán libres e independientes y desligadas del lazo nacional.

2) Inmediatamente declarará cada una de ellas que todo lo que se encierra dentro de sus límites pertenece a la misma, y nada a ningún individuo, exceptuando únicamente los muebles, ropas y otros objetos de uso particular.

5) Federación de las fuerzas populares, de todas las federaciones, de todas las comarcas y de todos los países.

8) Los Consejos locales se subdividirán en las comisiones que juzguen necesarias, como defensa, subsistencia, administración, trabajo, instrucción, relaciones comarcales y federales, etc.

9) Dispondrán inmediatamente la disolución de todos

los organismos que constituyen el Estado actual; la destrucción y autos de fe de todos los títulos de rentas, de propiedad, de hipotecas, valores financieros, concesiones, etc.; la incautación y centralización de todo el metálico, papel moneda, joyas, alhajas y piedras preciosas existentes en cada localidad; la centralización de todos los artículos de consumo, y la concentración parcial, en talleres especiales, de todas las herramientas y máquinas.

11) Los congresos comarcales y el regional asumirán, por medio de comisiones especiales, la gestión de todos los asuntos que no puedan ser tratados por las localidades, como la defensa comarcal y regional, la organización de los servicios públicos, como la marina, ferrocarriles, telégrafos, etc., y nombrará el regional la representación de la región en el congreso universal y en las demás regiones.

Es evidente que los problemas habían sido estudiados más y más en orden teórico, lo cual no impidió al movimiento alcanzar un sorprendente poderío material. En esa época, las «huelgas salvajes» se producían en las regiones agrícolas, especialmente en Levante y Andalucía. Aun en las regiones y las provincias donde los gobernadores tienen el derecho de suspender las garantías constitucionales, cerrar los locales, detener y deportar administrativamente a quien les parece, donde la policía tortura, donde la desocupación es endémica, donde los «agitadores» y sus familias sufren una

miseria tal que un par de alpargatas llega a ser un lujo, a pesar de todos los obstáculos, la prensa libertaria aparece y circula, pública o clandestinamente.

¿Quién podrá jamás poseer las estadísticas correspondientes completas? Tomemos, por ejemplo. La Coruña, pequeña ciudad situada al norte de Portugal, cuyo número de habitantes ha pasado, entre 1874 y 1923, de 30.000 a 60.000. Se registran cuatro semanarios libertarios, y por consiguiente, anarquistas y sindicalistas: *La Bandera Roja*, *La Emancipación*, *El Corsario*, *La Lucha Obrera*. Más tarde, después de prolongado período de represión, en que muchos militantes emigraron a América del Sur, irán apareciendo cinco: *Germinal*, *La Emancipación*, *La Voz del Obrero*, *¡Tierra!* y *Solidaridad Obrera*.

Sería imposible, a no ser que se dispusiera de los archivos del Ministerio de la Gobernación y de la policía, enumerar cuántas publicaciones aparecieron en toda España desde 1870 hasta 1936. Pero he aquí los datos que conocemos con referencia a este último año: dos diarios: *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT, que aparece en Barcelona y que edita 40.000 ejemplares, y *CNT*, órgano madrileño de la misma organización, que publica 30.000 ejemplares. Además, se cuentan unos diez periódicos, entre ellos *Tierra y Libertad*, el veterano barcelonés de la prensa anarquista española, que tira 20.000 ejemplares; *Vida Obrera*, que aparece en Gijón (Asturias); *El Productor*, en Sevilla; *Cultura y Acción*, en Zaragoza; *Acracia*, cuya residencia e importancia numérica

hemos olvidado.

A lo cual deben agregarse las revistas. He aquí *Tiempos Nuevos*, impresa en Barcelona, con 15.000 ejemplares; *La Revista Blanca*, editada también en Cataluña, tira 5.000 ejemplares; *Orto*, de igual tirada, y sobre todo *Estudios*, que aparece en Valencia, y cuya tirada media es de 65.000 ejemplares, llegando en casos excepcionales a 75.000.

En toda esta prensa los mismos fines son continuamente proclamados.

Mientras en otros países, y durante las épocas de lucha, se ha criticado, sobre todo, y denunciado los males de la sociedad, dando lugar preeminente a las reivindicaciones inmediatas, en España las ideas directrices han sido siempre recordadas. Incluso en los períodos de clandestinidad: tal el caso de *El Municipio Libre*, que en 1880 publicaba, en Málaga, esta síntesis tanta veces repetida:

Queremos la constitución de comunas libres, independientes de todo lazo centralizador, sin otra unión que la que resulte de pactos federales, libremente aceptados, y siempre revocables por las comunas contratantes.

La apropiación, por las comunas, del suelo, de los instrumentos de trabajo concedidos en usufructo a las colectividades agrícolas e industriales.

El reconocimiento de los derechos sociales a los individuos de ambos sexos que contribuyan a la producción.

La enseñanza integral, y la aplicación a la educación de los niños, de todos los medios de desarrollo moral y físico.

Un régimen municipal que garantice los derechos del individuo en toda su plenitud.

La organización del trabajo que permita a cada trabajador beneficiarse del producto integral de su trabajo.

Anticipos hechos a todas las actividades, que permitirán a la humanidad beneficiarse de todos los inventos y de todos los progresos, frutos del genio del hombre.

Admitamos que pueden formularse ciertas objeciones en cuanto a los conceptos de organización económica, a condición de situarse en la época, y de tener en cuenta, en este caso, la estructura económica de Andalucía y otras regiones. Pero lo importante son las grandes directivas, las perspectivas de conjunto, los anhelos, el espíritu constructor siempre presente, y que, llegado el momento, permitirá corregir con rapidez los errores de anticipación.¹⁰ Y

10 Así se comprobó durante 1936–39.

subrayemos una vez más esta insistencia machacona en lo que se refiere a la «enseñanza integral». Se ha podido decir, con razón, que el gran Joaquín Costa, sociólogo republicano y autodidacto genial, que tanto luchó para elevar el nivel cultural del pueblo español e hizo de la instrucción pública una de las ideas maestras de su combate, había sido precedido por esos obreros y campesinos libertarios cuya vida era tan triste y el alma tan luminosa.

El período de clandestinidad empezado en 1872–73 se acaba, y después de nueve años durante los cuales han tenido lugar luchas interminables, la organización sindical, continuación de la Primera Internacional, reaparece a la luz pública. Y celebra en Barcelona su congreso de renacimiento. Un Manifiesto resume de nuevo los principios anteriormente establecidos, con el mismo espíritu concreto, preciso, clarividente:

Nosotros, los trabajadores, que somos los verdaderos artesanos de la sociedad, su fuerza creadora y vital, que con nuestros esfuerzos materiales construimos las ciudades y los pueblos; que labramos la tierra y extraemos de sus entrañas los productos más preciosos; que construimos los buques para transportar las riquezas que producimos y los ferrocarriles que unen las regiones más alejadas; que tendemos en el fondo de los océanos los cables gracias a los cuales el Viejo Mundo puede, hoy, comunicarse con el Nuevo; que perforamos las montañas, construimos los acueductos y cavamos los

canales... que con nuestras manos rudas tomamos parte en cuanto es producido por la humanidad... por el efecto de una contradicción terrible, no aprovechamos de estas riquezas. ¿Por qué? Porque el predominio del capital y de la burguesía transforma nuestro sudor en una mercancía que se estima de acuerdo al salario, que lleva el sello de la esclavitud y es la fuente de donde provienen todos los males que nos oprimen.

Una vez más está planteado con claridad el problema de las clases. Y he aquí, ahora, nuevamente enunciados los métodos de lucha y el objetivo final:

Nuestra organización, de carácter meramente económico, se separa de los partidos políticos, burgueses y obreros; les combate porque todos estos partidos se organizan para la conquista del poder, mientras nosotros nos organizamos para destruir todos los Estados políticos actualmente existentes y reemplazados por una *Federación libre de libres asociaciones de trabajadores libres*.

Es visible que este párrafo se refiere al marxismo internacional, y naturalmente a Marx, que había llevado a sus partidarios por los caminos del parlamentarismo y el Estado, al hacer votar, en el Congreso de La Haya (septiembre de 1872), una resolución donde se declaraba: «La conquista del poder político es el primer deber del proletariado». La polémica pública entre las dos escuelas del

socialismo empezaba en España. No hizo, después, sino extenderse e intensificarse.

A continuación, el Manifiesto insiste sobre el internacionalismo, el universalismo de los fines perseguidos:

El problema social no es solamente nacional, interesa a los proletarios de los dos mundos, porque el acaparamiento de las materias primas, la introducción de las máquinas, la división del trabajo, la concentración de los capitales, las operaciones de los Bancos y las especulaciones financieras, el desarrollo de los medios de comunicación, son otras tantas fuerzas económicas que han favorecido el advenimiento completo de la burguesía y de su dominio exclusivo sobre los intereses sociales.

El lector algo informado constata que los redactores de este documento habían leído a Proudhon, especialmente *¿Qué es la propiedad?* y *Contradicciones económicas*. Pero también constata que esos obreros, varios de los cuales – Ricardo Mella, Anselmo Lorenzo, Rafael Farga Pellicer, Federico Urales– se habían elevado a la altura de sociólogos, analizaban la estructura y el desarrollo del capitalismo con conocimientos cuya profundidad sorprende.

Estos progresos en el orden teórico, estas manifestaciones que se produjeron tantas veces, fueron señaladas varias veces por Piotr Kropotkin quien, en el periódico *Le Révolté*,

por él fundado y que era el único de lengua francesa entonces existente, escribía (editorial del 12 de noviembre de 1881), al tratar del nuevo impulso del movimiento obrero europeo:

Pero es sobre todo en España donde adquiere actualmente una importancia real. Después de haberse conservado como la lumbre bajo la ceniza durante ocho años, acaba de manifestarse abiertamente en el último congreso de Barcelona donde 140 organizaciones obreras han sido representadas por 136 delegados. No se trata de secciones de siete u ocho miembros reunidos casualmente por vivir en un mismo barrio, sino de secciones de obreros del mismo oficio cuyos miembros se conocen perfectamente y se ven diariamente, movidos por las mismas esperanzas, que tienen por enemigo común al patrono, y un objetivo igualmente común, libertarse del yugo del capital; en fin, una verdadera organización.

Leemos los números de *La Revista Social*, periódico hecho por los obreros mismos;¹¹ cada uno nos informa de la creación de nuevas secciones de oficios, sea la adhesión de grupos existentes, sea la federación de grupos anteriormente aislados. Al leer el *Boletín* del movimiento español, nos sentimos como en los mejores

11 En verdad, *La Revista Social* era dirigida por un gran espíritu liberal-libertario, Luis de Oteiza.

tiempos de la Internacional; pero con esta sola diferencia: una mayor precisión en las aspiraciones, un concepto más claro de la lucha necesaria y un temperamento más revolucionario en la gran masa del movimiento.

Y Kropotkin insiste sobre la diferencia entre Francia y España:

Fieles a las tradiciones anarquistas de la Internacional, estos hombres, inteligentes, activos, no se separan del pueblo para entregarse a sus objetivos menores; permanecen en la clase obrera, luchan con ella y por ella. Aportan sus energías a la organización obrera y trabajan para constituir una fuerza que aplastará al capital el día de la revolución: el sindicato revolucionario. Secciones de oficios, federación de todos los oficios de cada localidad, de cada región, y grupos de combate independientes de todos los oficios, socialistas ante todo. Así preparan los cuadros del ejército revolucionario...

... Recomendamos con insistencia a los trabajadores franceses reanudar, como sus hermanos españoles, las tradiciones de la Internacional, organizarse al margen de todo partido político, tomando como lema la solidaridad *en la lucha contra el capital*.

En España los años han transcurrido, estamos en el año 1887; acaba de ser celebrado un congreso que lanza un Manifiesto publicado por el periódico anarquista barcelonés *El Productor*. Leamos:

Proclamamos la acracia (no gobierno) y aspiramos a un régimen económico social en el cual merced a la comunidad de los intereses y la reciprocidad de los derechos y los deberes todos sean libres; todos contribuirán a la producción y gozarán de la mayor felicidad posible, que consiste en que los productos consumidos sean fruto del trabajo de cada uno, sin explotación, y por consiguiente sin la maldición de ningún explotado.

La tierra no debe tener amo, no más que el aire y la luz, ni las riquezas del subsuelo, los bosques y todo cuanto no sea el fruto del trabajo de los hombres.

La ciencia no puede tener amo, no más que los medios de producción, consecuencias y aplicación de los conocimientos científicos.

La tierra, la ciencia, las máquinas de la gran industria no han sido creadas por sus detentadores, pues se crean sea por causas independientes de la voluntad de los hombres, sea por el trabajo continuo de cada uno.

La unidad social es esencialmente el productor. El primer

grupo social es el grupo de productores de una misma rama de trabajo. El contrato fundamental se concluye entre el productor y el grupo respectivo de los productores de un mismo ramo.

Los grupos de productores de una misma localidad establecen un contrato por el cual constituyen una entidad facilitando los cambios, el crédito, la instrucción, la higiene y la policía local; y concluyen contratos con las otras localidades para el crédito y para el cambio en más vasta esfera, como las comunicaciones, los servicios públicos generales y recíprocos.

La tierra, las minas, las fábricas, las vías férreas, y en general todos los medios de producción, transporte y cambio, son concedidos en usufructo a las actividades de trabajadores. El objetivo final es:

La disolución del Estado.

La expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

La organización de la sociedad sobre la base del trabajo de los que pueden producir.

La distribución racional de los productos del trabajo.

La asistencia de los que no son aún aptos para el trabajo, o que han dejado de serlo.

La educación física y científica integral de los futuros productores.

Por estas razones, el Congreso, que considera la Federación regional española como una agrupación libre en la cual los trabajadores pueden resolver todos los casos particulares mediante la iniciativa común cuando sea necesaria una acción unánime, reconoce la libertad de los individuos y de las colectividades para que puedan desarrollarse según las condiciones especiales que condicionan la vida de cada cual.

Esas declaraciones, esos programas, en los cuales se suman a menudo conceptos e iniciativas complementarios, muestran que las preocupaciones constructivas figuran siempre en primer plano. Y bajo estas preocupaciones se halla siempre una base doctrinaria fundamental, inspiradora de planes y proyectos. En este último Manifiesto, se transparenta el concepto del colectivismo preconizado por Bakunin, mitigado por el concepto mutualista proudhoniano cuyo signo característico es la fórmula del contrato. Pero en la misma época se produce una evolución importante, que prueba que los cerebros trabajan siempre.

Hasta ahora, de acuerdo con la doctrina colectivista, y, como lo hemos visto en repetidas ocasiones, cada productor debía gozar «del producto íntegro de su trabajo». Naturalmente, esta fórmula tenía por objeto hacer desaparecer todo vestigio de explotación del hombre por el

hombre. Pero un problema nuevo había sido planteado por la escuela comunista anarquista, y en el fondo estaba planteado implícitamente en los conceptos constructivos de Bakunin: una parte importante de los miembros de la sociedad –a menudo la mayoría– no eran aptos para el trabajo considerado como un aporte productor. La sociedad estaba, pues, obligada a mantener a los que se encontraban en esa situación, para lo cual debía tomar, inevitablemente, lo necesario de la parte que –según el principio admitido hasta entonces– debían cobrar los productores. Estos, entonces, no podían «gozar del producto íntegro de su trabajo». La fórmula que se imponía cada vez más era la del comunismo verdadero: «A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus posibilidades», que Luis Blanc había preconizado, y que Proudhon atacaba, en parte porque aparecía bajo la forma de comunismo de Estado, en parte también porque rechazaba instintivamente, desde lo más hondo de su ser, lo que llamaba «comunidad». Llegamos ahora a una moral de solidaridad integral, que será practicada por las colectividades de 1936–39.

Bajo el impulso de Marx y Engels, que han enviado a España a Paul Lafargue (que será después yerno de Marx), a fin de combatir a los internacionalistas españoles que no se someten a sus directivas, otra organización sindical, marxista y reformista, ha nacido.¹² Pero no acusa ni la fuerza moral

12 Esta «federación, se componía, al declarar su existencia, de siete adherentes. El caso, para Marx y Engels, era combatir sin escrúpulos una

que proviene de las convicciones filosóficas y sociales fundamentadas en un amplio humanismo, ni las características de voluntad y actividad histórica nacidas de un ideal incorporado a la acción. En España, el anarquismo – digamos más bien el socialismo federalista antiautoritario – ha precedido al socialismo autoritario, o de Estado, beneficiándose de esta anticipación. Pero, merced a la influencia que ha ejercido sobre los espíritus, también ha conquistado mejor a los hombres. Porque no sólo rechazaba la autoridad exterior al individuo, a la que oponía el autogobierno: influenciaba a la sociedad mediante la obra cultural extendida en las masas. No olvidemos que en el año 1882, *La Revista Social*, siempre dirigida por Luis de Oteiza, se publica a razón de 20.000 ejemplares, y es probablemente la publicación intelectual más leída de España. Por otra parte, en la historia del anarquismo internacional no conocemos una manifestación cultural comparable con la del Segundo Certamen Socialista, y tal vez no sea inútil señalar, una vez más, con qué facilidad los anarquistas españoles se consideran *una escuela del socialismo*.

Se comprenderá la importancia de este movimiento cuando se sepa que, en el año 1903 en Madrid, *Tierra y Libertad*, que será –como lo hemos dicho ya– el periódico tradicional del anarquismo español, se transformó en diario

fuerza social que, aunque revolucionaria, seguía un rumbo distinto al trazado por ellos. El mismo procedimiento fue aplicado en Italia.

bajo la dirección de Abelardo Saavedra.¹³

Durante el período siguiente se registra cierta turbación en el pensamiento hasta entonces tan claro y preciso del anarquismo español. Porque, desgraciadamente, el anarquismo francés, tan lejos de Proudhon y Bakunin, ejercía sobre él una influencia intelectual y espiritualmente restrictiva. Su intervención tardía en el movimiento sindical no movilizaba sino una parte de los militantes.

El fraccionamiento en pequeños grupos que Kropotkin le reprochaba había arraigado con exceso. Por cierto, bien se hablaba de hacer la revolución, pero se entreveía esta última bajo el aspecto del día de la grandiosa victoria romántica, hasta tal punto que Juan Grave y Carlos Malato debieron polemizar con sus propios compañeros, para los cuales toda forma de organización era fatalmente autoritaria y atentaba a los derechos del individuo.

Y como la revolución tardaba en producirse, aparecieron pasatiempos secundarios.

Apareció el individualismo, con su reivindicación stirneriana, más o menos bien interpretada del «yo»; se llegó a la negación pura, y a derivaciones desviadoras como el

13 Periodista de talento, hijo de la pequeña burguesía que abrazó la causa del proletariado, excelente orador, que habría podido ser un privilegiado, Abelardo Saavedra fue, hasta su muerte, un ejemplo de abnegación y tenacidad. Cuando le conocí, en el año 1917, ya había sido encarcelado, administrativamente, 22 veces.

vegetarianismo erigido en clave de todos los problemas, el crudivorismo, el naturismo, el estetismo, la exaltación nietzscheana, etc.

Francia gozaba entonces en España de un prestigio inmenso. De ella habían sido introducidas o reintroducidas las ideas de vanguardia, entre ellas el republicanismo, el ateísmo, el socialismo, el liberalismo, el anarquismo.

Las desviaciones del anarquismo francés no tardaron en ser reintroducidas por ciertos anarquistas españoles, a este respecto demasiado «afrancesados»¹⁴.

Estas novedades se confundían con las de cierto anarquismo comunista que rechazaba la actividad sindical y la amplia previsión orgánica del porvenir que había caracterizado a los anarquistas españoles. Pero, por una parte, la misma intensidad del problema social puso coto a tales fantasías. Por otra parte, el sentimiento social natural y el espíritu de solidaridad tan fuertemente arraigados en la personalidad del español eran demasiado poderosos para que el movimiento pudiera abismarse en tan mortales ineptias. Y la existencia de los grupos anarquistas no fue obstáculo a la actividad social primero, sindical después, no restringió la dinámica casi mística de la historia que mueve a los grandes proyectos y a las grandes actuaciones.

14 Anteriormente se había llamado «afrancesados» a los hombres de espíritu liberal, hijos espirituales de la Revolución francesa de 1789–93.

El ideal permanece en el fondo del alma española. Para el militante, no se trata de abstracciones filosóficas, sino de justicia social, de trabajo solidariamente organizado, de fraternidad activa plasmada en el goce igualitario de los bienes producidos por el trabajo de todos. El más analfabeto de los campesinos anarquistas está interiorizado de esta interpretación, en parte, sin duda, porque su vida es tan dura que no puede anegarse en quimeras cuando se trata del problema social. Y el Congreso del teatro de la Comedia celebrado en Madrid en el año 1919 confirmó lo que siempre se había proclamado: el fin de la CNT es el comunismo libertario. Para alcanzarlo, se decidió entonces transformar los sindicatos tradicionales de oficio en sindicatos de industria, a fin de asegurar mejor la organización de la economía nueva. Lo cual sería ratificado después de diez años de dictadura civil y militar, en el Congreso de Zaragoza de 1936, que constituye una nueva etapa en la vida de la organización sindical española.

Digámoslo rotundamente: la resolución de carácter constructivo votada entonces por los delegados en una situación prerrevolucionaria fue inferior a la mayor parte de las que habían sido votadas en los congresos citados anteriormente. Pero la repetición tesonera de los objetivos y de los procedimientos tácticos, la voluntad de realizar actividades constructivas por parte de los sindicatos, de las federaciones locales, comarcales, regionales, nacionales, de su cohesión, el planear actividades comunales, de expansión

cultural, de vastos talleres sustituyendo a los talleres vetustos donde obreros, artesanos y pequeños patronos eran tan mal recompensados por su trabajo, todas esas aspiraciones han estado presentes en el espíritu de los militantes de base, en la mente y la voluntad de cuantos se habían dado y seguían dándose en cuerpo y alma para el triunfo del ideal. Y sorprende constatar cómo, aunque la generación que hará la revolución ignore los textos de los congresos de 1870, 1871, 1872, 1882 y otros, aplicará estos textos en las colectividades agrarias y en las sindicalizaciones industriales de 1936–39.

Recordemos, antes de terminar este capítulo, que durante los cinco años de república (1931–1936), se habían publicado numerosos ensayos que tendían a preparar las realizaciones constructivas. Por primera vez en la historia del anarquismo mundial, y según el orden cronológico, Gastón Leval, Diego Abad de Santillán, Higinio Noja Ruiz, trataron estos problemas no bajo forma de construcciones integralmente utópicas, sino basándose en la realidad concreta de la economía española, a la luz de las estadísticas referentes a la producción agrícola e industrial, de las materias primas, de la energía, etc.¹⁵ Hubo otros estudios,

15 Para dar una idea del contenido del libro del autor, reproducimos lo que escribía el sociólogo anarquista italiano Luigi Fabbri. «En este libro que ahora presenta al público, Gastón Leval no habla del problema de la revolución como han hecho hasta ahora gran parte de los escritores anarquistas más notables, de modo de poder aplicarse a todos los países del mundo, pero a ninguno en particular. Se ocupa, por el contrario, en modo

menos documentados, entre ellos un opúsculo del doctor Isaac Puente, titulado *El comunismo libertario*; aparecieron ensayos cortos y diversos. Se tradujeron del francés cinco o seis libros de economistas como Cornelissen, de teóricos militantes sindicalistas como Pierre Besnard, de sociólogos menos metódicos como Sebastián Faure. Todo, editado por lo menos por tres órganos editoriales, contribuyó a preparar la masa de los militantes para su obra futura.

El ideal perseguido por los anarquistas comunistas españoles fue, pues, el que los espíritus más selectos de la humanidad han perseguido y propagado desde Platón –y tal vez algunos estoicos– hasta nuestros días. La Revolución española ha realizado lo que pedían los primeros cristianos, la justicia social por la que en el siglo XIV lucharon los «Jacques» en Francia, y los campesinos ingleses capitaneados por John Ball en Inglaterra, los de Alemania a quienes dos siglos más tarde encabezó Thomas Münzer, los

especial de España, y circunscribe su argumentación en sus confines. Así puede basar esta argumentación deduciendo los conceptos de los hechos, y sólo así podía hacerlo. Materialización con cifras, con estadísticas, con elementos prácticos de todas clases, su exposición estudia los valores étnicos y demográficos de España, sus recursos productivos, industriales, agrícolas, minerales, pesqueros, etc., las relaciones entre la importación y la exportación, las relaciones económicas entre las provincias, las posibilidades inmediatas para un futuro próximo de mayor desarrollo, etc. Sobre esta base plantea la visión práctica de la iniciativa y de los deberes de todos los anarquistas y de los revolucionarios, incluso en la hipótesis de que España insurrecta de mañana hubiera de encontrarse aislada del resto del mundo y rodeada de enemigos en armas».

niveladores ingleses inspirados por Everald y Winstanley, los hermanos Moravos, discípulos de Jean Huss, lo que ha preconizado Thomas Moro en *La utopía*, y Francis Bacon, y Campanella en *La ciudad del Sol*, y el cura Juan Meslier en su célebre *Testamento*, y Morelli en su *Naufragio de las islas flotantes*, y Malby que, lo mismo que Morelli, inspiró a los mejores *pioneers* de la Revolución norteamericana, y a los *enragés* de la Revolución francesa, entre ellos Jacques Roux, el «cura rojo». Y con todos ellos, la legión de los pensadores y de reformadores del siglo XIX y del primer tercio de este siglo. La Revolución española ha sido, en la historia del mundo, el primer ensayo de aplicación del sueño perseguido por las conciencias más elevadas que honraron a la humanidad. Ha logrado realizar, integralmente en muchos casos, el ideal más hermoso que haya concebido el espíritu humano, y esto constituirá su gloria eterna.

II. HOMBRES Y COMBATES

Para la mayoría de los que se interesan por la historia social, por las realizaciones o posibilidades revolucionarias, sólo las regiones industriales y el proletariado industrial ofrecen interés. De entrada, las regiones agrarias y los trabajadores del agro son apartados. Más bien, la clase social de los pequeños campesinos es considerada siempre como irremediabilmente contrarrevolucionaria, sobre todo por la «ciencia» marxista según la cual las condiciones de existencia y las técnicas de trabajo condenan a los campesinos a ser los servidores de la reacción, cuando no su encarnación. Marx insistía sobre esta «ley» de la historia, afirmando incluso que la lucha entre la ciudad y el campo había constituido uno de los aspectos dominantes de la lucha de clases.

Es cierto que en este problema los campesinos han

quedado, muchísimas veces, muy a la zaga de los habitantes de las urbes. Sin embargo, nada es absoluto, y los hechos prueban que no se puede encerrar el desarrollo de la vida de los pueblos en fórmulas indiscutibles. España nos suministra un ejemplo valioso de ello.

En efecto, si es cierto que el socialismo colectivista preconizado por Bakunin aparece en 1869 en Madrid y Barcelona, lo es también que no tardó en extenderse en regiones predominantemente agrícolas y en ciudades cuyas actividades económicas estaban ligadas a las actividades generales de la agricultura. De hecho, el movimiento social y socialista anarquista se extendió al Norte, sobre todo en Cataluña, la región más industrial, y en el Sur, en Andalucía, región casi exclusivamente agrícola, que abarca el Mediodía, desde el Atlántico y el sur de Portugal, hasta la región de Levante, en las costas mediterráneas.

Es en estas dos regiones donde, antes de la revolución, se vendía el mayor número de periódicos, revistas, folletos, libros, y donde la actividad social, los combates librados, figuran entre los más intensos.

Las explicaciones pueden ser varias. Psicológicas, en primer lugar, porque el andaluz es tal vez el más reacio de los españoles a las órdenes gubernamentales, a la dominación estatal, a la autoridad representada por el instrumento del poder, por el funcionario. Económico-sociales después, porque la estructura de la propiedad

agraria bajo la forma de vastísimos dominios (cortijos) que a menudo cubrían millares de hectáreas y empleaban un personal asalariado importante y miserablemente retribuido, predisponía a los trabajadores a entenderse para la lucha. Los que conocieron el campo andaluz en el siglo pasado y al principio de éste nos contaban cómo, por la noche, labradores y segadores, aunque agobiados por la labor del día, se reunían en el pajar donde dormían, y, a la luz de la linterna única, el que sabía leer leía a sus compañeros los periódicos revolucionarios editados en Barcelona o en cualquier ciudad andaluza. Así se propalaba la Buena Nueva.

Sin embargo, otras razones pueden invocarse, porque, como lo veremos, fue en ciertas provincias, entre los pequeños propietarios que podían luchar con mayor libertad gracias a su independencia económica, donde se hallaron los militantes más esforzados, heroicos y eficaces.

Por otra parte, si el hambre, la desocupación, la miseria endémica explican la guerra social, otros factores movían a los revolucionarios. Abelardo Saavedra nos contaba cómo, cuando Francisco Ferrer emprendió difundir la pedagogía racionalista bajo forma de «escuelas modernas» había fundado 148 escuelas, siempre en Andalucía —él mismo era sevillano—; Francisco Ferrer procuraba el dinero y los libros, Abelardo Saavedra organizaba. Pero debía hallar en las localidades donde se fundaban esas escuelas los elementos materiales de existencia, y los maestros. Los sindicatos

obreros los suministraban. Casi siempre los maestros eran jóvenes militantes autodidactos que se improvisaban estudiando, y daban buenos resultados.

Esfuerzos semejantes se desplegaron fuera de Andalucía. En 1919–20 el autor ha vivido en la región de Levante, especialmente en la provincia de Valencia, donde visitó varias escuelas racionalistas en las que se continuaba la obra del mártir de Montjuich.¹⁶ Se hallaban especialmente en lo que podríamos llamar pequeñas ciudades de carácter predominantemente agrícola. En ausencia de los recursos monetarios antes suministrados por el gran fundador, el sindicato local –que reunía trabajadores de oficios varios–, o la federación local –cuando existían distintos sindicatos–, aportaban los fondos gracias a las cuotas pagadas por los sindicatos. A menudo, la escuela se volvía la principal razón de ser de la organización obrera. Y he conocido campesinos que se privaban de tabaco, placer excepcional, para cotizar cada mes un duro –cinco pesetas– a fin de sostener y mantener la escuela. El maestro iba, al mismo tiempo, formándose y adquiría una cultura que más tarde serviría al militante.

Podrían escribirse, sobre este aspecto de las luchas libertarias, páginas conmovedoras. Porque, naturalmente, la escuela racionalista tropezaba con la hostilidad activa de los

16 Ferrer fue fusilado en el fuerte de Montjuich (Barcelona), en el año 1909.

«caciques» dueños de la vida local, que formaban bloque con el cura, la Guardia Civil, los grandes terratenientes, a veces el boticario y el médico. A menudo, aplicando una tradición remota, el maestro no oficial era detenido, y deportado, las manos esposadas, a regiones lejanas donde estaba condenado administrativamente a residencia forzosa. Entonces, casi siempre, el militante más instruido le reemplazaba. Casi siempre también le tocaba conocer la misma suerte que el maestro, y otro compañero le sucedía, sufriendo a su vez la deportación. A veces, las autoridades acababan por clausurar la escuela, y ocurría que, de acuerdo con lo decidido por el sindicato, los alumnos partían, por la mañana, hacia la montaña, donde el último maestro improvisado les enseñaba trazando en el aire palabras o cifras, o dando, como podía, lecciones de Botánica en base a la observación directa.

Lo que acabamos de escribir no muestra sino uno de los aspectos de las luchas sociales que, al mismo tiempo, eran consecuencia de las condiciones de vida inmediata y perseguían objetivos superiores de transformación social. Porque revestían formas múltiples, como las protestas contra el Estado y el fisco, que tantas veces sublevaron a los campesinos de Francia, Italia y Europa Central, en los siglos de los grandes reyes y de los emperadores; a lo cual se agregaba una guerra de clases que, bajo la inspiración anarquista, había adquirido un carácter mucho más agudo de lo conocido hasta entonces.

Utilizando informaciones nada sospechosas y que remontan a una época particularmente dura, vamos a enumerar hechos que permitirán comprender la importancia del combate social llevado a cabo por los trabajadores revolucionarios de España. Nuestros datos se refieren a un período muy limitado, pero la intensidad de los hechos registrados permitirá imaginar su totalidad. Sin embargo, no sugieren la magnitud de las huelgas generales, especialmente andaluzas, que tuvieron lugar en la última parte del siglo pasado, huelgas que paralizaban las ciudades, los pueblos, la vida campesina, donde los pastores soltaban los rebaños en los montes, las nodrizas devolvían sus hijos a las damas de la aristocracia, el personal doméstico hacía causa común con los obreros industriales. Sin embargo, creemos, con lo que sigue, dar una idea que hará comprender mejor esas luchas.

Año 1879. – El campesino anarquista Oliva es agarrotado, habiendo sido condenado por «causas sociales», sin duda por haber cometido un atentado contra un cacique que le privaba de trabajo. En Tarragona (Cataluña) las sociedades obreras son disueltas, lo mismo que una cooperativa obrera en Olivera (provincia de Cádiz). En Valencia, labradores, pequeños propietarios y colonos (medieros) se declaran en huelga, negándose a pagar a los terratenientes. Interviene la Guardia Civil, deteniendo a ciegas; los huelguistas imprimen una proclama que pegan en los árboles. Setenta campesinos huelguistas son deportados a las islas Marianas (entonces

colonias españolas), por simple medida administrativa. En Arcos de la Frontera (provincia de Cádiz), en Granada, Ronda, Jaén –tres ciudades de Andalucía–, tienen lugar manifestaciones de desocupados que piden trabajo y pan. Hay numerosas detenciones. En varios lugares, el pueblo saquea las panaderías y las carnicerías.

En los meses de junio y julio se producen incendios de mieses y cosechas, viñedos, bosques, granjas de grandes propietarios de Castilla, Extremadura, la región valenciana, sobre todo en Andalucía, donde los incendios se multiplican en el siguiente mes de agosto. Un campesino llamado Moncasi es ejecutado por haber atentado contra un patrono. Le sigue al cadalso Francisco Otero González, que había disparado dos tiros de pistola contra un burgués, sin alcanzarle.

Año 1880. – Elementos del pueblo saquean las iglesias y las oficinas del fisco en las provincias de Tarragona, Toledo, Ciudad Real (estas dos últimas en Castilla la Nueva). Agitación en Andalucía. Según *La Revista Social*, 4.566 trozos de tierra han sido vendidos por el fisco, que se ha incautado de otros 51.854, pero no ha podido venderlos por falta de compradores. En los meses siguientes se registran otras 39.000 incautaciones.

En mayo y junio son señalados incendios de granjas, cortijos, viñedos de los grandes poseedores, en la provincia de Jerez. En esta ciudad, trece militantes son encarcelados,

acusados de haber provocado incendios. Dos de ellos, Manuel Álvarez y José Campos Rodríguez, mueren. En La Coruña (Galicia) una bomba estalla ante el domicilio del alcalde. En la provincia de Huelva (Andalucía), los rebaños son exterminados por los huelguistas y destruidas varias plantaciones de árboles frutales. Se producen de doce a quince sublevaciones contra el fisco en diferentes lugares del país (Valls, Arriate, Orense, en Galicia), Almodóvar (provincia de Ciudad Real, en Castilla la Nueva).

Siempre en el año 1880, y en la campiña de Córdoba, millares de hectáreas son destruidas por incendio; de ellas 84 pertenecían al duque de Alba. Nuevas casas de ricos propietarios arden. La miseria exaspera al pueblo. El diario liberal *El Siglo* declara: «Preferimos retirarnos a la vida privada, porque estamos convencidos de que la revolución triunfante en España caería inmediatamente en manos de todos los elementos demagógicos del país». Y, naturalmente, los demagogos son los revolucionarios.

Una bomba de poca fuerza estalla en el convento de los jesuitas de Gandía (provincia de Valencia). Los jesuitas van a establecerse en casa del duque de Pastrana, que a su vez es incendiada.

El 3 de agosto, tres autores del descarrilamiento de un tren son fusilados. El 17, cuatro condenados a muerte son ejecutados en Berzocana. El 18, una ejecución en Riaza; el 19, una en Marchena: diez ejecuciones en diez días. Aparece

El Municipio Libre, periódico clandestino que es distribuido por ciudades y campos. La casa del recaudador de impuestos de Requena (provincia de Valencia) es tomada por asalto, los registros son quemados en la plaza pública con parte de los archivos del Ayuntamiento. Interviene la tropa, el pueblo le hace frente. En Alcoy, provincia de Alicante, los jesuitas deben huir ante la actitud hostil del pueblo. En Málaga, detención de militantes. La imprenta de *El Municipio Libre* es descubierta por la policía.

Año 1881. – Del 24 al 26 de septiembre, un congreso de federaciones comarcales tiene lugar en Barcelona. De acuerdo a su estructura, estas federaciones están en gran parte constituidas por trabajadores del campo agrupados en organizaciones sindicales. Estadísticas: 200 secciones y 136 delegados. Por 128 votos contra ocho, se declara que el objetivo perseguido es la anarquía colectivista. Los opositores son socialistas marxistas.

Año 1882. – En Sevilla tiene lugar un congreso nacional (llamado regional por los libertarios para quienes España es como *una región de la Internacional*). Se cuentan 212 delegados, diez regiones orgánicamente constituidas, 218 federaciones locales, 633 secciones sindicales y 59.711 federados. Esta última cifra se descompone del modo siguiente: Andalucía del Oeste, 17.021 adherentes; Andalucía del Este, 13.026; Aragón, 689; Cataluña, 13.181; Castilla la Vieja, 1.036; Castilla la Nueva, 515; Murcia, 265; Galicia, 847; Vascongadas, 710; Levante, 2.355.

Se acusa una diferencia, que será corregida después, entre el total y las cifras regionales o locales. Por otra parte, la intensidad de las luchas sociales que acabamos de describir, y particularmente la de la represión, debe haber causado una disminución de los efectivos. Con todo, y tratándose del carácter ideológico del movimiento, no puede negarse su importancia. Y subrayemos cuántos esfuerzos, a menudo extraordinarios, cumplieron numerosos delegados, parte de los cuales debieron viajar en condiciones inimaginables. En fin, la influencia ejercida sobre el proletariado por estas fuerzas organizadas rebasaba con mucho lo que las cifras reproducidas podrían dejar suponer. El Congreso de Sevilla es un esfuerzo de reorganización después de una larga represión.

Entre las resoluciones tomadas en ese congreso figuró, treinta años antes de que Francisco Ferrer emprendiera esa obra, la fundación de escuelas no sometidas a la autoridad de la Iglesia y del Estado.

Siempre en Andalucía, la federación local de Sevilla donde, de acuerdo a la estructura socioeconómica de la época, la vida social es solidaria de las actividades agrarias, cuenta con 53 secciones sindicales y 6.000 adherentes. Inmediatamente después del congreso mencionado, siete federaciones nuevas se organizan en la provincia de Sevilla, 19 adhieren a la federación andaluza. Cada número del periódico *El Trabajo*, que aparece en Málaga, anuncia la fundación de unas 20 federaciones sindicales con una mayoría de

trabajadores del campo. Sobre los 18.000 ejemplares que publica entonces *La Revista Social*, 8.000 se venden en Andalucía. Y no olvidemos que España sólo cuenta 18 millones de habitantes, con un promedio de 65% de analfabetos. Notemos, también, para terminar sobre este congreso, que unos veinte congresos locales habían tenido lugar para examinar previamente el orden del día y decidir las proposiciones que deberían ser hechas.

Año 1883. – *La Revista Social* anuncia que en Marchena un trabajador (suponemos que del campo) gana de dos a tres «reales» (un real = la cuarta parte de una peseta). Calcúlese que hay unos 30.000 desocupados en la agricultura de Andalucía. La federación socorre a 3.500: existe, pues, una práctica de solidaridad, naturalmente limitada por los recursos disponibles. El Gobierno «cierra las bibliotecas y las escuelas obreras».

Pero el carácter violento e implacable de la lucha social, la exasperación causada por el hambre han provocado la constitución de una organización secreta, la Mano Negra. Más de 400 personas son detenidas, acusadas de pertenecer a esta fuerza misteriosa. Militantes de la región valenciana son detenidos y deportados a las islas Marianas, donde morirán de hambre y consumidos por las fiebres. Las detenciones se multiplican de nuevo, 2.000 trabajadores son acusados de adhesión a la Mano Negra. El terror reina, los registros domiciliarios continúan en todo el país. Se señalan «crímenes sociales», la Guardia Civil también registra, día y

noche, detiene, encarcela, tortura. Un proceso monstruo se prepara en Montillas (provincia de Cádiz). La Guardia Civil se apodera de los muebles, los libros, los mapamundis de la escuela de La Línea (misma provincia).

En mayo tiene lugar el primer proceso de la Mano Negra. El fiscal pide 30 penas de muerte. Cinco condenados serán ejecutados. Pero la policía pretende haber descubierto una nueva organización secreta y detenido 20 de sus miembros.

Años 1885–86–87. – En La Coruña (Galicia) los campesinos se sublevan contra los consumos. Registros, archivos, papeles de todas clases van a la hoguera. La tropa tira, la insurrección dura dos días. Los campesinos de Canovellas, provincia de Barcelona, se niegan a pagar los impuestos, y 100 hombres, garrote en mano, obligan al recaudador a retirarse. Según el periódico libertario *El Obrero*, sólo en diciembre de 1886 el Estado se ha incautado de 75 granjas en Jodar, de 32.000 en la provincia de Logroño, de 4.000 en las islas Baleares, por deudas con el fisco. En Onteniente, provincia de Valencia, el pueblo toma el Ayuntamiento por asalto, al grito de: «¡Abajo los impuestos!» Calcúlese que de 1880 a 1886 el Ministerio de Hacienda se ha incautado judicialmente de 99.931 propiedades. Desde la Restauración, en trece años, el total se elevaría a 999.000.¹⁷

La cifra es enorme, y no podemos verificarla. Pero se

17 Las luchas contra el fisco explican sin duda, por lo menos en parte, la hostilidad del pueblo español contra el Estado.

anuncia que en mayo de 1887, en la región de Alcañiz (provincia de Teruel), 3.000 alquerías, o lo que tal se llama, deben ser vendidas por deudas con el fisco. Nuevos y numerosos motines son señalados en diferentes partes, con muertos y heridos, pues la Guardia Civil hace copioso uso de sus armas. Se producen numerosas detenciones en Andalucía, para contrarrestar la campaña referente a los mártires de Chicago. En la pequeña ciudad de Grazalema (provincia de Cádiz), 24 hombres y seis mujeres son encarcelados. En muchas otras pequeñas ciudades (Río Tinto, provincia de Huelva, Andalucía, por ejemplo) se establece una solidaridad activa entre los obreros de las fábricas y los mineros. Miseria profunda en numerosos pueblos de Andalucía. En La Loja (provincia de Granada), Écija, Los Arcos, Sanlúcar, los alcaldes telegrafían al Gobierno de Madrid pidiendo socorros y tropas. El periódico portugués *Grito de Povo* anuncia 414.565 confiscaciones de fincas (sin especificar en cuánto tiempo), entre ellas, 63.562 en la provincia de Cuenca (Castilla la Nueva), 73.395 en la provincia de Zaragoza. Los campesinos de Castilla la Vieja emigran en masa.

Lo que acabamos de enumerar es una muestra, forzosamente incompleta, y permite comprender cuán intensos fueron los combates librados por el pueblo en todas las regiones de España menos, probablemente, en las Vascongadas.

Otros factores completan la explicación del

comportamiento de la población, y sería erróneo juzgar el comportamiento de esta última por las reacciones desesperadas que acabamos de enumerar. Indudablemente, la lucha conoce altibajos; se atenúa en ciertos períodos, en que triunfa la reacción, que pone fuera de la Ley, y durante años, a los sindicatos campesinos o industriales. Entonces, cierta resignación parece dominar en la mayoría de los trabajadores. Pero los militantes están siempre presentes, como un fermento, como un estímulo. Siguen influenciando por la acción, por la propaganda oral, por la distribución de periódicos y revistas, incluso por la adhesión a la sección del partido republicano cuando existe en la localidad. Y dan prueba de una voluntad, de un estoicismo, de un heroísmo que causan admiración. Por centenares, por millares, han conocido persecuciones innumerables, la cárcel, el presidio, la deportación, el exilio, el boicot de los caciques y sus administradores, de los patronos, de los comerciantes que les negaban el crédito. Pero esta lucha ha formado los hombres, ha templado voluntades admirables. Hemos dicho, y comprobaremos más adelante, que a menudo los pequeños propietarios que gozaban de independencia material podían actuar y luchar con mayor eficacia que los asalariados. Son pequeños propietarios libertarios que en los años 1915–1920 han contribuido con eficacia al renacimiento del movimiento libertario en la ciudad de Valencia donde, bajo el régimen monárquico, el republicanismo había acaparado la oposición. El domingo por la mañana, descuidando sus faenas, bajaban de los

pueblos, de las montañas, o acudían de la Huerta para ayudar a los que se esforzaban, en la capital de Levante, por reorganizar las fuerzas que las represiones habían destruido. Fueron los principales artífices de ese renacer.

Es precisamente en esta región del Levante donde conocí a Narciso Poimireau¹⁸, quien residía en el interior de las tierras elevadas, en un pueblo llamado Pedralba, donde poseía tierras y podía ser considerado como un privilegiado del lugar. Y sin embargo, Narciso Poimireau, alto, seco, con corazón de oro, mirada bondadosa y espíritu iluminado, era el agitador por excelencia de la comarca de Liria, que tal vez ofrece la historia social más intensa de la región levantina.

Cultivaba sus tierras, y por la noche partía a través de la sierra, a pie, «para no cansar a su mula que debía trabajar al día siguiente», recorriendo caminos pedregosos, de uno a otro pueblo, predicando el evangelio libertario y organizando a los campesinos. Había fundado con su propio dinero una escuela en la cual una hija suya era maestra. Al mismo tiempo que llevaba la lucha contra los ricos explotadores, la llevaba contra el cura. Pero en esa región él era quien, por su altura moral, sabía calmar los ímpetus de la cólera y el furor del odio.

18 El nombre de Narciso Poimireau era más francés que español. Tal vez nuestro compañero era un lejano descendiente de esos campesinos arruinados por la voracidad del fisco bajo el reinado de Luis XIV —que Taine nos muestra— y que, obligados por la miseria, emigraron a España.

Cuando llegaron a Pedralba las tropas franquistas, sus adversarios locales –que él no había perseguido durante el período antifranquista– le detuvieron. Hubo un largo silencio respecto de él. Un día las autoridades convocaron a los habitantes de Pedralba en la plaza pública. Y, ante ellos reunidos, hicieron circular una carreta en la cual habían cargado una jaula de madera. En la jaula estaba Narciso Poimireau, encerrado como Don Quijote al regresar a su pueblo, para burla de las gentes, reunidas a pesar suyo. «Pero las gentes no se burlaron de mí; me miraban con pena, los franquistas fracasaron en sus propósitos», decía en la cárcel Narciso Poimireau a quien me ha relatado estos hechos.

Narciso Poimireau, al que yo había conocido por dos veces al ir a Pedralba para dar una conferencia, fue fusilado por los franquistas. Y según un compañero que lo conoció, toda su familia también fue fusilada.

Pasemos al norte de Aragón. He aquí otro de esos hombres que suscitan la admiración. Se llama Juan Ric, y hoy vive en una ciudad de Francia. Vivía antes en Binéfar, en la provincia de Huesca, donde era propietario de 15 hectáreas de tierra regada –¡una fortuna!–. Criaba al año para venderlos un centenar de carneros, poseía dos mulas, y su mujer atendía a la clientela de una pequeña tienda de comestibles. Al mismo tiempo, Juan Ric era el principal animador y organizador del movimiento libertario local y comarcal.

Desplegando siempre una actividad inagotable fue, en repetidas ocasiones, perseguido por actividades subversivas. A raíz de un intento insurreccional mal concebido que se realizó en diciembre de 1934, en el que varios guardias civiles cayeron en la lucha, fue encarcelado y aún lo estaba cuando el frente popular triunfó en febrero de 1936. Hubo una amnistía que lo sacó de una situación poco envidiable, pues el fiscal pedía contra él dos penas de cadena perpetua y unos quince años de suplemento. En total, aproximadamente unos ochenta y dos años –Ric no lleva la cuenta exacta–. Naturalmente estuvo al frente de los que en su pueblo hicieron frente al ataque franquista. Y naturalmente le hallé, siempre desbordante de actividad, optimista y sonriente, dándose por entero a la organización colectivista de la comarca de Binéfar¹⁹ tomando iniciativas, resolviendo problemas, animando, impulsando. Cuando las tropas franquistas avanzaron, se vio obligado a refugiarse en Francia, donde conoció los campos de concentración en que se encerró –guardados por tropas norteafricanas– a los refugiados antifascistas; conoció después el campo hitleriano de *Dachau* donde lo llevó la Gestapo, informada por los estalinianos de su existencia en los bosques, donde se escondía; regresó de Alemania pesando menos de 40 kilos, a pesar de medir un metro setenta por lo menos. Pero, cuando hablé con él hace cinco años, estaba dispuesto, a pesar de la edad, a regresar a Binéfar donde la población se

19 Ver más adelante la sección titulada Binéfar.

negó a comprar sus tierras que las autoridades habían puesto a subasta. A regresar para –empezando con sus propias tierras– repetir la experiencia de una colectividad libertaria con el mismo entusiasmo, la misma voluntad, el mismo iluminado fervor.

¡Cuántas otras biografías ricas, apasionantes, de hombres excepcionales, de revolucionarios libertarios, campesinos, pequeños propietarios y asalariados, apóstoles obstinados de la revolución porque eran apóstoles de la justicia y del amor, se podrían escribir! Tengo a mano la breve narración que ha redactado, a requerimiento mío, uno de los hombres que fueron el alma de las luchas campesinas en Navalморal de la Mata, pequeña ciudad de Extremadura, provincia de Cáceres, que en el año 1936 contaba unos 7.500 habitantes. Fue dos veces condenado a muerte, gravemente herido en los combates contra las fuerzas franquistas, pasó dieciocho años en presidio, y si tuviera fuerzas y la posibilidad de hacerlo, seguro estoy de que reanudaría las luchas que voy a resumir. Pero ese héroe desconocido, modesto y oscuro, experimentó, antes de hablar de sí mismo, la necesidad de rendir homenaje a otro militante libertario, heroico como él, modesto y oscuro:

Quiero, antes de empezar, hablar de Alfonso González, el militante más viejo de Navalморal. Fue padre de todos en anarquía; encarcelado varias veces, condenado dos veces a muerte, detenido por los franquistas durante la guerra, recuperó la libertad en 1942; luego, detenido de nuevo en

1944 por servir de enlace con los guerrilleros de la región, fue condenado a presidio y encerrado en el penal de Ocaña. Cumplió su pena, y regresó. A los ochenta y cuatro años las autoridades le expulsaron de su ciudad natal. Vivió seis meses en el pueblo de Talayuela, y volvió a Navalморal, donde murió seis meses más tarde. Por testamento, exigía un entierro civil. Las autoridades quisieron hacer caso omiso, pero el notario obtuvo fuera respetada la voluntad del viejo luchador. Se abrió una brecha en el muro del cementerio para que el paso del cuerpo por las alamedas benditas por Dios y los curas no contaminara las otras tumbas, y se le enterró en un rincón aparte.

Esperemos que las generaciones futuras levantarán un monumento a Alfonso González. Pero ¡habría que elevar tantos!

Y ahora, he aquí la narración de Ambrosio Marcos:

La oposición liberal, que ya constituía un paso importante en Navalморal, apareció en tiempos de la monarquía, hacia fines del siglo pasado, en la personalidad de republicanos eminentes que dejaron grato recuerdo en la memoria del pueblo. Uno de ellos fundó una gran biblioteca pública donde se encontraban libros de cultura general, y los que trataban del problema social, y por consiguiente, como se comprenderá, de sociología anarquista, tan numerosos en España. Esto no es nada sorprendente porque ciertas corrientes republicanas mantenían un contacto fraterno con

el movimiento obrero en la oposición antimonárquica. Los conflictos sociales se produjeron bajo la forma de huelgas agrarias, de luchas contra los grandes propietarios. No tenemos detalles, pero al principio de este siglo, se hablaba de la Mano Negra que causaba tal espanto que las madres amenazaban con ella a sus chicos, tomando el lugar del diablo.

En 1905,²⁰ el pueblo de Navalmoral se subleva para defender al alcalde liberal que acaba de ser elegido y contra quien el marqués de Comillas, el hombre más rico de España, y que poseía tierras en Navalmoral como en otras muchas partes, se opone. Ante las protestas tumultuosas, acude una compañía de la Guardia Civil, con fusiles y ametralladoras, para reforzar las fuerzas locales. Se producen algunas escaramuzas, y la Guardia Civil se retira. El pueblo triunfa. En los años siguientes hay nuevas manifestaciones, esta vez contra la carestía de la vida. En el año 1916 se constituye una federación obrera local, que adhiere a la Unión General de Trabajadores, de carácter socialista reformista. Pero un año más tarde los militantes libertarios hacen que esta federación adhiera a la Confederación Nacional del Trabajo. Los conflictos sociales acostumbrados se producen, y en el año 1923 el general Primo de Rivera establece su dictadura. Como en otras muchas ciudades y regiones de España, los sindicatos son clausurados. Entonces aparece esta especie de genio de la clandestinidad que hemos constatado, y

20 A partir de este momento, resumimos el relato.

tendremos ocasión de constatar más adelante. El movimiento sindical se mantiene a pesar del cierre de los sindicatos, pues los sindicatos cotizan y se reúnen (en el campo, o en la montaña, o en los bosques). Como la ley no prohíbe la constitución de grupos de trabajo, los carreteros y los «yunteros»²¹ constituyen una colectividad de trabajo. En plena represión, van más allá del salariado. Según Ambrosio Marcos, otros trabajadores, de otros oficios, hacen lo mismo. Desgraciadamente no tenemos más detalles.

Primo de Rivera abandona el poder en noviembre de 1930. Inmediatamente, el sindicato se reconstituye. Al mes, cuenta 1.500 adherentes. No todos son específicamente campesinos, pero los campesinos adhieren a su vez y pronto serán 400; unos, simples braceros, no poseen nada, otros poseen sólo algunas áreas de «secano». Ambrosio Marcos se ocupa particularmente del mutualismo agrario, que ha sido fundado por militantes católicos o socialmente neutros. Campesino él mismo, influye sobre los otros adherentes, les convence de la necesidad de luchar para conquistar la tierra, y en enero de 1931 los braceros y los campesinos desheredados de Navalморal se adueñan de las tierras del marqués de Comillas y otros grandes latifundistas, de esas tierras siempre incultas, que les llamaban irresistiblemente, desde hacía años. Las invaden en masa y se ponen a labrar,

21 Propietarios de una yunta de mulos o bueyes, que profesionalmente aran la tierra o hacen otras faenas.

desherbar, sembrar. La Guardia Civil llega, amenaza con las armas; los hombres fingen retirarse con sus animales, sus aperos de labranza. La Guardia Civil queda, se instala victoriosa en las tierras «libertadas». Pero, en lugar de volver a su casa, los campesinos van por caminos indirectos, al otro lado de la ciudad, a otra tierra no cultivada, que se ponen a labrar, desherbar y sembrar, como en la primera. Las mujeres y los hijos les traen de comer y de beber, y permanecen en las carreteras para vigilar si viene la Guardia Civil que acaba por cansarse de jugar a las escondidas y por dejar a los campesinos beneficiarse de su atrevimiento.

En abril de 1931 se proclama la República. Las nuevas autoridades hacen lo que no hicieron las autoridades monárquicas. Un proceso contra los campesinos expropiados durará meses. Se ven condenados a pagar una indemnización por uso ilegal de la tierra ajena. Pero no pagan. Y al llegar el mes de julio se llevan la cosecha. Llegamos el invierno (1931–32), los terratenientes quieren recuperar sus tierras. Los campesinos de Naval Moral se oponen. La Guardia Civil interviene, siempre fusil máuser en mano. Pero, ante la actitud de los labradores, se retira. Todo parece volver a calmarse.

Pero, un día de la primavera siguiente, 500 labradores van de nuevo a los mismos campos. Es un hormiguero humano que se pone a trabajar. El asunto provoca mucho ruido, la prensa madrileña lo explota ampliamente; reporteros, periodistas, fotógrafos van a informar. En otras regiones,

otros campesinos invaden fincas no explotadas y ahora la Guardia Civil republicana utiliza los fusiles. Por el momento, en Navalморal, las armas no disparan aún «porque nos tienen miedo», escribe Ambrosio Marcos. Llega el año 1933. La labranza colectiva continúa, pero la situación es cada vez más tensa. Los conflictos menudean entre los terratenientes, los caciques, los partidos políticos oficiales locales, los administradores apoyados por la fuerza armada, y los campesinos y los sindicatos obreros.

En marzo, ocho militantes de los más conocidos, entre los cuales está Ambrosio Marcos, son detenidos de noche, con mucho sigilo. Ha sido dada la orden de aplicarles la «Ley de Fugas»²². Pero en una hora el hecho es conocido, toda la población baja a la calle, corta las carreteras para impedir la llegada de los detenidos a la prisión provincial de Cáceres.

Las autoridades ordenan cambiar el itinerario de los coches, no se atreven a aplicar la Ley de Fugas, y a las tres de la madrugada nuestros compañeros llegan sanos y salvos a la cárcel. Mas al amanecer en Navalморal, no sólo están cortadas las carreteras, sino que la alcaldía es tomada por asalto, las autoridades son detenidas como rehenes por los campesinos, asalariados y no asalariados.

Los detenidos no fueron puestos en libertad porque se

22 Según esta ley, la policía —o la Guardia Civil— tenía derecho de disparar sus fusiles contra un detenido que huía. Muchos militantes fueron asesinados con este pretexto.

quería, a todo trance, descabezar el movimiento. Pero otros militantes ocuparon su lugar, y la agitación continuó en Navalmoral de la Mata.

Huelga de los braceros en mayo y junio, huelga en el momento de la cosecha de los propietarios medios. Las autoridades gubernamentales republicanas, tan diferentes de las primeras figuras apostólicas del republicanismo, intervienen. Mas el movimiento se extiende a los pueblos cercanos, a Peralta de la Mata, de poca importancia, donde nuestra organización cuenta 500 adherentes, a Valdeuncar donde cuenta 200, a Jarandilla de la Vera, a Villanueva de la Vera. Y cunde hasta la cacereña ciudad de Plasencia, secularmente aletargada.

En diciembre de 1933, para contrarrestar el triunfo electoral de las derechas, una huelga general, que en tales condiciones constituye un error táctico, es ordenada por la CNT. En Oliva de Plasencia, la alcaldía es tomada por asalto. Pero es en Navalmoral donde el ataque popular es más poderoso. Durante tres días el pueblo es dueño de la calle. Las escopetas hacen frente a los fusiles, pero al final la Guardia Civil, reforzada con la Guardia de Asalto, acaba por obligar a las fuerzas insurrectas a batirse en retirada.

Treinta y cinco militantes, casi todos campesinos, comparecieron ante el tribunal y fueron condenados a presidio. Salieron cuando el triunfo de las izquierdas, en febrero de 1936, permitió promulgar la amnistía. Durante

ese tiempo, y ante las fuerzas superiores del adversario, los campesinos y los trabajadores asociados habían perdido parte del terreno conquistado. Pero habían conquistado cierto derecho de usufructo de la tierra.

Ambrosio Marcos resume modestamente el resultado de esa epopeya que terminó con el triunfo de las fuerzas franquistas:

Puede decirse, a propósito de la agricultura, que nuestras colectividades no eran la aplicación del comunismo libertario integral,²³ pero que, si tenemos en cuenta las circunstancias, no hubo un solo fracaso. Es lo más importante, porque todo fracaso es causa de un retroceso y siembra el desconcierto. Había que probar que nuestras ideas eran viables, que nuestro programa era realizable. A pesar de las autoridades y de los propietarios, el primer ensayo de cultivo en común fue realizado. Los más desdichados fueron auxiliados, los más fuertes ayudaron a los más débiles. Hubo obreros que se hicieron campesinos para tomar parte en esas realizaciones nuevas. Se ayudó a gentes de otras localidades. Cuando en Asturias tuvo lugar la huelga de Duro–Felguera, mandamos un vagón de garbanzos y numerosos sacos de patatas a los huelguistas y dinero.

23 Afirmación discutible, como se verá más adelante. Pero hombres como Ambrosio Marcos tendían, por el deseo de hacer más y mejor, a despreciar su propia obra.

También fueron ayudados los huelguistas de la Central Telefónica de Madrid, y otros actos de solidaridad fueron cumplidos.

Hasta ahora nos hemos esforzado por aportar ciertos elementos de las luchas sociales en las zonas campesinas y agrarias de España. Pero a pesar de su intensidad –a veces salvaje– esas luchas fueron tal vez menos importantes que las que tuvieron lugar en las ciudades. En primer lugar, particularmente en Andalucía, ciudad y campo fueron solidarios, pues los conflictos sociales iban juntos. Pero en las zonas industriales, sobre todo en Cataluña, el movimiento adquirió rápidamente una amplitud y un vigor sorprendentes.

Desde el principio del siglo XX, Cataluña concentraba el 70% de la industria española. La utilización de los ríos y torrentes que bajaban de los Pirineos, el aporte de los capitales franco-belgas y la iniciativa así favorecida de los hombres hicieron desarrollar en esa región, privada por la naturaleza de materias primas esenciales, una industria de transformación que alcanzó real importancia.

Las condiciones existieron, pues, para la aparición de sindicatos obreros que ya habían aparecido en la primera mitad del siglo XIX –también habían aparecido en Italia– de modo que ya en 1840 existían sociedades de resistencia e incluso federaciones de oficios que, como la de los tejedores, se extendían por toda la región, y como la de la Tres Clases

de Vapor que Anselmo Lorenzo comparaba con las *trade-unions* existentes en Inglaterra.

A partir de 1870, el movimiento sindical anarquista constituye una escuela revolucionaria, libre de toda interferencia política, en la que los sindicatos obreros más importantes asumen su propio destino. Huelgas parciales, huelgas generales, sabotaje, manifestaciones públicas, mítines, lucha contra los rompehuelgas (también los había), encarcelamientos, deportaciones, *lock-outs*, atentados...

El autor de este libro llegó a Barcelona en junio de 1915. Entonces, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), fundada cinco años antes, conocía dificultades. Nuestros mítines contra la guerra mundial atraían menos oyentes que los de los republicanos que reclamaban la intervención de España al lado de los aliados. Sin embargo existían, en Barcelona y en su inmediata periferia, cuatro centros obreros, llamados también ateneos porque en cada uno se hallaba una biblioteca, mesas donde sentarse para leer y una sala para conferencias. El movimiento constituido por los grupos anarquistas obraba al unísono con los sindicatos.

Pero se produjo la Revolución rusa cuya influencia se propaló en el occidente europeo donde despertó tantas esperanzas. Inmediatamente los sindicatos vieron aumentar sus efectivos, las huelgas se multiplicaron, la lucha social se intensificó, siempre directa, de poder a poder, entre organización obrera y organización patronal. Es entonces

cuando nuestro semanario *Solidaridad Obrera*, que Francisco Ferrer había contribuido a fundar, es transformado en diario. Dos años más tarde (1919), teníamos seis *Solidaridad Obrera* apareciendo, además de Barcelona, en Bilbao, Zaragoza, Madrid, Valencia, Sevilla; y unos diez periódicos semanales aparecían en distintas regiones de España.²⁴ A lo que debe agregarse revistas como *Páginas Libres*, magnífica publicación fundada y dirigida por el doctor Pedro Vallina, y *La Revista Blanca*, segunda época, que había sido a principios del siglo un documento de inestimable valor.

De nuevo, en Andalucía, las mieses ardían; en Cataluña, en Aragón, en ciertos centros industriales del Norte, las huelgas se multiplicaban. La más importante forma parte de la historia social de España bajo el nombre de huelga de La Canadiense. Esta empresa, canadiense como se denominaba, construía cerca de Lérida, a 150 kilómetros de Barcelona, un pantano importante para la edificación de una gran central eléctrica. Algunos obreros fueron despedidos. Sus compañeros declararon inmediatamente una huelga de solidaridad, y ante la resistencia de la compañía, el movimiento se extendió primero a toda la provincia, ganando después las otras tres provincias catalanas.

Pocas veces se habrá visto un paro obrero más completo,

24 En 1919, el autor dirigió, por algún tiempo, el semanario *La Guerra Social*, que había fundado Eusebio Carbó.

más absoluto, más impresionante. No sólo los talleres y las fábricas, sino también todos los medios de transporte fueron paralizados. Las fuerzas obreras hacían la ley en las calles. Sólo los médicos tenían derecho a circular. Cafés, hoteles, restaurantes, todo estaba cerrado. De noche, la gran ciudad de Barcelona estaba a oscuras. Esta huelga, que duró desde el 5 de enero hasta el 20 de marzo de 1919, fue una gran batalla librada contra el patronato y las autoridades.

Pero la represión replicó. La ley española permitía e incluso después, durante la República, permitió encarcelar administrativamente tanto a los delincuentes de derecho común –incluso si habían cumplido su condena– como a los militantes activos de la oposición, política o del movimiento obrero.

Estas posibilidades daban a los gobiernos medios de acción que utilizaban ampliamente. En el período que va desde 1920 a 1924 hubo veces en que los presos por cuestiones sociales se contaban por millares. No sólo llenaban la *cárcel modelo* de Barcelona, sino que fue necesario apiñarlos en las Arenas monumentales y en barcos atiborrados en el antepuerto de Barcelona, como después de la Comuna se había hecho en Francia al utilizar los pontones en las costas atlánticas. En la época de La Canadiense, aparte de la isla de Fernando Poo, donde poco faltó al autor de estas líneas para ir también, se disponía de la isla de Mahón, en el Mediterráneo. Todo lo cual no bastaba todavía. Y se acudió a un viejo procedimiento que también había sido empleado

en otros países: la deportación en la misma España. Convoyes de prisioneros encadenados de dos en dos, y todos reunidos por una *cuerda*, partían especialmente de Barcelona. Se les llamaba «cuerdas de deportados». Iban así 30, 40, 50, encuadrados por guardias civiles a caballo, teniendo siempre el fusil máuser a punto de disparar. Iban a pie, recorriendo 400, 500, 600 kilómetros hasta las regiones más atrasadas del país, donde quedaban aislados de las urbes y de los grandes centros de población.

Pero cuando la fe está profundamente arraigada, no bastan tales medios. Estas deportaciones daban, al final, resultados contrarios a los esperados. Al atravesar las localidades, los pueblos y las aldeas, el espectáculo de las «cuerdas de deportados» provocaba la conmiseración, suscitaba la generosidad, la solidaridad. La noticia de su llegada se propalaba rápidamente en las localidades, y antes de que el convoy hubiera franqueado las primeras moradas, las voces de los habitantes se elevaban:

– ¡Los presos, los presos!

Y las puertas de las casas se abrían, mujeres, muchachas, niños, ancianos, salían, ofreciendo unos un melón, otros racimos de uva, éste pan, aquél queso; los hombres ocupados en las labores del campo bajaban de las tierras o de la montaña para ofrecer tabaco. Ofrenda colectiva que la misma Guardia Civil toleraba.

Y ocurrió a menudo que, en las regiones más atrasadas donde llegaban, nuestros compañeros se sumaban a la vida social, participando en el trabajo donde aportaban a menudo conocimientos técnicos más avanzados, enseñaban a leer a los niños y explicaban en las conversaciones por qué se les había deportado; el resultado fue que las ideas sociales Penetraron allí donde había sido imposible llevarlas hasta entonces.

Sin embargo, las actividades represivas no se limitaron a lo que precede. A fines de 1919, un *lock-out* patronal fue declarado en todas las industrias con intención de derrotar de una vez a la organización sindical. Duró siete semanas. Pero, aunque la CNT haya salido debilitada por esta prueba, no por eso quedaba vencida. Entonces el gobernador civil, general Martínez Anido, y su cómplice, el gobernador militar Amiral Arlegui, suspendieron las garantías constitucionales, y de nuevo nuestro movimiento fue colocado fuera de la ley, nuestros centros y ateneos fueron clausurados, además empezó la matanza de nuestros militantes.

¿Cuántos fueron asesinados a tiros en las calles de Barcelona? Una lista ha sido publicada donde se cuentan 101. Entre ellos, hombres de la envergadura de Salvador Seguí, obrero manual –autodidacto que hacía evocar a Danton–, Evelio Boal –nuestro mejor técnico en organización sindical–, y otros, parte de los cuales: Menacho, Gomar, fueron amigos del autor de estas líneas. Ciertos heridos graves se salvaron milagrosamente: Ángel Pestaña –otra

personalidad de primer plano—, agredido a tiros de pistola cuando salía de la estación de Manresa, donde se dirigía a dar una conferencia en el teatro local. Una bala en el pulmón, otra en la garganta. Pestaña sobrevivió inexplicablemente. Mientras estuvo en el hospital local, los pistoleros de la asociación patronal esperaban su salida para rematarle. Lo cual causó escándalo e intervino el jefe del Gobierno, Sánchez Guerra, monárquico conservador que supo tener más decisión que muchos liberales. Martínez Anido fue destituido, y después de dos meses de hospitalización, Pestaña fue directamente del hospital a dar su conferencia.

III. MATERIALES PARA LA REVOLUCIÓN

En una superficie de 505.000 kilómetros cuadrados, incluyendo las islas mediterráneas y atlánticas (Baleares y Canarias), España contaba –el 19 de julio de 1936, fecha en que se desencadenó el ataque franquista– unos 24 millones de habitantes, o sea, 48 por kilómetro cuadrado. Leve densidad para una nación europea, y que podía dejar suponer que en ese país, donde la agricultura dominaba, que los recursos económicos eran suficientes para asegurar a todos una vida feliz. Pero, incluso si se le consideraba solamente desde el punto de vista agrario, la riqueza de un país no depende sólo de su extensión. Lucas González Mallada, el mejor geólogo español que era al mismo tiempo excelente geógrafo, ha clasificado como sigue –y sus conclusiones son siempre justas– el valor económico del suelo hispano:

10% de rocas peladas;

40% de tierras francamente malas;

40% de tierras mediocres;

10% de tierras que nos dan la ilusión de vivir en un paraíso.

Estas condiciones naturales están confirmadas por otras constataciones que impiden hacerse la menor ilusión: sobre los 50 millones de hectáreas, la superficie media cultivada y cultivable se elevaba entonces a 20 millones de hectáreas; en lo demás sólo se podía apacentar carneros y cabras. Añadamos que sobre esos 20 millones de hectáreas cultivables, seis millones estaban permanentemente en barbechos a fin de que el suelo pudiera «descansar», y en parte renovarse, según el sistema llamado «año y vez». De modo que, en realidad, la tierra realmente productora no comprendía sino un 28% de la superficie del país.

Hoy mismo, la estructura orográfica agrava las consecuencias de esas primeras condiciones. La altitud media de España es de 660 metros, «la más alta después de Suiza», nos dice el geógrafo Gonzalo de Reparaz. En el centro, la meseta castellana, que con sus prolongaciones abarca 300.000 kilómetros cuadrados, tiene una altura media de 800 metros. Al Norte, la cadena de los Pirineos, más importante en la vertiente española que en la vertiente francesa, cubre 55.000 kilómetros cuadrados, más de la

décima parte del país. Se cuentan en España 292 picos de 1.000 a 2.000 metros, 92 picos de 2.000 a 3.000 metros, 26 de 3.000 a 3.500 metros. Este relieve montañoso influye en forma decisiva sobre el clima, y a su vez el clima ejerce una influencia determinante sobre la agricultura.

Por otra parte, la dirección de las sierras internas, que corren en sentidos diversos por la península, dirige a menudo en forma inadecuada las lluvias bienhechoras. De modo que no es solamente el invierno, con el frío propio de las zonas elevadas, que frena la producción agrícola: es también el verano, con sus sequías; todas esas condiciones reunidas justifican la afirmación tantas veces repetida –y atribuida a personalidades distintas–: «África empieza en los Pirineos»²⁵.

Tomen el mapa de España: en el Norte, continuando la zona pirenaica, los montes cantábricos se estiran paralelamente, a 50 kilómetros del litoral, alcanzando más de 2.500 metros de altura, e impidiendo la llegada, sobre el centro, especialmente en Castilla, de las nubes oceánicas. Lluvea mucho en Asturias, como en el país vasco, en la provincia de Santander, hasta Galicia, al norte de Portugal, donde se registran medias de 1.700 milímetros al año, es decir, más del doble de lo necesario. Pero, del otro lado de

25 Hasta se ha dado a esta frase un sentido o un carácter político. Pero, teniendo en cuenta la similitud del clima y del relieve de África del Norte y de España, la interpretación geográfica nos parece la más exacta.

las montañas asturianas, las lluvias alcanzan por término medio 500 milímetros, y en vastas regiones de la cuenca del Ebro se registran a veces 300 milímetros de precipitaciones pluviométricas. Y aun estas cifras dan una idea incompleta de la realidad, pues a menudo la porosidad del suelo montañoso y el ardor del sol causan, por evaporación o por infiltración, la pérdida de hasta el 80% del agua caída.

Pero es en lo que Gonzalo de Reparaz llamaba «el trágico sudeste» donde se encuentran las peores condiciones. Sobre más de 500 kilómetros de costas, desde Gibraltar hasta Murcia, pasan a veces años sin que caiga la menor lluvia: los vientos soplan del Sur, del Sahara, y no traen lluvia. Y el autor afirma que es España la única nación de Europa donde se conoce este fenómeno en zona tan extensa.

La aridez del suelo es también frecuente en la vasta cuenca del Ebro, que cubre la décima parte del suelo hispano, o sea cinco millones de hectáreas: «los desiertos alternan con los oasis, pero predominan; la estepa ibérica que se extiende a lo largo de este río es la más vasta de Europa».

Habría que sumar las otras estepas, en primer lugar la de la Mancha, que se extiende desde las puertas de Madrid hasta Cartagena. En total, el 40% de la superficie de España está cubierto de estepas.

La huerta de Valencia, los jardines de Murcia y Granada cantados por los poetas no son sino islotes privilegiados que

engañan a los turistas de alma romántica. Y se comprenderá que los rendimientos de la agricultura se resienten de tales condiciones naturales. En 1936, la producción media de trigo, la más importante de todas, era de nueve quintales por hectárea, excepcionalmente de diez quintales, a veces de ocho, mientras era en Francia de 16 a 18 quintales en tierra no regada (promedio establecido en ambos casos sobre estadísticas de diez años). Los promedios más elevados en tierra regada daban de 16 a 18 quintales, mientras se obtenía 22 quintales en tierra no regada de Alemania e Inglaterra. Hoy mismo, sin regadío, el promedio francés es de 30 a 35 quintales, según los años.

Hemos tomado el ejemplo del trigo porque, como hemos dicho, este cereal era –y es todavía– la producción agrícola más importante de España. Lo demás, menos algunas excepciones como la producción naranjera, ofrecía condiciones similares. España era un país predominantemente agrícola, pero sus condiciones naturales lo condenaban a ser un país pobre.²⁶ La importancia del número de carneros criados (de 18 a 20 millones) muestra esas dificultades: el carnero es animal de estepas y de tierras pobres, que se cría en derredor del mar Mediterráneo, tanto en Europa como en África, en las tierras desecadas por el sol; lo mismo puede decirse del cultivo, tan abundante, y que cubre provincias enteras, del olivo: el olivo

26 Naturalmente, la pobreza es cosa relativa. Tendremos ocasión, más adelante, de ver su realidad indiscutible.

es producción de tierras infecundas, al que se acude porque es árbol cuyas raíces van a buscar el agua a gran profundidad. Carneros y olivos son indicios de malestar económico.

Cuando, hace mucho tiempo, el autor decidió estudiar seriamente la economía española, empezó por creer, ante el balance desalentador de la agricultura, que España no había seguido el camino correspondiente a sus posibilidades naturales a causa de circunstancias históricas, políticas y religiosas que, sobre todo después de la expulsión de los árabes y los judaizantes, habían torcido su destino. «España –escribían ciertos geógrafos y comentadores– es la bodega más rica del mundo». Este optimismo, que no compartían otros especialistas mejor informados, se fundamentaba en que el subsuelo del país contenía carbón, hierro, cobre, estaño, plomo, cinc, mercurio, plata y wolframio.²⁷ En apariencia existían bases para fundar industrias cuyo importante conjunto habría cambiado o permitiría cambiar la estructura económica general. Pero quien estudiaba las estadísticas serias suministradas por los geógrafos estudiosos, los economistas informados, los geólogos, los ingenieros hidrólogos, e incluso las secciones especializadas de ciertos organismos oficiales, constataba que estos

27 En Europa, sólo Yugoslavia podía competir con España en cuanto a la variedad de minerales contenidos en su subsuelo. Pero Yugoslavia no era un país rico. No es la existencia de materias primas fatalmente signo de riqueza; lo es, o lo son las industrias de transformación. Tal es el caso de Cataluña, y en mayor escala, hoy, del Japón.

diferentes minerales no existían sino en pequeñas cantidades y, aparte del mercurio –cuya importancia económica era mínima con respecto a la economía nacional– no podían abrir perspectivas alentadoras.

Las minas españolas han sido explotadas por los cartagineses, por los romanos, los árabes, los ingleses, y hasta por los españoles. No eran inagotables, y en conjunto, menos las que suministran mineral de hierro –cuyas reservas no son realmente importantes con relación a las necesidades nacionales– están hoy al final de su rendimiento. Incluso cuando estaban en su auge, las comparaciones, sin las cuales no hay apreciación valedera, prueban que una industria importante no habría podido basarse en la producción nacional. En 1936, el subsuelo suministraba de 0,40 a 0,50 del cobre mundial. Las minas de Río Tinto estaban ya casi agotadas, y la Río Tinto Co. había empezado a desplazar sus capitales hacia otras regiones del globo. ¿El plomo? Su valor en pesetas se elevaba, en el año 1933, a 21.754.000 pesetas, y sin duda las cifras de 1935–36 eran aproximadamente las mismas. Empero, y para poder apreciar, recordemos que la cosecha de trigo valía 10.000.000.000 de pesetas.

El carbón y el hierro constituían la base de la industria. Empero España producía de un año para otros siete millones de toneladas de hulla menos. Francia, de 48 a 68 millones. Ahora mismo, cuando bajo la presión y las disposiciones gubernamentales la producción ha sido elevada a 12 millones de toneladas, se calcula que las reservas

«potenciales» aseguran carbón y lignito para ciento cuarenta años... a condición de que el consumo no se intensifique. Pero, ¿qué hay de la necesaria industrialización? Porque, según los promedios necesarios para un desarrollo industrial, sería preciso reducir este tiempo en un 65%.²⁸

España no está más favorecida en cuanto al hierro. Siempre basándonos en las reservas «potenciales» –pero no probadas–, sus yacimientos, si nos basamos en el consumo medio por habitante en Francia –que no es un gran país siderúrgico– se agotarán en unos cuarenta años.

Refutemos ciertas afirmaciones relativas a la agricultura. Mucha gente, que no ha podido informarse seriamente, cree en los milagros del regadío. Desgraciadamente, esta creencia no tiene base. El volumen acarreado por los ríos no permite grandes realizaciones: aproximadamente 50.000 millones de metros cúbicos al año; esto, insistimos, para *todos* los ríos de España, cuando sólo el Ródano, en Francia, acarrea cerca de su desembocadura, unos 60.000 millones. Teniendo en cuenta que no se puede sangrar completamente todos esos ríos, que incluso parte de ellos que bajan al Atlántico no pueden ser utilizados porque ya llueve demasiado en las

28 La importación de petróleo puede en parte subsanar estas dificultades, pero se plantea el problema de las exportaciones correlativas, que suministran los medios financieros. De todos modos, no se podía hablar de estos factores en 1936. Y no se olvide que desde entonces la población ha pasado de 24 a 34 millones de individuos.

regiones que recorren,²⁹ los cálculos más optimistas permiten prever el regadío de cinco millones de hectáreas: la décima parte del país. Tales son las posibilidades máximas. Empero, sobre esos cinco millones de hectáreas, dos por lo menos están regadas.

Desde la expulsión de los árabes, que habían multiplicado las acequias en el Levante, han sido contruidos más pantanos de lo que suponen muchos comentaristas. Primo de Rivera y el mismo Franco han puesto en práctica, según las posibilidades (el ejército pesa mucho en el presupuesto), una política hidráulica que Joaquín Costa había preconizado, y de la que el ingeniero Luis Adaro fue el apóstol. Desgraciadamente, después de haber contruido los pantanos, se ha descubierto que no llovía bastante para llenarlos... Y ha sido necesario, en muchos casos, acudir a la producción térmica de electricidad, renunciándose a la producción hidráulica.

Tales eran las causas naturales de la miseria social del pueblo español en el año 1936; tal es la causa fundamental de la emigración continua a la que asistimos actualmente. Pero existe otra que, por ser obra de los hombres, puede –y en esto se esforzó la Revolución española– ser corregida por ellos.

El problema de la propiedad agraria reviste en este país

29 Tal es el caso del Nalón en Asturias, del Miño y sus afluentes en Galicia (y el Miño es el segundo río de España en cuanto al volumen de agua).

una importancia fundamental. En 1936 ofrecía dos características dominantes: el latifundio y el minifundio. España cuenta con numerosos pequeños propietarios; las cifras del catastro publicado al 31 de diciembre de 1959 declaraban 5.987.637. Proporción elevada con relación al total de la actual población. Pero, en primer lugar, la mayoría de las fincas (si así pueden llamarse) poseídas eran de secano, y en segundo lugar, su improductividad movía en esa misma época, y mueve ahora, a las masas campesinas hacia las urbes donde se amontonan en las «ciudades miseria».

En 1936, sólo se había catastrado parte del suelo, pero las cifras conocidas informaban en forma suficiente sobre la terrible realidad social que veremos confirmada en los capítulos que siguen.

Sobre un total de 1.023.000 propietarios, 845.000 no obtenían de su tierra el valor de una peseta diaria. Entonces, el pan costaba de 0,60 a 0,70 peseta el kilo; un kilo de chuletas, cinco pesetas. Debían trabajar como jornaleros, como pastores, en casa de los ricos, en los campos de los terratenientes o como peones camineros, miserablemente pagados. En ciertos casos, iban a «robar» leña en los montes altos o bajos, procurando, sin conseguirlo siempre, no ser detenidos y encarcelados por la Guardia Civil; recorriendo 5, 10, 15 kilómetros, cuando no más, con el pobre burro al que hostigaban, para ir a vender a otros –más afortunados– el producto de su «robo».

También iban a trabajar en las ciudades como peones, en ciertos períodos del año.³⁰

La segunda categoría campesina se componía de 160.000 propietarios que lograban vivir independientemente y con sobriedad.

La tercera era la de los grandes propietarios y «terratenientes». Componía el 2,04% del total catastrado, pero poseía el 67,15% de las tierras cultivadas. Sus fincas cubrían de 100 a 5.000 hectáreas.

Se comprenderá cuál era la miseria campesina. Empero, los campesinos constituían más del 60% de la población española. Suponer que esta masa soportaría indefinidamente su lamentable condición de existencia implicaba una necesidad inconcebible. Porque el pueblo español no es de los que se resignan eternamente. Antaño, andaluces, extremeños, gallegos, asturianos, vascos, castellanos, emigraban a América Central o del Sur en busca de medios de subsistencia; siguen emigrando ahora, especialmente a Europa. Pero, a lo largo de su historia, fuera por una causa justa o injusta, el pueblo español ha sido capaz de combatir y lanzarse adelante. Ha soñado largamente después del trauma causado por la expulsión de los árabes durante el predominio de la Iglesia católica y de la

30 El autor no puede olvidar cuando, en Barcelona, trabajaba de peón de albañil o de pico y pala, con esos hombres venidos de Aragón, Murcia, Castilla y otras partes.

Inquisición, así como por las consecuencias de la conquista de América, pero ha acabado por despertar, con su alma y su carácter valeroso, con ese fondo místico que le predispone a luchar por causas superiores, para sí y para los demás, en un arrojo espiritual casi cósmico; y con ese capital de dignidad humana que le hace soportar por fuerza la presión autoritaria, y rebelarse contra ella cuando le es posible; y no olvidemos un sentido de solidaridad e igualdad que informa tanto la moralidad del obrero de Barcelona como la del campesino andaluz.

Estos factores: la miseria social y la dignidad, unidos a la solidaridad colectiva, predisponían cumplidamente un amplio sector de la población a aceptar las ideas libertarias.

En el año 1936, dos organizaciones revolucionarias encarnaban estas ideas: la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI). La primera se componía de federaciones regionales que, a su vez, eran integradas por federaciones comarcales y locales; estas últimas podrían semejarse a las Bolsas de Trabajo de Francia, o a las Cámaras di Lavoro de Italia, pero con estructuración más acabada, mayor solidaridad intersindical y más completa independencia ante el Gobierno.

En 1936, la CNT agrupaba un millón de adherentes. Recuérdese –para mejor comprender la importancia de esta cifra– que la población se elevaba a 24 millones de individuos.

Según su declaración de principios, esta organización sindical perseguía la realización del comunismo libertario. Era obra exclusiva de los anarquistas que luchaban en el plano sindical y en el ideológico, siendo sus organizadores, sus propagandistas y sus teóricos.

Tan pronto se proclamó la segunda República del 14 de abril de 1931, la marcha hacia acontecimientos graves pareció inevitable. La vida del nuevo régimen político estaba amenazada. La monarquía sólo había podido ser derrotada electoralmente gracias al aporte de los votos de los miembros de la CNT y de los anarquistas que militaban fuera de esta organización (pero era sobre todo la CNT, que constituía la fuerza numérica y organizadora). Al lado de estas fuerzas que habían votado contra la monarquía figuraban los socialistas y la Unión General de Trabajadores (UGT), organización sindical reformista que también contaba un millón de adherentes, los cuales en su mayoría votaban a los socialistas. Venían después los comunistas, en número escaso, los republicanos federalistas, enemigos de la República jacobina y centralista, y fuerzas regionales separatistas que dominaban en Cataluña y en las Vascongadas.

Enfrente, las derechas contaban aún con fuerzas considerables. Monárquicos conservadores de toda laya, reaccionarios bien asentados en las provincias aún dormidas, fuerzas clericales tradicionales. Sobre el total de votos emitidos, los que provenían de los republicanos

verdaderos debían sumar apenas el 24%. Lo que justifica la observación sagaz del conde de Romanones, jefe de los monárquicos liberales, que resumía humorísticamente la situación con las palabras siguientes: «Bien veo una república pero no veo republicanos».

En tales condiciones, el nuevo régimen no podía arraigar en forma duradera sino procediendo a reformas sociales que habrían debilitado al ejército, a la iglesia y al caciquismo tradicional aún dueño de las provincias.

Pero las reformas ideales y las realizadas por los socialistas y los republicanos de derecha que gobernaron durante los dos primeros años (1931–33), sólo podían parecer importantes para los juristas, los profesores, los abogados, los periodistas y los políticos profesionales que componían la mayoría de los diputados y del personal del Estado. Nada o casi nada significaban para el conjunto de las masas. Si antes de la República para muchos campesinos y obreros la comida se componía a lo largo del año de garbanzos con aceite y patatas, durante la República siguió componiéndose de garbanzos o patatas con aceite, y los que antes calzaban alpargatas siguieron calzando alpargatas.

El pueblo español seguía teniendo hambre, hambre de pan y tierra. Para los que habían votado por los republicanos con alma y esperanzas republicanas, la República era sinónimo de verdadera libertad, de verdadera igualdad –no sólo política, sino social–, de verdadera fraternidad. Implicaba,

ante todo, la desaparición de la injusticia social y de la miseria.³¹

Ante la lentitud de la reforma agraria, los campesinos empezaron a trabajar por su cuenta las tierras que los grandes terratenientes dejaban a menudo incultas, y que, debemos reconocerlo, eran a menudo improductivas. Entonces, cumpliendo las órdenes del ministro de Gobernación –apoyado por todo el ministerio– la Guardia Civil, que sostenía a la República como antes había sostenido a la monarquía, intervenía con el máuser y las ametralladoras. La tragedia de Casas Viejas, en Andalucía, donde familias miserables entre las miserables pagaban a razón de *un real por mes* (cuarta parte de una peseta) la ropa comprada a crédito, donde tantas campesinas guardaban la misma falda durante casi toda su vida, limitándose a ponerla de vuelta los domingos –lo mismo ocurría en Galicia– esta tragedia provocó la indignación de la población: 14 personas, hombres, mujeres y niños fueron masacrados por las fuerzas

31 El autor recuerda haber enviado desde Argentina –donde entonces residía– un artículo que apareció en *Vida Obrera* (o en *Solidaridad Obrera*), en el cual preconizaba reformas sociales inmediatas dentro del marco de la legalidad republicana. Entre ellas, la municipalización de los latifundios, entregados en usufructo a las agrupaciones o cooperativas campesinas. Naturalmente los flamantes gobernantes republicanos y socialistas carecían de la decisión y del interés moral necesario hacia el pueblo para emprender tales transformaciones. Y no comprendieron que no emprenderlas condenaba a muerte a la República que no podía basarse sólo sobre un nuevo artificio jurídico.

armadas.³² Así terminó el primer bienio de la República izquierdista.

El segundo bienio fue consecuencia del primero. Asqueada, indignada, la mayoría del pueblo votó por los conservadores «republicanos», es decir, por las derechas, que aprovecharon hábilmente las faltas de sus adversarios y prometieron respetar todas las libertades. Pero, de hecho, su triunfo implicaba un enorme paso atrás, y los mineros asturianos se irguieron, en una insurrección formidable, contra la llegada al poder de los que abrían legalmente el paso al fascismo. Circunscripta regionalmente por ausencia de acuerdos anticipados con las fuerzas similares de otras regiones, la insurrección fue aplastada despiadadamente. Centenares de mineros cayeron.

Si lo que se ha llamado el «bienio negro» no fue más desastroso que el primer bienio fue por lo menos tan duro, y habiéndose producido intentos insurreccionales especialmente en Cataluña, Aragón y Andalucía –pero todo en forma inconexa–, la represión se tornó práctica permanente de gobierno. Los dos años pasaron, caracterizados por huelgas parciales y generales, represiones, asesinatos de campesinos por las fuerzas armadas. Además, la crisis económica nacida en 1929 en los

32 Toda la familia de un llamado Seisdedos (apodo que le había sido dado porque, en efecto, tenía seis dedos en una mano) fue muerta a balazos, e incendiada su casucha por las fuerzas de represión.

Estados Unidos, que se extendió también en España, había paralizado muchas empresas y el número de desocupados se elevó a 700.000. Ningún socorro les era dado. Por otra parte, el número de encarcelados –presos *gubernativos*, es decir, administrativos– y procesados se elevaba a 30.000. La inmensa mayoría pertenecía a la CNT y a la FAI. También eran numerosos los socialistas y ugetistas.

Ante las promesas de los republicanos de izquierda condenados a la oposición, muchos trabajadores despertaron nuevamente a la esperanza. Y cuando las elecciones tuvieron lugar, en febrero de 1936, el Frente Popular triunfó.

Pero no triunfó con facilidad. Los miembros de la CNT que, sin embargo, no olvidaban sus principios, votaron para evitar la llegada legal del fascismo al poder. No obstante, este refuerzo decisivo, las izquierdas obtuvieron 4.500.000 votos, mientras las derechas obtenían 4.300.000. Hubiera bastado un desplazamiento de 200.000 votos para que los admiradores de Hitler y Mussolini formaran gobierno. Dato complementario; se habían presentado seis partidos de derecha, seis del centro, más inclinados a la derecha que a la izquierda, y seis de izquierda. Dieciocho en total. La estabilidad era más que problemática.

Gracias a los malos recursos de una ley electoral especialmente amañada, el bloque de las derechas sólo obtuvo 181 escaños en el Parlamento; el bloque izquierdista

281. Desde ese momento, los vencidos prepararon activamente el golpe de Estado. Nadie lo ignoraba. Informaciones precisas habían llegado y llegaban al Ministerio de Gobernación y de Guerra. La prensa de izquierda, especialmente toda la prensa libertaria, denunciaba los conciliábulos de la oficialidad de la marina y del ejército, o por lo menos de parte de ella decidida a la acción, que no había dimitido aunque el primer Gobierno republicano hubiera invitado a acogerse a la jubilación a los oficiales en desacuerdo con el nuevo régimen.

Nada hizo el Gobierno de Madrid contra el peligro que iba aumentando visiblemente. Habría podido armar al pueblo, detener y revocar a los generales y coroneles conspiradores, disolver el ejército, cerrar los cuarteles; sus componentes prefirieron limitarse a enérgicas declaraciones. Y cuando los sublevados atacaron, buen número de gobernadores republicanos pasaron al enemigo, contribuyendo muy eficazmente a la detención y a la ejecución de los antifascistas más decididos.

En esta grave situación, fueron los anarquistas que, es preciso decirlo, ayudados en Barcelona por los Guardias de Asalto³³, hicieron retroceder a los regimientos de infantería que el gobernador militar, general Goded, había lanzado a la conquista de la ciudad. En otras regiones, socialistas

33 Policía especial organizada por la República, y que hasta entonces había sido feroz hacia los anarquistas.

madrileños de la base, cenetistas, anarquistas, catalanistas, separatistas liberales vascos, incluso catalanes, combatiendo muchas veces sin armas, obligaron a Franco a luchar durante cerca de tres años antes de triunfar.

Durante ese período tuvo lugar la experiencia social relatada en este libro. Esta experiencia fue obra exclusiva del movimiento libertario, sobre todo de la CNT, cuyos militantes, avezados a las prácticas de la organización sindical, supieron crear rápidamente, en colaboración con las masas, las nuevas formas de organización económica y social que vamos a describir. Incluso cuando hombres pertenecientes a otras tendencias han llevado a cabo tareas semejantes, fue copiando el ejemplo de nuestros compañeros. *Fueron los libertarios quienes aportaron las ideas fundamentales, los principios, y propusieron los nuevos modos de organización basados en el federalismo agubernamental practicado directamente.* La Revolución española fue obra del pueblo, realizada por el pueblo, pero ante todo por los libertarios, hombres del pueblo, que estaban en su seno, y en el seno de las organizaciones sindicales.

Por otra parte, el éxito de nuestros compañeros hubiera sido imposible si los conceptos libertarios no hubieran respondido a la psicología profunda, si no de la totalidad, por lo menos de gran parte de los trabajadores obreros y campesinos.

Y sí, sobre todo en Aragón, en Castilla, en Andalucía, en Extremadura, el factor psicológico, individual y colectivo no hubiera facilitado esas realizaciones únicas en la historia del mundo.

El autor de este libro, que había vivido y luchado largamente en España, residía en América del Sur cuando estalló la guerra civil. Obligado a viajar ilegalmente, no pudo embarcarse y desembarcar en Gibraltar sino en el mes de noviembre. Pasó a Málaga, la primera ciudad portuaria que estaba a su alcance, y pronto se convenció, teniendo en cuenta el cariz que tomaban las operaciones militares, que los antifascistas no podían, a pesar de la demagogia vociferadora de los gobernantes republicanos, ganar la guerra. Pero –y esto había sido el motivo mayor de su viaje– consideró un deber sagrado registrar, para el porvenir, los resultados de la primera experiencia, de la primera aplicación de las ideas que siempre había defendido. Y se lanzó a estimular, ensanchar, profundizar esas experiencias, informándose y tomando notas.

Ha escrito su libro según se lo permitieron las circunstancias –encarcelamiento, persecución, exilio, vida ilegal– de su vida de luchador. Y presenta los resultados de su encuesta personal que fue facilitada no sólo por sus investigaciones directas en los sindicatos obreros, las fábricas, las colectividades agrarias y los servicios públicos, sino también por el aporte espontáneo de documentación que le hicieron los compañeros fraternales con los cuales se

relacionó durante su búsqueda de informes.

No tiene la pretensión de aportar una historia general de la Revolución española, siquiera desde el punto de vista constructivo: porque ésta ha sido mucho más importante de lo que su escrito podría dejar suponer. Especialmente en lo referente a las colectividades agrarias, lamenta que, por una parte los que fueron sus enemigos más implacables: los comunistas estalinianos, y por otra parte su encarcelamiento en Francia en junio de 1938, le hayan impedido llevar más a fondo su encuesta.

Lo que presenta es, pues, un conjunto de materiales para una historia general de la Revolución española, historia que no pierde la esperanza de escribir si le es dable volver, un día, a una España libre del franquismo.

A no ser que, ocupado él también por hacer la historia, no tenga –como sus compañeros de ayer– tiempo de escribirla.

IV. UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA

Cuando, el 19 de julio de 1936, se produce el ataque fascista, la réplica se concentra inmediatamente contra el ejército insurrecto, que amenaza no sólo al Gobierno legal, sino en su propia existencia a todas las fuerzas de izquierda y del centro, así como a las libertades, tan relativas pero, sin embargo, apreciables, representadas por la República.

Desde la víspera, la CNT ha declarado la huelga general, y casi en todas partes esta iniciativa es seguida. No se trata de una revolución social, de la implantación del comunismo libertario a semejanza de lo que se había intentado prematuramente en otras ocasiones. Ni de una ofensiva contra la sociedad capitalista, el Estado, los partidos políticos y los defensores de la vieja sociedad: se trata de impedir el triunfo del fascismo. Como hemos visto, en Cataluña, especialmente en Barcelona, son sobre todo las fuerzas de la

CNT y de la FAI, apoyadas por los guardias de asalto, quienes hacen retroceder a sus cuarteles a los regimientos de infantería a los que sus oficiales han ordenado el asalto.

Lo primordial es impedir el triunfo del fascismo, porque, si triunfa, desaparecerán los republicanos de distintas tendencias, los socialistas prietistas o largocaballeristas, los catalanistas de izquierdas (los más numerosos) e incluso los de derecha –por su separatismo–, los liberales y autonomistas vascos, la Unión General de los Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo, y nada digamos de la FAI. En consecuencia, la solidaridad se establece espontáneamente, en grados distintos, según las ciudades, los pueblos, las regiones. En Madrid, socialistas, ugetistas, republicanos, grupos libertarios y sindicatos cenetistas, aunando sus esfuerzos, toman por asalto los cuarteles donde está concentrado el peligro, detienen a los fascistas conocidos, envían fuerzas armadas para reconquistar ciertas localidades caídas en manos del enemigo, se atrincheran al Norte y cierran el paso a las tropas del general Mola en la sierra de Guadarrama, cuya conquista tanto había costado al ejército de Napoleón.

De hecho, la resistencia oficial es inexistente, pues el Gobierno está desconcertado. Los ministros pronuncian discursos enérgicos por la radio, gesticulan y amenazan inútilmente, porque ya no tienen fuerzas estructuradas, ni mecánica militar organizada, ni siquiera un aparato burocrático de Estado. La mayoría de los oficiales, la

artillería, la aviación han pasado a la rebelión: lo que queda de tropas carece de unidad, vacila; los suboficiales que no han seguido a los fascistas no inspiran más confianza que los cuatro o cinco generales que han permanecido adictos al Régimen³⁴ y de los que se teme traicionen a su vez de uno a otro momento. Un Gobierno, un Ministerio tienen por misión mandar a un conjunto organizado que funciona en debida forma. Nada de esto existe.

Así, la resistencia está en la calle, pues el Gobierno no gobierna. El poder político está como borrado, y los hombres que acaban de cerrar el paso al fascismo se preocupan poco

34 La lealtad nos impone mencionar a los militares que se negaron a pasar del lado de los fascistas, y fueron fusilados por ellos. *Generales*: Miguel Núñez de Prado y Susbielas, Director General de Aeronáutica; Enrique Salcedo y Molinonuevo, Jefe de la 8a División. Capitán General de Galicia; Domingo Batet y Mestres, Comandante de la 6a División Orgánica, con cabecera en Burgos; Miguel Campins Aura, Gobernador Militar de Granada. Jefe de la 3a Brigada de Infantería; Rogelio Caridad Pita, Jefe de la 15a Brigada de Infantería; Manuel Romerales Quintero, Jefe de la Circunscripción Oriental Melilla-Rif; Toribio Martínez Cabrera, Comandante Militar de Cartagena; José Aranguren Roldán, Jefe de la 5a Zona de la Guerra Civil; Arturo Alvarez Buylla, Alto Comisario de España en Marruecos; Luis Molina Galiano, Coronel Inspector de la Legión; José Franco Mussin, Comandante Militar de Trubia y Director de la Fábrica Nacional de Armamento; Manuel Espiveira Corruído, Comandante de Artillería. *Teniente*: Luis Alau Gómez Acebo. *Capitanes*: Luis Revilla De la Fuente, Hilario Sáenz de Cezano y Pinillo, Ernesto González Regueira, Ignacio Cuartero Larrea, José Bonet Molina. Fueron asimismo ejecutados una vez terminada la guerra: *Almirante* D. Antonio Azarola y Gresillon, Comandante del Arsenal de El Ferrol; *Contraalmirante* D. Camilo Molins Carreras, Comandante del Arsenal de Cartagena.

de las órdenes oficiales, porque los ministros que se han mostrado tan inferiores a sus responsabilidades han perdido su crédito. Especialmente lo han perdido completamente cerca de las masas libertarias, o simpatizantes del ideal libertario, que reprochan al Gobierno su pasividad ante el peligro que se avecina.

En Cataluña, que goza de un estatuto autónomo, la situación reviste un aspecto particular. Al día siguiente del triunfo sobre las fuerzas militares, del asalto a los cuarteles que ha causado tantas víctimas, Companys, presidente del Gobierno catalán, expresa su deseo de recibir una delegación de la CNT y de la FAI para examinar la situación. Y cuando tiene ante sí a los delegados aún negros de pólvora y agotados por el combate, les declara:

«Sin ustedes, los fascistas triunfaban. Son ustedes, los anarquistas, los que han salvado a Cataluña, y les agradezco en nombre de nuestro pueblo. Pero también han ganado el derecho de tomar en manos la dirección de la vida pública. Estamos, pues, dispuestos a retirarnos y a dejarles la responsabilidad del poder».

García Oliver, uno de los militantes anarquistas más renombrados, que relató esa entrevista, le contestó que no podía darse tal paso: la hora era demasiado grave, había que mantener la unidad antifascista. Companys debía permanecer en su puesto y asumir las responsabilidades del momento.

Pero, de hecho, el Gobierno era más nominal que real. La fuerza dominante estaba en los sindicatos de la CNT y en la FAI (pero mucho menos en esta última). Las milicias armadas de resistencia se improvisaban, grupos de acción compuestos por hombres que ceñían brazaletes rojos y negros se sustituían a la policía republicana, que se desvanecía: el orden revolucionario se establecía no sólo en Barcelona, sino en todas las ciudades de Cataluña. Incluso ocurría que en numerosas localidades, como Igualada, Granollers, Gerona, los partidos políticos locales, compuestos de catalanistas de izquierda, republicanos federalistas, socialistas, cuando no por republicanos izquierdistas o centralista del partido de Manuel Azaña, o por libertarios cenetistas, se reunían en una sola fuerza en el seno de las municipalidades, y que las nuevas autoridades comunales, desligadas del Gobierno catalán, y más aún del Gobierno de Madrid (que pronto pasó a Valencia), constituían un bloque de gestión local. La organización municipal adquiría así un carácter casi autónomo.

El derrumbamiento del Estado republicano fue más patente en Aragón. Vecina en el oeste de Castilla, donde dominaban y de donde amenazaban las fuerzas franquistas, lindando al Norte con Francia por los Pirineos que al mismo tiempo la separaban, teniendo al Este una Cataluña que no ejercía el poder sobre ella, esta región sólo mantenía el contacto con la parte que se esforzaba en gobernar aún el Gobierno central por los límites comunes que quedaban al

sur y al sudeste de la provincia de Teruel. Empero, esta provincia estaba entregada a sí misma. Lo que facilitaba a Aragón una absoluta independencia.³⁵

La guerra civil creaba una situación revolucionaria, porque incluso en las provincias levantinas, a las que el fascismo no amenazaba aún, la influencia de las fuerzas populares inspiradas por la CNT y la FAI revolucionaban la organización pública.³⁶ En muchos casos, los demás sectores políticos podían –aunando sus fuerzas– ser numéricamente más importantes que el sector libertario. Pero sus adherentes carecían de iniciativa. La ausencia de directivas y de instituciones oficiales les paralizaba, mientras que facilitaba la acción de los hombres que hacían de la lucha revolucionaria el agente principal de su actividad histórica. Lo que nos explica por qué, muy a menudo, cuando en los consejos municipales de ciertas aldeas o de pequeñas ciudades la representación de la CNT fue minoritaria, supo hacer triunfar su tesis, porque nuestros militantes sabían lo que querían y aportaban soluciones allí donde los republicanos y socialistas no hacían sino plantear y

35 Una situación parecida se creó en Asturias y las partes de Andalucía y Extremadura, aún libres del fascismo. En Vizcaya, el Gobierno regional tenía la situación en la mano, entre otras razones, porque el movimiento libertario no disponía de una fuerza tan importante, o que pudiera compararse con la de Cataluña o Levante.

36 Muy pronto, y respondiendo a esta situación, el alcalde de Valencia fue un militante de la CNT.

plantearse problemas.

Problemas nuevos, numerosos a menudo inmensos, siempre urgentes. En primer lugar, el de la defensa local contra posibles ataques de aldeas vecinas, de ciertas ciudades, de fuerzas agrupadas en las montañas. En cada pueblo de Aragón fue necesario, sin perder tiempo, hacer frente al ejército franquista, que después de haberse apoderado de dos capitales provinciales, Zaragoza y Huesca³⁷ avanzaba hacia Cataluña. Detener a los invasores, rechazarlos tan lejos como fuera posible: ciertas localidades fueron perdidas, reconquistadas, vueltas a perder y a reconquistar. En otros casos, la población, después de haber barrido al fascismo local, mandó las fuerzas de que disponía –lo más a menudo gente armada con escopetas de caza– a ayudar a los que mantenían la resistencia o preparaban la ofensiva. Tantas iniciativas y actividades implicaban una organización espontánea, pero real, a pesar de fallas inevitables. Y luego llegaron las milicias –también improvisadas– enviadas desde Cataluña, y cuyos efectivos más importantes estaban compuestos por miembros de la CNT y de la FAI –entre cuyas pérdidas figuraron a menudo los mejores militantes.

37 Teruel fue primero una especie de «no man's land». Las autoridades republicanas enviaron, para ocuparlo, una fuerza de guardia civil acompañada por una fuerza nuestra. Pero en camino la guardia civil se volvió repentinamente contra los nuestros, los exterminó y entregó la ciudad a los fascistas.

En otros aspectos, y por otras razones, la necesidad de una organización nueva se impuso, incluso desde el punto de vista del sostén a los combatientes, y esto sin pérdida de tiempo. En Aragón, contados fueron los alcaldes que permanecieron en su puesto y los concejales que asumieron sus responsabilidades cívicas. Asustados, desbordados, incapaces, o acordes con los fascistas, casi todos se desvanecieron. En cambio, y en muchos casos, aparecían en primera fila los militantes cenetistas libertarios que a menudo asumían la dirección de las actividades necesarias. Su experiencia de organizadores sindicales les predisponía a ocupar los cargos de administración pública. Habían adquirido la práctica de los comités responsables, de las asambleas populares, de las tareas de coordinación. No es de extrañar, pues, que en la mayoría de los casos –sino en todos– en que las autoridades se habían esfumado, ellos hayan convocado a una reunión general en la plaza pública o en un local –el de la alcaldía, por ejemplo– al conjunto de los habitantes (como ayer convocaban a los miembros de la organización sindical a una asamblea obrera), a fin de examinar la situación y decidir lo que convenía hacer. Y en todos esos pueblos de Aragón abandonados por sus autoridades se nombró no un nuevo consejo municipal basado sobre los partidos políticos, sino un «comité» de administración encargado de asumir la responsabilidad de la vida pública y social.

Este nombramiento tuvo lugar por mayoría, o por

unanimidad de los presentes; y nada sorprendente es que en conjunto hayan sido nombrados los hombres conocidos por un dinamismo que respondía a la situación. A menudo lo fueron también, en menor número, a insistencia de los mismos cenetistas, militantes de la UGT, cuando no republicanos de izquierda que, en su comportamiento, no habían observado siempre al dedillo las directivas de su partido, manteniendo relaciones personales con nuestros compañeros y atribuyendo al republicanismo un contenido social que rebasaba la simple política al uso.

Pero esta diversidad de pertenencias no implicaba la constitución de autoridades según la forma tradicional. Sin presumir de juristas, e inspirándose en las normas que nuestro movimiento había siempre preconizado, nuestros compañeros propusieron una estructuración nueva de la vida pública. Para ellos, que tanto habían esperado, sufrido y combatido contra la desigualdad social y por la justicia igualmente social, puesto que la república burguesa se había desplomado, había llegado la ocasión de instaurar un régimen nuevo, una vida nueva. Y en lugar de reconstruir al estilo pasado, propusieron una estructuración natural y funcional acorde con la situación y con sus ideas.

La guerra se imponía ante todo. Pero también se imponían los problemas de consumo general, la producción agraria, todas las actividades necesarias a la vida colectiva. Cada asamblea nombró, pues, un responsable, encargado de dirigir o coordinar los trabajos agrícolas; seguía después el

problema del ganado, por el cual se nombró otro delegado, encargado de las actividades relativas al cuidado del alimento y al aumento rápido de los animales productores de carne. Seguían las pequeñas industrias locales, cuya continuidad e incluso cuyo desarrollo debían asegurarse. Al mismo tiempo, la enseñanza, obsesión permanente de nuestro movimiento ante las proporciones inadmisibles del analfabetismo, era objeto de medidas inmediatas. Los servicios de salubridad, urbanismo, vialidad, no eran olvidados, ni la organización de los intercambios y del abastecimiento. Cada sector tuvo su delegado, y los diferentes delegados constituyeron el comité local. A veces, según la importancia de las localidades, un mismo compañero asumía dos cargos. Y lo más a menudo esos hombres trabajaban en el taller o en el campo, quedando uno solo permanente para aconsejar o hacer frente a los problemas urgentes.

Es obvio que esa revolución iba acompañada por otra, tan importante como la primera, relativa a la distribución de los bienes de consumo, no sólo como consecuencia de las nuevas necesidades nacidas de la guerra, sino también de la nueva ética social.

En los pueblos de Aragón –y muy pronto las cosas tomaron ese cariz en la región levantina– la lucha contra el fascismo pareció incompatible con la sociedad capitalista y sus desigualdades.

Así fue como en las asambleas sucesivas de los pueblos, muchas veces en la primera, se estableció el salario familiar que igualaba las posibilidades de existencia para todos los habitantes, hombres, mujeres y niños.³⁸

Pronto las finanzas locales se hallaron en manos del comité elegido, como hemos visto, el cual secuestraba, lo más a menudo contra recibo detallado, el dinero encontrado en las sucursales de los bancos cuando las había, o en casa de los ricos que, por lo general, habían desaparecido. Si no, se imprimía una moneda local, casi siempre a base nominal de la peseta, o bonos de consumo sobre los que nos extenderemos más adelante. En otros casos se suprimía radicalmente toda clase de moneda y se establecía una tabla de racionamiento única. Lo esencial es que la igualdad de los medios de existencia aparecía, y que de un día para otro se realizaba, casi sin sobresaltos, una revolución social.

Para asegurar mejor el libre consumo, o para evitar ya sea el despilfarro, ya sea ocultaciones muy posibles, el comité tomaba bajo su control la organización de la distribución. En ciertos casos, los mismos comerciantes estaban encargados de hacerlo, y lo hacían correctamente. En otros, el comercio desaparecía como tal; entonces se organizaba uno o varios

38 Hallamos en estas aplicaciones casi todas las medidas y los modos de organización preconizados en los programas que hemos mencionado en nuestro capítulo titulado *El Ideal*. Sin embargo, no podemos establecer una relación directa y conscientemente perseguida entre las teorías de 1870–80 y los hechos de 1936–39.

depósitos de víveres, uno o varios almacenes de distribución. A veces se toleró, por humanidad, a los pequeños tenderos que, en el fondo, no causaban perjuicios a nadie, y pudieron vender, según la tasa de precios establecida, las mercancías que les quedaban. Al agotarse sus reservas, se incorporaban a la colectividad.

Recordemos que la insurrección fascista había estallado el 19 de julio. En esa fecha, los trigos estaban maduros, y la partida de los grandes terratenientes (que en su mayoría habitaban en las grandes ciudades), o de sus administradores –casi siempre tiranuelos locales que dominaban parte del campesinado– iba a provocar el abandono y la pérdida de la cosecha. Este problema se planteó inmediatamente al mismo tiempo que la toma de posesión de la administración general.

Y de acuerdo con los delegados en la agricultura, los responsables campesinos convocaron a sus compañeros. Fueron requisadas las máquinas halladas en las grandes explotaciones, los animales de labor, los segadores y las segadoras que, tan a menudo, cortaban aún las espigas con la hoz. El trigo fue segado, las gavillas atadas y guardadas en almacenes comunales improvisados. Lo mismo se hizo con las patatas, la remolacha de azúcar, los garbanzos y las judías, las frutas, los pimientos morrones, la carne; todo se volvía propiedad de la colectividad bajo la responsabilidad del comité local.

Empero, no se había alcanzado aún la colectivización en el sentido completo de la palabra. No bastaba la toma de posesión de la gran propiedad usurpadora. El colectivismo – denominación general y espontáneamente adoptada– suponía la desaparición de todas las propiedades individuales, pequeñas y medianas, y sobre todo desaparición voluntaria para las primeras, obligatorias para las otras, y su integración en un vasto sistema de propiedad pública y de trabajo común. Lo cual no se hizo en todas partes de modo uniforme.

Si en Aragón el 80% de las tierras cultivadas pertenecían a los latifundistas, en otras regiones, especialmente en ciertas partes de Levante –pero sobre todo en Cataluña– la pequeña propiedad dominaba con frecuencia u ocupaba un lugar importante, según las localidades donde se practicaba la policultura. Y aunque nuestros mejores compañeros fueran a menudo pequeños propietarios, aunque en numerosos casos los pequeños propietarios hayan adherido con entusiasmo a las colectividades, e incluso las hayan organizado, ocurrió que en la región levantina (provincias de Castellón de la Plana, de Valencia, Murcia, Alicante y Albacete) aparecían dificultades ignoradas en Aragón. En primer lugar, porque en esa época muchos habitantes se creían seguros contra el fascismo gracias a la distancia que les separaba del frente, y porque la demagogia oficial les engañó hasta el último momento. Después, porque los partidos políticos seguían existiendo. Tras haber conocido un

período de pánico, se reorganizaron al mismo tiempo que el Gobierno central se consolidaba, con su burocracia y su policía (particularmente el Cuerpo de Carabineros). Si el traslado de este último a Valencia facilitaba la aparición de las colectividades castellanas, en cambio aumentaba, en Levante, las posibilidades de resistencia antisocializadora no sólo de los partidos políticos, sino también de la burguesía, de los pequeños comerciantes, de los campesinos apegados a su propiedad.

La acción expropiadora se ejerció, pues, contra las grandes propiedades agrarias cuyos pobladores eran fascistas de hecho –lo que facilitaba la socialización–, o fascistas potenciales. De todos modos, el latifundio atacado desde tanto tiempo por los economistas, partidos, escritores de izquierda, no podía ser defendido abiertamente. El cultivo del naranjo, característica de la región levantina, exige gastos importantes, de modo que casi todos los naranjales pertenecían a sociedades capitalistas, a menudo anónimas, y que en ciertos casos extendían su dominio sobre varios pueblos. Aunque en proporciones menores, la situación era a menudo idéntica en la zona, mucho menos extensa, de los arrozales. La colectivización de estas grandes propiedades se justificaba, pues, en ese período en que lo político y lo social se interpenetraban la necesidad de desarmar políticamente al fascismo completaba su desarme político y militar. El caso es que, de uno u otro modo, la revolución se extendía.

También se implantaba por otros caminos, con frecuencia

inesperados. Siempre en la región levantina, y para no provocar choques con los otros sectores antifascistas, porque la lucha contra el enemigo común figuraba siempre en primer plano, nuestros compañeros hubieron de tomar iniciativas de las que los republicanos, socialistas y otros hombres respetuosos de la legalidad oficial se mostraron incapaces. En los pueblos, numéricamente más importantes que los de Aragón porque el suelo y el clima permitían una mayor densidad de producción y población, en las pequeñas ciudades de 10.000 y 20.000 habitantes, el abastecimiento se interrumpía o disminuía de modo alarmante porque los intermediarios vacilaban en invertir su dinero en compras, incluso en vender las mercancías que tenían almacenadas. Parte de ellos lo hacían por tener intenciones especuladoras y por otra parte por ser favorables al fascismo; se trataba de un modo de resistencia pasiva contra la República.

Y los productos ultramarinos, de mercería e higiene, los abonos químicos, ciertas herramientas, multitud de objetos iban desapareciendo con rapidez, lo que contribuía a perturbar la vida cotidiana. Entonces, ante la inercia de los otros sectores, nuestros compañeros, que en casi todas las localidades habían entrado en los consejos municipales, donde multiplicaban propuestas e iniciativas, hicieron aceptar medidas de emergencia. A menudo, por iniciativa suya, el Municipio organizaba centros de abastecimiento que reducían el peso del comercio privado, y empezaban la socialización distributiva. Segunda etapa: el Municipio se

encargaba de comprar sus productos a los campesinos reacios, pagándoles mejor que los intermediarios o mayoristas. En fin, como etapa complementaria, las colectividades integrales –aunque parciales con relación a la población total– aparecían y se desarrollaban.

En cuanto a la producción industrial de las pequeñas y grandes ciudades, la situación recordaba a menudo la creada por el pequeño comercio y la pequeña agricultura. Los pequeños patronos, los artesanos que ocupaban uno, dos, tres, cuatro asalariados vacilaban con frecuencia, sin decidirse a poner en juego sus escasos recursos monetarios. Entonces, nuestros sindicatos intervenían recomendando o exigiendo que la producción continuara.

Pero nuevos pasos eran dados sin interrupción. Indudablemente, la burguesía industrial catalana era antifranquista, aun cuando fuera porque Franco era hijo de Galicia y anticatalanista, de modo que su triunfo hubiera representado la anulación de la autonomía regional tan difícilmente conquistada, la supresión de los derechos políticos otorgados por el Gobierno de Madrid y de los privilegios lingüísticos. Pero es probable que entre esos peligros y los representados por las fuerzas revolucionarias que preconizaban el comunismo libertario, el primer mal le pareció de menor cuantía. Lo que nuestros compañeros comprendieron sin pérdida de tiempo. Y sin pérdida de tiempo comprendieron también que el cierre de las fábricas y de los talleres al día siguiente de la derrota infligida a las

fuerzas enemigas constituiría una ayuda indirecta al fascismo. La miseria causada por la desocupación a la que el Gobierno de la República había sido incapaz de poner coto, iba a aumentar y sería un factor de desorden de extremada eficacia del que se beneficiaría el enemigo. Era, pues, preciso que la producción continuara, y por iniciativa de la CNT, o de sus militantes, en todas las empresas industriales fueron constituidos comités de control encargados de supervisar la buena marcha de la producción.

Tal fue el primer paso. Pero una nueva razón, a todas luces lógica, obligó a dar otro, y en ciertas industrias simultáneamente el primero y el segundo. De inmediato se impuso la necesidad de fabricar medios de combate para un frente aún no estabilizado que se hallaba a 250 kilómetros de Barcelona, a 50 kilómetros de Cataluña, y podía desplazarse adelante con cierta facilidad (el terreno es de fácil acceso en casi todo el recorrido). Hemos visto que tan pronto las fuerzas armadas empleadas por los fascistas, sin ser siempre ellas mismas forzosamente fascistas (los regimientos de infantería estaban compuestos por hombres del pueblo), fueron obligados a retroceder a sus cuarteles, se habían organizado milicias que partieron inmediatamente al encuentro del enemigo, en Aragón, para lo cual fue preciso poner los trenes en marcha. Tarea de la que se encargó el sindicato de los ferroviarios. Al mismo tiempo, el sindicato de los metalúrgicos ordenaba reanudar el trabajo interrumpido por la huelga general y rechazaba, lo mismo

que los otros sindicatos, la reducción de la jornada de trabajo propuesta por el Gobierno catalán. En fin, encargaba a los talleres metalúrgicos blindar camiones y camionetas para enviarlos a los lugares de lucha.³⁹

Así, en nombre de las medidas necesarias para asegurar la victoria, buen número de empresas industriales fueron expropiadas, siendo sus poseedores considerados también, al igual que tantos terratenientes, como fascistas reales o potenciales, lo que era verdad en muchos casos. En las empresas de pocas dimensiones, las cosas fueron más lejos, porque por una evolución a la vez incontenible y sistemáticamente perseguida, el comité de control se transformó en comité de gestión, donde el patrono dejó de figurar como tal para no ser más que un técnico, cuando era capaz de serlo.

Como se ve, la revolución social que tuvo lugar no fue consecuencia de una decisión de los organismos de dirección de la CNT o de las consignas lanzadas por los militantes que ocupaban los primeros planos. Se produjo espontánea y naturalmente, no porque –evitemos la demagogia– en su conjunto «el pueblo» se había vuelto de repente capaz de hacer milagros, sino porque, repitámoslo, en el seno de este pueblo y siendo parte integrante suya, existía una minoría

³⁹ Así eran nuestros carros de asalto, tan poco eficaces que las balas resbalaban contra ellos, pero no los proyectiles de obuses, mas infundían confianza a los que los conducían al combate.

potente, activa, dinámica, guiada por un ideal que continuaba a través de la historia la lucha empezada en tiempos de Bakunin y de la Primera Internacional; porque en innumerables sitios y lugares teníamos combatientes que desde decenios perseguían objetivos constructivos concretos, guiados por su iniciativa creadora y un sentido práctico indispensable para amoldarse a la variedad de las situaciones y cuyo espíritu de innovación constituía un poderoso fermento capaz de aportar –en el momento decisivo– las orientaciones necesarias.

La situación era revolucionaria por la voluntad de los hombres y por la dinámica de los hechos, lo cual nos mueve, antes de exponer más detalladamente los procesos y el desarrollo de las realizaciones revolucionarias, a refutar ciertas afirmaciones críticas formuladas contra los que se lanzaron atrevidamente a la creación de una sociedad nueva.

Nos referimos ante todo a la contradicción aparente nacida de la participación política de nuestro movimiento en el Gobierno catalán y en el Gobierno central, y a nuestra iniciativa de acción propia y directa: «Ya que colaboran en el Gobierno –han repetido muchas veces los antifascistas enemigos de la transformación social que se operaba– no tienen derecho de actuar al margen de la legalidad gubernamental».

Teóricamente, el argumento parecía lógico. De hecho, las cosas eran mucho menos sencillas. En primer lugar, sobre 16

ministros sólo tuvimos cuatro en el Gobierno central de Valencia; los ministros nuestros eran siempre minoritarios, los otros 12 estaban constantemente coaligados contra ellos, y reservándose los ministerios más importantes y determinantes –Hacienda y Guerra, por ejemplo–. Hubiera sido demasiado hábil, y demasiado fácil, obligarnos a la pasividad revolucionaria a cambio de concesiones ilusorias.

Nuestros adversarios, especialmente los comunistas, se valieron de otro argumento al que acuden siempre, mientras no tienen aún bastantes fuerzas para adueñarse del mando: no había llegado aún la hora de la revolución, era preciso mantener la unidad antifascista, vencer a Franco ante todo. Al expropiar a los industriales, a los propietarios, los patronos, los accionarios, se podía incitarlos a pasar al enemigo.

Sin duda esto ha ocurrido en pequeñísimas proporciones. Pero, en primer lugar, mientras una situación no se presta para que puedan adueñarse de ella, los comunistas dirán siempre que las iniciativas de sus aliados que no se someten integralmente a sus directivas y a su mando son prematuras, si no contrarrevolucionarias. Por otra parte, ¿quién puede afirmar que sin socialización las posibilidades de victoria hubieran sido mayores? Afirmarlo supone no tener en cuenta las realidades que conformaban la situación.

La hostilidad de los patronos desposeídos no atenuaba en nada el ardor combativo de las masas obreras y campesinas

que suministraban las fuerzas de combate. En general, los miembros de la burguesía y de los partidos políticos permanecían en actitud de entusiasmo verbal o se agitaban estérilmente en medio de acontecimientos que los desbordaban. La lucha se había desplazado del Parlamento y de las urnas a la calle, la réplica al ataque fascista no podía sino adaptarse a las nuevas circunstancias y seguir por el camino que se emprendió. De esperar el triunfo de la organización oficial de resistencia debidamente pertrechada, el franquismo habría triunfado en un año, tal vez en tres meses.⁴⁰

40 En el otro extremo de la cuerda de los críticos se hallaba Trotski, que nos reprochaba con su suficiencia acostumbrada, no acabar con todas las fuerzas, los partidos, las formaciones de la burguesía y del socialismo reformista, a fin de tomar el poder para continuar la guerra, como habían hecho los bolcheviques. Sólo su soberbia ciega le permitía comparar dos situaciones absolutamente desiguales. El sentido común más elemental indicaba que nos era absolutamente imposible a la vez llevar la guerra contra Franco en el frente y contra las otras formaciones antifascistas en la retaguardia. La guerra de movimiento que sirvió al ejército rojo en Rusia era inaplicable en España, donde el enemigo se adueñó rápidamente de los centros siderúrgicos y de fabricación de armamentos, y donde no se disponía de oficiales de alta categoría como los venidos del zarismo que fueron al ejército rojo, entre los cuales el general Brusilof, gloria del ejército ruso, y Toutkatchevski, que era sin duda el estratega de mayor vuelo del ejército rojo cuando Stalin mandó fusilarlo.

Segunda Parte

TRABAJOS CONSTRUCTIVOS EN LA AGRICULTURA

V. LA FEDERACIÓN DE COLECTIVIDADES DE ARAGÓN

En los días 14 y 15 de febrero de 1937, tuvo lugar en Caspe –pequeña ciudad de la provincia de Zaragoza liberada del fascismo por fuerzas esencialmente libertarias venidas de Cataluña– el congreso constitutivo de la Federación de Colectividades de Aragón. La iniciativa estaba patrocinada hasta tal punto por la sección regional de Aragón, Rioja y Navarra de la CNT, que el sello que figura en las resoluciones adoptadas es el de esa organización sindical. Asistieron una delegación oficial del Comité Nacional de la CNT, una del Comité Peninsular de la FAI, una del Comité Regional de los Grupos Anarquistas de Aragón, Rioja y Navarra. La decisión de reunir este Congreso había sido tomada anteriormente por una reunión preliminar de delegados de las colectividades existentes, celebrada en Binéfar, provincia de Huesca. Eran entonces las colectividades ya constituidas o en

estado de constitución las que se concertaban por autodeterminación, en aquella pequeña ciudad.

Estaban representadas 25 federaciones comarcales ya instituidas. Eran, nombradas por orden alfabético y según su cabeza administrativa, las de Alcañiz, Aragüés, Alfambra, Ainsa, Alcorisa, Albalate de Cinca, Barbastro, Benabarre, Caspe, Enjule, Escucha, Graus, Grañen, Lécera, Monzón, Muniesa, Mas de las Matas, Mora de Rubielos, Puebla de Híjar, Pina de Ebro, Pancrudo, Sástago, Tardienta, Valderrobres. Cada una de esas federaciones representaba – según los casos y las divisiones administrativas reinantes– de 3 a 36 pueblos, más o menos importantes. El total de esos pueblos sumaba 275, el número de individuos o familias – según los casos– es de 141.430.⁴¹ Ya en ese período, el hecho colectivista estaba en plena expansión, y muy pronto nuevas colectividades se sumaron a esta primera lista.

En tanto, las colectividades existentes vieron aumentar sus efectivos con rapidez. Por ejemplo, en el mencionado Congreso, la comarca de Mas de las Matas estaba compuesta por 19 pueblos y uno solo de ellos estaba colectivizado integralmente. Tres meses después, cuando tuvo lugar un pleno con carácter de semicongreso, ya

41 La diferencia que hubo en el modo de establecer estadísticas (por ejemplo, por cabeza de familia, por individuos o por familia representada) no ha permitido conocer el número exacto de *individualidades*. Pero, por sus observaciones y datos recogidos, el autor puede opinar que ese número no era inferior a 300.000.

estaban todos colectivizados y la comarca de Angüés, que contaba 36 colectividades en febrero, en el mismo pleno contaba 70. Al mismo tiempo, las colectividades federadas de la comarca de Barbastro que eran 31, llegaron a sumar 58. Tan rápido era el crecimiento que en el momento que se publicaban las estadísticas estaban caducas.

Recordemos también que el movimiento colectivista se desarrollaba a pesar de las dificultades causadas por la guerra, a menudo a pocos kilómetros del frente, bajo la amenaza de una incursión adversa de la artillería o de la aviación –caso de Grañén, de Ainsa, de Pina de Ebro, etc.– y estando muchos de los nuestros movilizados en las fuerzas armadas.

El Congreso de Caspe tuvo por objeto unificar y aunar la acción de las colectividades. Según el texto votado, se resolvió:

1°. Constituir la Federación Regional de Colectividades para coordinar la potencialidad económica de la región, y dar cauce solidario a esta Federación de acuerdo con las normas autonómicas y federativas que nos orientan.

2°. Para estructurar esta Federación, nos atendremos a las siguientes normas:

a) Las colectividades deben federarse comarcilmente.

b) Para la cohesión y el control de los comités

comarcales entre sí, se creará el Comité Regional de Colectividades.

c) Las colectividades harán una estadística veraz de la producción y del consumo, que enviarán al comité comarcal respectivo, y estos comités, a su vez, remitirán la estadística comarcal al comité regional, única forma de establecer la verdadera y humana solidaridad.

Permítasenos introducir aquí un comentario para subrayar la importancia de este texto que contiene a la vez todo un programa y una profesión de fe de principios sociales esenciales. Vemos aquí reafirmado un antiguo postulado humanista teórico basado ante todo en la coordinación general, en la «solidaridad humana», en la «cohesión de los comités comarcales», en el «cauce solidario» de la federación que englobará todas las colectividades, es decir, a todos los miembros que las constituyan; por otra parte, las «normas autonómicas», es decir, el respecto de la forma práctica de autoorganización irán junto con las normas federativas implicadas por esa visión de conjunto.

Pero esta cohesión y organización solidarias, afirmadas y proclamadas, tienen un objetivo concreto, además de la práctica de la «verdadera y humana solidaridad»: el de favorecer la «potencialidad económica», la producción y el consumo mediante «una estadística veraz». Y esto en forma federalista, de la colectividad aldeana al comité comarcal, y de los comités comarcales al comité regional. En líneas

generales no se puede tener visión más clara, un concepto más acabado y preciso de la obra constructiva así comenzada.

«En líneas generales», decimos, porque en esa asamblea de hombres prácticos, reunidos para hacer obra social efectiva, se ha creído necesario enumerar las tareas por realizar, lo cual ha dado lugar a una enumeración que –pese a sus imperfecciones literarias– merece ser conocida.

He aquí el *Reglamento* que presenta la ponencia, para estatuir la vida colectiva en Aragón: contenido en el tercer dictamen, recogiendo todos los acuerdos tomados en este Congreso:

1°. Con la denominación de Federación de Colectividades Agrícolas, se constituye en Aragón una asociación que tendrá por misión la defensa de los intereses colectivos de los trabajadores organizados en las mismas.

2°. *Atributos de esta Federación:*

a) Propagar intensamente las ventajas del colectivismo basado en el apoyo mutuo.⁴²

b) Controlar las granjas de experimentación que

42 Este evocar el apoyo mutuo recordaba el principio de base del libro de Kropotkin, *El Apoyo Mutuo*, con las consecuencias que implicaba.

puedan crearse en las localidades donde las condiciones del terreno sean favorables para conseguir toda clase de semillas.

c) Atender a los jóvenes que tengan disposiciones para la preparación técnica mediante la creación de escuelas técnicas especializadas.

d) Organizar un equipo de técnicos que estudien en Aragón la forma de conseguir mayor rendimiento del trabajo que se efectúe en las diversas labores del campo.

e) Buscar las expansiones comerciales en el exterior de la región, tendiendo siempre a mejorar las condiciones del intercambio.

f) Se ocupará también de las operaciones comerciales con el exterior, mediante el control, por estadísticas, de la producción sobrante de la región, y por lo tanto tendrá a su cargo una caja de resistencia para hacer frente a todas las necesidades de las colectividades federadas, siempre en buena armonía con el Consejo de Defensa de Aragón.⁴³

43 El Consejo de Defensa, que será nombrado varias veces en adelante, había sido creado para coordinar las fuerzas de resistencia en Aragón, abandonadas por el Gobierno republicano, y hasta cierto punto para no dejar un «vacío» político del que se habrían aprovechado los antifascistas burgueses, los comunistas o elementos adversos.

3°. En el aspecto cultural, esta Federación se cuidará:

a) De procurar a las colectividades todos los elementos de expansión que a la vez que sirvan de distracción eleven la cultura de los individuos en sentido general.

b) Organizar conferencias que tienden a perfeccionar la educación del campesino, como asimismo veladas a base de cine y teatro, giras y cuantos medios de propaganda espiritual sean posibles.

4°. Para la buena tramitación de todo lo estatuido, la Federación nombrará un Comité Regional de Colectividades que constará de los siguientes cargos: secretario general, secretario de actas, contador, tesorero y dos vocales.

5°. El secretario general tendrá a su cargo la orientación del Comité, el sello social y la tramitación de cuantos expedientes presenten las colectividades.

El secretario de actas levantará actas de cuantas reuniones celebre el Comité de la Federación; en ausencia del secretario general, ocupará accidentalmente este cargo.

El contador llevará la contabilidad de la Federación, abriendo cuentas corrientes de los depósitos que le entreguen los comités comarcales; de una manera normal efectuará las liquidaciones con el tesorero.

El tesorero será el encargado de guardar los fondos de la Federación y de pagar cuanto se le presente al cobro, avalado anteriormente por la firma del secretario, del contador, y sellado con el sello de la secretaría.

Los vocales constituirán las diferentes comisiones que se precisen para el desenvolvimiento interno de la Federación, como: propaganda, estadística, asesoramiento técnico, etc.

6°. Esta Federación, siguiendo las normas federativas, organizará tantas federaciones comarcales como estime necesario⁴⁴ para el buen desenvolvimiento de las colectividades, las cuales mantendrán relaciones cordiales con los Consejos municipales y con el Consejo Regional de Aragón, respectivamente.

7°. Para los efectos del suministro de los colectivistas, se establecerá la carta de racionamiento.

8°. La Federación de Colectividades Agrícolas y Complementarias⁴⁵ celebrará su congreso ordinario cada seis meses, más los extraordinarios que se crean

44 Desde luego, en su estilo escueto, los autores de la ponencia no especificaron que esta organización de comarcales debería hacerse de acuerdo con los interesados (individuos o pueblos). Esto era así.

45 Las colectividades complementarias deben ser las de carácter industrial que se constituyeron en los pueblos, en conexión con las agrícolas.

pertinentes.

9°. En cada congreso ordinario será renovada la mitad del comité de la Federación.

10°. El Comité Regional de las Colectividades residirá en Caspe.

11°. El ingreso a esta Federación regional, de todas las colectividades que se constituyan después de su creación, deberá ser acordado en asamblea general por los vecinos de la colectividad, solicitante, mandando copia del acta al comité regional para su archivo correspondiente y aprobación necesaria.

12°. Para que su solicitud tenga validez, las colectividades harán constar su acatamiento a lo que estos estatutos determinen.

13°. Estos estatutos serán impresos y distribuidos en un carnet de identidad a cada uno de los colectivistas federados.

14°. Todo cuando se acuerde en los congresos y plenos que celebre esta Federación tendrá validez, aunque no esté previsto en los presentes estatutos.

Dado en Caspe, a 15 de febrero de 1937.

Por la Ponencia: D. Gonzalvo, Angel Torenas, Magín Millán, José Martín; José Mavilla, Salvador Ponz, J. Ariño; Bernabé Esteban, Francisco Muñoz, Miguel Lamiel, José Mur y Fulgencio Dueñas.

El autor se permite opinar que declaraciones con tal contenido tienen, a pesar de sus defectos literarios, más valor y más alcance que otras: por ejemplo, la Declaración de los «pioneers» de Rochdale, o la Carta de Amiens del sindicalismo revolucionario francés.

En conexión y movidos por el imperioso deseo de crear, se abordó el problema de los medios técnicos para desarrollar la «potencialidad económica», votándose la resolución siguiente:

1°. Procede ir con toda urgencia a la creación de campos experimentales en todas las colectividades de Aragón para poder efectuar los estudios que se crean necesarios para intentar nuevos cultivos para poder obtener mayores rendimientos e intensificar la agricultura en todo Aragón. Al propio tiempo debe destinarse una parcela, aunque sea pequeña, para poder proceder al estudio de los árboles que puedan producir más y que se aclimaten mejor al suelo de cada localidad.

2°. Debe irse igualmente a la creación de campos de producción de semillas; para ello puede dividirse Aragón en tres grandes zonas y en cada una de ellas instalar

grandes campos para producir las semillas que sean necesarias en cada zona, y al propio tiempo producir para otras colectividades aunque no pertenezcan a la misma zona. Tenemos, por ejemplo, el cultivo de la patata; debe producirse la semilla de esta planta en la zona de más altitud de Aragón para luego ser explotada por las colectividades de otras zonas, ya que puede demostrarse que en la parte alta esta planta no será atacada por las enfermedades que le son características si siempre la produjéramos y cultiváramos en la parte de poca altura, o sea, el país húmedo y cálido.⁴⁶

Estas tres zonas procederán al intercambio de las semillas que las necesidades aconsejen en cada caso, según los resultados de los estudios que se realicen en los campos experimentales, pues éstos deben estar en armonía e intervenidos al mismo tiempo por técnicos para poder estudiar y hacer todos los ensayos que se crean de provecho y necesidad.

Abramos aquí un paréntesis para repetir que no se nos escapa la imperfección literaria, el mal empleo de ciertos vocablos, las repeticiones, los errores de sintaxis que se advierten más en este párrafo que en otros, y que respetamos con la intención de dar mayor autenticidad a la documentación contenida en este libro. Porque, para nosotros, e indudablemente para todo amante de la verdad

46 Léase: «de siempre producirla y cultivarla en la parte de poca altura...».

histórica, para todo hombre deseoso de progreso humano importa ante todo la nuez de las soluciones constructivas y no la cáscara de las consideraciones verbales. No sabemos si Stephenson escribía o no con ortografía; lo importante es que haya inventado la locomotora. Lo importante, en el caso de los campesinos aragoneses y de otras regiones de España, es que hayan innovado estructuras sociales y superiores a las existentes hasta entonces. Y continuemos nuestro análisis.

La resolución está firmada como sigue:

Por el Comité Regional, Antonio Ejarque; por Barbastro, E. Sopena; por Pina de Ebro, José Abós; por Catalanda, Tomás Artigas; por Muniesa, Joaquín Temprano; por el Consejo comarcal de Muniesa, Alberto Aguilar.

Se abordó también el problema de la distribución. Se habían improvisado, como veremos en el capítulo *Contabilidad colectivista*, diversos modos de reparto. Una parte –la tercera tal vez– de los pueblos colectivizados de Aragón había suprimido todo signo monetario, estableciéndose una tabla de racionamiento, otra parte había adoptado una nueva moneda impresa localmente, con bonos varios, basados en la peseta, en puntos u otros signos. Esta diversidad, que permitió resolver el problema de la distribución con soluciones revolucionarias de momento, tenía el inconveniente de crear una confusión y por añadidura era un obstáculo para la igualdad social que se buscaba, variando frecuentemente los recursos económicos

de un pueblo a otro. Se decidió, pues, suprimir toda forma de moneda respecto al abastecimiento interior de Aragón. La resolución correspondiente decía:

Debe abolirse la circulación de la moneda en el seno de las colectividades, creando en su defecto la cartilla de racionamiento, quedando en poder de la colectividad la cantidad precisa para sus necesidades internas.

Para que el comité regional pueda atender al abastecimiento de las colectividades en lo relativo a importación, las colectividades o los comités comarcales facilitarán al comité regional una cantidad, de acuerdo con la riqueza de cada colectividad o comarca, para crear la Caja Regional.

Fue igualmente examinado el delicado problema de la conducta que debía observarse con los pequeños propietarios que se negaban a entrar en la colectividad, prefiriendo trabajar individualmente su tierra, razón por la cual se les llamó «individualistas». La resolución tomada reviste una real importancia, pues expone el principio adoptado para toda la federación regional aragonesa, es decir, para *todas las colectividades de Aragón*. Tendremos ocasión de ver sobradamente que esta resolución fue aplicada. He aquí su texto:

1°. Al apartarse los pequeños propietarios por propia voluntad de las colectividades, por considerarse

capacitados para realizar sin ayuda su trabajo, éstos no tendrán derecho a percibir nada de los beneficios que obtengan las colectividades.

No obstante esto, su conducta será respetada siempre que estén dispuestos a no tratar de perjudicar los intereses de las colectividades.

2°. Todas las fincas rústicas y urbanas como demás intereses de los elementos facciosos que han sido incautados serán usufructuados por las organizaciones obreras que existían en el momento en que se hizo la incautación, siempre que estas organizaciones acepten la colectivización.⁴⁷

3°. Todas las tierras de un propietario que eran trabajadas por arrendatarios o medieros pasarán a manos de las colectividades.

4°. Ningún pequeño propietario que esté apartado de la colectividad podrá trabajar más fincas que aquellas que le permitan sus fuerzas físicas, prohibiéndosele en absoluto el empleo de asalariados.⁴⁸

47 Aunque el autor no haya estado presente en este Congreso, le es dable atribuir esa restricción como una precaución contra la fundación de sindicatos improvisados por los elementos comunistas, que querían –por este procedimiento– disponer de una masa de maniobra que habría saboteado las realizaciones libertarias.

48 Obsérvese que no se prohibía la ayuda de los pequeños propietarios

5°. Para quitar el egoísmo que puedan sentir los pequeños propietarios, las pequeñas propiedades que disfruten no serán registradas en el registro fiscal.

6°. Las juntas administrativas de las colectividades sólo se preocuparán de los asuntos de su competencia.

Esta ponencia es aprobada por seis de los siete delegados que la componen, presentando el disconforme, delegado de Sástago, un voto particular.

Por la ponencia: Por Angüés, F. Fernández; por Montoro, Julio Ayora; por Alforque, R. Castro; por Gudar, R. Bayo; por Pina de Ebro, E. Aguilar; por Ballobar, M. Miró.

El quinto punto de la orden del día se refería –lo mismo que el noveno– a la actitud que debía observarse ante el municipio. Dos problemas se planteaban. Uno se refería al papel del municipio y al comportamiento de las colectividades que, aunque habiendo irrumpido recientemente en la vida pública, ocupaban el lugar preeminente; otro, originado por la situación causada por el Ministerio de Gobernación y por el Gobierno de Valencia, que acababa de ordenar la reconstitución de los municipios

entre sí, lo cual era una forma de colectivismo... accidental.

en tantas partes barridos por los acontecimientos.

Desde el primer punto de vista, la ponencia aceptada por el Congreso decía:

1°. Aceptamos el municipio porque éste, en lo sucesivo, nos servirá para controlar las propiedades del pueblo.⁴⁹

2°. Al estructurar las federaciones comarcales y regional respectivamente, se considerará que los términos locales que estas entidades administren no tendrán límites, como asimismo se declarará de uso común entre las colectividades todos los útiles de trabajo y cuanto signifique materias primas estará a disposición de aquellas colectividades que les hicieran falta.

3°. Las colectividades que tengan exceso de productores, o que en ciertas épocas del año no se empleen por no ser el tiempo apropiado a las labores agrícolas, podrán ser utilizados por los comités comarcales para que los envíen a trabajar a aquellas colectividades que tengan exceso de trabajo.

Dicho de otro modo, el espíritu pueblerino tradicional, el replegarse sobre sí acostumbrado, o tan frecuente de las comunas, ha terminado. La comuna continúa con funciones

⁴⁹ Según este párrafo, la tierra habría debido pasar al municipio. Pero quedaba por aclarar lo que se seguía entendiendo con tal palabra. El párrafo siguiente lo prueba.

que le son delimitadas por la colectividad, y en adelante las relaciones humanas responderán a la moral colectivista desbordando el marco tradicional y tendiendo a la universalidad.

Los colectivistas se inclinan ante la prescripción gubernamental, reconstituyen la comuna allí donde había desaparecido. Al mismo tiempo se esfuerzan por hacer del organismo municipal tradicional un agente revolucionario más, que incluso legalizará las expropiaciones; y aquí, con bastante habilidad se aplica una táctica que permitirá defender las posiciones conquistadas. Tal fue el sentido de la ponencia aprobada. Mas nuevas precisiones no son inútiles.

1°. Considerando que los Consejos locales tienen una función aparte de las colectividades.

Considerando que los Consejos locales son entidades legalmente constituidas⁵⁰ en los cuales colaboran todas las organizaciones antifascistas y cuyo mantenimiento representa el Consejo Regional de Defensa de Aragón.

Considerando que las juntas administrativas de las colectividades tienen una función aparte de los Consejos

⁵⁰ Había una diferencia con relación a las Colectividades que no eran legalizadas, ni habían pedido serlo. Todo este vasto movimiento se operaba al margen de la legalidad republicana.

municipales.

Considerando que son los sindicatos los llamados a nombrar y controlar a los compañeros que van a representar a la CNT en ambos organismos.

Considerando que no puede existir competencia en la gestión de las colectividades y Consejos municipales, *proponemos*:

Que al debernos a la organización⁵¹ unos y otros por igual, mientras perdure esta situación y la CNT colabore en estos Consejos, las colectividades mantendrán relaciones cordiales con estos organismos, manifestado a través de los sindicatos de la CNT.

Es decir, que ante la contraofensiva cautelosa del Gobierno preocupado de restablecer su autoridad y su dominio, los colectivistas se inclinan por una parte tomando precauciones a fin de mantener por medio de una adaptación adecuada, las posiciones conquistadas. Incluso, esas posiciones son reforzadas.

Se hacen intervenir los consejos municipales, de acuerdo, pero estos consejos estarán en nuestras manos. Y para mejor protegerlos contra las maniobras que podemos prever, intensificaremos la acción de nuestros sindicatos, ellos mismos robustecidos al efecto. Contramaniobra inteligente

51 Entiéndase la organización sindical, o sea, la CNT.

que al mismo tiempo indica una voluntad dispuesta a mantener las conquistas hechas.

Los adversarios de esta revolución, especialmente los comunistas estalinianos de ayer y de hoy, afirman a menudo que las colectividades aragonesas fueron impuestas por nuestras milicias que, en su mayoría, habían acudido de Cataluña para contener el avance del enemigo, lo que consiguieron a costa de enormes pérdidas.⁵²

Indudablemente la presencia de esas fuerzas a las cuales los otros partidos nada podían oponer, favoreció indirectamente las realizaciones constructivas aragonesas, haciendo imposible la resistencia activa de los partidarios de la república burguesa o del fascismo. Pero, en primer lugar, si los otros partidos no se opusieron, fue porque carecían de fuerzas combatientes, incluso si se hubiera planteado el problema de las fuerzas respectivas, nuestro movimiento hubiera desempeñado un papel preponderante. Porque, debemos repetirlo incansablemente, «la situación era revolucionaria» como consecuencia del ataque franquista y de la ineptitud del Gobierno republicano.

En tales casos, es el elemento revolucionario más poderoso el que ejerce la mayor influencia por el solo hecho de la adecuación de sus métodos y la adhesión de las masas. Sin la capacidad de los hombres, de los cuadros de militantes

52 En julio de 1937 habíamos perdido 20.000 hombres, sin conseguir reconquistar Huesca, que contaba 18.000 habitantes.

que tomaron las debidas iniciativas, adaptándose a las circunstancias con una inteligencia táctica a menudo maravillosa, no se hubiera hecho casi nada. Quizá, a pesar del hambre de tierra de los campesinos, apenas se hubiera atacado la gran propiedad, por ausencia de directivas ideológicas precisas. La presencia militar de nuestras fuerzas contribuyó a liberar a la población de un pasado tradicionalista que hubiera paralizado su esfuerzo.

Pero esta presencia dista mucho de explicarlo todo. Lo confirma el caso de otras regiones donde a pesar de la existencia de autoridades legales y de fuerzas militares en nada libertarias, la revolución se produjo también, como lo veremos, en la región levantina donde las colectividades fueron más numerosas y más importantes. Empero, es en Valencia, capital de esa región, donde residía el Gobierno con toda su burocracia, donde estaban concentradas importantes fuerzas de policía. Y en Castilla, donde al principio los republicanos socialistas y comunistas eran, con mucho, los más numerosos, las colectividades campesinas nacieron y se desarrollaron, llegando por su potencialidad de conjunto a un nivel superior al de las colectividades aragonesas.

Y si analizamos más a fondo, creemos estar en lo justo al opinar que contrariamente a la afirmación de que el nacimiento de las colectividades en Aragón se debe a la presión ejercida por las tropas libertarias, éstas no han desempeñado un papel positivo en este acontecimiento

histórico. Porque, en primer lugar, y según nuestras observaciones directas, han vivido al margen de las transformaciones sociales que se cumplían. Bien vieron a los hombres ir y venir en los campos, a los habitantes de los pueblos atender a sus ocupaciones, pero no se preocuparon de saber cómo el nuevo régimen organizaba las cosas. Militares y civiles. Espíritu militar con sus problemas específicos, en general replegado sobre sí mismo e indiferente a la vida de los paisanos. Los milicianos y soldados, en su mayoría catalanes, han vivido al lado de los campesinos aragoneses sin interesarse por sus problemas y su evolución.

En cuanto a la nueva organización de la economía, de la producción, de los cambios, la presencia militar ha tenido una influencia más negativa que positiva. Por una parte, las colectividades abastecían copiosamente, sin compensación, a las tropas que era preciso alimentar y a las que el Gobierno descuidaba por completo. Por otra, buen número de «maños», los más jóvenes y robustos, se hallaban movilizados en el frente, sustraídos a la producción agrícola. Un balance, siempre desde el punto de vista económico, mostraría que las colectividades se hubieran beneficiado con la ausencia de fuerzas armadas en la región.

Pero entonces, el fascismo habría progresado libremente.

VI. GRAUS

Graus está situado en el norte de la provincia de Huesca. Esta región es mucho menos propicia para la producción socializada que el resto de Aragón. La causa principal radica en la topografía del terreno. Estamos en plenos Pirineos, entre bosques y rocas. Los campos son raros, de exiguas dimensiones. Los cultivos se eslabonan entre formaciones pétreas. Se llega a ellos por medio de senderos por los cuales las máquinas no pueden pasar y así la mayoría de las veces no pueden ser utilizadas.

El agua no falta, corre en abundancia por arroyos, ríos secundarios, fuentes y torrentes. Pero la tierra es escasa. Por esto las aldehuelas están aisladas entre macizos rocosos, con sus pocos habitantes y sus casitas que casi nunca llegan a cien. Se les encuentra con frecuencia en mesetas diminutas desde donde se dominan valles minúsculos rodeados por

peñascales en medio de los cuales estas aldehuelas parecen nidos. He gozado en estos lugares de un silencio que merece ser escuchado.

Pero donde la vida es tan apacible, como en estos rincones apartados, el progreso no penetra con facilidad. Reina una tradición secular, los espíritus tardan en comprender. Las ideas nuevas han penetrado poco en los altos Pirineos aragoneses, que son surcados por excesivo tráfico.

Al encogerse sobre sí mismo, el horizonte de la vida social es limitado, predisponiendo en poco a los habitantes a la práctica de la vida colectiva, lo que nada quita a su lealtad, ni a su generosidad.

El montañés es más propenso al individualismo que el hombre de la llanura, por las circunstancias en que se desarrolla su trabajo, lo que le obliga a contar –ante todo– consigo mismo, en su sencilla vida. Lo reducido de sus campos no permite trabajar en común, y es preciso seguir arando individualmente los trocitos de tierra que se prestan a la agricultura. De la técnica moderna, que a menudo influye sobre los reacios, podemos decir que tiene escasa o directamente ninguna intervención. Todo se opone a la aceptación del socialismo. Y sin embargo...

La comarca de Graus tiene 43 municipalidades. Sólo una, Secastilla, está integralmente colectivizada. Capulla, con 538 habitantes, Campo, con 765, Pelarrua, Benasque,

Bocamorta, Puebla de Castro, Torres del Obispo, Puebla de Fantova, Laguarres, están colectivizados en un 50%.

La organización que mejor pude estudiar fue la de Graus. Este pueblo, con estilo de pequeña ciudad a pesar de sus 2.600 habitantes, está situado a orillas del Esera, el río de España de caudal más regular, según ciertos habitantes, que nace en Francia y alimenta al inmenso pantano del canal de Aragón y Cataluña.

Dominado por altas montañas y bien regado, Graus se encuentra en el cruce de varias carreteras. Ha llegado a ser un centro comercial de cierta importancia, y el espíritu emprendedor de sus habitantes ha dado nacimiento a actividades que responden a las necesidades de la comarca. La tierra es escasa, la agricultura poco desarrollada y el 40% de los habitantes viven del comercio. La industria y el trabajo del campo se reparten el resto.

A pesar de la abundancia del agua, solamente un 20% de la tierra cultivada es de regadío, pues corre entre las rocas, lejos de los cultivos adonde es poco menos que imposible hacerla llegar. En esta tierra regada se obtienen hortalizas. En la tierra no regada se cultivan cereales, viñas, olivos, almendros. Pero este año (1937), en todo el norte de Aragón, las almendras han sido destruidas por una helada. Y más al sur, en Binéfar, una hora de tormenta ha bastado para destruir todas las viñas. La vida del campesinado no es envidiable.

Y no lo era aquí, donde dos propietarios poseían el 40% de las tierras regadas. Las tierras de secano estaban, es verdad, distribuidas con más equidad, pero la pobreza de las cosechas obligaba a los campesinos medios a buscar, fuera de su trabajo natural, el tercio, a veces la mitad de sus recursos vitales. Trabajaban como jornaleros en la tierra de los ricos, o en la industria, o se alejaban momentáneamente a otras regiones.

En los trabajos industriales, el salario oscilaba de seis pesetas para los peones de albañil, a ocho para los albañiles y mecánicos. Pero cálculos precisos mostraban que, teniendo en cuenta los períodos de desocupación, los albañiles ganaban un promedio de cinco pesetas diarias, en cuanto a los peones.

Durante los últimos años, los jóvenes emigraban para ir a vivir en Cataluña, o a Francia; el 20% de las muchachas partían para trabajar de criadas en las ciudades.

Los comerciantes y los pequeños industriales no vivían mucho mejor. Sus deudas sobrepasaban, desde hacía tiempo, el monto de su capital.

Aunque menos densa y prolongada que en otros lugares, la historia de las luchas sociales merece ser conocida. Desde fines del siglo pasado, el republicanismo había precedido a la corriente libertaria, en parte bajo la influencia de Joaquín Costa, nacido en esta población, y por eso llamado «el león

de Graus». Pero en 1907 se disolvió el Centro republicano local que se reclamaba del gran líder–sociólogo y que, según parece, interpretaba sus ideas de tan mala manera que Costa protestó, siendo expulsado del propio Centro. En 1923 aparece un sindicato único de la CNT. Fue clausurado al subir Primo de Rivera al poder; lo mismo ocurrió con la biblioteca fundada y mantenida por nuestros compañeros. Estos emigran, pero no pierden el contacto. Y regresan cuando la situación es favorable. Luego, con otros compañeros que han aparecido fundan, el 26 de mayo de 1936, es decir, apenas dos meses antes del ataque fascista, un nuevo sindicato que consta pronto de doscientos socios, cifra que bajará rápidamente hasta 60 por haberse fundado un sindicato de oficios varios de la UGT que constará de 130 socios al producirse los acontecimientos.

Se ha constituido igualmente el grupo anarquista «Renacer», que completa, como en muchas otras partes, la labor del sindicato cenetista, fuerza esencial en Graus como en otras partes.

El 18 de julio, cuando corrieron los rumores de un ataque fascista –rumores que se propalaron un día antes de la guerra civil en buena parte de España– nuestros compañeros decidieron incautarse de las armas que estaban en venta y organizaron un modo propio de información, al mismo tiempo que tomaban posesión de la calle. Su iniciativa les salvó. La Guardia Civil estaba en contacto con los fascistas de Huesca, y por el texto de los telegramas cambiados con ellos

se sabía que esperaba el momento oportuno para entrar en acción. La decidida actitud de los antifascistas se lo impidió. Entonces, los hombres del tricornio de charol encerado se declararon a favor del pueblo. Fueron enviados al frente. No sabemos cuál fue su comportamiento posterior.

Aunque las fuerzas de nuestros sindicatos fueran inferiores en número, nuestros camaradas constituyeron por nombramiento popular la mayoría del comité revolucionario que se formó en el acto. Para evitar sorpresas, este comité empezó por establecer una vigilancia a lo largo de las carreteras. Parte de los hombres fueron a reforzar las columnas antifascistas. Luego, ante las dificultades económicas que atravesaba la población, así como por la paralización del trabajo, se distribuyeron vales de alimentación que el comercio, ya controlado por el comité, se apresuró a aceptar, vista que los salarios eran desiguales, que un jornalero campesino ganaba la mitad de lo que ganaba un oficial mecánico. Esta desigualdad por la cual los hijos de un hombre tenían un 50% de los medios de vida que los hijos de otros podían disponer fue considerada incompatible con el antifascismo. Y se estableció, inmediatamente, el salario familiar, que aseguraba para todos idénticas condiciones de existencia. La desigualdad social desaparecía de golpe.

Este salario era pagado en vales improvisados. Un mes después se pusieron en circulación bonos divididos en puntos, más o menos numerosos, según las necesidades de

cada familia. Más tarde, la importancia comercial de Graus, sus transacciones con otras comarcas o regiones, incluso con aldeas de la comarca que no se habían colectivizado, obligaron a recurrir nuevamente a la peseta como patrón general de valores. Pero el comité emitió, por cuenta suya, una moneda divisionaria.

Después de ser controlado, el comercio debía ser rápidamente socializado. Las transacciones individuales fueron sustituidas por las colectivas. Se fundó una cooperativa a la cual fueron llevados todos los alimentos hallados en las tiendas o comprados en otras partes.

Al poco tiempo se abrió una cooperativa de tejidos y mercaderías que centralizó cuanto había en las pequeñas tiendas. De cinco carnicerías se hicieron dos grandes, de tres zapaterías quedó una sola, las dos ferreterías fueron fusionadas, cuatro panaderías sobre seis desaparecieron, y un solo horno basta hoy para suministrar el pan que antes hacían tres. Hay dos cooperativas de ultramarinos, contra 25 tiendas anteriormente. Nació una cooperativa de semillas y abonos.

El proceso de eliminación del parasitismo comercial fue simultáneo con el de la colectivización agraria e industrial. Como en otros lugares, la práctica colectivista empezó antes de la organización oficial de la colectividad. Ante la gravedad de la situación el comité revolucionario se ocupó ante todo de las necesidades generales inmediatas.

Había que cosechar, y labrar, y sembrar, obtener de la tierra el máximo rendimiento con el mínimo de esfuerzo. La economía al servicio de todos era, junto con la necesidad de impedir el paso de las fuerzas fascistas, la preocupación dominante. Y bajo la dirección de los camaradas de la UGT y de la CNT, los animales de tiro fueron lanzados, con los arados, sobre las tierras libertadas de las barreras que las dividían. Los campos confiscados a los fascistas fueron sembrados, al mismo tiempo que los de los campesinos convertidos que dieron espontáneamente el primer paso adelante.

La colectividad agraria fue constituida el 16 de octubre. El mismo día, los transportes mecánicos, que se habían socializado esporádicamente desde el primer momento, lo eran oficialmente. De acuerdo a las indicaciones dadas por los sindicatos, el Comité Revolucionario decidía, una tras otra, las etapas. Las imprentas fueron socializadas el 24 de noviembre. Las zapaterías y panaderías, dos días después. El primero de diciembre, todo el comercio, la medicina, las farmacias, las herrerías y las cerrajerías. El 11 de diciembre se colectivizaron los carreteros, los ebanistas, los carpinteros. Gradualmente, todas las actividades entraron en la nueva estructuración social.

La resolución aprobada por los agricultores puede servirnos de modelo y guía en cuanto a las grandes líneas y a los principios generales de las colectivizaciones habidas, puesto que en todos los casos los principios son los mismos.

He aquí su texto auténtico:

ACTA DE LA COLECTIVIDAD DEL RAMO DE AGRICULTURA

En la villa de Graus, a 16 de octubre de 1936, reunidos los obreros de la agricultura, acuerdan:

1°. Entrar en la comunidad todos los gremios.

2°. Todos los obreros que por su voluntad ingresen en la colectividad estarán obligados a hacer entrega de todas las herramientas de su profesión.

3°. Todas las tierras de los compañeros que entren en la colectividad deberán pasar a engrosar los bienes comunales.

4°. Los trabajadores de la agricultura, cuando no haya trabajo de su propio oficio, están obligados a prestar ayuda a los gremios que lo soliciten.

5°. De las aportaciones que se hagan a favor de la colectividad, se procederá a un inventario por duplicado; una de las copias pasará a poder del propietario que entra en la colectividad, y otra quedará en poder de ésta.

6°. Si por causas imprevistas se tuviera que disolver la

sociedad comunal, cada compañero tendrá perfecto derecho a tomar posesión de los bienes que haya aportado.

7°. En reunión de los expresados trabajadores se nombrará una comisión de administración de dicha profesión.

8°. Una vez de común acuerdo, los trabajadores de la agricultura procederán a que cada uno de los que compongan la comisión de administración tenga su cargo respectivo, y éstos serán: un presidente, un tesorero, un secretario y tres vocales.

9°. La colectividad del expresado ramo quedará en relación directa con la caja comunal de todos los ramos, la cual será creada por el comité de enlace.

10°. Los obreros que ingresen a trabajar en común percibirán el salario siguiente: para familia de tres o menos individuos, seis pesetas;⁵³ las familias que tengan más de tres individuos, una peseta por cada una de éstos.

11°. Este jornal podrá ser reformado según las circunstancias, y a propuesta de la Junta Administrativa de todos los gremios.⁵⁴

53 Este límite fue reducido a dos personas solamente. El aumento venía después a partir de la tercera persona.

54 Aquí desaparece el concepto cooperativista. Las medidas deben

12°. Aquellos obreros cuyos padres no están en la colectividad percibirán el jornal que la Junta Administrativa determine.

13°. Cuando un obrero tenga que ser despedido o expulsado, será por acuerdo firme de la Comisión Central de Gremios a la cual queda adherido el de la agricultura.

14°. Los obreros de la colectividad se comprometen a trabajar las horas que la Comisión Administrativa determine y señale, de acuerdo con la Comisión Central, y además a verificar el trabajo con todo interés y entusiasmo.

Estando todos conformes, se levanta la presente acta en el día de la fecha.

Como en el caso de los trabajadores de la agricultura, ninguna colectivización se hizo sin la resolución previa de los interesados especialmente convocados. Cuando el Comité Revolucionario «colectiviza», se limita a convocar cada sección de productores que, en realidad, se colectiviza a sí misma.

Y tan pronto forma parte de la comunidad, esta sección no es autónoma. El Comité Revolucionario, transformado luego en Comité de Enlace (de enlace entre la sección local de la CNT y la de la UGT), lo coordina todo, pero desaparecerá en

tomarse «para todos los gremios».

enero de 1937, al constituirse el Consejo municipal por orden del Gobierno.

Aquí también, la más perfecta armonía reina entre las dos fracciones sindicales revolucionarias que se ponen de acuerdo para designar cada una cuatro concejales y para que el presidente, que prácticamente es el alcalde, sea un trabajador republicano elegido por una asamblea general de todos los habitantes del pueblo. Se asegura en esta forma equilibrio e imparcialidad.

Pero las funciones que desempeña el alcalde son secundarias. Es ahora un personaje decorativo que se limita a aplicar las decisiones de los consejeros. El ayuntamiento tiene por misión esencial representar al Gobierno Central, movilizar a los soldados, establecer documentos personales, oficializar el racionamiento para todos los habitantes, sean individuales o colectivistas.

La colectividad es independiente. Administra el 90% de la producción general (sólo en la agricultura quedan algunos individualistas), todos los medios de transporte, toda la distribución, el abastecimiento y los cambios. Su comisión administrativa consta de ocho compañeros, cuatro por cada sindicato. Seis de ellos están al frente de las secciones por las cuales tienen más aptitudes: cultura y sanidad (teatro, academias, deportes, médicos y farmacia); trabajo y censo (personal, nóminas, fondas y cafés, censo); abastecimiento (comercio, carbón, abonos, almacenes, suministro);

agricultura (cultivos, riegos, granjas, ganado); industrias (fábricas, talleres, electricidad, agua, construcción); transporte y comunicaciones (camiones, carros, taxis, correos, garajes).

Los dos camaradas que quedan, uno de la CNT y otro de la UGT, constituyen el secretariado general. Además de las actividades correspondientes, están encargados de la propaganda.

En la organización industrial, cada taller nombra un delegado que está en contacto permanente con el secretariado de industria. Cada especialidad industrial tiene su cuenta particular⁵⁵ en el registro de la colectividad donde figuran las secciones siguientes: agua potable, aceite, aserraderos, chocolatería, embutidos, licores, electricidad, ferretería, fondas y cafés, herrería, herradero, imprenta, lampistería, material de construcción, máquinas de coser, medias, molino de yeso, modistas, panadería, peluquerías, pintura, planchadoras, sastrería, sillería, tejedurías, taller de bicicletas, vaquería.

La fábrica de licores ha sido instalada por la colectividad, que reunió en un solo lugar la fabricación de gaseosa, agua de Seltz, cerveza, vinos, licores diversos, que hasta entonces se hacían por separado. La fábrica de jabón, aparejada con la de aceite, es también obra de la colectividad que, además,

55 Como en todas las comarcas, cada pueblo tenía su cuenta.

compró una instalación moderna para la fabricación de aceite. Señalemos otras adquisiciones: dos camiones de ocho toneladas cada uno, una báscula de hasta 20 toneladas, que permitirá tener estadísticas exactas de producción e intercambios, dos lavadoras eléctricas, una de las cuales fue dada al hospital y la otra a los hoteles colectivos.

La agricultura acusa también cambios notables. La superficie trabajada de las tierras de secano no pudo aumentarse más del 10%; la de las tierras regadas, el 5%, pero la supresión de las divisiones ha permitido ganar terreno sobre los setos y los caminos inútiles. La siembra de patatas ha sido aumentada en un 50%. Si la naturaleza favorece el esfuerzo del hombre, se conseguirá más alfalfa que antes para el ganado, y el doble de remolacha azucarera. Unos 400 árboles frutales han sido plantados.

Sin la técnica del trabajo colectivo, estos progresos habrían sido imposibles. Pero, con sus recursos, la colectividad ha hecho más: ha comprado una trilladora-atadora, sembradoras, máquinas de sulfatar las viñas, un arado de aporcar. Todo lo cual permite trabajar la tierra a mayor profundidad, cuidar las plantas y los árboles frutales. Y si añadimos la introducción y el mayor empleo del abono químico, se comprenderá que entre las tierras cultivadas por los individualistas (que acabaron por adherir al esfuerzo común) y las cultivadas por los colectivistas, la diferencia de rendimiento era, aquí, del 50%. Los miembros de la colectividad me enseñaban con orgullo los campos donde las

patatas crecían con vigor, en surcos rectos y bien cuidados. La calidad del trabajo era, indiscutiblemente, superior; y la selección de las semillas aumentaba las ventajas.

Se había cuidado siempre la cría de ganado. Pero Graus debe cambiar buena harte de sus actividades parasitarias o estériles de ayer por actividades productivas. De los 310 carneros que la colectividad posee ahora, 300 han sido comprados por ella. Es el principio de grandes rebaños que se alimentará en la montaña. Pero se ha hecho más.

Hemos visitado dos granjas, que dan una impresión espléndida de esfuerzo creador.

La granja número 1 está destinada a la cría de cerdos. Se ha elegido para construirla un lugar situado a distancia conveniente de la aldea: lugar rodeado de árboles y de campos donde se instalará, más adelante, parques de avicultura (el espíritu colectivo no cesa de inventar, imaginar y emprender).

La granja número 1 ha de tener dos edificios. Uno ya está construido. En 22 divisiones, 162 cerdos están separados según la edad y la raza. La porqueriza es larga, amplia, alta, bien alumbrada y ventilada. El suelo es de cemento, las paredes están pintadas con cal, los animales tienen cuanto lugar necesitan. Dentro de poco, podrán tomar aire y sol afuera. Ya las puertas están hechas en las paredes de cada división, sólo falta (estamos en julio de 1937), poner la valla

exterior.

El primer piso, tan sólido aunque menos alto que la planta baja, sirve para conservar el alimento seleccionado para la cría racional de los animales.

Delante del edificio, sobre un armazón de ocho metros de altura, ha sido instalado un depósito en el cual el agua llega por medio de un motor eléctrico. Se han hecho canalizaciones debidamente impermeabilizadas, que conducen las deyecciones de los animales a una fosa desde donde son distribuidas por los campos para servir de abono.

Las cerdas a punto de parir son llevadas a las parideras, donde permanecen aisladas y tranquilas. Cuando los dos edificios estén terminados, Graus criará por lo menos 400 cerdos.

El empuje creador se revela también en la importancia dada a los animales de corral. Hemos dicho que se proyectaba organizar parques avícolas cerca de la granja número 1, pero no por eso está todo por hacer en esta especialidad. Tenemos para probarlo, la granja número 2.

Fue organizada desde el primer momento y responde a las indicaciones y a los experimentos más recientes. Se compone de dos partes: una, con cinco pabellones que tienen cada uno un piso; la otra, con un solo pabellón dividido en siete departamentos.

Hubo que empezar con los animales que se tenía a mano, pero pronto se procedió metódicamente a las clasificaciones necesarias. Aquí están las gallinas Leghorn, allá las catalanas del Prat, más allá las Rhode-Island, acullá las indefinidas. Hay centenares de ponedoras. Los huevos están reservados a los miembros de la colectividad, los cuales tienen casi todos su pequeño corral propio.

Hay también patos y gansos, para los cuales se está preparando otro parque más pequeño, con una charca. Luego, pavos, y al fin 60 conejos y conejas destinados a la reproducción.

Nos interesa sobre todo la cría de gallinas. En junio de 1937, 1.500 polluelos habían nacido ya y 890 se estaban formando en siete incubadoras artificiales, cinco de las cuales habían sido compradas en Cataluña, una regalada no recordamos por quién y la séptima fabricada en el mismo Graus.

La construcción de los gallineros, su orientación y posición, sus condiciones higiénicas son excelentes. Los polluelos están alimentados según las tablas más recientes de la zootecnia: aceite de hígado de bacalao, harina de carne, harina de leche, lo tienen todo.

Este año, casi todos los que son criados en las casas particulares mueren por no sabemos qué enfermedad. Pero la colectividad, al disponer de más recursos, protege mejor a

los animales y consigue mejores resultados.

Al regresar veo, en un local, molinos eléctricos destinados a triturar el grano y los huesos dados a las aves. Por todas partes, siempre, el mismo esfuerzo creador.

En la fábrica de corsés, unas 30 obreras trabajan cantando himnos revolucionarios, la gloria de Durruti, muerto en el frente, y coplas de la región. Los corsés han sido abandonados y se hacen camisas y calzoncillos para los milicianos. Las muchachas no están pagadas especialmente para venir a trabajar, ya que sus necesidades están cubiertas por el salario familiar. Sin embargo, vienen, en dos equipos, uno por la mañana, otro por la tarde, y no se esfuerzan menos en producir cuanto pueden.

Veamos ahora cuáles son las condiciones de existencia y en qué medida han sido mejoradas. En la Resolución de los trabajadores campesinos hemos visto que un matrimonio cobra seis pesetas por día, y una peseta más por persona, mayor o menor. Una familia de ocho personas cobra, pues, 12 pesetas, porque se aplica aquí la reducción proporcional que vemos en casi todas partes.

No se paga alquiler. Las tarifas del agua y del gas han sido reducidas en un 50%, las atenciones médicas y los productos farmacéuticos son gratuitos. No hay desocupación: muy al contrario, *y como ocurre en casi todas las colectividades*, si no en todas, el salario se cobra todos los días porque –nos

decía el más activo de los organizadores de Graus– «se come el domingo lo mismo que los otros días».

En cambio, el precio de los alimentos comprados al exterior y de la ropa también venida de afuera ha subido por término medio un 30%.

Si queremos hacer comparaciones, tomemos una familia media de cinco personas –cifra normal en España–, que consta del padre, la madre y tres hijos, o de dos hijos y uno de los abuelos. Tomemos también uno de los salarios más elevados: el de los mecánicos, de ocho pesetas diarias. Suponiendo que se trabaje siempre, tenemos 200 pesetas al mes. Con el salario familiar, el salario de estas cinco personas es ahora de 310,50 pesetas al mes.

Teniendo en cuenta el aumento de los precios que hemos mencionado, y deduciendo la cantidad correspondiente, este obrero gana 17,35 pesetas ahora más que antes. Pero antes debía pagar en alquiler, médico, farmacia y diferencia de tarifa del gas y del agua por lo menos 70 pesetas. Ya el salario sube. Sube también con el trocito de terreno que se ha dejado a cada familia para que cultive las hortalizas o críe los animales de corral que le plazcan; sube más aún con el alimento dado gratuitamente para esos animales. Y no digamos de cómo sube para los albañiles, los peones, los jornaleros de agricultura, que ganaban cuatro pesetas diarias cuando trabajaban.

En conjunto, y teniendo en cuenta que el salario familiar es pagado 365 días al año, el promedio de recursos de los trabajadores colectivistas de Graus ha doblado. Esto fue realizado en pocos meses, en plena guerra, al mismo tiempo que esas conquistas eran afianzadas con una sorprendente creación de nuevos recursos.

Los artículos son distribuidos en los distintos almacenes especializados. A este respecto, es difícil sugerir la visión de los establecimientos comunales que encontrábamos al ir por las calles de Graus. Todos tenían en la puerta de colores rojo y negro pintados en diagonal, con la denominación de su correspondiente clasificación. Y se podía leer: «Colectividad de Graus – Comunal N°. 1; Colectividad de Graus – Comunal N°. 2: Colectividad de Graus – Comunal N°. 3», etc.

Los talleres comunales eran señalados en la misma forma, según el trabajo que en ellos se hacía: «Colectividad de Graus – Taller de Alpargatería»; «Colectividad de Graus – Taller de Sastrería»; «Colectividad de Graus – Taller de Ebanistería», etc. Por doquier nos enaltecía esa especie de fraternidad activa proclamada en colores vivos.

El conjunto del mecanismo económico –producción, cambios, medios de transporte, distribución– está a cargo de 12 empleados en total, que llevan por separado los libros y los ficheros de cada actividad. Diariamente se registra, se documenta todo: reservas, adquisición y reparto de mercaderías, total de las cantidades recibidas y distribuidas,

superávit o déficit, por cada rama de la economía.

Pero la caja es común. La industria deficitaria, pero necesaria, es sostenida por la lucrativa. Por ejemplo, las peluquerías no ganan bastante para sostenerse, pero son indispensables. Por otra parte, el trabajo de los chóferes y de los licoristas procura excedentes. Estos excedentes sirven para compensar las pérdidas de las peluquerías, o comprar productos farmacéuticos, o ciertas máquinas para los campesinos.

La colectividad de Graus ofrece otras realizaciones. Sostiene 224 refugiados de la zona conquistada por los fascistas, de los cuales sólo trabajan unos 20; da a 25 familias, cuyos miembros no pueden trabajar, el salario familiar normal; tiene 145 hombres en el frente; ha llevado a cabo, además de la intensificación de la ganadería y de la agricultura, obras publicas de cierta importancia. Cinco kilómetros de carretera han sido alquitranados; un canal de siete kilómetros ha sido ensanchado 45 centímetros y profundizado 30, para aumentar el regadío y la fuerza motriz; otro ha sido alargado en 600 metros. Se ha construido un ancho camino para bajar a una fuente. Pero esto merece ser relatado por separado.

Esa fuente brotaba en una pequeña torrentera. Había, al lado, un terreno grande dividido en parcelas alquiladas por su dueño a labradores pobres. Este dueño prohibía que se bebiera agua de esa fuente porque era suya, y era necesario

pasar por un caminito a lo largo de su campo. Ni siquiera los campesinos a los cuales alquilaba su tierra podían, en los días más calurosos, ir a saciar su sed.

Pero como a pesar de todo había quienes se deslizaban a escondidas entre los zarzales y el matorral que bordeaba el camino, el amo hizo tapar la fuente con piedra y cemento.

La revolución permitió un desquite, expropiando al egoísta empedernido y decretando que todo el mundo podía ir a beber a la fuente. Además se decidió construir el hermoso camino que ahora baja suavemente, formando graciosa curva, hacia el agua cantarina; y desde el primero hasta el último día, el que se había conducido con tanto egoísmo fue obligado a trabajar con los demás en la construcción del ancho camino por el cual ahora se va a saborear el agua deliciosa.

Y encima del orificio donde brota el chorro cristalino, se puso una pequeña lámina de mármol donde ha sido grabada, en letras doradas, la inscripción siguiente: «Fuente de la Libertad – 19 de julio de 1936».

En la enseñanza, dos cosas merecen ser citadas: la creación de una escuela de bellas artes donde por la tarde acuden los alumnos de enseñanza elemental, y por la noche los muchachos que trabajan durante el día. A lo cual debe añadirse el aumento de los alumnos con los pequeños refugiados de las regiones dominadas por el fascismo.

Cuando estuvimos en Graus, 84 de estos niños estaban instalados en una hermosa propiedad situada a varios kilómetros del lugar. Dos maestros y tres maestras les daban clase debajo de frondosos árboles. En el pabellón principal, las habitaciones estaban llenas de camas de diverso estilo recogidas en las casas de los ricos, limpias y bien arregladas. Dos mujeres se ocupaban de los quehaceres domésticos y preparaban alimentos abundantes en una espaciosa cocina donde antes guisaba, durante dos o tres meses al año, la cocinera de algún gran propietario.

Era un lugar maravilloso, con un bosque que bajaba hasta el río Esera, un parque, una piscina, corrales, varias dependencias. Controlados por maestros inteligentes y un director que sabía jugar con ellos para mejor guiarles, los niños eran visiblemente felices.

Si las circunstancias son favorables, nuestros camaradas de Graus, los de la UGT y los de la CNT –siempre unidos– organizarán en la antigua propiedad una colonia, en la cual todos los alumnos del pueblo irán alternativamente a jugar, instruirse y vivir varios meses al año.

VII. FRAGA

A orillas del río Cinca, que baja de los Pirineos para desembocar en el Ebro, las antiquísimas casas de Fraga, apiñadas sobre una loma, nos hacen pensar en pobres ciegos que apoyados unos en otros, parecen estar a punto de desplomarse todos juntos. La tierra no es escasa, y los 8.000 habitantes de la ciudad deberían, si nos ceñimos a las solas y escuetas cifras, haber vivido holgadamente: la superficie territorial se extiende sobre 40.000 hectáreas. Pero, primer inconveniente, sólo 30.000 pueden ser cultivadas: lo demás es casi yermo, con la vegetación rala de la tierra esteparia. Luego, y sobre todo, topamos con la propiedad privada del suelo y todos sus abusos, con los robos históricos que, lo más a menudo, remontan a la época de la Reconquista: los privilegiados poseían 10.000 hectáreas de cotos de caza.

Sin embargo, y en principio, el antiguo derecho municipal

subsistía. Teóricamente, la Comuna era dueña de 35.000 hectáreas y sólo concedía para el cultivo de la tierra, la cría de ganado y la caza, el derecho de usufructo. Y como la cría de ganado constituía una fuente importante de ingresos, las tierras no cultivadas por aplicación del sistema de «año y vez» debían ser arrendadas automáticamente a los ganaderos cuyos rebaños, al mismo tiempo que se apacentaban, las enriquecían con un muy apreciado abono natural.

Pero los ricos violaban sin escrúpulos el derecho natural antiguo y aun siendo una pequeña minoría habían conseguido ser considerados propietarios, en la práctica, de esa parte de tierra teóricamente perteneciente al Municipio. Con todo, debemos reconocer que los fragatinos alcanzaban, antes de la revolución, un nivel de vida superior al de la mayoría de las localidades aragonesas.

Nuestro sindicato local de oficios varios, adherente a la CNT, había sido fundado en 1918. Fue disuelto en 1924 por el Gobierno del general Primo de Rivera. Entonces nuestros compañeros fundaron la Sociedad Cultural Aurora, que al mismo tiempo ponía los libros de su biblioteca a disposición del público y seguía propagando nuestras ideas. Así las cosas hasta el año 1931, fecha de proclamación de la República, en que se reconstituyó el sindicato.

Este fue a su vez cerrado por las nuevas autoridades. Hubo que reconstituir una Sociedad Cultural Aurora que, más

fuerte que su predecesora, logró edificar un local en el cual fundó una escuela racionalista.

Al triunfar las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936, se reorganizó por tercera vez el sindicato, que sin duda hubiera sido cerrado por cuarta vez de no haberse producido los acontecimientos que dieron lugar a la revolución.

Ya en los primeros días de agosto, es decir, dos semanas después del estallido de la guerra civil, la colectividad empezó a formarse. Pero, aunque nuestros camaradas fueran a la vez el fermento y los artesanos de lo emprendido, otros participaban de la empresa. El delegado de abastecimiento pertenecía al partido republicano de izquierda, cuyo líder, Manuel Azaña, era muy jacobino y nada socialista. Sus conceptos amplios, su inteligencia, su perfecto castellano realzaban gratamente nuestra conversación. Cuando le pregunté si en el supuesto de nuestra victoria antifranquista él obedecería a su partido abandonando a la colectividad o si adoptaría una actitud opuesta, nos contestó con voz varonil donde se percibía la tonada aragonesa: «No puedo decirle lo que haría entonces, pero puedo decirle que, por el momento, estoy con esto».

Y nos mostró, casi con un entusiasmo que compartíamos, las fichas y los registros que correspondían a la parte administrativa a su cargo, insistiendo sobre la comunidad de intereses de las diversas secciones y actividades, comunidad que es la gran ley general de las colectividades.

Fue sin duda la tradición comunal lo que inspiró a Fraga su estructura organizacional donde el Municipio desempeña tan considerable papel. El Concejo local es el continuador del Comité Revolucionario que funcionó desde las primeras semanas que siguieron al 19 de julio. El tiene a su cargo la dirección de toda la vida social, según las especializaciones que se repiten generalmente: agricultura, ganado, industria, distribución y reparto, higiene, sanidad y beneficencia, obras públicas, enseñanza. Cada una de ellas es atendida por un consejero. Todos los consejeros son nombrados por los trabajadores interesados, excepto el del abastecimiento y de la distribución, que es nombrado por una asamblea de representantes de todas las actividades locales, porque se trata de problemas que interesan al conjunto de los habitantes, colectivistas y no colectivistas.

Pero al mismo tiempo que forma parte de este conjunto coordinado, cada actividad tiene su organización propia, según sus tareas, sus actividades y sus gustos. Así, la colectividad de los labradores y de los pastores, que engloba 700 familias –la mitad de la población agrícola– está dividida en 51 grupos, 20 de los cuales practican el cultivo intensivo de la tierra (es cuestión de suministro de agua) y 31 el cultivo extensivo en el que domina la producción de cereales.

Cada grupo elige un responsable, y los responsables se reúnen cada sábado para decidir de las faenas que deben cumplirse. El consejero municipal de agricultura toma parte en las reuniones generales de esta importante sección, para

armonizar la actividad de los labradores, de los pastores y de los campesinos individualistas.

En el período de nuestras visitas se atendía a 6.000 ovejas de reproducción, 4.000 corderos, 150 vacas, 600 cabras y 2.000 cerdos. Casi todo ese ganado pertenecía anteriormente a grandes propietarios que empleaban a los pastores hoy unidos en comunidad. Ahora, estos pastores realizan el mismo trabajo en beneficio de toda la población.

Cada rebaño es atendido por dos o tres especialistas, uno de los cuales es nombrado responsable por sus compañeros. Los responsables se reúnen cada sábado con el consejero de agricultura, examinándose cuáles son los lugares de apacentamiento más indicados, las medidas correspondientes a la producción, el intercambio con las ciudades, el cuidado de los establos, los problemas de la matanza, etc.

De modo que todos los trabajos son realizados en forma racional. Tierras, praderas y regadío son utilizados con el necesario método. Y los resultados son evidentes. Se sacrifica a los animales cuando están verdaderamente a punto para ello, en tanto que en épocas anteriores los criadores pobres les vendían en cualquier momento para procurarse dinero; no se ve ya a 50 carneros en una tierra que daba pasto para 200, o a 100 animales disputándose una hierba que sólo podía alimentar a 40.⁵⁶ Las ovejas, que

56 Ya la Colectividad de Fraga practicaba el sistema de los «pastos

anteriormente se vendían aun en la época en que habrían debido guardarse para la reproducción, ahora son reservadas el tiempo necesario, con el mismo objeto se conserva un número debidamente establecido de vacas y cerdas. Porquerizas colectivas, establos y cuadras para el ganado mular han sido construidas *fuera de Fraga* (como se ha hecho generalmente en los pueblos colectivizados).

Y ahora, el aumento de ganado, favorecido por la desaparición de las 10.000 hectáreas de cotos de caza, es un hecho evidente.

Este aumento sería mayor de no tenerse que abastecer sin indemnización, en el frente, a las tropas sostenidas casi integralmente por las colectividades aragonesas. Pero si la colectividad municipalista de Fraga puede desarrollarse según su capacidad, se calcula que en conjunto el ganado habrá doblado dentro de dos años y que su calidad habrá mejorado notablemente.

Veamos ahora las actividades no agrícolas. Los otros oficios constituyen un sindicato general que cuenta con 950 adherentes y abarca 30 secciones. Aparte la de los pastores, estas secciones no son importantes, y en muchos casos no podemos realmente hablar de industrias: tres aserradores,

alternados», aplicado en el valle del Inn, en Austria. Este sistema consistía en dividir las superficies donde se apacentaba en partes iguales los animales, que al mismo tiempo que pacían, dejaban abono, dando tiempo a que la hierba creciera cuando el ganado volvía semanas después.

tres herreros, 32 albañiles, nueve yeseros, 28 sastres, 28 costureras...

En las relaciones entre productores y consumidores, quien, por ejemplo, necesita un traje se dirige al delegado de los sastres; quien quiere hacer reparar su casa se dirige al delegado de los albañiles; para hacer herrar su caballo, el individuo se dirige al delegado responsable de los herreros o de los forjadores. Las tarifas son estables, establecidas conjuntamente por el delegado general del trabajo, el perito del Concejo municipal en la industria, los representantes de las secciones productoras y varios consumidores. Se tiene en cuenta el costo de la materia prima, los gastos generales y los medios de vida de los colectivistas. En cuanto a las tarifas, he notado los precios siguientes relativos a la ebanistería: una cama de madera para dos personas cuesta 130 pesetas; para una persona, 70 pesetas; un armario bar espejo, 270 pesetas; de tres puertas, sin espejo, 250 pesetas; una mesa de comedor común, 50 pesetas; con tablas suplementarias, 70 pesetas; una mesa de cocina, con cajones, 25 pesetas; sin cajones, 20 pesetas; una camita para niño, 40 pesetas. La calidad de la materia prima es especificada por escrito.

El comprador paga al delegado, quien entrega el dinero al consejero de trabajo. El control del pago es efectuado por medio de un carnet cuyas hojas son divididas en dos recibos y un talonario. Un recibo es entregado al comprador, otro al consejero. El talón permanece en poder del responsable de la colectividad productora.

Como ocurre en todas las colectividades, las diferentes secciones no son, en cuanto a contabilidad, autónomas o independientes. Constituyen una especie de federación y se ayudan mutuamente gracias al mecanismo general. Aquí también los albañiles que no tienen trabajo van a ayudar a los labradores, y lo contrario se produce en caso de necesidad. Y todos los sueldos establecidos por el Concejo comunal son iguales y se pagan en moneda local.

Un productor colectivista que vive solo, cobra 40 pesetas por semana; un matrimonio percibe 45 pesetas y así hasta un tope de 70 pesetas para una familia compuesta por 10 personas, siempre en base a la consideración de que cuanto más numerosa es una familia, menor es el costo de la vida por individuo. Si en una familia hay dos productores, el salario familiar, siempre semanal, es ligeramente más elevado, desde 50 pesetas por tres personas hasta 85 por 10 personas. Las mujeres que trabajan cobran una misma retribución que los hombres, sin la menor diferencia.

Para romper completamente con el pasado, no se emplea la palabra «salario», sino la de «crédito».

Los individualistas (700 familias, cuyo número empieza a disminuir) siembran, cultivan, crían animales para su consumo. Pero por iniciativa de la colectividad, sus actividades se adaptan al trabajo de conjunto. El delegado o consejero de agricultura asiste a sus reuniones y fraternalmente les guía sobre lo que conviene sembrar,

plantar, suprimir o perfeccionar. Es él también quien compra sus productos de acuerdo a una tasa establecida por el sindicato al que adhieren también los individualistas que lo desean, pero al que no pertenecen todos los colectivistas: sistema que veremos practicado en el Levante y que da mucha soltura y flexibilidad a las relaciones entre individuos e instituciones.

Lo que antecede muestra que también la distribución ha sido socializada; y lo ha sido integralmente, de modo que los productores individualistas son colectivistas en cuanto a este aspecto de la vida social. El consejero de abastos es el encargado de los intercambios con Cataluña, Levante y otras partes de Aragón. En posesión de los datos sobre las reservas de trigo, de las cantidades de carne, de lana, de pieles que podrán ser suministradas en tal o cual momento, él es quien propone a su debido tiempo esos intercambios acorde a los precios establecidos. Y también aplicando una modalidad que empieza a generalizarse, procede a estos mismos intercambios por intermedio del Consejo de Aragón, que está en manos de los libertarios, y puede procurarse en grandes cantidades lo que las regiones agrarias piden ante todo a las regiones industriales, que disponen en exceso de máquinas, abonos químicos, bencina, camiones, tejidos, productos de ultramar, etc.

En cuanto al signo monetario, se había comenzado a aplicar un sistema de bonos. Pero lo que da buenos resultados en un lugar no resulta siempre en otros. No hubo

abusos en Calanda, en Mora de Rubielos, Andorra y otros pueblos. Pero me dicen mis compañeros sí los hubo en Fraga.⁵⁷ Se apeló entonces a la moneda local. Casi simultáneamente se racionó el consumo de los productos que más escaseaban: economía de guerra, también imperiosa porque Fraga se encuentra en la carretera de Zaragoza, que va al frente de Aragón. Y gracias al racionamiento se evitan desequilibrios peligrosos. Cada familia tiene una libreta en la cual figuran las cantidades de productos a las que tiene derecho según las disponibilidades.

Bajo el control del consejero al abastecimiento, todos los productos de consumo local son distribuidos en los almacenes comunales, también aquí llamados cooperativas. El comercio privado ha desaparecido; existe un almacén general para el pan, tres almacenes generales para los productos de ultramar, así como también tres para la carne en general, tres para la carne de cerdo y salchichería. Los otros artículos son distribuidos de la misma manera, en proporción al volumen disponible y la demanda.

La carne es llevada directamente desde los mataderos a las carnicerías. Los responsables de la distribución deben dar cuenta exacta en lo referente a las ventas, según el peso de la carne por ellos recibida. Del ganadero al consumidor, el proceso es perfectamente coordinado.

57 No pude informarme en qué consistieron, pero naturalmente debió ser por exceso de consumos por la práctica de la «toma del montón».

El trigo, tanto el cosechado por los individualistas como por los colectivistas, es guardado en el almacén reservado a los cereales. Luego, según las necesidades del consumo, es distribuido a los molinos comunales que distribuyen la harina a los 11 hornos desde donde salen las doradas hogazas.

El Concejo comunal aplica un sistema de crédito cuya práctica no hemos visto en ninguna otra parte. Cuando un colectivista o un pequeño propietario necesita dinero para una compra importante, hace su demanda a la hacienda local. Se calcula entonces, en base a una apreciación hecha por dos delegados colectivistas y dos individualistas, el valor de lo que –en el plazo propuesto para el reembolso– el solicitante podrá obtener con su trabajo, teniéndose en cuenta las dificultades naturales siempre previsibles. Se examinan también los gastos medios correspondientes a tres meses, y de acuerdo a este cómputo de datos, es abierta una cuenta corriente, naturalmente sin interés.

Esta práctica da mayor soltura a la vida material de los colectivistas. Pero cuando de éstos se trata, la colectividad profesional a la que pertenecen es solidariamente responsable y garantiza el reembolso. Si se producen dificultades imprevistas, se acuerda un nuevo plazo al interesado. Hasta ahora el sistema ha funcionado satisfactoriamente.

Sería sorprendente que la organización sanitaria hubiera

sido descuidada. En los establecimientos públicos, en sus consultorios, o a domicilio, dos médicos de los tres aquí residentes han aceptado ejercer su profesión de acuerdo con el municipio. Así las actividades médicas están colectivizadas casi por completo. El hospital ha adquirido mayor importancia: antes contenía 20 camas, ahora, después de los trabajos consiguientes, contiene 100. El dispensario, que estaba en construcción, ha sido rápidamente terminado, y sirve para los cuidados urgentes y la pequeña cirugía. Las dos farmacias también han entrado en el nuevo sistema.

Todo esto es completado o acompañado por un aumento intenso de la higiene pública. Hemos dicho que los establos y las cuadras han sido reorganizados fuera de Fraga, donde una vaquería, especialmente construida, abriga ahora a 90 vacas. Y –cosa que no había podido realizarse hasta el presente– el hospital dispone de agua corriente, que dentro de muy poco estará también a disposición de todos los habitantes.

Todas estas realizaciones forman parte del programa de obras públicas según el cual las carreteras han sido mejoradas y se les han plantado árboles en un largo trecho. Gracias a la superioridad de la organización general colectiva se dispone ahora de trabajadores especializados en esta clase de trabajos, por haberse vuelto innecesarios los trabajos que ayer ejercían. Jamás el municipio a estilo tradicional hubiera podido hacer frente a tales gastos.

Las ventajas de la economía socializada aparecen en muchos otros casos. La escasez de agua y los problemas nacidos de su utilización han provocado en España la formación de numerosas «comunidades de regantes», constituidas para utilizar equitativamente el líquido, tan escaso en tantas partes del país. Los problemas, los litigios causados por la difícil distribución han dado lugar, en Valencia, a la organización del famoso «Tribunal de las Aguas», que se reúne todos los jueves para resolver, sin intervención de las autoridades ni de la justicia oficial, los casos que le son expuestos.

Pero tales litigios desaparecen cuando los hombres no necesitan oponerse unos a otros para subsistir, o cuando no les domina la voluntad de enriquecerse a cualquier precio.

En la región de Fraga, la nueva organización de la vida ha provocado la disolución de 15 «comunidades de regantes», que cubrían la jurisdicción de cinco pueblos. La moral de la solidaridad ha causado este milagro. La práctica tradicional ha sido sustituida por una administración colectivista única, que coordina la distribución del agua, y que ahora se proyecta para canalizar y utilizar mejor el agua, particularmente la del río Cinca, obras que los pueblos no podrían realizar por separado.

Como en las otras partes colectivizadas, la solidaridad se ha extendido ilimitadamente. Noventa familias cuyos miembros, por razones diversas –enfermedad, fallecimiento

del hombre, etc.– estaban condenadas a la miseria en una sociedad individualista, reciben el «crédito» establecido para todos. Las familias de los milicianos son sostenidas en la misma forma. Y una última realización ha venido a completar esta práctica del apoyo mutuo.

Había en Fraga –venidos de pueblos más pequeños y más pobres– ancianos, hombres y mujeres abandonados por todos, testimonio doloroso de una sociedad en la que la desgracia constituye un elemento permanente. Para éstos se ha organizado la Casa de los Ancianos. El día de mi visita sumaban 32 hombres y mujeres, de rostro arrugado, manos sarmentosas, cuerpo doblado por la edad y por el desgaste de una vida penosa. Con todo, el ambiente era cordial, amistoso; me senté en el comedor para conversar mejor con ellos, mientras en la chimenea un fuego de leña chisporroteaba alegremente.

Tres mujeres les atendían, dos de las cuales eran antiguas monjas. Después de haber visitado los pequeños dormitorios visiblemente bien cuidados, hablé con los huéspedes tan maltratados por el destino. Eran escépticos en cuanto al porvenir. Quien ha conocido la desgracia largo tiempo no puede creer en la prolongación de una mejora, incluso si ésta es relativa, y ellos opinaban que todo se perdería un día, sea por el triunfo de los fascistas, sea por el del Gobierno republicano, y en mi fuero interno comprendía su escepticismo. Pero debía procurar infundirles confianza, y me esforcé por alentar su esperanza. Entre otras cosas, les

pregunté si estaban satisfechos del trato que recibían. Y uno de los hombres me resumió la opinión de todos con la concisión tan aragonesa que recomendaba Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno»; «No podemos quejarnos ni por el comer, ni por el beber, ni por el dormir, ni por el afecto».

¿Qué más decir?

VIII. BINÉFAR

Por su espíritu creador y su dinamismo, Binéfar era probablemente el centro más importante de colectivización de la provincia de Huesca. La capacidad de sus militantes había hecho que fuera erigida en cabeza de una comarca de 32 pueblos. Ya hemos mencionado que fue en Binéfar donde había tenido lugar la primera reunión de delegados de colectividades en que se decidió la convocación del Congreso de Caspe.

De los 32 pueblos, 28 estaban casi integralmente colectivizados; Esplús lo estaba por completo, lo mismo que los 500 habitantes de Balcarca y 1.500 sobre 2.000 de Alcampel y Peralta de la Sal, y 491 sobre 500 de Algayón. En Binéfar, 700 familias sobre 800 habían ingresado en la sociedad nueva.

La décima parte de los 5.000 habitantes trabajaba en pequeñas industrias que tanto para la localidad como para la comarca producían harina, vestidos varios, calzado, fundición, pequeñas piezas de mecánica, o reparaban aperos agrícolas. Pero no por ser débil la proporción de los trabajadores industriales lo era el movimiento social.

El Sindicato de Oficios Varios fue fundado en 1917. Conoció las peripecias que hemos visto en otras partes: persecuciones, cierres prolongados, condenas y deportación de militantes. Con todo, durante los dos primeros años de la República, el número de adherentes alcanzó la cifra de 600 sobre un total de 800. La mayor parte eran jornaleros campesinos cuyo nivel de vida era poco envidiable. La desigualdad social explica esta situación.

Pues sobre 2.000 hectáreas de tierra cultivable, la gran propiedad poseía 1.200. El resto estaba dividido en pequeñas parcelas. Casi todas las familias poseían una, pero un centenar solamente obtenía bastantes productos como para vivir. El mayor número de hombres y mujeres debían trabajar la tierra de los ricos.

Nuestras fuerzas estaban aún desarticuladas por una represión reciente cuando –a mediados de julio– el peligro fascista apareció inminente. Las autoridades locales pertenecían al Frente Popular, donde los comunistas eran ínfima minoría. No querían al fascismo, pero como casi todos los demócratas, eran incapaces de luchar para impedir su

triunfo. Afortunadamente, los militantes de la CNT y de la FAI tomaron, como otras veces, la iniciativa de la resistencia. Y a propuesta suya fue constituido el día 18 de julio un comité revolucionario donde eran mayoría, y que llegaron a integrar dos miembros del Frente Popular.

La Guardia Civil no se atrevió a entablar inmediatamente el combate. Junto con los elementos fascistas y los principales reaccionarios del lugar, se atrincheró en sus cuarteles. Pero el día 20 de julio, después de inútiles negociaciones, los antifranquistas tomaron el cuartel por asalto, y después de una inevitable tragedia, nuestros compañeros partieron hacia otros pueblos para hacer frente a los atacantes.

Lo cual no impidió que se tomaran, en Binéfar, medidas necesarias para asegurar la vida de todos. Las mieses se desecaban en los campos de los grandes propietarios que habían huido a Huesca. El Comité Revolucionario se incautó de las máquinas segadoras y trilladoras. Los asalariados que habían trabajado la tierra por cuenta de los ricos decidieron seguir trabajándola por cuenta de todos. Los grupos de productores se constituyeron como en otras partes; también como en otras partes fueron nombrados delegados de grupos, que al principio se reunían todas las noches para coordinar sus esfuerzos, llegando luego a reunirse semanalmente cuando los trabajos estaban debidamente encaminados.

Una vez guardada la cosecha y socializada la tierra, se

socializaron las industrias. Después de ellas le llegó el turno al comercio. La colectivización empezaba y se extendía en casi toda la comarca. Este estado de cosas y de los espíritus explica por qué fue en Binéfar donde el 15 de septiembre tuvo lugar un congreso regional de los miembros de la CNT y de la UGT. Los delegados de la CNT eran 500; los de la UGT, 12. Se acordó por unanimidad continuar la colectivización, y, como hemos mencionado anteriormente, celebrar en Caspe un congreso constitutivo de la Federación Aragonesa de Colectividades.

En ese mismo mes de septiembre se constituyó orgánica y oficialmente la Colectividad de Binéfar. He aquí el Reglamento adoptado por la asamblea general de todos los habitantes que fueron convocados al efecto; lo reproducimos tal como fue redactado:

DESENVOLVIMIENTO DE LA COLECTIVIDAD DE BINÉFAR (HUASCA)

Desenvolvimiento del trabajo.

1°. El trabajo se desarrollará por grupos de diez personas, y se nombrará un delegado por cada grupo. Este delegado tendrá la misión de ordenar el trabajo con la armonía de todos, quedando autorizado para aplicar las sanciones que en las asambleas se acuerden.

2°. Estos delegados estarán obligados a presentar parte

diario de su trabajo desarrollado, a la Comisión de Agricultura.

3°. El horario del trabajo será determinado por las circunstancias.

4°. En asamblea general se nombrará un Comité Central que estará compuesto de un miembro de cada ramo y mensualmente se dará cuenta del consumo de la producción, así como de las gestiones hechas con el interior y con el exterior. Esta asamblea nombrará también una comisión técnica o asesora para el mejor desenvolvimiento de la misma.

5°. Todos los miembros llamados a regir los destinos de la colectividad serán nombrados en asamblea general de colectivistas.

6°. A todo individuo que entre en la colectividad se le dará un inventario de sus bienes que aporte a ella.

7°. Todos los miembros de la colectividad tendrán los mismos derechos y los mismos deberes, y no podrá obligárseles a que entren dentro de determinada central sindical, siempre y cuando acaten plenamente los acuerdos por los que la colectividad se rija.

8°. De los fondos que queden en la colectividad no podrá hacerse ningún reparto, pasando a ser únicamente patrimonio de la colectividad para ser disfrutados todos

en común, de forma que la alimentación queda por ahora racionada, y teniendo la precaución de dejar un remanente para un mal año agrícola.

9°. Cuando las circunstancias lo exijan, tal como la realización de faenas del campo urgentes y demás, la colectividad podrá optar para hacer trabajar a aquellas compañeras que tenga por conveniente en dichas faenas propias de las mujeres, y deberá llevar un control riguroso para que éstas, en la medida de sus fuerzas, se sumen a la producción que les concierna.

10°. Para los efectos de dar entrada al trabajo a los jóvenes, se tendrá en cuenta que éstos deben entrar a trabajar a los quince años. En aquellas faenas mayores, a los dieciséis años.

11°. Para los efectos de administración de la colectividad y cambio de comisión administradora, las asambleas determinarán lo que hay que hacer.

Todo lo que precede se refiere especialmente a los problemas del trabajo y de la organización del trabajo, de la producción y de la organización de la producción.

Pero se tomaron también acuerdos sobre el problema del consumo, es decir, del reparto, de los derechos individuales de existencia y de la forma en que podían ser satisfechos estos derechos. Todo lo cual está especificado en otros

acuerdos tan importantes como los primeros y a los cuales se dio por título:

ESTRUCTURACIÓN DE LA VIDA DE LA COMUNIDAD DE BINÉFAR

Esta comunidad está formada por casi todo el pueblo, donde se trabaja tanto en la tierra, como en tejidos, fundición, etc. En el asunto de la agricultura –la que más rendimiento ha de dar en su día a la nueva vida de la comunidad– van todos los compañeros controlados por un delegado de tajo por cada sección, o partida, con el fin de que pueda llevarse toda la obra de trabajo controlado por los mismos delegados, y éstos al final de cada día y reunidos en la sección de Agricultura cambian impresiones entre sí y ven en la forma que más conviene seguir llevando el trabajo con el solo fin de ver con el menor esfuerzo sacarle a la tierra el mayor rendimiento posible.

Las demás profesiones tienen también su delegado, el cual lleva las altas y bajas en el trabajo, así como en la producción que en cada taller se hace, siendo también de su incumbencia llevar un registro de entradas y salidas con su correspondiente libro de mercaderías. Todos estos delegados tienen para poder hacer operaciones de alguna cuantía, el visto bueno de la junta administrativa, la cual está compuesta por cuatro compañeros competentes de los pertenecientes a la comunidad, los

cuales, y una vez expuestas las razones del delegado peticionario, van a la aprobación si conviene, o denegación de lo solicitado por el compañero delegado, si no ven la conveniencia para toda la comunidad.

En el asunto económico, la comunidad tiene un departamento designado Administración Comunal donde van centralizadas todas las operaciones de la comunidad, el pago de los comunizados, y así también la facilidad de proveer a los individualistas (pequeños propietarios) de los artículos que ellos necesitan, y que aun por mediación de sus productos no pueden traerse de otras partes por las dificultades con que se encuentran. A éstos se les da una libreta en la cual se les anota todos los productos que traen a la comunidad, y con el valor de su importe pueden abastecerse en la cooperativa única así como en las demás industrias con que esta comunidad cuenta.

Todos estos delegados son compañeros responsables y elegidos por los demás compañeros, en asamblea general, teniendo la confianza de todos los comunizados.

Con arreglo al número de familias se da el importe semanal que es el siguiente:

Un individuo solo y sin familia en la localidad cobra 24 pesetas semanales. Un matrimonio cobra por semana 30, con un hijo menor de diez años, 33. Una familia

compuesta por tres personas mayores y dos pequeños cobra 45 pesetas semanales, siempre que de los tres mayores no produzca más que uno. Además tienen el pan en libre consumo, así también el aceite, farmacia y médico gratis, teniendo en cuenta que no paga vivienda, y que los géneros⁵⁸ hasta la fecha y aunque en algunos a la comunidad cuestan con un tanto por ciento mayor, a los comunizados se les vende casi en las mismas condiciones que antes de la sublevación.

Los sueldos anteriormente señalados son pagados en bonos, moneda de la comunidad, no teniendo por tanto ningún comunizado que añorar el dinero (fracción pesetas), ya que con los bonos puede atender a todas las necesidades de sus familiares.

A pesar del desagrado que pueden causar en la lectura ciertas repeticiones, las hemos creído útiles para que quien se interese pueda cerciorarse mejor de la estructura y del funcionamiento de una colectividad agraria. Y falta mucho por decir, pues aquí sólo se nos han dado las líneas generales. Como lo constataremos, la obra constructiva se extiende a la enseñanza, a la sanidad, a todos los servicios públicos.

58 Se trata sin duda de los géneros de punto y artículos similares. Su precio había aumentado a consecuencia de las «colectivizaciones» no sindicales de Barcelona, particularmente en la industria textil, y a las cuales nos referimos en nuestro primer capítulo sobre la organización industrial.

Por otra parte, el sindicato es insuficiente, pues no abarca sino una fracción de la población: la de los productores, que son minoría (y también sería insuficiente si fueran mayoría); en cuanto al Municipio, pertenece a otra época. La colectividad es el órgano más típico de la revolución campesina española y que engloba los aspectos de la vida social.

Porque ya no se trata de luchar contra el patrono, de conquistar reformas, de mejorar las condiciones de trabajo en el régimen del asalariado: este régimen ha desaparecido. Se trata de asegurar la producción, de sustituir a los organizadores tradicionales. Es preciso dirigir la economía según las necesidades locales directas y las del intercambio. Producción y disfrute de los bienes, trabajo y reparto se condicionan recíprocamente. Y el modo de reparto, así como los conceptos *morales* que le guían, dirigen y determinan la orientación del trabajo. Todo es solidario. Las secciones de producción son los rodajes de un vasto mecanismo integrado al servicio de la población entera: hombres, jóvenes o viejos, válidos o inválidos, mujeres que trabajan o no, niños, enfermos, etc.

Este espíritu de solidaridad se encuentra igualmente en las relaciones entre las diferentes partes del mecanismo de conjunto. Ha desaparecido el espíritu corporativista, lo mismo que las rivalidades de oficios o de especialización de trabajo. La colectividad es un conglomerado *humano* y fraterno. Industria y agricultura constituyen una caja común,

las secciones de productores practican el apoyo mutuo. Administrativamente una comisión especial compuesta por un presidente –que coordina las actividades–, un tesorero, un secretario y dos vocales, es encargada de comprobar la contabilidad general, procediendo de tal modo que llevan separadamente las cuentas de cada sección especializada, como hemos visto en Graus. Además, dos camaradas están en contacto permanente con los delegados de los grupos y son los encargados de comprobar el trabajo y sus resultados.

Las secciones profesionales (metalúrgicos, albañiles, labradores, etc.) se reúnen separadamente para estudiar sus problemas, decidir qué trabajos deben llevarse a cabo, qué actividades emprenden, qué modificaciones introducir en los planes elaborados. Por otra parte, y en caso de necesidad, la comisión administrativa los convoca, o convoca a sus delegados para examinar lo que corresponda.

Binéfar ha aplicado las normas generalmente adoptadas sin acuerdos previos, como una realización espontánea de carácter casi biológico.⁵⁹ Los pequeños talleres han sido centralizados en grandes unidades mejor organizadas. Sólo

59 Con todo, fue preciso una preparación mental, psicológica, una especie de impregnación libertaria para organizar las cosas, construir una nueva estructura de la sociedad con tal rapidez y, nos atrevemos a decirlo, tal tino, tal seguridad. Cuando se ve el tiempo, los tanteos que a veces han durado siglos para hallar una estabilidad relativa y tan imperfecta (véase la Edad Media), causa admiración la seguridad con que estos campesinos han ido a la realización de su ideal. Esto no hubiera sido posible sin una previa y larga práctica, particularmente en los sindicatos.

existe ahora *una* fábrica para la confección de los vestidos masculinos, *un* amplio taller para la fabricación de calzado. En cuanto a la agricultura, las superficies sembradas de trigo han sido aumentadas en un 30%, sin reducir los otros cultivos, y en toda la comarca se habría cosechado 70.000 toneladas de remolacha azucarera en lugar de las 40.000 de otros años si el tiempo hubiera sido propicio.

Ante las enseñanzas de la experiencia se han modificado, al cabo de algunos meses, la constitución de los grupos agrícolas y la organización de su trabajo. El territorio ha sido dividido en siete zonas, cada una constituyendo una unidad, con sus almacenes, talleres, etc., y un centenar de trabajadores.

Por otra parte, y según la ley de solidaridad, siempre presente, se apela, cuando la situación lo requiere, a los trabajadores industriales, e incluso a los empleados, sin que estos últimos puedan negarse, según resolución tomada en asamblea, para ayudar a los trabajadores de la tierra. Durante la cosecha de julio de 1937, los mismos sastres participaron en el esfuerzo común.

Para estos casos de movilización, se han confeccionado listas según las calles de Binéfar, con estipulación de las mujeres casadas y de las solteras. Sólo en casos excepcionales se apela a las primeras –que generalmente tienen hijos–. Normalmente, las solteras son convocadas por medio del pregonero, que va, de calle en plaza, a leer la lista

de las que son requeridas, por turno.

Visiblemente, este trabajo no es pesado. En pleno verano, para sembrar las remolachas, los grupos de muchachas se reunían tempranito por la mañana, y partían cantando.

El delegado de cada grupo o sección industrial toma nota diariamente, en el grupo de productores colectivistas, de la asistencia al trabajo. Las infracciones, si las hubiera, serían pronto descubiertas.

Existen almacenes comunales para el reparto: uno para el vino, otro para el pan, otro para el aceite, otro para los productos de ultramar, otro para los productos de mercería y los tejidos. Agreguemos tres lecherías comunales, tres carnicerías, un almacén de ferretería, uno de muebles en el cual se centraliza la producción de los talleres.

Como centro comarcal escogido por su situación y sus medios de comunicación (debemos agregar el dinamismo, nada despreciable, de sus militantes), Binéfar coordina y centraliza los intercambios entre los 32 pueblos de la comarca. Entre el mes de octubre y el de diciembre de 1936 hubo un intercambio con las colectividades de Cataluña y Aragón del orden de los cinco millones de pesetas oro. El valor del azúcar almacenado se elevaba a 800.000 pesetas, el del aceite a 700.000 pesetas, sin contar los productos menos importantes. El teléfono y la electricidad habían sido instalados en todos los pueblos, sin preocuparse si se

beneficiaban o no los individualistas.

Sin embargo, lo que antecede no refleja la realidad en forma suficiente, pues existían aspectos negativos causados por la situación. A menudo faltaba la carne en Binéfar, y a veces hasta faltaban patatas. Pues tropezamos aquí, una vez más, con los inconvenientes de la guerra. En el frente de Aragón, las milicias olvidadas –voluntariamente– por el Gobierno carecían de abastecimiento, lo mismo que de armas y municiones. Binéfar daba lo que podía, lo que poseía. Durante meses ha enviado al frente, semanalmente, 30 y 40 toneladas de víveres. La comarca entera dio, en una sola vez, 340 toneladas de alimentos para Madrid. En un solo día fue entregado aceite a tres columnas de milicianos –la columna Ascaso, la columna Durruti, la columna Ortiz– por valor de 36.000 pesetas oro.

He aquí, a este respecto, una anécdota característica:

En julio de 1937 asistíamos a un pleno al que habían acudido delegados de todos los pueblos de la comarca. Se planteó un problema grave. Estábamos en vísperas de la cosecha, y se carecía de sacos, de cuerda para atarlos, de bencina para el transporte y de algunos otros elementos propios de tales trabajos, todo lo cual debía ser comprado por la federación comarcal y distribuido a los pueblos de acuerdo a sus necesidades; esto representaba un valor de varias decenas de millares de pesetas. Para procurarse esta cantidad era preciso vender o intercambiar aceite y diversos

productos comestibles, de que se privaría a los milicianos.

Pues bien: nadie, absolutamente nadie, propuso hacerlo. Por unanimidad, sin la menor discusión, la asamblea declaró que debía encontrarse otra solución. Se acabó por decidir el envío de una delegación al Gobierno de Valencia, misión destinada al fracaso porque a todas luces la mayoría ministerial especulaba sobre el sabotaje de las tropas de Aragón para empujar a los milicianos a saquear las colectividades.

Entonces el autor de este libro envió a *Solidaridad Obrera*, nuestro diario de Barcelona, un llamamiento dirigido a los milicianos explicándoles la situación, recordándoles el esfuerzo solidario de las colectividades. El llamamiento fue escuchado, los milicianos enviaron dinero, y así se salvó la cosecha.

Estos hechos explican la escasez de ciertos productos que un periodista puede registrar al pasar por Binéfar. Sobre todo si se tiene en cuenta que 500 milicianos son hospedados en permanencia.

La práctica de la solidaridad ofrece otros aspectos. Binéfar ha desarrollado la asistencia sanitaria. Uno de los médicos, instalado desde algún tiempo, se ha pronunciado por la CNT, y en un congreso regional ha decidido a la mayoría de sus colegas aragoneses a imitarle. Luego se ha puesto, sin esperar, al servicio de la población. Y se ha completado la

asistencia médica, y el suministro gratuito de medicamentos, construyendo, fuera de la localidad, en un lugar que ofrece las condiciones más favorables, un pequeño hospital gracias al aporte en materiales y en dinero de todas las colectividades de la comarca.

A principios de abril de 1937, unas 40 camas estaban ya instaladas. Un excelente cirujano catalán había acudido para ayudar al iniciador. En Barcelona fueron adquiridos numerosos aparatos. En pocos meses se poseían instrumentos de cirugía, obstetricia y traumatología en cantidad suficiente para empezar. Un servicio de rayos ultravioleta permitía cuidar a los niños débiles. Se organizó un laboratorio para análisis, una sección especialmente construida para la medicina general, otra para las enfermedades venéreas –el frente estaba cerca–, una sección para profilaxis y otra para ginecología.

Hasta entonces, el nacimiento de los niños había sido confiado a las unidades de parteras casi siempre improvisadas, sin medios técnicos para los casos difíciles; y por otra parte, los campesinos ignoraban la higiene. El cirujano catalán empezó por hacer, cerca de sus compañeros instalados en los otros pueblos, una campaña para que las mujeres a punto de dar a luz fueran enviadas al hospital, donde serían mejor cuidadas, lo mismo que el niño, al que no le faltaría el control médico.

Ha sido organizado un servicio de consultas y diariamente

acuden a él enfermos para ser atendidos.

Aparte, una minoría del 5%, los pequeños propietarios que tenían una existencia llevadera antes de la revolución, han mantenido su modo de vida. En toda la comarca se les respeta, a condición de que no conserven más tierra de la que pueden cultivar. En la libreta especial que les ha facilitado la sección de intercambios figura el Debe y el Haber, la cantidad y el valor de los productos entregados y recibidos. Lo cual permite conocer exactamente cuáles son sus posibilidades económicas. Por lo demás, no pueden consumir más de lo que está asignado para todos; no se trata aquí de una medida compulsiva especial, puesto que tienen derecho a tomar parte en las asambleas donde el racionamiento ha sido establecido. Señalemos que se les acuerda, en Binéfar como en casi todas partes, el derecho de utilizar el material técnico de trabajo de la colectividad.

Entre las obras de saneamiento que han sido realizadas figuran las cuadras colectivas, siempre establecidas fuera de la población, y la desecación de una barranca pantanosa que se extendía sobre unas 20 hectáreas. Esta barranca pertenecía a gran número de pequeños propietarios, cada uno de los cuales poseía una parcela; pero la falta de recursos monetarios y técnicos les impedía emprender los trabajos requeridos para ponerla en cultivo. La colectividad ha drenado, desecado, nivelado; y ahora los rendimientos sobrepasan los obtenidos anteriormente en las tierras cultivadas.

Sin embargo, reconozcamos que la perfecta conciencia no se encuentra siempre en todos los que componen la población colectivizada. También puede toparse de cuando en cuando con las imperfecciones humanas y con el hábito del egoísmo, fruto de siglos de lucha por la vida.

Recordamos una discusión que tuvimos ocasión de escuchar, precisamente en Binéfar, mientras escribíamos y pasábamos en limpio nuestras notas. Era en una casa donde al lado de la habitación en que nos hallábamos el compañero encargado de ocuparse de los problemas de alojamiento discutía con una mujer de unos cincuenta años. Esta pedía un domicilio nuevo. Para justificar su pedido, aducía sus razones:

- Mi nuera se ha vuelto imposible, no puedo entenderme con ella.

El compañero, un mozo joven llamado Turmo, genio de león y alma de niño, se debatía con voz tonante contra la solicitante, que, muy ladina, conservaba su calma.

- Mujer, no tenemos casas, ¿y cómo has podido vivir con ella hasta ahora?

- Es que ella ha cambiado, ahora se ha hecho insoportable.

No obteniendo nada, la mujer acabó por retirarse refunfuñando. Me acerqué entonces y pregunté a Turmo por

qué no satisfacía aquel pedido. Me explicó que siendo la proporción de los salarios más elevada por individuo, entonces, en casos en que el número de personas es reducido, ciertas familias querían desdoblarse a fin de cobrar más, incluso siendo el cálculo falso. Empero no se tenían bastantes casas o pisos, y se tardaría mucho antes de comenzar a construir, pues faltaba mucha mano de obra, movilizada para la guerra.

Es un caso de poca monta. Hay otros; los organizadores de las colectividades deben zanjarlos bien con serenidad y buen humor, y es imposible no experimentar un sentimiento de admiración para estos hombres abnegados que, constructores esforzados, han hecho las cosas con tanta rapidez y tanto acierto. Porque en Binéfar, como en el conjunto de las colectividades aragonesas, ningún rodaje de la organización general ha fallado, ni en los talleres, ni en el sistema de distribución, ni en los trabajos agrícolas. Muchas veces he recorrido el camino que va de Tamarite a este pueblo. Un día, con un médico llegado también de Barcelona, íbamos en coche –que no era de lujo– por la carretera que unía los dos pueblos a lo largo de trigales, viñedos, olivares, donde las huertas y los vergeles alternaban con las mieses doradas. Yo mostraba a mi compañero recién llegado todos esos frutos del trabajo humano, diciéndole con orgullo: «Estos kilómetros de plantaciones, de cultivos, donde nada ha sido descuidado, pertenecen a la colectividad, son de la colectividad». Dos días después le

mostraba, en Esplús, donde le había acompañado para la organización de su trabajo, otras plantaciones: de patatas, de alfalfa, de cereales. Y a lo largo de la carretera iba repitiendo con fervor: «Es de la colectividad, todo esto pertenece a la colectividad, ¡todo lo ha hecho la colectividad!» Pues sentía como si fuera un milagro esa primera creación de la revolución.

IX. MAS DE LAS MATAS Y SU COMARCA

Al norte de la provincia de Teruel, Mas de las Matas, que cuenta con 2.300 habitantes, es el centro de una comarca compuesta por 19 pueblos. Los más importantes son Agua Viva, Mirambel (con 1.400 habitantes), La Ginebrosa (con 1.300). A principios de mayo de 1937 sólo seis poblaciones estaban socializadas integralmente; cuatro lo estaban casi por completo; cinco, a medias. Tres localidades se organizaban, y la última vacilaba aún.⁶⁰

En esta comarca, la pequeña propiedad estaba muy difundida, lo que no favorecía la formación de sindicatos obreros y explica por qué las ideas anarquistas habían arraigado desde principios de siglo, a pesar de que la zona

⁶⁰ Los progresos eran tan rápidos que en el pleno celebrado en Caspe, a fines de mayo, se podían dar por colectivizados casi integralmente los diecinueve pueblos de la comarca.

agraria era relativamente rica gracias al regadío, mientras en parte de los otros pueblos privados de agua la vida era generalmente miserable. Las agrupaciones libertarias de Mas de las Matas actuaron casi sin interrupción y encontramos la última generación de sus componentes al frente de la organización colectiva del pueblo.

Con relación al conjunto de las poblaciones, la situación económica de nuestros compañeros era, sin embargo, la de privilegiados. Pero su revolución tenía, ante todo, un carácter moral, pues ponían a la justicia por encima de sus intereses personales. Son anarquistas cultos, modestos y sencillos. Su personalidad se revela a lo largo de la conversación, y en la obra que, modesta como ellos mismos, pero sólida, están realizando.

Bajo la Monarquía predominaban aquí las tendencias liberales. La República provocó algunos cambios, pero desencantó a la mayoría de la población, que se inclinó hacia la izquierda revolucionaria. Así fue cómo en el año 1932 apareció el primer sindicato de tendencia libertaria adherido a la CNT, y cómo, al año siguiente –en una intentona malograda–, fue proclamado el comunismo libertario. La Guardia Civil acabó en menos de dos días con este primer ensayo, y el sindicato fue clausurado hasta la víspera de las elecciones de febrero de 1936, lo cual no impidió que el ataque franquista no pudiera producirse en el mes de julio siguiente.

No hubo lucha, y no quedando fascismo, ni república, nuestros compañeros propusieron crear la Colectividad Agraria de Mas de las Matas. La iniciativa fue aceptada por unanimidad en una asamblea de carácter sindical. Pero no todos los propietarios estaban en el sindicato. Había que proceder con ellos en forma especial. Así se hizo, estableciéndose una lista de adhesiones voluntarias que, en quince días, reunió a 200 familias. Durante nuestra visita, este número se había elevado a 550 sobre las 600 que componían la totalidad. Los disconformes pertenecían a la UGT y practicaban la explotación individual.

La misma norma es observada en toda la comarca. Se puede adherir a la colectividad, o seguir trabajando individualmente el suelo que se posee. Las diferentes gradaciones de socialización realizadas en los distintos pueblos prueban que esta libertad es efectiva.

En ninguno de los pueblos de la comarca hay reglamentos ni estatutos de colectividades. Políticamente se aplica un concepto anarquista integral. Cada mes, la asamblea general de los colectivistas señala a la Comisión las normas a seguir. Nada de la rigidez de los códigos, sino la flexibilidad de la vida, y los acuerdos concretos sobre problemas también concretos.

No debe deducirse de esta característica que todo sea caótico. Nuestro recuerdo de Mas de las Matas nos hace evocar automáticamente la feliz Arcadia de la que hablaron

los poetas. Todo era tranquilo, feliz, en el andar de las gentes, en el aspecto de las mujeres sentadas en la acera, tejiendo y conversando plácidamente delante de sus casas. Era lógico suponer que debajo de esta tranquilidad existía una buena organización de la vida. Analicémosla.

Se han constituido 32 grupos de trabajo, más o menos importantes, según las especializaciones agrícolas y las dimensiones de los campos más o menos limitados por el capricho de los montes. Cada grupo tiene a su cargo una zona de regadío y otra de seco. Se reparte así, equitativamente, lo agradable y lo menos agradable.

El regadío permite a los habitantes de Mas de las Matas obtener hortalizas y frutas. Menos afortunados, los otros pueblos no consiguen más que cereales, sobre todo trigo, y aceitunas. En cuanto al trabajo, está en todas las colectividades, en grupos con sus delegados; en la cumbre – si puede emplearse esta palabra – está la comisión administrativa. Y como los delegados de Mas de las Matas se reúnen semanalmente para decidir las labores por realizar, lo mismo hacen los delegados en los otros pueblos.

Todas las colectividades de la comarca coordinan de este modo sus esfuerzos.

En Mas de las Matas no fue posible aumentar la superficie cultivada. Las tierras de regadío lo estaban ya por completo. Pero parte de las tierras de seco, que hasta ahora habían

sido destinadas para pastos, pueden ser utilizadas para la producción de cereales, quedando en las montañas bastantes prados naturales para el ganado; sin embargo, no se puede sembrar trigo, avena o maíz después de una primera roturación, y sólo procede ahora preparar las tierras para el año próximo. Treinta hectáreas han sido ya puestas en condiciones para estos fines.

Estos esfuerzos se intensificarán tan pronto los milicianos vuelvan del frente, y es de temer, me dicen mis compañeros, que dentro de dos años surja una grave dificultad: la de colocar el excedente de trigo. Pero... es difícil contrarrestar su entusiasmo, igual al que encuentro en todas partes.

Más fácil era intensificar la cría de ganado. El número de cabezas de carneros y ovejas aumentó en un 25%. El número de cerdas de reproducción ha pasado de 30 a 61; las vacas de leche, que eran 18, suman ahora 24 y son albergadas en un gran establo construido por la colectividad con cabida para 26. El número de cerdos es también mucho más elevado que antes, pero habiendo faltado tiempo para construir una porqueriza de grandes dimensiones, se compraron animales jóvenes en cantidad, distribuyéndolos a la población a razón de uno o dos por familia. Cuando se produzca la matanza, la carne será repartida y salada según las necesidades de cada hogar.

Empero la producción no está limitada a la agricultura y la ganadería. En este centro comarcal, lo mismo que en todos

los centros más o menos importantes, se han desarrollado actividades diversas: albañilería, alpargatería, carnicería, sastrería, peluquería, panadería, etc. Cada una constituye una sección de la colectividad general y trabaja para todos.

Si una sección necesita arreglar o procurarse ciertas herramientas, se dirige por intermedio de su delegado a la comisión administrativa, que le entrega un vale para el delegado de los herreros donde se expone el trabajo requerido. El pedido es al mismo tiempo registrado en el libro de la sección metalurgia. Si una familia necesita muebles, se dirige también a la sección administrativa, que le entrega un vale para el delegado de los ebanistas. Sin este vale, que es al mismo tiempo una autorización, y un control del trabajo, éste no sería efectuado. Tal es la forma en que se registran las actividades de cada grupo de trabajo y los gastos de cada familia.

No se emplea el dinero ni la moneda local en ninguno de los pueblos de la comarca. Así se explica sin duda que la socialización del comercio haya sido uno de los primeros pasos. Pero no fue absoluta. Hemos encontrado dos tenderos obstinados, como velas que se apagan, en su aislamiento. Los almacenes comunales sustituyen en conjunto al antiguo modo de reparto.

Veamos más detalladamente la estructura de un pueblo colectivizado. Resulta difícil dar por escrito una impresión suficiente de este amplio movimiento, que completa la

socialización agraria. En Mas de las Matas como en cada uno de los centenares de pueblos organizados colectivamente, la vista se posa sobre letreros donde sobre los colores generalmente rojo y negro y enmarcado con las iniciales CNT–FAI, se leen inscripciones como las que citamos al acaso de nuestros recuerdos: *Almacén Comunal, Carnicería Comunal, Guarnicionería Colectiva, Carpintería Colectiva, Panadería Comunal, Sastrería Colectiva, Herrería Comunal, Fábrica Colectiva de Galletas*, etcétera.

Aquí tenemos el *Almacén comunal de alimentación y de ferretería, de máquinas y otros objetos*. Allí, el *Depósito comarcal de abonos químicos, de cemento y otro almacén*, muy bien abastecido, *de tejidos y vestimenta*. En la tienda de un antiguo fascista, cacique del pueblo, que ha desaparecido, se distribuyen ropas a los habitantes del lugar y a las colectividades de la comarca. He aquí la sección de abastecimiento en la cual se entrega a los individualistas los vales que solicitan, y donde se registra en un fichero el consumo de ropas hecho por cada familia.

En esta destilería se extrae alcohol y el ácido tartárico de orujo suministrado por varios pueblos, que constituyen conjuntamente la Comisión Administrativa de la fábrica. Esta comisión se reúne también periódicamente. Entramos en esta fábrica, y nos enseñan las nuevas instalaciones hechas para aumentar la fabricación de alcohol de noventa y seis grados, necesario para la medicina en los frentes.

En la sastrería, obreros y obreras cortan y cosen trajes para los camaradas de todas las colectividades de la comarca. Listos para la confección, los cortes están clasificados en los estantes. Cada uno tiene una etiqueta en la cual se ha anotado el nombre y las medidas correspondientes del interesado.

Las mujeres van a buscar la carne en un hermoso establecimiento revestido de mármol y de mosaico. El pan, que se cocinaba en casa, sin comodidad, dos veces por semana, es ahora amasado diariamente en las dos panaderías colectivas.

En el café, cada uno puede tomar dos tazas de malta, dos refrescos o dos gaseosas por día.

Visitemos las afueras del pueblo. Encontraremos los viveros donde dos millones de plantas hortícolas están preparadas esmeradamente por una familia que antes ganaba mucho dinero con esta producción comercializada, y que entró desde el principio en la colectividad. Las plantas serán trasplantadas en la huerta local o de otros pueblos.

En este taller de costura se confecciona ropa de mujer. Además las muchachas vienen de otros pueblos a aprender para más tarde coser su ropa y la de sus hijos.

Un letrero nos llama la atención. Leemos en él: «Librería Popular». Es una biblioteca pública en cuyos anaqueles están

guardados seis, ocho, diez de los ejemplares de cada uno de los libros de sociología, de literatura, de divulgación científica que se cree útil poner al alcance de todos, incluso de los individualistas. En otros anaqueles, pero en número más crecido, se encuentran libros para niños, obras de texto de todas clases: historia, geografía, geometría, aritmética, gramática, libros de cuentos y narraciones, novelas, cuadernos y admirables colecciones de dibujos cuyos modelos están perfectamente graduados de acuerdo a las normas más recientes.

En esta colectividad general, cada sección trabaja para las otras; los esfuerzos se aúnan, el espíritu de solidaridad preside a todas las empresas. Sin embargo, se procura no matar la iniciativa individual, que por lo demás puede existir con fines que no sean la explotación ajena.⁶¹ Esto atentaría demasiado contra el temperamento español en el que la voluntad personal y un profundo sentimiento del deber se amalgaman. Se ha dejado, pues, a cada familia un trozo de tierra en el que cada cual cultiva lo que prefiere. Medida que permite el libre consumo de hortalizas. Los otros alimentos son distribuidos según las reservas disponibles. Hombres, mujeres y niños reciben la misma cantidad estipulada por las asambleas de la colectividad y pueden, siempre en la medida

61 Los apologistas del interés personal para estimular la inventiva no saben que también esa inventiva puede ser suscitada por el deseo de servir a los demás, a la comunidad humana. Muchos inventos, en técnica particularmente, han tenido por resorte íntimo estos fines donde la sed de lucro no figuraba.

permitida por las dificultades económicas que España atraviesa, cambiar libremente un alimento por otro. El racionamiento no es, por tanto, un reglamento estricto que obligue a tomar una cosa o a dejarla, sin compensación.

La proporción del consumo –alimento, vestido, calzado, etc.– estaba, en los primeros meses, señalada en una tarjeta familiar, pero después se acordó utilizar la libreta estándar adoptada por el Congreso de Caspe y editada por la Federación Regional de Colectividades.

Se limita también el suministro de vestimenta, de máquinas y otros bienes adquiridos en Cataluña. Pues aunque se tengan bastantes mercaderías para intercambiar, es preciso mantener el esfuerzo para sostener el frente. Lo cual no implica que se haya suprimido por completo la distribución de ropa. Para procurársela, los colectivistas reciben ciertos recursos, generalmente superiores a los anteriormente acostumbrados. Tomemos por ejemplo una familia compuesta de padre, madre, un hijo de seis a catorce años y otro menor de seis años. La cantidad que le es atribuida, en valor moneda, es de 215 pesetas: 75 para cada uno de los padres, 40 para el hijo mayor y 25 para el menor. ¿Cuántas familias campesinas de España pudieron gastar hasta el presente esta cantidad anual para la vestimenta? Y no se olvide que estos cálculos de base no impiden que se emplee la cantidad asignada según las preferencias de cada hogar.

El médico y el farmacéutico forman también parte de la colectividad, estando sus actividades al servicio de todos. Viven en las mismas condiciones que los demás, pero disponen de recursos especiales para poder continuar estudiando, adquiriendo publicaciones, revistas, libros, materiales de trabajo.

Además de la Biblioteca Pública, que presta libros a domicilio, existen la del Sindicato y la de las Juventudes Libertarias. La escuela es obligatoria hasta los catorce años. En un grupo de «masías» construidas en la montaña, ha sido instalada una escuela para 40 niños que hasta ahora no podían ir a clase. En Mas de las Matas, dos clases han sido habilitadas para recibir cada una 50 niños menores de siete años cuya educación preescolar ha sido confiada a dos muchachas que habían cursado antes, en no sabemos qué ciudad, estudios superiores. Esta innovación tiene también por objetivo libertar durante varias horas del día tanto a los hijos de las madres como a las madres de los hijos.

Los espectáculos públicos son gratuitos tanto para los colectivistas como para los individualistas.

Aun cuando el Concejo municipal haya sido reconstituido por orden expresa del Gobierno, en realidad la colectividad es el alma del pueblo.

El mismo sindicato se ha convertido en un organismo casi inútil; en todo caso, ha sido desplazado por completo. En la

estructura de la comarca predomina el nuevo organismo. Veamos ahora cuál es su funcionamiento general.

El comité comarcal que reside en Mas de las Matas fue nombrado por una asamblea de delegados de todas las colectividades. Tiene por misión coordinar los esfuerzos en la producción, organizar el trabajo a escala general cuando sea necesario, mantener las relaciones con las otras comarcas o regiones, dirigir los intercambios.

Según las normas establecidas en todo Aragón, ninguna colectividad puede comerciar por su cuenta; se procura así evitar la competencia inmoral y la centralización de las adquisiciones de productos que van a buscarse lejos, a las mismas fábricas, en mejores condiciones de calidad y precio. Esto permite al mismo tiempo intensificar las relaciones económicas con Cataluña y Levante.

Cada colectividad agraria comunica al comité comarcal la lista y la cantidad de productos excedentes de que dispone; cada una pide, al mismo tiempo, lo que necesita y tiene, en Mas de las Matas, un estado de cuentas donde se anota el doble movimiento de productos y bienes.

El comité central sabe exactamente cuáles son las reservas de aceite, vino, trigo y carne de los pueblos. Si uno de ellos no tiene bastante vino y lo pide, el comité se dirige al pueblo que puede procurárselo. Si otro quiere aceite, se le pone en contacto con el pueblo que está en condiciones de satisfacer

a su demanda. En cambio, los pueblos que han pedido tales o cuales productos darán otros cuya equivalencia es calculada en pesetas, según los precios del momento. Por otra parte, si el pueblo que ha suministrado aceite no necesita el vino que se le ofrece, pide al comité otros artículos que éste le entrega, haciendo venir el vino a Mas de las Matas, donde lo mantiene en reserva, para cambiarlo más tarde, sea en la comarca, sea fuera de ella. En suma, el comité comarcal es el regulador de la distribución entre los pueblos.

Este sistema general de compensación se aplica sin la menor dificultad. El único inconveniente podría residir en las reminiscencias del espíritu capitalista y propietario según el cual un pueblo que atraviesa dificultades graves por circunstancias ajenas a su voluntad, deberá atravesar un período difícil más o menos largo. En ningún modo. Acaba de producirse un caso que ha puesto a prueba el sistema. Las posibilidades económicas de Seno y de La Ginebrosa fueron, este año, anuladas por una tormenta de granizo. Todo o casi todo fue arrasado. En régimen capitalista esto habría significado miseria y hambre, con emigración de los hombres a la ciudad. En un régimen donde la economía estricta dominase sobre la solidaridad, las deudas y los empréstitos contraídos para hacer frente a la situación les habrían condenado durante años. En nuestro régimen de solidaridad libertaria, la dificultad se soluciona con la ayuda mutua, el aporte, el esfuerzo fraterno de todos. Todos los elementos

necesarios para poder de nuevo sembrar, plantar y cosechar, y para vivir mientras vinieran los nuevos frutos de la tierra, han permitido resolver el problema sin hipotecas ruinosas que habrían comprometido el porvenir.

Esta revolución moral merecería ser analizada más detenidamente, porque el mundo nuevo que se ha creado y que se sigue creando ha dado nacimiento a un espíritu que exalta los sentimientos más nobles que pueda albergar el corazón del hombre. Recordamos al respecto una anécdota que nos ocurrió precisamente en Mas de las Matas. Habíamos ido, un poco fuera de lugar, a visitar una piscina que los muchachos y las muchachas estaban construyendo en una hondonada, en uno de cuyos lados se erguía una casa particular y en el otro una elevación casi a pique del terreno. Abajo, se afanaban alegremente nuestros constructores, manejando el pico y la pala. Enfrente, en la parte alta que nos dominaba, existía un camino que no podíamos ver desde el lugar donde nos hallábamos, pero que adivinamos cuando vimos venir por él tres hombres, tres labradores calzando alpargatas, con la azada al hombro, andando con paso firme, sonrientes y seguros. Ellos también nos vieron, vieron a los muchachos de abajo y, siempre andando, levantaron la mano en signo amistoso saludándonos con voz fuerte, vibrante, por la convicción que parecía salir de su pecho: «¡Salud, compañeros!» Contestamos: «¡Salud, compañeros!», y lo mismo hicieron las voces juveniles de abajo. Esas dos palabras expresaban que todos éramos

hermanos, que la confianza más plena existía entre nosotros, en cada uno de los hombres con relación a la sociedad, a sus semejantes; que había desaparecido lo que antaño oponía unos a otros, que no existían ya rivalidades, antagonismos, temor, hipocresía, envidia, engaños, malas artes. Que todos éramos verdaderamente hermanos... La pluma no puede expresar la vibrante sonoridad de esas seis sílabas: «¡sa-lud com-pa-ñe-ros!», tan llenas de un contenido nuevo, intenso, cálido, que resuenan siempre en mis oídos, con el fervor que guiaba a los constructores del mundo nuevo.

X. BALLOBAR

Las luchas sociales y las inquietudes sociales de Ballobar se remontan a muchos años. Bajo la Monarquía, la tendencia liberal triunfaba siempre. El republicanismo apareció hacia 1907. Durante ese año el pueblo, de acuerdo con los jefes locales de la oposición política, comenzó a construir un centro republicano –inaugurado cuatro años más tarde–, y que es hoy la sede del ateneo libertario. Pero, entre tanto, cierto cambio se había operado en la posición de muchos trabajadores.

La Semana Trágica de Barcelona, a raíz de la cual fue fusilado Ferrer, demostró que las tendencias revolucionarias de los republicanos eran mucho menos enérgicas en la calle que en la tribuna. Un grupo se desprendió, encaminándose hacia la izquierda. Llegó hasta el anarquismo. La propaganda de nuestras ideas empezó teniendo por resultado principal

la fundación de un sindicato que adhirió, en 1917, a la Confederación Nacional del Trabajo.

La represión que invadió a España mientras el general Martínez Anido dominaba en Barcelona llegó a Ballobar, y clausuró el sindicato cuatro años después de su fundación. Buen número de los militantes debieron huir y vivir en Francia o en otras partes durante varios años. Los trabajadores pudieron agruparse de nuevo en 1931. Acababa de ser proclamada la República. Los desheredados tenían alguna esperanza en la realidad de las libertades otorgadas por el nuevo régimen. Quedaron amargamente decepcionados. En ese mismo año, el sindicato fue nuevamente clausurado. Sólo pudo ser reabierto cuando el fascismo por un lado y la revolución por otro acabaron virtualmente con la República.

Pero los anarquistas que seguían en la población habían proseguido más o menos clandestinamente su propaganda. Como en tantos pueblos aragoneses que se encontraron en la misma situación, crearon un ateneo cultural donde se leía sobre todo libros revolucionarios. Este ateneo fue también transformado en un organismo de combate, en un sindicato disfrazado con 310 adherentes anotados en su registro y que contribuían regularmente.

El espíritu rebelde de Ballobar no se limitaba a esas actividades. La miseria reinaba en el conjunto de la población. La mitad de la tierra y de mejor calidad pertenecía

al conde Plácido de la Cierva y Nuevo, que había estafado a la municipalidad. Según sus privilegios históricos, el conde tenía derecho de pasto sobre las tierras comunales, pero mediante la falsificación de los documentos y oportunas dádivas, llegó a ser su dueño absoluto. Unos 40 propietarios poseían la cuarta parte de la superficie; cierto número poseía de 15 a 20 hectáreas. Frente a este grupo, las tres cuartas partes del pueblo no poseían la octava parte del suelo.

La mayoría de la población debía trabajar por cuenta de los ricos, o como arrendatarios en pequeñas parcelas alquiladas por el conde. Esta situación no podía prolongarse indefinidamente; los desheredados más decididos se adueñaron de las tierras usurpadas, que en conjunto sólo habían sido utilizadas hasta entonces para pastoreo del ganado. Se empezó la labranza. La Guardia Civil intervino, como siempre, pero el pueblo apeló a los tribunales de Zaragoza, acusando al ladrón aristocrático de haber falsificado las escrituras que le daban el derecho de propiedad. Los jueces dieron razón al pueblo, pero el Tribunal Supremo de Madrid dio razón a Plácido de la Cierva, que conservó las tierras.

Sin embargo, no pudo explotarlas en provecho propio. El pueblo seguía trabajándolas, se compraban rebaños, se trabajaba en común, se cosechaba. Todo lo cual engendrabaluchas terribles. La Guardia Civil recogía los rebaños y los conducía al pueblo, detenía en masa a los hombres y a las mujeres que se obstinaban en vivir; familias enteras fueron

encarceladas hasta 50 veces en la prisión de Huesca o en la de Fraga. Los campesinos se empeñaron, y en el año 1927, el conde, vencido, vendió sus tierras al Estado, que a su vez las vendió a los campesinos con facilidades de pago, pero, faltos de recursos, éstos no pagaron, y la revolución les sorprendió en conflicto judicial con la autoridad gubernamental.

El 19 de julio se terminó con el pleito. Se empezó por recoger, bajo la responsabilidad del Comité Antifascista, las cosechas de los grandes propietarios. Luego se inició la adhesión voluntaria a la colectividad naciente. Sobre 435 familias, el grupo iniciador comprendió rápidamente 180. En mayo de 1937 sólo quedaban 55 individualistas, pero casi todos querían volver a la colectividad de la que, por demasiado irresolutos, se habían separado. Permanecieron fuera porque se resolvió no readmitirlos en el plazo de un año.

Estos individualistas arrepentidos no están disconformes con la obra de nuestros camaradas. Incluso aportan su ayuda voluntaria al trabajo común, y entregan sin dificultad a los almacenes municipales los productos de su tierra, pues no pretenden venderlos por su cuenta. Pero desconfían de la victoria final.

Como la de Mas de las Matas, la colectividad no tiene tampoco estatutos ni reglamento. Todos están de acuerdo con lo fundamental: trabajar en común, gozar en común de

los productos del trabajo, apoyarse tanto como sea necesario para la felicidad de todos y de cada uno. Todas las resoluciones que se refieren a la vida social son tomadas en asambleas celebradas cada semana, sea en la plaza del pueblo, sea en el ateneo libertario. Los individualistas tienen derecho a participar en ellas tanto como los colectivistas. El pueblo entero señala las normas que deben seguirse, en todos los órdenes, porque la colectividad se ocupa de muchos problemas que normalmente desbordan el marco de sus actividades y entran en el del Municipio. Esto ocurre especialmente cuando hace falta suministrar aportes de los que el municipio carece, porque nadie le paga impuestos para el cumplimiento de sus funciones, mientras la colectividad saca naturalmente de sus recursos propios lo necesario.

Durante los primeros meses, el Comité Revolucionario se encargó de la administración en general. Pero cuando fue impartida por el Gobierno la orden de constituir el Concejo municipal, esta orden fue obedecida y el Comité Revolucionario disuelto. Estando separadas las funciones municipales y las funciones colectivistas, fue nombrada una comisión administrativa de la colectividad. Esta comisión se componía de 11 miembros: un delegado, de los sastres, otro de los carpinteros, otro de los metalúrgicos, otro de los criadores de ganado, dos encargados del control de las máquinas, dos de los aperos de labranza, dos para el reparto de las tierras de secano y de regadío y, por fin, un secretario.

Menos este último, todos trabajan en sus respectivas ocupaciones profesionales; nombrados en una asamblea general, podían ser destituidos en cualquier momento.

Siete grupos de trabajadores especializados cultivan la huerta. Cada uno ha nombrado un delegado responsable. El número de grupos que cultivan la tierra de secano es inestable, como las características de su labor. Siempre en mayo de 1937, se elevaba a 14 el número de los que atendían los olivares y los viñedos, y preparaban la tierra para futuras siembras de cereales. Había además un grupo encargado de regar, de cortar la alfalfa y el pasto, trabajos menos duros que eran confiados a hombres menos robustos o de cierta edad.

Todas las noches, después de haber terminado su trabajo manual, los miembros de la Comisión Administrativa se reúnen para examinar y coordinar la marcha del trabajo y los distintos problemas, pequeños y grandes, de la vida colectiva. Los delegados de los grupos acuden a esas reuniones para pedir mayor número de trabajadores, elementos técnicos de trabajo, animales de tiro, etc., y la Comisión decide entonces el traslado de los elementos requeridos de acuerdo a las necesidades generales de la economía conducida según un plan general.

Las mujeres ayudan a las faenas del campo en los casos más apremiantes. Se les encarga de las tareas menos penosas. La superficie cultivada no ha variado, pues como

todos los otros pueblos, Ballobar paga su tributo humano a la guerra. Pero no faltan mejoras en los métodos de trabajo, y si llueve bastante –estamos en Aragón– la producción de secano aumentará en forma apreciable. En el terreno de regadío el aumento es indudable. Los métodos de trabajo han sido perfeccionados. Antes, la tierra se trabajaba mal. Ciertos propietarios tenían más de lo que podían abarcar y no queriendo o no pudiendo cultivarla toda obtenían un rendimiento inferior al que se podía obtener. Por el contrario, otros no tenían bastante, y perdían parte de su tiempo y de sus energías sufriendo en silencio y envidiando a sus vecinos.

Ahora, la energía humana, animal y mecánica es utilizada en forma racional. Todo está cultivado con igual cuidado. La tierra producirá sin excepción alguna todo cuanto debía producir. Si la superficie cultivada no ha variado, en cambio el rendimiento por hectárea sea superior. También la producción global.

En la ganadería se criaba sobre todo carneros. Los grandes propietarios llegaban a tener mil cabezas cada uno. Desde que se habían adueñado de las tierras del conde de la Cierva, los pequeños campesinos tenían cada uno cuatro o seis cabezas. Ahora, las 7.500 cabezas de ganado lanar de la colectividad están distribuidas en rebaños de 300 a 400, cada uno de los cuales es entregado a dos pastores, y todos están repartidos ordenadamente en la montaña.

Se socializó el comercio tres meses después de haber empezado la revolución. Hubo que hacerlo por fuerza. El precio de las subsistencias y otros artículos subía continuamente, la especulación amenazaba. Todas las mercaderías fueron recogidas y almacenadas en un establecimiento municipal dividido en tres secciones: comestibles, tejidos, aceite y vino. El aceite, el vino, el azúcar y la carne están racionados. Todo lo demás se consume libremente, de acuerdo a la conciencia de cada uno. La lectura de las libretas de consumo, en las cuales figura la vestimenta, demuestra que hasta ahora la conciencia no ha sido una ilusión. Las mercaderías consumidas por una pareja del 14 al 28 de abril suman exactamente 11.75 pesetas, incluyendo el azúcar. Cada familia obtiene hortalizas para su consumo, en un trozo de tierra regada que cultiva los domingos y en el cual siembra y planta lo que prefiere.

Los gastos de cada uno y el valor de lo que entrega, si se trata de individualistas, son registrados. La falta de graneros bastante amplios para contener el trigo cosechado hace que cada familia guarde una parte y lo dé a medida que el consejero de abastecimiento lo pide para el consumo local o para el intercambio.

Esta práctica del balance no supone un equilibrio forzoso, entre la producción de ayer y el consumo de hoy. Todos los habitantes tienen la misma posibilidad de consumir dentro de los mismos límites. Las familias que no tenían tierra y nada pudieron aportar gozan del mismo derecho que los

demás a pedir y recibir productos, según lo que permitan las reservas generales.

Todos los esfuerzos han sido concentrados en la agricultura. La construcción de casas ha sido aplazada hasta el fin de la guerra, pero por ahora cinco albañiles se dedican a arreglar las existentes. Antes, para reparar una vivienda, construir una pared, o una habitación suplementaria, era preciso pasar por un aparato burocrático complicado, hacer gastos de papel sellado y esperar semanas o meses la autorización oficial. La colectividad obra con mayor rapidez. Manda simplemente a sus albañiles allí donde el trabajo es necesario. Administración directa. Desaparecieron las trabas oficiales que, por lo demás, ya no se justifican, pues nadie tiene interés en construir con materiales de mala calidad, nadie es indiferente a la estética del pueblo.

Los obreros que trabajan en las otras industrias locales han sido agrupados como los albañiles. Los carpinteros forman un solo grupo, los metalúrgicos también. Antes, cada uno trabajaba por su cuenta, disputando los clientes a su competidor, haciendo a mano lo que podía hacerse con máquina, produciendo dos o tres veces menos de lo que ahora produce.

El médico y el farmacéutico no quisieron ingresar en la colectividad. Adhieren a la Unión General de Trabajadores, y contrariamente a los médicos de Fraga (dos de los tres), de Binéfar, de Alcolea de Cinca, de Mas de las Matas, obedecen

a las palabras de orden de su organización sindical que sabotea la socialización en nombre del socialismo. A pesar de todo, reciben cuanto necesitan para vivir, y si fueran solidarios con el pueblo obtendrían todos los elementos de cultura y trabajo necesarios para sus actividades. Su actitud perjudica a la medicina y a los enfermos.

Los campesinos anarquistas de Ballobar comprenden, tanto como los de todo el Aragón colectivizado, el valor de la cultura. Han instalado bibliotecas públicas y se han ocupado del problema de las escuelas. Antes había un maestro y tres maestras oficiales; hoy sólo queda una maestra. Los demás se encontraban viajando (era época de vacaciones cuando empezó la guerra civil) y han quedado en el territorio ocupado por los fascistas. Dos maestros fueron contratados en Barcelona, y reciben cuanto necesitan para procurarse el material pedagógico preciso. Un auxiliar elegido entre los jóvenes más instruidos del lugar trabaja con ellos, y todos los niños en edad escolar sin excepción acuden a la escuela hasta los catorce años.

Cumpliendo una resolución tomada en asamblea, la colectividad va incluso más lejos. Ha encargado a los maestros seleccionar los cuatro alumnos más inteligentes y mejor preparados para enviarles a Caspe, donde cursarán estudios secundarios. Naturalmente, los gastos corren por su cuenta.

En una situación tan preñada de dificultades y

complicaciones, existen factores favorables y otros desfavorables con relación a los fines perseguidos. Uno de los factores adversos es la construcción de fortificaciones en diferentes zonas. El Estado paga a los trabajadores empleados diez pesetas moneda nacional al día. Los individuos más egoístas fueron atraídos, pues no afirmaremos que la interpretación del interés personal se haya modificado en todos los individuos sin excepción. Pero muy a menudo las colectividades, aunque necesitaran dinero para comprar en las ciudades tejidos, máquinas, animales de tiro, cerdos de cría (en Cataluña), se negaron a enviar hombres a las fortificaciones, o mandaron lo menos posible.

Con todo, cuando no hay más remedio que hacer concesiones para que la propia conciencia no pueda reprochar no haber participado en la construcción de medios de defensa contra las amenazas de invasión, deciden casi siempre que el dinero cobrado sea entregado a la caja común. Veinticinco hombres de Ballobar fueron designados para ir a trabajar a las fortificaciones, donde estuvieron cuatro meses. El dinero cobrado fue integralmente remitido por los que lo habían ganado.

XI. ALCORISA

Al empezar este capítulo quiero hablarles de Jaime Segovia.

Quien conoce los apellidos más usuales entre las diferentes capas de la población española encontrará en ese nombre y apellido resonancia de rancia nobleza castellana. Jaime Segovia tiene⁶² sangre de aristócrata. Incluso se leen en su rostro los signos de una raza en estado de extinción y agotamiento. Y para enriquecer su sangre, tanto como por adhesión al pueblo, ha tomado por compañera a una muchacha robusta y lozana de estirpe campesina.

A los veinticinco años se recibió de abogado. Aunque la fortuna de sus antepasados haya sido dividida, sus bienes se

62 Como se ve, hablamos como encontrándonos en la época, en el año 1937.

valoraban en medio millón de pesetas cuando estalló la revolución. Habría podido explotar sus bienes inmuebles y su título universitario, pero despreciaba una y otra cosa. Nuestros camaradas le parecieron ser los hombres que mejor interpretaban la verdad, y habiendo roto con las hipocresías mundanas, aprobando la vida moralmente sana y libre, se inclinó hacia ellos.

Constituía un escándalo para la gente encumbrada ver a ese hombre renegar de su clase, platicar amistosamente con los campesinos, con los revolucionarios del lugar, incluso colaborar en sus tareas. Pero Jaime Segovia quería ser feliz, lo que le era imposible sin estar en paz con su conciencia. No mentía a los demás ni se mentía a sí mismo. Y cuando la revolución se produjo, le aportó todos sus bienes y toda su energía.

Alcorisa tiene 4.000 habitantes y es el centro de una comarca de 19 aldeas, de las cuales 12 son importantes. La tierra es regularmente fértil, el agua permite un buen regadío. Este pueblo disfruta de una vida económica que podemos considerar privilegiada con relación a los restantes pueblos de la comarca. Aquí los pequeños propietarios eran numerosos y los grandes propietarios se hallaban esparcidos a cierta distancia. La industria –aceite, harina, jabón, fabricación de gaseosa y sulfuro– ocupaba solamente el 5% de los trabajadores.

Nuestro sindicato, el único que existía y que existe ahora,

fue fundado en el año 1917. Conoció las mismas persecuciones que las vividas en otras poblaciones. Pero nuestros militantes no cejaron en la lucha. Y los resultados están a la vista.

Tomada por los fascistas en el momento de su ataque, la localidad fue reconquistada ocho días después gracias a una columna compuesta por compañeros que se reunieron en la montaña y que obligaron a la Guardia Civil y a los reaccionarios a huir hacia Teruel. Inmediatamente después, esa misma columna, en lugar de disolverse, se reforzó. De las aldeas más cercanas acudieron combatientes armados de revólveres, pistolas a menudo anacrónicas, escopetas de caza, algunas armas cogidas al enemigo y bombas grosera y apresuradamente preparadas.

Sin conocimiento en materia militar, esos hombres partieron para combatir en otros frentes de Aragón a las fuerzas adversas, bien armadas, equipadas y disciplinadas. Así fue como la primera resistencia popular se organizó, como se contraatacó, se tuvo al fascismo a raya y se le hizo retroceder.

En Alcorisa y ante el peligro de un retorno ofensivo de los momentáneamente derrotados, fue necesario organizar los medios de defensa local, que comprendían a todas las fuerzas solidarias ante el mismo peligro. Nació inmediatamente un comité de lucha compuesto por diez miembros de la CNT, dos de la Izquierda Republicana, dos de

la Alianza Republicana y dos de la FAI. Y al día siguiente de su formación se constituía sobre las mismas bases el Comité Central de Administración.

En cuanto a la vida económica de la población, este Comité podía escoger entre dos soluciones: dejar las cosas tal como habían ido hasta entonces, respetando el comercio individual, permitiendo a los comerciantes reaccionarios sabotear y amenazar en su estabilidad al régimen, manteniéndose así la desigualdad social reinante, o controlarlo todo, de modo que nadie careciera de alimentos, y que no se creara un desorden social de consecuencias inmediatamente negativas. Como en tantas otras partes, se escogió la segunda opción.

La «libertad» como sinónimo de desigualdad e injusticia fue suprimida. Se consideró que todas las familias debían tener la posibilidad de vivir decentemente. Por otra parte, una moneda cuyo valor estaba amenazado por los acontecimientos no se constituía como de firme poder adquisitivo,⁶³ viendo la inseguridad de la situación de otras regiones. Estas razones, robustecidas por el rechazo casi automático del dinero, hicieron que se editaran vales en el mismo lugar para todas las mercaderías.

Al mismo tiempo se planteaba, con una premura casi brutal, el problema de la cosecha. Quinientos hombres

63 Sin embargo, el valor de la peseta se conservó bastante tiempo en distintas regiones no conquistadas por los fascistas.

habían partido para el frente: dos circunstancias que crearon entre los habitantes un sentimiento de responsabilidad colectiva. No era posible salvar el trigo segándolo como antes, empleando la hoz, mientras dormían las máquinas en casa de los ricos. La asamblea de los agricultores, convocada al tercer día, decidió organizar 23 grupos para atender otras tantas zonas perfectamente delimitadas por las montañas y las características del suelo. El orden de empleo de las máquinas intervino también en ese reparto.

Cada zona nombró su delegado, y los delegados se reunieron para coordinar los esfuerzos. Y tres semanas después de la reconquista de Alcorisa, las 23 secciones improvisadas quedaron definitivamente constituidas como una división racional y metódica del territorio municipal. A las consideraciones mencionadas se había agregado la importancia numérica de los habitantes, su especialización agrícola, los aperos disponibles. Tal vez inspirados por una cierta videncia, se tendía a preparar una estructura definitiva para el porvenir.

El caso es que la colectividad quedó completamente constituida. Se redactaron y aprobaron los estatutos, de los cuales extractamos lo que nos parece más meduloso:

Bienes de propiedad. Los bienes muebles e inmuebles, así como las herramientas, las máquinas, el dinero y los créditos aportados por el Sindicato Único de Trabajadores, por el Concejo Municipal y por los

adherentes a la colectividad constituirán sus bienes de propiedad.

Usufructo. La colectividad tendrá en usufructo los bienes que le serán entregados por el Concejo Municipal y por el Comité de Defensa, procedente de incautaciones provisionales, o porque por razones de edad, de enfermedad o de sexo, sus propietarios no puedan atenderlos en la forma debida.

Miembros de la colectividad. Todos los adherentes al sindicato único en el momento de construirse la colectividad serán considerados como miembros fundadores; todos los que adhieren más tarde al sindicato serán también miembros de la colectividad. Los que no son socios del sindicato y deseen entrar en la colectividad serán admitidos previa resolución de la asamblea. Toda solicitud de ingreso deberá ir acompañada por los antecedentes políticos y sociales, y la lista de los bienes del interesado.

Separación. Cualquier miembro de la colectividad podrá retirarse voluntariamente, pero la asamblea se reserva el derecho de opinar si la separación es o no justificada. Cuando no lo sea, el que se vaya no podrá llevarse los bienes que haya traído. Todo individuo expulsado pierde el derecho de reivindicar lo que ha aportado en el momento de su admisión.

Administración. La administración de la colectividad estará confiada a una comisión compuesta por cinco miembros: uno para abastos, uno para la agricultura, uno para el trabajo, uno para la instrucción pública, y un secretario general.

Esta comisión será nombrada por la asamblea general. Sólo podrán ser elegidos los que pertenezcan al sindicato, y en caso de no ser así, el sindicato deberá aprobar el nombramiento. La comisión obrará siempre de acuerdo con los principios de la CNT.

Asamblea general. La asamblea general es el verdadero órgano de la soberanía popular. Ella señala las orientaciones y resuelve en definitiva todos los problemas. Se reunirá mensualmente. Las resoluciones serán tomadas por la mitad más uno de los socios presentes. Las asambleas extraordinarias serán convocadas cuando la comisión administrativa lo juzgue necesario, o cuando un miembro de la colectividad lo pida; en este caso, la comisión decidirá si la petición está o no fundada. Si no lo encuentra así, deberá exponer en la asamblea siguiente los motivos de su actitud.

Derechos y deberes. Los miembros de la colectividad deberán contribuir con todas sus fuerzas y su capacidad a la obra común. Tendrán derecho de recibir todo lo que necesiten de acuerdo a los recursos de la colectividad.

Disolución. La colectividad no podrá disolverse mientras diez miembros de la CNT, residentes en Alcorisa, quieran sostenerla. En caso de disolución, sus bienes pasarán al sector socialmente más avanzado.

Desde luego, hallamos en este texto las resonancias de la formación jurídica de los dos abogados que intervinieron en la creación de la Colectividad de Alcorisa.⁶⁴ Pero si este contenido produce impresión por esta especialización, forzoso es reconocer y declarar que los reglamentos de las otras colectividades exponen más lisa y llanamente su modo de organización y funcionamiento.

Las asambleas generales debieron ir tomando las resoluciones por las cuales se rige la colectividad de Alcorisa. Ellas decidieron que los delegados de las 23 secciones se reunirían una vez por semana, a fin de combinar mejor la organización de la producción y de las interrelaciones; también decidieron las modalidades del reparto.

Este último punto no fue resuelto con facilidad. A este respecto, las soluciones halladas, de las que nos ocuparemos en el capítulo correspondiente, han respondido a los conceptos más o menos claros que predominaban y a los recursos económicos de cada lugar. Pero nos parece útil

64 Además de Jaime Segovia, otro abogado, de nombre Carmelo Trallero, residente en Alcorisa, joven y animoso, que a pesar de haber sido herido de un tiro, participó en la organización de Alcorisa, y después en la organización de la Federación de Levante.

describir los tanteos de los camaradas de Alcorisa, pues son un ejemplo de los esfuerzos cumplidos en muchos lugares.

Se empezó, como hemos visto, por aplicar de lleno el comunismo libertario. Bastaba con que cada familia se presentara al Comité de Administración para que le fuera entregado un vale en el cual se ordenaba suministrar aceite, patatas, legumbres, azúcar, ropa, calzado, utensilios caseros, etc. Sólo se racionó la carne y el vino. Pero se observaron abusos perfectamente explicables por gente que hasta entonces había conocido tantas privaciones y que, de repente, podía disponer de todo a voluntad; el temor, también explicable, de que se volviera al antiguo estado de cosas incitaba también, sin duda a los más pobres de ayer, a tomar precauciones por un porvenir incierto.

Es entonces cuando nació la idea de ensayar, durante tres meses, una moneda local, que fue impresa exclusivamente para comprar ropa, calzado, utensilios caseros, café y tabaco. Un hombre podía procurarse el valor de una peseta diaria, una mujer 0,70 céntimos de peseta y un niño menor de catorce años 40 céntimos.

En cuanto a la alimentación, se estableció una ficha donde estaba estipulado lo que cada cual podía recibir de acuerdo a la mayor o menor abundancia de los artículos. He aquí la ración individual que se repartió hasta el primero de noviembre: azúcar, arroz, habichuelas, 40 gramos por día; conserva de tomate, 500 gramos semanales; fideos, 40

gramos semanales; pimientos, 500 gramos semanales; sal, 500 gramos mensuales; jabón, un kilo por mes; azul para la ropa, dos bolsas por mes; lejía, medio litro por mes; carne, 100 gramos diarios; pan, 500 gramos diarios; vino, medio litro también por día.

Con todo, esta solución sólo satisfacía a medias el espíritu libertario de nuestros camaradas e incluso el de los republicanos, que habían ingresado en su totalidad en la CNT después de haber disuelto las secciones políticas que respondían a un régimen social ya desaparecido. Era demasiado rígida, imponiendo el consumo de lo que se indicaba, lo cual implicaba una cierta coerción muy poco de acuerdo con el respeto de la libertad individual sin la cual no hay libertad colectiva.

Empero los orientadores de la colectividad querían evitar a toda costa el retorno a la moneda al mismo tiempo que un racionamiento excesivamente estricto. Buscaron una solución inédita y hallaron el sistema de los puntos.

Este sistema consiste en atribuir a cada uno de los artículos de consumo y de acuerdo a la ración considerada, un número correspondiente de puntos. Se calculó que 500 gramos de pan valían cuatro puntos y medio; 100 gramos de carne, cinco puntos: lo mismo para cada uno de los principales artículos de consumo. El total daba 455 puntos semanales por un hombre; una mujer sola, o cabeza de

familia, 375 puntos; una mujer casada, 372 puntos;⁶⁵ un muchacho mayor de catorce años, 442 puntos –por estar en edad de gastar mayor energía–; un niño, 162 puntos.

Se imprimieron tarjetas de consumo en las cuales figuran ahora la cantidad de puntos que corresponde a cada colectivista, con los artículos a su disposición. Pero el reparto de esos puntos es libre. Dentro de los límites señalados, cada cual adquiere lo que le place. Aunque se tenga derecho a 100 gramos de carne por día, lo que corresponde a 35 puntos semanales, se puede consumir solamente por 20 puntos de carne y gastar los 15 restantes en arroz y habichuelas. La dueña de casa puede hoy concentrar sus gastos sobre tal o cual artículo, mañana sobre tal o cual otro. Se consigue evitar un exceso de consumo –porque la situación de guerra impone el racionamiento de los principales artículos de consumo– y al mismo tiempo se deja a los consumidores un margen de libertad que el racionamiento estricto no puede asegurar.

En cuanto a la ropa, al calzado y a los utensilios caseros, se lleva una contabilidad especial.

El cálculo en dinero ha desaparecido hace poco, siendo sustituido por una libreta en la cual figuran 24 puntos al año por individuo en cuanto a los utensilios de cocina, 60 para el calzado y 120 para la ropa. El concepto del valor varía

65 La diferencia entre el hombre y la mujer se explicaba por el consumo de vino, más importante por el trabajo manual del hombre.

seguramente para estos artículos según las posibilidades de abastecimiento.

Además de su almacén central, Alcorisa cuenta con cuatro despachos de alimentación, una cooperativa de tejidos, una de mercería, cuatro magníficas carnicerías que corresponden a los cuatro barrios en que el pueblo ha sido dividido. Todo lo demás está también distribuido en almacenes especiales.

Los gastos hechos son asentados en la página que corresponde a cada familia. Esta práctica permite, por medio de estadísticas precisas, establecer las tendencias generales del consumo y una información general minuciosa sobre la vida económico-social de la población.

Cuando un habitante está enfermo y necesita alimentación especial –pollo, paloma, leche en abundancia, etcétera– el médico le entrega un vale especialmente impreso que anula inmediatamente la ficha común, a fin de evitar un doble consumo –a no ser que se crea útil una mayor abundancia de víveres.

Hemos visto que los niños tienen, al nacer, 162 puntos. En la tarjeta que se entrega para ellos, leemos: 100 gramos de carne por día, pastas alimenticias, jabón y lejía. La ropa se entrega por separado. Pero si bien el jabón o la lejía hacen falta para el recién nacido, ¿para qué la carne y las pastas? Cuando formulamos esta pregunta, se nos contestó que este

suplemento permitía a la madre alimentarse mejor, lo cual repercutía en favor del niño en formación.

Hemos dicho que 500 hombres estaban en el frente, y esta ausencia de los individuos, generalmente más jóvenes y robustos, restaba energías preciosas a las labores productivas. Sin embargo, se ha hecho el milagro de aumentar en un 50% las tierras cultivadas. Aclaremos que cuando se alcanzan tales proporciones, es generalmente porque parte de las tierras dejadas alternativamente en barbecho improductivo han sido labradas y sembradas.

Sea como sea, el esfuerzo es y ha sido facilitado mediante la compra de excelentes arados de vertedera cuya adquisición era antes excepcional. Si añadimos el mejor empleo de los abonos químicos, se comprenderá las buenas perspectivas de la producción agraria.

El esfuerzo multiplicado de todos contribuye a estos resultados. No sólo el de los hombres, sino el de las mujeres, que trabajan mucho más este año que en los años anteriores, y el hecho que los milicianos envíen puntualmente a la colectividad la mitad de su paga.

Se han introducido modificaciones en ciertas actividades. Una iglesia ha sido transformada en cinematógrafo, al que se asiste gratuitamente; un convento se ha convertido en una escuela. Existían dos garajes cuyos dos propietarios competían, viviendo difícilmente; sólo hay uno ahora, y el

otro fue transformado en peluquería colectiva y en fábrica de calzado.

Para instalar esta fábrica se reunieron máquinas dispersas de esa industria, y ahora se hacen zapatos y sandalias muy hermosas, para los habitantes del lugar y de otras localidades. El responsable del trabajo es un antiguo patrono que pertenecía a la derecha. Por consiguiente, un fascista, pues es imposible hoy dividir a los reaccionarios entre fascistas y no fascistas: todos están con las fuerzas insurrectas. Sin embargo, la colectividad se limitó a expropiarlo y a ponerlo al frente de la fábrica. Cuando le hablamos, nos declaró haber comprendido, ante los hechos, la ventaja de la producción socializada, porque trabajando como antes no se podía producir la tercera parte de lo que hoy se produce gracias a la concentración y a la mejor utilización de los medios de trabajo.

Otra innovación: se ha organizado una fábrica de embutidos que suministra sus productos a toda la región y a parte de las milicias del frente. Hay una sastrería colectiva, una carpintería, una herrería. La concentración industrial se produce aquí como en todas partes. Los albañiles, que están ampliando un hermoso edificio para la Casa Sindical, reparan continuamente las viviendas. En la organización económica unificada se cuenta también con una fábrica de gaseosas, de sifones y lejía; un hotel y un haras⁶⁶ donde caballos de raza y

⁶⁶ Lugar destinado a la cría de caballos. [N. e. d.]

asnos seleccionados están destinados a mejorar en algunos años el ganado caballar y mular de los contornos. En fin, una vaquería que cuenta con vacas de muy buena clase, limpias y bien cuidadas.

Los obreros de cada especialidad trabajan bajo la dirección de un responsable elegido por ellos y que está en contacto con la Comisión Administrativa de la colectividad. Cuando se estima necesario, todos los responsables se reúnen con la misma Comisión para examinar y resolver los problemas que presentan dificultades para su ejecución. Pero no queremos extendernos sobre estos pormenores que, inevitablemente, recuerdan los pormenores de otras colectividades. Creemos más útil insistir sobre la igualdad de las condiciones de vida.

En Alcorisa, como en todas partes, había clases entre las clases, pobres entre los pobres, categorías entre los desheredados. La renta de los pequeños propietarios no era la misma, pues unos poseían dos, tres, cuatro veces más bienes que otros. El salario de un peón era inferior al de un operario, el de un pastor al de un peón. Y la consecuencia de todas estas diferencias era que los hijos de los pastores, de los peones, de los jornaleros del campo no sólo no tenían acceso a los bienes sociales de que disfrutaban los hijos de los pequeños propietarios, de los comerciantes locales, de los mecánicos, peluqueros, etc., sino que se veían de antemano condenados a seguir siendo lo que sus padres habían sido.

La colectividad ha cambiado, transformado, revolucionado este estado de cosas. Los hijos del pastor no andan descalzos, mirando con envidia los zapatos de los hijos del comerciante; la familia del jornalero puede ahora vestir tan bien como la de los operarios. Todos pueden ir al cine por igual, tener muebles por igual, los niños asisten a la escuela por igual, todas las mujeres pueden vestirse, adornarse por igual.

Las conquistas materiales y la riqueza agraria aumentarán con la colectivización general cuando la guerra acabe, cuando España restañe sus heridas. Pero la conquista moral está hecha. Sépalo la historia, recuérdelo el porvenir: todas las diferencias sociales fueron borradas en algunos meses.

Los 100 pequeños propietarios individualistas no pueden comerciar con los productos de su trabajo. Los venden al Concejo municipal que –íntegramente compuesto por militantes de la CNT– ha hecho para ellos una moneda local con la cual se les paga según una tasa equitativa; pero no tienen derecho a consumir más que los otros.

Las aldeas de la comarca practican entre sí el apoyo mutuo, lo mismo que en todas las regiones colectivizadas. El intercambio se extiende a localidades de Aragón y fuera de Aragón, cuyo número se eleva a 118.

La enseñanza quedó paralizada parcialmente durante los primeros meses, ya que sólo se disponía de dos maestros

sobre ocho que eran; como en otras partes, los seis restantes se hallaban de vacaciones en las ciudades cuando estalló el conflicto. Jaime Segovia hubo de improvisarse maestro y se hizo venir a otros de distintas partes.⁶⁷

La colectividad da también a todo hogar en formación alojamiento y muebles. El matrimonio legal ha desaparecido, pero las nuevas uniones se registran en los libros de la municipalidad.

Desde el punto de vista edilicio, Alcorisa no es de los peores pueblos de Aragón, pero tampoco es un pueblo modelo. Está como invadido por la montaña, sus calles son a menudo estrechas, entre las rocas; sus casas, viejas. El propósito de nuestros compañeros es ir desplazando la población a las 23 granjas que se están organizando. Se procurará que cada una disponga de todos los medios materiales de existencia, tanto en agricultura como en ganadería y en animales de corral, así como cuanto requieran la cultura y el confort: electricidad, piscina, radio, biblioteca, juegos, etc. Ya se utilizan saltos de agua para producir luz.

Esta especie de esparcimiento resulta en parte determinado por la configuración del suelo.

Hemos visitado una de esas granjas cuya organización

67 Al producirse el avance del ejército franquista, Jaime Segovia, que se había negado a partir, fue detenido, torturado durante seis meses y fusilado.

estaba más adelantada. Dividida en dos partes, una reservada a la agricultura, otra al ganado, su extensión total es de ocho kilómetros cuadrados. En la primera parte se organizaba la producción de cereales, alfalfa, heno, legumbres, árboles frutales, viñedos, todo lo que suele encontrarse en las tierras por lo menos medianas y bien regadas. En la segunda parte el esfuerzo creador era más visible. Una porqueriza de cemento, donde cabían más de 100 cerdos, acababa de ser construida y dividida simétricamente para evitar el apiñamiento de los animales, los que pueden salir por separado para tomar el sol y el aire, como en Graus. Y se proyecta ampliar la construcción en muy breve plazo.

La cría de corderos ha sido intensificada hasta sus límites. Se han comprado terneras y terneros, y tan pronto se pueda, se construirá un establo para cobijar 100 vacas. El lugar designado ha sido cuidadosamente elegido por sus condiciones generales, acordes a los fines perseguidos. Al mismo tiempo, los animales de corral son aumentados considerablemente.

Esta organización de granjas, multiplicada 23 veces, naturalmente con diferencias y adaptación debidas a la topografía, constituirá un conjunto original y sus resultados apasionan por anticipado.

XII. BUJARALUZ

Al llegar a Bujaraloz, en las afueras del pueblo, se encuentran dos charcas llenas de agua de lluvia que allí se ha acumulado y que están alternativamente más o menos llenas, más o menos vacías. En verano ese contenido se calienta, se vuelve verdoso y su sabor es desagradable. Una charca está reservada para los animales, otra para los seres humanos. Ignoramos cuántos pueblos de Aragón y Castilla se proveen de agua de esta manera, pero sabemos que el número es bastante elevado; esta situación da lugar a que los milicianos catalanes que se han instalado en las trincheras estén a menudo enfermos de disentería, pues el agua, expuesta a múltiples filtraciones, está contaminada por toda suerte de impurezas acarreadas por el viento.

Los habitantes del lugar poco a poco resultaron inmunes a las enfermedades. Y cuando los milicianos catalanes, sobre

todo los de Barcelona, se quejaban de estas lamentables condiciones higiénicas, se les respondía a menudo con un argumento perentorio: «¡No, no es mala el agua, puesto que hay bichitos que viven dentro!»

Bujaraloz, donde se ha establecido el Estado Mayor de la columna Durruti, es pobre. Tierra de secano en la que sólo pueden cultivarse cereales de escaso rendimiento. Descubrimos también pequeños talleres para reparar las máquinas y herrar animales de tiro. Pero siendo la agricultura el principal recurso económico, esas industrias menores no podían constituir una fuente de riqueza.

A la deficiencia de la naturaleza se agregaban, como en todas partes, las condiciones sociales. Las tres cuartas partes del suelo cultivable pertenecían a cuatro terratenientes que ni siquiera se tomaban el trabajo de hacerlas cultivar directamente o bajo la dirección de un administrador. Las entregaban a aparceros, quienes a su vez las entregaban a hombres más pobres, que eran miserablemente retribuidos.

La desocupación absoluta duraba varios meses al año. Sobre una población de 1.400 habitantes, 200 familias vivían en estas condiciones. Sólo un recurso podía mejorar la suerte de algunas: tener un trozo de tierra para cultivar lo que pudieran. Empero, la tierra pertenecía a los ricos. El municipio también poseía bienes propios que habría debido poner a disposición de todos, pero dominaban los caciques: siempre la tierra municipal pasaba a sus manos. Y como en

tantas partes, los desheredados luchaban continuamente, tomando por la fuerza algún pedazo de suelo infecundo e iban, desesperados, a sembrar para sí esas tierras comunales donde se apacentaban los rebaños de carneros de los ricos. Eran perseguidos, pero volvían a empezar bajo el látigo del hambre, y tan grande fue su empeño que se acabó por tolerar que parte de ellos cosecharan algunas patatas, un poco de trigo o de avena. Con todo, siempre estaban expuestos a que la Guardia Civil les expulsara cuando se temía que el ejemplo cundiera, y que la acción ilegal se volviera contagiosa.

El 19 de julio, la Guardia Civil del lugar se pronunció por los sublevados e inició el movimiento con un bando en el cual ordenaba la entrega inmediata de todas las armas, bajo la amenaza de pena de muerte. Sucedió en las horas de trabajo, en que los hombres estaban alejados en el campo. Asustadas, las mujeres entregaron cuanto podía servir para el combate. Informados horas después, los trabajadores volvieron a Bujaraloz, y, sin armas, se hicieron dueños de la calle. La Guardia Civil no se atrevió a salir del cuartel. Pero, al llegarle un refuerzo de tropas huidas de Caspe el 22 de julio, salieron y detuvieron a tres de nuestros compañeros, que fueron llevados a Zaragoza. Puede suponerse cuál fue su suerte.

Mas este triunfo duró poco. Al día siguiente llegaba Durruti al frente de 2.000 hombres. Los fascistas huyeron. La columna libertadora permaneció en el pueblo hasta el 8 de

agosto, enviando elementos a una parte u otra, según las necesidades de la lucha. Alejándose luego para seguir su itinerario libertador. Durruti había escogido ese lugar como centro de operaciones. Se instaló primero en una barraca de madera y chapa, donde estudiaba y decidía con su Estado Mayor improvisado los planes de las operaciones militares. Después se estableció en el mismo Bujaraloz, y desde entonces los milicianos anarquistas y los campesinos compartieron las mismas alegrías, las mismas inquietudes y los mismos esfuerzos.

No puede hablarse aquí de un movimiento sindical de carácter revolucionario dominante. La UGT tenía 150 adherentes, la CNT sólo 29. La diferencia puede explicarse por las persecuciones que sufrían generalmente nuestros compañeros, mientras la UGT era tolerada por su carácter legalista y reformista. Incluso cuando estaban de acuerdo, muchos trabajadores no se decidían a ingresar en nuestras filas para no verse privados de trabajo, de tierra, de crédito en las casas de comercio, o molestados, encarcelados y deportados.

Pero el día 8 de agosto, después de salir la columna Durruti, los dos sindicatos se pusieron de acuerdo para nombrar un Comité Antifascista compuesto de 12 miembros de la UGT y cuatro de la CNT. La misión de este Comité consistió, desde el primer momento y a pesar de la supremacía de los elementos hasta entonces reformistas, no sólo en organizar la lucha contra el fascismo, sino reconstruir sobre nuevas

bases toda la vida social. Cuatro de los hombres elegidos fueron encargados de la administración general; dos, del abastecimiento general; dos, del transporte y de cambios; uno, del suministro de agua; uno, del control de los milicianos que vigilaban en las carreteras; uno, del abastecimiento de leche y productos derivados; cinco, de la organización de la agricultura.

La cosecha había sido realizada inmediatamente en forma colectiva. El trigo fue trillado por grupos campesinos que utilizaron las máquinas o los animales, según las necesidades del trabajo.

De los cuatro terratenientes, uno había partido con los fascistas, dos se hallaban en otro pueblo y el cuarto, un retrasado mental, incapaz de tomar una decisión, se quedó. Fue tratado humanamente por los colectivistas, en medio de los cuales iba y venía con toda libertad.

Toda la tierra que les había pertenecido fue confiscada y reunida con la de los campesinos pequeños propietarios. La vida tomó un rumbo nuevo. Se comenzó por hacer una estadística de la mano de obra existente, obteniéndose los siguientes resultados: 20 muchachos de catorce a dieciséis años; 399 labradores de dieciséis a sesenta y cinco años; 38 de sesenta y cinco en adelante.

Se constituyeron distintas secciones. La más importante era y es la que conduce las caballerías y hace las faenas más

pesadas. Se divide en grupos de 18 hombres aproximadamente;⁶⁸ de ellos, en principio, tres son auxiliares, y los acompaña un chico de catorce años. Los animales de tiro pertenecen a la colectividad; hasta ahora, han sido divididos en dos grandes grupos, que están a cargo de cuidadores especializados en las cuadras.

Los trabajos pesados son reservados a los hombres que – por su edad– están en las mejores condiciones físicas. Los trabajos menos pesados, como el acarreo de agua y de leña, la limpieza de malezas en el campo, el servicio de la paja, el cuidado de las caballerías, la preparación de los materiales de construcción, el escardar la tierra, etc., están a cargo del grupo cuyos componentes han pasado de los cincuenta años. A todo lo cual debemos añadir un grupo de 31 pastores.

Aparte de esta clasificación de carácter predominantemente agrario, hallamos los otros oficios, las otras ocupaciones. Las estadísticas nos muestran cinco carniceros, dos sastres, dos albañiles, ocho carpinteros, dos guarnicioneros, dos barberos, cuatro molineros de harina, dos zapateros, seis metalúrgicos, 11 trabajadores de empleos diversos (sobre todo técnicos, sin que sepamos su especialidad) y seis chóferes.

El término municipal ha sido dividido en 11 zonas, 10

68 La regularidad de esta distribución de la mano de obra era facilitada por ser las tierras llanas y de mayor regularidad en la organización del trabajo.

entregadas a otros tantos grupos agrícolas; la última, por hallarse lejos, se trabajaba en forma alternada por los 10 grupos. Como en todas partes, cada grupo ha nombrado su delegado.

Los responsables así nombrados están a su vez controlados por dos consejeros de la agricultura, que centralizan la dirección general del trabajo de la tierra.

En este año 1937, la siembra de trigo aumentó en 300 cahizadas⁶⁹, y también en 300 cahizadas la del resto de los cereales. Precisemos que cada cahizada representa aproximadamente 11.000 metros cuadrados; en 1936 (en tiempo de los terratenientes), había 2.000 cahizadas sembradas de trigo, que dieron 21.258 quintales de grano.

El agua se toma en los charcos que se forman en los campos. Siempre con el mismo reparto: un charco para los animales, otro para los seres humanos. Pero no hay para regadío, y por tanto, para una alimentación medianamente equilibrada.

Es en parte lo que explican las cifras de racionamiento que figuran en la libreta de cada familia. Con todo, gracias al cambio de régimen, estas cifras no son tan bajas. Normalmente los hombres tienen derecho a 150 gramos de carne por día, no porque se les atribuyan derechos superiores, sino porque como trabajan duramente, de sol a

⁶⁹ La cahizada equivale a seis fanegas, o 49,87 áreas. [N. e. d.]

sol, y aseguran la producción necesaria para todos, gastan más energías y deben reponerlas. Las mujeres que sólo hacen trabajos caseros tienen derecho a 100 gramos; los chicos, a partir de los nueve años, a 100 gramos también; de tres a nueve años, a 40 gramos. A partir de los catorce años tienen la misma ración que los hombres. A partir de los tres años de edad también tienen derecho a un decilitro de aceite por día, 25 gramos de tocino, 40 gramos de pastas alimenticias, 25 de arroz, 50 de pan, 30 gramos de azúcar. Sin duda alguna la gente del pueblo no comió nunca tanto.

Los productos de ultramar, la verdura, la fruta, son también gratuitos. El vino se distribuye según las posibilidades que, en una situación tan inestable, varían a menudo. Los niños menores de nueve años tienen derecho a 45 gramos de chocolate y 50 gramos de bizcochos por día.

Tales son las disposiciones, pero a pesar de su buena voluntad, los organizadores no pueden suministrar, después de un año de guerra, todo lo que se decidió con el entusiasmo de los primeros tiempos. El desarrollo económico de Bujaraloz tropieza con el obstáculo importante de las tropas aquí establecidas. Este pueblo de 1.400 habitantes mantiene de 1.500 a 2.000 milicianos, lo cual implica privaciones, y las privaciones contribuyen a matar el entusiasmo de los no convencidos. Teniendo la UGT tantas fuerzas numéricas y siendo los militantes que la encabezan poco aptos, es de temer que una parte de los habitantes decida volver al individualismo.

Pero en tal caso, ¿podrían resolver sus dificultades? Seguramente no. Tropezarían con las dificultades de venta de su trigo o de su aceite; deberían pagar más caro los abonos químicos, las herramientas, la ropa, los artículos manufacturados. No podrían tener máquinas ni animales de razas seleccionadas: conocerían otro género de dificultades, sin ninguna esperanza fundada de un porvenir mejor.

A pesar de las dificultades actuales, hemos visto que se han sembrado 600 hectáreas de cereales más que el año anterior. El ganado bovino no ha crecido, porque la tierra de secano es poco apta para los pastos y sólo los carneros y las cabras buscan su alimento en los pastizales. Anteriormente y ante la pobreza del rendimiento, tanto de cereales como del ganado, los terratenientes, que vivían en Zaragoza, tomaban a la vez que colonos, un administrador, y como a pesar de todo sus tierras daban muy escaso rendimiento, hacían de ellas cotos de caza.

Pero a fin de asegurar la producción de carne necesaria para el consumo, la colectividad ha comprado 110 cerdos de recría que están momentáneamente al cuidado de las familias porque ha faltado tiempo para construir porquerizas, y además ha aumentado el ganado lanar.

Antes, el pueblo pobre de Bujaraloz criaba pocos carneros. Los rebaños pertenecían a los grandes propietarios, que pagaban a los pastores sueldos miserables y vendían la carne a Zaragoza. Los campesinos se contentaban con criar y

consumir unos 50 animales cuando no debían venderlos para comprar cosas más imprescindibles, tales como ropa para sus hijos.

Hoy los rediles expropiados están en nuestras manos. Los carneros nos pertenecen. Hubo que matar muchos para alimentar a la columna Durruti, que ahora se ha desplazado al frente de Madrid. Poco importa: en los apriscos balan centenares de corderos; en las praderas, las ovejas aportan otros; en la montaña, los pastores de la colectividad, hoy considerados humanamente iguales que los demás, apacentan los rebaños y los reúnen por la noche bajo los techos colectivos.

Todo esto lo hemos visto en Bujaraloz, lo hemos visto en todo Aragón. También hemos visto, en la llanura parda y rojiza que las águilas trasvuelan, esforzarse a los grupos de trabajadores. Uno de ellos se componía de 12 hombres; cada uno conducía, tirando el arado, un par de mulas. Iban y venían surcando una superficie previamente establecida, labrando parte del campo que el trabajo de otros transformaba rápidamente. Al cruzarse, se interpelaban, sin pararse jamás. Unos cantaban, y su voz estimulaba a los animales. Muerta está la impresión de aislamiento en la inmensidad. Aquí reina la alegría, la unión fraternal, tan grata al alma del hombre social y sociable que hay en la gran mayoría de los españoles.

Seguimos caminando por la llanura ligeramente ondulada

que tan admirablemente se prestaría al trabajo del tractor. Pero cada cosa en su tiempo. Y llegamos a otro grupo: idéntica distribución de trabajo, idéntico esfuerzo común, idéntica alegría fraternal. Y más allá todavía, vemos a un tercer grupo, más nutrido, compuesto por hombres menos jóvenes, que arrancan las plantas parasitarias en una parte del campo dejada en barbecho.

¡Los grupos, los grupos de trabajadores unidos y hermanados! Los hemos visto en las tres provincias labrando, segando, reuniendo las gavillas, trillando el trigo. Y comparamos su trabajo, su vida, sus manifestaciones, su espíritu, con el trabajo, la vida, las manifestaciones, el espíritu de los que ayer vivían en el régimen individualista, y de los que –pequeña minoría– se obstinan hoy, por incomprensión, en continuar el pasado. ¡Cuánta miseria! ¡Cuánta belleza!

XIII. LA SOCIALIZACIÓN AGRARIA EN LEVANTE

Parte integrante de la Confederación Nacional del Trabajo, la Federación Regional de Levante, compuesta por sindicatos obreros y campesinos tradicionalmente organizados por los libertarios españoles, ha servido de base a la Federación paralela de las colectividades agrarias de la misma región. Comprende cinco provincias, de Norte a Sur: Castellón de la Plana, Valencia, Alicante, Murcia y Albacete. La importancia de la agricultura, que coloca a las tres primeras –todas mediterráneas– entre las más ricas de España, y la de su población –cerca de 3.300.000 habitantes en el año 1936– dan, a las realizaciones sociales que fueron llevadas a cabo, proporciones generalmente insospechadas. Es en Levante donde, merced a sus recursos naturales y al espíritu creador de los organizadores, la obra de construcción libertaria ha sido la más amplia y completa. No nos fue posible estudiarla tan a fondo como la de las colectividades aragonesas, pero

basándonos en nuestra encuesta directa –a la que nuestros compañeros respondieron con cuantas informaciones les pedimos– y sobre testimonios y documentos de primera mano, aportamos una visión de conjunto completada por algunas monografías que permitirán apreciar en forma directa la profundidad de la transformación social realizada.

De las cinco provincias mencionadas, era natural que la de Valencia figurara en primer plano. En primer lugar, por causas demográficas. La provincia de Valencia contaba con 1.650.000 habitantes en el momento de la revolución.⁷⁰ En orden decreciente venía después la provincia de Murcia, con 622.000 habitantes, donde los famosos jardines se extendían sobre una pequeñísima parte del territorio, y que fue siempre tierra de miseria y de emigración. Más rica, Alicante ocupaba el tercer lugar con 472.000 habitantes, seguida por Castellón de la Plana con 312.000; en fin, Albacete figuraba último con 238.000 habitantes.

Quien conoce, por poco que sea, la historia social de esta región no se sorprenderá que en la provincia de Valencia, especialmente en cuanto a las realizaciones agrarias, la socialización haya avanzado en forma más firme y más acelerada. Desde 1870, el movimiento siempre había

70 Tal es la variedad de las características geográficas y de los recursos vitales que, en 1936, ciertas partes de una provincia reputada por su riqueza contaban 450 habitantes por kilómetro cuadrado en la zona mediterránea, y, en las partes montañosas, otras contaban con 18, 19 ó 20 habitantes también por kilómetro cuadrado.

contado –particularmente en los campos– con militantes a menudo heroicos. El caso de los «mártires de Cullera» es de los más celebres en el historial social de la región. Hubo otros, como ha podido comprobar el lector del capítulo titulado *Hombres y Luchas*. Y mientras en las ciudades levantinas el republicanismo dominaba la oposición antimonárquica, los combatientes del campo valenciano mantenían a menudo la antorcha del antiestatismo. Así es como, en los años 1915–1920, es a ellos, a menudo pequeños propietarios, a quienes apelaron los propagandistas libertarios venidos de otras regiones, para ayudarles a hacer resurgir el movimiento que las esperanzas nacidas de la Revolución rusa contribuyeron a suscitar.

Teníamos, pues, en numerosas localidades levantinas, militantes económica y políticamente libres, para quienes la revolución no era sólo cuestión de agitación ni de simples cambios políticos, sino ante todo de expropiación de los medios de producción y reorganización de la sociedad por el comunismo libertario.

En el año 1936, los pueblos de la provincia de Valencia, donde nuestro movimiento había arraigado, se agrupaban en 23 comarcas, cada una con su capital respectiva: Adamuz, Alborache, Alcántara de Júcar, Carcagente, Denia, Catarroja, Chella, Foyos, Gandía, Jarafuel, Játiva, Lombay, Moncada, Onteniente, Paterna, Puerto Sagunto, Requena, Sagunto, Utier, Villar del Arzobispo, Villamarchante, Alcantare y Titaguas.

La provincia de Murcia contaba con diez federaciones cuyas capitales o cabezas de partido eran: primero, la misma ciudad de Murcia, luego Caravaca, Cartagena, Elche de la Sierra, Hellín, Lorca, Mazarrón, Mula, Pacheco, Vieza.

En la provincia de Alicante existían nueve federaciones, siempre comarcales: la de Alicante, Alcoy, Almansa, Elda, Elche, La Nucia, Orihuela, Villajoyosa, Villena.

La provincia de Castellón de la Plana contaba con ocho comarcas, que, como todas las comarcas de todas las provincias, englobaba un número más o menos importante de pueblos organizados: Castellón mismo, Albocácer, Alcora, Morella, Nules, Onda, Segorbe y Vinaroz.

En fin, en la provincia de Albacete, la menos favorecida por la naturaleza, donde además durante la guerra civil las colectividades tuvieron que sufrir por la presencia de los hombres mandados por el célebre comunista francés André Marty, llamado «el carnicero de Albacete», sólo teníamos cuatro comarcas organizadas.

Observemos que muy a menudo la estructura de nuestra organización comarcal poco tenía que ver con la de las comarcas tradicionales de la administración pública o del Estado. Lo mismo que en Aragón, nuestros compañeros habían modificado a menudo las anteriores delimitaciones según las necesidades de la producción, de los cambios, de las facilidades de transportes. Más que a una finalidad o a un

criterio político, se obedecía a la necesidad vital de unión directa y a ese espíritu de cohesión humana que, sin duda alguna, ha ejercido una influencia decisiva en la obra constructiva de nuestro federalismo organizador.

El desarrollo y la multiplicación de las colectividades levantinas causaron la estupefacción hasta de los propagandistas y teóricos que se habían mostrado los más optimistas en cuanto a las posibilidades de reconstrucción social libertaria. Porque a pesar de las muchas dificultades, de la oposición de nuestros adversarios –republicanos de tendencias diversas, autonomistas valencianos, socialistas, sindicalistas reformistas (ugetistas), comunistas, elementos numerosos de la burguesía y la clase media–, se contaron 340 colectividades en el Congreso de la Federación de los Campesinos de Levante celebrado los días 21, 22 y 23 de noviembre de 1937; cinco meses más tarde se contaban 500, y a fines de 1938, el número alcanzado era de 900 y el de los cabeza de familia, de 290.000. En conjunto, puede afirmarse sin exageración alguna que por lo menos el 40% de la población agraria formaba parte de las colectividades libertarias.

Para apreciar mejor estas cifras apelaremos a otro cálculo. Las cinco provincias levantinas contaban, en total, desde la ciudad más importante hasta la última aldea, 1.172 localidades. Fue, pues, en el 78% de estas localidades de la región agrícola más rica de España donde aparecieron colectividades libertarias. Reconozcamos que no alcanzaban

un porcentaje tan elevado como el de las colectividades aragonesas. En Aragón, la presencia casi exclusiva de las fuerzas militares libertarias impidió, durante largo tiempo, ya sea a la administración del Estado, a la Policía Municipal o Nacional, al Ejército, a los partidos apoyados por las autoridades gubernamentales, por los guardias de asalto y los carabineros, constituir obstáculos a los cambios de estructura social. Mientras en Levante –no olvidemos que desde noviembre de 1936 el Gobierno Central estaba establecido en Valencia, transformada en capital legal– todas esas fuerzas existían, y que con los pequeños comerciantes, con la burguesía liberal antifranquista –pero también antilibertaria–, se oponían por todos los medios, a menudo violentos, al progreso de las colectivizaciones. Hubo batallas campales donde hasta los carros de asalto intervinieron. En tales condiciones lo realizado causa verdadero asombro.

Y esto con mayor motivo si tenemos en cuenta que en la región levantina, a consecuencia de la densidad de población en ciertas zonas, las localidades son a menudo conglomerados de 10.000 a 20.000 almas, donde las clases sociales y las fuerzas en lucha están bien organizadas y pueden coordinar mejor sus esfuerzos. En consecuencia, cuando nuestros compañeros tomaban la iniciativa socializadora, la resistencia era proporcionalmente más vigorosa que en otras partes –en Aragón, por ejemplo–. Fue precisa toda la flexibilidad, la ingeniosidad, el espíritu

creador, la fuerza de carácter, la inteligente y útil adaptación que les caracterizaban, para que, a pesar de todo, pudiera cumplirse su obra de transformación social.

Esta situación explica en parte por qué en la mayoría de los casos las colectividades levantinas nacieron por iniciativa de los sindicatos campesinos adherentes de la CNT, que aportaban a un mismo tiempo la garantía moral, la tradición organizadora, la práctica del combate y el poder material.

Pero a pesar del contacto estrecho con estos sindicatos –a menudo vemos a los mismos hombres al frente de las dos organizaciones– las colectividades constituyeron, al principio, un organismo autónomo. Los sindicatos de la CNT continuaron agrupando la mayor parte de sus adherentes, pero también a los «individualistas» no colectivistas –sin por eso ser reaccionarios–, y retenidos ya sea por un concepto discutible de la libertad individual, ya sea por el aislamiento en el cual estaba su tierra, ya sea por un temor más o menos justificado a una reacción gubernamental republicana después de la victoria, o aun por la aprehensión de un triunfo final del fascismo.

Los sindicatos desempeñan, pues, una misión sumamente útil. Constituyen una etapa, un factor de atracción. Hacen también otra obra positiva. Es a ellos a quienes los individualistas sindicados aportan sus productos que serán cambiados con las colectividades. Se han organizado en su seno comisiones para el arroz, las naranjas, las plantas

hortícolas, etc. En cada localidad, el sindicato poseía su almacén de abastecimiento, del que se surtían los colectivistas. Pero también la colectividad tenía el suyo. Se comprendió pronto que se malgastaban así energías y se decidió la fusión en provecho de las colectividades, con igual número de administradores por parte, generalmente dos. Los individualistas sindicados siguieron aportando sus productos, y fueron abastecidos, lo mismo que los colectivistas.

Además, fueron creadas comisiones mixtas para la compra de máquinas, semillas seleccionadas, insecticidas, productos veterinarios. Se utilizaron los mismos camiones, y siempre la solidaridad se extendió, procurándose evitar la confusión entre los dos organismos.

Como se ve, la socialización descansa sobre dos bases. Con la flexibilidad maravillosa que observamos a menudo en los constructores libertarios españoles, abarca tanto las realizaciones integrales como las parciales. Los elementos de captación son complementarios.⁷¹

Pero rápidamente las colectividades se pusieron a unificar, a racionalizar lo que podía serlo. Se estableció el racionamiento y el salario familiar en la escala comarcal,

71 Agreguemos que cierto número de campesinos socialistas, o pertenecientes a la UGT, compusieron aproximadamente el 15% de los efectivos de las colectividades. La autonomía de estas últimas aparece así más necesaria.

ayudando las localidades más ricas a las más pobres por medio de la caja común.⁷² En cada capital de comarca fue constituido un grupo especializado, que comprendía contables, un técnico en agricultura, un veterinario, un ingeniero, un arquitecto, un perito en cuestiones comerciales para las exportaciones, etc. Estos grupos estaban al servicio de todos los pueblos.

La mayoría de los ingenieros y de los veterinarios de la región estaban sindicados en la CNT, y los que trabajaban por la economía no colectivizada colaboraban también, por lo general en forma desinteresada, en la elaboración de planes y proyectos, pues el espíritu creador de la revolución conquistaba a los que querían contribuir al progreso económico y social.

Así los agrónomos proponían iniciativas necesarias y

72 Más exactamente, se organizó una Caja de Compensación regional, en la cual se centralizaban los beneficios obtenidos con la venta de los productos y, de acuerdo a las cuentas de las diversas localidades y de las Colectividades correspondientes, se distribuyó a las que mayores dificultades tenían y a prorrata de sus necesidades el dinero disponible, estableciéndose, de esos insumos, una igualdad social que respondía a los principios del comunismo libertario. Los fondos así concentrados permitían también ayudar a iniciativas que se consideraban útiles. Cada comarca tenía su cuenta, como cada corporación en los pueblos de Aragón, y el control general funcionaba también en la escala regional. El cumplimiento de esta misión era encomendado a cuatro *empleados* en total. Bueno es señalar también que el animador de la administración general fue un republicano de izquierda, del que sus antiguos compañeros guardan un recuerdo conmovedor, y que merece que su nombre, Miguel Dalmau, sea consignado en este libro.

realizables: planificación de la agricultura, trasplante de cultivos, que hasta entonces la propiedad individual o los intereses de determinadas categorías sociales no habían permitido adaptar a las condiciones geológicas o climáticas favorables. El veterinario de la colectividad organizaba científicamente la cría de ganado. En caso necesario, consultaba al agrónomo sobre los recursos alimenticios correspondientes. Y, con las comisiones de campesinos, este último organizaba la producción. Pero el arquitecto y el ingeniero estaban también movilizados en lo referente a la construcción de porquerizas, establos, granjas colectivas. El trabajo se planificaba, las actividades se integraban.

Merced a los ingenieros, gran número de acequias y pozos han sido contruidos, permitiendo cambiar tierras de secano en tierras regadas. Por medio de motores eléctricos se procedió a la elevación y a la distribución del agua, a menudo en sectores enteros. Las características del suelo, muy poroso y arenoso, y la escasez de lluvias –400 milímetros por término medio, cuando era necesario el doble– dificultaban mucho la extracción del precioso líquido que era preciso ir a buscar a grandes profundidades. Esto implicaba gastos que sólo los grandes terratenientes (cultivando –o haciendo cultivar– productos de buen precio, como la naranja) o la colectividad podían afrontar.

Es probablemente en la región de Cartagena y de Murcia donde se hicieron los mayores esfuerzos de esta clase. Cerca de Villajoyosa, en la provincia de Alicante, la construcción de

un pantano permite irrigar un millón de almendros que hasta entonces habían sufrido la sequía permanente.

Pero los arquitectos de las colectividades no se ocupan solamente de alojar a los animales. Recorren la región dando consejos para el alojamiento humano. Estilo de las casas, elección del lugar, exposición solar, materiales, higiene, etc.: son dados todos los consejos indispensables y tomadas las medidas a las que hasta ahora se oponían muy a menudo la ignorancia de unos, los sórdidos cálculos de otros.

La proximidad de los pueblos entre sí facilita esta solidaridad activa que pone todos los recursos al servicio de todos.

A menudo, el trabajo práctico es intercomunal. Tal grupo constituido para combatir las enfermedades de las plantas, sulfatar, podar, injertar, trabaja en los campos de varias localidades; tal otro grupo se desplaza del mismo modo para descuajar árboles, practicando en su lugar labranzas improvisadas o improvisando nuevos cultivos. Todo lo cual facilita la coordinación de los esfuerzos y su armonización en un plan general que se elabora no sólo según los conceptos abstractos de tecnócratas o técnicos sin experiencia, sino también según las enseñanzas prácticas del trabajo, del contacto con los hechos y los hombres.

Veamos más o fondo la organización general de esta región. Las novecientas colectividades están reunidas en 54

federaciones comarcales que se agrupan y se subdividen al mismo tiempo en el grado más elevado: en el Comité Regional de la Federación de Levante.

Este Comité, que reside en Valencia y coordina el conjunto de las actividades, es nombrado directamente por los congresos anuales y es responsable ante estos congresos y ante los centenares de delegados campesinos elegidos por sus compañeros, quienes no se dejan deslumbrar por los discursos de burócratas, líderes o aspirantes a dictadores porque saben lo que quieren y adonde van.

Es también por iniciativa de los congresos que la federación levantina ha sido dividida en 26 secciones generales, correspondientes a las especializaciones de trabajo y actividades.

Estas 26 secciones y por lo tanto la federación levantina abarcan, sin duda por primera vez en la historia considerada fuera del Estado y de las estructuras gubernamentales, *toda la vida social*, constituyendo un verdadero mundo nuevo, una sociedad libertaria integral dentro de la vieja sociedad capitalista, estatal. Las reuniremos en cinco grupos principales:

Agricultura. – Cereales (particularmente trigo, cuyo cultivo ha sido a menudo improvisado, o intensificado, como consecuencia de la ocupación de las zonas cerealistas por el ejército franquista); naranjas, limones, mandarinas;

fruticultura varia (almendras, melocotones, manzanas, etcétera); viñedos; horticultura; ganado ovino, caprino, porcino, bovino.

Industrias de la alimentación. – Siendo la Federación esencialmente campesina, las industrias que dependen de ella derivan sobre todo de la agricultura. Las secciones especializadas son las siguientes: vinificación; conservas de hortalizas y frutas; aceite; fabricación de alcohol; zumo de fruta; licores diversos; perfumes y productos derivados.

Industrias no agrícolas. – Sección de la construcción, carpintería; ropa y vestido en general; embalajes para la expedición de las frutas. Observemos aquí una tendencia a la integración del conjunto de las actividades, lo que reduce el papel del sindicato como organizador único de la producción industrial. Estos problemas se resuelven en el mismo terreno de las actividades, amigablemente, entre organizaciones hermanas.

Sección comercial. – Aparte de las exportaciones en vasta escala, de las que trataremos más adelante, se procede a las importaciones de máquinas, medios de transporte motorizados –terrestres y marítimos–, de abonos y productos diversos.

Salubridad y enseñanza. – Agreguemos la sección de higiene y salubridad, que coordina los esfuerzos tendentes a asegurar y mejorar la salud pública, y la sección de

enseñanza que gracias a sus maestros y al aporte de las colectividades proseguía con entusiasmo su labor específica.

Todas estas actividades estaban sincronizadas en la escala de las 900 colectividades, muchas de las cuales abarcaban varios millares de personas. Se comprenderá mejor, ahora, la magnitud de estas realizaciones y la superioridad de estos métodos de organización. Se comprenderá también que nos sea imposible exponerla en todos sus detalles. Añadamos, sin embargo, algunas precisiones referentes a ciertos aspectos ya mencionados.

Tomemos el cultivo del arroz. En la sola provincia de Valencia 30.000 hectáreas sobre las 47.000 del total nacional se hallaban en manos de las colectividades. La región famosa de la Albufera, tan descrita por Blasco Ibáñez, estaba enteramente colectivizada. La mitad de la producción de naranjas, o sea, cuatro millones de quintales sobre ocho millones, estaba en manos de la Federación de colectividades y de los sindicatos; el 70% de la cosecha total, o sea, más de 5.600.000 quintales eran vendidos en los mercados europeos gracias a su organización comercial, llamada FERECALÉ⁷³, que a principios del año 1938 había

73 El FERECALÉ (palabra compuesta con la contracción de Federación Regional de Campesinos de Levante) fue constituido para el transporte y comercialización de las naranjas y frutas afines. Se componía de siete secciones: elementos técnicos, almacenes, medios de transporte terrestres, mercado nacional, exportaciones, contabilidad general sección marítima de transporte. Delegaciones especiales, que eran centros de reparto, fueron constituidas en Castellón, Burriana, Gandía, Denia y Alicante. El

establecido en Francia secciones de venta en Marsella, Perpignán, Burdeos, Seta, Cherburgo y París.

Observemos, de paso, que la importancia de la distribución era superior a la de la producción. Basándonos en datos fidedignos podemos establecer las comparaciones siguientes: como hemos dicho, los productores de las colectividades levantinas componían el 40% del total, pero la superioridad de su organización técnica les permitía suministrar de un 50 a un 60% de la producción agraria. Por las mismas razones, el sistema colectivista aseguraba, en beneficio de toda la población, de un 60 a un 70% de lo distribuido.

La organización de conjunto y la potencialidad de los recursos por ella asegurada hacían posibles otras realizaciones y métodos de trabajo sin los cuales a menudo ciertas empresas habrían fracasado por falta de recursos técnicos, insuficiencia de los rendimientos o costo excesivo.

FERECALE poseía una escuadrilla de barcos motorizados de 120 a 150 toneladas. Los pedidos provenientes de las diversas naciones europeas eran comunicados a los centros de almacenamiento en los cuales se hallaba la clase de frutas pedidas. La mercadería era dirigida de cada centro a la sección correspondiente de embarco, y la sección correspondiente transmitía los detalles de la operación a la sección Contabilidad. Por otra parte, las secciones de control establecidas en los puertos transmitían por teléfono las entradas y salidas al Centro de FERECALÉ establecido en Valencia; lo mismo hacían los centros de donde provenía la mercancía. Todo, siempre sincronizado.

El espíritu de solidaridad activa, la voluntad de coordinación, estaban presentes siempre y en todas partes. Cuando, por ejemplo, los miembros de una colectividad creían útil la fundación de una fábrica de licores, de zumo de frutas o alimentos nuevos para los hombres y para el ganado, participaban su iniciativa a la sección industrial del Comité Federal de Valencia. Este estudiaba la proposición y cuando era necesario convocaba a una delegación, con la cual examinaba las ventajas o los inconvenientes de la iniciativa. Si de acuerdo a la demanda probable, las materias primas disponibles, los gastos y otros factores previsibles, esta iniciativa parecía útil y rentable, era adoptada; en caso contrario, era rechazada, con las explicaciones debidas. Otro motivo del rechazo era la existencia de fábricas similares ya instaladas.

Pero el aceptar la iniciativa no implicaba que sus autores fueran propietarios de la nueva unidad de producción, incluso tratándose de la colectividad local. Por emplear en su fundación los recursos suministrados por el conjunto de las colectividades, la Federación era dueña de la fábrica –si de fábrica se trataba– y la colectividad local no tenía derecho de vender en provecho propio exclusivo los productos obtenidos. Gastos y ganancias eran, pues, la cosa de todos. Y también era la Federación la que repartía las materias primas distribuidas, a todas las fábricas y localidades, según

su clase de producción y sus necesidades.⁷⁴

La situación general obligaba también a innovar con rapidez, lo cual era imposible en la escala del campesino o del comerciante aislado, o en las organizaciones meramente corporativas donde predominaban el espíritu y la moral individualistas. Por ejemplo, antes de la revolución se perdían inmensas cantidades de frutas que se pudrían bajo los árboles productores o en los almacenes de expedición por la insuficiencia de compras nacionales e internacionales. Era el caso de las naranjas que, en Inglaterra, tropezaban con la competencia de las otras naciones mediterráneas, lo que obligó a bajar los precios y a reducir la producción.⁷⁵

Pero a la guerra civil y al cierre de parte de los mercados europeos y del mercado interior en las regiones ocupadas por las tropas de Franco se agregaban los obstáculos opuestos solapadamente a la creación socialista libertaria por el Gobierno y sus aliados. Y además no sólo hubo exceso de producción naranjera: los hubo también de tomates y patatas. Entonces, una vez más, apareció la iniciativa de las colectividades.

74 Sin duda existían depósitos de materias primas distribuidos en las cinco provincias, pues es obvio que no se concentraba todo en Valencia.

75 Se había podido ensanchar el mercado nacional aumentando el consumo de las masas populares en Castilla, Extremadura, Galicia, parte de Andalucía; pero además del elevado precio del transporte, los gobiernos nunca se habían preocupado de tales problemas.

Se procuró aprovechar las naranjas sobrantes aumentando las cantidades de esencias habitualmente producidas. Se fabricó un alimento nuevo llamado «miel de naranja»; se empleó la pulpa para conservar la sangre en los mataderos, lo que procuró un alimento nuevo para las aves de corral; se aumentó la conservería de hortalizas y frutas. Las fábricas más importantes se hallaban en Murcia, Castellón de la Plana, Alfafar y Paterna. Así como los campesinos alemanes lo practicaban desde hacía mucho tiempo en sus cooperativas especializadas, se organizaron secaderos de patatas a fin de fabricar fécula para el alimento humano y animal; lo mismo se hizo para los tomates.

La sede de las federaciones comarcales había sido generalmente establecida en poblaciones situadas cerca de las carreteras o de los ferrocarriles, a fin de facilitar el transporte de las mercaderías. Es en estas poblaciones donde se almacenaban los excedentes de lo producido por las colectividades. Las secciones correspondientes del Comité Federal de Valencia estaban regularmente informadas de la importancia de las variedades, de la calidad, de la fecha de producción de los bienes almacenados y conocían las reservas disponibles para las entregas, las exportaciones, los cambios o el reparto necesario entre las comarcas y las colectividades.

La intensificación de la cría de ganado confirma este espíritu creador. Los gallineros, las vastas conejeras, los parques de avicultura fueron multiplicados. En julio de 1937,

la sola colectividad de Gandía producía en sus incubadoras 1.200 polluelos cada veintiún días. Aparecieron razas de conejos y aves de corral desconocidas para el campesino, a menudo apegado a sus variedades poco productoras; las colectividades dieron los primeros pasos ayudando a los que, por causas diversas, habían quedado rezagados.

Por fin, los esfuerzos de organización y justicia económica fueron completados por otros. Aquí, como en todas partes, el apetito de cultura, el deseo intenso de difundir la instrucción ha sido uno de los grandes motivos y de los grandes objetivos de la revolución. Cada colectividad ha creado una o dos secuelas con la misma rapidez con que ha procedido a sus primeras creaciones económicas. El salario familiar y la nueva ética permiten enviar a clase a todos los niños en edad escolar. En su esfera de influencia, las colectividades españolas darán, con una prontitud sin igual, el golpe de gracia al analfabetismo. Y no olvidemos que en el campo España contaba, al estallar la guerra civil, con un 60% de analfabetos.

Para completar este esfuerzo y con fines prácticos inmediatos, se abrió, a fines de 1937, una escuela para la formación de secretarios, contadores y tenedores de libros. Más de 100 alumnos fueron inmediatamente enviados por las colectividades.

Pero la última innovación de envergadura fue la Universidad de Moncada (provincia de Valencia). Su objetivo

era la formación de técnicos agrícolas. En las clases y en los cursos prácticos se enseñaba a los alumnos, también elegidos por las colectividades las diversas especialidades del trabajo de la tierra y de la zootecnia (modo de cuidar los animales, métodos selectivos, características de las razas, horticultura, fruticultura, apicultura, silvicultura, etcétera). Pronto el establecimiento contó con 300 alumnos, y hubiera contado con más si se hubiera podido hacer las cosas en mayor escala y si los profesores hubieran sido más numerosos.⁷⁶ Situada en la falda de una loma cubierta de naranjos, la Universidad de Moncada estaba también a disposición de las otras regiones.

Último aspecto de la solidaridad practicada: las colectividades levantinas, lo mismo que las aragonesas, tal vez en mayor número que éstas, han acogido mujeres y niños refugiados de Castilla ante el avance fascista. Centros de acogida fueron organizados en pleno campo, y colonias donde los jóvenes, bien alimentados, fraternal y paternalmente atendidos, olvidaban la guerra. Largas columnas de camiones partían, abasteciendo gratuitamente a la población madrileña. Las colectividades de Beniopa, Oliva, Gerosa, Tabernes de Valldigna, Beirrairo, Simat (todas de la comarca de Gandía), enviaron, en los seis primeros meses de guerra, 198 grandes camiones de víveres. Poco después de la caída de Málaga, un simple telefonazo bastó

76 Su desplazamiento, desde Valencia, implicaba un cambio total de modo de vida.

para que se enviara a Almería, lleno de refugiados, siete camiones sobrecargados de alimentos.

Porque ante las necesidades y las responsabilidades de la vida, nuestros compañeros no estaban paralizados ni insensibilizados por el espíritu burocrático y la papeluchería del Estado. Perfectos libertarios, practicaban un humanismo nuevo, sin engaño de ninguna clase, sin especular sobre el valor propagandístico que podía causar su actitud, sin más recompensa que la alegría intensa de la práctica solidarista.

XIV. CARCAGENTE

De estilo predominantemente campesino, Carcagente, situado en la provincia de Valencia, contaba, durante mi primera visita –en noviembre de 1936, con 18.000 habitantes. Aunque su historia social fuera menos dramática que la de Sueca o Cullera, nuestro movimiento estaba sólidamente implantado desde hacía mucho tiempo y grande era su importancia. Elemento de prueba: nuestro sindicato de campesinos contaba a la sazón 2.750 adherentes, incluyendo a varios centenares de pequeños campesinos; el de los embaladores de frutas –o más bien de las embaladoras, pues este trabajo era más de las mujeres que de los hombres–, 3.325; añádase 320 trabajadores de la construcción, 150 ferroviarios, 120 metalúrgicos y 450 miembros de profesiones varias. En total, el 41% de la población adherida a la CNT.

En la zona de Carcagente, es decir, en la jurisdicción de la localidad y en las localidades cercanas pero menos importantes, las grandes explotaciones agrícolas se habían especializado en la producción naranjera, que era dominante.

Y buen número de pequeños propietarios, que no podían vivir del producto de su tierra, completaban sus ingresos trabajando en los naranjales de los ricos o haciendo otros trabajos diversos. Situación muy frecuente en España y que debía concurrir a inclinar hacia la revolución social la resistencia nacida contra la amenaza fascista. La consecuencia lógica fue la influencia predominante de nuestra organización sindical, que sin tardar empezó a socializar las grandes propiedades agrarias.

Esta empresa fue facilitada por la huida de los terratenientes y porque era preciso evitar que los bienes de producción ahora disponibles fueran repartidos entre nuevos beneficiarios que habían reintroducido –modificado en ciertos aspectos pero idéntico en el fondo– el régimen de explotación, desorden y desigualdad que acababa de ser eliminado.

Simultáneamente y prosiguiendo la realización del ideal comunista libertario emprendido desde hacía tanto tiempo, nuestros compañeros dirigieron sus esfuerzos hacia la eliminación de la pequeña propiedad tradicional, transformando en cuanto fue posible las parcelas

individualmente cultivadas, esparcidas y subdivididas en vastas extensiones racionalmente explotadas merced a la propiedad común y a las técnicas superiores de trabajo.

He tenido la alegría de encontrar en Carcagente a compañeros que había conocido anteriormente en Barcelona o en Buenos Aires, donde habían emigrado durante la dictadura de Primo de Rivera. Me afirman que las transformaciones realizadas se hicieron sin que fuera necesario apelar a la fuerza, especialmente en lo que se refiere a los pequeños propietarios. Las adhesiones han sido voluntarias, imitándose a nuestros militantes que dieron el ejemplo aportando sus tierras, sus animales de tiro, sus aperos de labranza. Hubo algunos reacios, pero los colectivistas libertarios tienen una fe absoluta en la superioridad del trabajo colectivo y en los resultados prácticos y morales del apoyo mutuo. Están firmemente persuadidos de que el ejemplo acabará por convencer a los que todavía vacilan. Tan grande es su convicción que en varios casos –y el mismo hecho me será señalado en ocasiones posteriores– no han vacilado, para completar ciertas tierras colectivizadas en medio de las cuales se hallaban fincas pertenecientes a individualistas, en ofrecer a estos últimos tierras mejores que las que poseían e incluso ayudarles a establecerse en ellas.

Bastaron algunos meses para que los resultados estuvieran a la vista. En primer lugar, una crisis económica local fue dominada. Las dificultades nacidas de la guerra civil y de sus

repercusiones habían causado una parálisis comercial que dificultaba la venta de los productos cosechados, y los pequeños propietarios, contando con sus solas fuerzas, conocieron dificultades inquietantes. Pero después, el cambio de métodos y de relaciones ha permitido hallar posibilidades de venta, sea en Carcagente mismo, sea en Valencia o sea en otras provincias.

Con todo, las soluciones aportadas han remediado muy relativamente la crisis parcial. La parálisis causada en el mecanismo habitual de las exportaciones, y el bloqueo, o semibloqueo de España han creado una situación difícil. Y no se trata de aportar como remedio la organización municipal de beneficencia. Todo lo cual acentúa la obra de transformación social. Así es como, de continuo, los campesinos ofrecen sus tierras a la colectividad, solicitando su ingreso en la misma. Porque sólo la colectividad es capaz de tomar iniciativas revolucionarias y de encontrar soluciones valederas para reorganizar la vida local.

He leído pedidos de ingresos presentados –después de otros muchos– el día de mi visita. En ellos se enumeraba la superficie de las tierras ofrecidas, la calidad de las mismas, el lugar por ellas ocupado, el número de miembros de la familia, los instrumentos de trabajo. En esta enumeración no se reflejaba el menor indicio de violencia.

Con todo y ante la gravedad de las circunstancias creadas por la guerra civil, la libertad individual o la autonomía de los

productores que han permanecido al margen no significa que éstos puedan libremente frenar o interrumpir la producción. Nuestros compañeros han comprendido, desde el primer día, que era preciso colaborar para la victoria multiplicando los esfuerzos. Y sin esperar que las autoridades municipales y los partidos políticos asuman esta responsabilidad, el Sindicato de Campesinos ha nombrado una comisión de control del trabajo que recorre la zona agraria y cuida de que tanto los individualistas como los colectivistas no relajen su esfuerzo.

Naturalmente, es en primer lugar la colectividad organizada por el Sindicato de Campesinos la que predica con el ejemplo. He recorrido varios naranjales, uno de los cuales abarcaba la jurisdicción de cinco pueblos y he observado cuán grande era la limpieza, el cuidado prestado a los cultivos. Cada pulgada cuadrada era como peinada con un cuidado minucioso a fin de asegurar al árbol todos los elementos nutritivos del suelo. Bien conocido es el amor con que el campesino valenciano cuida su tierra y lo que en ella cultiva. Esto se imponía a la mirada. Nuestros compañeros no utilizaban los abonos habituales. Antes, me decían los que me acompañaban por las plantaciones, el trabajo era hecho por asalariados bastante indiferentes a los resultados. Los patronos compraban grandes cantidades de abonos químicos o de guano, cuando bastaba cuidar debidamente la tierra para obtener buenas cosechas.

Y después me mostraban, con alegría y orgullo, los

resultados de los injertos practicados por ellos a fin de seleccionar los árboles y mejorar la calidad de los frutos.

Pero he observado que en ciertas partes aparecían plantas distintas entre los naranjos. He pedido explicaciones. Entonces, mis compañeros me dijeron que si la guerra se prolonga las ciudades carecerán de víveres. Y en este suelo, generalmente arenoso y aunque poco propicio para esta clase de cultivo, han sembrado patatas tempranas. Han hecho más: aprovechando los cuatro meses que transcurren entre la cosecha del arroz y las siembras que siguen, han sembrado, en los arrozales valencianos, trigo de rápido crecimiento.

Después, ya que se trataba de mi primer contacto con una colectividad agraria, he pedido explicaciones sobre la organización general del trabajo. Y he descubierto que era a la vez mucho más sencilla y completa de lo que había imaginado. Como base, actúa una asamblea pública de trabajadores de la agricultura, en la que participan productores sindicados y no sindicados. A propuesta de los presentes, individualistas y colectivistas, se nombra por unanimidad o por mayoría de votos un comité dividido en dos secciones: la sección técnica, compuesta de seis miembros, encargada de dirigir la producción y los problemas de venta en el mercado español y extranjero, y la sección administrativa, compuesta por seis miembros y encargada de la contabilidad. La sección técnica cuenta con exportadores profesionales cuya competencia es

reconocida, que cumplen bien su cometido y parecen haberse incorporado realmente a la nueva estructura social.

En Carcagente la socialización industrial ha empezado *después* de la socialización agraria. Pero sus primeros pasos inspiran confianza.

El trabajo de la construcción está en manos del sindicato único correspondiente; el de la metalurgia, en manos del sindicato de los metalúrgicos; el sindicato de la madera ha reunido a todos los pequeños patronos y artesanos en un vasto taller único donde cada uno cobra una remuneración decidida en común, donde no se necesita ahora esperar con impaciencia al cliente y preguntarse si será posible pagar las deudas a fin de cada mes.

Los otros oficios, menos importantes, están agrupados en el sindicato único correspondiente. Las peluquerías, donde la luz, la organización, la limpieza, escaseaban tanto anteriormente, han sido sustituidas por varios establecimientos colectivos limpios y acogedores. Los que ayer eran competidores son ahora compañeros de trabajo.

Como se ha visto, en el embalaje de naranjas para la exportación está la mano de obra más numerosa. Varios almacenes de vastas proporciones especialmente organizados están destinados a este trabajo. Cada uno está dirigido por un comité nombrado por los trabajadores que comprende un perito profesional en materia comercial y un

delegado para cada tarea específica: fabricación de cajas de madera, selección y clasificación, acondicionamiento, etc.

En las distintas operaciones obreros y obreras trabajan activamente, siguiendo el ritmo de las máquinas cerca de las cuales las cajas de naranjas, adornadas con el espíritu artístico que corresponde al de los habitantes de la región, están puestas en orden, en espera de ser cargadas en los camiones del sindicato.

Estos frutos deben ser enviados a Inglaterra, Suecia, Francia y Holanda. «Queremos que se vea en el extranjero que con la producción socializada trabajamos mejor que antes», me dicen mis compañeros.

La industria de la construcción está también dirigida por un comité nombrado por la asamblea de los trabajadores. No se construyen casas nuevas –y sin duda no se construirán mientras dure la guerra– no sólo porque en los períodos de crisis la industria de la construcción es la primera que se paraliza, sino también porque buena parte de las casas que pertenecían a los ricos y a los fascistas locales han sido entregadas a los habitantes más desfavorecidos. Pero se procede a arreglos nuevos, adaptaciones y transformaciones. Parte de los patronos se han adherido al sindicato y trabajan tan bien como antes. Uno de los dos arquitectos de Carcagente ha ingresado con ellos.

Las fábricas de ladrillos y materiales de construcción

funcionan según los mismos principios y las mismas normas de retribución. Lo mismo ocurre en las otras ramas de la industria.

Cuando volví a Carcagente a principios de febrero de 1937, la rama de comercio socializada era la exportación naranjera. Pero con algunas novedades. La sección local de la UGT se había adherido a las realizaciones revolucionarias y por otra parte las actividades exportadoras estaban armonizadas con el Comité Regional de Valencia. Cuando este Comité formulaba una demanda, los seleccionadores de Carcagente se desplazaban hacia las zonas donde era posible hallar las variedades y las cantidades pedidas. Los mismos seleccionadores indicaban cuándo se debía recoger las frutas, según la duración y las circunstancias del viaje previsto, y los países compradores.

Para el conjunto de la distribución y a pesar de los consejos que yo había dado a fin de escapar al alza de los precios lenta, pero persistente, que contrarrestaba parte de los resultados obtenidos en el terreno de la producción, el pequeño comercio existía todavía. Constituía un factor negativo y había llegado el momento de preguntarse si no convenía emprender una nueva etapa, complementaria de la primera.

Se había dado un primer paso, del que se encuentran bastantes casos, especialmente en la región levantina, constituyendo un Comité de Abastecimiento que se

encargaba de suministrar víveres no producidos en la misma población, y necesarios para la vida local. Este mismo Comité organizó los intercambios en la mayor escala posible. Mi amigo Grañén, que sería más tarde fusilado por los fascistas, proyectaba la organización de centros de distribución, en los diferentes barrios, lo que permitiría controlar tanto el mecanismo de los precios como la distribución de los bienes de consumo. El proyecto, que iba concretándose en Carcagente como en otras muchas localidades, no debía tardar en realizarse. Pues al mes, la mitad del comercio de Carcagente estaba socializada. Y Grañén tenía esperanzas fundadas de socializar la otra mitad.

En la misma época, parte de los naranjos cuyos productos no se vendían en las mismas proporciones ante las dificultades del comercio exterior habían sido arrancados y sustituidos por la horticultura. Se producía una integración económica que por lo demás se operaba también en otras partes.

En la noche de mi primera visita, en noviembre de 1936, yo debía dar una conferencia que mis compañeros me habían pedido, y que había sido una de las principales razones de mi visita a Carcagente. Antes de ir a la tribuna quise informarme sobre las realizaciones llevadas a cabo, para no hablar de generalidades desprovistas de interés. Y cuando compenetrado con lo que se me había explicado, me dirigí a esos hombres, a esas mujeres que esperaban mis palabras con un fervor que hacía más intenso el brillo de su mirada,

declaré honradamente que yo había venido para aportarles indicaciones útiles, como me habían pedido, pero que en realidad yo era el que había aprendido de ellos. Y salí del paso explicando lo que sería la nueva vida en España si ganábamos la guerra y extendíamos a todo el país la construcción colectivista.

Última pincelada a este cuadro de conjunto: mis compañeros quisieron tener para mí una de esas atenciones tan frecuentes en sus prácticas de hospitalidad, y me convidaron a comer con ellos una paella en el jardín de una de las torres más hermosas expropiadas en la parte exterior de Carcagente. Desde la loma donde nos encontrábamos se distinguían, en la parte llana, extensiones cubiertas de naranjales magníficos. Mis amigos me hicieron observar la belleza del lugar, lo saludable del clima, cuán descansada era la atmósfera y cuán verde la colina cercana cubierta de pinos que dominaba las inmediaciones. Pensé inmediatamente que el lugar era ideal para establecer una casa de reposo o de convalecencia. Pero en este caso tampoco necesitaban de mis consejos los libertarios de Carcagente. Después de haber consultado con los médicos, habían decidido transformar la bella morada en sanatorio para tuberculosos.

XV. JÁTIVA

Como Carcagente, Játiva está situada en la provincia de Valencia. Imposible es, al evocarla, no ver resurgir en el pensamiento su estilo, árabe como su nombre, el hermoso valle en que ha sido construida, su clima maravilloso y la intensa pureza de su cielo añil. Con algunos de los compañeros del lugar, fui a visitar las ruinas del castillo moro erectas a lo largo de las cumbres que dominaban la ciudad y donde mimosas magníficas crecían entre las grietas de las murallas entreabiertas por el tiempo. Desde allí, un paisaje de ensueño se extendía ante la mirada, ofreciendo a nuestra admiración cultivos varios, y más allá, amplios naranjales donde las frutas de oro, en número infinito, pendían como cascadas a lo largo de ramas sobrecargadas y enmarcadas en follaje que rutilaba al sol.

La fundación de la colectividad de Játiva no ha sido tan

rápida como la de Carcagente; sin embargo, muy cercana. Empero, el movimiento social era de lejana fecha, y siempre habíamos contado buenos militantes en esta localidad. Sobre 17.000 habitantes, 3.000 estaban adheridos a la CNT. Dominaba la apicultura; la industria, mucho menos importante, derivaba de la producción agraria, sobre todo de naranjas y de las actividades consecuentes, de arroz, preparado y molido en el mismo lugar, de aceitunas transformadas aquí en grasa líquida.

El ataque fascista había reunido a todas las facciones de izquierda que, como en tantos lugares, convergieron en el Municipio. Y muy pronto éste se compuso, según la importancia numérica de las fuerzas representadas, de cinco miembros de la CNT, cinco de la UGT, un socialista, un comunista, un republicano de izquierda y un miembro del partido autonomista valenciano.

Y aunque la industria no fuera sino consecuencia de la agricultura, ella mostró el camino de la socialización. No en forma generalizada desde el primer momento, sino escalonadamente, de modo que en enero de 1937 los peluqueros se disponían –entre los últimos– a colectivizar, junto con sus patronos, los establecimientos que hasta entonces se habían limitado a controlar.

En estas actividades no agrícolas la estructura y el funcionamiento son los mismos que hemos visto ya: secciones técnicas de organización, secciones

administrativas; los sindicatos dirigen las actividades de los talleres donde los obreros eligen los comités encargados de la dirección en el mismo lugar del trabajo.

Pero la Colectividad agraria, nacida el 16 de enero de 1937, tres meses después de nuestra primera visita, nos parece más importante porque arrancaba con tal fuerza que nos dejó una impresión casi fulgurante.

Existía al respecto una razón fundamental, que nos explica muchos casos análogos que hemos tenido ocasión de observar: el mayor número de los miembros de la CNT eran campesinos, hombres esforzados, acostumbrados al trabajo responsable, a crear directamente, mientras en la sección local de la UGT predominaban los empleados de administración pública y privada, numerosos comerciantes, y la parte conservadora de los pequeños campesinos cuyos intereses pretendía defender la central socialista reformista, al mismo tiempo que la propiedad tradicional de la tierra.

Actitud que contradecía los postulados esenciales del marxismo y los conceptos de Marx y Engels, pero el marxismo de los socialistas españoles no se teñía de rojo vivo, sino de color de rosa anémica. ¡Y Marx como Engels y sus continuadores dijeron tantas cosas contradictorias!

Sin embargo, nuestros compañeros no pretendían quitar por fuerza los medios de producción de quien fuera –a no ser que se tratara de fascistas, de terratenientes o de

caciques—, exceptuando casos aislados que admitimos como hipótesis, pues en un hecho histórico de esta magnitud se producen excesos que, en este caso, serían excepciones que confirman la regla general. Por el contrario, en la Revolución agraria española que se ha producido, sorprende ver cuán grande fue —siempre considerado en conjunto— la tolerancia hacia los individualistas. Aducimos en este libro bastantes ejemplos para que nuestra afirmación sea considerada como reflejo de la verdad.

La pujanza del nacimiento de la colectividad agraria de Játiva se explica también por otras razones, que completan las ya expuestas. Antes del ataque fascista, los libertarios del lugar ejercían una influencia *constructiva* con relación a numerosos campesinos agrupados en una sociedad mutualista local. Y son ellos quienes ahora constituyen el núcleo organizador, el elemento de base del microcosmos en estado de formación. Contrariamente a lo que se supone tan a menudo, es difícil convertirse de golpe en organizador, y muy a menudo se encuentra en los antecedentes de esta revolución una actividad práctica que explica la seguridad del acierto, la rapidez del éxito.

Al mismo tiempo. Játiva ofrece otros rasgos notables de conciencia humana y social. Tal es el caso de un fabricante de aceite de oliva, cuyo molino constituía una fortuna en la escala local, y que dio espontáneamente sus máquinas, su instalación y sus tierras a la colectividad. Tal el caso de su hijo, privilegiado él también, que aportó todo su dinero y el

de su mujer. Y el del secretario de la Colectividad, que hizo lo mismo.⁷⁷ Se comprenderá, pues, el optimismo idealista que se leía en las miradas, en los gestos, en la actitud, en el andar casi, de los que se daban por entero a las tareas múltiples que les estaban encomendadas o que se imponían con entusiasmo. Este espíritu aparece en el Reglamento redactado, después de numerosas deliberaciones, y publicado en un pequeño carnet blanco que el autor conserva siempre con religioso fervor. Reproducimos a continuación los artículos que nos parecen más característicos:

Art. 1º. La denominación de esta colectividad es Colectividad de Productores Agrícolas.

Art. 2º. La colectivización se efectúa entre los campesinos, colonos y propietarios que voluntariamente soliciten ingresar en la misma y se les acepte su propuesta⁷⁸ en asamblea general.

Art. 3º. Cuando una parcela se encuentre en medio de tierras colectivizadas y constituya un estorbo para la colectividad, se permutará por otra, aunque con ventaja

77 Este compañero, muchacho muy joven, me sorprendió por su conocimiento de la agricultura española. Sin embargo, era desconocido en nuestro movimiento.

78 Respetamos el estilo de esos campesinos que ignoraban la sintaxis pero que sabían organizar un mundo nuevo.

para el que se le obligue a permutar.

Art. 4°. Las viudas de campesinos que no tengan vida propia de otra procedencia que la tierra pasarán, si lo desean, a formar parte de la colectividad.

Art. 5°. Cada familia cultivará la tierra que se le señale.⁷⁹ Los que queden al margen de la colectivización deberán reservarse sólo la tierra que podrán laborar por sí.

Su exceso de terreno pasará a esta colectividad, o bien a personas controladas por una de las dos sindicales.⁸⁰

Art. 6°. Será norma admitir en la colectividad a productores de otras ramas que sean complemento de nuestras necesidades.

Art. 10°. La defensa de nuestra producción y regulación de cultivos estará a cargo de las siguientes comisiones:

- a) Estadística.
- b) Riegos.
- c) Abonos, semillas y nuevos cultivos.
- d) Plagas, desinfección y fumigación.

⁷⁹ Ver la nota 77.

⁸⁰ Es decir, de las dos centrales sindicales, la UGT y la CNT.

- e) Economato, compras y precios de venta.
- f) Ganadería, avicultura y apicultura.
- g) Herramientas y maquinarias.
- h) Envases y conservación de la producción.
- i) Análisis.
- j) Piensos.
- k) Transportes.
- l) Producción y dirección técnica para realizarla, y
- ll) Labradores.

Art. 11°. De la administración de la colectividad serán responsables: Presidente; Secretario; Tesorero; y un Vocal por cada una de las comisiones indicadas en el artículo anterior, que procedan de las mismas.

Art. 12°. Todos los delegados de las comisiones que se citan tendrán obligación de laborar la tierra, las horas que los demás campesinos, exceptuando, únicamente, las que precisen para sus gestiones.

Art. 14°. La producción de los colectivizados no podrá efectuarse más que en los trabajos relacionados con la colectividad.

Art. 15°. El alquiler de las viviendas que habiten los colectivistas será abonado por la colectividad, aparte del salario que se asigna.⁸¹

Art. 16°. Los muebles para casarse, por primera vez los colectivistas, serán abonados por la colectividad hasta la cantidad de... pesetas⁸² siempre que el beneficiado pertenezca a la misma más de seis meses y su conducta haya sido merecedora de ello.

Art. 21°. No se permitirá el trabajo a los menores de catorce años, los cuales vendrán obligados a concurrir a la escuela desde los seis años. De la no asistencia a dicho centro escolar, serán responsables los padres o tutores, y por cada falta no justificada se les deducirá un día de haber, o sea seis pesetas al colectivo responsable.

Art. 22°. Se seleccionará, para seguir estudios superiores, los hijos de colectivos más capacitados en bien de la humanidad, y los gastos serán atendidos por

81 Nos parece útil una aclaración. Había adherentes a la Colectividad en formación que mientras ésta no estuviera definitivamente constituida seguían trabajando sus tierras, lo que explica el artículo 5°, y por otra parte, los colectivistas seguían —y siguieron en todos los casos— habitando en sus viviendas habituales, es decir, practicando su vida familiar independiente. Nada parecido a las comunidades implantadas en los kibutzim israelitas, a la vida de convento, o a las colonias socialistas cerradas de los Estados Unidos en el siglo pasado.

82 Cantidad no estipulada.

esta colectividad.

Art. 24°. Todos vendrán obligados a trabajar el tiempo que se precise en bien de la economía de la colectividad.

Art. 25°. Todo colectivista viene obligado a prestar ayuda allí donde se encuentre, en los trabajos urgentes, como por ejemplo la recogida de una cosecha, la carga de un vehículo, etc.

Art. 28°. Siempre que se observe mala conducta por un colectivizado, será sancionado hasta por segunda vez, pero la reincidencia hasta la tercera producirá la expulsión del mismo, sin derecho a indemnización alguna.

Art. 29°. Todo compañero podrá salirse de la colectividad cuando lo desee, avisando con ocho días de anticipación y con pérdida de todos sus derechos.

Art. 30°. Habiéndose acordado por el Sindicato Agrícola «La Protectora», en su asamblea general, celebrada el 24 del corriente, traspasar a esta colectividad su activo y pasivo, se procederá a practicar un inventario reconociendo esta colectividad el activo de los socios de aquellas que no se colectivicen, y a los cuales se les facilitará abonos, y se les devolverá el capital que resulten tener a medida que lo soliciten.

Art. 31°. Se celebrarán cuantas juntas y asambleas sean

necesarias para la buena marcha de la colectividad, y al final de cada año agrícola, que se considerará el 1° de octubre, se presentarán cuentas para la aprobación por la asamblea general.

El documento, fechado el 30 de enero de 1937, va firmado por Rafael Llopis, presidente, y Rafael Pardo, secretario, pero suponemos que debió ser el secretario de actas.

Si algo ha sido olvidado, la experiencia se encargará de revelarlo, y los estatutos serán completados o mejorados. Agreguemos, por de pronto, que no sólo la enseñanza será obligatoria, sino que será impartida en la escuela de la colectividad, que ya tiene sus maestros, y que desde el principio se preparó a poner en condiciones tres edificios escolares para las clases, y un cuarto para que, en las horas no escolares, los niños pudieran estudiar o recrearse.

Proyectos de tal envergadura deben basarse en una situación material pujante. Y así es. En quince días, cerca de 500 familias han solicitado su ingreso, ofreciendo todos sus bienes. La mayoría pertenece a la CNT, la minoría a la UGT, porque como hemos consignado, y merece repetirse, en casi todas partes miembros del Partido Socialista, o de la organización sindical reformista que él inspira o dirige, se han negado a respetar las órdenes de sus líderes. Y las adhesiones serían mucho más numerosas si los organizadores de la colectividad no observaran una cierta cautela para evitar ser desbordados, o estorbados por

colectivistas aún inseguros.

Al adherir, cada miembro nuevo llena una fórmula donde figuran su identidad, la de su mujer e hijos, de los padres a su cargo, el capital productor y el activo que aporta, su pasivo y sus deudas en tierra, dinero, herramientas, animales de tiro.

La superficie total proveniente de lo expropiado a los fascistas, a los latifundistas, o aportado por los adherentes, se eleva a 5.114 hectáreas, de las cuales 2.421 son de regadío y 2.693 de secano. Quince días después de haberse inaugurado oficialmente la colectividad, el comité técnico dirigía el trabajo en una extensión de 446 hectáreas. Gracias a la iniciativa general y al entusiasmo de todos, se habían desbrozado 75 hectáreas de tierra nuevamente dedicada a la producción, a las que se había sembrado de trigo temprano y de patatas en previsión de la penuria que amenazaba a las ciudades.

Según el proyecto establecido por los técnicos, el 25% de las tierras está dedicado al cultivo del arroz, 25% a los naranjales y 50% a la horticultura.

Se ha decidido innovar la cría de ganado. En tres semanas, 400 carneros, ovejas y cabras (las famosas cabras de Murcia) han sido encargados. Se espera poder suministrar así y en muy breve plazo la carne necesaria para la ciudad, tanto más necesaria cuanto las principales zonas productoras (Castilla,

Extremadura, Galicia) están en manos de las fuerzas franquistas.

Igual iniciativa para las aves de corral y los huevos. Se han comprado dos incubadoras, elementos de arranque para una mayor producción. La apicultura figura como simple proyecto, pero pronto será desarrollada porque en esta región las flores y los árboles frutales ofrecen posibilidades para una producción hasta ahora descuidada. En fin, se toman las medidas para una plantación de pinos –cuyos elementos han sido ya comprados– en la parte de la sierra que no puede ser entregada al cultivo de víveres, y que la erosión va desnudando cada vez más.

En muy poco tiempo la colectividad ha comprado tres camiones; ha emprendido importantes obras para mejorar y extender el regadío de las tierras de secano. En una semana se ha profundizado parte de las acequias y emprendido la construcción de otras. El procedimiento adoptado consiste en elevar el agua por medio de motores eléctricos en puntos estratégicos, desde donde será distribuida en tierras que, hasta el presente, habían sido condenadas a la esterilidad porque la pequeña propiedad no tenía ni los recursos necesarios ni la iniciativa para emprender tales trabajos.⁸³

En el reglamento figura la creación de un economato. Los

⁸³ La iniciativa fue rápidamente realizada. Cuando el agua brotó y se expandió hacia los naranjales, se temió una inundación, y fue preciso mandar a todo correr a un muchacho para cortar el tumultuoso y maravilloso chorro.

miembros de la colectividad podrán proveerse en él de los productos que necesitarán. Incluso podrían pedir estos productos en grandes cantidades e ir pagándolos a precio de costo; de este modo, las dueñas de casa no tendrán que desplazarse diariamente para ir a comprar jamón, tocino, aceite o carbón de leña.

Como en todas las colectividades, los animales de tiro – asnos, mulos, caballos– son guardados en vastas cuadras especialmente organizadas según se trate de animales empleados para trabajos ligeros o pesados.

Por la mañana, los hombres encargados de estas tareas uncen los animales en los carros, lo que aligera el trabajo de los labradores. Por la noche, cuando regresan, cansados, no tienen que trabajar aún media hora más para atender a los animales antes de presentarse en su hogar. Sus compañeros cumplen estas labores. Si deben descargarse materiales o productos, otros acuden a ayudarles. A menudo son tan numerosos que se estorban unos a otros.

Apenas dos meses después de constituirse la Colectividad de Játiva, recibimos de su secretario una carta–informe que consideramos útil reproducir integralmente:

Játiva, 8 de marzo de 1937.

Al compañero Gastón Leval.

Estimado compañero:

He ido demorando el escribirte, a pesar de mi promesa de que lo haría a la mayor brevedad, por mi deseo de informarte lo más ampliamente posible sobre la marcha económica de esta Colectividad, pero como para hacerte el estudio que yo desearía se prorrogaría demasiado, me he decidido a enviarte de momento los datos de que ya dispongo, y dejo para más adelante el ampliarte mi información.

El número de carnets expedidos hasta el día es de 408. De ellos hay afiliados a la UGT, 82, y los restantes a la CNT. Hay además 23 solicitudes en espera de que la Comisión Revisora les admita o rechace, y existe un ambiente favorable para colectivizarse frenado por el acuerdo tomado por la colectividad de no ir aprisa, pues la moral de los colectivistas es hoy enorme al abundar en la misma los elementos afectos, y debido a ello se trabaja más que nunca, el personal rinde casi el doble que antes de la sublevación, y preferiríamos que la entrada del personal que ha quedado al margen se realice poco a poco con miras a que no puedan enturbiarnos este ambiente tan magnífico que es la garantía del éxito.

Los salarios que corresponden a los 408 carnets aprobados representan semanalmente 22.811 pesetas, de las cuales hemos de deducir 1.108.50 que familiares de los colectivizados obtienen en otras profesiones, y que de acuerdo con el Reglamento entregan. Además, hemos de añadir al año:

Para médicos y operaciones, partos, dentistas, análisis, medicamentos y especialistas de ojos...	76.000
Para compra de muebles a los colectivizados que celebren matrimonio...	9.250
Como estos cálculos son anuales, resulta por semana...	689.42
Para alquileres y viviendas de los colectivizados pesetas mensuales...	2.632
O sea por semana...	607.40

Todo lo cual significa un gasto semanal de 22.999,42 que, dividido por 453 hombres útiles para el trabajo, han resultado de los 408 carnets,⁸⁴ y exceptuando desde luego los ancianos e inválidos, resulta el promedio del salario familiar por cada individuo a 50.70 pesetas semanales.

Todo lo cual representa anualmente un gasto en salarios de 1.199.247,65 pesetas. El cálculo de lo necesario para abonos, fumigación, maquinaria, piensos y demás gastos, así como el ingreso por la venta de la producción, lo vamos aún realizando sin que hayamos cerrado las estadísticas debido a que estamos aún celebrando reuniones con los colonos que no han ingresado, para concertar las tierras que debe quedarse cada uno, que son las que puede cultivar personalmente,

84 Los 408 carnets representaban al jefe de familia –un carnet por familia– pero podía haber, y había, otros miembros de la familia y trabajadores que iban englobados en los carnets, lo mismo que los ancianos e inválidos, que tampoco figuraban individualmente cuando pertenecían a una familia representada por lo que llamaremos un cabeza de familia.

y cedernos las que le sobren.

Estas modificaciones alteran la estadística a cada momento, y por tanto hasta no terminar esta labor es imposible efectuar ningún cálculo exacto.

Claro que esto lo demoramos porque la colectividad, pues en números redondos puede ahora calcular:

Valor de la producción de 340 hectáreas de naranjales a un mínimo de 3.000 pesetas...	1.020.000
fd. 100 hectáreas de arrozal a un promedio 720 quintales a 350 el quintal...	252.000
fd. 280 hectáreas de regadío a un promedio desde luego superior a 6.000 pesetas...	1.680.000
fd de 1.000 hectáreas de secano a un promedio de 300 pesetas...	300.030
Total...	3.252.000
A deducir por salarios...	1 199.247.65
Líquido...	2.052.752.35

Empleados para abonos, piensos, etc., etc., que si tenemos en cuenta que en todos los cálculos hemos puesto cifras muy por debajo, observaremos una reserva que entendemos prudente mantener en los principios para que a medida que nuestras reservas nos lo permitan, ofrecer a los colonos la garantía de nuestra prosperidad que será el fundamento para que los colonos y propietarios que de momento no se han decidido a pedir su ingreso lo hagan después de convencidos ya de que les interesa, pues si nos llegan con este convencimiento haremos mejor conjunto que si lo hicieran desanimados.

En los tres meses que llevamos de colectividad hemos adquirido seis camiones por valor de 100.000 pesetas, hemos ampliado el ganado⁸⁵ en 12 mulas y 230 cabras, estamos esperando recibir 40 vacas, hemos instalado la granja avícola que aumenta de continuo su producción y cuenta ya con seis incubadoras. Actualmente solamente producimos 3.000 huevos mensuales que nada significan si no fuera por el poco tiempo que llevamos, pero habiéndose tomado el acuerdo de que progrese la misma en relación a la producción que obtenga, teniendo los colectivistas todos los productos agrícolas gratis, más todos los sueldos, fácilmente se comprenderá que en muy poco tiempo puede esta granja ser una cosa seria.

La producción y existencias traídas por los colectivistas asciende a unas 400.000 pesetas.

Hasta la próxima, queda tuyo y de la causa,

Vicente Gómez.

85 «Hemos ampliado el ganado», lo cual deja suponer que las 230 cabras deben añadirse a las que habían sido compradas anteriormente.

Tercera Parte

**COLECTIVIDADES, CONTABILIDAD
Y DEMOCRACIA LIBERTARIA**

XVI. COLECTIVIDADES LEVANTINAS

Segorbe (Castellón)

Numerosos eran los libertarios en esta ciudad de menor importancia, que contaba con 7.000 habitantes; pero también lo eran los militantes socialistas, ugetistas, republicanos y comunistas. Agreguemos los colonos que esperaban repartirse las posesiones de los grandes terratenientes expropiados y los pequeños propietarios tradicionalistas, satisfechos de su situación, que no se sentían atraídos por la organización colectiva. Estas fuerzas adversas constituían una oposición unida contra la socialización propuesta por los libertarios, y se sentían sostenidos por los discursos vehementes que el ministro de Agricultura, el comunista Uribe, pronunciaba en la radio de Valencia, incitando a los campesinos a la resistencia, es decir, a la lucha contra las colectividades, mientras *la Pasionaria*,

líder fogosa del estalinismo, utilizando los argumentos clásicamente esgrimidos por los reaccionarios, les decía por el mismo canal: «¿Verdad, compañeros campesinos, que es doloroso trabajar la tierra penosamente noche y día durante un año entero para que, al final, malvados infames vengan a despojarles del fruto de sus esfuerzos?» Y a renglón seguido, preconizaba la lucha «por todos los medios», lo cual implicaba el uso de las escopetas de caza.

Poco faltó para que se produjeran incidentes sangrientos, que los estalinianos se esforzaban por provocar, como los habían provocado en otras partes de la región levantina, y cuando el autor de estas líneas pasó por primera vez por Segorbe, debió esforzarse, después de haber dado una conferencia sobre la superioridad económica y social de las colectivizaciones, por apaciguar el ánimo de sus exasperados compañeros de ideas, aconsejándoles evitar un choque brutal y empezar con una colectividad modesta, que atraería nuevos adherentes, convencidos por los hechos, como había ocurrido en otras partes.

La comarca de Segorbe contaba con 42 pueblos, en los cuales, como lo habían hecho en otros lugares, nuestros compañeros habían entrado en los concejos municipales, donde se esforzaban por hacer aceptar reformas sociales a menudo fundamentales.

Por iniciativa suya en la mayoría de estos pueblos –o en su totalidad–, se empezó por establecer el control de los

precios a fin de impedir que los pequeños comerciantes especularan aprovechando una situación anormal; luego, se municipalizó el comercio, en primer lugar para abastecer a los combatientes del frente, situado a corta distancia. Etapa siguiente: se estableció un comité que distribuía los artículos a los comerciantes controlados. Después de lo cual, teniéndose en mano las fuentes de abastecimiento, aparecieron las «cooperativas municipales», todo bajo la dirección de los delegados de siete municipios, elegidos por una asamblea comarcal para dirigir la distribución en los 42 pueblos. En fin, la «Comuna Libre de Segorbe» nació con un núcleo inicial de 42 familias. Un mes más tarde contaba 90 familias, y su desarrollo era tan pujante que el diputado laborista Fenner Brockway la citaba con elogios a su regreso a Inglaterra.

Jérica. (Castellón)

También en este caso, y aunque no fuera ni con mucho reaccionaria, la población no aceptaba la colectivización de las tierras, incluso las expropiadas a los terratenientes fascistas, porque el espíritu colectivista no concordaba con la psicología de sus habitantes. Y, en este caso también, habría sido necesario establecer en qué medida el temor al triunfo del franquismo, o a un regreso social después de la victoria de la República, causaba la actitud negativa de los

que, hasta en ciertos pueblos aragoneses, no se decidían a aceptar las soluciones nuevas.

En Jérica, ocho meses después del 19 de julio de 1937, la CNT contaba sólo 200 adherentes, lo mismo que la UGT. Con esta diferencia que tantas veces constatamos: la adhesión a la UGT respondía al deseo de los pequeños propietarios conservadores, de los pequeños comerciantes, y de otros elementos recientemente sindicados, de oponerse a las realizaciones revolucionarias, de mantener la existencia de una sociedad dividida en clases donde cada cual esperaba sacar los mayores provechos a costa de los demás.

Sin embargo, se empezó por socializar la industria. Seguidamente, nuestro sindicato se apoderó de cinco latifundios que se extendían respectivamente en superficies de 70, 80 y 90 hectáreas. Setenta familias de la CNT y 10 de la UGT se instalaron en la primera, donde la tierra era muy productiva. E inmediatamente el número de los colectivistas fue aumentando.

Soneja (Castellón).

El movimiento libertario era aquí muy antiguo, y sin duda remontaba al período de la Primera Internacional. En el año 1921, varios compañeros nuestros organizaron en forma

cooperativa una fábrica de yeso, a fin de libertarse de la explotación patronal y de realizar una obra constructiva. Diez años más tarde, casi todo el yeso empleado en el pueblo y los alrededores salía de la empresa que, en el año 1936, disponía de un capital monetario de 300.000 pesetas. Como siete pesetas diarias eran un buen sueldo para un trabajador con oficio, puede considerarse que esa cantidad constituía una pequeña fortuna.

Pero otras cosas aparecen en el activo de nuestros compañeros, pues los recursos de que habían podido disponer les permitieron construir una pequeña escuela que la cooperativa mantenía monetariamente. Fundaron igualmente una sociedad cultural y una biblioteca pública. Gracias a su aporte, no había en Soneja niños en edad escolar analfabetos. Por todo lo cual se les consideraba como el núcleo más idealista de la región, y tan proverbial era su elevación moral que a menudo se acudía a su arbitraje para resolver ciertos litigios.

Después del 19 de julio se eligió un nuevo Concejo municipal, donde constituyeron la mayoría. Lo mismo que en Segorbe, se empezó por socializar la industria. Sólo en marzo de 1937 el sindicato general emprendió la socialización agrícola, siempre, desde luego, en tierras abandonadas por los fascistas o dejadas improductivas por abandono o incapacidad física.

No se alcanzó las proporciones de otras localidades. Sin

embargo, se puso en pie una colectividad que fue desarrollándose.

Sueca (Valencia).

El 19 de julio, fecha del ataque fascista y de la movilización antifascista en todo el Levante, las fuerzas cenetistas, republicanas y socialistas, constituyeron un Comité de Defensa, tomaron las medidas de protección que se imponían y se esforzaron inmediatamente después por asegurar la existencia de todos los habitantes; luego, confiscaron las tierras de los grandes propietarios.

En el primer período, estas tierras fueron trabajadas en beneficio de todos. En un segundo período, el Comité de Defensa se incautó de todo el suelo cultivado y lo repartió según las necesidades de cada familia y las especializaciones de las diversas zonas agrícolas. Este sistema, que recordaba la práctica del *mir* ruso antes de la caída del zarismo, fue el único caso de este género de solución agraria que llegó a nuestro conocimiento. Pero, lo mismo que en el *mir*, la tierra era entregada en usufructo, no en propiedad jurídicamente sancionada.

Un matrimonio recibía dos hectáreas de tierra excelente, y regada; se le entregaba una hectárea más por el primer hijo,

y, de acuerdo a las normas generalmente establecidas por el salario familiar, se aplicaba para los otros hijos una tasa descendente. Los propietarios medianos, relativamente numerosos, vieron sus bienes reducidos al nivel común establecido.

Al mismo tiempo –tal vez antes, no podemos afirmar con absoluta seguridad–, el mismo Comité de Defensa, inspirado por los elementos libertarios que en él se hallaban, establecía el control de los arrozales, pues el arroz era la producción más importante de esta zona. La Comisión administrativa de la agricultura, especialmente nombrada y facultada para esta clase de operaciones, vendió la cosecha y distribuyó el producto de esta venta. Para lo cual fue establecida en un Banco local una cuenta corriente que permitía a cada familia cobrar su parte de dinero disponible cada semana, cada quincena o cada mes dentro de los límites establecidos para evitar el despilfarro y el desorden.

Fue entonces cuando, el 10 de enero de 1937, o sea siete meses después de haber empezado la guerra civil y la revolución, el sindicato de campesinos de la CNT, que agrupaba 2.000 adherentes, fundó la Colectividad Agraria de Sueca. Cuatrocientas familias se alistaron, aportando sus tierras y sus elementos de trabajo. De entrada dispusieron de 1.000 hectáreas de tierra sumamente fértiles para la agricultura general, de 200 hectáreas de tierras dedicadas a la horticultura y de una parte proporcional de tierras tomadas a los fascistas. Jurídicamente, estas tierras seguían

perteneciendo a la comuna, pero los usufructuarios las trabajaban como mejor les parecía.

Poco después, 32 familias de miembros de la UGT y 10 miembros del Partido Comunista fundaban una colectividad. El ejemplo cundía, incluso entre nuestros adversarios.

Benicarló (Castellón)

El proceso seguido por Benicarló recuerda mucho al de Segorbe. Ninguno de los 52 pueblos de la comarca se decidía, al principio, a intentar la experiencia colectivista, sea de manera parcial, sea en forma integral, y para nuestros compañeros no se trataba por fuerza. Sin embargo, la resistencia fue disminuyendo, y las colectividades aparecieron.

En este caso también la participación en los concejos municipales y las soluciones aportadas al problema del abastecimiento abrieron el camino. Habiéndose paralizado el comercio privado, nuestros camaradas hicieron frente a la situación movilizandocamiones y camionetas con los que iban a las ciudades a buscar los productos necesarios, organizando también un comité municipal encargado de compras y ventas *para el conjunto de los 52 pueblos de la comarca de Benicarló*.

Este organismo empezó por comprar a los campesinos sus productos, que fueron enviados a los lugares de consumo o de entrega, hasta en el extranjero –Benicarló es puerto de mar–. Luego, o al mismo tiempo, centralizó las semillas diversas, seleccionadas o no, y los abonos químicos que distribuyó especialmente para intensificar la producción de trigo y patatas en previsión de la carestía que podía temerse durante el invierno (los campesinos se preocupaban más de la suerte de las ciudades que los mismos gobernantes y los habitantes interesados). Estas medidas, que recuerdan las tomadas en otras partes, fueron completadas por el control del trabajo de los pequeños propietarios para evitar todo sabotaje o descuido perjudicial en un período en que debían prevalecer las necesidades generales.

Al mismo tiempo, el Comité de Benicarló aportaba, gracias a las relaciones fraternales que le permitían la unificación creciente de la industria y la agricultura, mejoras inmediatas a la situación de los campesinos. Los colonos y medieros no tenían ya que pagar –con productos o con dinero– el alquiler de la tierra. Muy pronto pudieron beneficiarse gratuitamente con la instalación de electricidad, facilitada por las relaciones intersindicales, y cada pueblo tuvo servicio telefónico.

Los recursos necesarios para estos progresos fueron obtenidos con el importe del alquiler de las casas en Benicarló, alquiler que fue entregado al Concejo municipal de la ciudad, por iniciativa de nuestros compañeros. En

cambio, los impuestos fueron suprimidos, y ningún propietario fue arrojado a la calle.

Después, como en todas partes, se fundaron escuelas, se organizaron jardines de niños. Todo lo cual terminó por convencer a los más reacios. Y las colectividades acabaron por nacer y desarrollarse.

En el caso de Benicarló, la iniciativa partió, pues, del centro. Partiendo del centro se establecieron y multiplicaron las «comunidades confederales», así llamadas por su carácter cenetista. Todo lo relacionado con la vida de la comarca pasaba por Benicarló, cuya situación estratégica facilitaba estas relaciones. Cada mañana, un promedio de 150 carros traían o llevaban productos de todas clases. La red fraterna se había tejido, extendiéndose con rapidez.

En cuanto a los partidos políticos, arrastrados por el movimiento, participaron o dejaron hacer.

XVII. LAS COLECTIVIDADES CASTELLANAS

Circunstancias especiales de la vida combatiente del autor han interrumpido demasiado temprano su estudio directo de las realizaciones de la revolución social española; entre otras insuficiencias, le impidieron observar personalmente las colectividades castellanas, o más exactamente ambas Castillas: la Vieja y la Nueva. Otra explicación estriba en el hecho que fue primero en Aragón, después en Levante, donde la socialización agraria cobró con mayor rapidez una pujanza notable. Esta socialización libertaria se produjo después en el centro de España, a la vez como un desarrollo natural y como una necesidad histórico-social.

Sin embargo, la región castellana, especialmente la que evocan automáticamente los conocedores de la historia española, no parecía madura para tal empresa, tan contraria al papel que ha desempeñado desde el aplastamiento de los

comuneros en tiempos de Carlos V.⁸⁶ Porque tan pronto terminó la Reconquista que acabó con la dominación árabe, fue por excelencia el hogar del centralismo y del predominio político nacional implantado por Fernando e Isabel, llamados con razón los «Reyes Católicos». El establecimiento de la Corte en Madrid, que el emperador decidió por responder a su visión política, creó en la población, como ocurre generalmente, un complejo de dominación y la Iglesia más fanática de la catolicidad –de la que la Monarquía hizo un instrumento del poder– reforzó esta situación con el peso de su fanatismo integral.

Con todo, las convicciones políticas, e incluso religiosas, no destruyen siempre y fatalmente las bellas cualidades humanas. Tal es el caso del campesino castellano cuya nobleza de espíritu y alma, cuya rectitud y profunda honradez, cuyo valor son las cualidades dominantes que inspiran el respeto de todos, y cuyo respeto del Estado mismo no implica sumisión voluntaria y servil. Cada individuo es ante todo un hombre, y su comportamiento está ante todo inspirado por su conciencia.

Por otra parte, la tradición comunalista ha resistido en Castilla, como en otras regiones, al ataque del Estado, y se

86 Aunque los comuneros hayan sido derrotados, en tiempos de Carlos V, en la batalla de Villalar (año 1521), no fueron el emperador y sus fuerzas los autores de este hecho. Mal que pese a muchos españoles admitirlo, fue únicamente la aristocracia española la que aplastó a la histórica sublevación democrática y ejecutó después a Padilla y a sus compañeros.

ha mantenido latente, bajo las estructuras autoritarias, un espíritu y una práctica de apoyo mutuo que personalidades como Adolfo Posadas y Joaquín Costa han ensalzado en obras como *El Derecho consuetudinario* o *El colectivismo agrario en España*. Para el campesino castellano, estas tradiciones permanecen, y la palabra dada vale más que la ley. Es acogedor y generoso. Es trabajador, cultivando el trigo que alimenta a casi todo el país en una tierra áspera, a una altitud media de 700 metros, luchando casi todo el año contra las heladas intensas o el tórrido calor. Esta lucha continua ha desarrollado en él cualidades de austeridad y tenacidad.

Sin embargo, las ideas libertarias habían penetrado muy poco en la meseta castellana. Dominaban los conservadores tradicionales y el caciquismo, también tradicional, con los latifundistas, la Guardia Civil, los médicos y los boticarios. Allí donde se registraba cierto despertar, los socialistas reformistas eran los beneficiarios. Pero la guerra cambió muchas cosas. En una parte de la amplia meseta no se luchó de inmediato contra las fuerzas militares del fascismo; en cambio se luchó contra los terratenientes, que eran, abierta o encubiertamente, sus aliados. Siendo tales, pasaron a las regiones arrebatadas a la República, lo que facilitó o provocó la toma de sus bienes, especialmente de sus tierras.

Y sin esperar, en todos los pueblos antes dominados por una organización social de los siglos pasados, el Frente Popular nombró administradores que confiscaron no sólo los

campos, sino también las máquinas y los animales de trabajo.

Simultáneamente la Unión General de Trabajadores nombró comités de administración para organizar la explotación de las tierras expropiadas. Y los comunistas, que formaban parte del Frente Popular y se habían deslizado en la organización reformista, ocuparon sin pérdida de tiempo puestos en los nuevos organismos.

La influencia de esta mezcolanza de administradores sin iniciativa creadora fue desastrosa. Los republicanos, perfectos legalistas que nunca habían imaginado tales responsabilidades, no sabían qué hacer con esos bienes de producción, ni con los productores, que sabían más que ellos. Los comunistas y los socialistas, acostumbrados a obrar de acuerdo a las instrucciones del Estado, esperaban órdenes que no llegaban, o no correspondían a las labores necesarias, o llegaban a destiempo.

Pero los trabajos del campo exigen una iniciativa constante, de acuerdo a circunstancias varias que no pueden preverse desde los despachos o las oficinas, y es insoportable para el campesino obedecer a gentes que nada saben de su trabajo. En lugar de suscitar, se frenaban las actividades.

Y ocurrió que la gran explotación, expropiada bajo la tutela del Estado que cumplía casi por fuerza una reforma agraria

de la que se hablaba desde largo tiempo –sin emprenderla nunca en la medida necesaria– produjo menos que antes; que los trabajadores se veían acusados de ser responsables de este retroceso, y ocurrió la interrupción parcial de los trabajos agrícolas, provenientes de la incapacidad de las autoridades agrícolas, de los comités de dirección estancados entre la gran propiedad individual y el socialismo; todos estos factores negativos causaban una baja en la producción que amenazaba a las ciudades, particularmente a Madrid.

La situación se tornó favorable para la colectividad. A lo cual se agregó la partida del Gobierno central ante la llegada de las tropas franquistas difícilmente contenidas a 12 kilómetros de la capital. El armazón del Estado se desarticulaba, el espíritu de la población se liberaba del gubernamentalismo, un espíritu nuevo nacía.

Así empezó una nueva etapa donde la influencia libertaria se hizo presente con un vigor inesperado. Es en Madrid donde se había anteriormente desarrollado y alcanzado un grado que le daba carácter histórico. Desde hacía algunos años, particularmente desde el nacimiento –en 1931– de la Segunda República mortinacida, el movimiento libertario había progresado en Madrid, donde el carácter burocrático y parasitario impreso por la residencia real, la presencia de la Corte, del Parlamento y de los diversos organismos del Estado, al mismo tiempo que la no industrialización, habían podido favorecer las instituciones parasitarias y relajado los

espíritus. Pero durante los cinco años que acababan de transcurrir, nuestro movimiento había arrancado con vigor, y nuestro diario *CNT* llegó a una tirada de 30.000 ejemplares. El sindicato del ramo de construcción, cuya organización tanto había costado a nuestros compañeros a pesar de la oposición del sindicato de la misma industria cuyo dirigente profesional era, desde largos años, Largo Caballero, contaba con 15.000 adherentes cuando se produjo el ataque franquista. El Sindicato de la Madera contaba el tercio de los ebanistas y carpinteros; al de las profesiones liberales, periodistas, ingenieros, escritores, movidos por su espíritu antiestatista, fuera de las filas de la UGT, acudían en número creciente.

Durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923–1930), un Ateneo (centro de difusión cultural y de estudio) había sido organizado, para sembrar conocimientos de carácter social. Proclamada la República, los ateneos libertarios se multiplicaron, alcanzando el número aproximado de 30. Cada uno contaba con una biblioteca que constituía su punto de partida y una sala para conferencias. Se encontraba por lo menos uno en cada barrio. Los de los suburbios formaban una verdadera cintura en derredor de la capital. Eran frecuentados no sólo por trabajadores manuales, sino también por estudiantes y profesores cuya simpatía iba a esos obreros empeñados en sus esfuerzos de autocapacitación y que, además, establecían en esos locales destinados a la cultura el centro de sus sindicatos, de modo

que se conjugaban la lucha de carácter social con el esfuerzo de perfeccionamiento individual.

Los barrios de Tetuán, Cuatro Caminos, La Bombilla, Carretera Extremadura, Barrio Malyas, Villaverde, San Martín, Vallecas, Entrevías, Las Ventas, La Elipa, La Guindalera, Lucero, Puente de Vallecas, Puente de Segovia, las Cuarenta Fanegas, Carabanchel Alto, La Latina, tenían cada uno un ateneo.⁸⁷ Y, naturalmente, estos ateneos habían constituido una federación, una red que abarcaba toda la ciudad y sus alrededores. El carácter moral de esta actividad explica en gran parte la influencia de la CNT y las realizaciones constructivas que se abrieron paso tan pronto fue posible emprenderlas.

Nuestros compañeros, que ya habían establecido contacto con numerosos núcleos campesinos, intervinieron, preconizando lo que se hacía en Aragón y Levante. Supieron convencer rápidamente a los trabajadores del agro, en primer lugar porque también eran trabajadores, manuales o técnicos, y no burócratas, y porque supieron dejar las herramientas de su oficio para manejar la azada o la horca cuando fue necesario.

Y nacieron las colectividades castellanas, que se extendieron en lo que quedaba de ambas Castillas no conquistadas por los franquistas: los dos tercios de la

87 Naturalmente, la lista es incompleta.

provincia de Madrid, la de Toledo, de Ciudad Real⁸⁸ y la provincia entera de Cuenca. En un año se registraban unos 100.000 adherentes con sus familias y 200 colectividades. Seis meses después se llegaba a las 300. No cabe la menor duda de que el movimiento se hubiera extendido mucho más si Franco no hubiera ganado la guerra.

Y muchos lectores se quedarán sorprendidos al saber que la Federación de los Trabajadores de la Tierra, que formaba parte de la UGT, adhirió, ella también, a la colectivización.

Desde el primer momento, ésta dio resultados positivos, frutos de la solidaridad y de la comunidad de esfuerzos, así como de la mayor eficacia de las técnicas de trabajo. Ya no se esperaban las órdenes, indicaciones, autorizaciones oficiales o semioficiales para ir adelante. Tierras desbrozadas, obras de riego, sembradíos nuevos, plantaciones de árboles diversos, almacenes colectivos (generalmente llamados cooperativas), parques de avicultura, igualdad económica gracias al establecimiento del salario familiar... En el fondo, los labradores que adherían a la UGT aspiraban en su gran mayoría a las mismas innovaciones que los de la CNT. Querían el establecimiento de la justicia social en la práctica, en el derecho a la vida, al consumo, a las satisfacciones materiales para sí y su familia. Y bien comprendían que nunca se alcanzarían estos fines mientras la tierra perteneciera a una minoría de

88 En ese período, Ciudad Real fue llamada Ciudad Leal.

explotadores y de parásitos. Fue, pues, fácil establecer un acuerdo entre las dos organizaciones campesinas.

Y en diciembre de 1937, el secretario de la Federación de la Agricultura de la CNT podía declarar que la región del Centro era, por su importancia, la segunda en cuanto a la socialización realizada. La primera era la de Levante, cuya potencialidad se ha visto, y por otra parte, en la época indicada, las colectividades de Aragón sufrían terriblemente los estragos causados por la brigada del comunista Líster, que era más valiente contra los campesinos colectivistas que contra las fuerzas armadas de Franco.

Desde el punto de vista administrativo, la estructura orgánica de las colectividades castellanas es esencialmente idéntica a la que hemos descrito con relación a Levante y Aragón. Comisión administrativa nombrada por la asamblea de todo el pueblo, o la asamblea colectivista, y responsable ante ella; grupos de productores constituidos y organizados según aptitud física para el trabajo, según el sexo⁸⁹ y la diversidad de las edades; delegados de los grupos reuniéndose periódicamente para planificar el conjunto de las tareas y coordinar los esfuerzos.

Las Comisiones administrativas fueron, como en Aragón y en Levante, compuestas por tantos miembros como clases

⁸⁹ Recordémonos que las mujeres trabajaban excepcionalmente «para guardar la alfalfa o aclarar la remolacha», como decían en su informe los colectivistas de Albalate de Cinca.

de actividades había: agricultura, ganadería, enseñanza, intercambios, transportes, sanidad, etc. En las aldeas pequeñas o en las colectividades poco importantes, un solo delegado asumía, con frecuencia, varias funciones sin, casi siempre, dejar de trabajar. Porque, según leemos en un informe publicado en aquella época, «en una colectividad bien organizada, nadie debe abandonar su condición de campesino».

El Consejo Económico de Castilla, que residía en Madrid, era auxiliado por especialistas con diplomas o sin diplomas, en materia de agricultura y ganadería. Al mismo tiempo, la contabilidad local –generalmente encargada a un profesional a menudo venido de la ciudad– consignaba cuanto se refería a la producción, al consumo, las cantidades invertidas en salarios, los productos almacenados. De modo que todo era controlado por los campesinos, debidamente informados. Por otra parte, la importancia de la producción en la escala comarcal era comunicada a la comisión correspondiente de la federación de la comarca, la que a su vez informaba a las colectividades en conjunto. Así se producían una coordinación armoniosa y una descentralización de las funciones administrativas.

Desde el punto de vista económico, las colectividades castellanas no tenían siempre, en ciertos aspectos, la misma estructura de base que, por ejemplo, las colectividades aragonesas. A menudo sólo pudieron desarrollarse en los inmensos latifundios que habían pasado a mano de los

campesinos organizadores. Lo mismo que en Andalucía, ciertas propiedades eran tan inmensas que con el personal en ellas establecido constituían verdaderas unidades económicas. Ocurrió en consecuencia que una colectividad aislada tenía gran importancia, y también que en la jurisdicción de ciertos pueblos varias colectividades dispersas eran reunidas por un comité local de enlace. Otras veces se colectivizó casi todo el pueblo, y lo que había sido unido constituía una organización unificada en la multiplicidad de las actividades generales.

Porque independientemente de la importancia de esas realizaciones, todas tendieron, desde el principio, a unificar, e incluso –empleando un verbo que Bakunin amaba tanto– a «solidarizar» sus actividades. Y obedeciendo a este espíritu, cada colectividad, después de haber pagado los salarios o la «asignación» (la palabra «salario» repugnaba a esos revolucionarios), comprados los abonos químicos, las semillas, las máquinas, atendido a los gastos escolares y sanitarios, enviaba el excedente monetario de que disponía a la Caja comarcal de compensación. Esta Caja, cuyos administradores eran nombrados por *la asamblea general de delegados de las colectividades* a la que rendían periódicamente cuentas, tenía por misión esencial distribuir el dinero así disponible a las colectividades menos favorecidas.

De modo que, como ocurría en Aragón, el principio comunista libertario no se aplicaba solamente en el seno de

cada colectividad, sino entre todas las colectividades. Ningún pueblo azotado por el granizo, la sequía o la helada y socorrido contra los caprichos de la naturaleza, debía reembolsar el valor de lo que había recibido.

Pero la *Caja Federal de Compensación* tenía también otros objetivos. No bastaba ayudar al pueblo o a las colectividades aisladas regularmente e involuntariamente deficitarias. Con los técnicos del Comité de la Federación del Centro se estudiaba cómo remediar estas dificultades mejorando el rendimiento de la agricultura u organizando industrias auxiliares.

Como en las otras regiones de España, todas las Cajas comarcales de la región del Centro estaban federadas. Su sede se hallaba en Madrid. La región constituía, pues, una unidad cuyas partes resolvían libremente los problemas locales, y asimismo, según un plan de conjunto, los problemas más generales entre los cuales estaban los de la producción. En un año, el Comité de Madrid distribuyó unos dos millones de pesetas (de pesetas oro) en abonos químicos y en máquinas a las colectividades más desfavorecidas. Se habían procurado los fondos necesarios con la venta de los excedentes de las colectividades más ricas.⁹⁰

El mecanismo federal estaba, pues, bien organizado. Todo se cuidaba, nada era entregado al acaso. Además, la

90 Practicándose a este respecto lo que hacía la Fundación de Levante.

organización del conjunto no se limitaba a cumplir las funciones que acabamos de enumerar. Aconsejaba, guiaba en forma permanente en cuanto al empleo de las mejores técnicas, a las formas adecuadas de trabajo. Ya en noviembre de 1937, la Federación Regional de Campesinos, transformada en Federación Regional de los Campesinos de la Alimentación del Centro, había establecido sus laboratorios, a los que se consultaba sobre la profundidad de la labranza, los abonos más indicados, los cultivos o las semillas más adecuadas como consecuencia del análisis químico del suelo. Incluso se hacían más: la sección de los abonos se procuraba, y suministraba, lo que recomendaba la sección laboratorios: coordinación, siempre.

Campo libre, órgano de la Federación Campesina y que aparecía al mismo tiempo que *CNT*, órgano diario de carácter general, publicaba, lo mismo que los órganos regionales de las colectividades libertarias, indicaciones precisas sobre el modo de cultivar o cuidar los cereales, las frutas, las legumbres, la vid, los árboles frutales, según las variedades, el clima, el suelo. Publicaba instrucciones técnicas sobre el modo de combatir las enfermedades criptogámicas, sobre el modo de conservar los productos diversos, las razas animales que mejor convenían a cada región, su alimentación racional, etc. Y las secciones técnicas de la Federación publicaban, en la prensa especializada, comunicados como el que sigue:

Rogamos a los sindicatos y colectividades locales y

comarcales que necesitan renovar las viñas o mejorarlas por medio de cepas americanas comunicárnoslo lo más pronto posible, indicándonos qué variedades precisan y en qué número. Esto en el caso de que sepan lo que les conviene, según la tierra. En el caso contrario, que nos digan qué número de cepas desean, y nos manden, para el análisis, una muestra de la tierra, en superficie y profundidad a fin de poder establecer qué variedad conviene más. Así podremos procurarles a tiempo las cepas necesarias para que los viñedos den mejores resultados.

Otras recomendaciones e indicaciones sobre todos los aspectos de la producción agrícola y sus derivados contribuían a la formación técnica de los campesinos, y tantos esfuerzos, facilitaban la rápida racionalización de la agricultura a la cual se daban con entusiasmo nuestros ingenieros agrónomos, nuestros químicos y especialistas de toda índole.

Esta responsabilidad, esta moral de solidaridad, esta práctica colectivista estaba presentes en todos los aspectos de la vida. Ya hacia fines de 1937, cuando llegaban a los pueblos de Castilla, venidos de Cataluña o Levante, camiones o camionetas enviados para procurarse trigo, los conductores tropezaban con una negativa general. Incluso si las colectividades disponían de reservas, la contestación que recibían era: «Compañero, lo que está en nuestro poder no nos pertenece. Debes dirigirte al secretario de la Federación

Regional, en Madrid». Y ningún ofrecimiento, sea de dinero, sea de mercancías, hubiera podido quebrantar esta disciplina libertaria, porque los colectivistas sabían que el respeto de las resoluciones y de los acuerdos era la condición del éxito definitivo. Y los compradores no tenían otro recurso que telefonear o ir a Madrid donde la sección de intercambios y comercialización aceptaba procurar las mercancías pedidas si los intereses generales de las regiones menos favorecidas, o las necesidades de la guerra, lo permitían.

Hemos dicho que la Federación Regional de los Campesinos del Centro de España, o sea de Castilla, se había transformado en Federación Regional de Campesinos y de la Alimentación. Se trataba, en primer lugar, de una comprensión nueva, dictada por las circunstancias, de una integración orgánica de la que existían antecedentes – aunque menos desarrollados– en Levante y Aragón.

El 25 de octubre de 1937, por iniciativa de la regional campesina del centro, fue decidida la fusión entre los 97.843 campesinos que la componían y los 12.897 trabajadores del Sindicato de la Distribución, también órgano de la CNT. Se daba un paso nuevo en la coordinación de actividades complementarias. Desde este momento, producción y distribución colaboraron íntimamente. Los distribuidores de la federación de los productores eran los encargados de repartir los productos en las cooperativas y los almacenes o depósitos comunales, todo lo cual se organizaba con la

mayor rapidez en los pueblos y las ciudades de España, desde luego sin olvidar a la capital.⁹¹ El comercio privado va siendo eliminado, o por lo menos está controlado, y desaparece la posibilidad de que una minoría de intermediarios pueda especular con los productos suministrados por la mayoría de los productores, situación que haría que esta minoría fuera dueña de la vida material de las poblaciones.⁹²

Y como ocurrió en Aragón, en Levante, en Cataluña, sin duda alguna en las partes de Andalucía y Extremadura que estuvieron en manos de nuestros compañeros, esta reorganización económica de Castilla antifranquista fue completada por la fundación de numerosas escuelas, de colonias escolares, de importantes trabajos de regadío e iniciativas diversas para extender el cultivo en los terrenos baldíos y en todas partes; esto incluso en Madrid, gracias a esfuerzos a veces extraordinarios. Añadamos las medidas positivas que nuestros compañeros hicieron adoptar en los concejos municipales donde se esforzaban para que se diera más importancia al papel desempeñado por la comuna, y por transformar a esta última en agente activo de la organización

91 Según testimonios fidedignos, fue la CNT que, con la participación de tres organizaciones regionales, contribuyó en mayor escala al abastecimiento de Madrid.

92 He aquí un ejemplo convincente: en Barcelona, y por lo general en Cataluña, no fue posible amalgamar producción y consumo. Y la comida que costaba 12 pesetas en un restaurante de Barcelona, costaba 3 pesetas en un restaurante realmente socializado de Madrid.

local.

Citaremos ahora algunos ejemplos que darán una idea bastante precisa de las realizaciones efectuadas en las trescientas colectividades castellanas que existían en marzo de 1938, y cuyo número siguió aumentando durante los meses siguientes en proporciones que los acontecimientos, y ante todo la marcha de la guerra impidieron registrar:

Colectividad de Miralcampo

Fue fundada en una inmensa propiedad del conde de Romanones, líder famoso del liberalismo monárquico. Antes de 1936, es decir, antes de la revolución, el trigo era cultivado en una superficie de 1.938 hectáreas, y la cebada, en 323 hectáreas.

Después de la revolución, la superficie sembrada fue de 4.522 hectáreas, en cuanto al trigo, y 1.242 hectáreas en cuanto a la cebada. La producción de vino pasó de 485 a 727 hectólitros gracias al mejor cuidado de las viñas y a la organización del regadío (había faltado tiempo para cambiar las vides).

En cuanto al valor de la producción de melones, había pasado de 196.000 a 300.000 pesetas, y la de la alfalfa, de

80.000 a 250.000 pesetas. Empero, en la época, el aumento de los precios no alcanzaba al 10%. Además, la colectividad tenía un concejal formidable, un centenar de cerdos y un almacén de abastecimiento donde se surtían 800 personas.⁹³

En toda la comarca, las colectividades de Tielmes, Dos Barrios, Cabañas Yelpe, Cislada, Tomelloso, Almagro, realizaron una obra constructiva comparable con la del Miralcampo.

Manzanares

Las realizaciones de la ciudad de Manzanares fueron mucho más vastas que las de Miralcampo. Esta ciudad contaba entonces 25.000 habitantes, y excepcionalmente también, tratándose de Castilla, el movimiento libertario había echado raíces vigorosas.⁹⁴ Estas dos circunstancias

93 En su libro *Historia del anarcosindicalismo español*, publicado en Madrid en 1968, el escritor Juan Gómez Casas cuenta cómo al terminarse la guerra, el conde de Romanones regresó a sus tierras y se quedó asombrado por las mejoras que se habían hecho en sus propiedades; los colectivistas habían hasta desviado el curso de un río para regar las tierras y construir un molino, sin contar las escuelas, casas de habitación y refectorio colectivo. Tan maravillado estuvo que intervino para hacer poner en libertad al compañero –un obrero de Madrid– que había planeado estas realizaciones, e impidió así que fuera fusilado.

94 Sobre 18.000 habitantes, la CNT contaba, anteriormente, 3.000

hicieron que la colectivización empezara desde agosto de 1936. Desde el principio, nuestros compañeros lograron interesar activamente a adherentes locales de la Unión General de Trabajadores.

En 1937, la colectividad poseía 22.500 hectáreas de tierra y 2.500 de bosques y monte. La mitad de estos bienes provenían de expropiaciones a fascistas o terratenientes huidos; la otra mitad, de donativos y adhesiones voluntarias. Se guardaban en los archivos las actas de 63 expropiaciones, de 23 donativos a perpetuidad, y los donativos de 500 colectivistas, ex pequeños propietarios. El núcleo inicial se componía de 1.700 personas, hombres y mujeres (no tenemos la cifra de los niños).

Al año siguiente se cosechaban 87.610 quintales de trigo, 96.480 hectólitros de vino, 630 hectólitros de aceite, por 630.000 pesetas de cereales secundarios y 900.000 de frutas y legumbres.

Ya en febrero de 1937, la colectividad poseía 700 cabezas de ganado mular con los carros correspondientes, seis tractores, cuatro trilladoras para los cereales, seis máquinas de ventilar, tres máquinas a motor para trabajos diversos, 80 bombas para extraer agua y distribuirla en las tierras dedicadas a la horticultura. Agreguemos 3.000 carneros, 80 cabras y dos palomares inmensos, con 6.000 palomas cada

adherentes. Cuando estalló la lucha, y como consecuencia de las persecuciones recientes, contaba 2.000. Meses después, contaba 6.000.

uno.

Había más: tres molinos de aceite con prensas hidráulicas, una fábrica de alcohol para usos medicinales, una imprenta, dos talleres de construcción de carros provistos de elementos técnicos modernos, una carpintería, un taller de espartería, una fábrica de yeso, una refinería de azufre para sulfatar las viñas, y un taller de mecánica.

En verdad casi todas estas instalaciones existían antes, pero la colectividad las mejoró y las hizo producir con el máximo rendimiento. Capital de comarca, ha ayudado a las colectividades de Membrilla, La Solana, Alhambra, Villarte, Arenas de la Vega, Daimiel, Villarrubia, Almagro y Bolaños con las cuales estaba unida por la comunidad de esfuerzos. Tanta confianza inspiraba, que el Instituto de la Reforma Agraria, organismo oficial del Estado, le hizo, al principio de su organización, un préstamo de 800.000 pesetas que fue reembolsado muy pronto, aunque la movilización militar de parte de sus miembros haya restado brazos que habrían permitido obtener mayores resultados.

Alcázar de Cervantes

Desde octubre de 1936, la sección local de la CNT y la de la UGT empezaban la socialización agraria. De las 53.000

hectáreas cubiertas por el territorio municipal, 35.000 pasaron a manos de la colectividad.

Se nombró un comité de administración compuesto por tres miembros de cada organización sindical. El presidente, viejo campesino, pequeño propietario, no era quizá el hombre más indicado para encabezar esta construcción revolucionaria, pero su nombramiento constituía, de parte de nuestros compañeros, un acto de buena voluntad del que no hubo que arrepentirse. Estos casos han sido frecuentes.

Como en todas partes, se empezó por intensificar la producción. Hasta entonces, la de cereales era casi nula.

Un año más tarde se elevaba a 19.000 quintales de trigo y 15.000 de cebada. Esfuerzo notable en tierras duras y condiciones climáticas generalmente adversas.

En febrero de 1938, la colectividad poseía 1.800 cabezas de ganado mular, 400 carneros y ovejas, cuyo número no había aumentado más porque había que poner continuamente esa producción a contribución para alimentar a Madrid y a los soldados del frente. Pero al 30 de julio de 1937, después del pago de los salarios familiares, se acusaba ya de un beneficio de 211.792 pesetas.

La región se presta –sobre todo– al cultivo de la vid. En el año 1937 se cosecharon 48.300 quintales de uva que fueron entregados a las prensas de las bodegas colectivas. Se

guardó para el consumo la trigésima parte del vino, y el dinero cobrado por la venta de los productos obtenidos permitió elevar el nivel económico y procurar, bajo forma de ropa, muebles, reparaciones de las casas, un bienestar hasta entonces desconocido.

La colectividad industrial apareció sólo seis meses después del nacimiento de la colectividad agraria. Sin duda los resultados obtenidos por esta última alentaron a los que hasta entonces habían vacilado. Los miembros de la CNT empezaron por organizar en una casa abandonada un taller de metalurgia. Algunos artesanos y pequeños patronos se sumaron a la empresa: poco después el taller contaba con 40 obreros mecánicos cuyo responsable técnico era nombrado por ellos. Se había empezado con las herramientas que cada uno había aportado; este material fue mejorado en la medida permitida por las circunstancias.

XVIII. CONTABILIDAD COLECTIVISTA

Hemos visto que la casi totalidad de los anarquistas españoles habían adherido al comunismo libertario o anarquista, o al anarco-comunismo, o, en el período que va desde 1918 a 1936, al anarcosindicalismo cuya fórmula y denominación se expandieron como una de las consecuencias de la Revolución rusa, sin agregar nada, muy al contrario, a los conceptos constructivos del anarquismo que nos parece necesario calificar de «social». Hemos visto también que el comunismo libertario, o el anarcosindicalismo, implicaba el libre consumo que garantizaba el igual derecho a la existencia para todos, y era la expresión práctica de la verdadera justicia humana. Kropotkin había simplificado las cosas al emplear, en su libro *La Conquista del Pan*, la fórmula tan discutible de «toma del

montón». Cada cual tomaría libremente lo que necesitara en los almacenes comunales. Pero desde hacía tiempo, ciertas reticencias habían sido expresadas entre los anarquistas sociales. Malatesta, el primero, sin duda, había expresado dudas en cuanto a la posibilidad de practicar ese principio y afirmado que no sería aplicable mientras no se llegara a una producción intensa de los bienes de consumo.

Otros militantes, menos conocidos, y entre ellos el autor de este libro, también habían planteado el problema, procurando hallar soluciones. Entre ellos, algunos proponían el empleo de una moneda –lo que Malatesta había hecho, sin insistir, en 1922–. Otros también proponían una moneda «fondante» sin explicar el mecanismo financiero necesario, y para evitar que diera lugar a un atesoramiento peligroso, imaginaban un mecanismo de desvalorización. Otras soluciones fueron preconizadas. Por ejemplo, la distribución bajo control por cooperativas sindicales y almacenes comunales, que impediría el despilfarro y el sabotaje de los elementos opuestos a la revolución que consumían voluntariamente con exceso. Sin embargo, en el año 1936, no se había concretado una solución teóricamente valedera, en especial para las ciudades.

Empero, habiéndose empezado la revolución fue indispensable resolver este problema. En las regiones donde, como en Castilla y Levante, continuaba el mantenimiento de las estructuras político–administrativas oficiales, como consecuencia de la permanencia del Estado

republicano, el empleo de la moneda oficial fue conservado con la garantía de los 3.000 millones de pesetas oro guardadas en el Banco de España. La peseta siguió en vigor como patrón de los valores y como medio auxiliar de la distribución.

Pero –y fue especialmente el caso en Aragón– allí donde no dominaba el Estado, hubo que improvisar soluciones originales; y bien decimos «soluciones», porque cada pueblo, cada ciudad pequeña inventó la suya. No hubo acuerdo tomado, ni tácito, a no ser para la desaparición del dinero, expresión y símbolo de la injusticia social histórica, del aplastamiento de los pobres por los ricos, de la opulencia de unos basada en la miseria de los otros. Durante siglos, desde el fondo de las edades en que las lamentaciones de los pueblos se habían transmitido de generación en generación, el dinero aparecía como el medio de explotación por excelencia, y el odio, de los explotados se había concentrado hacia el maldito oro, lo mismo que contra el papel moneda. Los revolucionarios se habían prometido hacerlo desaparecer, ante todo y por encima de todo.

Siempre en Aragón, cumplieron su promesa, pero sin aplicar la «toma del montón», o sea, expresado en términos de economía, el libre consumo. Exceptuando la libertad de proveerse sin control en cuanto a los alimentos sobradamente abundantes, y que no eran fatalmente los mismos en todos los lugares (aquí, el pan o el vino, allá hortalizas, aceite o frutas, etc.) se estableció un modo de

reparto controlado desde los primeros momentos cuando su utilidad fue evidente, lo mismo que se organizó la continuación del trabajo y de la producción. Porque, y también desde el primer momento, la revolución fue considerada como una empresa colectiva, y sumamente seria. No hubo, particularmente en los campos, lo que Proudhon llamaba «orgía revolucionaria». Desde el primer momento se comprendió que era necesario prever y orientar con acierto.

Hemos guardado cuidadosamente pruebas de la forma en que se estableció la contabilidad colectivista. Empecemos por la más sencilla.

Nos hallamos en Naval, pueblo situado al norte de la provincia de Huesca, en los Pirineos. Nada de moneda, siquiera local, nada de racionamiento. Consumo libre desde el primer día, pero consumo «controlado». Cada uno puede presentarse al «Comité antifascista», al que aconseja, cuando es necesario, el grupo libertario preexistente. Una cooperativa de distribución general ha sido improvisada, y ha establecido un carnet con talonario numerado de 1 a 100, en el cual son anotados los artículos entregados, con nombre de los consumidores.

El 15 de septiembre, fecha de la inauguración de la vida colectiva. Antonio Ballester –o un miembro de su familia– ha recibido medio kilo de garbanzos y un kilo de jabón; José Gambia ha recibido un par de alpargatas; Serafín Bistué,

rejilla para una conejera y bramante; Prudencia Lafulla, un kilo de arroz y uno de azúcar; Joaquina Bustos, un kilo de jabón; Antonio Puértolas, dos kilos de carne⁹⁵; Ramón Sodomillo, tres litros de vino; José Lafarga, un pan; José Arnal, un vestido para niña, un kilo de Jabón y uno de arroz; Sotero Fuentes, un kilo de arroz, uno de jabón y uno de tocino; Sesouta, clavos; Joaquina Lacoma, un kilo de jabón, lo mismo que Pablo Solanona; Juan Lacambra, Antonio Puértola, Isidro Salas, cada uno medio kilo de tocino. Luego figura una lata de sardinas a un o una colectivista cuyo nombre no podemos descifrar; y otro kilo de jabón a Domiciana Linés, y un kilo de azúcar a... Barón. Siempre el mismo día, Antonia Coronas ha pedido una lata de leche condensada, un kilo de arroz, otro de jabón. Ignoramos quién pidió la vara de tela para la guardia donde, sin duda, vigilaban centinelas. Y para terminar este primer día de colectivización, he aquí apuntado el intercambio de media docena de huevos sin duda traídos por un individualista, contra medio kilo de azúcar.

Naval contaba entonces 800 habitantes y 176 familias. No hubo, pues, ese primer día, abusos o despilfarros. Pero los talones de los días siguientes muestran la misma moderación en el consumo gratuito: dos pares de alpargatas para dos hombres, tres kilos de jabón, una botella de lejía, un kilo de garbanzos, uno de azúcar, 150 gramos de carne de cordero «para un enfermo»; un litro de aceite, hilo de coser,

95 Sin duda esa carne era destinada a un festín colectivo y colectivista.

dos kilos de pan, tres litros de vino, un kilo de pastas alimenticias, y de nuevo jabón y lejía, y otra vez jabón. Cada uno de estos artículos ha sido pedido por personas distintas, y figura en talonario separado.

Tal fue en Naval, y en muchos pueblos, el procedimiento más sencillo de control utilizado en los primeros tiempos. Pero, siempre en Naval, se lo simplificó más aún. Porque el primero de diciembre del mismo año, se sustituyó el carnet talonario por un carnet común, sin talones, que fue distribuido a cada familia. Y para todo el mes de diciembre, el total de gastos en productos de ultramar y carnicería por una familia que no hemos escogido especialmente, fue de 107.30 pesetas; 79.20 pesetas en enero siguiente; de 68.85 pesetas en febrero; 90.80 pesetas en marzo; 83 pesetas en abril. Una cuenta separada había sido abierta para los artículos de mercería, la ropa y el calzado.

Detrás de esta contabilidad, un poco primaria en su sencillez, quien buscaba hallaba otra, más severa y complicada. Nos lo prueban las notas tomadas de los registros de control general y la documentación que hemos estudiado o guardado cuidadosamente.

He aquí un libro de cuentas donde figuran las entradas y salidas diarias, con las compras de todos los productos. Después, el libro mayor donde figuran, al transcurrir de los días y en las secciones respectivas establecidas, todas las operaciones. Y otro libro donde se registra el sacrificio de los

animales destinados al consumo, con la fecha, las características de las reses, su número, origen, peso, calidad, la cantidad de carne guardada para los enfermos y la cantidad entregada a la carnicería.

En un registro menor y separado, se anota lo entregado a los colectivistas «para vicios» como dice sabrosamente el redactor que debe ser un puritano (los «vicios» son el tabaco de los hombres, las jabonetas y otros artículos similares por las mujeres, los bombones y dulces para los niños). Para esos «vicios» los hombres disponen de dos pesetas semanales, las mujeres de una peseta, los niños, de cincuenta céntimos. Este registro va acompañado de otro donde figuran las cuentas de dos cafetines en los cuales puede consumirse gaseosa, un vaso de vino –uno solo– o un «café» hecho con cebada tostada.

Viene después un registro donde figuran las cuentas relativas a los dos camiones que la colectividad ha comprado, con los gastos (bencina, neumáticos, reparaciones), y otro registro donde se apuntan las cuentas de los artículos de alfarería vendidos en la región, y otro más que se refiere a la venta de la sal proveniente de salinas organizadas gracias a dos fuentes saladas explotadas en el mismo lugar. En fin, el registro reservado a los gastos totales de cada familia.

Estamos, pues, ante una contabilidad precisa, aunque improvisada.

En este dominio de la distribución, cualquiera haya sido su forma o su método, la iniciativa organizadora aparece. En centenares de pueblos han aparecido las «libretas de consumo». Libretas de dimensiones y presentación varias, con tablas de racionamiento, porque hay que racionar no sólo en previsión de la baja de las reservas, y tal vez de la producción, sino también, no nos cansaremos de insistir, porque es preciso abastecer al frente y a las ciudades que no parecen comprender la gravedad de la situación.

He aquí, pues, la libreta de mayores dimensiones (22x13 cm.); es de color verde y ha sido editada en Calanda, provincia de Teruel. Abarca desde el 1º de marzo de 1937 al 2 de febrero de 1938. Cada página corresponde a una semana. A la izquierda, una columna vertical indica los productos que el poseedor o su familia pueden procurarse, desde la carne hasta la lejía, pasando por los productos de ultramar, las conservas (en Aragón, generalmente son tomates y sardinas), las legumbres, los muebles, los tejidos, e incluso los perfumes. En total 18 artículos. Por cada día de la semana corresponde una columna paralela donde se anota el valor de las compras, calculadas en pesetas. El total se conoce, pues, sin dificultad, y el control es fácil. La libreta de Fraga es más pequeña (15x10 cm.). Aquí son los días, del 1 al 30 ó 31 los que figuran en la columna izquierda, y arriba, horizontal y verticalmente, en caracteres pequeños, y en cada columna figuran los 14 productos que se ha creído necesario racionar según las posibilidades del

abastecimiento local y las reservas existentes (ya hemos señalado que Fraga debe alimentar continuamente a las tropas que están de paso para el frente de Aragón).

La libreta de Ontiñena (llamada «libreta de crédito») tenía las mismas dimensiones que la de Fraga. Pero ni se menciona ni las fechas, ni los artículos disponibles: se apuntaban los pedidos a medida, con fechas y cantidades.

La libreta de Granollers, en la provincia de Barcelona, respondía a otro concepto. Editada por el concejo municipal, tenía ocho páginas por semana, y estas páginas estaban divididas en cupones que se destacaban, y donde figuraba la cantidad de pan, huevos, azúcar, patatas, carne, gallina y conejo, carne de cerdo, bacalao que cada familia podía adquirir según el número de sus componentes y los días de la semana, todo lo cual había sido establecido según las posibilidades de abastecimiento.

Existían en Cataluña, y sobre todo en Aragón, unas 250 libretas de consumo de concepción próxima y diferente formato. Pero también existían otros procedimientos de distribución y control que respondían a las disponibilidades, las reservas y el concepto dominante que se tenía de las cosas. He aquí, por ejemplo, la tabla de racionamiento establecida sin libreta ni moneda nacional o local, en la ciudad de Barbastro, la segunda en importancia de la provincia de Huesca:

RACIONAMIENTO POR PERSONA Y SEMANA

(Hombres, mujeres y niños)
(P = pequeña; G = grande; g = gramos)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Garbanzos (g)...	160	280	380	500	600	700	950	1050	1150	1230	1325	1400
Pastas (g)...	180	320	450	700	835	950	1075	1200	1200	1325	1450	1575
Arroz (g)...	300	550	850	1050	1450	1700	1975	2240	2500	2700	2900	3000
Tomates (latas)...	1G	1G	2G	2G	3G	3G	4G	4G	4G	4G	5G	5G
Habichuelas (g)...	160	280	380	500	600	700	950	1050	1150	1250	1325	1400
Sardinas (latas)...	1P	1G	1G	1G	1G	1G	1G	1G	1G	2G	2G	2G
Azúcar...	(Con orden médica, por su escasez a consecuencia de la guerra).											
Leche...	(Con orden médica, por su escasez).											
Carne: Hombres...	75g por día.											
Mujeres...	60g por día. No se da más carne, porque en cada hogar hay de cerdo salado.											
Niños...	40g por día.											

El pan no está racionado, el vino, según la situación; también el aceite (pero se distribuyen 30 litros por persona y año), que constituye la única grasa empleada en la cocina. Observemos, además, que a partir de los catorce años los hijos son incluidos entre las personas mayores.

Todos estos ejemplos y otros que no podemos enumerar prueban que no hubo nunca desorden en cuanto a contabilidad. Al contrario, quizá (bien decimos *quizá*), podría reprocharse a los colectivistas el haber organizado las cosas en forma excesiva. Hemos visto cómo, en Naval, una parte mínima de los gastos estaba reservada a los placeres menudos llamados en la circunstancia «vicios». Esta atención se repite allí donde el racionamiento había alcanzado, como consecuencia de la guerra, un grado conmovedor de austeridad. Las «hojas de fumadores», que al mismo tiempo permitían satisfacer una debilidad humana y frenaban sus excesos, fueron editadas y distribuidas en numerosas colectividades, así como los «vales» que daban

derecho al consumo de una taza de cebada tostada. En Ontiñena, por ejemplo, cada colectivista recibía semanalmente una hoja dividida en diez partes, que se perforaba a cada consumo en el cual el alcohol no figuraba. Esta clase de hojas circulaba mucho, y la persona que invitaba a un amigo a tomar algo tenía una taza de «café» o una limonada menos que consumir.

Allí donde el racionamiento y la moneda oficial eran rechazados, apareció la moneda local. Los pueblos que la adoptaron hacían imprimir bonos adornados con un grabado y un simple marco con el nombre del lugar y la indicación: 1, 2, 5 ó 6 pesetas a veces 25 ó 50 céntimos de pesetas. Esta moneda fiduciaria era, siempre localmente, tan sólida como la peseta oficial oro. Tenía incluso la ventaja de no desvalorizarse.

Con todo, reconozcamos que ofrecía el inconveniente de ser utilizable sólo en la localidad donde se le emitía. Este hecho no escapaba a los organizadores de la reconstrucción social. Ni, por ejemplo, a los habitantes deseosos de desplazarse. En este último caso, el comité de la colectividad suministraba las pesetas necesarias, lo que permitía ir a las regiones donde dominaba la moneda oficial.⁹⁶

Pero, para terminar con la multitud de monedas locales, el

⁹⁶ Tal fue, y era todavía en el año 1971, la práctica de los kibutzim israelíes que, por lo demás, no son comparables con las Colectividades españolas, pues se parecen más a comunidades religiosas.

Congreso de las Colectividades de Aragón, cuyos trabajos hemos resumido en el capítulo correspondiente, había acordado por unanimidad suprimirlas totalmente y establecer el racionamiento igualitario para todas las colectividades y los colectivistas de las tres provincias.

Al efecto se editó una libreta de racionamiento familiar, idéntica para todos. Esta libreta, que cubría semana por semana, desde el 1 de abril de 1937 al 31 de diciembre, enumeraba 21 artículos cuya lista mostraba, una vez más, la sobriedad del campesino español y su consideración del problema de la guerra.

Enumeremos, para mayor precisión, cuáles eran, en el orden establecido, esos artículos: pan, vino, carne, aceite, garbanzos, judías, arroz, pastas alimenticias, embutidos, tocino, conservas varias, azúcar, chocolate, conserva de tomates, patatas, leche, lentejas, aceitunas, lejía, jabón, ferretería, objetos de cocina, mercería, calzado.

El ataque comunista que se produjo poco después iba a impedir la aplicación generalizada de ese proyecto. Replegadas sobre sí mismas, extremadamente debilitadas a consecuencia de las destrucciones que habían sufrido, las colectividades fueron condenadas a una vida precaria. Con todo, habrían continuado, si el avance de Franco no hubiera terminado la destrucción comenzada por los comunistas.

Resumiendo, podemos llegar a las conclusiones siguientes:

en lo referente al problema de la distribución, que desde ciertos puntos de vista es más importante que el de la producción, las colectividades han mostrado un espíritu creador que, por la multiplicidad de sus aspectos y su espíritu práctico, provoca admiración.

El genio colectivo de los militantes de base ha sabido resolver problemas que una organización gubernamental centralizada no habría podido ni sabido resolver. Si los métodos pragmáticos a los cuales hubo que apelar pueden parecer insuficientes, a veces defectuosos, ante contradicciones que se observan en tal o cual caso, la evolución que tendía a eliminar estas contradicciones se producía rápidamente (en ocho meses, las resoluciones orgánicas habían sido tomadas), y se iba con paso firme hacia mejoras unificadoras y decisivas.

Mientras tanto, en la zona del país donde dominaba la moneda oficial, la peseta se desvalorizaba sin parar, por la incapacidad del Gobierno de frenar el aumento de los precios, y la especulación se establecía y desarrollaba.

Durante su estancia en Mas de las Matas (ver el capítulo correspondiente), el autor pidió a los principales organizadores de la colectividad (jóvenes militantes de frente iluminada por la inteligencia, el idealismo y la fe) cifras precisas sobre el ganado, de cuyo aumento quería informarse.

Su demanda fue satisfecha con el documento que reproducimos a continuación:

COLECTIVIDAD GENERAL DE MAS DE LAS MATAS

Estadística de los animales que posee en el mes de mayo.

Cerdos para el año...	570
Cerdos de leche...	99
Cerdos de cría...	61
Vacas de leche...	24
Terneros de cría...	61
Ovejas...	2002
Corderos para el abastecimiento...	708
Corderos en preparación para la producción del año que viene...	471
Cabras...	164
Cabritos...	116
Primals del año...	270

Consumo de carne en el mes de abril: 194 corderos, 50 ovejas, 16 regalones y 18 cabritos.
Mas de las Matas, 5 de mayo de 1937.

No se podía ser más preciso, y seguros estamos de que ningún alcalde francés, alemán o español republicano, habría podido suministrarnos en tan poco tiempo cuentas tan minuciosas. Empero, en las 1.600 colectividades agrarias, o principalmente agrarias, la mitad de las cuales englobaba la localidad entera, la misma contabilidad precisa era mantenida día por día. Las excepciones, si las hubo, no hicieron sino confirmar este esfuerzo general de organización responsable.

Hallamos el mismo empeño de responsabilidad organizadora en otros aspectos de la vida económica considerada en más vasta escala. Así, habíamos pedido al

comité local de Angüés, cabeza de la comarca que lleva su nombre, situada al norte de la provincia de Huesca, una explicación detallada del modo de intercambio entre esa comarca y las otras zonas aragonesas o las catalanas. Esa explicación no fue facilitada con el documento siguiente, que nos da un modelo de lo que se hacía:

COMARCA DE ANGUES (Provincia de Huesca)

Entregas hechas por nuestra Federación de diferentes productos enviados en cambio a la Federación comarcal de Granollers:

1937		<i>Valor en pesetas</i>
3 de abril	13.300 kilos de trigo a 0.50	7.049.00
10 de abril	22.050 kilos de trigo a 0.53	11.686.00
14 de abril	13.300 kilos de trigo a 0.53	7.049.00
17 de abril	25 Diff., entrega precedente	13.25
17 de abril	2 cerdos a 60 ptas. cada uno	120.00
Total...		25.917.75

Entregas hechas por la comarca de Granollers a nuestra Federación comarcal:

3 de abril	192 cerdos de cría a 60 ptas.	11.520.00
10 de abril	214 lechones a 60 ptas.	12.840.00
10 de abril	Cantidad entregada en ptas.	7.000.00
Total...		31.360.00

RESUMEN

Debe...	31.360.00
Haber...	25.917.75
Deuda a Granollers...	5.442.25

Tenemos otros estados de cuentas, siempre *entre federaciones comarcales*, todos igualmente precisos, explícitos, minuciosos. Como, por ejemplo, los referentes a los intercambios entre la «comarcal» de Angüés y la de Naval, de enero a abril de 1937, con la estipulación de todos los productos suministrados y recibidos, o entre Angüés y la ciudad catalana de Tarrasa, que se hallaba a 300 kilómetros.

Los camiones iban y venían de una región a otra, transportando los productos agrícolas y los industriales. Cada comarca conocía las particularidades de las otras. Todas se dirigían directamente, unas a otras, se hacían los créditos necesarios con la garantía tácita o específica de su producción, de sus futuras cosechas. Esta precisión que sorprendía, y casi maravillaba, aparece bajo otros aspectos de las actividades de contaduría. Hemos podido salvar, magníficamente presentadas, grandes fichas rígidas, de 30x23 centímetros, especialmente impresas para conservar los archivos de las operaciones de compras y ventas de la colectividad de Graus. Meses, días, entradas, salidas, reservas, precio de compra –cuando hay compra–, precio de venta –cuando hay venta–, totales, detalles, diferencias en más o menos, vendedor: cada detalle tenía su columna correspondiente donde figuraban en forma permanente los controles y el movimiento de las mercaderías desde el nacimiento de la colectividad.

Una de esas fichas nos informa con relación al artículo «sopas», o sea –en la terminología de los campesinos aragoneses–, fideos. Otra sobre la leche líquida, otra sobre las almendras. Sabemos así que el Comité Regional de Barbastro ha suministrado a Graus, el día 18 de diciembre de 1936, 200 kilos de fideos, y que el día 22 siguiente el almacén general ha añadido 50 kilos del mismo artículo de consumo. Día tras día, seguimos en la ficha, la importancia de la venta y de la disminución de los fideos. De los primeros 200 kilos,

34 habían sido vendidos el mismo día de su recepción; pero el día 22 de diciembre, el «stock» se elevaba a 216 kilos, gracias a los 50 kilos suministrados por el almacén general. Después, rápidamente –en este momento, y aquí, los fideos son casi un artículo excepcional– se ha pasado día tras día, a 184, 147, 97, 72 y 40 kilos al 30 de diciembre. El 31, todo había sido liquidado.

Para estas operaciones se habían gastado 225 pesetas, precio de compra, y cobrado 237.50 pesetas, precio de venta. La diferencia permitía cubrir los gastos generales.

Idéntica precisión para la leche, cuya compra pasa de 110 a 274 litros del 6 al 15 de abril de 1937. La referencia a las almendras es más minuciosa, por ser el número de los proveedores más elevado (debe comprender cierto número de individualistas). Pero cada uno figura con su número de «doble», o sea, de dobles decálitros, el precio pagado, el resultado de la venta.

Esta contabilidad era practicada para todos los artículos que entraban y salían en el economato de Graus.

En la misma provincia, hemos pedido al Comité Administrativo de la Colectividad de Albalate de Cinca datos referentes a su organización. He aquí la respuesta textual que recibimos:

Familias que componen la colectividad: Ciento trece con un

promedio de 460 personas de todas las edades. Útiles para el trabajo, 300; el número de grupos son ocho, pero el número de familias es relativo, pudiendo aumentar o disminuir según las necesidades del trabajo lo aconsejen; el número de familias que trabajan en la industria son 25, advirtiéndose que no las hay más en la localidad.⁹⁷

Superficie de las tierras: Terrenos de regadío, 2.900 hectáreas; seco, 800. La colectividad trabaja 1.800 hectáreas de regadío y 500 de seco.

Clases de cultivos: Seiscientos noventa y seis quintales de trigo, 161.43 de patatas, 40 hectólitros de habas, 40 hectólitros de maíz, y una extensión de 90 hectáreas de remolacha. Producción de alfalfa, que sin duda es la más interesante: 200 hectáreas, con un rendimiento anual de 75 quintales por hectárea aproximadamente. El aumento de nuestra producción viene a ser de 15% en cereales, 25% en legumbres y tubérculos y 30% por el maíz.

Ganado: La colectividad posee 13 vacas de labor, 45 de leche, 48 terneras, 57 terneros, 900 cabezas de ganado lanar para reproducción, 200 cabezas de ganado lanar de cría, 100 cabezas también de ganado lanar para sacrificio y 200 cerdos.

Aun cuando no se pueda dar todos los datos sobre nuestra

97 Había labradores individualistas que se negaron a entrar en la Colectividad.

colectividad, está bien que te diga que en lo referente al consumo todo el pueblo queda colectivizado; cada persona tiene libertad de trabajar como le da la gana, individualmente o en pequeños grupos, o colectivamente, ingresando en la colectividad; pero toda la producción pasa a manos del Consejo local para las necesidades generales de la guerra y de la revolución.

Nota: En las 300 personas útiles para el trabajo, van incluidas las mujeres, que sin duda resultan la mitad del total, ocupadas en la recolección de alfalfa y esclarecimiento de la remolacha.

Veamos ahora, un poco mejor, lo que llamaremos la «contabilidad solidarista» en la escala de la federación de colectividades aragonesas, y de todas las colectividades de las otras regiones. Había sido puntualizada en el pleno que tuvo lugar en Caspe, el 25 de abril de 1937, tres meses después del congreso constitutivo de la federación regional aragonesa. Entre otras nuevas resoluciones, los delegados rechazaron el ofrecimiento del Ministerio de la Agricultura, de un empréstito monetario que habría podido ayudar a salvar dificultades provenientes del mantenimiento de la peseta, y del hecho de que no aceptaran los intercambios fuera de las colectividades o de los sindicatos de la CNT o de la UGT. Toda relación económica con el comercio privado, los «individualistas» o el Estado era absolutamente vedada.

La aplicación de estos principios implicaba la necesidad de

conocer exactamente los recursos de que se disponía, para poder practicar no sólo los intercambios, sino la solidaridad en forma permanente. De modo que poco después del pleno de abril, gracias a los cuestionarios enviados donde correspondía, se poseía las cifras que informaban con relación a un primer grupo de 77 colectividades aldeanas, o pueblos colectivizados, productores de cereales.⁹⁸ El excedente disponible de trigo se elevaba a 17.180 quintales; pero por otra parte otros pueblos del mismo grupo acusaban un déficit de 1.653 quintales. Después de haber entregado a estos pueblos el trigo que les faltaba, se dispondría de 15.520 quintales.

En cuanto al aceite, según los cálculos referidos al mismo grupo de 77 pueblos, la producción era de 4.053 quintales. Pero, por otra parte, se calculaba un déficit de 1.637.10 quintales causado por razones climáticas. Una vez cubierto este déficit, quedarían 2.415 quintales que se podrían intercambiar contra otros productos. Los pueblos que se beneficiarían de esta solidaridad tenían su cuenta corriente, y pagaban con otros productos, calculados en valor pesetas, cuando les era posible. Esta práctica rebasaba rápidamente el estrecho marco de la comarca y se realizaba por intermedio de los comités comarcales, en la escala regional.⁹⁹

98 Se trataba de un primer paso, que debía ser seguido por otros muchos.

99 En la misma época, el Comité de Caspe había enviado una circular a

Agreguemos un detalle que muestra con qué empeño y clarividencia la organización colectivista defendía su autonomía, y sobre todo su libertad frente a los organismos no colectivistas. Hemos dicho que un consejo regional había sido creado en Aragón; que éste constituía un organismo político independiente con el fin de impedir en lo posible que el Gobierno de Valencia extendiera su autoridad sobre la región (la extenderá, sin embargo, a partir de julio-agosto de 1937). Este Consejo estaba compuesto por una mayoría libertaria, y era presidido por un miembro de la familia Ascaso, cuyos integrantes eran todos militantes más o menos conocidos. Y sucedió que ese órgano apenas gubernamental quiso semigobernar, monopolizando el comercio exterior. Pero la Federación rehusó categóricamente, declarando que estaba dispuesta a pagar, si fuera necesario, un impuesto para que el Consejo de Aragón pudiera hacer frente a sus responsabilidades, pero que la economía dependía de las colectividades, y que no estaba dispuesta a renunciar a su independencia.

todos los pueblos y Colectividades, a fin de proceder a una encuesta general sobre número de árboles frutales (perales, manzanos, nogales, olivos, almendros, viñas), sobre el número de cabezas de ganado (asnal, mular, caballar, lanar, bovino, porcino y caprino), sobre la importancia de la mano de obra y la superficie de las tierras utilizables, regadas o de secano. Se preparaba así la organización de conjunto, a escala de la región entera.

XIX. LA DEMOCRACIA LIBERTARIA

En la organización creada por la revolución libertaria española, existe una estructura que va de la base a la cumbre, como corresponde al verdadero federalismo y a la verdadera democracia. Es cierto que en la cumbre, y lo mismo en un escalón u otro, pueden producirse desviaciones; que individuos autoritarios, ambiciosos, orgullosos o vanidosos pueden transformar, o querer transformar, la delegación responsable en poder intangible y totalitario. En el Estado que Marx, cuando quiso atraer a los *communards* que habían escapado a la matanza, llamaba una «superestructura parasitaria» de la sociedad, los hombres que tienen los puestos de mando son inaccesibles para el pueblo. Esos hombres pueden legislar, decidir, ordenar, elegir por todos, sin consultar a los que sufrirán las consecuencias de sus decisiones: son los amos. La libertad que aplican es *su* libertad de hacer las cosas como ellos lo

entienden, gracias al aparato de las leyes, de los reglamentos, de las represiones, a cuyo efecto están las prisiones, los presidios, los campos de concentración y las ejecuciones. La URSS y sus países satélites lo prueban sobradamente.

El sistema antiestatista y antiautoritario no permite estas desviaciones porque los comités de dirección y coordinación, indudablemente indispensables, no salen de la organización que les ha nombrado. *Permanecen en su seno*, pudiendo siempre ser controlados, accesibles para los adherentes. Si tal o cual individuo viola su comportamiento y las instrucciones que ha recibido, es posible llamarlo al orden, censurarlo, destituirlo, reemplazarlo por otro. Sólo en estas condiciones la mayoría «hace la ley».

Este sistema había sido aportado en el año 1870 por el ala federalista de la Primera Internacional, es decir, por la tendencia bakuniniana y proudhoniana, que se empeñaba en que los adherentes se pronunciaran y decidieran en el máximo grado sobre los problemas examinados y la marcha de las actividades.

¿Significa esto que no había minorías, individualidades que ejercieran una influencia a menudo decisiva, en las asambleas, en la vida diaria de los sindicatos, de las colectividades, de las federaciones? Pretenderlo sería mentir, y nadie se llamaría a engaño. Como en toda agrupación humana, había en estos organismos militantes

más preparados, destacándose siempre primeros en las pruebas, predicando con el ejemplo, pagando con su persona, movidos por un espíritu de abnegación y sacrificio, que conocían más a fondo los problemas y hallaban más fácilmente las soluciones. La historia de la humanidad contiene, integrada en su corazón, la de las minorías que han asumido la causa de la felicidad de sus semejantes y el progreso de la especie. La minoría libertaria asumía esta misión según sus principios.

Para emancipar a los pueblos es preciso, ante todo, enseñarles a pensar y a querer. La minoría libertaria, fuerte y ardiente, como se ha visto, se esforzaba por enseñar a las masas a prescindir de jefes, y con tal objetivo predicaba y educaba, acostumbrándolas a comprender los problemas que les atañían directa o indirectamente, a buscar y hallar las soluciones adecuadas. Por esto, las asambleas sindicales de la CNT eran la expresión y la práctica de la democracia libertaria, la cual nada tenía que ver con la de Atenas, donde los ciudadanos discurrían y disputaban indefinidamente en la plaza pública, donde se enfrentaban las banderías, las rivalidades partidistas, las ambiciones y los personajes; donde las desigualdades sociales también terciaban y el tiempo precioso se perdía en disputas interminables. Aquí, Aristófanes no tendría ocasión de escribir el equivalente de *Las Nubes*.

Normalmente, estas reuniones periódicas se limitaban a algunas horas. Se trataba de temas concretos y precisos, de

modo concreto y preciso. Y quienquiera que tuviera algo que decir podía decirlo. El Comité o la Comisión administrativa exponían los problemas nuevos aparecidos desde la última asamblea, los resultados obtenidos por la aplicación de tal o cual resolución sobre la producción, el aumento o la disminución de una rama especial, las relaciones con los otros sindicatos, el rendimiento del trabajo según los talleres y las fábricas. Se informaba, se discutía. La asamblea nombraba comisiones cuyos miembros estudiaban las soluciones acordes con los problemas planteados y, en caso de desacuerdo, se establecía una moción por mayoría y otra por minoría.

Estas prácticas eran aplicadas en *todos* los sindicatos de la CNT, en *todos* los oficios, en *todas* las industrias, en *todas* las asambleas que, en Barcelona, reunían y habían reunido desde el nacimiento de nuestro movimiento centenares o millares de trabajadores, según su importancia. En casos excepcionales, decenas de millares.

De modo que el conocimiento de los deberes y de las responsabilidades de cada uno se extendía cada vez más, en una medida determinante y decisiva.

La práctica de la democracia libertaria era corriente también en las regiones agrícolas. Hemos visto cómo, desde el principio de la guerra civil y paralelamente a la revolución, fueron las reuniones generales de los habitantes de los pueblos las que decidieron el nombramiento de los comités

locales responsables, así como los delegados a las diferentes actividades que reclamaban una indispensable coordinación fueron propuestos y elegidos por toda la población reunida. Pero conviene añadir, y subrayar, que en *todos* los pueblos colectivizados, en *todas* las colectividades parciales de aldeas, en las 350 ó 400 colectividades de Aragón, las 900 de Levante, las 300 de Castilla (región del Centro, según la clasificación cenetista), la población entera era convocada una vez por semana, por quincena o por mes, e informada de todo lo que se refería a la vida general.

El autor asistió, en Aragón, a cierto número de esas asambleas donde las explicaciones y los informes sobre los temas que figuraban en la orden del día permitían a la población saber, comprender, integrarse mentalmente a la sociedad, a la responsabilidad social, y participar en la dirección de la vida pública, de modo que las recriminaciones, las críticas que se producen siempre cuando las decisiones son tomadas sin una posible oposición real y eficaz no se producían aquí. Las asambleas eran públicas, abiertas a todos los habitantes; las objeciones, las proposiciones eran debatidas ante todos, pudiendo cada cual, lo mismo que en las asambleas sindicales, tomar parte en los debates, criticar, proponer, votar en pro y en contra. La democracia se extendía a toda la vida social. En la mayoría de los casos, los mismos individualistas, enemigos de las colectividades, podían participar en las deliberaciones; eran escuchados, como los colectivistas. Sólo que no podían

votar, puesto que no formaban parte del organismo cuyas actividades se decidían.

Este principio y esta práctica fueron extendidos a los debates de los concejos municipales de las pequeñas ciudades, y hasta en ciudades de cierta importancia –el autor halla entre otras, en sus notas, Villanueva y Geltrú, Castellón de la Plana, Gerona, Alicante, Alcoy, Igualada–. Hemos visto que, cuando a causa de las exigencias de la guerra, nuestros camaradas habían decidido participar en esos concejos, donde a menudo se hallaban en minoría, no por esto dejaban de ejercer una influencia preponderante, en primer lugar porque obtuvieron de los otros partidos, que no podían rechazar su exigencia, que los debates fueran públicos.

Los elementos del pueblo, hombres y mujeres, que disponían de tiempo, no perdieron la ocasión de asistir a las discusiones. Y a menudo se obtuvo que la mayoría política aceptara reformas sociales (construcción de escuelas, casas y jardines de niños, socorros decentes para los ancianos, etc.) que hubieran sido rechazadas de haberse continuado los debates a puertas cerradas.

Lo mismo en la escala individual que en la escala colectiva local, estos diferentes aspectos de la democracia libertaria inauguraban, a juicio nuestro, una civilización nueva. Para mejor demostrarlo vamos a describir el desarrollo de una asamblea en una población de 5.000 habitantes, Tamarite de Litera, en la provincia de Huesca, asamblea a la cual hemos

asistido, como asistimos a otras, a fin de recoger testimonios tan vívidos como fuera posible.

El pregonero se ha presentado en la plaza pública, en las partes más frecuentadas de las calles del pueblo. Ha tocado por tres veces una trompetita que por su tamaño y su sonido parece juguete de niño, y con voz lenta, de tenor ligero que adoptan, ignoramos por qué, todos los pregoneros aragoneses, ha leído, cortando o entrecortando las palabras y las frases, el contenido de un pedazo de papel en el que está escrito que la Comisión de la colectividad convoca a los miembros de la misma por la noche, a las 21 horas.

Por la noche, a las 21:30 horas, la sala del cine está a medio llenar de campesinos cuyas conversaciones forman un rumoreo en el cual sobresalen a veces las voces de los chicuelos venidos como a un espectáculo. Hay aproximadamente 600 personas, de las cuales un centenar son mujeres de todas las edades. Los temas de las conversaciones son varios, pero nadie desentona, a pesar del temperamento rudo de los habitantes de la región. Por fin, el secretario de la colectividad, el compañero Blanco, que tanto ha pagado de sí durante veinte años de combates, sube a la tribuna. El silencio se establece. El secretario propone inmediatamente la adopción de medidas que se imponen en toda reunión de este género:

- Compañeros, debemos empezar por nombrar una mesa de discusión.

Inmediatamente, uno de los concurrentes pide la palabra «por una moción de orden». Se le concede el uso de la palabra.

- Hay –dice– varios individualistas en la sala. Los individualistas son enemigos de la colectividad, no tienen nada que hacer en esta reunión, debemos expulsarlos. Además, es necesario que las mujeres se callen, si no habrá que expulsarlas también.

Parte del público parece estar de acuerdo con las dos proposiciones. Hay gestos de aprobación. Otra parte calla, parece dudar, reflexionar.

Como nadie toma la palabra, el secretario contesta para decir que, a juicio suyo, los individualistas pueden también asistir a los debates, e incluso intervenir. «Nada tenemos que esconder y es al ver cómo obramos, a cara descubierta, como acabarán por convencerse».

En cuanto a las mujeres que hablan demasiado, está seguro de que no será necesario emplear tales procedimientos. Los individualistas son, por mayoría de votos, autorizados a quedarse. Y se aprueba, sin votar, que las mujeres se queden también.

Se nombra la mesa de discusión por la cual, uno tras otro, son propuestos y aprobados cuatro de los colectivistas presentes. Los cuatro suben a la tribuna. Uno de ellos hace

de presidente, y da la palabra al secretario para informar. El compañero Blanco empieza por exponer las razones que movieron a la Comisión administrativa a convocar esta asamblea extraordinaria. Sin ser orador, se expresa con claridad, y enumera los puntos del orden del día.

En primer lugar, se impone el cambio de cuatro de los miembros de la Comisión que habían sido nombrados en la asamblea anterior, porque no cumplen los trabajos que corresponden a su cargo. No por falta de voluntad, sino de formación. Por otra parte, existe un cierto descontento contra el delegado al abastecimiento. Es un compañero muy capaz, pero de mal genio, con modales demasiado bruscos, de modo que ha tenido incidentes desagradables, en especial con los delegados de otras regiones, y esto no debe ser. Será preferible que, en adelante, se ocupe de los intercambios a más larga distancia, en Cataluña o Francia, donde las relaciones son menos estrechas. En su lugar, el secretario cree, de acuerdo con los otros miembros de la Comisión administrativa, que conviene encargar al delegado a la industria y al comercio que se ocupe de las tareas que ha desempeñado hasta ahora el delegado al abastecimiento.

Los presentes parecen meditar un poco. No hay por qué discutir mucho. Los cuatro delegados insuficientemente preparados son reemplazados por otros, después de proposiciones y votos, y el delegado al abastecimiento ve sus atribuciones reducidas.

El secretario expone el problema siguiente que figura en el orden del día. Un grupo bastante numeroso de miembros de la colectividad acaba de retirarse para volver a las prácticas individualistas. El reglamento les reconoce este derecho, puesto que la adhesión, como la separación, es libre; de modo que han vuelto a la explotación individual de su tierra. Pero ahora reclaman un horno –los hornos están en manos de la colectividad– para cocer su pan. La asamblea debe decidir si hay que dárselos o no.

Se oyen vagamente algunos comentarios. Los rostros están tensos, atentos, graves. Las mujeres comentan, evitando hablar demasiado alto. Un colectivista pide la palabra.

– Debemos prestarles un horno por quince días, o un mes, a fin de que tengan tiempo de construir uno, pero la colectividad debe guardar los que tiene.

Otro colectivista no está de acuerdo: «No tenían más que quedarse con nosotros, se han ido por egoísmo y puesto que se han ido, que se arreglen como puedan; ellos tienen la culpa, no tenemos por qué ayudarles».

Pero un tercero, que ha pedido la palabra con mucha insistencia, opina en distinta forma. Ya hay demasiados hornos en Tamarite; sería una tontería construir uno más. Pero tampoco les podemos prestar uno, pues no lo merecen.

Tres o cuatro más de los presentes intervienen. Todos

hablan con la parquedad de los campesinos, pero ninguno propone una solución satisfactoria para la mayoría. Las reacciones del auditorio son diversas.

Entonces, el secretario expone su opinión. Ante todo, se plantea el problema de la buena organización de la economía. Construir un horno más sería malgastar un material que necesitamos para otros usos. Después, esto provocaría un gasto suplementario de carbón y leña, lo que debemos evitar porque las consecuencias de una mala administración no recaen solamente sobre los individualistas, sino sobre toda la economía nacional. Y esto debemos evitarlo, tanto para ganar la guerra como la revolución. Debemos probar que somos capaces de hacer algo mejor que el capitalismo, que malgasta precisamente lo que necesita la sociedad. Razón por la cual, en lugar de construir un horno más, debemos reducir el número de los que hay. Hagamos, pues, el pan para los individualistas. Pero éstos deberán aportar la harina necesaria y habrá una única calidad para todos. Por otra parte, no debemos negarles el pan, porque a pesar de estar en el error, tienen que poder comer lo mismo que nosotros, y en una situación opuesta a la que estamos, estaríamos contentos de que nuestros adversarios no nos impidieran comer.

El secretario ha convencido a la asamblea, que después de la intervención de algunas colectivistas que declaran estar de acuerdo, aprueba su proposición.

Se examina ahora un problema inesperado. ¿Hay que racionar el pan o no? Los salarios pagados por la colectividad permiten comprar mucho más de lo necesario, lo que da por resultado que se dé pan a los animales y se le malgaste; por otra parte, esto pueden hacerlo las familias numerosas, que tienen más recursos gracias a los salarios familiares, de modo que incluso hay una cierta injusticia, que la revolución no puede permitir. Hay, pues, que establecer un límite al consumo de pan, cada familia ha de poder obtener el que necesite, sin llegar al derroche.

Después de una discusión en que intervienen diversos colectivistas que se expresan con sencillez, se llega a votar en favor del racionamiento.

Las modalidades de aplicación serán examinadas después. Pero ahora se plantea un problema de jurisprudencia. ¿Quién aplicará las medidas decididas? ¿El concejo municipal o la colectividad?

Las distintas intervenciones y la participación del secretario permiten comprender la importancia del litigio. El concejo municipal abarca *toda* la población: los individualistas que componen la octava parte, y los colectivistas que componen las siete octavas partes. Si el racionamiento es aplicado por el concejo municipal, la medida será valedera para todos. Si es la colectividad, los individualistas no se considerarán obligados a respetarla. Se intercambian opiniones para delimitar las atribuciones de los

dos organismos. Y se decide pedir al concejo comunal que se encargue de aplicar la medida; si no aceptara, la colectividad lo hará en los límites de sus posibilidades.

Pero la separación de los individualistas da lugar a un problema nuevo. Varios han dejado a sus ancianos padres a cargo de la colectividad, abandonándolos de hecho. Los pobres viejos están ahora a cargo de la colectividad, pues son incapaces de trabajar. Este comportamiento es inadmisibile. ¿Qué actitud debemos adoptar hacia ellos? Desde luego, prosigue el secretario, no podemos expulsar de la colectividad a esos ancianos. Están y continuarán amparados por nosotros, pero el comportamiento de sus hijos no puede tolerarse. Que diga la asamblea lo que debe hacerse.

Varios de los presentes piden la palabra y hablan en medio de la tensión y el interés general. Uno de ellos pide que se quite la mitad de su cosecha a esos hijos desalmados. Otro repite que sería una vergüenza echar a esos pobres viejos de la colectividad: cualquier cosa, menos eso. El que le sigue en el uso de la palabra propone que se comunique a los hijos que si no toman consigo a sus padres se les quitará la tierra, y les será negada toda solidaridad. Pues el problema moral es primordial. Se vota esta proposición, que es aprobada.

Cada vez que se adopta una resolución, y antes de abordar otro problema, la asamblea comenta, sin ruido excesivo; el paréntesis dura apenas un minuto.

Un colectivista pide la palabra para preguntar por qué no se ponen en marcha los talleres de alfarería que antes de la guerra constituían una fuente de ingresos, porque surtían a numerosos pueblos de la región, e incluso a pequeñas ciudades, en cántaros, camelas, alcarazas. También fabricaban tejas y ladrillos. Pero como faltan brazos en los campos, se ha enviado a los alfareros a las labores de la tierra. Algunos están en el frente, y se fabrica mucho menos que antes. ¿Qué remedio hay?

Un anciano propone que se haga trabajar a los alfareros que quedan diez horas en lugar de ocho; un cincuentón dice que se aumente el número de los que trabajan en los talleres; otro, después de extenderse sobre la necesidad de intensificar esta producción, propone que se haga venir a especialistas de otras regiones. Propone, además, que se abra la fábrica de azulejos, cerrada a causa de los acontecimientos que desvían a tantos hombres de sus ocupaciones habituales.

Varios le contestan que estamos en guerra, y que bien podemos pasar sin azulejos hasta la victoria. Se oyen risas de parte del auditorio, que aprueba. Y como algunos de los presentes preguntan por qué no se hace venir obreros especializados de otras partes para producir este año como en los años anteriores, el alcalde, que está presente como cualquier colectivista, explica que anteriormente varias comarcas compraban estos artículos en Huesca, pero que habiendo esta ciudad caído en manos de los franquistas,

compran ahora en Tamarite, lo que aumenta las dificultades. Hay, pues, que reincorporar a sus trabajos a los alfareros y publicar en la prensa un llamamiento para que trabajadores especializados de otras regiones vengan a Tamarite, como se ha propuesto ya. Mayoría de votos.

El orden del día está agotado. Se trata de cuestiones varias. Uno de los presentes declara que hay en Tamarite un alpargatero que conoce muy bien su oficio. Se podría organizar un taller donde las mujeres irían a trabajar en lugar de perder el tiempo charlando en la calle. Las mujeres ríen, pero la proposición es aceptada: veremos cómo será aplicada. Otro, sesentón, que parece de mal genio, declara que las mozas del pueblo no son formales, y prefieren pasear durante las horas de trabajo en el taller que ha sido organizado para enseñarles la costura. Propone que se escoja una buena costurera que les enseñará bien, pero dentro de la iglesia, que no tiene ventanas. Se cerrará la puerta con llave, y las chicas no podrán escabullirse. Todos ríen, las chicas más que los mayores.

Varios colectivistas intervienen exponiendo su opinión, y se acaba por decidir que en cada taller una delegada será encargada de controlar a las aprendizas. Las que falten dos veces seguidas sin motivo serán expulsadas. Pero el cascarrabias es implacable. Ahora quiere que cuando no den satisfacción, se obligue a las muchachas a ayunar durante dos o tres días. La risa es general.

Otro problema: hay que nombrar una nueva directora para el hospital (nos informamos así que lo dirige una mujer, cosa rara hasta entonces en España). Este hospital había sido transformado en casa de ancianos, pero éstos son ahora atendidos en su propia casa por el médico que ha adherido a la colectividad, y el hospital comarcal es reservado para los casos urgentes de enfermedad. Lo cual causa un nuevo litigio jurisdiccional. El hospital tiene un carácter público general, y es preciso saber si depende del Concejo municipal que ha sido reconstituido, o de la colectividad. En el primer caso, es cosa de todos, de los colectivistas y de los individualistas, y estos últimos deben participar en los gastos que hasta ahora han sido sufragados por la colectividad, cuyos enemigos han aprovechado de su generosidad. Se decide aplazar la discusión hasta mejor información.

Después de haberse examinado problemas de menor cuantía, el presidente levanta la sesión. La asamblea ha durado dos horas y media. Casi todos los que habían tomado parte en ella eran campesinos del pueblo o de los alrededores, acostumbrados a levantarse muy temprano en esta época del año, y que han trabajado ese día doce o catorce horas.

Sin embargo, nadie salió antes del fin de los debates, ni siquiera los que se habían quedado de pie, porque los asientos fueron todos ocupados; los rostros quedaron despejados, las miradas firmes, mostrando al final tanto interés –a menudo divertido– como al principio. Y el

secretario, a la vez paterno, fraterno y pedagogo, debió insistir para que el orden del día no fuera alargado.

La última resolución tomada se refería a la frecuencia de las asambleas que, en adelante, en lugar de ser mensuales, serían semanales.

Y los colectivistas se fueron a dormir, comentando en camino los debates habidos y las resoluciones tomadas. Algunos vivían bastante lejos. Regresaron a pie o en bicicleta.

Las cartas

Hemos procurado, en los capítulos que preceden, introducir, guardando el sentido de las proporciones, la mayor parte posible de textos, o las partes relevantes de los reglamentos o estatutos que oficializaban, por así decirlo, los principios esenciales sobre los cuales se fundaban y organizaban las colectividades agrarias españolas.

En posteriores capítulos de esta obra insistiremos con la publicación de otros textos que, como los reproducidos, fragmentaria o integralmente: confirman el espíritu a la vez constructivo y humanista que ha guiado a los libertarios españoles en su obra histórica.

Estos documentos tienen, a nuestro modo de ver, tanta importancia como la tuvieron las cartas de las comunas de la Edad Media para quien estudia esa etapa de la historia del mundo occidental. Son, para el porvenir, elementos de apreciación y referencias en que podrán inspirarse los que continuarán la lucha por una sociedad más justa y racional.

Tal vez examinándolos con lente de aumento pueda un espíritu crítico formular objeciones secundarias en cuanto al estilo o a la sintaxis, por ejemplo. Pero a pesar de las imperfecciones de redacción, estamos convencidos de que hasta el presente ninguna revolución ha mostrado un espíritu constructivo tan preciso, exponiendo conceptos realizadores tan claros y una ética social tan elevada.

Considerados en su esencia, puede afirmarse que los objetivos perseguidos, los métodos enumerados y adaptados constituyen una doctrina del socialismo consustanciada con la vida, que podrá guiar hacia un mejor porvenir a los hombres ansiosos de verdadera justicia y fraternidad.

Cuarta Parte

INDUSTRIA Y SERVICIOS PÚBLICOS

XX. LAS REALIZACIONES INDUSTRIALES

Según las cifras del último censo que precedió a la guerra civil y a la revolución, España contaba –en 1936– con 1.900.000 personas empleadas en las industrias, sobre un total de 24.000.000 de habitantes.

En primer lugar, hallamos 300.000 asalariados en la industria del vestido; es preciso tener en cuenta que en este total el número de mujeres empleadas era superior al de los hombres.

Le seguía en número la industria textil, que exportaba paños incluso a Inglaterra, y que contaba con trabajadores de ambos sexos; en el personal femenino figuraban las obreras empleadas en la fabricación de ropa blanca.

La tercera industria era la del ramo de la construcción. Totalizaba 270.000 trabajadores, que ejercían los oficios más

diversos correspondientes a esta actividad. La cuarta era la correspondiente a la alimentación: conservería, salazones, especiería, etc.; con 200.000 personas.

Registramos luego 150.000 asalariados en la especialidad caza y pesca, con predominio –desde luego– de la pesca sobre la caza.

Y entonces cuando llegamos a la producción clave, que en las naciones modernas está constituida por lo que se llama con razón «industrias básicas»: la producción minera, con 100.000 hombres, empleados en la extracción de hulla y de los diferentes minerales; y la industria metalúrgica, con 120.000 trabajadores.

Por lo tanto, si bien la industria española no era importante con relación a otros países avanzados económicamente, no puede decirse que fuera de despreciar, sobre todo si este total aproximado de 1.900.000 personas es comparado con el total de la población española (24.000.000 de personas). Y aunque la población campesina era mucho más numerosa, sería un error juzgar las posibilidades de socialización revolucionaria sólo a partir del ámbito rural.

Añadamos a estas cifras básicas que –como lo hemos mencionado ya– un 70% de la industria estaba concentrada en Cataluña, en donde los abundantes saltos de agua alimentados por los Pirineos habían facilitado desde hacía mucho tiempo la captación de fuerza motriz; el contacto con

Francia, la utilización del mar Mediterráneo hacia Italia, África del Norte e incluso –pasando por el estrecho de Gibraltar– hacia América del Sur, favorecían la expansión comercial y la exportación de ciertos productos industrializados.

Así, la industria textil –que movilizaba grandes capitales financieros– pudo desarrollarse gracias al algodón importado desde los Estados Unidos, Brasil y Egipto, mientras que la lana llegaba desde la Mancha y otras regiones del país donde las dificultades naturales para la agricultura y la escasa productividad de las pasturas que cubrían parte de España obligaron a los campesinos a especializarse en la cría del ganado lanar.

Completemos esta breve indicación general mencionando a los 60.000 trabajadores ocupados en los «medios de transporte, aparatos de transmisión y empresas de electricidad», y –concluyendo– a las 40.000 personas registradas en las 4.000 pequeñas empresas de productos químicos, cuya existencia indicaba una tendencia hacia la modernización de la economía general.¹⁰⁰

En resumen, según las estadísticas, las distintas industrias absorbían –en julio de 1936– entre un 22 y un 23% de las «personas activas»; la agricultura, por su parte, ocupaba un 52%; y lo que se denomina hoy sector terciario (que

100 Véase en la Séptima Parte la sección titulada *La industrialización, reglamento de las colectividades*.

entonces englobaba el personal doméstico) registraba aproximadamente un 25%.¹⁰¹

Se comprenderá que esta estructura económico-social haya influido las realizaciones de la Revolución española, lo mismo que –en determinado momento– la influyó la falta de materias primas, o de energía, o el agotamiento de las reservas de algodón (que no llegaba del extranjero por causa del bloqueo marítimo), o la falta de lana (que no llegaba ya de la Mancha, casi toda en manos de tropas franquistas), o la falta de comunicaciones adecuadas con Cataluña.

En fin, y esto bastaría para hacernos comprender la importancia de ciertas dificultades económicas que –demasiado a menudo– los revolucionarios descubren cuando es tarde.¹⁰² La industria de la construcción –que en

101 Desde luego, hoy las estadísticas no son las mismas. Según el censo practicado en 1960, la población agrícola activa representaba el 39,70% del total; la población industrial, el 33%; el sector denominado «servicios», un 28%. En 1961, la siderurgia y la gran metalurgia englobaban unas 230.000 personas; la metalurgia menor a 386.000; mientras que la construcción contaba con 603.000 trabajadores y la industria textil con 335.000. Pero también aquí – para que las comparaciones sean válidas– es preciso tener en cuenta el aumento de la población: en 1961 se totalizaban 30 millones y en 1970 ascendía a 34 millones de habitantes.

102 Pero, ¿qué revolucionarios empeñados en destruir la sociedad actual, y al parecer, en construir una sociedad nueva se han preocupado jamás de tales problemas? El mismo Marx se burlaba de lo que él llamaba «las recetas para las ollas de la sociedad futura». Aunque pueda sorprender, sólo la escuela libertaria ha producido ensayos y anticipaciones más o menos valederas – según los casos– sobre la reorganización social. Y la concentración permanente del espíritu en cuanto a la labor reconstructiva por realizar fue –

Barcelona ocupaba alrededor de 40.000 trabajadores– se paralizó de la noche a la mañana, porque en todo período de crisis ésta es la rama de trabajo que más pronto cesa sus actividades, pues los propietarios desaparecen o no invierten su dinero –ya sea para hacer construir inmuebles nuevos o hacer reparar los que ya poseen–.

Es en el Congreso celebrado en Madrid en el año 1919 (llamado Congreso de la Comedia o del teatro de la Comedia), que la CNT –fundada en 1910– había decidido renunciar en todo el territorio de España a los sindicatos y federaciones tradicionales de oficio, hijos de la Primera Internacional; a los que Bakunin se refería cuando preconizaba su extensión para la construcción del socialismo en toda Europa. Pues esta primera estructura de organización obrera –que hallamos aún en bastantes naciones– ya no respondía, en opinión de los militantes sindicalistas libertarios, a la evolución de las estructuras del capitalismo moderno, las que imponían mayores concentraciones de combate. Pero también –pues este objetivo *nunca* fue olvidado, y se perseguía paralelamente a la lucha de clases en la sociedad capitalista–, se trataba de preparar mejor la organización social del porvenir. Los lamentables ejemplos de las luchas intercorporativas del fin de la Edad Media y del Renacimiento no respondían al espíritu de nuestros militantes españoles, para quienes el

con seguridad– uno de los factores que más influyó en los militantes cuya obra realizadora describimos.

federalismo fue siempre sinónimo de asociación práctica. Así considerado, vemos que en el terreno sindical y en el trabajo, un peón de pico y pala, un albañil, un ladrillero, un cementista, un yesero, un peón, un arquitecto, un plomero, un electricista, colaboran y participan en la construcción de un edificio o de una casa. Es, pues, lógico y necesario hallarnos unidos en el mismo sindicato.¹⁰³

Igualmente, la construcción de una caldera –desde la fabricación de la chapa hasta el calafateo– implica una serie de operaciones, hechas por trabajadores de diferentes oficios, todos solidarios. El problema consistía, entonces, en unir aquellos oficios que tendían a un mismo fin.

Pero esta unión no debía realizarse sin método u olvidando la práctica de la libertad. En el fondo, el sindicato de industria era una federación de oficios y trabajadores de distintos oficios afines. Cada uno constituía una sección técnica, y todas esas secciones eran interdependientes.¹⁰⁴ Cuando una

103 Véase, más adelante, *Estructura de un sindicato de industria*.

104 La solidaridad supone interdependencia o es una palabra hueca. He aquí un ejemplo que muestra la diferencia moral existente entre los viejos militantes sindicalistas franceses y sus camaradas españoles. En una especie de mesa redonda donde el autor explicaba a delegados metalúrgicos de la zona industrial del Creusot que el sueldo de los metalúrgicos era –en Barcelona– el mismo para todos los oficios, uno de los delegados declaró que no podía admitir que un forjador se pronunciara sobre lo que él –mecánico ajustador– debía ganar. Le expliqué que habíamos desbordado el marco corporativista y que para nosotros el derecho «humano», igual para todos, era el primordial. El camarada no resultó del todo convencido.

de ellas entablaba un combate, las otras la apoyaban solidariamente, lo cual favorecía la victoria. Si no todas las secciones, o sea la industria entera, entraba en lucha. Lo cual aumentaba formidablemente la capacidad de las organizaciones obreras, mientras el sindicato preparaba mejor el marco económico del porvenir.

La aceptación de las federaciones de industria, complemento lógico de la constitución de los sindicatos de industria –así como las federaciones de oficio lo habían sido de los sindicatos de oficio– fue impedida durante años por la oposición de quienes se aferraban a una incomprensible ortodoxia, a lo cual se agregó la desorganización causada por las numerosas huelgas locales o generales, por los intentos insurreccionales, por los *boicots* y las represiones, y también –reconozcámoslo– por la insuficiencia numérica de militantes técnicamente capacitados para preparar las grandes realizaciones constructivas del porvenir.¹⁰⁵ Sin embargo, las orientaciones fundamentales habían sido trazadas en los congresos y en aquél celebrado en febrero de 1936, donde fue votada una resolución que clasificaba en 18 federaciones de industria a todas las actividades productoras y a los servicios públicos de la nación. Estas federaciones eran las de metalurgia y siderurgia; industria

105 En su libro ya mencionado, *El Proletariado Militante*, Anselmo Lorenzo mostraba ya que en tiempos de la Primera Internacional la carencia de militantes técnicamente capacitados constituía un problema de difícil solución.

textil; industria química; petróleo y derivados; agua, gas y electricidad; transporte terrestre y marítimo; servicios sanitarios, enseñanza; espectáculo (teatro, cine, etc.); trabajo de la madera; producción tabacalera; agricultura; bancos y finanzas; construcción; minas; técnica general.

Más tarde, en el Pleno Económico de Valencia (1938), se aportaron modificaciones –en parte causadas por la guerra– en una muy compleja situación, consecuencia de las relaciones comúnmente difíciles con las formaciones políticas. Las federaciones de industria –que tan a menudo desbordan el marco trazado, y no son sino apelaciones genéricas– serían 15.

Antes de describir las realizaciones constructivas de carácter industrial, obra de los sindicatos, motivo por el cual preferimos denominarlas «sindicalizaciones», como las hemos llamado en aquel entonces en España misma, creemos necesarias otras precisiones complementarias.

Lo que se llamó «colectividades» y «colectivización» en las regiones agrarias no fueron sino formas diversas y siempre afines de lo que anteriormente se había llamado socialización. Pero socialización *verdadera*. Como lo hemos expuesto, las colectividades y colectivizaciones campesinas abarcaban el conjunto solidario –parcial o total– de los habitantes de cada pueblo, o de cada colectividad fragmentariamente organizada por sus componentes. No existía diferencia de condiciones de vida o de retribución,

intereses antagónicos de grupos más o menos separados. La norma moral dominante era la de la igualdad generalizada y de la fraternidad, practicada en los hechos, y en beneficio de todos.

Pero las cosas fueron a menudo diferentes en lo que se llamó colectivizaciones industriales, especialmente en las grandes ciudades, como consecuencia de factores contradictorios y de oposiciones nacidos de la coexistencia de corrientes emanadas de clases sociales distintas. Muchas veces –en Barcelona y en Valencia– los trabajadores de cada empresa tomaron posesión de la fábrica, del taller, de las máquinas, de las materias primas, y aprovechando que aún existían el sistema monetario y la economía mercantil propios del sistema capitalista, amparados por el Gobierno, organizaron la producción por su cuenta, vendiendo en provecho propio el producto de su trabajo. El decreto de octubre de 1936, que legalizaba las colectivizaciones industriales, no permitía estas ventajas que falseaban todo desde el inicio.

Esta práctica no creaba una verdadera socialización, sino una especie de neocapitalismo obrero, una autogestión situada entre la economía liberal burguesa y el socialismo, la cual no se habría producido si la revolución hubiera podido realizarse integralmente –y como la habíamos previsto– bajo la dirección de nuestros sindicatos. Mas como nos hallábamos en guerra, frente a una ofensiva total de los franquistas en Aragón, hacia Cataluña, en Castilla la Vieja,

hacia Madrid, en Andalucía y en las Vascongadas, y hacia Asturias, nuestros sindicatos no reunían fuerzas bastantes para entablar la lucha contra las fuerzas sociales burguesas y los partidos antifascistas con conductas dúplices al mismo tiempo que combatir –en una guerra moderna– a los ejércitos fascistas.

Con todo, estas insuficiencias –que el autor de estas líneas denunciaba desde fines de 1936– no impidieron un hecho de enorme importancia: las fábricas, los talleres, todas las empresas trabajaron y produjeron sin patronos, sin capitalistas, sin accionistas, sin jerarquía direccional; y hemos conocido visitantes, como el sociólogo belga Ernestán que, ante los hechos comprobados, nos expresaban su entusiasmo.

Y muy pronto se produjeron reacciones que pasaron demasiado desapercibidas. En la metalurgia, que fue rápidamente la industria más importante a causa de la producción de guerra, las cosas habían empezado mal en cuanto a socialización. Pero el sindicato logró ejercer un control administrativo riguroso en lo que respecta a la marcha de las empresas cuyos comités de gestión aceptaron una disciplina administrativa, disciplina ésta que afianzaba el espíritu y la práctica de las medidas tomadas. El Gobierno catalán reclamaba la instauración de esta disciplina, la que sólo fue posible ejercer gracias a la organización obrera tradicional.

En este mismo sindicato, era vivo en los militantes el deseo de ir más adelante, pero a menudo eran desbordados por una compleja situación que es imposible imaginar desde lejos, treinta o cuarenta años después. Este espíritu movió al Comité Sindical a encargar al autor de estas líneas la preparación de un plan de sindicalización de la producción metalúrgica de Barcelona, plan que fue aceptado sin la menor oposición en una asamblea compuesta por millares de miembros del sindicato. El autor no pudo, después, observar los suficientes o insuficientes esfuerzos que se realizaron para la aplicación de tal proyecto.¹⁰⁶

Pero otras realizaciones tuvieron más fortuna. Tal fue el caso en el Sindicato de la Madera, que comprendía a los ebanistas, obreros del mueble, carpinteros de taller y carpinteros de obra. Para mayor documentación reproduciremos las partes más significativas de un manifiesto del Sindicato de la Madera publicado con fecha 25 de diciembre de 1936, y que prueba hasta qué punto muchos militantes comprendían la situación:¹⁰⁷

106 Esta aplicación fue en parte impedida porque en nombre de las necesidades de guerra, Indalecio Prieto –socialista de derecha– intervino en la organización de las industrias metalúrgicas y, de acuerdo con los comunistas distribuidos en los puestos de mando, frenó el desarrollo del proceso de sindicalización. Véase el capítulo *La contrarrevolución interna*.

107 Otro manifiesto que denunciaba la desviación de las colectivizaciones y las declaraba absolutamente contrarias al comunismo libertario, fue lanzado en la misma época por la FAI. El autor de estas líneas sólo había sido encargado de su redacción. Nuestra impresión es que, teniendo en cuenta el

En lugar de una verdadera toma de posesión de los talleres, en lugar de una verdadera satisfacción al pueblo, se obliga a los patronos a pagar sueldos, se suben los salarios y se disminuyen las horas de trabajo. Y esto, ¡en plena guerra!

Ahora que el gobierno de la Generalidad se ha adueñado de todos los valores monetarios, admite el pago de deudas imaginarias¹⁰⁸ y distribuye cantidades tan fabulosas que los que así proceden se arrepentirán cuando –llegado el momento de rendir cuentas– se vea cuántos millones han sido gastados sin producir, causándose a la economía un perjuicio considerable.

Se ha introducido en la economía a un número enorme de burócratas parasitarios cosa que, en la esfera de sus actividades, el Sindicato de la Madera se ha esforzado por reducir en las empresas.

Desde el primer momento, nos hemos opuesto a este

carácter de los trabajos de la metalurgia, donde la técnica es mucho más importante e interviene con mayor frecuencia que en otras industrias (de la madera, por ejemplo), faltó una proporción adecuada de ingenieros o especialistas capaces de asumir debidamente responsabilidades orgánicas. Faltaron especialistas competentes en la industria de los armamentos, en la construcción de máquinas importantes. El entusiasmo proletario no podía suplir el manejo de las matemáticas.

108 El Gobierno de Barcelona asumió las deudas de los patronos y empresarios que se veían, o pretendían verse, en situación apremiante como consecuencia de las nuevas circunstancias. Puede suponerse a cuántos abusos dio lugar esta medida.

despilfarro y, en la medida de nuestras fuerzas, hemos intensificado el rendimiento de nuestra industria. También nosotros habríamos podido seguir la corriente, y tolerar que se siga ordeñando la vaca de leche gubernamental, sacando dinero de la Generalidad para talleres no rentables, y pagando facturas hipotéticas que no serán reembolsadas por deudores insolventes.

Llegados a este punto, pensamos mostrar –con realizaciones parciales– nuestra capacidad de productores, y al mismo tiempo salvar a la economía y eliminar a la burguesía con todos sus rodajes de intermedios parasitarios, su contabilidad tramposa y sus prebendas.

En los primeros tiempos de la revolución, no podíamos colectivizar¹⁰⁹ nuestra industria, porque veíamos, y pensábamos y pensamos aún que numerosas secciones de nuestro sindicato habrían de desaparecer. Y también porque, desde el primer momento, hubo desacuerdo entre nosotros y el mundo oficial que no quiso reconocer el derecho de los sindicatos; pero es muy seguro que si se hubiera obrado de otro modo, se habría podido –gastando muchos menos millones– perfeccionar todas las industrias, porque debemos esforzarnos para que en Cataluña, y en todas partes, nuestra industria nacional se desarrolle. Tiene los medios suficientes para lograrlo.

109 Interpretar aquí la palabra colectivizar en sentido de «socializar».

Hay que adaptar la organización técnica a las necesidades del momento, pensando en el porvenir. Ante las exigencias del momento, el Sindicato de la Madera ha querido no sólo avanzar en el camino de la revolución, sino orientar esta revolución inspirándose en el interés de nuestra economía, de la economía del pueblo. Con este fin hemos agrupado a todos los pequeños patronos insolventes, sin medios de existencia; nos hemos hecho cargo de todos los talleres microscópicos, con número insignificante de trabajadores, sin esbozo de organización sindical, y sólo viendo en ellos a trabajadores cuya inactividad perjudicaba a la economía.

Y gracias a nuestros recursos y a las cotizaciones de nuestros adherentes, hemos organizado talleres de la CNT, talleres de 200 trabajadores y más, como nunca se vieron en Barcelona, y como muy pocos hay en el resto de España.

Habríamos podido, y esto hubiera sido más fácil, colectivizar a los talleres cuya existencia estaba asegurada, pero les dejamos continuar la producción hasta donde les era posible, y sólo colectivizamos a los que conocían dificultades económicas reales.

Hay equívoco cuando se afirma que no aceptamos el Decreto de Colectivizaciones.¹¹⁰ Muy al contrario, lo

110 El decreto reconociendo las Colectividades sólo fue publicado por el Gobierno catalán el 24 de octubre de 1936, tres meses después del principio de la revolución, y ante la presión directa y constante de los trabajadores de las empresas. Su autor había sido el consejero de Economía en el Gobierno

aceptamos, pero sencillamente lo interpretamos desde nuestro punto de vista.

Lo que para algunos hubiera sido lógico, habría sido la organización de grandes cooperativas que sólo las industrias favorecidas habrían podido fundar. En cambio, dejarían a las faltas de recursos en lucha con sus dificultades, lo que llevaría a constituir dos clases: la de los nuevos ricos y la de los pobres de siempre.

De acuerdo con las ideas expuestas en este manifiesto, se convocaron asambleas sindicales donde –como antes de la revolución– los trabajadores acudieron por millares. Fue estudiada la situación y se acabó por tomar medidas de restablecimiento de una orientación comunista libertaria. Buen número de los talleres más importantes quedaron bajo control sindical, cada cual con su número de colectivización.

La autoridad del sindicato, es decir, de las asambleas cuyas decisiones eran inapelables, acabó por imponerse. Allí donde había excedente de mano de obra, parte de los trabajadores fueron dirigidos hacia otras empresas, que fabricaban objetos útiles para la nueva situación, por

de la Generalidad, Juan Fábregas, de Cataluña, donde representaba a la CNT. Pero Fábregas se había adherido recientemente a nuestro movimiento y su insuficiente preparación teórica le impidió ver los aspectos peligrosos de esas medidas oficiales. Es también preciso tener en cuenta la oposición de los sectores burgueses liberales (republicanos, catalanistas de derecha e izquierda, socialistas oficiales, comunistas, estalinistas, e incluso el POUM –Partido Obrero de Unificación Marxista, de tendencia trostkista–).

ejemplo, muebles sencillos en lugar de muebles de lujo.

Se racionalizó el empleo del material técnico disponible, y en la medida en que lo permitió la situación creada por la guerra, se volvió a las prácticas de nuestro sindicalismo. Nuevas construcciones de gran amplitud germinaban en los espíritus, y de no empeorar la situación militar, es indudable que un restablecimiento general se habría producido.

Pese a todo, no faltaron realizaciones que, por sí solas, habrían justificado la revolución. Veamos las que nos parecieron más características.

XXI. LAS SINDICALIZACIONES DE ALCOY

En lo referente a sindicalizaciones, es decir, a la socialización integral realizada por los sindicatos, bajo su dirección y responsabilidad y con vistas a la totalidad de la industria que les competía, Alcoy nos parece el caso más demostrativo y pleno de enseñanzas. Segunda ciudad de la provincia de Alicante, en el año 1936 contaba con 45 millares de habitantes y era centro comercial e industrial de relativa importancia, pues el número de los asalariados industriales ascendía a 20.000, proporción elevada en un país donde la población «activa» –cualesquiera que fueran sus ocupaciones– alcanzaba en la escala nacional de 33 a 35%. A la industria textil, que no sólo producía tejidos porque abarcaba la producción de géneros de punto y lencería –que era la más desarrollada y que empleaba un número bastante elevado de mujeres– le seguía la industria del papel, y luego la metalurgia.

Nuestro movimiento se remontaba a la época de la Primera Internacional. Como todas las regiones de España, Alcoy conoció períodos de calma, que casi siempre sucedían a represiones a menudo cruentas. Pero a partir del año 1919, la organización de los sindicatos de industria le infundió mayor vigor a todo el movimiento libertario.

Los grupos anarquistas fueron numerosos y supieron, al mismo tiempo, luchar en el terreno sindical y realizar en el seno de la clase obrera (ellos mismos estaban compuestos por trabajadores manuales) una obra de educación social cuyos resultados están ahora a la vista. Y es en Alcoy donde –bajo la dictadura del general Primo de Rivera (1923–1930)– apareció, durante siete años, el periódico libertario *Redención* –de notable contenido– a cuyo recuerdo el autor de estas líneas (que fue asiduo colaborador) se siente unido en lo profundo de su corazón a pesar del tiempo transcurrido.

En este período, y sin duda alguna al principio de la revolución, Alcoy era la ciudad que contaba proporcionalmente con el mayor número de militantes libertarios. Los jóvenes –muy numerosos– alternaban con los luchadores curtidos, todos solidarios.

Todo lo cual explica por qué, durante nuestra primera visita –y en febrero de 1937–, los sindicatos de la CNT contaban con 17.000 adherentes, mientras que los de la UGT, de orientación social–reformista, contaban con 3.000,

número que incluye a los funcionarios –que no eran revolucionarios– y a los pequeños comerciantes, enemigos de la revolución, que buscaban en esta organización la garantía de su situación social.

Estos mismos hombres contaban también con el apoyo de los partidos políticos, naturalmente hostiles a lo que nuestros compañeros podían emprender. Mas los libertarios tenían en sus manos el conjunto de las actividades necesarias a la vida social, merced a los sindicatos, cuya lista era la siguiente:

Alimentación; Imprenta (papel y cartón); Construcción (incluyendo los arquitectos); Higiene (medicina, servicios sanitarios, farmacia, peluqueros, lavanderas, barrenderos); Transportes (ómnibus, camiones, taxis, etc.); Espectáculos; Industria Química (laboratorios ácidos, jabones, perfumería, etc.); Pequeñas Industrias Varias (no precisadas); Cueros y Pieles; Textil; Industria de la Madera; Técnicos Industriales; Comerciantes, Vendedores Ambulantes; Profesiones Liberales (maestros de escuela, artistas, escritores, etc.); Vestido; Agricultura y Horticultura.

El claro concepto de su misión permitió a nuestros compañeros socializar con rapidez. Alcoy no ha recorrido las etapas a menudo prolongadas que se han dado en otras partes: los comités de control buscando su camino, comités de gestión marchando a tientas. Desde el primer momento, y en forma decidida, los sindicatos tomaron a su cargo la

dirección de la iniciativa revolucionaria, y lo hicieron *en todas las industrias*. Procuremos seguir el desarrollo de sus iniciativas, tomando por ejemplo la socialización de la industria textil.

El 18 de julio, los rumores referentes a un ataque inminente del fascismo que se propalaban en toda España, también circulaban en Alcoy. Se hablaba de un ataque de los militares y de los derechistas apoyados por la Guardia Civil. Nuestras fuerzas se movilizaron para hacerles frente, y tomaron disposiciones para el combate en las calles. Pero el ataque no se produjo; entonces, nuestras fuerzas –que por su importancia y decisión desbordaban a las autoridades locales– se dirigieron hacia ellas y –aprovechando la coyuntura– presentaron algunas reivindicaciones, en gran parte motivadas por la desocupación reinante en la industria textil. El Sindicato de la Industria Textil contaba con 4.500 adherentes (y pronto contaría con 6.500). Estas reivindicaciones exigían –sin romper la unidad antifascista– ayuda para los desocupados, el seguro contra la enfermedad; en fin, el control obrero en las empresas industriales. Fueron concedidos sin dificultad. Pero pronto aparecieron dificultades nuevas. Los patronos aceptaban que las comisiones obreras examinaran sus libros de tesorería donde las operaciones de compraventa y los beneficios y pérdidas estaban –sin duda– correctamente registrados, pero los obreros, y sobre todo sus sindicatos, querían ir más allá. Querían controlar todo el mecanismo

capitalista que hacía paralizar en forma absurda la producción en un momento en que tanta gente sufría privaciones, provocando así una desocupación inadmisibile, teniendo en cuenta las necesidades por satisfacer. Y muy pronto se llegó a la conclusión de que la ocasión era propicia y que entonces era preciso adueñarse de la dirección de las empresas, y transformar toda la sociedad.

Por otra parte, el patronato declaró al poco tiempo que le era imposible pagar los salarios a los desocupados, cosa que —dado que estábamos en un período de crisis económica— podía ser verdad. En la industria textil, parte de las empresas eran deficitarias, y ni siquiera podían pagar a los obreros ocupados. Y se llegó a una situación inesperada e insólita, en la que los patronos pidieron al sindicato que les proporcionara recursos para pagar a los que estaban sin trabajo.

Entonces, el sindicato nombró una comisión, la que estudió a fondo la situación, y concluyó en que la industria textil de Alcoy se hallaba «en una situación de parálisis sistemática, de quiebra financiera y de deficiencia absoluta, tanto desde el punto de vista técnico como administrativo».

Esta situación determinó la etapa decisiva: de acuerdo con la resolución del sindicato, las comisiones de control de la industria textil se transformaron en comités de gestión. Y el 14 de septiembre de 1936, el sindicato tomó oficialmente posesión de 41 fábricas de paño, 10 de hilados, 8 de géneros

de punto, 4 de tintas, 5 de aprestos, 24 de borra, así como 11 depósitos de trapos. Todos estos establecimientos constituían el conjunto de la industria textil local.

Nada quedaba fuera del control y de la dirección sindical. Pero no se piense que con el nombre de sindicatos se denominaba a algunos comités superiores y burocráticos que tomaban resoluciones sin consultar a la masa de los adherentes. Aquí también se practica la democracia libertaria. Lo mismo que en todos los sindicatos de la CNT, existe un doble impulso: por una parte, el impulso dado por la base, por la masa de los asociados; y por la otra, el impulso dado desde arriba. De la circunferencia al centro y del centro a la circunferencia, como pedía Proudhon, o de abajo hacia arriba ante todo, como pedía Bakunin.

Estamos en febrero de 1937; existen cinco ramas generales de producción, con los trabajadores respectivos: primero, el tejido, que emplea a 2.236 trabajadores; luego los hilados, con 1.025 hilanderos e hilanderas; sigue el acabado, con 1.158 hombres y mujeres; los géneros de punto con 1.360 trabajadores, sobre todo mujeres; y los cardadores, con 550 obreros.

Partiendo de la base, los trabajadores eligen –en sus reuniones de empresa– al delegado que los representa en los Comités de Empresa. Luego reencontramos, por la filiación de las delegaciones, estas cinco ramas de la producción en el Comité de Dirección Sindical. La

organización general descansa, pues, por una parte, en la división del trabajo, y, por otra, en la estructura industrial de conjunto.

Antes de la expropiación, los comités de empresa no se componían sino de trabajadores manuales; se ha agregado ahora un delegado del personal de las oficinas y otro de los almacenes y materias primas.

El papel de estos comités consiste en dirigir la producción según las instrucciones recibidas, que emanan de las asambleas; en transmitir informes sobre la marcha del trabajo a los comités y secciones responsables del sindicato; en comunicar las necesidades de nuevo material técnico y de materias primas. También deben transmitir las facturas importantes y pagar las de menor cuantía.

Pero los representantes de estas cinco ramas que están en el Comité Director son completados –en éste– por la Comisión de Control nombrada por el comité sindical y por los delegados de las secciones de empresas.

Existe también una comisión técnica, a su vez dividida en cinco partes especializadas: administración, ventas, compras, fabricación, seguros. Se le agregó un secretario general para facilitar la necesaria coordinación. Examinemos con rapidez el funcionamiento de esta comisión.

Elegido entre los compañeros a quienes se considera más

aptos para el cumplimiento de esta función, el secretario controla, y si es necesario, orienta el trabajo general.

En la sección ventas ha sido colocado un compañero de capacidad reconocida para esta especialidad.¹¹¹ Este compañero controla el trabajo de la sección que le ha sido encomendada, y que consiste en recibir los pedidos, ordenar las entregas de los productos pedidos a los diversos almacenes donde están guardados.

Tan pronto un almacén ha remitido la mercancía encomendada, lo comunica a la sección contabilidad para asegurar su pago. Por otra parte, la sección venta comunica a la sección de fabricación la importancia de los artículos vendidos y su especificación, para que encargue a la sección fabricación los artículos que han de sustituir a los ya entregados.

Así se conoce, día por día, la evolución de todas las reservas de la industria textil de Alcoy.

El almacenamiento también compete a esta comisión. Los almacenes están clasificados según los materiales y artículos de su especialidad: géneros de punto, mantas, sobretodos, paños, tejidos diversos, etc.

111 No olvidemos que estamos aún lejos de la socialización integral *en el conjunto del país*. Subsisten las prácticas comerciales, y muchos aspectos del capitalismo en las otras regiones, todo lo cual no está en nuestro poder hacer desaparecer.

Cuando los pedidos son pagados al contado, el responsable de ventas los autoriza inmediatamente. Si se trata de un cliente que paga a plazos, la comisión debe pronunciarse.

Igualmente, la comisión de compras tiene a su frente a un compañero competente, profesional especializado que también se ha adherido al sindicato. Está encargado de comprar la lana, el algodón, el yute, la seda, la borra, etcétera, según las necesidades comunicadas por las ramas correspondientes. Cuando es necesario se envía a técnicos escogidos a otras regiones de España liberada y al extranjero, de acuerdo con la comisión técnica. Esta misma comisión registra día por día la existencia de las materias primas, los desplazamientos de uno a otro depósito, o de una a otra fábrica. No se desplaza un solo kilogramo de estos materiales sin que sea debidamente consignado.

Por ser la más importante, y porque sus actividades son las más complejas, la sección de fabricación está dividida en tres subsecciones: *a)* la de fabricación en general; *b)* la de organización técnica y de control de la maquinaria, y *c)* la del control de la producción y de estadísticas.

La primera distribuye el trabajo de acuerdo con la especialización de las unidades de producción. Después de haber recibido los pedidos que le han sido transmitidos por la sección ventas, y decidido qué talleres y fábricas podrán satisfacerlos, por poseer los medios técnicos necesarios –y, naturalmente, la mano de obra especializada–, transmite los

datos necesarios para que la comisión de compras halle y suministre las materias primas necesarias para el reemplazo.

El conjunto del personal de toda la industria está dividido en tres especialidades: trabajadores manuales, dibujantes y técnicos. No se encomienda las diferentes fabricaciones, ni se encarga el trabajo correspondiente sin consultar antes a los técnicos de las fábricas interesadas. No se toma una decisión arriba sin informarse abajo. Si, por ejemplo, se quiere fabricar un género de determinada clase –que contenga más algodón que lana, o más lana que algodón– se convoca a cinco técnicos entre los mejor informados, y se examina con ellos en qué fábricas o talleres existen los medios adecuados de producción, y en qué medida podrán utilizarse. En cuanto a los trabajadores manuales, cumplen su tarea tan escrupulosamente como sea posible; participan de las responsabilidades correspondientes a su actividad: cuando es preciso, informan a las secciones directivas, por medio del comité de empresa, sobre las dificultades que surgen en el cumplimiento de la labor.

Los lunes –en cada fábrica– los dibujantes, técnicos y delegados obreros se reúnen, examinan los libros de cuentas de la unidad productora, el rendimiento del trabajo, la calidad de la producción, el estado de los encargos, en fin, todo lo que se refiere a la actividad general. Estas reuniones no toman decisiones, pero sus resultados son transmitidos a las secciones sindicales correspondientes.

La sección de máquinas tiene por objeto cuidar los instrumentos mecánicos de trabajo y los talleres donde están instalados. Ordena las reparaciones requeridas por los comités de empresa, pero debe consultar a la Comisión Técnica cuando los gastos rebasan ciertos límites.

La subcomisión de control de fabricación y estadística establece informes sobre el balance particular de cada fábrica o taller, sobre el rendimiento de las materias primas, los nuevos ensayos o métodos de trabajo, los problemas que de ellos derivan en la distribución del trabajo y de la mano de obra, el consumo de energía y todos los elementos accesorios que pueden orientar el conjunto de la producción. Igualmente registra la transferencia de máquinas de una parte a otra.

La sección administrativa está dividida en tres partes: caja, contabilidad, administración urbana e industrial.

La caja está encargada de los pagos relacionados con la industria textil local en conjunto, siempre con previa autorización del responsable de las secciones correspondientes. Pero, por otra parte, éste debe recibir el aval de las fábricas con las cuales está en relación.

La segunda sección registra administrativamente todas las operaciones de venta, compra y crédito. Explicaremos más adelante su método de trabajo, lo que nos permitirá comprender más a fondo las mejoras introducidas en el

sistema de contabilidad implantado en Alcoy por la revolución. En fin, la sección administración urbana e industrial se ocupa especialmente del pago de los impuestos municipales y nacionales, de los alquileres, de la seguridad social, de los accidentes y de las relaciones permanentes con la Compañía Mutua de Levante.¹¹²

Al margen de estas cinco subdirecciones, han sido organizados dos grupos para los archivos: uno provisorio, otro definitivo, donde se conservan no sólo las acciones de los antiguos poseedores, la renuncia a sus títulos firmada en el momento de la expropiación, sino también todo lo que se refiere a cada una de las actividades de la industria textil, tanto en la nueva situación como en el régimen anterior.

Nos parece conveniente tratar separadamente la organización de la contabilidad. Esta organización es integralmente obra de un republicano de izquierda que se ha adherido a nuestro sindicato y que –naturalmente– aprueba la obra de transformación social emprendida. Este compañero aplica métodos de contaduría que no son absolutamente nuevos en las naciones de vanguardia en lo que respecta a métodos de trabajo pero –según me dice– son métodos nuevos en España. Su primera ventaja consiste en hacer, con un total de setenta empleados, el trabajo que anteriormente requería por lo menos un contador –cuando

112 Llamada también «Mutua Levantina», creada por libertarios, y de la que se tratará en el capítulo *Los servicios sanitarios*.

no se le agregaba un tenedor de libros— en cada uno de los establecimientos existentes, en total 103 empresas grandes y pequeñas. De modo que puede suponerse que el número de los empleados era por lo menos el doble, a lo cual debía agregarse el de los patronos, visibles e invisibles.

El compañero me exhibe elementos de prueba sobre la superioridad del nuevo método. He aquí un Libro Mayor de una fábrica administrada según la práctica anterior, utilizada en todo Alcoy. Tomemos una fecha cualquiera, y contemos las páginas llenas de ese día. ¿15, 20, 25? No lo recordamos ahora, pero todo ello nos parecía fastidioso y confuso. En cambio, en el nuevo Libro Mayor de la contabilidad, todas las operaciones están consignadas en página y media; sólo figuraban resúmenes. Los detalles están consignados en los libros de 13 secciones varias (Caja, Bancos, Cartera, etc.).

Así, cada sección registra en el acto lo que se refiere a su especialidad, y clasifica al instante la documentación correspondiente. Las cuentas se interrumpen cada día a las cuatro; entonces, el resumen se inscribe en el Libro Mayor.

Además, cada sección tiene sus ficheros por materia, a manos de empleados especializados. Es, pues, posible, y en cualquier momento, verificar las cuentas, controlar los detalles. También se sabe en el acto cuál es el balance de las actividades de una unidad de trabajo, lo que debe tal o cual cliente, o los gastos en bencina de cualquier representante.

En esta gran organización coordinada y racionalizada, el sindicato es el organismo director y coordinador de todo lo que abarca. Por medio de las asambleas generales, a las cuales asisten o pueden asistir *absolutamente todos* los trabajadores, éstos controlan las actividades de la comisión técnica y de las secciones formadas por los comités de empresa. También el sindicato –durante el régimen de transición en el cual nos hallamos– asume la responsabilidad jurídica y social tanto de la expropiación que ha sido efectuada, como de la gestión general. Además, establece las retribuciones y coordina todas las actividades en el plano superior de las actividades colectivas. Pero no olvidemos nunca que el sindicato no es una abstracción burocrática, sino 6.500 trabajadores cooperando en la dirección y el cumplimiento de una obra colectiva.

Como lo hemos dicho ya, las otras industrias de Alcoy están organizadas y dirigidas lo mismo que la industria textil. Su organización integral está en manos de los sindicatos de los trabajadores, que participan efectiva y realmente en la organización de toda la industria –y no sólo de la empresa–, y que de esta manera acceden al sentido individual de las responsabilidades colectivas.

Se trabaja duro en los talleres metalúrgicos que he visitado. Incluso se ha improvisado con éxito una industria nueva nacida de la guerra: la industria de los armamentos. Los progresos realizados sorprendieron a ciertos visitantes bien informados al respecto. Así, por ejemplo, en la

fabricación de armas ligeras. La industria de los armamentos había sido siempre localizada en el norte de España, especialmente en la región vasca, donde están los principales centros metalúrgicos. Y los trabajadores metalúrgicos de la España no conquistada por el franquismo se esfuerzan, no siempre con éxito (especialmente en Cataluña), por organizar la fabricación de fusiles. Y fue en Alcoy donde se consiguió descubrir el procedimiento que permite estriar los cañones de esas armas.

En la fabricación de papel aparecieron, a los pocos meses, dificultades causadas por la disminución de reservas de materia prima; pasta de papel, sobre todo. Una vez más comprobamos que si esta experiencia se hubiera producido en circunstancias más propicias, los resultados habrían sido muy superiores.

La práctica de la solidaridad –que es la gran ley moral de esta revolución– apareció también en esta ocasión, permitiendo al Sindicato del Papel, del Cartón y de la Imprenta, resistir a las dificultades. Los 16 sindicatos que componen la Federación Local de Alcoy, además del aludido, ayudan materialmente, monetariamente, a la industria deficitaria. Las prácticas comunistas libertarias se aplican en Alcoy como en las colectividades agrarias de Aragón y Castilla. El espíritu corporativo y el sindicalismo estrecho tradicional están aquí fuera de lugar.

Si bien la organización de la producción era técnicamente

perfecta en Alcoy, en el período en que la estudiamos, y seguramente continuó siéndolo mientras los daños causados por la guerra no fueron demasiado graves (bombardeos de la aviación, bloqueo de las costas, carencia de materias primas, debilitamiento de ciertos aspectos de la economía, etc.), el punto débil era –como en otras partes– la organización de la distribución. De no haberse opuesto los comerciantes y los partidos políticos –todos asustados por la amenaza de la socialización integral, «demasiado revolucionaria»– habríamos hecho más y mejor.

La oposición de los tenderos les movió a crear su propio «comité de control» antifascista, que nada controlaba desde el punto de vista de la seguridad y de la lucha pero que –con este pretexto– centralizaba la compra de los productos agrícolas, pagándolos, por una parte, más baratos a los campesinos, al mismo tiempo que promovía el alza de los precios y el costo de la vida. No era fácil imponerse y evitar roces y choques entre sectores antifascistas, e ignoramos si nuestros compañeros pudieron –después– evitarlos con eficacia. Porque los políticos socialistas, republicanos, comunistas, se esforzaban por impedir nuestro triunfo, incluyendo para tal fin la reimplantación del antiguo orden de cosas, o manteniendo lo que de él quedaba.

De cualquier modo, lo esencial es que en Alcoy 20.000 trabajadores (incluyendo los 3.000 adherentes a la UGT que –aun a pesar suyo– aceptaron las decisiones mayoritarias), aseguraban la producción con sus sindicatos, y demostraron

que la industria trabaja con más eficacia sin capitalistas, sin accionistas y sin patronos, cuyas rivalidades impiden el empleo racional del progreso técnico, lo mismo que el desorden de la agricultura individualista impedía el empleo racional de las tierras y de los implementos de producción en el campo.

Ante estas realizaciones, el Gobierno no pudo sino inclinarse, y encargar armamento a los talleres metalúrgicos sindicalizados de Alcoy, así como también encargó paños para vestir a los soldados a la industria textil socializada, y zapatos a las fábricas de Elda, que también estaban en manos de los libertarios, en la misma provincia de Alicante.

XXII. SUMINISTRO DE AGUA, GAS Y ELECTRICIDAD EN CATALUÑA

El sindicato de trabajadores que aseguró –desde principio de la revolución– el suministro de agua potable, gas y electricidad, fue fundado en el año 1927, durante la dictadura del general Primo de Rivera, y –desde luego– a pesar de su voluntad. Otros habían sido constituidos en España, y la Federación de la Comarca de Barcelona no tardó en aparecer. Luego apareció la Federación de Cataluña, y por fin, mancomunando todas las federaciones regionales existentes en España, nació la Federación Nacional, cuyo secretariado general se hallaba en Madrid.

Sin duda, esta estructuración había sido facilitada y suscitada por el carácter de la producción –sobre todo

eléctrica– casi toda de fuente hidráulica,¹¹³ basada en los saltos de agua pirenaicos o en pantanos y represas contruidos a largas distancias –a veces a centenares de kilómetros– de los transformadores y de las centrales de distribución.

En escala nacional, la masa de los trabajadores se adhirió rápidamente a la organización. En Barcelona, el sindicato de la CNT contaba normalmente con 2.500 o 3.000 adherentes sobre 7.000 en toda Cataluña. Y después del 19 de julio, en la nueva situación creada por la revolución, los trabajadores manuales y técnicos reunidos alcanzaron la cifra de 8.000. Por su parte –y siempre en Cataluña– la UGT alcanzó poco menos de la mitad.

Los ingenieros, técnicos y semitécnicos habían constituido un sindicato autónomo. Pero el espíritu de solidaridad nacido de la revolución les impulsó hacia una misión más estrecha con los trabajadores manuales, a fin de asegurar mejor la producción. Por aclamación, una asamblea resolvió disolver el sindicato autónomo para constituir la sección técnica del Sindicato Industrial Único de la CNT. Posteriormente, obedeciendo a preferencias ideológicas, 50 de estos técnicos se fueron para constituir una sección

113 Antes de 1936, la producción de electricidad ascendía, desde varios años, y para toda España, a unos 3.000 millones kilowatios hora, siendo casi toda de origen hidráulico. Fueron construidas, después, numerosas represas, pero se comprobó –un poco tarde– que sólo podían llenarse al tercio de su capacidad. Hubo entonces que intensificar la producción térmica.

adherida a la UGT. Es probable que sirvieran después de instrumento al Partido Comunista, que afianzó cada vez más su necio autoritarismo en esta organización.

Los directores de las centrales eléctricas, que ganaban hasta 33.000 pesetas mensuales –mientras los obreros ganaban menos de 250 pesetas– eran extranjeros en su mayor parte. Recibieron de sus cónsules la orden de regresar a sus países. Sin embargo, gracias a los esfuerzos de todos los trabajadores, y a pesar de la carencia de ciertos elementos técnicos de procedencia internacional, el agua, el gas y la electricidad fueron asegurados hasta el fin de la guerra civil y de la revolución. Sólo los bombardeos provocaron interrupciones parciales.

La iniciativa, tomada en los primeros días, no sólo fue debida a nuestro sindicato, considerado como organismo global. Como en el caso de los tranvías y de los ferrocarriles, partió de militantes aguerridos ya familiarizados con lo que debían ser sus actividades en el caso de revolución. El mismo día de la insurrección fascista –el 19 de julio–, un puñado de esos hombres se reunían para asegurar la continuación de los servicios donde estaban empleados. Inmediatamente se decidió formar comités de empresa, así como también un comité central de enlace entre las dos organizaciones sindicales. En lo sucesivo, este comité dirigió el conjunto de la producción en las cuatro provincias catalanas de Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona.

La toma definitiva de posesión no tuvo lugar antes de fines de agosto. Mientras tanto, en lo que podríamos llamar período de transición, los responsables de las organizaciones sindicales y de la producción se habían limitado a mantener las actividades productoras de la anterior organización capitalista, sin proceder a la expropiación. Cada uno de los trabajadores había permanecido en su puesto; asambleas de las dos centrales obreras tomaban las grandes decisiones, de carácter técnico-administrativo. Y –hecho curioso que se advierte en otras ocasiones– no sólo los sindicatos sucedían a los capitalistas en la organización de la producción, sino que también asumían las responsabilidades que éstos habían contraído. Así fue como se hicieron cargo de las responsabilidades financieras contraídas y pagaron todas las facturas –sin duda para no perjudicar a los trabajadores empleados por los abastecedores– y que a su vez heredaban la situación dejada por sus empleadores.

Sólo fueron anuladas las deudas hacia los capitalistas financieros españoles, generalmente privilegiados: los pequeños accionistas apenas existían en España. Y el dinero de que se dispuso permitió hacer frente a las diversas necesidades.

A principios de 1937, el total de los ingresos había disminuido en un 20%. Tal vez cierto número de usuarios había descuidado el pago de sus facturas, pero hallamos otra explicación: el precio del kw de electricidad había sido disminuido (ignoramos en qué proporciones), el del m³ de

agua había pasado de 0.70 y 0.80 de peseta –y en ciertos casos, de 1.50 peseta– al precio uniforme de 0.40 de peseta. Y por concepto de alquiler de los contadores no se pagaba más.

Naturalmente, la actitud de los trabajadores de la UGT fue combatida por los políticos que mandaban en la central reformista, pero el empeño de los obreros hizo estrellarse a los burócratas, y el acuerdo entre todos los trabajadores se mantuvo.

El sistema de organización puesto en práctica facilitó este buen acuerdo. Partía del lugar de producción y se elevaba hasta el sindicato. Veamos las cosas más de cerca.

En la misma empresa, el principio de organización fundamental es la especialización de trabajo. Cada especialidad constituye una sección que agrupa por fábrica, taller o edificio, por lo menos a 15 trabajadores. Cuando no les reúne, los trabajadores de varias especialidades –que suelen trabajar conjuntamente– constituyen una sección común. Las secciones son más o menos numerosas, más o menos diversificadas, según las unidades. Cada una nombra dos delegados elegidos por las asambleas: uno técnico, que formará parte del comité de empresa, y otro encargado de la dirección del trabajo en la sección.

Luego, se forma el comité de edificio. Es nombrado por las comisiones de las secciones; y se compone de un técnico, un

obrero manual y un administrador. Cuando se cree necesario, según la situación en las secciones, se agrega un cuarto miembro a fin de que las dos centrales sindicales estén representadas por igual.

El delegado de la mano de obra debe resolver las dificultades que puedan originarse entre las diversas secciones (las que pueden surgir en el seno de las secciones son resueltas por ellas mismas). Registra las sugerencias de los trabajadores de diversas especializaciones para el nombramiento o el desplazamiento del personal. Y las secciones le informan diariamente de la marcha del trabajo.

Al mismo tiempo, sirve de intermediario entre la base y el consejo general de industria. Convoca periódicamente – según las normas establecidas– a las reuniones generales de secciones, que tienen lugar en el sindicato, lo que estrecha los lazos entre los trabajadores de las diversas empresas. En estas reuniones se examinan las proposiciones y las iniciativas susceptibles de perfeccionar la técnica del trabajo y de la producción, de mejorar la situación de los trabajadores, o de interesar a la organización sindical. Copia de las deliberaciones es entregada al consejo de industria. Observemos que la actividad específica del delegado de los trabajadores manuales no le impide ejercer su profesión con sus propios compañeros de trabajo.

El delegado de las funciones administrativas controla la llegada y el almacenamiento de los materiales, registra las

demandas, contabiliza las existencias diversas, controla el movimiento de gastos y recibos, también clasifica la correspondencia y todo balance o todo informe dirigido al consejo de industria está hecho de acuerdo con él.

El delegado de las funciones técnicas controla las actividades correspondientes a su sección, hace lo necesario para aliviar el esfuerzo humano mediante actividades innovadoras, y para aumentar el rendimiento del trabajo. Comprueba la producción de las centrales, el estado de las redes existentes, establece las estadísticas y los gráficos sobre la evolución de la producción.

Veamos ahora, con mayor precisión, los consejos de industria, que están en el nivel superior de la organización.

Naturalmente, existen tres: uno para el agua, otro para el gas y el tercero para la electricidad. Cada uno se compone de ocho delegados (cuatro para la UGT, cuatro para la CNT), la mitad de estos delegados son nombrados por las asambleas generales sindicales; la otra mitad, por los delegados de las secciones técnicas, de acuerdo con el Comité Central. Este doble nombramiento tiene por fin asegurar –en la composición de los consejos de industria– la elección de hombres técnica y profesionalmente capaces, cosa que –me dicen mis informadores– no se produce siempre en las asambleas sindicales donde la facilidad oratoria, las afinidades ideológicas y personales, pueden sobreponerse a consideraciones más necesarias.

Toda esta organización tiene en su nivel superior al consejo general de las tres industrias, compuesto también por ocho miembros (cuatro por cada organización sindical, como en el caso anterior). Este consejo coordina la actividad de las tres industrias, armoniza la distribución de la producción y de materias primas desde el punto de vista regional, nacional e internacional; modifica los precios; organiza la administración general; en suma, toma y aplica todas las iniciativas que se refieren al conjunto de los productores, de la producción y de las diversas necesidades. Pero siempre debe someter sus actividades al control de las asambleas sindicales.

Veamos ahora los resultados de esta gestión de los trabajadores. Desde un punto de vista técnico, conviene subrayar ciertas realizaciones; y entre ellas, de manera primordial, la que hallamos constantemente en esta vasta obra de reorganización social: la concentración y la coordinación. No todas las empresas tienen, ni con mucho, la importancia de las de Tresp y de Camarasa (dos grandes centrales alimentadas por embalses expresamente contruidos). Aparte de estos dos gigantes, la mayor parte de las 610 unidades –incluyendo los transformadores, dispersos en Cataluña– no tenían sino un rendimiento mediocre o insignificante. El mantenimiento de su actividad servía a intereses privados, pero muy poco al interés general. Era necesario reconectar, unificar, eliminar. Así se hizo. A los seis meses de comenzada la socialización, el 70% de las

empresas –que representaban el 99% de la producción– constituían una organización técnica perfectamente homogénea; y un 30%, que sólo representaba el 1% de esta misma producción, quedaba al margen.

Entre otras ventajas, esta reorganización representaba una economía de mano de obra que se empleó para mejoras e innovaciones a menudo importantes. Así, 700 trabajadores han construido –cerca de Flix– un dique que permitió aumentar en 50.000 HP la corriente disponible.

Económicamente, la producción de gas es menos importante, y no nos ha sido posible recoger al respecto informaciones comparables a las recogidas para la electricidad. Tanto más cuanto que la creciente merma del carbón disponible, como consecuencia del bloqueo, no permitía emprender mejoras dignas de ser mencionadas. Señalemos, simplemente, que de 27 empresas, 22 –las más importantes– sincronizaron inmediatamente su producción y el reparto de las materias primas.

El agua, en cambio, especialmente el agua potable –cuyo suministro requería una organización seria y costosa para alcanzarla a los habitantes de cada piso en cada uno de los inmuebles– no faltó nunca, incluso en las ciudades bombardeadas por la aviación franquista, nazi o fascista. Antes de la revolución, en Barcelona se suministraba un promedio de 140.000m³ y aún se aumentó esta cifra, aunque no en mucho, porque en una región tan accidentada como

Cataluña del Norte, no era fácil captar nuevas corrientes de agua, ya que todas las existentes habían sido aprovechadas desde hacía tiempo.

XXIII. LOS TRANVÍAS DE BARCELONA

En Barcelona y sus afueras, los tranvías constituían el medio de transporte de mayor importancia. Sesenta líneas surcaban la ciudad, los suburbios y las localidades de los alrededores: Pueblo Nuevo, Horta, Sarriá, Badalona, Sants, Bonanova, Gracia, Casa Antúnez, etc. La Compañía General de Tranvías, sociedad anónima, cuyos capitales eran sobre todo belgas, empleaba 7.000 asalariados, que no sólo conducían los coches y cobraban el precio de los viajes, sino que parte de ellos trabajaban en las ocho estaciones y en los talleres de reparación.

De los 7.000 trabajadores, 6.500, aproximadamente, estaban sindicados en la CNT, donde formaban la sección industrial del transporte correspondiente a su especialización. Las otras secciones, mucho menos importantes, eran las del metropolitano (dos líneas de

subterráneo), la de los dos taxímetros –que se colectivizaron rápidamente–, la de los ómnibus, y –por último– la de los dos funiculares: uno de Montjuich y otro del Tibidabo.

Los combates callejeros, habidos el 19 y 20 de julio, habían paralizado a todo el tránsito de Barcelona; un poco en todas partes se erguían barricadas de las que a menudo tranvías y ómnibus constituían el material principal. Era necesario eliminar estos obstáculos, dejar libre el paso, poner de nuevo en marcha los medios de transporte necesarios para la vida de la urbe. Entonces, la sección sindical de los tranvías encargó a una comisión compuesta por siete compañeros la ocupación de los locales administrativos de la compañía, mientras otros inspeccionaban las vías y establecían la nómina de los trabajos a realizar.

Ante el local de la compañía, la comisión halló a unos cuantos guardias civiles que procuraron impedirles el paso. El sargento que les mandaba declaró haber recibido la orden de no dejar pasar a nadie. Armados con fusiles ametralladoras y granadas, y varios bien resguardados en el camión blindado que servía para el transporte de los fondos, nuestros compañeros amenazaron con achicharrarlos a todos. Entonces, el sargento pidió por teléfono nuevas órdenes a sus superiores, y se retiró con sus hombres.

Señalemos una anécdota –hay otras muchas– que nos parece sabrosa. Todo el alto personal estaba ausente, y la delegación sindical sólo encontró en las oficinas al abogado

de la compañía, encargado de representarla y de «tratar» con los insurrectos. El compañero Sánchez –el militante más destacado de los tranviarios– conocía perfectamente a este señor, quien, dos años antes, le había hecho condenar a diecisiete años de cárcel durante una huelga que había durado veintiocho meses. El defensor de los intereses de la compañía había –incluso– requerido una pena de ciento cinco años.

Era este señor quien estaba presente y quien le recibió, muy amablemente, llamándolo «señor Sánchez». Procuró, ante todo, evitar la toma de posesión de la compañía por parte de los revolucionarios, mas al final declaró que aceptaba la situación y que, incluso, se ponía a disposición del Sindicato de Tranviarios...

Los compañeros de Sánchez querían fusilarlo en el acto. Sánchez –que acababa de salir de la cárcel gracias a la amnistía concedida después de las elecciones de febrero– se opuso. Rechazó la colaboración de este servidor inesperado e incluso permitió a este último retirarse. Era un viernes. El abogado aceptó una nueva entrevista para el lunes siguiente. Y –cada vez más confiado– pidió que se le diera una escolta para acompañarlo a su domicilio, porque había muchos revolucionarios armados por las calles, y quién sabe, siempre podía haber un exaltado. Dos hombres armados le acompañaron. Pero ni el lunes, ni nunca se le volvió a ver el pelo.

El comité de los siete convocó inmediatamente a los delegados de las diversas secciones sindicales: planta eléctrica, cables, reparaciones, tránsito, cobradores, almacenes, contabilidad, oficinas, administración, etc. Una vez más, la sincronización del sindicato de industria obraba maravillosamente. Por unanimidad, se decidió reorganizar de inmediato el servicio tranviario.

Al día siguiente se convocó por radio –como lo había hecho el Sindicato de la Metalurgia con sus adherentes– los trabajadores manuales y a los técnicos. La inmensa mayoría acudió inmediatamente. Sólo faltaron algunos fascistas. Todos los ingenieros se opusieron a las órdenes del sindicato, incluso un antiguo coronel cuya simpatía activa por los trabajadores manuales había sido motivo de que se le degradara de la Dirección del metropolitano y de tráfico, a la sección de Archivos.

Y cinco días después del fin de los combates, 700 tranvías –en lugar de 600–, todos pintados con los colores rojo y negro en diagonal, de la FAI y de CNT, circulaban por Barcelona. Se habían añadido 100 vehículos para suprimir los pasajeros colgados y a remolque que causaban numerosos accidentes. Para conseguirlo, había sido necesario trabajar día y noche, reparar –en medio de un entusiasmo general– un centenar de coches arrinconados como inservibles, según la dirección anterior. Cuán lamentable es que hechos de esta clase –que fueron tan numerosos no sean contados en sus menores detalles.

Naturalmente, las cosas pudieron organizarse tan rápidamente y tan bien porque los hombres mismos ya estaban bien organizados. Hallamos, pues, aquí a un conjunto de secciones solidarizadas en la comunidad de su trabajo. Cada sección tenía a su frente a un ingeniero nombrado de acuerdo con el sindicato, y a un representante de los trabajadores. A segundo nivel, los delegados reunidos constituían el comité general local. Las secciones se reunían por separado cuando se trataba de actividades específicas. Y cuando se trataba de problemas generales, todos los trabajadores de todos los oficios se reunían en asamblea general. De la base a la cumbre, la organización era federalista, y se practicaba así no sólo una solidaridad permanente en las actividades materiales, sino también una solidaridad moral, que hacía a cada uno solidario de la obra colectiva, con una visión superior de las cosas.

La colaboración era, pues, permanente entre los técnicos y los trabajadores manuales. Ningún ingeniero podía tomar una iniciativa importante sin consultar con el comité local, no sólo porque convenía que las responsabilidades fueran repartidas, sino también porque, a menudo en lo que respecta a problemas prácticos, los trabajadores manuales tienen una experiencia de la que carecen los que se han formado sólo en la universidad. Cosa que las dos partes comprendían, y en adelante, cuando el comité del sindicato o un delegado imaginaban una iniciativa interesante, se consultaba con el ingeniero especializado. Otras veces, era

el ingeniero quien proponía una idea nueva a los trabajadores manuales. La integración moral era completa.

Pero las actividades no se limitaron a hacer circular, incluso en mayor número, a los tranvías, ni a pintarlos con los armónicos colores de la revolución. Las distintas secciones decidieron efectuar este trabajo suplementario sin el menor sobresueldo. Dominaba el impulso creador, el espíritu fraterno en plena eclosión. En las estaciones había siempre 20 o 30 coches en estado de reparación o de mejora.

También se mejoró la organización técnica y el funcionamiento del tránsito, y sorprende la importancia de los perfeccionamientos realizados. Se empezó por eliminar 3.000 postes de hierro de las anchas o estrechas calles de Barcelona, los cuales sostenían a los cables eléctricos que suministraban la corriente, pero que dificultaban el tránsito, y por estar colocados en lugares inadecuados causaban numerosos accidentes. Se les reemplazó mediante una suspensión aérea. Después se instaló un nuevo procedimiento de señales y seguridad con agujas eléctricas y discos de señalamiento automáticos. Por otra parte, la compañía, Agua, Luz y Fuerza, había establecido en muchos lugares, en el camino de la vía seguida por los tranvías, cabinas transformadoras y distribuidoras de corriente, lo que obligaba a tomar curvas bruscas y, por consiguiente, causaba numerosos accidentes. A menudo, una misma vía debía tener sentido ascendente y descendente, Este estado de cosas perduraba desde hacía años, pues el capricho y los

intereses económicos o políticos mantenían este desorden organizado.

Entre sindicatos, la buena voluntad era recíproca, y el acuerdo fue siempre fácil. Los compañeros del Sindicato de Agua, Gas y Electricidad instalaron más racionalmente las cabinas y se construyeron tramos de líneas; también se asfaltó la calzada. La línea 60 (de vía doble) fue reconstruida por completo.

Todas estas mejoras requirieron bastante tiempo, y modificaciones de la infraestructura general. Los organizadores –desde el principio–, sin olvidar los intereses de sus compañeros de trabajo, se preocuparon por mejorar y perfeccionar los medios mecánicos de trabajo. En menos de un año se habían hecho adquisiciones importantes: en Francia, un torno automático de origen norteamericano, único en España, por 200.000 pesetas, que hacía al mismo tiempo siete piezas idénticas. También se compraron dos máquinas ultramodernas de fresar, por valor de 80.000 pesetas, y detonadores eléctricos que –al producirse una avería en la línea– cortaban la corriente e indicaban el lugar del accidente. Cables más o menos gastados fueron renovados. Se adquirió un horno eléctrico para la fabricación de cojinetes. Entre las demás compras se contaban aparatos belgas –de electrodos– para soldar los rieles y que (cantidad verdaderamente elevada para la época) costaban 250.000 francos, moneda de oro de 1936.

Debidamente afianzados desde el punto de vista técnico, se pudo ir mucho más lejos en cuanto al desarrollo de iniciativas, y se emprendió la construcción de vehículos; entre ellos dos modelos de funiculares, uno para la línea de La Rebasada –que llevaba al Tibidabo– y el otro para la línea de Montjuich.

Los nuevos coches pesaban 21 toneladas, mientras que sus predecesores pesaban 35 y transportaban menos viajeros.

Recordamos que anteriormente se habían reorganizado las técnicas de suministro de la corriente y se habían reparado las dinamos.

Veamos brevemente los resultados financieros de la nueva organización. Cifras que nos han sido suministradas por los principales organizadores, o que hemos tomado de las principales publicaciones de la prensa obrera de la época, nos permitirán hacerlo.

Parten desde el mes de septiembre de 1936, fecha en que la contabilidad ya había sido organizada de modo que pudiera ofrecer garantías en cuanto a su exactitud.

Por esta razón, las comparaciones que siguen se refieren al mismo mes de cada uno de los años referidos:

TOTAL DE INGRESOS

	<u>Año 1935</u> <u>(Pesetas)</u>	<u>Año 1936</u> <u>(Pesetas)</u>
Septiembre...	2.277.774.64	2.600.226.86
Octubre...	2.425.272.19	2.700.688.45
Noviembre...	2.311.745.18	2.543.665.72
Diciembre...	2.356.670.60	2.653.930.85

El aumento era de 322.452.22 pesetas para el primero de estos cuatro meses; de 275.416.26 pesetas para el segundo; para el tercero de 231.919.22 pesetas, y de 297.260.25 para el cuarto. La diferencia variaba entre un 12 y un 15%.

Puede suponerse que este aumento provenía de la elevación de las tarifas del transporte, pero no fue así. Por el contrario: se habían tomado inmediatamente medidas para bajarlas. Anteriormente la tarifa variaba según las distancias recorridas, de 0.10 a 0.40 de peseta; ahora se estableció una tarifa uniforme de 0.20 de peseta en beneficio primordial de los trabajadores que, a causa de vivir generalmente en los barrios alejados, debían hacer largos trayectos y debían pagar proporcionalmente, sobre todo al viajar de noche. Observemos, por añadidura, que los primeros aumentos no se produjeron antes de veinte meses del inicio de la revolución, y fueron inevitables por la elevación de los precios de los materiales y del costo de la vida, que engendraba el alza de los salarios.

Estas reducciones de tarifa habrían causado un déficit en

la empresa anterior –capitalista–, pero la supresión del provecho capitalista y de las crecidas retribuciones de la alta jerarquía administrativa permitieron –por el contrario– obtener excedentes.

El balance general de los servicios prestados es igualmente positivo. Durante el año 1936, el número de los viajeros transportados había sido de 183.543.516; el año siguiente ascendió a 233.557.506. La diferencia es elocuente: 50.014.244.

Pero el progreso no se limita a estas cifras: en el año 1936, el número de kilómetros recorridos había sido de 21.649.459; en el año siguiente –en plena revolución– fue de 23.280.781. Registramos un aumento de 1.640.244.

Reconozcamos que estas cifras se explican en parte por la disminución de las reservas de nafta necesaria para los vehículos motorizados, a consecuencia del bloqueo de las costas españolas. El caso es que la nueva organización supo responder ampliamente a las necesidades de la población.

Para lograrlo, no bastó proseguir con lo que antes hacía el capitalismo: fue preciso hacer más y mejor. Y se hizo, incluso en proporciones que desbordaban lo que acabamos de enumerar. Porque antes de la revolución, los talleres de la empresa de Tranvías de Barcelona, S. A., no fabricaba sino el 2% del material, que sólo era utilizado para las reparaciones más urgentes. Y queriendo aportar lo máximo, en la fiebre

de creación que le inspiraba, la sección de los tranvías del Sindicato Obrero de Comunicaciones y Transportes de Barcelona reorganizó y perfeccionó los talleres donde, *en un año*, se fabricó el 98% del material empleado. *En un año* la proporción fue invertida, a pesar del aumento del 150% del precio de los materiales, que escaseaban cada vez más, y de la devaluación de la peseta en el mercado internacional, lo que obligaba a pagar cantidades superiores para lo comprado en el extranjero.

Los trabajadores de los tranvías de Barcelona, no sólo no vivieron de las reservas del capitalismo –como pretenden o insinúan los enemigos de la revolución–, sino que además hicieron frente a ciertas dificultades financieras heredadas del capitalismo, como lo hicieron el Sindicato de la Industria Textil de Alcoy y el de Fabricación de Calzado de Elda.

Pero veamos otras cuentas. El 20 de julio, en plena batalla, hubo que pagar 295.535.65 pesetas de salarios. La paga era efectuada cada diez días. Pero después había que sacar de la Caja 1.272.528.18 pesetas por material adquirido antes de la revolución. Y hasta el fin del año 1936, se pagaron 2.056.206.01 pesetas de gastos generales de explotación, 100.000 para el servicio médico y las indemnizaciones por accidentes de trabajo, además de 72.168.01 pesetas de primas por realización de economías sobre la corriente eléctrica y en el empleo de material, práctica de la antigua Compañía.

En fin, debemos agregar 20.445.90 pesetas para el seguro del personal.¹¹⁴

Nada fue descuidado. Por cierto, que no estamos aún ante un hecho comparable a la socialización integral e integralmente humanista de las colectividades agrarias –con la aplicación del principio: «A cada uno según sus necesidades»–. Pero, repetimos incansablemente que en las ciudades subsistían el régimen republicano con las instituciones del Estado que no habían podido ser abolidas; que buena parte de la burguesía y de las diversas corrientes políticas seguían existiendo, que el comercio no había podido ser socializado. Era inevitable que las realizaciones sociales, por audaces que fueran, fueran estorbadas en su desarrollo. Con todo, lo que lograron las socializaciones sindicales aparece como formidable si tenemos en cuenta las dificultades en medio de las cuales se desarrollaba.

Porque los trabajadores de Barcelona y otras ciudades como Valencia eran –probablemente–, en el mundo entero, los más dispuestos a instaurar la igualdad económica y la práctica del apoyo mutuo. Así es como, sea para hacer frente a dificultades momentáneas, sea para contribuir al

114 A lo que hay que sumar los impuestos. El Gobierno central de Valencia pidió 3% de los ingresos brutos y el Gobierno catalán de Barcelona exigió (como antes exigió de la compañía extranjera) *catorce* impuestos diferentes, que sumaban un total de 4 millones de pesetas. Después de una entrevista con los delegados del sindicato, se convino en el pago de una cantidad fija de 1.500.000 pesetas.

desarrollo de las otras secciones del transporte urbano, la sección de los tranvías de Barcelona las ayudó financieramente. Los ómnibus recibieron 865.212 pesetas, los funiculares del Tibidabo y de Montjuich, 75.000, los transportes del puerto de Barcelona, 100.000, la red del metropolitano, 400.000. Y el 31 de diciembre de 1936, los tranvías tenían en caja la cantidad de 3.313.54,70 pesetas.

Hay un hecho que también merece ser mencionado: no sólo los proletarios libertarios de los tranvías aceptaron pagar a los acreedores de la compañía las deudas que ésta había contraído, sino que también quisieron tratar con los accionistas. Estos debían ser bastante numerosos, pues el capital se elevaba a 250.000 acciones de 500 pesetas cada una, pero sin duda residían en su mayoría en otras naciones. Los poseedores de títulos fueron convocados por medio de la prensa y de carteles a una asamblea general. Sólo se presentó una mujer de edad avanzada, dueña de 255 acciones. Nada asustada por los acontecimientos, declaró confiar la gestión de su pequeño capital al sindicato de los trabajadores, con el cual estaba dispuesta a mantener relaciones de mutua confianza. Ignoramos lo que fueron estas relaciones en lo sucesivo, pero si esa señora no poseía otros recursos, mucho nos sorprendería que haya sido privada de sus medios de existencia. Tal inhumanidad no era propia de nuestros compañeros.

Nos queda por ver qué parte de los beneficios disfrutaron los trabajadores empleados en este servicio urbano. Al

producirse la insurrección fascista, los peones ganaban de ocho a nueve pesetas diarias, los empleados en el tránsito ganaban 10 pesetas, los chóferes de camiones y los obreros de oficio (mecánicos, torneros, ajustadores, etcétera), 12 pesetas. Todos los salarios fueron elevados, de modo que subsistía una mínima diferencia: 16 pesetas para los trabajadores con oficio, 15 para los trabajadores sin oficio. Estábamos muy cerca de la igualdad absoluta.

Pero otras mejoras merecen ser mencionadas y retenidas. En primer lugar, fueron instalados lavabos en las estaciones y en los talleres, que hasta entonces no los tenían (no olvidemos que estamos en España, en 1936). Todos los lugares de trabajo colectivo vieron aparecer estas instalaciones. Los coches, fueron desinfectados semanalmente. Y se organizó un servicio sanitario que nos ofrece enseñanzas nada despreciables.

Este servicio se basaba en la división de Barcelona y los barrios aledaños en 30 sectores. Cada uno de estos sectores estaba a cargo de un médico pagado por el Sindicato de los Tranvías. Los médicos no sólo atendían a los trabajadores y empleados, sino también a su familia. De modo que podemos –tomando un promedio de cinco personas por hogar– totalizar lo menos 35.000 personas de toda edad. Se constituyó también un servicio de asistencia a domicilio, que no sólo cuidaba a los enfermos, sino que también les aportaba auxilio de carácter humano, consejos, y un sostén moral, tan a menudo más necesario que la misma medicina.

Al mismo tiempo se verificaba y se controlaba la veracidad de las razones aducidas para faltar al trabajo, a fin de evitar los abusos, pues aún no se había alcanzado la perfección de los hombres. En caso de descubrir un engaño –caso raro, pues el espíritu no era el mismo que bajo el capitalismo–, el sindicato adoptaba medidas que podían ir hasta la supresión de una semana de sueldo. Normalmente, el enfermo cobraba su salario íntegro.¹¹⁵

A esta organización general del tratamiento médico a domicilio se agregó la utilización de una hermosa clínica que hasta entonces sólo había servido para atender a gente rica. El confort de la instalación establecía apreciable contraste con los hospitales tradicionales de Barcelona (por lo demás, en plena transformación); se pintaron las paredes de blanco, las salas fueron adornadas, se instalaron puestos de radio; los servicios de ginecología, del aparato digestivo y de cirugía general recibieron cada uno un especialista, los tres trabajando también por cuenta del sindicato, y de acuerdo con el Sindicato de Sanidad.

La disciplina espontánea, la moralidad de los trabajadores, no acusaban fallas. Todos se adherían y participaban de la

115 La disciplina del trabajo para la cual el orden nuevo se mostraba exigente, pues no se quería sufrir un fracaso, aparecía también en el Sindicato de Tranviarios, cuyas decisiones se tomaban siempre en las asambleas generales. En los casos de embriaguez, que tanto repugnan al español, y que fueron muy pocos, la medida tomada consistió en suspender al culpable en su trabajo y entregar la paga a su esposa, durante varias semanas.

obra común, e incluso la imaginación colectiva se esforzaba por inventar nuevas técnicas, nuevos modos de trabajar. Por lo cual fueron instalados «buzones» en los diferentes talleres, donde quien tenía una iniciativa, la comunicaba por escrito.

Esta participación rebasaba incluso el marco de la empresa y el sindicato. Por poseer elementos técnicos perfeccionados, los talleres producían cohetes y obuses para los combatientes del frente de Aragón. Los obreros trabajaban gratuitamente las horas extraordinarias necesarias y el domingo aportaban su esfuerzo en las mismas condiciones.

Para terminar con esta reseña de lo que merece ser recogido, no será inútil insistir en el nivel de honradez a que se había llegado. Por cierto, hubo algunos casos de latrocinio, pero en casi tres años fueron sólo seis, los cuales no merecerían ser mencionados si no fuera porque no queremos escamotear lo desagradable. El más grave de estos casos fue el de un obrero que de cuando en cuando se llevaba una cantidad pequeña de cobre, que vendía cuando había llegado a reunir un kilogramo. Fue despedido, pero como su mujer se presentó al comité de empresa exponiendo que tenía un hijito, y que éste no tenía por qué sufrir las consecuencias de lo que había hecho su padre, se le pagaron tres o cuatro semanas de salarios, y se mandó al marido a trabajar en otro taller.

XXIV. EL TRANSPORTE TERRESTRE

Nos ha faltado tiempo para informarnos detalladamente sobre cuánto se hizo con relación al transporte en la España antifascista. Nos hemos ocupado especialmente del transporte terrestre. El marítimo también ofrece un ejemplo de esfuerzo, organización y abnegación que merecerían un capítulo especial. Porque mientras la marina franquista no fue dueña del mar, los barcos navegaron, trajeron víveres, combustibles, gracias a las tripulaciones integradas en los sindicatos obreros. Muchos marineros han muerto, y otros siguen arriesgando su vida¹¹⁶ para burlar el bloqueo. Esperamos que un día se escriban sobre su acción las páginas que se merecen.

Nos ocuparemos sobre todo de los ferrocarriles de Cataluña, tomando como organización tipo la de la sección

116 Escribimos este capítulo en 1938.

catalana, y la red Madrid–Zaragoza–Alicante. Luego, echaremos una ojeada sobre la coordinación de los transportes terrestres, que se está realizando en lucha contra innumerables dificultades.

Hay en España dos grandes organizaciones de ferroviarios: el Sindicato Nacional Ferroviario, que pertenece a la UGT, y la Federación Nacional de la Industria Ferroviaria, que pertenece a la CNT. En julio de 1936, el primero agrupaba nacionalmente mayor número de adherentes, aunque la diferencia no era muy elevada, pues progresábamos continuamente. En Cataluña éramos los más numerosos.

Vencido el fascismo en las calles de Barcelona, los militantes de la línea Madrid–Zaragoza–Alicante, que respondían a nuestras ideas, no perdieron tiempo en bailar para festejar la victoria. En todos los congresos se había resuelto expropiar los ferrocarriles desde el primer momento de la revolución. Y el 20 de julio, cuando la batalla duraba aún, se convocó al personal jerárquico de la compañía.

La entrevista, que tuvo lugar en la sala del Consejo de Administración, presentó caracteres dramáticos. Los delegados obreros habían acudido muchas veces a esta sala, a realizar gestiones en nombre de sus camaradas. Los administradores les habían recibido con insolencia, sin invitarles siquiera a sentarse. A veces, incluso, se habían negado a escucharles. Y ahora, estaban reunidos unos 30

técnicos y administradores, de pie, no pudiendo creer lo que veían. Tres obreros –tres militantes del sindicato– sentados en sillones hasta entonces reservados a la jerarquía y apoyados por un grupo de trabajadores armados de fusiles que estaban en el corredor, les hablaban con firmeza.

– Les hemos llamado para exigirles su renuncia del cargo, así como de todos los derechos que habían adquirido en la Compañía.

La emoción embargó a casi todos los que hasta entonces habían sido los amos soberbios. Algunos se echaron a llorar, sobre todo cuando el director, que, como siempre, se había hecho esperar, apareció y vio la situación. Hubo que resignarse y firmar. Los obreros se encargaron de la marcha de la red ferroviaria.

No era cosa fácil. La revolución y la guerra, la interrupción causada por el avance fascista en Aragón, provocaban un apiñamiento de vagones en todas las estaciones de Barcelona.

El 21, los militantes se esparcieron e inspeccionaron la vía férrea para saber si estaba aún en buen estado. Y el mismo día, el primer tren salía, llevando milicias a Aragón, entre los aplausos de los barceloneses.

La mayor parte de los técnicos fueron reemplazados por obreros revolucionarios, que carecían de los conocimientos

técnicos para sustituirlos integralmente, pero que por lo menos ofrecían garantía de lealtad y conocían su trabajo. Esto era lo más importante.

La red, que cuenta 123 estaciones, estaba dividida en nueve secciones. En estas secciones, el conjunto del personal administrativo permaneció en su puesto. Los ferroviarios hicieron lo mismo. En pocos días la circulación fue restablecida.

Esta obra fue realizada en su totalidad por nuestros compañeros de la CNT. La UGT se había abstenido de toda participación: el personal administrativo y la burocracia pertenecía sobre todo –y como siempre– a esta organización. El Sindicato Nacional Ferroviario debió, pues, tomar posición, y, no le fue posible ir contra la voluntad de la mayoría de los trabajadores. Así es como, cinco días después del triunfo de la revolución y cuatro días después de la expropiación de los ferrocarriles, una delegación ugetista se presentó para integrar el Comité Central Revolucionario nombrado por los ferroviarios y compuesto por seis miembros.

Hubo que reorganizarlo. Aunque con menos adherentes y moralmente nula desde el punto de vista revolucionario, la UGT tuvo, por tolerancia y voluntad fraterna, como la CNT, cuatro delegados. Pero bien pronto, estos ocho resultaron insuficientes. Se necesitaba un compañero por cada una de las 10 secciones técnicas, a lo cual se sumaba un presidente

y un secretario general. Los 12 fueron confirmados por el conjunto de trabajadores, a razón de seis por cada organización sindical.

Las 10 secciones técnicas son: comercio, explotación, servicios eléctricos, contabilidad y tesorería, tracción, economato, servicios sanitarios, vías y obras, contencioso, control y estadística. Al principio, en cada una de las secciones–estaciones, y de las subsecciones, había sido constituido un comité organizador. Este comité desapareció pronto, y sólo quedó el delegado elegido por la reunión de los trabajadores de cada estación en las pequeñas poblaciones, y el de cada subsección en las ciudades importantes, especialmente en Barcelona.

Los trabajadores de cada lugar se reunieron por término medio dos veces por mes para tratar todo cuanto se refería al trabajo y a sus condiciones de existencia. Por su parte, los militantes se reunieron una vez por semana. La asamblea general nombró un comité responsable que ahora dirige el trabajo de cada estación y de sus dependencias. En las reuniones, la gestión de este comité, *cuyos miembros trabajan al lado de sus compañeros de tareas*, está sometido al voto de los trabajadores.

Hasta mediados de 1937, la orientación no provenía del Comité Central de Barcelona. Por un lado, los trabajadores manuales que lo componían no podían reemplazar con rapidez a los administradores de la víspera, y por otro lado

tal reemplazo no había sido necesario. El trabajo siguió simplemente desarrollándose como siempre. El personal de cada sección siguió haciendo lo que le correspondía, sencillamente. Los miembros del Comité Central se contentaron con vigilar la actividad general y coordinar la de las líneas. Unieron lentamente las partes del organismo y prepararon la mejor cohesión de mañana.

Lo importante es que, sin accionistas, sin ingenieros, sin jefes, la circulación continuó, los viajeros y las mercaderías fueron transportados. Hubo, y hay, en los ferroviarios bastante conciencia para asegurar el tráfico ferroviario. Incluso tuvieron el amor propio de hacer circular el mayor número posible de trenes. Error que no deberá repetirse en otra experiencia revolucionaria. Veremos por qué.

A principios de julio de 1936, 293 trenes circulaban en toda la red; en octubre eran 221. Pero la importancia de esta reducción se atenúa si se tiene en cuenta la menor cantidad de mercaderías transportadas, y la interrupción de las relaciones comerciales con Aragón, Castilla y el centro de España. En octubre de 1935 se registraron 28.081 vagones; un año después –en plena conflagración– sólo 17.740. Pero dos meses después se registraron 21.470. La diferencia sería menor aún si la vida económica no estuviera en parte interrumpida por la división de España en dos territorios.

Tales cifras nos dan la impresión muy clara de que el funcionamiento de la red Madrid–Zaragoza–Alicante no era

una realización minúscula, sino una vasta empresa. Los 10 sectores técnicos que caracterizan su organización están a su vez subdivididos en secciones varias. Por ejemplo, el servicio de explotación engloba la regulación de los trenes, la circulación general, la distribución del material ferroviario, el tráfico de mercaderías y el servicio general de todas las estaciones.

Hemos dicho que fue un error pretender hacer circular inmediatamente el mayor número posible de trenes. Porque, primero, debía ahorrarse el carbón que –por venir de Asturias o de Inglaterra– faltaría pronto en caso de prolongarse la guerra. Después, porque las tuberías de las locomotoras se hallaban en tan mal estado que un 25% de las calderas estaban inutilizadas. Y como estas tuberías eran fabricadas en Vizcaya, con la cual no podíamos mantener relaciones, era necesario emplearlas lo menos posible. El racionamiento se imponía en los medios de transporte como en el consumo. Lo que se comprendió un poco tarde.

La escala de los salarios oscilaba entre dos pesetas con cincuenta (diarias) para los guardabarreras, pasando por el duro (cinco pesetas) que ganaban los hombres por un trabajo igual, hasta los sueldos exorbitantes de los ingenieros «superiores». El sueldo normal de los ferroviarios era de seis pesetas con cincuenta, cantidad insuficiente en un país donde el pan costaba 60 céntimos el kilogramo, y las chuletas seis pesetas el kilogramo. Todos los sueldos inferiores a las 300 pesetas mensuales fueron

inmediatamente elevados a esta cantidad. Los que pasaban de 500 pesetas fueron rebajados hasta este límite.

Los ingenieros se inclinaron –voluntariamente unos, por fuerza otros–. Pero hubo que darse cuenta de la realidad. Se están buscando técnicos. En febrero de 1937, momento de nuestra visita, cinco ingenieros habían ingresado en el comité central de dirección; entre los cuales se encuentra Martínez Rizzo, uno de los escritores libertarios más estimados y uno de los hombres más cultos de España. Para atraer a otros –me dicen mis compañeros– se ha elevado el límite superior a 750 pesetas. Se comprende que el intelectual debe satisfacer necesidades espirituales y de información cultural y científica que ocasiona gastos, y que, finalmente, son beneficiosas para la sociedad.

Si nuestros compañeros son comprensivos, la UGT no lo es. Porque, después de haber aceptado en principio y por fuerza la socialización, ha cambiado de criterio y ha reemplazado por otros a los cuatro delegados enviados. Estos, lo mismo que la mayoría de los ferroviarios socialistas, estaban de acuerdo con nuestros camaradas. Las cumbres ugetistas–largocaballeristas dieron la orden de sabotear la socialización, y enviaron a cuatro nuevos delegados que defienden la nacionalización por el Estado y, por consiguiente, la eliminación de los sindicatos como órganos directores y responsables.

Sin embargo, se había encontrado al principio una solución

intermedia que habría podido ser generalizada. En el centro y en el sur de España, ante la huida de los altos empleados y de los ingenieros extranjeros –que eran a menudo directores de las redes–, el Estado, incapaz de actuar por sí mismo, debió asistirse de las organizaciones sindicales. Un «Comité de explotación» fue creado. Tres miembros de la CNT, tres de la UGT y tres representantes del Gobierno lo componían. Como siempre, el Estado no organizaba nada. Dejaba a los sindicatos la tarea de encaminarlo todo, y se limitaba a controlar.

Pero a medida que el éxito de los ferroviarios era más evidente, intensifica su intervención. La burocracia oficial entra en lucha contra los trabajadores; éstos resisten.

La sección catalana de la red Madrid–Zaragoza–Alicante se niega a inclinarse. Desconfiada, no admite siquiera el control de su administración. Sabe demasiado que se trata de un primer paso para ir mucho más allá, y que debe evitar que se meta la mano en el engranaje.

Esto no significa, ni mucho menos, que teme presentar sus cuentas. Lo veremos pronto. Pero debemos recordar, antes, la ayuda aportada a las líneas secundarias de Cataluña que –por la disminución del tráfico, y el desequilibrio tradicional entre sus gastos y sus ingresos– han acusado y acusarán siempre déficit; debemos recordar el apoyo prestado a la línea del Norte, sindicalmente organizada, como las otras, y también eternamente deficitaria; debemos recordar, por

último, la ayuda apartada a la construcción de 30 kilómetros de vía férrea en la parte de Aragón que poseemos.

Echemos una ojeada en la contabilidad de la red que hemos tomado como modelo. El 19 de julio de 1936, la compañía tenía en la caja 1.811.986 pesetas, y 2.322.401 en el banco. Encontrándose la oficina central en Madrid, los altos jerarcas sacaron del banco 1.500.000 pesetas. Quedaron 2.634.387 pesetas, de las cuales hubo que tomar, al finalizar el mismo mes de julio, 2.130.000 pesetas para pagar al personal. Además, la compañía adeudaba un millón de pesetas en facturas y reclamaciones varias. En realidad, los trabajadores se encontraban ante un déficit de 502.660 pesetas.

Por otra parte, todo lo que iba hacia Aragón era transportado gratuitamente; las modificaciones de los sueldos representaban un gasto suplementario de 668.667 pesetas; y la supresión del tráfico con la parte de Aragón dominada por los fascistas representaba una disminución de 1.200 vagones mensuales.

Debemos agregar el aumento de precio del carbón asturiano, que costaba 45 pesetas por tonelada al estallar la lucha, 67 en octubre y 150 en febrero del año siguiente. A pesar de estas circunstancias, y de la disminución general de tráfico que hacía bajar los ingresos diarios, de 236.382 pesetas en la segunda quincena de diciembre a 192.437 pesetas en la segunda quincena de enero, a pesar de que se

entrega a los ferrocarriles del Norte y a la red catalana el 26 o 27% de las entradas, y a pesar del apoyo aportado a otras líneas por disposición del sindicato; el precio de los pasajes y del transporte de mercaderías no había subido aún diez meses después de haberse empezado la sindicalización, y no se hablaba de elevarlo. Para hacer frente a las dificultades, se prefería apelar a la reorganización general de los medios de transporte.

Fue preciso que la revolución libertaria irrumpiera en España para que la coordinación de los medios de transporte fuera considerada.

Fueron los militantes de la CNT quienes –con sus ingenieros– se ocuparon con decisión del problema de la organización de los ferrocarriles bajo una misma dirección técnica y una sola comisión administrativa. Y fueron también ellos quienes plantearon el problema de la coordinación de todos los medios de transporte de Cataluña.

Lo mismo que en el cultivo de la tierra y en la explotación de los talleres y de las fábricas, la dispersión representa una enorme pérdida de energías, un despilfarro, un empleo irracional de las máquinas, una multiplicación inútil de esfuerzos paralelos. Nuestros camaradas lo advertían. Y emprendieron la necesaria coordinación de los medios de transporte, ferroviarios primero –con la intención de ir mucho más lejos después–. Si fracasan a consecuencia del desenlace de la situación política y del conflicto bélico que

se desarrolla en el territorio español, por lo menos habrán sido los primeros en indicar el camino de una organización racional de los medios de transporte.

Por ahora, la nueva organización de los ferrocarriles de Cataluña reúne en una sola federación la red Madrid–Zaragoza–Alicante, la del Norte y la catalana. Cada una de estas redes constituye una subsección, y estas subsecciones están unidas local y regionalmente por los comités de enlace.

Pero esto es insuficiente. Según un proyecto aprobado, se impone la constitución de una sola organización ferroviaria.

En 1937 se constituye un comité central regional que agrupa a todas las líneas férreas de Cataluña.

Este comité central estará compuesto por seis miembros: un presidente, un secretario, un compañero por cada división y uno por la subsección de estudios y compras.

Las divisiones son tres –se repite la estructuración de la red Madrid–Zaragoza–Alicante–: tráfico, servicios técnicos, administración.

La subsección de estudios y compras tiene por objeto mejorar el servicio de los ferrocarriles «dando en todo momento la sensación de un alto sentido de capacidad constructiva» de la nueva organización del transporte ferroviario. Debe comprar las materias primas, las

herramientas, el combustible, el material de construcción, etc. Suministra los utensilios y las herramientas corrientes, y centraliza todas las estadísticas sobre la actividad de las redes.

La división tráfico se divide en tres secciones: explotación, control y estadística, comercio y reclamaciones.

La primera de estas secciones interviene en todo cuanto se refiere al personal de las estaciones; se ocupa de los trenes, de los horarios, de las operaciones de carga y descarga, del transporte y de la entrega de mercaderías, del movimiento de los vagones. Estudia, junto con la sección comercial, los requerimientos del tráfico de viajeros y mercaderías a fin de establecer los itinerarios. Organiza los cobertizos, los hoteles, los transbordos, etc.

La sección de control y estadística supervisa el movimiento general, liquida todas las cuentas, se encarga de la distribución y de la venta de los billetes, establece las estadísticas de las redes de acuerdo con los datos suministrados por las estaciones.

La sección comercial y de reclamación establece las diferentes tarifas, esforzándose por simplificarlas; evita las competencias del sistema capitalista, organiza servicios combinados, con los cuales todos los medios de transporte terrestre, marítimo y mañana aéreo, han de colaborar. Debe también estudiar la legislación extranjera, revisar la del país,

modificar los acuerdos, mantener las relaciones cordiales con las compañías de los otros países, aplicar todas las nuevas disposiciones oficiales, especialmente las de orden fiscal, ocuparse muy especialmente de las transformaciones de carácter sindical, y de las reclamaciones que tienden a mejorar continuamente los servicios.

Los servicios técnicos constituyen a su vez tres secciones: material y tracción, electricidad y obras.

La primera se ocupa de la conservación del material, de la existencia de los vagones, de las máquinas y de los talleres. La segunda, de todo cuanto se relaciona con la electricidad en las redes, en las estaciones, la tracción, el teléfono, las señales. La tercera, de la construcción de las vías férreas, de puentes, túneles, almacenes, estaciones secundarias, etc.

La división administrativa auxiliar se subdivide también en tres secciones: sanidad, contabilidad y caja, abastos.

La primera vigila la higiene de los medios de transporte, atiende a los empleados accidentados o enfermos, mantiene el servicio de los botiquines en las estaciones.

La segunda, en la cual convergen todos los recursos financieros de los ferrocarriles, recibe diariamente lo recaudado por todas las estaciones: es el centro de todas las contabilidades particulares a fin de seguir paso a paso la marcha económica de cada servicio.

La sección de abastos, que ha de tener en Barcelona un almacén central y en Cataluña cuantas sucursales se crean necesarias, suministra a los empleados, al costo, todos los artículos corrientes de consumo.

Las divisiones tienen a su frente a un representante de cada red. Las secciones tienen técnicos que dependen del comité central, en el cual desempeñan el papel de asesores. Los secretarios de las divisiones toman parte en las deliberaciones del comité central, de modo que éste no obra sin conocer la opinión de las diversas ramas de cada red.

En esta organización general, ni el personal, ni los medios de trabajo –vagones, locomotoras, máquinas, combustible, talleres, etc.–, están adscriptos definitivamente a ninguna sección o división en particular.

Todos los comités de división están constituidos por igual número de representantes de la CNT y de la UGT. Para la organización del tráfico, se han establecido zonas de demarcación cuyos miembros, que representan los servicios, trabajan y se reúnen después del trabajo. Ellos controlan las actividades generales y envían a los comités de división sus observaciones e iniciativas. Son nombrados directamente por los trabajadores de esas zonas, o por el comité central, con la aprobación de las divisiones interesadas. Cada comité de demarcación elige un responsable que se encarga de la función administrativa de la oficina.

En cada dependencia, estación, taller o brigada, los trabajadores nombran libremente a un delegado responsable encargado de dirigir y coordinar los servicios. Las secciones de cada red que lo creen necesario constituyen un comité de control. En las localidades donde hay secciones de redes distintas, se constituye también un comité de enlace.

Cada servicio o división tiene delegados técnicos que recorren estaciones y redes para estudiar cuanto pueda mejorar el funcionamiento de los trenes.

En fin, existe el proyecto de crear escuelas profesionales para perfeccionar los conocimientos administrativos y técnicos de los trabajadores a fin de que no sean –como fueron bajo el capitalismo– simples engranajes acéfalos de un mecanismo cuya vida y funcionamiento se les escapaban.

La iniciativa de coordinar todos los medios de transporte nació inmediatamente después de que los obreros tomaron posesión de los ferrocarriles. Lo comprobamos en una circular enviada el 5 de noviembre de 1936, y que nos parece útil reproducir:

La honda transformación económico–social que se está realizando en nuestro país, nos obliga a dar nuevos y amplios cauces a la explotación del ferrocarril. Para eso, es preciso desplegar nuevas actividades y recolar todos los datos que nos permitan estudiar profundamente el

proceso de la producción y el consumo, tan íntimamente ligado al ferrocarril en todas las zonas de influencia ferroviaria, para que puedan derivarse beneficios para la colectividad.

En consecuencia, los compañeros en general y los comités de estación en particular, reafirmando su personalidad moral y su alto espíritu constructivo, deberán remitir a este servicio, a la mayor brevedad, un estudio contestando a los siguientes puntos:

1°. Indicación de las poblaciones afluentes a esa estación.

2°. Zona de influencia regional del ferrocarril.

3°. Medios de comunicación entre esa estación y las poblaciones enclavadas en el perímetro de la zona de influencia.

4°. Producción industrial y agrícola, y puntos donde se consume el exceso de producción.

5°. Medios que se utilizan para efectuar los transportes en general.

6°. Si éste no se efectúa por ferrocarril, indicar las causas y las posibles soluciones.

7°. Si existen servicios coordinados entre ferrocarril y

carretera, y en qué condiciones.

8°. En caso contrario, posibilidad de su establecimiento.

No creemos necesario remarcar la importancia del problema que planteamos, y este comité espera que los de estación, justipreciando en todo su alto valor el alcance de estos datos, desplegarán el máximo de actividad y celo para procurarnos una información lo más verídica posible.

Por el comité del servicio comercial

El delegado del comité central

A este primer cuestionario siguió otro, que no sin trabajo se pudo hacer distribuir por el Servicio de Estadística de los Transportes del Gobierno de la Generalidad de Cataluña.

En este nuevo documento se hacían –como mínimo– 57 preguntas sobre las características naturales; los medios de comunicación; el tráfico de mercaderías; la importancia de las escuelas y el lugar que ocupaban; el número, las características, el estado de los taxímetros, de los ómnibus, de los camiones, de los automóviles, de los barcos costeros y su grado de colectivización. También se averiguaba acerca del aspecto sindical del problema. Contestaron más de 250 poblaciones, interesando las tres redes. Estas contestaciones están clasificadas en dos ficheros, uno de los cuales se refiere especialmente a la vida municipal de cada

localidad correspondiente a la estación, y otro a la esfera de influencia económica y a los medios de transporte. Copiaremos dos fichas, relativas a Tarragona:

Primera ficha (Color rojo)

1. Tarragona es partido judicial de su nombre.
2. Tercera región económica catalana.
3. Comarca «Tarragonesa».
4. Treinta mil setecientos cuarenta y siete habitantes.
5. Estaciones MZA y Norte.
6. Puerto importante.
7. Muy rica en arquitectura (catedral gótica, murallas romanas, puerta ciclópea, foro romano). En sus cercanías tiene un puente romano y la tumba de los Escipiones. También son muy importantes los descubrimientos de las excavaciones de la fábrica de tabacos.

Producción: Agrícola: vinos, algarrobas, avellanas, almendras, cereales, aceites. Industrial: hierros, maderas, géneros de punto, tejidos. Pesquera: abundante.

Segunda ficha (Color azul)

1. Constantig La Canoja.

2. Constantig La Canoja.

3. Transporte por camiones.

4. La producción industrial y agrícola es la siguiente: tabaco, hierro, madera, carbón vegetal y coque, géneros de punto, tejidos. Vinos, aceites, cereales, harinas, avellanas, almendras, algarrobas, hortalizas y frutas frescas.

5. El exceso de producción se consume en Barcelona y en otras poblaciones de Cataluña. El vino, las avellanas y las almendras se exportan al extranjero en gran cantidad por el puerto de esta ciudad y algunas partidas por el puerto de Barcelona.

También en esta ciudad hay abundancia de pescado, que en gran parte se consume en Barcelona, Prat, Gavá, Sitges, Villafranca y Martorell.

Se conoce de este modo la importancia económica y las particularidades de los medios de transporte. Se sabe más aún. Por medio de minuciosas estadísticas, se ha establecido el número exacto de líneas de camiones, ómnibus y navegación, que existen en toda Cataluña.

Se sabe el número total de coches y de barcos. Se conoce a las empresas y a los propietarios, el número de viajeros y la importancia de las mercaderías transportadas.

Todo ha sido apuntado y trazado en gráficos, donde se evidencia lo absurdo del sistema capitalista.

En uno de estos gráficos, de respetables dimensiones, se nos enseña –a lo largo de una línea de ferrocarril representada por una raya negra– ocho, diez, doce líneas de camiones y ómnibus rivales señaladas con rayas rojas, que luchan contra el tren y luchan entre sí. Este inútil apiñamiento se observa especialmente a lo largo del litoral mediterráneo, en la provincia de Barcelona.

En cambio, el mapa de los transportes de la provincia de Lérida, en la montañosa región pirenaica, revela que existen grandes extensiones, gran número de localidades privadas de comunicaciones regulares, vastas zonas condenadas al aislamiento, a la pobreza, a la ignorancia. Mis compañeros me dicen:

Los camiones y los ómnibus que sobran en la provincia de Barcelona deben ser enviados a la provincia de Lérida. Esta compañía de cabotaje que transporta mercaderías desde Tarragona a Barcelona, no tiene razón de ser, cuando tantos vagones van vacíos. Hay que reorganizarlo todo, para bien de la sociedad, no de las compañías ni de los pequeños patronos que, al fin de cuentas, no son sino, formaciones parasitarias originadas por un mundo en el cual cada una procura vivir a expensas de los demás.

Ciertamente, las líneas de la provincia de Lérida arrojarán

únicamente pérdidas, por lo menos al principio. Pero, lo mismo que las demás actividades del trabajo, los medios del transporte están al servicio de la sociedad, no de sus propietarios. El déficit de la provincia de Lérida sería compensado por el superávit de la provincia de Barcelona. Lo que se desea es procurar a todos los habitantes las mismas comodidades, el mismo bienestar.

Cuando se han hecho los trabajos para establecer la coordinación entre el ferrocarril y el camión, todas estas pequeñas empresas particulares, que para vivir deben cobrar mucho más que el tren, aparecieron como obstáculos. Esto constituye una prueba de que la coordinación de los medios de transporte sólo es posible en una sociedad socializada, en la cual predominarán los intereses generales.

Estos mapas en los cuales tantas necesidades, tantas anomalías, están señaladas con círculos, puntos, líneas azules, negras y rojas, nos dicen todo el trabajo que debe hacerse, la obra por realizar. Nuestros camaradas de los ferrocarriles de Cataluña la han emprendida valientemente. ¡Ojalá puedan llevarla a cabo!

XXV. LOS SERVICIOS SANITARIOS

El autor de este libro se ve obligado a recordar que ha seguido día por día, cuando no hora por hora, y siempre apasionadamente, la marcha de los acontecimientos sociales que se desarrollaron en España durante los años 1924–36, aunque no residía en ese país durante tal período. Pero, desde Argentina, y mediante un aporte incesante de carácter teórico, económico y constructivo, participaba de las luchas que se producían en la península Ibérica.

En la observación de los hechos característicos de la evolución de Europa, tenía desde Argentina una visión panorámica que le permitió comprender mejor quizá ciertos procesos de conjunto, pero esta situación le impidió penetrar a fondo en detalles de importancia. E incluso, si hubiera residido en España (como lo había hecho durante los años 1915–24), este estudio habría sido imposible a causa de

las circunstancias de tal forma de vivir. Sólo los especialistas que disponen de recursos adecuados, de calma y de tiempo, habrían podido registrar el hormigueo de luchas, iniciativas, organizaciones fugitivas, a que dio lugar el combate multiforme, en el cual no fui –cerca de dos lustros– más que un simple militante.

Se comprenderá, entonces, la insuficiencia de antecedentes históricos que expliquen –por lo menos en parte– la vasta empresa de socialización de la medicina y de las instituciones sanitarias realizada en los años 1936–39. Pero si –como veremos– la Federación Nacional de los Servicios Sanitarios, sección de la CNT, contaba, ya en 1937, con 40.000 adherentes, puede suponerse que efectivos tan importantes no podían haber sido reunidos con tanta rapidez sin que numerosos hitos –por lo menos en el orden espiritual– hubieran existido.

Estos hitos explican, por lo menos parcialmente, la obra creadora que va a producirse. Hallamos médicos entre los mejores militantes españoles. Así, el doctor Pedro Vallina, recientemente muerto en México, personificación del apóstol anarquista y combatiente heroico, cuya influencia se extendía a toda Andalucía. Fue el hijo espiritual y continuador de ese otro camarada de gran talla: Fermín Salvochea, quien salió de la burguesía para abrazar la causa del pueblo. También el doctor Isaac Puente, que se adhirió a nuestro movimiento hacia el año 1930 y que ejerció gran influencia en las regiones de Aragón, Rioja y Navarra, siendo

una de las personalidades más activas, colaborador de nuestra prensa, autor de excelentes folletos de orientación y secretario de la FAI. También la doctora Amparo Poch y Gascón, la mujer más culta de nuestro movimiento. El doctor Roberto Remartínez, de cultura enciclopédica, uno de los maestros de la generación libertaria que floreció durante la revolución. Agreguemos al doctor Félix Martí Ibáñez, personificación de la camada de médicos–sociólogos que apareció por aquellos años, humanista, especialista en los problemas sexuales y psicoanalíticos, excelente escritor.

Además de estos escritores y militantes, más conocidos, un número bastante elevado de médicos se adherían a los conceptos constructivos del ideal libertario, de una organización más racional y justa de la sociedad. En el plano local, tales hombres llevaron a cabo, consecuentemente con los sindicatos obreros, una excelente obra de solidaridad humana. En nuestros capítulos sobre las colectividades agrarias, hemos señalado casos de sociedades de socorros mutuos fundadas y administradas en aldeas o pequeñas ciudades provinciales. Muy a menudo, estas instituciones contaban con la colaboración desinteresada de médicos locales. A veces, incluso, se hacía mucho más. Así, en Valencia –la tercera ciudad de España– se hallaba la sede de la «Mutua Levantina», o Sociedad de Socorros Mutuos de Levante, fundada por libertarios, a los que el autor conoció en su juventud y que contaba con numerosos médicos y especialistas. Más que de una simple sociedad de socorros

mutuos de estilo tradicional, se trataba de una asociación que se extendía en toda la región de Levante, y en la cual dominaba el espíritu de ayuda mutua en sus aspectos más nobles.¹¹⁷

Cuando estalló la guerra civil, no existía en Barcelona ningún sindicato de médicos o de profesiones sanitarias especialmente organizado; sólo se encontraba un sindicato de profesiones liberales con secciones diversas: periodistas, escritores, abogados, médicos, profesores. ¿Cuántos médicos? Lo ignoramos. Pero su número debía ser bastante elevado, si juzgamos por la rapidez con que –llegado el momento– se abrieron paso las realizaciones.

Dos razones explican este desarrollo casi fulminante. En primer lugar, los problemas sanitarios y de higiene social, la mortalidad infantil, la lucha contra la tuberculosis, las enfermedades venéreas, etc., eran temas tratados con frecuencia en nuestra prensa, especialmente en la revista *Estudios* (en la que colaboraban los doctores Martí Ibáñez, Isaac Puente y Roberto Remartínez), que se publicaba en ediciones de hasta 5.000 ejemplares.

El espíritu de numerosos militantes estaba, pues, abierto a tales problemas. Además, la desorganización de los servicios sanitarios normalmente administrados por personal religioso –que después del 19 de julio desapareció de la

117 En 1972 esta sociedad sigue existiendo, y el espíritu humanitario de su obra se mantiene, a pesar del franquismo.

noche a la mañana de los dispensarios, los hospicios y otras instituciones de beneficencia– movió a improvisar nuevos métodos de organización y a fundar nuevos establecimientos no sólo para seguir dando a los enfermos, a los ciegos y lisiados, los cuidados habituales, sino para operar, atender y curar a los heridos de guerra, que acudían de continuo.

Antes de continuar debemos –en mérito a la imparcialidad– mencionar la aparición, en esa época, de un elemento nuevo en esta general improvisación. En ese mismo mes de septiembre de 1936, ante la exigencia pública de unificación de las fuerzas antifranquistas, la CNT decidió –por una parte– entrar en el Gobierno nacional presidido por el líder socialista Largo Caballero, y por otra parte –aun antes de entrar en el Gobierno nacional– entrar en el Gobierno catalán, con sede en Barcelona. Entre los tres consejeros por ella elegidos para este último, figuraba García Birlan, colaborador asiduo de la prensa libertaria y director de numerosas publicaciones, conocido bajo el seudónimo de *Dionisios*. García Birlan fue encargado del Ministerio de Sanidad. Entonces, escogió a sus colaboradores entre sus camaradas, y el doctor Félix Martí Ibáñez fue nombrado director general de los Servicios Sanitarios y de Asistencia Social de Cataluña.

Un Gobierno donde estaban representadas las diversas tendencias políticas antifranquistas: republicanos centralistas (dos partidos), republicanos federalistas,

catalanistas de izquierda, catalanistas de derecha, socialistas, comunistas trotskistas (o trotskizantes) del POUM, en fin, los libertarios y la CNT debía ocuparse de la salud pública, pues era una necesidad comprendida por todos. Importa destacar que es a los libertarios a quienes se encargó el cumplimiento de las tareas correspondientes. Un estudio documentado probaría que muchas veces las situaciones se resolvían de esta manera. Así, siempre en Cataluña, la obra del Ministerio de la Instrucción Pública fue cumplida –en sus realizaciones prácticas, a menudo muy hermosas– por maestros y pedagogos libertarios, militantes de la CNT. Igualmente en Asturias, el control de las actividades relacionadas con la pesca –uno de los factores económicos más importantes de la época– fue confiado a un organismo económico gubernamental especialmente constituido, quien a su vez encargó a los militantes y sindicatos de la CNT realizar las tareas prácticas correspondientes.

Una de las razones que explican esta actitud oficial, vinculando a los libertarios con los servicios sanitarios oficiales, fue porque por medio de sus diversos sindicatos, la CNT podía –merced a su audiencia en los medios proletarios y a su espíritu constructivo y organizador–, constituir un auxiliar precioso, e incluso necesario; aunque el Gobierno o lo que así se llamaba, tuviera la ventaja de disponer de los recursos financieros que faltaban del lado revolucionario.

La consecuencia de la situación creada en Cataluña fue que

la existencia de estos dos modos de actividad (gubernamental y no gubernamental) iban a provocar una rivalidad fraterna e inevitable. Hallamos testimonio de este hecho en el libro titulado Obra, que el doctor Martí Ibáñez publicó en noviembre de 1937, donde el autor –a consecuencia de las maniobras arteras de los comunistas, fue obligado a abandonar su puesto– expone lo que sus colaboradores y él mismo habían realizado. Enumeración entusiasta, impresionante y convincente. Su ministerio hizo más en diez meses que lo que habían hecho los otros ministerios catalanes en cinco años de República. Pero reconozcamos que la situación revolucionaria y la participación de los militantes cenetistas (que construían por partida doble) permitían acelerar el ritmo de las realizaciones.

Lo cual nos mueve con mayor motivo a establecer una comparación entre la acción del organismo gubernamental y la del organismo sindical, ambos en manos de los libertarios. A este respecto, Martí Ibáñez empieza por rendir un homenaje fervoroso al ímpetu creador de los miembros de la CNT, entre los cuales se cuenta. Y atestigua que, desde el primer día, «nosotros, militantes de la CNT hemos constituido –gracias a la Organización Sanitaria Obrera– el primer control sanitario, que fue también el primer esfuerzo de cohesión orgánica de los servicios sanitarios de Cataluña. Cuando haya llegado el momento, descubriremos esas jornadas frenéticas en el curso de las cuales el control

sanitario de la CNT improvisaba –con velocidad vertiginosa– las soluciones que reclamaban los innumerables problemas que surgían sin cesar».

Esta actividad «frenética» de nuestro movimiento independiente continuó, y explica la potencialidad de la irrupción del Sindicato, apenas constituido. Explica también que el balance de los dos modos de organización sea favorable a la creación directa, según los principios de la CNT. Porque, en primer lugar –y como lo hemos visto ya–, todo partió del movimiento sindical, de los militantes sindicalistas libertarios, aun cuando la organización sanitaria específica no estuviera formada. En suma, García Birlan y Martí Ibáñez no hicieron sino transferir al Ministerio de Sanidad lo que vivía ya en el pensamiento, en el espíritu de los utopistas impacientes y capaces de acercar la realidad a la utopía.

Además, al escudriñar un poco los hechos y las cosas, comprobamos que –independientemente de las ventajas financieras de que pudo disponer el ministerio, y de la ayuda sindical por él recibidas gracias a la fraterna acción de los militantes que se conocían y estimaban– los nuevos hospitales colocados bajo la etiqueta oficial del Gobierno no eran sino antiguos establecimientos a los que se había cambiado el nombre, mientras que los establecimientos colocados bajo la égida sindical fueron –con recursos infinitamente menores– integralmente creados.

No señalaremos estas cosas con fines mezquinos, que no aparecieron en el espíritu y en las relaciones de nuestros compañeros situados en una u otra parte, sino para que se comprenda mejor la importancia de la obra realizada por nuestra organización sindical. Mas, reanudemos el examen emprendido.

Hemos dicho que el Sindicato de la Sanidad se constituyó en Barcelona en septiembre de 1936. Cinco meses más tarde estaba integrado por 1.020 médicos (de especialidades varias), 3.206 enfermeros, 330 parteras, 633 odontólogos, 71 especialistas en diatermia, 10 auxiliares de sanidad, 153 herbolarios, 335 preparadores de material sanitario y 220 veterinarios. En total, más de 7.000 personas organizadas según las normas libertarias e industriales de los sindicatos de la CNT, de modo que integraran las diversas actividades que concurrían a la salud pública y a armonizar sus distintos aspectos.¹¹⁸

Para apreciar mejor el valor de estas cifras, conviene recordar que Cataluña era poblada entonces por 2.500.000 habitantes.

Una vez más vemos amalgamarse el principio moral de la

118 Organismos semejantes surgieron seguramente en la misma época en otras partes de España. Las cifras del Congreso de Valencia permiten suponerlo. Y además de los adherentes directos, debe contarse el concurso de médicos, enfermeros, etc., que no creyeron necesario adherirse al sindicato desde el principio.

solidaridad humana y el de la coordinación técnica, deseosas de mayor eficacia. Lo que se explica tanto más cuanto que se trata simultáneamente de una situación de emergencia muy grave y también de reorganizar fundamentalmente –bajo la inspiración de un gran objetivo social– toda la práctica de la medicina y de las actividades sanitarias.

Obra muy necesaria en la España de 1936, donde, de 24 millones de habitantes, morían anualmente, y por causa casi exclusivamente sociales, 80.000 niños menores de un año; donde, por ejemplo, en el distrito 5° de Barcelona, de carácter específicamente obrero, el porcentaje de la morbilidad infantil era más del doble del que registraba el distrito 4°, específicamente burgués.¹¹⁹ Los datos demográficos de la época muestran que, para el conjunto de la población, la mortalidad alcanzaba un 18 o 19 por 1.000: uno de los porcentajes más elevados de Europa, a pesar de la salubridad del clima.

En consecuencia, nuestros camaradas echaron –desde el principio– las bases de una nueva estructuración general de los servicios sanitarios. No pudimos averiguar detalladamente –por estar los animadores absorbidos en tareas extenuantes– cómo fue realizada esta obra de base, ni cuál fue su magnitud. Y no podremos sino resumirla

119 Estas diferencias no eran exclusivas de España; pero aparecían más brutales que en otros muchos países, y movían más a luchar por los cambios sociales necesarios.

imperfectamente, describir parte de los resultados alcanzados, mencionar los planes elaborados para el porvenir, en el período en que podemos entregarnos a este estudio, y anotar las informaciones que no es posible recoger.

En Cataluña, la región fue –en la base– dividida en nueve sectores principales: Barcelona, Tarragona, Lérida, Gerona, Tortosa, Reus, Ripoll, Bergueda y la zona pirenaica, un poco perdida sobre la parte montañosa del Norte. Alrededor de estas primeras divisiones se constituyeron 26 centros secundarios, que respondían a la densidad de la población y a las exigencias de la salud pública. En conjunto, 35 centros más o menos importantes englobaban íntegramente a las cuatro provincias, de modo que ningún pueblo, ninguna aldea perdida en la montaña, ni una granja alejada, ningún hombre, mujer o niño, quedara aislado, sin protección sanitaria, sin asistencia médica.

Paralelamente, cada gran sector contaba con un centro médico y técnico y un centro sindical sanitario, cuyo comité comarcal controlaba, y en parte dirigía los servicios. En el nivel siguiente, según el principio federalista, los comités comarcales estaban ramificados en Barcelona, que disponía de los mayores elementos técnicos y de establecimientos especializados, adonde se trasladaba en ambulancia o en taxímetro a los enfermos que necesitaban cuidados urgentes o un tratamiento especial.

Las secciones constituidas por especialidades eran autónomas en cuanto a su modo de organización y en el seno del sindicato, pero esta autonomía no significaba independencia absoluta, y menos aun indiferencia o aislamiento ante la necesidad de coordinación. Cada semana, el comité central de Barcelona, renovado periódicamente por la asamblea plenaria, se reunía con los delegados de las nueve zonas primeras. Técnica y geográficamente, el espíritu de coordinación estaba siempre presente, el federalismo era siempre constructivo.

Muy pronto, la población se benefició de esta amplia iniciativa. En un año, y sólo en Barcelona, seis hospitales nuevos fueron creados por nuestro movimiento: el Hospital Proletario, el Hospital del Pueblo, el Hospital Pompeyo, dos hospitales de sangre y el Pabellón de Rumania. Simultáneamente (siempre en Cataluña) se abrieron nueve sanatorios nuevos: el Sanatorio de Calafell; el de La Florida; el Pabellón Ideal; el de Vallvidrera; el Sanatorio de la Bonanova; el de las Tres Torres; el Hotel de Montserrat; el Hotel de Terramar, en Sitges, y el Sanatorio de San Andrés.

Generalmente, estos sanatorios fueron instalados en grandes construcciones que habían sido expropiadas y se hallaban en plena montaña, en medio de los pinos o sobre alturas desde donde se dominaba el campo o el mar.

Menos fácil fue organizar los hospitales. Hubo que improvisar instalaciones nuevas, de acuerdo con las

necesidades y las exigencias sanitarias más inmediatas. Con todo, hagamos un recuento: en junio de 1937 había en Barcelona 18 hospitales regidos por el Sindicato de la Sanidad, seis de los cuales habían sido creados por él; 22 clínicas; seis establecimientos psiquiátricos; tres asilos; una maternidad; a lo cual debe añadirse dos pabellones adjuntos al Hospital General (hasta entonces llamado San Pablo), uno destinado a combatir la tuberculosis ósea, el otro especializado en cuidados ortopédicos. «Con estos agregados –dicen mis compañeros–, el Hospital General será uno de los mejores del mundo».

En todas las ciudades catalanas de cierta importancia fueron creados policlínicos a los cuales estaban adscritas las localidades menores de su esfera. Contaban con especialistas en las diversas ramas de la medicina y fueron dotados de material sanitario, todo lo cual permitía evitar el apiñamiento de enfermos y heridos en los centros importantes.

Lo mismo que los otros trabajadores, los médicos cumplían su tarea donde la necesidad lo requería. Si, anteriormente, los hallábamos en exceso en las ciudades más ricas, y faltaban donde más se les necesitaba, esta situación había cambiado. Cuando los habitantes de una localidad solicitaban un médico al sindicato, éste se informaba primero de las necesidades locales, y consultaba en una lista los profesionales disponibles y cuál de sus miembros podía –por su formación– responder mejor a las necesidades de la

localidad solicitante. Para rechazar el puesto ofrecido era necesario que el designado tuviera razones imperiosas. Porque se consideraba que los médicos estaban al servicio de la sociedad, no la sociedad al servicio de los médicos. La obligación de cada uno figuraba siempre en primer término.

Como el sindicato no tenía medios financieros para todos los gastos que tantas actividades implicaban, los recursos monetarios eran en parte suministrados por el Gobierno catalán, y en parte por las municipalidades.¹²⁰ Los recursos de los policlínicos que funcionaban en las pequeñas ciudades y en los pueblos, provenían del aporte local de los municipios y del conjunto de los sindicatos que también suministraban y administraban las clínicas de odontología.

Tales fueron las primeras realizaciones de la socialización de los servicios sanitarios.

Reconozcamos que, al año de haber comenzado estas realizaciones, no había sido posible hacer desaparecer al

120 Este problema, el de la escasez de recursos, causado por la posesión de la parte de la riqueza social y de los recursos monetarios por los que quedaban aún privilegiados y amparados en sus partidos, y por la permanencia del mundo oficial, explica en gran parte por qué no se realizó la socialización libertaria de la enseñanza. Las municipalidades no disponían de los fondos necesarios para tantos y tan importantes cambios. Las escuelas creadas o tomadas por el Sindicato de la Enseñanza habrían representado bajo ciertos conceptos –por falta de medios– en las ciudades o aglomeraciones de densa población, un retroceso en relación con lo que era posible hacer modificando las normas pedagógicas en las escuelas existentes.

médico que ejercía individualmente su profesión; aunque, tal vez, teniendo en cuenta el interés de los enfermos, no fuera ello deseable. Pero el sindicato había eliminado los abusos hasta entonces tan frecuentes; había establecido tarifas para las consultas y las operaciones; ejercía riguroso control gracias al método que hemos visto practicar en Fraga, Alicante y Castellón de la Plana.

Los enfermos que acudían a un médico o a un cirujano particular pagaban los servicios prodigados según tarifas establecidas por el sindicato, que servía de intermediario y llevaba una contabilidad vigilante.

En las clínicas creadas por la revolución, se operaba gratis; y también en los hospitales psiquiátricos, los enfermos eran atendidos gratuitamente.

¿Qué conducta observaron los médicos ante esta revolución que buen número de ellos ni siquiera imaginaba? Puede responderse en formas diversas, incluso contradictorias. Pero –me han informado mis compañeros– existen esencialmente dos grupos:

Uno, integrado por los «viejos», que componían la clase privilegiada, parte de la cual ha abandonado Cataluña huyendo a Francia. Para ellos, la medicina era, ante todo, una fuente de provechos sustanciales. Como se supone, los miembros de este grupo no se congratulan del cambio operado.

El otro grupo, que aún no se ha incrustado en la clase alta, deja hacer, e incluso colabora sin real oposición a tantas innovaciones.

En cambio, los jóvenes se han adherido con entusiasmo a la revolución. Para muchos de ellos, el horizonte estaba cerrado. Después de haber obtenido su doctorado se veían obligados a trabajar más o menos gratis en los hospitales y sanatorios, explotados por todos los encaramados de la jerarquía superior. En las clínicas, el médico oficial –generosamente retribuido– no se presentaba casi nunca, un médico más joven lo reemplazaba, esperando la muerte del «patrón» para ocupar su puesto, o esforzándose para ahorrar el dinero necesario para adquirir y explotar por su cuenta una clínica. El médico más joven –que servía de secretario– esperaba que gracias a un «feliz desenlace la maquinaria emprendiera para él una marcha ascendente...

Ahora –nos decía el secretario del sindicato, un vasco entusiasta e incansable– todos los médicos de los hospitales cobran quinientas pesetas al mes por tres horas diarias de trabajo.¹²¹ Tienen, además, sus enfermos particulares que le retribuyen del modo que hemos visto. No se ha alcanzado aún la igualdad económica, y lo tenemos en cuenta, pero –de acuerdo con las posibilidades actuales– se ha dado un

121 Para apreciar mejor el significado de estas cifras, tomemos la remuneración general de los trabajadores barceloneses en la misma época (julio de 1937); podemos cifrarla en unas 350/400 pesetas mensuales por ocho horas de trabajo diarias.

gran paso adelante. Ya no hay «señores doctores» cobrando emolumentos enormes, y médicos viviendo casi en la pobreza. En los hospitales, clínicas, etc., nadie puede cobrar dos sueldos. Más de la mitad de los médicos colaboran gratuitamente en actividades propias de su especialidad, y fuera del tiempo de trabajo pagado.

Y lo hacen con agrado, de acuerdo con el sindicato, incluso cuando no son sindicados. Y sin que sea necesario emplear la autoridad sindical. Lo más hermoso –seguía el secretario– es la revolución moral que se ha operado en la profesión. Todos trabajan lealmente. El médico renombrado, al que se envía una vez por semana a trabajar gratuitamente a un dispensario de barriada, no falta nunca. El personaje imponente, que ayer recorría las salas de hospital mirando apenas a los enfermos y escoltado por media docena de correligionarios de condición inferior –uno llevando la palangana, otro la toalla, el tercero el estetoscopio, el cuarto abriendo la puerta, el quinto cerrándola–, y todos humillándose ante su autoridad, este personaje ha desaparecido. Hoy sólo hay hombres que se estiman y trabajan honradamente.

Ahora que sabemos lo que se ha hecho, veamos lo que se proyecta. En febrero de 1937, la producción farmacéutica aún no estaba socializada. Pero la sección correspondiente del sindicato había elaborado un plan que dividía el trabajo en cuatro especialidades: laboratorios de investigaciones y búsquedas, laboratorio de manufactura, almacén general,

distribución.

Mientras exista el dinero, el sindicato no podrá pensar en el suministro gratis de los productos farmacéuticos, aunque se distribuyan gratuitamente en cantidades importantes a gentes que esperan su turno en el local sindical. Hay, pues, que pensar en que será inevitable hacerlos pagar. Más tarde esta situación podría mejorarse.

Las cuatro secciones están unidas en una comisión de iniciativa, integrada por delegados de cada una de ellas. Esta comisión se encarga de dirigir los servicios según las necesidades de la población. Se ha decidido que la UGT estará también representada en ellas, porque muchos dueños de farmacias están en esta organización.¹²² Los cargos no serán retribuidos.

El laboratorio de investigación será un crisol en el cual nacerán las iniciativas de las secciones. La socialización permitirá emplear mejor los recursos técnicos de que se dispone porque –lo mismo que los arados y los tractores en el campo– los microscopios y los aparatos de laboratorio permanecen a menudo inactivos en manos de sus dueños particulares.

El laboratorio de manufactura tendrá por objeto preparar

¹²² Como los dueños de farmacia eran hostiles a los combatientes revolucionarios, esto constituía, al mismo tiempo, un procedimiento para controlarlos.

y producir cuanto sea necesario a la medicina, sin más limitación que las impuestas por las circunstancias y por las relaciones con las otras ramas de trabajo; la industria química, por ejemplo. Se esforzará por agrupar en torno suyo, o por vigilar, a todos los laboratorios o centro de fabricación; y por proceder, más tarde, si es necesario, a la supervisión de este trabajo.

El almacén general reunirá y controlará todos los almacenes existentes. Constituirá el núcleo administrativo del conjunto y el único centro de abastecimiento a que podrán dirigirse las farmacias. Naturalmente, se supone que tendrá cierto número de depósitos donde estarán almacenados los diferentes productos.

La sección de reparto coordinará las farmacias, las refundirá y las distribuirá según la densidad de la población, las distancias, de acuerdo con los centros sanitarios y con la existencia de las aldeas apartadas en las otras provincias catalanas.

Este proyecto no es el único, y la imaginación creadora de los hombres que tienen por misión aliviar el dolor humano permanece siempre activa. Así, se proyecta a corto plazo reformar el tratamiento de los accidentes de trabajo. A este efecto se instalarán clínicas y dispensarios.

Las fábricas importantes tendrán servicios médicos permanentes, con lo cual se evitará que las compañías de

seguros amasen fortunas inmensas a expensas de la economía pública. Los heridos incurables y los decesos dependerán integralmente de la Caja Nacional de Previsión, que está en manos del Estado.¹²³

Hemos visto lo que fue hecho en Cataluña gracias –sobre todo– al Sindicato de la Sanidad de Barcelona, que agrupaba a más de 7.000 profesionales de los servicios sanitarios y de higiene y que sin duda vieron aumentar sus efectivos a medida que los meses transcurrían. Es incuestionable que se hizo mucho, pero el autor no pudo investigar más a este respecto. Con todo, un hecho de grandísima importancia nos permite entrar más a fondo en las realizaciones efectuadas.

La España no dominada por el fascismo contaba entonces, aproximadamente, con la mitad de la población española, o sea con 12 millones de habitantes, de los cuales debemos restar –para no deformar las cosas– a los que habían votado por la derecha, y que eran o fascistas o fascistizantes.¹²⁴

123 Puede sorprender que hombres que se reclaman del ideal libertario hayan adoptado esta solución, lo que implica el reconocimiento del Estado. Pero reconocer la existencia de un hecho no significa aprobarlo. Y, por otra parte, el Sindicato de Sanidad, y los demás sindicatos, no poseían los fondos acumulados por los servicios oficiales, gracias a una legislación especial, para una actividad que reclamaba cantidades enormes. Además, como lo hemos repetido muchas veces, nos hallamos en una situación dual y terriblemente compleja, donde el Estado, los Gobiernos (de Barcelona y Valencia, a lo cual habría que añadir el Gobierno vasco) y parte del capital privado de la propiedad burguesa y del comercio privado subsistían, donde la economía, incluso la socializada, pagaba impuestos.

124 No poseemos guarismos de los votos obtenidos por las derechas

Empero, en el mes de febrero de 1937 tuvo lugar en Valencia el Congreso de la ya nombrada Federación Nacional de los Sindicatos Únicos de Sanidad. Estos sindicatos, que se hallaban en todas las ciudades importantes, pasaban de 40, y agrupaban a unos 40.000 adherentes, y cuyas categorías podemos inferir por las estadísticas del de Barcelona. Podemos imaginar cuántas iniciativas fueron tomadas, cuántas responsabilidades asumidas en esta efervescencia creadora.

Pero, incluso, si nos fue imposible ir de ciudad en ciudad, para escribir un libro voluminoso al respecto, disponemos de elementos, de materiales originales que nos fueron suministrados por la misma Federación y que hemos salvado, milagrosamente, en su mayoría.

Estos materiales nos prueban una vez más que sin los sindicatos de la CNT –a los cuales se unieron muchas veces los sindicatos locales de la UGT, en conmovedora fraternidad de espíritu–, no sólo la organización pública y privada de los servicios hospitalarios no se habría desarrollado, sino que la que existía se habría derrumbado en su mayor parte.

reaccionarias, fascistas o fascistizantes, en Cataluña, en febrero de 1936, pero parece indudable que constituían un número considerable. Por otra parte, los antifranquistas que vivían en las provincias ocupadas por Franco estaban reducidos a la impotencia. Si se admite que al término del primer año de lucha Franco dominaba la mitad del territorio, la ventaja numérica estaba ya de su lado, contrariamente a lo que declaraba una demagogia bastante más necia de lo que sus patrocinadores creían.

Porque, en este orden de cosas, en un 95% la iniciativa oficial fue inexistente (y dejamos un margen del 5% por escrúpulo de objetividad). Son los sindicatos quienes se encargaron –a menudo con los responsables especializados del ejército– de organizar los hospitales de sangre en la retaguardia de los frentes. Fueron ellos quienes obligaron a los farmacéuticos fascistas o semifascistas a abrir sus boticas, o quienes se incautaron de éstas cuando sus dueños las habían abandonado. Fueron los Sindicatos de la CNT los que organizaron también, y a menudo junto con los servicios correspondientes del aparato militar, la evacuación de gran número de ancianos, mujeres y niños, amenazados en las zonas de guerra. Fueron ellos los que fundaron las brigadas antigás, y a menudo, en cooperación con los municipios, tomaron parte en la construcción de refugios contra los bombardeos.

Y, como se comprenderá, aunque no tengamos estadísticas al respecto, no cabe duda que gracias a ellos numerosos hospitales, dispensarios, clínicas y casas de descanso surgieron también en Levante, Castilla, Asturias, etc.

Analicemos, por fin, aunque sea en forma superficial, el congreso celebrado en febrero de 1937, por la Federación de los Sindicatos Únicos de Sanidad, exactamente siete meses después de haber comenzado la revolución. Lo haremos a través de las resoluciones más importantes que fueron adoptadas. He aquí el primer párrafo de la moción

presentada por las Federaciones Sanitarias Regionales de Cataluña, del centro de España y de Levante:

Funciones Generales:

Los Sindicatos Únicos de Sanidad tendrán como función primordial el desarrollo y la organización del plan sanitario y de asistencia social en la región o regiones que abarquen, exigiendo el plan de conjunto que las federaciones comarcales y locales formen los eslabones de la cadena general; sobre tales elementos se ordenará y dará solidez a un plan nacional, recogándose el fruto de las iniciativas aprobadas en las federaciones locales, comarcales y regionales, confluyendo todas ellas en el organismo superior.

No puede decirse más con menos palabras. Y sin duda ningún régimen, de libre empresa o estatal, ha enunciado objetivos tan precisos, ni especificado un plan tan general, tan concreto, con las consiguientes normas de realización. La resolución prosigue:

Entendemos por sanidad:

El conjunto de los servicios que tienen por objeto la preservación y el restablecimiento de la salud, o sea el arte de fomentar lo adecuado para la prosperidad de la salud y la extinción de los factores negativos; y para

lograrlo, proponemos como función social de los sindicatos únicos de sanidad la unión de los obreros, de los técnicos y de los sabios, unión indispensable para el buen funcionamiento de la sanidad, y con ésta, de la economía nacional.

Aquí también haremos caso omiso de las deficiencias literarias; mucho más importante en este concepto sociológico de la medicina, que abarca a todos los factores que la atañen. Aquí aparece, bajo una forma propia, la solidaridad de todo lo que concurre a una obra social que interesa a la colectividad entera. Y la resolución, desarrollando fines y medios, como realizaciones necesarias, propone:

La reorganización de la enseñanza manual y técnica, elevando el nivel intelectual de todos los componentes de las actividades sanitarias; la creación de cursillos, escuelas y talleres de orientación y perfeccionamiento profesional; la divulgación sanitaria para dar a comprender que prevenir es curar, divulgando las instrucciones más precisas para los casos de urgencia; la creación de especialistas y pedagogos, imprescindibles para las escuelas de anormales, ciegos, etc.

En fin, el apartado *b* del artículo 7°. recomienda:

La formación, ordenación y reglamentación de comités de control técnico y administrativo de clínicas, sanatorios

y demás instituciones sanitarias, estableciéndose secciones de estadísticas, propaganda, ponencias de colectivización y bolsas de trabajo, para el control, el estímulo, el desarrollo y perfeccionamiento de las secciones en los diferentes servicios que les corresponde, y asegurando el trabajo de todos sus componentes.

Las actividades de los sindicatos son divididas en cuatro grupos principales: Asistencia Médica Global (I); Sanidad Social (II); Inspección Sanitaria (III); Asistencia Social (IV); cuyos objetivos son así enumerados:

I. Asistencia médica global

- a) Asistencia médica global.
- b) Asistencia domiciliaria (con tendencia a desaparecer).
- c) Control y distribución de los enfermos.
- d) Asistencia en dispensarios.
- e) Asistencia quirúrgica en clínicas apropiadas.
- f) Creación de policlínicos en barriadas, con carácter de urgencia.
- g) Asistencia toco–ginecológica.
- h) h Asistencia dermo–venérea.

i) Asistencia psiquiátrica, con los dos grupos: anormales y vesánicos.

j) Asistencia paidológica (puericultura y enfermedades de la infancia.

k) Asistencia prematrimonial, y.

l) Asistencia a mutilados (reeducación y ortopedia).

Sigue la enumeración de los establecimientos necesarios (nosocomios, maternidades, lazaretos, sanatorios, preventorios, etc.):

II. Sanidad social

a) Reglamentación sanitaria general y local.

b) Institutos de higiene privada.

c) Institutos de higiene general.

d) Educación física, estadios, piscinas, gimnasios, etcétera.

e) Camping.

f) Parques de desinfección, desinsectación, desratización y descanización morbosa.

g) Plazas, mercados, mataderos, etc.

h) Saneamiento de terrenos insalubres.

i) Lucha contra la toxicomanía, el alcoholismo, el tracoma, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, el paludismo, el cáncer, la lepra, la sífilis, etc.; medidas de desinfección de las playas, los puertos y tinglados, comercios, etc.

III. Inspección sanitaria

a) Oficinas del personal.

b) Estadísticas.

c) Inspección escolar y de maestros, ficha escolar sanitaria, inspección de fábricas, talleres y demás establecimientos.

d) Viviendas particulares.

e) Mataderos, plazas, mercados, laboratorios y productos alimenticios.

IV. Asistencia social

a) Mujeres embarazadas.

b) Casas de lactancia natural y artificial para lactantes externos, guarderías de niños, etc.

c) Huérfanos.

d) Inválidos.

e) Ancianos.

f) Incurables.

Esta visión de conjunto y de los diversos aspectos complementarios de los problemas relativos a la sanidad justifica que el modo de cuidar y alimentar a los animales haya figurado entre las actividades y responsabilidades sociales asumidas por la Federación. Y es una nueva prueba de la necesidad de salir de los límites del corporativismo; si ciertas interferencias pueden sorprender, el interés general las hace necesarias.

En ese mismo congreso fueron presentados planes de lucha y proyectos contra las enfermedades contagiosas. En primer lugar figuraba la tuberculosis. La delegación catalana, por intermedio de su secretario vasco,¹²⁵ presentó un proyecto que, después de atento examen, fue aceptado por las otras regiones. Su lectura nos permite comprender la

125 Este caso de un vasco a la cabeza de las realizaciones sociales del Sindicato de Sanidad de Barcelona nos da ocasión de señalar que numerosos fueron los militantes libertarios venidos a Barcelona desde otras regiones. Ángel Pestaña, que fue uno de los militantes de mayor relieve de la CNT, era leonés, al igual que Buenaventura Durruti; Francisco Ascaso y los otros miembros de su familia, casi todos militantes libertarios, eran aragoneses, así como Manuel Buenacasa, que fue secretario de la CNT; Abelardo Saavedra era andaluz, lo mismo que *Dionisios*, y hay muchos otros casos parecidos que el autor ha olvidado y que podrían señalarse. Y en los mítines de la CNT y de la FAI se hablaba más el castellano que el catalán.

intensidad y la amplitud del esfuerzo que habría sido cumplido si el fascismo no hubiera triunfado.

Después de una exposición sobre la gravedad del mal, las formas y causas sociales del contagio, ilustrada por numerosas estadísticas, los autores exponen los diversos aspectos de la lucha preventiva: control sanitario de las futuras madres, desarrollo general de la higiene, empleo intenso del pico y la paleta para demoler los barrios insalubres –verdaderos caldos de cultivos microbianos– y reconstruir alojamientos nuevos y sanos; se preconiza también la transformación de los locales escolares, recomendando su nueva instalación en las afueras de las urbes.¹²⁶

Con relación a las ciudades grandes, medianas y pequeñas, la base de lucha sanitaria aceptada, después de atentos exámenes, fue la de dispensarios estratégicamente establecidos, siempre según un plan de conjunto que correspondía a la importancia de los lugares contaminados, a la densidad y al modo de vida de las poblaciones. Con el concurso de los médicos especializados de que dispondrían estos dispensarios, se entregarían a una búsqueda sistemática en las unidades fundamentalmente juveniles; las escuelas, los institutos, las universidades, los cuarteles. Los

126 Conviene señalar aquí cómo pedagogía y sanidad iban de consuno. Este desplazamiento de los centros escolares fuera de las ciudades era recomendado hacia 1930 por el profesor uruguayo Vaz Ferreira, con relación a las escuelas de Montevideo.

especialistas mantendrían contactos necesarios y obligatorios, estableciendo informes y fichas individuales que serían debidamente utilizadas.

La sede de los dispensarios centrales estaría en las ciudades donde se coordinarían las actividades de los dispensarios menos importantes, a fin de controlar metódicamente los resultados obtenidos y de modificar o adoptar las actividades según lo enseñe la experiencia. Cada suburbio de Barcelona debía contar por lo menos con un dispensario, y se recomendaba instalar uno en las ciudades catalanas de Gerona, Tarragona, Lérida, Badalona, Mataró, Seo de Urgel, San Feliú de Guixols, La Bisbal, Manresa, Solsona, Cardona, Tremp, Sort, Viella, Balaguer, Tárrega, Cervera, Igualada, Villafranca, Vendrell, Vilanova, Reus, Tortosa y Gandesa.

Todos esos centros debían estar en contacto orgánico con el control epidemiológico establecido en la capital catalana, a fin de registrar en toda la región los progresos de la lucha emprendida. Una estadística precisa enumeraba –para orientar debidamente esa lucha– el número de tuberculosos admitidos en los hospitales de Cataluña, el de camas disponibles y el que debía instalarse. Había sido posible reunir y coordinar estas informaciones gracias, en gran parte, a los esfuerzos de los sindicatos y de la Federación, la cual abarcaba el conjunto de lo que se realizaría.

Estas indagaciones debían emprenderse, y estas iniciativas

llevarse a cabo también en las otras regiones de España. Ignoramos hasta dónde se habría llegado en Levante, en Castilla, en Aragón, donde el azote estalinista no se había aún desencadenado, pero es indudable que si la sociedad libertaria se hubiera establecido, estos planes se habrían realizado en el conjunto de la nación. Porque la socialización de la medicina no era sólo una iniciativa tomada por los médicos de la CNT. En todas partes donde hemos podido estudiar los pueblos y las pequeñas ciudades transformadas por la revolución, los hospitales, las clínicas, los policlínicos y otros establecimientos sanitarios habían sido municipalizados, agrandados, modernizados, colocados bajo la salvaguarda de la colectividad. Y donde no existían, se habían improvisado. La socialización de la medicina era obra de todos, en beneficio de todos. Constituía una de las realizaciones más notables de la revolución española.

Quinta Parte

REALIZACIONES VARIAS

XXVI. LA ORGANIZACIÓN COMUNALISTA

En la variedad de las estructuras de construcción social, la organización que llamaremos municipalista –que también podemos llamar comunalista– y que está arraigada en tradiciones españolas aún vivas, merece especial mención. Se caracteriza por el papel eminente de la ciudad orgánicamente estructurada, de la comuna, del municipio, es decir, por el predominio de la organización local que abarca al conjunto de la población. Las otras instituciones, incluso las más modernas, y que por ser tales no han arraigado en forma considerable –sindicatos, cooperativas, incluso ciertas Comunidades–, constituyen una parte del conjunto –salvo el caso de ciertas colectividades, especialmente aragonesas–, mas no encarnan el espíritu colectivo. Es lo que comprobamos en una pequeña ciudad como Granollers, en Cataluña (20.000 habitantes en 1937), en un pueblo importante como Binéfar, en Aragón –

provincia de Huesca–, o en capitales de provincias, más pobladas, pero proporcionalmente menos industrializadas, como Castellón de la Plana. Alicante en Levante. En estos casos, incluso cuando el sindicato desempeña un papel importante, no dirige la totalidad de la vida social, a pesar de las previsiones de los teóricos del sindicalismo.

En ciertos casos, como en Fraga, como en Rubí, la organización directa de la localidad, que lo abarca todo, se confunde con la de las colectividades productoras, y podría decirse que las dos estructuras se interpenetran. Localmente, la autodeterminación del conjunto se ha afirmado a través de la organización de la ciudad, lo que; consolida su personalidad frente al Estado, al igual que las libertades y la práctica de la independencia en cuanto a la vida social.

Veamos algunos casos.

Elda y el SICEP

Situada en la provincia de Alicante, Elda es una pequeña ciudad que cuenta con 25.000 habitantes (1937). Gracias a los medios de transporte que circulan a su alrededor, y a la utilización de un pequeño río –el Vinalopó, que va a desembocar en el Mediterráneo– que le procura la energía

eléctrica necesaria, es al mismo tiempo centro de actividad agrícola y de producción industrial.

Como ocurrió tantas veces en la región levantina, nuestro movimiento está aquí implantado desde la época de la Primera Internacional. Elda ha sido teatro de conflictos sociales y de huelgas históricas a veces formidables, como sólo España dio el ejemplo. Luchas de grandeza moral extraordinaria han tenido lugar aquí, como la que sostuvieron durante tres meses los trabajadores de la industria del calzado, para exigir que fuera reintegrado a su trabajo un militante obrero boicoteado por la coalición patronal. No debe olvidarse nunca que los motivos de carácter moral, por lo menos tanto como las reivindicaciones materiales, han inspirado y sostenido las actividades de los sindicatos fundados y animados por los libertarios españoles.

Con tales precedentes y tal práctica de lucha, era evidente que, habiendo pasado el peligro fascista local, y creyendo, como los republicanos y los socialistas, que Franco no tardaría en ser derrotado, nuestros compañeros emprendieron la transformación social por la cual luchaban desde hacía tanto tiempo.

Empero, la situación no era la misma en Elda que en Alcoy, que está cerca; por otra parte, los libertarios de Elda habían conservado vestigios del espíritu comunalista que se encuentra –al lado de conceptos más modernos– en la obra

histórica de los sociólogos libertarios. Estas razones, y el deseo tan generalizado en la población de mantener el frente unido antifascista, les movieron a aceptar su ingreso en el Concejo Municipal renovado bajo la presión de las circunstancias.

Fueron designados representantes de los diversos movimientos y partidos. La Unión General de los Trabajadores tuvo cinco delegados, idéntico número tuvo la CNT, aunque fuera numéricamente más importante. La Izquierda Republicana, cuyo jefe era Manuel Azaña –frío y avinagrado presidente de la República– tuvo dos, y dos el Partido Socialista, el Partido Comunista tuvo uno solo. Desde luego, el número de delegados, o representantes, era siempre proporcional al de los adherentes o al de los simpatizantes de cada una de las fuerzas presentes.

Pero en este reparto, la corriente socialista se beneficiaba por el hecho de que la UGT obraba generalmente de acuerdo con el partido que en realidad la dirigía. Pero, por otra parte, la situación inclinaba con frecuencia a los sindicatos reformistas a sumarse a los revolucionarios (aunque se pueden citar muchos ejemplos –que abundan en esta obra– donde estos mismos reformistas constituían fuerzas de resistencia contra la socialización).

Como es natural, la iniciativa de construcción de una nueva sociedad vino de nuestros compañeros. Tal es la razón por la cual, como en Granollers, en Valencia, en Gerona, en

Hospitalet y otras localidades, el alcalde elegido fue libertario.

Los nuevos consejeros empezaron a transformar enteramente la estructuración del organismo municipal, que hasta entonces había sido sobre todo un foco de pequeña burocracia, aletargado e inerte. El alcalde tenía dos secretarios y un consejero, que debían guiarlo en sus actividades. Todo este mundo municipal vivía adormilado en el sueño tradicional de las pequeñas ciudades provinciales, fueran monárquicas o republicanas.

Se echaron, pues, las tradiciones por la borda, y el Concejo fue reconstituido de acuerdo con el estilo de los pueblos colectivizados, en base a las principales actividades. Se constituyó primero la sección Defensa; luego la de Instrucción Pública; siguió la sección Trabajo, de acuerdo con la situación económico-social; la sección Agricultura luego; y por fin la de Sanidad y Asistencia Social.

Hasta entonces, la instrucción pública había sido más que descuidada, y numerosos niños en edad escolar no asistían a clases. La sección municipal correspondiente tomó las iniciativas necesarias sin reparar en gastos, apeló a los trabajadores –es decir, al Sindicato de la Construcción– y en menos de cinco meses, gracias a esta comunidad de esfuerzos, dos establecimientos escolares estaban disponibles, el primero para 400 niños; el otro para 70. Se habría hecho más, de haberse podido disponer del

«Círculo», lugar donde antes se reunían las clases «superiores» de Elda, pero ahora el establecimiento servía de alojamiento para los milicianos, y el terreno hasta entonces utilizado para juegos y deportes se utilizaba para el entrenamiento militar... Además, fue necesario, al mismo tiempo, organizar centros de acogida y alojamiento para los niños refugiados de Madrid, que figuraban entre los 1.500 refugiados provenientes de la ciudad sitiada. El Ateneo Libertario y la Federación Local de los Sindicatos pusieron sus locales a disposición de estos huéspedes inesperados.

Tantas dificultades no impidieron a la sección de Sanidad e Higiene renovar la organización del hospital, hasta entonces insuficiente. Fueron contratados tres médicos suplementarios, así como dos practicantes y dos parteras, todos retribuidos por el municipio, lo que antes habría constituido una innovación impensable. En los primeros meses de 1937 se proyectaba instalar sanatorios y clínicas. Como en tantas otras partes, se caminaba rápidamente hacia la socialización de la medicina.

Pero, lo hemos dicho ya, Elda también es un centro industrial. Alrededor de este centro –conocido por la importante industria del calzado que ha sido desarrollada, por sus curtiembres, sus industrias de la piel y el cuero– gravitan cuatro localidades menos importantes, siendo empleados en las fábricas de Elda buena parte de sus trabajadores. Se llaman Petrel, Monóvar, Novelda y Sax. La sola localidad de Petrel cuenta con 3.500 trabajadores y

trabajadoras del calzado; Monóvar, Novelda y Sax totalizan 2.000; Elda cuenta con 7.500, de los cuales 4.500 están afiliados a la CNT. Pero las realizaciones sociales importantes no han podido llevarse a cabo de modo uniforme.

Estas realizaciones se presentan bajo dos aspectos diferentes. Existe en Elda una asociación de 12 fábricas integralmente colectivizadas, las que ocupan a 2.800 trabajadores. Su organización recuerda lo que se ha visto ya en otros casos de colectivización industrial. Cada fábrica tiene un comité elegido por la asamblea de los trabajadores, y compuesto de cinco delegados *técnicos* (nuestros camaradas insisten mucho sobre este adjetivo que quita a la delegación todo carácter autoritario); este número de cinco responde a las cinco operaciones principales de la fabricación del calzado. A estos delegados se agregó uno más que representa a los trabajadores de los almacenes.

Las 12 fábricas socializadas son, pues, dirigidas por esos 12 comités controlados por las asambleas obreras ordinarias y extraordinarias.

Al mismo tiempo, estos 12 comités obran en concordancia con el sindicato, que coordina el trabajo, centralizando las estadísticas de producción y de productos acabados almacenados. De este modo se compagina la autonomía posible en la organización de las actividades con la solidaridad en el esfuerzo colectivo.

Las fábricas no venden por su cuenta, lo cual provocaría una competencia práctica, y rivalidades comerciales inadmisibles en un régimen de espíritu comunista libertario.

Es en las fábricas de Elda donde conocí una clase de delegados que ignoraba hasta entonces: la delegación *moral*. En cada empresa, dos delegados, uno de la UGT y otro de la CNT, nombrados por sus compañeros de trabajo –y sin que por ello dejaran de trabajar juntos, codo con codo–, estaban encargados de mantener la buena armonía entre todos, de suscitar el entusiasmo y la concordia, de estimular, cuando fuera necesario, el sentido de la responsabilidad. Y, sin embargo, esta precaución no parecía necesaria; no es menester imponer una disciplina –me dicen mis compañeros– porque desde el primer momento apareció la autodisciplina basada en la convicción de que cada uno trabaja por la comunidad.

La creación más original que he conocido en Elda ha sido la del SICEP, Sindicato de Industria del Calzado de Elda y Petrel.

Más que de un Sindicato, se trata de una especie de consorcio obrero de nuevo estilo. Fue fundado en el mes de agosto, *es decir, un mes después de haber comenzado los acontecimientos que ahora trastornan a España*. La industria del calzado, que a consecuencia de la crisis económica endémica ya trabajaba al 60% de su capacidad, estaba amenazada de parálisis general. La economía local entera lindaba con la mina, lo que amenazaba la nueva situación,

cuyo mantenimiento era indispensable para impedir que el fascismo hallara un terreno abonado. Es entonces cuando a iniciativa de la CNT, y de acuerdo con el sindicato local de la UGT, se decidió que todos los elementos disponibles debían reunirse, para impedir un derrumbamiento general, cuyas consecuencias serían calamitosas.

Merced al peso de las dos organizaciones sindicales, se obtuvo que, sobre la garantía de los bienes muebles e inmuebles de los patrones, los bancos locales adelantarán las cantidades necesarias para hacer frente a la situación. Los sindicatos aceptaban la corresponsabilidad de estos empréstitos. Agreguemos, con justicia, que el Ministerio de la Industria, al frente del cual estaba nuestro compañero sindicalista revolucionario Juan Peiró, concedió un crédito de siete millones de pesetas.

Era necesario disponer de 575.000 pesetas por semana, de las cuales 300.000 eran para los sueldos. Sólo así se podría reanudar y mantener la producción. Todo lo cual exigía una coordinación necesaria entre los esfuerzos económicos y financieros, y de éstos con la dirección del trabajo.

Todo esto movió a la constitución del SICEP, que abarca *80 establecimientos* de producción, pequeños y grandes, diseminados en la región, y –en las cuatro localidades mencionadas– 12.500 trabajadores de ambos sexos.

Integrado por las fábricas, que aún están en la etapa del

control obrero (subsisten los patronos, pero sirven –sobre todo– para suministrar los recursos, extraídos de sus cuentas bancarias), el SICEP, cuya dirección efectiva está en manos de los delegados obreros, centraliza y dirige toda la producción. Compra y distribuye las materias primas según las necesidades y las especialidades de las fábricas, efectúa los pagos y las deudas. Cobra el monto de las ventas, no entregando a los patronos nada que se parezca a un beneficio. Por lo demás, este beneficio es imposible en la situación presente, porque las fábricas no integralmente expropiadas están paradas varios días por semana, y sus trabajadores son sostenidos gracias a la ayuda de las empresas socializadas, que reparten el producto de la venta del calzado para militares, encomendado por el Gobierno.

Para hallar nuevos compradores, el SICEP ha trabajado intensamente. Habiendo pedido a las fábricas la creación de nuevas clases de zapatos para mujeres y para hombres, recibió 900 modelos nuevos, y el sindicato –merced a una organización comercial que se extiende desde las costas del mar Cantábrico, en el Atlántico Norte de España, a Argelia y Marruecos– consiguió colocar una parte importante de las reservas. Pero este esfuerzo no bastó para vencer las dificultades causadas por la guerra. Ahora, en los depósitos que el SICEP posee en Elda, Valencia, Barcelona, así como en los almacenes de sus fábricas, están amontonadas reservas de mercancías que no se venden, y cuyo valor alcanza –en mayo de 1937– a 10 millones de pesetas valor oro.

La guerra se prolonga, y es imposible saber cómo terminará esta experiencia de organización colectiva. Pero los trabajadores y los sindicatos libertarios han hallado, no sólo para la organización del trabajo, sino incluso para hacer frente momentáneamente a una situación catastrófica, paliativos que abren paso a una solución dirigida por y hacia la justicia social. Si Franco triunfa, quedará por lo menos el ejemplo de las demostraciones positivas hechas por la España libertaria en los años 1936–1939.

Granollers

Situada al norte de Barcelona, Granollers contaba con 18.000 habitantes en el año 1936. Era a la vez cabeza de comarca, y centro comercial e industrial como los hay, numerosos, en esta parte de Cataluña. Los orígenes de nuestro movimiento se remontaban a los años 1870–72, fecha de nacimiento del anarquismo en España. Como sucedió en general, dominó la actividad sindical, con luchas enconadas, esfuerzos de organización tenaces, represiones, períodos de retroceso y renacimientos magníficos. La importancia de nuestros efectivos varió según esas circunstancias.

Pero, desde largo tiempo, el número de trabajadores miembros de la CNT se elevaba a 3.000. Había disminuido durante la dictadura de Primo de Rivera, lo mismo que – después de un aumento transitorio– bajo la Segunda República, cuyo primer Gobierno, socialista–republicano según su etiqueta, y el Gobierno de derecha siguiente, se mostraron tan reaccionarios como los peores ministerios de la Monarquía. De modo que, en julio de 1936, a pesar de la reciente amnistía que había abierto las puertas de las cárceles a 30.000 libertarios, nuestros adherentes a los Sindicatos de Granollers apenas alcanzaban a 2.000.

Pero se produjeron el ataque franquista, la guerra civil y la revolución. Rápidamente, los efectivos de la CNT se elevaron a 6.000 trabajadores de las fábricas, los talleres, la construcción, el transporte, etc. Otros sectores –sobre todo los técnicos, considerándose una clase superior, empleados oficiales del municipio o del Estado, burócratas diversos– se adherían a la UGT, sumando 1.000 personas.

Trabajadores orientados e iluminados por el ideal, nuestros compañeros siempre habían dado pruebas de su capacidad organizadora. Pero la guerra se imponía ante todo. Por ello, la mayor parte salió sin pérdida de tiempo al frente de Aragón, para contener al ejército franquista que se dirigía a Cataluña.

En los sindicatos, sólo quedaron seis o siete compañeros, con aptitudes reconocidas en lo referente a problemas

locales y regionales.¹²⁷ Pero cierto espíritu libertario se había elaborado en parte de la población, que gracias a la calidad moral de nuestros militantes había adquirido una noción precisa de nuestros objetivos sociales y humanos. Lo cual dio, por primer resultado –a escala local–, que dos días después de la cesación de los combates de Barcelona, es decir, el 22 de julio de 1936, los trabajadores de la construcción decidieron –y éste fue históricamente uno de los primeros pasos de la revolución libertaria española– socializar su trabajo.

A este efecto, convocaron a una asamblea a la cual invitaron a los pequeños patronos, generalmente empresarios de poca cuantía, y las propusieron «colectivizar» sindicalmente todas las actividades de la profesión. Y –por extraordinario que parezca– los patronos aceptaron. Hecho que veremos reproducirse en Alicante, y que prueba que muy a menudo las cosas, e incluso las clases, no son tan rígidamente delimitadas como pretenden los sacerdotes de lo absoluto, y que es necesidad pretender agravar tales límites cuando es posible simplificarlos.

Que la propaganda tenaz, la acción y el comportamiento consecuente de los libertarios de Granollers habían satinado el ambiente, la sucesión de los hechos lo demostró

127 Entre ellos, el compañero Valerio Mas, militante probo con el cual hablé en Granollers, y que en poco tiempo fue nombrado secretario de la Federación Regional de Cataluña.

ampliamente. Porque, en la misma forma y a renglón seguido, fueron socializados los talleres de imprenta; luego les siguieron las tiendas de venta de calzados; y de hecho se extendió a todas las ramas de la producción y de las actividades humanas, incluso en las que hasta entonces se había visto oposición de clases sociales.

Granollers se socializó, pero siguiendo normas propias. Y esto merece describirse.

Como se ha visto en la mayoría de los casos ya relatados, los sindicatos fueron los iniciadores o los orientadores de la nueva estructuración social. Esa es la razón por la que empleamos, con mucho empeño, el término de «sindicalizaciones» para evitar ciertas confusiones creadas por los diversos caminos tomados o seguidos por la revolución, y a veces la semirrevolución, especialmente en Cataluña. Pero este concepto sindicalista iba muchas veces acompañado por el del comunismo, que, a menudo, ocupaba el primer lugar. Razón por la cual nuestros compañeros granollerinos se habían propuesto poner en práctica un plan de estructura comunal, propuesto por nuestro camarada el doctor Isaac Puente (a quien nos referimos en el capítulo sobre los servicios sanitarios), quien había elaborado un concepto de la sociedad futura en base a comunas libertarias; concepto expresado por él en una serie de artículos donde exponía su visión sobre la estructura y el funcionamiento de las diversas instituciones encargadas de asegurar la vida local en forma integral. Estos artículos

fueron publicados por la revista *Estudios*, de Valencia, componiendo un opúsculo de unas 60 o 70 densas páginas, donde también se encontraban gráficos explicativos.

En verdad, a pesar de las indicaciones positivas en la esfera local, estas proposiciones eran insuficientes para abordar la economía con criterios específicos y si tenemos en cuenta la solidaridad orgánica ineludible en el plan general de una nación moderna. Pero es característica de los libertarios españoles obrar mejor de lo que hablan, y los errores habían sido corregidos por las enseñanzas de la experiencia. Por otra parte, la creación de las federaciones de industria para toda España, y que precisamente tenía por objeto la coordinación de las actividades afines e interdependientes, habría indicado con rapidez los rumbos más adecuados para superar una visión estrecha.

Precisamente, por ser comunialistas, los conceptos de Isaac Puente fueron mejor comprendidos y más fácilmente aceptados cuando nuestros compañeros de Granollers propusieron a los otros sectores antifascistas llevarlos a la práctica. Y cuando el autor de este libro fue a estudiar la estructura y el funcionamiento de la nueva organización social, comprobó –por una parte– que la explotación del hombre por el hombre había desaparecido, ya que no existían patronos y asalariados; y por otra, que todos los sectores antifascistas –incluso nuestro movimiento– estaban fraternalmente unidos en el seno del concejo municipal, que organizaba la socialización en el conjunto de

la vida local.

La administración general de Granollers estaba dirigida por 11 departamentos, que abarcaban todas las actividades; éstos se habían establecido en el edificio de la Municipalidad, y se componían de representantes delegados de cada fracción: seis de la Izquierda Republicana (cuyo jefe era Manuel Azaña); seis de la CNT; cuatro de la UGT; dos de la Unión de los colonos arrendatarios (*rabassaires*) catalanes, que sobre todo aspiraban a ser propietarios de la tierra que trabajaban; y dos del POUM.

De los 11 departamentos, cinco habían sido confiados a la CNT, no en virtud de su potencialidad –pues en tal caso podría haber exigido una representación más importante–, sino por su carácter más organizador, más económico que político.

Al margen, esta organización sindical había constituido un Consejo de Economía –a base de un delegado por cada Sindicato– y los Sindicatos eran el motor principal de las industrias locales. El Consejo y el responsable del departamento municipal de la industria se reunían semanalmente para armonizar las actividades municipales y sindicales.

De hecho, la iniciativa venía generalmente de nuestros compañeros y de la asamblea general de la Federación local de los Sindicatos de la CNT, mejor informada de cuanto

concierno a la organización del trabajo y la producción, sin lo cual no hay revolución verdadera.

Por su parte, la sección municipal de economía ha constituido una «oficina técnica» compuesta por tres especialistas –sin duda técnicos– que, de acuerdo con el Consejo de economía sindical, orientan oficialmente el trabajo. Gráficos, diagramas correspondientes a cada industria, están a disposición de los miembros de esta oficina, y si piden informaciones sobre una u otra actividad, se les muestra inmediatamente planos de la ciudad con señales multicolores indicando el emplazamiento de fábricas, talleres, etc., que facilitan las explicaciones sobre la red de conjuntos orgánicos establecidos.

Así dirigidas, todas las unidades de trabajo, grandes y pequeñas, han pasado a manos de los trabajadores, manuales o no, y al mismo tiempo pertenecen jurídicamente a la comuna. Y las decisiones importantes sobre lo que conviene hacer o no hacer no son sólo el fruto de la organización sindical, pues por encima de ésta están los intereses de la población entera, quien, a fin de cuentas, lo dirige todo.

Con todo, el sindicato es un perpetuo animador. A él se deben numerosas iniciativas que tienden a mejorar la marcha y la estructura de la economía local. Una vez más, la racionalización figura en primer término. Así, en muy poco tiempo, se organizaron siete peluquerías colectivas que

sustituyeron a un número excesivo de pequeños establecimientos dignos de la Edad Media. Todos los talleres de zapatería han sido cerrados y se ha organizado en su lugar una amplia fábrica, en la cual se hallan concentradas las mejores máquinas y está asegurada la higiene necesaria para los trabajadores. Reformas idénticas se hicieron en la metalurgia, en la cual las pequeñas fundiciones artesanales sin luz ni oxígeno, dieron paso a algunas unidades claras y espaciales, donde el aire y el sol iluminaban el trabajo y las personas.¹²⁸ Los talleres de carpintería y ebanistería presentaban las mismas innovaciones.

Esta reorganización industrial no hizo olvidar las transformaciones necesarias en el mecanismo de la distribución. Fueron sentidas desde el primer momento en la sección correspondiente del Concejo Municipal. Si se decidía o aceptaba construir un orden social más justo, era preciso que todos los habitantes en Granollers pudieran tener la misma posibilidad de comer, de satisfacer sus necesidades alimentarias. Así se hizo, y los miembros de la

128 Lo que no puedo dejar al cabo de tanto tiempo es la honda satisfacción, la plenitud de alegría fraternal que expresaba la risa de mis compañeros al mostrarme tantas realizaciones. Crear un mundo nuevo, una sociedad nueva, eliminar todo lo que emponzoñaba la vida social, las relaciones entre los hombres, y esta organización asesina que atentaba permanentemente contra la salud, donde la lucha de todos contra todos permitía tantas maldades... En todas partes donde he podido estar, en los campos de Aragón como en los de Levante, en las fábricas de Cataluña, he visto expresarse en los rostros esta alegría de haber triunfado de un pasado de pesadilla, y de hacer, por fin, triunfar el ideal. Tengo esto siempre presente en mi memoria.

sección, o del departamento de Economía, que trabajaban catorce horas diarias estudiando los problemas individuales o familiares, dándose sin cesar a esta creación apasionante de un mundo nuevo, pusieron para mí, en su mesa-escritorio, un plano grande de la ciudad y me indicaron cinco señales negras. Cada una de éstas representaba un almacén comunal situado en un barrio distinto, organizado para la distribución de víveres. Estos cinco establecimientos reemplazan al comercio pequeño, anteriormente tan abundante.

Se había comenzado con una primera medida que –según nuestras verificaciones– fue tomada en muchas otras partes: desde el principio, el consejero de agricultura compró a los campesinos de la región los productos de su trabajo, pues por ser de temperamento individualista y muy desconfiados, rehuían la organización colectiva. El intermediario voraz, el especulador, han desaparecido. Pero es preciso que también desaparezca la etapa del comercio al por menor. Una circunstancia favorable apareció, que fue aprovechada y justificó las nuevas medidas: el racionamiento de los víveres impuesto por la guerra, racionamiento gracias al cual se pudo, provisoriamente, evitar la escasez hasta el momento de nuestra encuesta, tomando a tiempo las medidas necesarias.¹²⁹

129 Recordemos que Cataluña, básicamente industrial, e incluso buena parte de Levante, no producían ni el trigo, ni la carne, ni las legumbres que consumían. Lo que no tardará en ser factor negativo que pesará sobre la

Se creó, pues, una sección de abastecimientos, que empezó por controlar el movimiento de los productos recibidos y expendidos por los comerciantes. Casi simultáneamente se estableció un fichero –admirablemente organizado– donde estaba registrado el nombre y la edad de los miembros de cada familia. La cantidad y clase de alimentos a los cuales cada cual tenía derecho, fueron estipulados de acuerdo con los médicos. Y sobre estas bases, cada familia recibe –todas las semanas– un carnet donde está indicada la cantidad de pan, aceite, legumbres, salchichería, etc., a la que –de acuerdo con las circunstancias– tiene derecho. Siempre gracias a esta organización se sabe qué cantidades, de los diversos alimentos, consume la ciudad, por día y por semana, qué cantidades es preciso procurarse, y para qué fechas sucesivas.

Se sigue ejerciendo el mismo control en cuanto a las cantidades de víveres que entran en los almacenes municipales. De modo que se conoce al dedillo, kilogramo por kilogramo, el doble movimiento de los artículos recibidos y distribuidos, o disponibles.

Es también por este camino que la parte de socialización que es posible hacer aceptar, entra en el campo, porque los productores de la tierra acogen con satisfacción la supresión de los intermediarios. En casi todos los 42 pueblos que

componen la comarca, el comercio tradicional ha desaparecido.¹³⁰

Los beneficios obtenidos con la venta de los diversos productos procuran al Concejo Municipal los recursos necesarios para otras responsabilidades. Ningún problema es olvidado. Los pequeños comerciantes que se han visto obligados a cerrar sus tiendas a consecuencia de la competencia municipal, se ven inmediatamente destinados a actividades más provechosas, aunque sea –como lo comprobamos en el centro de distribución que visitamos, donde conversamos con los empleados, ya no muy jóvenes, que estaban atendiendo a los consumidores–, encargándoles de este nuevo modo de distribución.

Nadie queda desocupado, y el paro obrero que agobiaba a la población antes del 19 de julio desapareció por completo. Todos los trabajadores –trabajen o no las horas reglamentarias– ven asegurada su subsistencia gracias al principio de igualdad en las retribuciones, merced a la organización de la vida municipal.

Como he visto en todas partes, mis compañeros de Granollers no han descuidado la instrucción pública. Las escuelas eran aquí insuficientes, vetustas, mal alumbradas. En cambio, existían tres conventos confortables, contruidos

130 Uno de los procedimientos empleados consistía en no abastecer a los tenderos, y en conservar los artículos de consumo disponibles para los almacenes comunales. Se evitaban así choques violentos.

con buena piedra, y cuyos ocupantes se habían volatilizado. Esos tres conventos fueron transformados inmediatamente en establecimientos escolares en cuyos locales caben todos los niños en edad escolar. Incluso sobran espacio y pupitres para alumnos nuevos.

Las aulas que hemos visitado son espaciosas, claras, soleadas. Se ha comprado material pedagógico moderno. Y uno se conmueve ante las mesitas cuadradas y móviles para los niños de tres o cuatro años, y las sillitas correspondientes. Las galerías internas, las salas para duchas, los lavabos, los patios, la calefacción, todo ha sido instalado o comprado (¡tantos elementos estaban ya bien instalados!) en algunos meses. Se respira aquí, como en tantas otras partes, el cuidado de la infancia.

Los primeros gastos se elevaron a 300.000 pesetas oro. Otros se han comprometido. Porque los militantes de Granollers sueñan con un porvenir magnífico.

P. D.: Poco después, Granollers fue arrasado por la aviación franquista.

Hospitalet de Llobregat

Situado al sur de Barcelona, Hospitalet de Llobregat se

componía –sobre todo– de tres barrios de distinto estilo, donde vivían, en total, 50.000 personas. Las industrias ocupaban 13.000 de los 14.000 trabajadores que figuraban en el censo, los otros 1.000 estaban empleados en el cultivo intensivo de las tierras hortícolas que contribuían a alimentar a la gran urbe vecina.

La industria textil ocupaba el mayor número de trabajadores industriales. Pero también se había desarrollado la industria metalúrgica. Existían dos altos hornos, dos fundiciones importantes, talleres de mecánica. La ebanistería, la industria química, la construcción de obras, completaban esta actividad productora.

Hospitalet era una ciudad reciente. El movimiento social había nacido durante la Primera Guerra Mundial. Pero –ya antes de la revolución– la CNT y la FAI ejercían una actividad intensa. El 18 de julio de 1936 la primera contaba con 8.000 adherentes; ocho meses más tarde, contaba con 12.000. La UGT, que los socialistas unidos a los comunistas se esforzaban denodadamente por desarrollar, contaba con 1.000 adherentes.

Al producirse el ataque fascista, la lucha local y el estado de alerta que siguió movilizaron a la población durante cinco o seis días, al cabo de los cuales la CNT dio, lo mismo que en otras localidades catalanas, orden de reanudar el trabajo. Prolongar la huelga general habría sido obrar contra los intereses de los mismos trabajadores, que asumían la

responsabilidad de la situación.

Así es como la dirección de la vida económica y social pasó de manos de los patronos y de las autoridades gubernamentales a las de los trabajadores.

Pero mientras se procedía a la aplicación de estas medidas, las fuerzas populares siguieron manteniéndose alerta detrás de las barricadas, ejerciendo su vigilancia especialmente en las dos carreteras que llevaban a Barcelona, a fin de impedir una posible concentración enemiga, o de hacer frente a todo avance ofensivo hacia los centros importantes.

Fue en medio de esta agitación, de esta tensión y de estas precauciones, que empezó la obra constructiva de la revolución.

Y, contrariamente a lo que podría suponerse, empezó por la agricultura. Esta se hallaba en manos de numerosos propietarios, cuando no de colonos arrendatarios que empleaban a trabajadores asalariados (por tanto, nada parecido a los latifundios de cultivos extensivos de Andalucía, Aragón, Castilla o Extremadura). Y así como los patronos de los talleres y las fábricas descuidaban voluntariamente la producción industrial ante la amenaza expropiadora que presentían, los propietarios de la tierra descuidaban sus plantaciones y el sol las achicharraba y desecaba, les faltaba el regadío, y las malas hierbas se multiplicaban.

Por otra parte, el 25% de los asalariados estaban ocupados, y otra parte no trabajaba sino tres días a la semana. Fue entonces cuando ocupados y desocupados convocaron a una asamblea a la cual asistieron también los pequeños patronos hortelanos, y donde todos decidieron socializar inmediatamente la agricultura.

Así nació la *Colectividad de los Campesinos*. Ex patronos y ex asalariados se apuntaron en un pie de igualdad, y decidieron adherirse a la CNT, cuyos militantes eran, como siempre, los que tenían más espíritu y sentido práctico de la organización.

Entonces, cambió la técnica del trabajo. La gran extensión cultivada de acuerdo con una planificación de conjunto sustituyó a las parcelas trabajadas por el pequeño propietario aislado y tan a menudo mal organizado, o por el jornalero ocupado la mitad de semana.

Pero el dinero subsistía en Cataluña, y era un instrumento indispensable para obtener máquinas, herramientas, animales de tiro, o medios de subsistencia hasta cada zafra. Se reunieron todos los recursos disponibles, incluyendo los que estaban en manos de los ex propietarios, y comprendiendo la necesidad de un esfuerzo excepcional, se rechazó –como habían hecho los trabajadores de Barcelona– el aumento del 15% en los salarios y la disminución de la jornada de trabajo a seis horas, decretados por el Gobierno catalán.

Desde entonces, los trabajadores de la Colectividad Agraria, organizados en *brigadas* –como los de las colectividades de Tortosa y Tarragona– han esmerado su organización. Todas las mañanas, las brigadas salen para atender a los aspectos más urgentes de su trabajo. Han aumentado en un tercio la superficie cultivada, que se extiende ahora sobre 1.470 hectáreas, divididas en 38 zonas que comprenden 35 hectáreas de terreno regado y tres de seco.

Las industrias locales han atravesado las diversas etapas que se escalonan –más o menos rápidamente– en esta revolución. La primera fase fue caracterizada por el control de las empresas –pequeñas y grandes– mediante el comité nombrado por los trabajadores en el mismo terreno del trabajo. Tal lo acontecido con las empresas más prósperas; las que sufrían la crisis – con parte del personal parado– fueron inmediatamente colectivizadas y sus propietarios – sin mayores resistencias– se vieron asimilados a los productores.

Simultáneamente, la CNT y la FAI creaban consejos de intensificación de la producción para obligar a los patronos controlados a dar trabajo a los desocupados. Mas esta medida no podía dar resultados duraderos porque la falta de materias primas en la industria textil –que, como hemos dicho, era la más importante de Cataluña– y la disminución de las ventas de los tejidos debían provocar, fatalmente, una disminución del rendimiento y de las ventas a expensas de la

economía general.

Siempre por iniciativa de la CNT, se crearon comisiones populares de abastecimiento. Estas comisiones tenían por objetivo suministrar alimentos a los desocupados; fueron mantenidas después, porque la llegada de numerosos refugiados de la zona aragonesa invadida por el ejército franquista provocó una nueva forma de desocupación.

Hemos visto que las empresas colectivizadas estuvieron dirigidas, en primer lugar, por los comités de control nombrados por los trabajadores empleados en ellas. En cada una, pues, se siguió produciendo y rindiendo como hasta la fecha. Pero muy pronto se vio que esta situación engendraba entre las fábricas una competencia y rivalidades incompatibles con el espíritu socialista y la moral libertaria. Entonces, la CNT local propuso directivas nuevas: ramificar todas las industrias en la organización sindical; socializar, por completo; establecer de una vez por todas el régimen de solidaridad general que siempre preconizamos.

Esta proposición, tan acorde con los principios del comunismo libertario, fue rápidamente aprobada. Comenzaron los peluqueros; siguieron los trabajadores de los espectáculos, los de la madera, de la construcción, de la alimentación, de los medios de transporte. Tal proceso siguió escalonada y rápidamente de modo tal que en enero de 1937, la metalurgia, hasta entonces frenada por dificultades especiales, daba el paso decisivo. Un poco más

tarde, la industria química coronaba esta larga sucesión.

En circunstancias tan complejas, aparecen y se imponen problemas inesperados. En Hospitalet –como en otras partes– y a consecuencia de los cambios económicos, no sólo locales, sino nacionales, ciertas industrias eran prósperas, y –lo hemos visto con la producción textil– otras eran deficitarias. Parte de los trabajadores y sus familias estaban mejor remunerados que otros. Para remediar esta injusticia, se implantó el salario único generalizado.

Empero, la aplicación de esta medida era imposible sin la solidaridad orgánica de las distintas industrias. Y se planteó el problema de constituir una caja común intersindical, gracias a la cual todos los obreros, desocupados o sin actividad, recibirían los mismos medios de existencia.

Como primer paso; se estableció la solidaridad financiera de las industrias, organizándose un consejo general de la economía en el que cada rama tuvo dos delegados. Las industrias que disponían de *superávit* lo comunicaban a la comisión administrativa del consejo, que controlaba regularmente las distintas contabilidades. Y los recursos excedentes servían para ayudar a las industrias deficitarias que recibían las cantidades necesarias para la compra de materias primas y de elementos varios de producción. Es decir, se aplicaba el mismo principio de apoyo mutuo y solidaridad que hemos visto en las colectividades de Aragón, Levante y Castilla, en los sindicatos industriales de Alcoy y en

otras partes.

Cuando las cantidades requeridas para dar ayuda a una rama del trabajo eran importantes, todos los delegados de las demás ramas examinaban el estado de las finanzas y de la organización técnica de la industria que se encontraba en dificultades. Y después de las observaciones, de las críticas – si se creía necesario formularlas –, los fondos eran remitidos fraternalmente.

Esta solidaridad iba a ser completada por otro paso adelante: el establecimiento del salario familiar. Con este fin se efectuó un censo minucioso cuyas estadísticas estaban en manos de la municipalidad.

En el momento de nuestra visita, se proyectaba también la readaptación de la industria. Con este fin, se había procedido a un inventario general, no sólo para establecer las necesidades de la población y sus recursos, sino qué industrias convenía mantener y cuáles ser eliminadas.

Como ocurrió en todas partes, nuestros camaradas se ocuparon inmediatamente de la instrucción pública. De 8.000 niños en edad escolar, según las normas de la época, sólo 4.000 podían asistir a clases. Los otros no podían hacerlo por falta de escuelas, de ropa, de calzado, de libros. La CNT y la FAI no quisieron resolver solas tan grave problema. Decidieron unir sus esfuerzos con los de las otras fracciones, de las cuales esperaban el apoyo necesario. En la reunión

donde fueron convocados los militantes de la Izquierda Republicana y los de la UGT (donde dominaban los comunistas), nuestros camaradas presentaron un Plan de Reforma de la Enseñanza, que fue aceptado. Y – notablemente unidas– las tres fracciones se ocuparon de la renovación escolar.

En seis meses, a pesar de las dificultades económicas y de la hostilidad permanente de los comunistas que maniobraban al amparo de la UGT, se realizó una obra magnífica, construyéndose o adaptando inmuebles, de modo que 2.500 alumnos nuevos se sentaron en los bancos escolares, en clases más amplias, mejor ventiladas y soleadas que las existentes hasta ese momento. Los maestros y maestras incapaces de seguir las transformaciones pedagógicas que se realizaban bajo el impulso del sistema escolar que estaba en manos de los libertarios, fueron reemplazados por otros, más en consonancia con el espíritu de los tiempos nuevos. Estos se reúnen una vez por semana para estudiar sus experiencias.

El cuidado a la infancia no se detiene en esas realizaciones. La municipalidad organizó un inmenso establecimiento donde los padres podían dejar confiadamente a sus hijos para atender a sus otras e imperiosas obligaciones. En las fábricas donde trabajaban mujeres, se establecieron guarderías, escuelas de niños. La primera fue inaugurada por la colectividad obrera T. Sala.

También se concluyó la organización de una maternidad donde las mujeres del pueblo –que hasta entonces habían alumbrado en condiciones higiénicas lamentables– recibieron los cuidados y las atenciones necesarias. Un ginecólogo inspiró al arquitecto que dirigió los trabajos de construcción adecuados.

Y el jueves se ofrecía a todos los niños, en todas las salas (estamos en 1937), sesiones de cine para instruirlos y divertirlos al mismo tiempo, según programas inteligentemente preparados.

Algunas precisiones con respecto a la salubridad no serán inútiles. Inmediatamente después de su triunfo, los revolucionarios decidieron que los habitantes de la ciudad (y naturalmente de sus contornos) debían recibir de las clínicas, de los dispensarios, del hospital, de los médicos, toda la asistencia, a la cual tenían todo el derecho. Esto fue rápidamente una realidad, y generalizando en lo posible, es decir, en menor grado de lo que se quería –porque en Hospitalet los médicos siguieron cobrando las consultas de sus clientes–. Reconozcamos, pues, que en julio de 1937, la socialización de la medicina no estaba realizada integralmente aún. Para apresurarla, se había construido –además de la maternidad– un hospital cantonal de grandes dimensiones, que respondía a los modernos conceptos de la medicina.

Lo que hemos narrado hasta el presente, prueba que la

actividad comunal se suma a la actividad sindical, y que ambas se desarrollan conjuntamente, porque el espíritu comunalista está intensamente presente en nuestros compañeros (el alcalde, José Xena, era –en la época a que nos referimos– un anarquista). En tales condiciones, nuestros compañeros habrían podido adueñarse fácilmente del consejo local. Por honradez, por respeto a la solidaridad antifascista, y también para no desencadenar una reacción violenta de los otros sectores antifascistas, no quisieron apelar a estos procedimientos que llevarían a una segunda guerra civil simultánea.¹³¹ Invitaron a la UGT estalinizada y a la Izquierda Republicana a constituir con ellos el concejo municipal, que debía constituirse de 24 miembros. Se les respondió negativamente. Había, pues, ocho consejeros; el tercio de los reglamentarios. Se trataba de compañeros especializados en las actividades esenciales de la vida local: sanidad y asistencia social; instrucción pública; económica; defensa; trabajo y agricultura; servicios públicos; abastecimiento; obras públicas.

Sin embargo, se logró –siempre hasta la época referida–

131 Nunca se repetirá bastante que una actitud de ruptura violenta con los otros sectores antifascistas habría provocado una nueva guerra civil que habría abierto el paso a los ejércitos franquistas hacia las provincias mediterráneas. No comprenderlo ni admitirlo es negar una evidencia que tal vez no vean ciertos censores actuales, pero que era indiscutible para todo observador un poco atento que viviera los acontecimientos de aquella época. Esos censores que indican retrospectivamente cómo debían haberse hecho las cosas, censurarían hoy igualmente a los que hubieran actuado tal como les parece «que debía hacerse».

mantener un cierto grado de colaboración. En el momento de nuestra encuesta, la situación era la siguiente: cada uno de los tres sectores nombraba comisiones especiales que sometían al consejero encargado de sus actividades respectivas las iniciativas que les parecían pertinentes. Este consejero decidía lo que convenía cuando se trataba de cosas de importancia relativa; cuando se trataba de asuntos de mayor importancia, convocaba al Concejo Municipal para su resolución. La CNT, por su parte, convocaba asambleas populares, sea en el local mayor del centro de la ciudad, sea en los barrios periféricos, donde se exponía a la población – que acudía libremente– lo que se hacía y lo que se proyectaba. Los asistentes podían hacer tantas preguntas como se les ocurría e –igualmente– formular objeciones.

Vemos entonces que han desaparecido la política de partido, las decisiones tomadas a puertas cerradas, el escamoteo de la voluntad o las preferencias populares por parte de comités reunidos en secreto. Los organizadores permanecen en contacto con el pueblo, siguen formando parte de este mismo pueblo. Y se aplica, lo mejor posible, el comportamiento libertario anteriormente preconizado.

En síntesis, los libertarios de Hospitalet actúan según un concepto predominantemente municipalista, que responde a sus preferencias y que ha sido puesto en práctica en la forma más natural y espontánea que pueda imaginarse. Como ocurrió en otros lugares, han delimitado las funciones del municipio y del sindicato. Para ellos, estos últimos se

integran en los primeros, como la parte se integra en el todo. Y de la misma manera que el sindicato aislado no existe ya – pues cada uno debe consultar a los otros antes de tomar una decisión importante–, tampoco los sindicatos y su federación se imponen cuando los problemas debatidos y las soluciones propuestas interesan a todos los habitantes. Porque en esa situación, toda la población es invitada a pronunciarse.

He aquí, para terminar, el texto de una octavilla distribuida en la ciudad por parte de la colectividad T. Sala, que se dirigía especialmente a las madres de familia:

Compañera:

Te ofrecemos la Casa del Niño para que tu hijo reciba, hasta la edad de cinco años, la asistencia más completa durante las jornadas de trabajo, en las que, casi siempre hasta ahora, ha tenido que estar en la calle; e incluso, cuando podías confiarlo a alguien, no recibía la educación ni los cuidados necesarios para ser mañana un hombre sano y bien equilibrado.

Además, el fin de la Casa del Niño no es sólo asegurarle las atenciones necesarias y aliviar tus fatigas. Va mucho más lejos. Las condiciones en las cuales has vivido te han impedido informarte de lo que hacía falta para criarlo racionalmente. Es por estas razones que hemos organizado, tan perfectamente como es posible, todas

las comodidades necesarias, y para asegurar a tu hijo un ambiente razonable, hemos hecho de tal manera que todos los elementos del medio y complementarios le sean asegurados, tanto desde el punto de vista de la higiene, de la educación, como del alimento y del cuidado médico.

La Casa del Niño estará organizada en dos secciones principales: la de los más pequeños, desde su nacimiento hasta los dos años, y la de los niños, desde los dos hasta los cinco años. En cada etapa recibirá lo que le convenga desde el punto de vista del alimento, de la distracción y de la formación según sus aptitudes propias. Y será conveniente que las madres tengan en cuenta las indicaciones dadas por el personal para que la obra de la Casa del Niño sea continuada en el hogar.

Por todas estas razones, debes comprender que es para tu hijo y para bien suyo, que te ofrecemos hoy la casa del Niño.

Como se ve, el manejo del idioma podía fallar en estos revolucionarios. Mas el corazón no fallaba.

Rubí

En julio de 1936, esta pequeña ciudad catalana contaba con 10.000 habitantes. El 50% de los trabajadores estaban empleados en actividades diversas, la más importante de las cuales era la industria textil. La única organización sindical que se había implantado desde hacía tiempo era la CNT, cuyos sindicatos contaban –normalmente– con 1.500 a 2.000 adherentes. Esta cifra se sumaba a la de la FAI y al espíritu organizador propio de los libertarios, cuya obra pasaba desapercibida como ocurre a menudo.

Desde el año 1893, nuestros compañeros habían organizado una cooperativa que tenía –por término medio– 400 adherentes, número que se duplicó durante la revolución. Por otra parte, desde el año 1920, los miembros de la CNT habían comprado un terreno a fin de construir una escuela racionalista que debía continuar, localmente, la obra de Francisco Ferrer. Con este objeto, cada adherente pagaba un mínimo de 10 céntimos por mes, y cuando estalló la revolución, dos escuelas y no una estaban abiertas y funcionaban.

Agreguemos, para que se pueda apreciar la moderación de espíritu de los nuestros, que desde fines del siglo pasado, parte de ellos estaban adheridos al Centro Republicano, la cual implicaba un sentido de tolerancia bastante raro, aunque hayamos visto casos semejantes en Aragón.

En los alrededores de Rubí, la agricultura presentaba una actividad y una población que no podían ignorarse. Aunque menos importante que en otras regiones, la gran propiedad dominaba, explotada en general por sus poseedores que – además– arrendaban parte de sus tierras contra un 25%, un tercio, y a veces hasta por la mitad de la cosecha. Lo exorbitante de estas exigencias era confirmado por un rasgo que figura en nuestro comentario sobre Graus, aunque no alcanza el mismo perfil: el agua potable que se utilizaba en Rubí manaba de las tierras de uno de los propietarios, que la hacía pagar...

Pero, frente al ataque fascista, todos los antifascistas se hallaron unidos. Desde los catalanistas burgueses hasta los anarquistas. Y como ha ocurrido en todas partes, nuestro movimiento, más aguerrido, más decidido, ejerció rápidamente la mayor influencia. Pasado el peligro inmediato en la región, fueron enviados voluntarios al frente de Aragón, donde contribuyeron a estabilizar una línea de combate que interceptó el paso de los invasores, al mismo tiempo que se enviaban también refuerzos a Barcelona, para consolidar la situación. Y para consolidarla más aún, se emprendió la colectivización.

Para asegurar el consumo, se comenzó por el alimento de base. Existían en Rubí 10 o 12 panaderías. La CNT decidió asegurar la producción de pan, tan indispensable, y la concentró bajo la dirección del Sindicato de la Alimentación, donde la mayoría de los patronos y todos los obreros

panaderos aceptaron trabajar con una seriedad y un sentido de responsabilidad que no acusó la menor falla.

El segundo paso fue dado con la colectivización de los medios de transporte. El sindicato tomó la iniciativa cuando creyó llegado el momento¹³² y apareció la colectividad correspondiente.

Como había ocurrido con las panaderías (como ocurrió en muchas otras partes, y valdría la pena editar un estudio especial al respecto), los pequeños patronos se adhirieron, aportando unos 20 camiones, ómnibus cuyo número ignoramos, y unos 15 automóviles. Se estableció la administración de esta colectividad del transporte, en la Casa de los Sindicatos. Conviene observar, en este caso, la compenetración del sindicato y de las colectividades profesionales.

Casi simultáneamente, el ramo de la construcción dio el paso que lo integró en la transformación social. Había en Rubí un centenar de albañiles y aproximadamente 150 peones de la construcción. En este caso, también los pequeños patronos se adhirieron, aportando sus elementos

132 El orden de las colectivizaciones, expropiaciones y sindicalizaciones no fue nunca uniforme. Dependió de la capacidad de iniciativa y de organización de los militantes que se hallaban al frente de los sindicatos, de los municipios, o de los comités de empresa. Otros factores intervinieron, como la resistencia o la adhesión local de los miembros de la UGT, la aceptación pasiva o el rechazo activo de los otros partidos políticos, las existencias disponibles de materias primas, etcétera.

técnicos de trabajo. Se hizo una lista exacta de estos aportes.

El adherente que ofrecía mayor garantía de capacidad profesional fue nombrado por la asamblea colectiva consejero técnico, y encargado del control correspondiente de los trabajos generales. La contabilidad fue confiada a un especialista conocido por su seriedad.

En Barcelona, la industria de la construcción estaba paralizada por las razones que hemos expuesto (desaparición de los propietarios amenazados de una probable expropiación, y por las mismas razones, interrupción de las reparaciones en curso). Pero en Rubí se trabajaba mucho, porque la municipalidad podía pagar inmediatamente las reparaciones necesarias, y las obras públicas que se emprendían.

Así fueron contruidos dos puentes para franquear una ancha barranca, lo que había sido hasta entonces un anhelo irrealizable. Igualmente se construyó, siempre bajo los auspicios del municipio, un grupo escolar importante, para acoger a centenares de niños. Digamos al respecto que parte de los gastos fueron sufragados por el Gobierno catalán, pero recordemos que la instrucción pública estaba en manos de los libertarios cuando se tomó la decisión. Por lo demás, el consejero de finanzas –Tarradellas– era un hombre honrado.

Otras mejoras edilicias: se ensanchó la carretera que

atravesaba la localidad para facilitar el paso de los ómnibus y camiones, se repararon numerosas casas y se construyó una canalización de 1.500 metros. Para facilitar el regadío de las tierras entonces puestas en cultivo (éste es otro caso de la sincronización entre las industrias y la agricultura, que se redujo tan a menudo, especialmente en las pequeñas ciudades).

Los campesinos removieron y limpiaron pozos desde largo tiempo abandonados, que sólo servían para acumular inmundicias, y se empezó a extraer agua para regar los cultivos, gracias a motores eléctricos suministrados por el sindicato correspondiente.

Todo este trabajo estaba dirigido por una comisión técnica de cinco o seis miembros nombrados por la asamblea de los colectivistas. De este personal de dirección o coordinación, sólo eran pagados –por sus trabajos profesionales– el director y dos secretarías.

A fin de poder llevar a cabo las tareas múltiples que se le encomendaban, la colectividad de la Construcción pidió, y obtuvo, que los compañeros de las fábricas tomaran parte en todos los trabajos que les estaban encomendados dos horas cada domingo.

Lo mismo que en tantos lugares, los trabajadores del ramo de la madera constituyeron también su colectividad, la que se instaló en un amplio taller donde se disponía de

elementos técnicos modernos de trabajo, y que ofrecía condiciones de higiene hasta entonces desconocidas.

Y, nos dice riendo, ante tales recuerdos, uno de los militantes que nos enumera todas esas realizaciones: «Nunca se construyeron tantos muebles en Rubí».

La colectividad agraria se constituyó con las granjas expropiadas a los terratenientes. Lo que representaba las tres cuartas partes de la tierra. Doscientos cincuenta asalariados del agro se incorporaron a esta zona de producción, dividida en seis partes: cultivo hortícola, silvicultura, viñedos, parque avícola, cereales, árboles frutales. La comisión directiva era nombrada por la asamblea general, y a su vez nombraba al delegado de cada sección.

Como hemos visto, y como se ve generalmente al tratarse de las colectividades no específicamente industriales de las grandes ciudades, el espíritu corporativista había desaparecido. Aquí también todos los trabajadores eran solidarios. No quedaban encerrados en su actitud profesional. Se desplazaban de una a otra sección cuando era necesario. Y admitían la introducción de medidas que contrariaban los intereses de su especialidad, si tal era el interés general. Entre las resoluciones impuestas por las necesidades inmediatas figuró el descuaje de viñas, y su reemplazo por el cultivo de trigo. Y, aunque el terreno no fuera de lo más apropiado para los cereales, Rubí casi habría conseguido cosechar lo suficiente para su población, si las

dificultades técnicas –falta de semillas seleccionadas y de abonos químicos que se sufría en toda la región– no hubieran repercutido en esta localidad.

Reconozcamos que existían individualistas al margen de las realizaciones sociales revolucionarias. Pero la mayoría estaba con el nuevo sistema establecido. Hasta tal punto, que cierto número de muchachos y muchachas se habían separado de su familia para adherirse a la revolución social, y hubo que organizar dos hoteles: uno para solteros, otro para solteras, donde se mantenía la rigidez en las costumbres de la España tradicional: «Puedo asegurarte que no se produjo nunca una inmoralidad», me decía el animador militante que me informaba. Y ni por asomo hubiera dudado de su palabra.

La cooperativa no se limitó a sus actividades tradicionales. Hemos dicho que el número de sus adherentes se había duplicado. Su participación en la distribución de mercaderías se extendió proporcionalmente, porque nueve depósitos o sucursales de venta fueron creados, lo que no impidió al pequeño comercio seguir existiendo, como puede suponerse, bajo cierto control. Los distribuidores al por menor estaban sostenidos por la sección de abastecimientos del Gobierno catalán.

Rubí presentaba un ejemplo de evolución muy característico en cuanto a la organización general de la sociedad. Cuando comenzaron los acontecimientos que

relatamos, la mayoría del concejo municipal estaba constituido por los catalanistas de izquierda, cuyo jefe, Luis Companys –más tarde fusilado por las fascistas–, era el presidente de Cataluña. El 6 de agosto, o sea tres semanas después de haber empezado la revolución, esta mayoría dimitió ante la preponderancia de nuestras fuerzas y la profunda transformación que se operaba bajo su influencia. Su situación era tanto más difícil por el hecho de que los colonos –los *rabassaires*– apoyaban esta transformación, lo mismo que el POUM.

Entonces –nuestros compañeros no querían abusar de su victoria, porque el imperativo de la guerra imponía la unidad a fin de no entregar España a Franco–, como los republicanos de izquierda aceptaban las reformas sociales, el nuevo concejo municipal fue compuesto por seis miembros de la CNT y por seis representantes de los catalanistas de vanguardia. Pero la nueva ley emanada del Gobierno de Valencia, en febrero de 1937, ordenó que todos los partidos estuvieran representados (lo cual constituía una de las primeras maniobras contrarrevolucionarias), y el Concejo fue compuesto definitivamente por siete miembros de la CNT, siete de la izquierda catalana, dos de la UGT –cuya sección local se constituyó entonces bajo el impulso de los comunistas que atraían a los pequeños propietarios a fin de oponerse a la colectivización– y dos miembros del Partido Acción Catalana (derechista).

La coexistencia de todas estas fuerzas diversas debía dar

lugar a encuentros y choques; porque, naturalmente, los que no aprobaban la implantación del socialismo libertario opinaban que la CNT iba demasiado lejos. Por otra parte, nuestros compañeros se oponían al funcionamiento tradicional, esencialmente político del Concejo, donde las rivalidades estériles de los partidos –a menudo teleguiados desde las grandes ciudades– acabarían por resucitar el antiguo orden de cosas. Y, respaldados por los Sindicatos, las Colectividades, e incluso la cooperativa, mantuvieron su posición.

Entonces los partidos decidieron no participar más en las actividades municipales, que eran de la incumbencia del Concejo. Y nuestros compañeros debieron encargarse de las actividades más importantes: abastos, obras públicas, industria y agricultura. Y lo hicieron con tal éxito que los organizadores principales con los cuales yo conversaba sobre ese ensayo podían –quince años más tarde– tener lágrimas en los ojos al recordar ese paraíso perdido.

Castellón de la Plana

Castellón de la Plana, capital de la provincia así llamada, contaba, al estallar la revolución, con 50.000 habitantes.

Nuestro movimiento no había adquirido un desarrollo comparable al de otras provincias. La explicación de este retraso era doble: en primer lugar, una industria poco desarrollada, lo que no había facilitado la constitución de una fuerza sindical poderosa; en segundo lugar, si bien se encontraban en el campo pequeños propietarios de espíritu libertario, la mayoría no iba más allá del republicanismo.

Pero, en Castellón y en sus alrededores, el republicanismo había impregnado el espíritu ciudadano, y como la República sólo tenía cinco años cuando se produjo el ataque franquista, sus partidarios no habían tenido tiempo de corromperse en los pantanos del nuevo régimen político. Lo cual, al pasar, explica por qué se pudo, sin lucha, impedir que los fascistas triunfaran a escala local, y por qué la población aceptó, sin oposición verdadera, la transformación social emprendida por nuestros compañeros. Además, es útil señalar que la mayoría de los republicanos españoles sindicados estaban en la CNT, porque temían para el porvenir un triunfo del estatismo y de la estatización agazapada en el socialismo tradicional y en los proyectos del partido que lo proclamaba. Actitud frecuente en España.¹³³

Y si bien la UGT, rival de la CNT, contaba con mayor número de adherentes, se trataba de obreros cuyas aspiraciones socialistas habían permanecido intactas. Estas circunstancias explican por qué, en nuestros mítines, generalmente más de

133 Véase el capítulo *Libertarios y republicanos*.

la mitad de los oyentes –aunque no libertarios– aplaudían a nuestros oradores.

Sin barrer los obstáculos, las circunstancias facilitaron la obra de los cenetistas. Los políticos profesionales estaban desconcertados ante una situación donde –para ellos– todo aparecía revuelto. Por otra parte, numerosos patronos y propietarios eran, si no fascistas, fascistizantes. Otros, ajenos al fascismo, adherían a partidos de la derecha, y aunque no públicamente, deseaban el triunfo de los generales rebeldes.

En cuanto a nuestros camaradas, sabían de antemano lo que querían, en caso de presentarse una situación como fue precisamente la que se presentó.

Empezaron, pues, por organizar comités de control de las empresas. Estos comités habían sido aceptados, tres años antes, cuando Largo Caballero era ministro de Trabajo, a fin de aplacar el ardor revolucionario de los trabajadores.

No había, pues, motivos –por lo menos legales– para oponerse a su generalización, y los partidos políticos debieron resignarse a dejarlos nacer y desarrollarse.

Pero rápidamente fueron conquistadas nuevas posiciones. Los patronos no se esforzaban por mantener la producción al nivel anteriormente alcanzado; menos aún, por construir carros de asalto (¡pobres carros de asalto!). Entonces,

guiados por la CNT, los trabajadores los sustituyeron y empezaron a dirigir el trabajo.

Así es cómo, el 20 de octubre de 1936, el Sindicato de la Metalurgia decidió incautarse de los talleres. Para lo cual nombró un *Comité de expropiación, administración técnica y economía*, que adoptó en el acto las siguientes medidas:

1) Proceder a un inventario detallado de todos los talleres y garajes locales.

2) Establecer una estadística de los asalariados y de los patronos de estos garajes y talleres.

Se organizaron cinco secciones de dirección del trabajo: fundición, cerrajería, hojalatería, mecánica y garajes.

Muy pronto los trabajadores de la construcción y los de la madera se organizaron del mismo modo, y rápidamente, casi toda la producción industrial –por no decir toda– estaba socializada bajo el control de los sindicatos libertarios.

Tomaremos como ejemplo la organización de la metalurgia y los garajes, que se habían unido; podrá servir de modelo para las otras industrias. Una de las razones de elección es que se trataba del ramo de producción más importante.

En primer lugar, hallamos el comité sindical, que comprende una comisión técnica encargada de la dirección general del trabajo en todos los establecimientos. Esta

comisión está nombrada por la asamblea general y sustituye a los patronos especializados y a los técnicos reacios o inseguros.

Ella está encargada de distribuir el trabajo en los talleres y los garajes, según su importancia, su organización y los elementos técnicos existentes. Desde luego, se procedió, como en todas partes, a una concentración que eliminaba las instalaciones excesivamente pequeñas para ser económicamente valederas, y se constituyeron o se ampliaron otras unidades de producción, ya sea más modernas, ya sea mejor instaladas, en beneficio del trabajo, de los trabajadores y los consumidores.

En cada taller, o en cada garaje, la asamblea de los trabajadores ha nombrado una comisión directiva compuesta de trabajadores, no de burócratas. Todas las comisiones están en contacto con la comisión técnica sindical, y los responsables se reúnen con ella todas las noches, para orientar la actividad general.

La comisión administrativa general se ocupa particularmente del manejo del dinero, porque –repetámoslo– estamos en una sociedad mixta cuyo marco político es predominantemente republicano–socialista, y donde la pequeña burguesía, sin sernos totalmente hostil, constituye un elemento social local que tampoco nos es favorable. Es esta comisión la que paga a los trabajadores según las categorías establecidas *por las asambleas*

sindicales: técnico, agentes comerciales, oficiales, semioficiales, aprendices.

Además, está dividida en cinco secciones que corresponden a las cinco categorías profesionales ya mencionadas. Las secciones más importantes tienen un tenedor de libros escogido por el consejo sindical, que es al mismo tiempo el secretario.

Los talleres y los garajes efectúan el trabajo (reparaciones, cambio de determinadas piezas, etc.) para los clientes de Castellón y de sus alrededores, o para los viajeros de paso, por la gran carretera de Levante.

En cuanto al pago del trabajo efectuado, vemos aquí repetirse lo que hemos visto en otras ocasiones (por ejemplo, en Fraga). Si un automovilista, un cliente cualquiera, quiere hacer reparar su coche, se presenta a un garaje o a un taller, explica qué servicios necesita y pide el precio. El delegado responsable lo indica, pero el cliente no paga directamente a los trabajadores que hacen el trabajo pedido: va al sindicato, donde presenta la nota redactada, y entrega la cantidad correspondiente. Se le entrega el recibo correspondiente y, recibo en mano, vuelve al garaje o al taller, donde el trabajo es efectuado.

De esta forma, todas las cuentas están centralizadas, los talleres de mecánica y los garajes –a los cuales deben agregarse las fundiciones– tienen una caja en común, que

está en manos del sindicato. Pero, como hemos visto también, cada operación es cuidadosamente registrada de modo de observar a marcha de cada unidad de trabajo. Así, las secciones que disponen de excedentes por circunstancias favorables, ayudan a las menos favorecidas¹³⁴ gracias a la igualdad de las retribuciones en cada oficio.

Una vez por mes, el consejo técnico y administrativo del sindicato presenta a la asamblea general un informe económico–administrativo que es analizado, discutido –si es necesario– y por fin aprobado o no, por mayoría de votos.

Cuando la mayoría lo cree necesario, se introducen modificaciones o innovaciones. Todas las actividades son, por tanto, conocidas y controladas por el conjunto de los trabajadores.

Hemos resumido las normas aplicadas en todos los oficios, en todas las industrias locales. Pero vayamos más al fondo.

Como puede suponerse, los ex patronos no son admitidos en el sindicato, que es y debe seguir siendo la fuerza transformadora principal. Pero son admitidos como productores en talleres, y en el terreno de trabajo las relaciones son ahora –lo eran a menudo antes, a consecuencia de la participación en las mismas actividades–

134 Por ejemplo, los talleres y los garajes situados en la carretera de Levante trabajaban más que otros, diseminados en la ciudad.

las de productores entre sí.

Se me han mencionado algunos casos de antiguos dueños de pequeñas empresas cuyo estado era física o mentalmente deficiente y que no tienen medios de existencia propios, a los que el sindicato les asegura el mismo salario que a cualquier otro miembro de la colectividad.

En el orden profesional, los trabajadores que quieren pasar de una categoría a otra más elevada tienen libre el camino, pero deben rendir examen teórico y práctico ante el consejo central del sindicato y los delegados de taller.

En fin, cuando se considera necesario, el sindicato aplica – siempre que lo apruebe la asamblea general– medidas disciplinarias. Hemos conocido un único caso, pero no podemos afirmar que no haya habido otros: durante los primeros meses de la revolución, y pensando que la desaparición del patrono justificaba una desidia inhabitual, ciertos trabajadores relajaron su esfuerzo en forma considerada peligrosa (veremos el mismo caso en Alicante). Lo cual dio por resultado que en la asamblea del 30 de diciembre de 1936 fuera votada –no sabemos si por unanimidad o por mayoría– una resolución cuyo texto fue impreso y expuesto en los talleres. Este texto, que hemos conservado, decía lo siguiente:

A LOS COMPAÑEROS Y DELEGADOS DE TALLER

Compañeros:

Este Consejo Administrativo, en nombre del Sindicato, por intermedio de su Directiva, y en el suyo propio, con el fin de encauzar la buena marcha del trabajo en los talleres del mismo, ha acordado manifestarles, para que lo cumplan y lo tengan siempre presente, lo siguiente:

1°. Que de acuerdo con el Reglamento, de ustedes y del Comité, se nombran los Delegados del Taller.

2°. Estos delegados, ateniéndose al artículo 5° del Reglamento, se responsabilizan de los asuntos técnicos y administrativos del taller.

3°. Por acuerdo tomado en Asamblea General celebrada el 30 de diciembre de 1936, se les dio un voto de confianza a estos Delegados para que en los casos de indisciplina o incumplimiento de sus deberes por parte de los compañeros que componen la plantilla de su taller, pudieran imponer las correcciones que de momento conceptuaran indispensables, con el fin de hacerse respetar y normalizar la buena marcha del trabajo en los talleres del Sindicato.

4°. Estos Delegados no podrán aplicar ninguna sanción grave a los compañeros del taller como es la del despido, sin antes estar de acuerdo con el Comité y la Directiva del Sindicato.

5°. El compañero que tuviera alguna queja de algún Delegado, tanto por asuntos sindicales como del trabajo, para no desmoralizar la marcha del taller deberá abstenerse de manifestar estas quejas directamente al Delegado interesado, viniendo obligado a exponer las mismas a los compañeros del Consejo Administrativo, y éstos resolverán en consecuencia.

6°. Todos los asuntos normales relacionados con los de trabajo o sindicales que tengan que solventar los compañeros de los talleres deberán efectuarlos por intermedio de sus respectivos Delegados.

Lo que ponemos en conocimiento de todos los Delegados y compañeros para que surta los efectos consiguientes.

Castellón, a 1 de enero de 1937.

EL COMITE.

Consejo Metalúrgico Técnico Administrativo Castellón
CNT-AIT.

Una vez más comprobamos la seriedad con que están conducidas las actividades para asegurar el éxito de las realizaciones proletarias. Se impone y aplica una disciplina considerada necesaria, que es garantía de triunfo. A fin de cuentas, sin duda, vale más una exigencia un poco excesiva en la responsabilidad, que una irresponsabilidad que llevaría

al caos y al fracaso. Ya en su época Proudhon proclamaba la necesidad de la disciplina de trabajo con el vigor que le era característico.

Pero la actividad de nuestros camaradas de Castellón de la Plana no se ha limitado a tomar a su cargo las industrias. Se han integrado al concejo municipal donde, por lo demás, y por tratarse de una entidad específicamente política, los partidos políticos son mayoría. Nuestros compañeros no son brillantes oradores, no saben discursar largamente, pero son inteligentes, poseen el sentido común para interpretar las cosas; su espíritu práctico, concreto y humano, permanece intacto, incontaminado del espíritu político. Defienden con convicción las iniciativas constructivas que emanan de sus ideas y de la nueva situación. Entre las reformas por ellos preconizadas, figuraban el salario familiar, que no puede ser implantado –teniéndose en cuenta la situación local– sólo por los sindicatos, así como la municipalización de los servicios de sanidad. Los otros concejeros (republicanos, socialistas largocaballeristas) que preconizaban numerosas reformas cuando se hallaban en la oposición, se niegan a tales realizaciones que serían –sin embargo– aplaudidas por la mayoría de sus electores. Su negativa se basa en lo que dicen o dejan de decir la constitución republicana, las leyes en vigor y la falta de recursos económicos.

Pero, desgraciadamente para ellos, nuestros compañeros han conseguido que las sesiones sean públicas, y los obreros

y las mujeres del pueblo asisten a las discusiones con mucho interés. Uno de los resultados es que numerosos miembros de la UGT, decepcionados por la actitud de sus líderes, ingresan en la CNT y en toda la provincia, ésta ve aumentar sus filas con una rapidez sorprendente. Evolución interna de una sociedad en período de rápida transformación.

Sin embargo, no por esto disminuye el número de adherentes de la UGT. Porque los pequeños patronos artesanos, reacios a la socialización –también los hay–, los porteros, con alma del oficio; los empleados de oficina, con alma de burócratas; los comerciantes, enemigos de las cooperativas o de los almacenes comunales; los pequeños propietarios de las tierras, apegados a su predio, y a quienes se dice que quedarán sin medios de subsistencia, despojándoles de sus cosechas al llegar el momento; todos se adhieren masivamente a la organización reformista, donde los comunistas extienden su influencia. Los reaccionarios también se adhieren a esta organización, a fin de prepararse para choques futuros, o para recuperar algún día lo que la revolución les «ha quitado»...

Con todo, nuestros compañeros logran realizaciones importantes. Los médicos, en su mayoría, no aceptan ser dirigidos por la burocracia del Estado, sino trabajar bajo el dictado de su conciencia profesional y de los problemas humanos cuya importancia ellos mismos comprueban y se adhieren a nuestros movimientos y a las soluciones sociales por él preconizadas.

Otra mejora obtenida por nuestros compañeros: la socialización de la vivienda. El alquiler del alojamiento no es ya pagado al propietario, sino al municipio, lo que ha permitido suprimir todos –o casi todos– los impuestos locales. Y las familias obreras gozan de todas las condiciones de habitación higiénicas y confortables, porque los trabajos de albañilería, las construcciones necesarias, son emprendidas por cuenta del municipio tan pronto se reconoce su necesidad. Precisemos que, lo mismo que se proporciona al pequeño patrono desposeído e imposibilitado de trabajar los medios necesarios de existencia, se deja al pequeño propietario el alojamiento que es el fruto de sus esfuerzos.

Esta socialización de la vivienda es una de las más importantes reformas que hemos comprobado en las partes de España que hemos estudiado.

El ejemplo de Castellón de la Plana, que no es el único, aparece con carácter significativo, y merece ser subrayado. Demuestra la posibilidad de reformas atrevidas en una sociedad que no ha salido enteramente de su estructura tradicional. Y que la lucha contra la explotación del hombre por el hombre puede –si es conducida con inteligencia, capacidad realizadora, tacto y espíritu elevado– perder mucho de su rudeza y alcanzar mayor eficacia. En todo caso, abre horizontes semejantes a los que fueron abiertos en ciertas localidades donde sólo determinadas industrias han sido socializadas porque únicamente ellas disponían de

cuadros revolucionarios suficientes mientras que otras no los poseían. Los 12 millones de adherentes a las cooperativas de consumo de Inglaterra no impiden la existencia del comercio privado. Para los partidarios de una sociedad nueva, muchas etapas podrían franquearse sin verter torrentes de sangre.

Calanda

Una impresión dramática domina nuestro recuerdo de Calanda, pueblo de la provincia de Teruel, de 4.250 habitantes. Una impresión que no nos abandonará con facilidad, sobre un hecho del que la prensa mundial llenaría columnas, y que alborotaría a la opinión pública, provocando al mismo tiempo encuestas apasionadas y apasionantes si no viviéramos al mismo tiempo acontecimientos debidos al fascismo cuyo horror es cien veces mayor.

Visitábamos por segunda vez la iglesia de la parroquia, transformada en espacioso depósito de mercaderías y víveres, en la cual se está instalando una panadería, una carnicería y un almacén de frutas, todo por iniciativa de la Colectividad. Cerca de ese lugar, a la derecha, reparamos en una construcción de menores dimensiones, cuyas paredes

exteriores habían sido visiblemente remendadas y blanqueadas. Preguntamos a nuestros acompañantes para qué servía ese local. Se nos contesto que la Cofradía del Padre Santísimo guardaba en él todos los objetos de culto exhibidos durante las procesiones y otras ceremonias religiosas. Y mientras nos encaminábamos hacia el lugar y la puerta era abierta, nuestros compañeros agregaron que incluso había una tarima en la cual todos esos instrumentos estaban devotamente guardados en el orden jerárquico indispensable para rendir el debido homenaje a los miembros de la Sagrada Familia.

Pero las cosas se complicaron. Nuestros compañeros quisieron ver de cerca estos objetos, y tuvieron la curiosidad de examinarlos. Para lo cual los trasladaron primero al centro del local. A su vez, desplazaron el entarimado. Pero observaron que el suelo, de madera, se hundía bajo sus pasos. Ello estimuló su curiosidad, porque la madera estaba en buen estado. Golpeando con los pies, advirtieron que «sonaba a hueco». Entonces, decidieron mirar las cosas más de cerca, levantaron una losa de piedra de más de un metro cuadrado, que estaba también semihundida y debajo de la cual, asombrados, descubrieron cadáveres y esqueletos humanos, apiñados unos sobre otros. Eran restos de hombres, mujeres y *niños*. Todos, todos, tenían las manos encadenadas con grillos, ya sea adelante, ya sea a la espalda. Varios mostraban el brazo replegado por encima del hombro y unido, por detrás, con una pierna, también replegada. En

estos casos, se había utilizado una cuerda.

¿Cuántos cadáveres y esqueletos había? No se pensó en contarlos. Pero el local medía aproximadamente nueve metros de largo por cinco de ancho, y los restos humanos ocupaban toda esta superficie.

Este descubrimiento extraordinario movió a mayores investigaciones. Las gruesas paredes del local fueron sondeadas. También sonaban a hueco. Se apeló al pico y a la porra. Y en las dos paredes laterales desde abajo hasta arriba, otros cadáveres y esqueletos fueron hallados en el espesor de la albañilería. Todos en perfecto estado de conservación. La forma rectangular de esas tumbas era visible, ahora que se miraba con mayor atención, por haber sido tapadas con yeso más fresco que el empleado cuando la construcción del edificio. En cada lado de esas dos paredes, hemos contado cuatro hileras superpuestas de cinco ataúdes cada una. En los extremos, de dimensiones más reducidas, los rectángulos eran más pequeños: se trataba de niños que, al igual que los hombres y las mujeres, habían sido encadenados. Y todos esos cuerpos estaban en posiciones convulsivas, dando la impresión de haber estado con vida en el momento de su encierro.

No comprendiendo bastante la importancia de este descubrimiento, y demasiado ocupados por las exigencias de la guerra y de la revolución, nuestros compañeros no han conservado, a título de propaganda, o de documentación

histórica, siquiera pruebas fotográficas de este hallazgo espeluznante. Sólo quedan los indicios de las paredes y los restos ahora enterrados en el cementerio. Y el testimonio de los habitantes de Calanda que desfilaron ante los esqueletos expuestos en la plaza pública para que el pueblo supiera qué es lo que se había hecho al amparo del crucifijo y de la Cofradía del Padre Santísimo.

Es probable que las víctimas no fueran todas habitantes de Calanda, pues el dominio de los soldados del pontífice romano era aquí absoluto. Además de la parroquia, poseían la iglesia del Pilar, cinco ermitas y un convento de la orden de los predicadores, donde los futuros sacerdotes venían a perfeccionarse y a cobrar fuerzas antes de lanzarse al combate para la mayor gloria de la Iglesia Católica.

Muy mansa y tranquila debía ser la vida en este convento que la colectividad, después de las adaptaciones necesarias, ha transformado en una magnífica escuela. Sus habitantes saboreaban de antemano las delicias del reino de los cielos, Estaba situado en una loma, fuera del pueblo, y donde, en la parte delantera, se extendía una huerta fecunda. En la parte posterior se gozaba de una amplia perspectiva con el río, millares de árboles frutales, un olivar de vastas proporciones, y, más allá, la «sierra» majestuosa que, a la puesta del sol, se funde en una atmósfera color de violeta. En total, para su sustento, los moradores poseían ocho hectáreas de buena tierra, bien regada, donde se cultivaban hortalizas, que ahora se sigue trabajando para beneficio de

todos los habitantes. Bombas aspirantes, movidas con electricidad, suministraban el agua necesaria. Cerezos, ciruelos, albaricoqueros, manzanos, perales, membrilleros, procuraban frutas sabrosas y deliciosa sombra. En la granja avícola centenares de gallinas correteaban y los conejos se multiplicaban bajo la bendición del Señor.

Naturalmente los ricos estaban con los servidores de Dios. Voluntariamente o no, la mayoría de los electores votaba por las derechas. Incluso en las últimas elecciones, de febrero de 1936, la intervención de nuestros compañeros no consiguió hacer triunfar a la Izquierda Republicana.

Veamos más de cerca la situación social y los problemas que planteaba. Calanda contaba 14.400 hectáreas, de las cuales el 45% están regadas. Nunca faltaba, ni falta, el agua, pues el río Guadalope –al que debe agregarse el Guadalopillo– recibe todo el año el agua de fuentes muy importantes. Con relación a otros pueblos Calanda es, por tanto, un pueblo privilegiado, y a pesar de las brascas heladas de primavera y de fin de otoño, la vida de sus habitantes parece ser agradable.

Pero tampoco aquí bastan las condiciones naturales para apreciar debidamente el nivel de vida de los habitantes. El 50% de las tierras pertenecía a media docena de terratenientes; 40 propietarios de la clase media poseían buena parte de la otra mitad. En total, esos dos grupos acaparaban un 90% de la tierra regada y un 70% de la tierra

de secano. De las 1.150 familias que componían la clase pobre, una minoría había podido comprar fincas pequeñas, insuficientes para asegurar sus medios de existencia. Parte de los desheredados se resignaban a trabajar como aparceros las peores tierras; los ricos cultivaban las mejores o las hacían cultivar mediante un salario de tres a cuatro pesetas diarias antes de la República, de cinco a seis a partir de 1931, año de la fundación del sindicato obrero, que pudo imponer condiciones más favorables. Pero se debía contar con cuatro meses de desocupación al año, y durante el resto había siempre gente sin trabajo que partía a Francia, iba a las vendimias en Cataluña, o a las cosechas en otras regiones.

El movimiento nacido con el Sindicato se desarrolló con vigor sorprendente. En tres meses se contaron 600 socios. La insurrección apresurada de diciembre de 1933 fracasó al cabo de cuatro horas de combate. Los revolucionarios tuvieron un solo muerto: un compañero víctima de una bomba que explotó en sus manos porque no quiso herir a una mujer anciana que pasaba en el momento en que iba a lanzar su explosivo contra la Guardia Civil.

La represión fue despiadada. Hubo 186 trabajadores detenidos, de los cuales 146 fueron libertados a los cinco meses. Cuarenta comparecieron ante los tribunales militares y sólo salieron de la cárcel, por pequeños grupos, después de dieciocho meses, dos o tres años de cautiverio. Los condenados que fueron llevados a otros lugares no se quejan mucho del régimen sufrido; en cambio, los que quedaron en

Calanda conocieron los peores tratos. Varios de ellos sufren aún físicamente, y se preguntan si no será para toda la vida. Sin embargo, saben perdonar en forma que nos parece inexplicable. Uno de los verdugos que más se distinguió vive en el pueblo. Y se codea en las calles con quienes él maltrató. Pero éstos no han ejercido ninguna venganza.

No fue posible reabrir el sindicato sino después del 19 de julio de 1936, al reaccionar contra el ataque fascista. Entre esta última fecha y la de la insurrección anterior, las autoridades republicanas mantuvieron el local cerrado con inexorable firmeza –como lo mantuvieron en tantos lugares. Era más fácil que proceder a la expropiación –siquiera parcial– de las tierras, a fin de mejorar las condiciones de existencia de la población pobre. Para poder reunirse y mantener un contacto orgánico con los trabajadores, nuestros compañeros entraron en el Círculo Republicano de Izquierda, cuyos miembros –más comprensivos que las autoridades del partido– hasta llegaron a contribuir para el Sindicato, que funcionaba clandestinamente.

Hemos dicho ya que si el ataque fascista se produjo el 19 de julio, los rumores corrieron un día o dos antes. Así es como los miembros de la CNT y los de la FAI, informados de que la lucha había comenzado en África del Norte, salieron a la calle y colocaron centinelas en las carreteras. Los días 18 y 19, ya eran totalmente dueños del pueblo. El día 20, cuatro camiones llenos de guardias civiles se presentaron gritando: «¡Viva la República!», y saludando con el puño cerrado. Los

centinelas les dejaron pasar. Llegados al centro del pueblo, instalaron ametralladoras en la plaza, y –fusil en mano– empezaron a detener a nuestros compañeros. Mal armados, casi todos hubieron de huir, pero el día 27, después de la reconquista de Caspe, Alcañiz y Calaceite, la Guardia Civil se retiró.

Inmediatamente fue nombrado, por los habitantes debidamente convocados, un Comité Revolucionario Antifascista. La Izquierda Republicana se negó a participar en él.

La primera medida tomada fue el control del comercio, a fin de evitar todo despilfarro. El comité suprimió la libertad de compra y venta, estableciendo bonos que tenían en cuenta –al mismo tiempo– las necesidades y la situación de las familias así como las reservas disponibles. Los grandes productores de trigo habían abandonado las cosechas, y los trabajadores las tomaron a cargo de la colectividad, segando, trillando y almacenando. Durante dos meses, aproximadamente, la guerra y las vigilancias movilizaron buena parte de los hombres, pero había que seguir preparando la futura producción, cuestión de la que los caciques y terratenientes –pequeños y grandes– se preocupaban muy poco; casi todos habían huido. Entonces, el Comité Revolucionario los expropió.

Reconstituido el día 27 de julio, una hora después de haber salido la Guardia Civil, el sindicato tomó posesión de una

amplia casa donde antes, los fascistas, cedistas y carlistas habían establecido su cuartel general. Y en el mes de octubre propuso fundar la colectividad.

La adhesión fue voluntaria, pero como un gran número de gente no poseía nada, muchísimas se inscribieron. En quince días se contaban 400 familias. En mayo de 1937 se contaban 908, que totalizaban 3.278 personas. Cien republicanos y miembros de la UGT, parte de los cuales se han adueñado de las tierras que cultivaban anteriormente para los ricos, han preferido trabajar por su cuenta. Se respeto su voluntad.

Los trabajadores se organizaron por grupos. Pero, al principio, el espíritu colectivo era –a veces– vacilante. Los antiguos colonos o arrendatarios preferían cultivar la tierra en la cual estaban establecidos, y los pequeños propietarios, la tierra que les había pertenecido. Setos y valladares subsistían. Y sólo en segunda instancia se labraban las mejores tierras expropiadas, ahora en manos de la colectividad. Pero la realidad económica no tardó en imponerse. Se comprendió que era imposible mantener ese dualismo que representaba un despilfarro y una considerable pérdida de energía. Espontáneamente y, sin duda, en parte, bajo la iniciativa de los militantes libertarios, los antiguos colonos y pequeños propietarios decidieron eliminar lo que les separaba, y establecieron un régimen en el cual no quedaría ningún vestigio del pasado. Ahora existen 60 grupos de trabajadores, cada uno de los cuales debe trabajar tres clases de tierras: una parte de huerta, una de

olivares y la última de cereales y seco. Así, todos trabajan por igual tierra cercana (huerta), tierra de seco (trigo, centeno, cebada).

Los grupos se han constituido según la libre elección de cada cual, pero no hay cambios frecuentes que podrían implicar un desorden caprichoso. En conjunto, la organización y las actividades se caracterizan por su estabilidad.

El comité administrativo se compone de seis delegados, elegidos por la Asamblea General de la Colectividad. Estos delegados han de pertenecer al sindicato, a fin de evitar que elementos sin información o malintencionados sean encargados de tales responsabilidades. Al margen de este organismo superior, cada sección de trabajo especializado tiene sus delegados: dos para los pastores, cuatro para los agricultores.

Los metalúrgicos, los albañiles, los carpinteros, los herreros, las costureras, los sastres, los peluqueros, también tienen los suyos; todos trabajan y están en contacto permanente con el comité administrativo de la colectividad para regular sus esfuerzos según el ritmo general de la producción y sus necesidades.

Cada una de las delegaciones es nombrada en la asamblea plenaria de la sección.

En resumen, esto nos proporciona indicaciones sobre lo que llamamos práctica de la democracia libertaria; tenemos aquí cuatro clases de asambleas: la del Comité Administrativo de la Colectividad; la del Comité Administrativo de la Colectividad con los delegados de todos los grupos productores; la del mismo Comité con cada uno de los grupos cuando las circunstancias o las necesidades lo exigen; de cada grupo para encaminar sus actividades.

Aproximadamente 450 hombres –voluntarios y movilizados– están en el frente, lo que representa el 45% de la mano de obra. Sin embargo, la superficie sembrada no ha disminuido, y la calidad del trabajo ha mejorado, lo que puede explicarse por el entusiasmo de los colectivistas. Entusiasmo que ha sido necesario frenar en ciertas ocasiones; por ejemplo, cuando en su afán de nuevas realizaciones los campesinos labraban –para sembrarlas de trigo– tierras destinadas al apacentamiento de los rebaños. Las mejoras técnicas también han contribuido a estos rendimientos superiores, junto con el mejor empleo de las fuerzas disponibles. Por ejemplo, anteriormente, 10 pequeños propietarios necesitaban para regar cada uno su trozo de huerta con el agua de las acequias una mañana entera. Ahora, basta un hombre –en lugar de 10–, puesto que la eliminación de las separaciones hace que una sola persona pueda abrir y cerrar las compuertas después de haber controlado que el regadío se ha efectuado debidamente.

Los olivares han sido podados mejor este año. Antes, un propietario hacía venir un especialista cada tres años, por término medio. A fin de gastar lo menos posible, ordenaba podar lo más corto posible. Mutilado, el árbol sufría y producía menos. Y producía también menos después, por insuficiente poda. Pero la Colectividad no teme trabajar, y da –a todos sus adherentes– instrucciones que se ponen en práctica gracias al esfuerzo de todos.

Todos los árboles frutales, muy numerosos aquí y que –según se me dice– producen los mejores melocotones de España, son tratados con el mismo cuidado. Al comenzar la primavera, numerosas enfermedades habían hecho su aparición, pocas verduras y poca fruta se habría cosechado si tres especialistas en esta clase de trabajo no hubieran tratado, en el momento preciso, árboles y plantas.

El sistema definitivo de distribución no se estableció de repente. Al principio, el delegado al abastecimiento distribuía diariamente los bonos que hemos mencionado. Cada cual pedía lo que necesitaba. No había otro límite que la conciencia individual y el conocimiento que se tenía de las necesidades de las familias. Y ni la conciencia individual ni el conocimiento del distribuidor fallaron. Pero era incómodo ir cada día a buscar sus bonos, y distribuirlos por más de 3.000 personas: era una tarea demasiado complicada.

Con todo, no se quiso acudir al dinero. Según el número y la edad de sus miembros, cada familia había recibido

patatas, arvejas, aceite, etc., para todo el año. Las verduras y las frutas se consumían libremente. Cada familia recibió, pues, una cartulina impresa en la que se señalaba diariamente –en las columnas correspondientes– los artículos pedidos y recibidos. La tercera etapa comenzó el primero de marzo de 1937. Fue creada una libreta, en la que cada página representa una semana. Pan, hortalizas, frutas, siguen siendo gratuitas. El azúcar, el vino, la carne, son racionados. Al principio, toda persona, pequeña o grande, recibía diariamente 75 gramos de carne. Pero hubo que interrumpir y privarse, porque durante cinco meses toda la carne fue reservada para el frente y los enfermos. El consumo acaba de ser restablecido dos veces por semana. El pan es suministrado gratuitamente en las panaderías. Su consumo diario no alcanza a 500 gramos por persona; es inferior al de otros pueblos, donde hubo que racionarlo. Pero Calanda tiene mayor variedad de alimentos. Situación privilegiada, porque el vino y el pan constituyen lo principal del alimento para muchos españoles.

Los agricultores se llevan directamente las hortalizas a su casa, pero los trabajadores industriales –que componen la cuarta parte de la población– no pueden hacer lo mismo. Sus mujeres o hijos van a la «cooperativa» instalada en lo que era la iglesia, donde se les sirve lo mismo que en un mercado, con la diferencia de que no se les roba ni en el peso ni en la calidad. Tampoco ha sido limitada la entrega de ropa. La Colectividad ha recibido ropa blanca, tela, géneros distintos

y paños, a cambio de abastecimiento que ha enviado a Cataluña. La sección de costureras y sastres ha confeccionado pantalones, chaquetas, vestidos, trajes. Incluso la ropa de pana está hecha a medida, por economía y por estética. Hay muchos pedidos, demasiados tal vez, de modo que parte del Comité Administrativo creía –a fines de junio– que se imponía establecer un límite a este consumo. La otra parte piensa que se debe esperar aún, y atribuye tanta demanda a la penuria a que tanta gente estuvo condenada hasta ahora.

Para con los individualistas, se aplica un método distinto, que es –más o menos– el mismo que se aplica en todas partes. La Colectividad admite que –los que así prefieren– cultiven su tierra individualmente. Pero no quiere ser puesta en dificultades por exceso de tolerancia. En el fondo, los dos conceptos –el colectivista y el individualista– son incompatibles, y fatalmente deben enfrentarse. Bien saben nuestros compañeros que el individualismo es el retorno al privilegio y a la miseria, a las clases sociales enemigas, a la opresión política –que es su consecuencia–, a la desocupación, a las crisis, a las huelgas, las persecuciones, la emigración, todas las calamidades que han atormentado a tantas generaciones. Y dejan a los individualistas vivir como quieran. Buen provecho les haga la tierra, puesto que la quieren. Pero no podrán comerciar con el fruto de su trabajo, ni especular, ni suscitar la codicia de los más inconscientes o de los más egoístas.

Así, entregarán sus productos sobrantes al Concejo Municipal, que no los confisca, sino que declara a la sección correspondiente de la Colectividad el importe de las mercaderías recibidas. Así, cada individualista tiene su cuenta corriente y su carnet en el que se le inscribe la clase, la cantidad y el valor de lo recibido, de acuerdo con las tarifas establecidas por todos. Sus compras son compensadas por sus aportes. No puede, sobre todo a causa de las restricciones impuestas por la guerra, salir de los límites acordados para el consumo.

Los revolucionarios de Calanda no han olvidado la enseñanza. Para todo el pueblo sólo había seis clases en un edificio antiguo, y cada maestro tenía de 100 a 120 alumnos. Hemos visto en qué hermoso edificio –admirablemente situado–, y después de haber demolido y reconstruido cuanto fue necesario, ha sido instalada la nueva escuela. Nueve clases han sido organizadas. Doscientos cincuenta niños iban a jardín de infantes, van ahora 403; el número de alumnos en la enseñanza primaria aumentó en un 25%. Muchos niños y niñas que anteriormente debían ayudar a sus padres en las labores del campo, guardar los rebaños o recoger bosta, van ahora a clase.

Doce clases están ahora provistas de muebles que se han hecho construir en Castellón de la Plana, de acuerdo con los últimos conceptos de la pedagogía. Las mesas son cuadradas, poseen un dispositivo especial para guardar los libros y los cuadernos bajo las mismas. Los niños trabajan

con mayor independencia y libertad de espíritu. También las sillas han sido compradas con fondos de la Colectividad. Nuestra visita, durante las horas de trabajo, nos ha dejado dos recuerdos sobresalientes: la libertad y la cultura estética. Esta última, acusada en los dibujos hechos por los alumnos, y que adornaban las paredes, y en los objetos moldeados también por pequeños artistas.

Dentro de poco, si nada se opone, cinco clases nuevas de enseñanza primaria y tres de enseñanza preescolar, así como una guardería que funcionará por lo menos durante la cosecha, serán inauguradas. Todo por iniciativa de la Colectividad, que paga a los nuevos maestros y maestras. Y todo –según los proyectos– será instalado en el antiguo convento con sus ocho hectáreas de huerta, sus hermosísimos paisajes, sus árboles frutales y su bosquecillo de pinos plantado en una pendiente, donde brindan una acogedora sombra en los días de verano.

Después de haberme informado y haber visto lo que hemos descrito, después de haber visitado la ferretería colectiva –donde también se hallan las estanterías llenas–, la cooperativa de ultramarinos y los almacenes varios, hemos ido con los compañeros jóvenes, inteligentes y activos, sencillos, risueños y enérgicos, que hemos hallado en Calanda, a visitar parte de la huerta.

Me han llevado a varios lugares. En una huerta grande, unos ancianos –y hemos visto el mismo caso en Andorra–

cultivaban con cuidado grandes cantidades de hortalizas. Trabajaban por voluntad propia. La Colectividad les ha dado, sin pedirles nada, todo lo que necesitaban para vivir. Pero, quieren ayudarla, y lo hacen admirablemente. En un amplio cercado donde se hallan toda clase de semilleros, varios compañeros de Aguaviva –comarca de Mas de las Matas– arrancaban cebollitas que serían trasplantadas en su Colectividad. Las cebollas eran colocadas en manojos en el suelo, y eran guardadas en sacos. Difícil sería trabajar con mayor actividad. Y sin embargo, no hay patrones ni encargados para vigilarlos.

Ya se ha entregado más de dos millones de cebollas a otros pueblos. Tal vez quede otro tanto. Antes había con frecuencia que tirarlas –así como a otras plantas– sea a causa de la competencia, sea porque los campesinos carecían de dinero para comprarlas. Condiciones del desorden del capitalismo.

La Colectividad de Aguaviva aporta, en cambio, productos de los que Calanda necesitaba. ¿Y si no tuviera nada que dar? Aguaviva recibiría exactamente el mismo número de cebollas. Se practica el apoyo mutuo tanto como la reciprocidad.

XXVII. LA SOCIALIZACIÓN EN ALICANTE

Como Elda, Játiva, Alcoy o Castellón, Alicante –una de las cinco capitales de la religión levantina– había visto desarrollarse desde hacía mucho tiempo un movimiento social de carácter libertario que se mantuvo, contra viento y marea, a lo largo del fin del siglo pasado y de lo que iba de éste. Y durante los acontecimientos que abrieron el camino a la revolución social, la solidaridad tradicional entre las ciudades, los sindicatos y los grupos libertarios federados, permitió realizar lo que cada ciudad no habría podido realizar aisladamente.

Aquí una vez más, las fuerzas armadas de la CNT, los grupos de combate organizados por nuestros compañeros, impidieron que los elementos reaccionarios tomaran por asalto las instituciones republicanas.

Por consiguiente, el día 19 de julio la paz no fue perturbada y la Guardia Civil entregó sus armas sin resistencia. También en este caso, tan pronto como los trabajadores libertarios que luchaban desde tanto tiempo por la construcción de una sociedad igualitaria y fraternal fueron –gracias a las circunstancias políticas– dueños de la situación, pensaron en realizar su ideal.

Con este fin disponían, en la base, y como siempre, de los sindicatos. En primer lugar, el de la metalurgia, el más importante de todos, al cual se habían adherido todos los trabajadores de esta industria. Le seguía el Sindicato de la Construcción, que englobaba a los albañiles, canteros, carpinteros, pintores, yeseros, plomeros, etc.; seguía luego el Sindicato del Arte del Vestir con los sastres, las modistas, los especialistas en lencería; y, continuando el orden de importancia, registramos el Sindicato de la Alimentación y el de la Industria Química.

Señalemos, sin embargo, que entre las industrias, la UGT tenía también un Sindicato de la Construcción, uno de la Industria Pesquera (que en la CNT formaba parte del Sindicato de la Alimentación) y otro en la Industria Química. Lo cual no impidió una colaboración cordial entre las dos escuelas sindicales. Alicante es uno de los ejemplos donde los trabajadores socialistas –aunque adheridos a la sindical reformista– se negaron a obedecer las directivas antirrevolucionarias de sus líderes.

Los elementos que reproducimos no han sido recogidos directamente en el terreno de los hechos. Se basan en el testimonio de militantes que tomaron parte en esta obra constructiva y nos aportaron los datos siguientes durante entrevistas que con ellos tuvimos después del triunfo del fascismo. Enumeramos a continuación lo que nos ha parecido más importante, y en cierto modo, más original y que, por consiguiente, ofrece mayores enseñanzas por responder a una situación local especial y también – conviene reconocerlo– a la mentalidad de los hombres.

El ramo de la construcción

La industria de la construcción estaba en manos de pequeños empresarios. En una asamblea especialmente convocada, el Sindicato cementista del ramo decidió tomar a su cargo los elementos técnicos de trabajo y socializar su empleo. No hubo obstáculos, y se estableció en cada caso un inventario de las máquinas y de las materias primas en poder de cada patrono desposeído, a fin de indemnizarlo. El hecho puede parecer contrario a la actitud y a los principios libertarios, pero no olvidemos que los empresarios eran casi todos pequeños patronos, y que en este caso como en tantos otros, trabajaban a menudo más que los obreros. Las consecuencias serán inesperadas.

En primer lugar, en este sistema que hacía del sindicato el coordinador del trabajo en general, hubo que elegir en cada obra un delegado que asumía la responsabilidad de la calidad del trabajo ante sus compañeros y ante la comisión técnica sindical. Este delegado debía, en consecuencia, tener la mejor formación profesional posible. Y en general éste era el caso de los patronos, más que de los obreros. Y como no se quería –a ningún precio– fracasar, es entre ellos que fue elegida la mayoría de los responsables de obra.

Por otra parte, fuerza fue comprobar que –en la práctica– estos ex pequeños empresarios (que aceptaban sin resistencia real la nueva situación) tenían un sentido de responsabilidad superior al de los operarios considerados en su conjunto, acostumbrados a no ver más allá del suministro más o menos mecánico de su trabajo personal. Y por consecuencia se admitió que no era posible practicar bruscamente la igualdad absoluta de retribución, lo cual habría provocado conflictos perjudiciales a la vida económica inmediata. Por todas estas razones, el sindicato se vio obligado a establecer una diferencia de retribución. Los trabajadores exentos de responsabilidades técnicas cobraron diez pesetas diarias, y los maestros de obra, catorce pesetas.

Estas disposiciones fueron tal vez favorecidas por el número de miembros de la UGT que se habían adherido a la sindicalización realizada. Pero lo importante era asegurar la buena marcha y la calidad del trabajo. Era preciso que las

casas construidas o reparadas no se resquebrajaran al cabo de algunas semanas o de algunos meses, lo que habría hecho el juego a los defensores del capitalismo.

Observamos, por lo demás, que los salarios eran estipulados por la asamblea general del sindicato. Por consiguiente, con el asentimiento de la mayoría de los trabajadores que se inclinaban ante estas realidades.

El Sindicato de la Construcción ejerce, pues, el control en el conjunto de las obras de las antiguas empresas transformadas en secciones o en células de un régimen cuyo marco sigue –al nivel de la localidad– siendo republicano. Situación que recuerda la de Castellón de la Plana. Gran parte de la vida social responde aún a los principios jurídicos anteriormente establecidos. Hay siempre clases sociales, entre las cuales existen capas parasitarias o privilegiadas, aunque la importancia de éstas haya disminuido en amplias proporciones y se reduzcan gradualmente en su capital financiero. Existen intermediarios de la distribución que pesan sobre la vida económica, pero a quienes las cooperativas refrenan cada vez más en su apetitos; y hallamos también –paralelamente– oficios, industrias, actividades productoras o servicios sociales –con frecuencia los más importantes– en manos de los trabajadores.

El Sindicato de la Construcción contaba con 500 albañiles y 85 pintores, a los cuales debían añadirse trabajadores de los otros oficios. Una vez organizados los equipos de trabajo, se

empezó por restaurar las casas, refaccionar sus fachadas por cuenta de los propietarios, generalmente pequeños y que no tenían por qué haber huido, como los grandes propietarios de Barcelona. Se estableció la colaboración con el municipio para la realización de ciertas obras públicas. Las escuelas, los hospitales, se beneficiaron de tales iniciativas. Aparecieron nuevas construcciones y como temían los ataques de la aviación fascista,¹³⁵ se construyeron refugios antiaéreos para la población.

Para ayudar a estas actividades generales el municipio exoneró al sindicato de impuestos, durante los tres primeros meses de su actividad.

El funcionamiento de la organización muestra cada vez más la tendencia –que ya hemos visto en muchas partes– a acostumar a cada uno a asumir su parte en las responsabilidades colectivas, despertando su interés sobre

135 Los bombardeos eran efectuados por los aviones *Caproni*, de nacionalidad italiana; con ellos Mussolini ensayó su aviación para la Guerra Mundial. Pero conviene señalar que la nafta con la cual volaban esos instrumentos de destrucción y de muerte venía de la Rusia de los Soviets, que no dejó de suministrarla durante toda la guerra de España, a pesar de las protestas de los otros sectores antifascistas. El argumento supremo de Stalin y de sus agentes fue que Rusia debía respetar los contratos anteriormente firmados. Como si esos hombres cuyos partidarios clamaban internacionalmente para que se ayudara a la España antifascista hubieran tenido escrúpulos de tal suerte. ¡Y como si los primeros escrúpulos no debieran haber sido, ante todo, los que debían obligarlos a evitar que sus propios combatientes fueran exterminados con los medios que ellos mismos suministraban al fascismo!

todo gracias a las asambleas donde se examinan los problemas por resolver.

Pero si cada obra o trabajo cuenta con un responsable técnico encargado de la dirección del trabajo, cuenta también con un delegado sindical elegido por los trabajadores. Responsable técnico y delegado sindical establecen conjuntamente el presupuesto y las condiciones del trabajo requerido. De este modo, la unidad de esfuerzo es permanente. El sistema tiende a suscitar el interés moral, procura apelar a la conciencia de cada uno. Y cuando, habiéndose terminado un trabajo, el balance es favorable, los miembros del comité sindical felicitan a los trabajadores que tomaron parte en él. Pero también censuran cuando el balance es contrario.

Puede preguntarse con razón por qué motivo los beneficios no son repartidos entre los trabajadores a cuyos esfuerzos son debidos. Respondemos: porque son reservados para fines de solidaridad social. Así la desaparición de los propietarios importantes o la interrupción de ciertas obras que estaban en camino han provocado y provocan en ciertos momentos, una desocupación parcial, mas no por ello existen verdaderos desocupados. Porque, gracias a los recursos que dispone el sindicato, pueden descansar alternativamente 20 albañiles o diez pintores, etcétera. La desocupación se transforma en vacaciones y en tranquilo reposo.

Industria de la conservería

Como su denominación lo deja suponer, esta industria está especializada en la conserva de verduras y frutas, características de esta parte de la región levantina. Pero de acuerdo con el principio de la organización solidaria de las actividades afines, abarca también a los trabajadores encargados de la preparación y fabricación de los envases y embalajes, donde se utilizan la madera y la hojalata. La estructura general y la sincronización de estas diferentes actividades ofrecen este panorama de conjunto:

Las fábricas emplean, generalmente, mano de obra abundante; y las asambleas –donde domina el elemento femenino– nombran un delegado, o una delegada responsable por cada 20 trabajadores. A su vez, los delegados responsables reunidos nombran un responsable (o una responsable, si les place) para la empresa entera. Existe también un delegado sindical por cada sección, encargado de atender la condición de los trabajadores en los talleres, las oficinas, los almacenes, los depósitos. Naturalmente, estos delegados también trabajan.

Las verduras y las frutas son suministradas por las Colectividades agrarias. En consecuencia, la coordinación

fraterna de actividades entre los productos del campo y los de la ciudad, o entre sus organismos respectivos, se extiende y completa. Si le sumamos la colaboración entre sindicatos y municipalidades, estamos en presencia de un vasto organismo social cuyas distintas partes se armonizan y complementan, en lugar de oponerse.

Las conservas están almacenadas y a disposición del Sindicato de la Alimentación, que las vende a los centros de abastos y a los municipios de la región, o a los centros provinciales de distribución. La misma intendencia militar – no olvidemos que estamos en guerra– figura entre los compradores permanentes.

La panificación

Actuando conjuntamente, el Sindicato de la CNT y el de la UGT socializaron la industria panadera. Los hornos se convirtieron en la Panadería número 1, Panadería número 2, Panadería número 3, etc., como lo hemos visto en Mas de las Matas o en Graus. La harina se reparte equitativamente, los recursos financieros son comunes. Como en la construcción y en la conservería, el personal de cada empresa elige a un delegado responsable que es controlado por el sindicato.

El vestido

La mayoría de los dueños de fábricas y talleres se han retirado de las empresas donde ya no mandaban, frente al comité de control convertido en comité de gestión. El delegado general de la empresa, elegido por la asamblea de los trabajadores, y responsable ante el sindicato, es el principal coordinador de las distintas actividades.

Como en muchos otros lugares, quien desea que le hagan un traje o un sobretodo se dirige al taller que más le atrae, donde se le comunica la tasa de los precios según la calidad de la mercadería por él elegida. A cambio del dinero pedido, se le entrega un recibo que proviene de un carnet con talones en tres ejemplares, quedando el último en posesión del responsable.

Los cortadores y otros obreros especializados reemplazan a los patronos en la dirección del trabajo. El sueldo es de diez pesetas diarias, tanto para los obreros como para las obreras.

Algunos especialistas –de alta cualificación– reciben 12 pesetas. Supervivencia –muy atenuada con relación a lo que ocurría con el patrono– de las desigualdades anteriores y que pueden sin duda explicarse, como en el caso de la

construcción. Con todo, no cabe duda de que tales problemas se estudiarán en el porvenir.

Industria metalúrgica

Entre las clasificaciones tal vez un poco apresuradas – aunque inspiradas con vistas a la mayor unificación posible – la metalurgia abarca, en Alicante, desde la orfebrería hasta la fragua y la calderería de hierro. Pero, como puede suponerse, la orfebrería no desempeña ningún papel en la organización de la producción socializada.

Por otra parte, la UGT y la CNT están de acuerdo, y trabajan juntas.

Las dos centrales sindicales constituyen la IMSA (Industrias Metalúrgicas Socializadas de Alicante). Este bloque industrial ha sido dividido en secciones, donde se encuentra un consejo general integrado por una comisión de trabajo, una comisión técnica, una comisión de compra y venta, una comisión administrativa. Lo mismo que en los casos anteriores, las dos comisiones sindicales están en contacto con los delegados del consejo de la IMSA. Como en el caso de las panaderías, los talleres tienen cada uno su número de identificación. Son las partes solidarias de un gran organismo unificado.

XXVIII. REALIZACIONES DISPERSAS

La revolución española no pudo siempre socializar la totalidad de los talleres, de las fábricas, de las industrias establecidas en una localidad, o en una región. Entre otras dificultades, la resistencia de las fuerzas políticas, unidas a lo que quedaba de la misma burguesía, impidió ir tan lejos como se hubiera querido. Por otra parte, en ciertos casos ha faltado la presencia de militantes debidamente preparados, sea por su práctica de la organización, sea por su capacidad técnica. Esta comprobación debería hacer reflexionar a los que resuelven de antemano los problemas que se plantean en tales condiciones con fáciles discursos y hojarasca literaria.

Ocurrió también –y conviene insistir sobre este particular– que muchos militantes no habían comprendido a tiempo la necesidad de las federaciones de industria de carácter nacional. Y ciertas empresas, en circunstancias especiales, han sido colectivizadas o se han organizado según su propia

iniciativa, o imitando defectuosamente lo que se hacía en otras partes, fallando en la interpretación de las normas y los métodos.

Así ocurrió especialmente con las Colectividades agrarias de Cataluña. Estas no fueron numerosas (creemos que pueden calcularse alrededor de unas 60), porque –como lo hemos mencionado ya– el pequeño campesino catalán estaba más inclinado hacia la pequeña propiedad individual que hacia la comunidad social. Las colectivizaciones agrarias de esta región no pueden, en consecuencia, compararse con las de Levante, de Aragón, o las de la región del Centro.

Sin embargo, se produjeron muchas realizaciones que merecían haber sido registradas, y debidamente estudiadas. Y si no es imposible insertarlas históricamente en los organismos de carácter general –locales regionales, nacionales– no dejan de presentar un interés indiscutible. A menudo, una sola de ellas, aun tomada aisladamente, movilizaría la atención de los sociólogos. Enumeraremos a continuación algunos ejemplos de carácter industrial, que no harán sino ilustrar la multiplicidad de las iniciativas creadoras que nunca serán estudiadas retrospectivamente como lo merecen.

Los zapatos de Lérida

Pocos días después de la sublevación fascista, y bajo el impulso de las esperanzas surgidas con el fulgor de la guerra civil; algunos zapateros libertarios se reunieron para –al mismo tiempo que se preocupaban de la lucha contra las fuerzas fascistas contenidas a 100 kilómetros al Oeste– organizar un nuevo modo de existencia.

Aparte de este puñado de trabajadores, asistieron a la reunión un pequeño propietario y su hijo, que aceptaron organizarse en forma de colectividad profesional. Poco después, otros pequeños patronos se adhirieron también, y la colectividad se ensanchó.

Este paso acarreó una modificación profunda en los métodos de trabajo. Ya no se trataba de coser el cuero con la lezna y la aguja. Fueron movilizadas algunas máquinas que muy pronto hubo que emplear en su máxima potencia, porque los pedidos aumentaban y las autoridades militares encargaron borceguíes para sus tropas. Con otros trabajadores que se unieron al núcleo ya existente, se llegó a un total de 50 hombres poseedores de 23 máquinas.

El Comité responsable de la dirección se componía de seis trabajadores: tres miembros de la CNT y tres miembros de la FAI que eran renovados regularmente por las asambleas.

La producción se intensificó. La ciudad fue bombardeada

por la aviación fascista a fines de 1937, pero ya en esa época, y al mismo tiempo que respondía a la demanda local, la Comunidad de Zapateros de Lérida fabricaba 1.500 pares de borceguíes por día.

El Gobierno catalán aumentó los pedidos, pues el número de soldados en el frente de Aragón había sido aumentado. Pero llegó el momento en que –pretextando la falta de recursos monetarios– el ministro de la Industria de Cataluña, el comunista Comorera, enemigo acérrimo de la CNT y de los anarquistas, dejó de pagar los encargos hechos. La Comunidad de los Zapateros de Lérida estaba así, condenada a muerte. Afortunadamente, sus componentes hallaron recursos alimentarios necesarios para hacer vivir a sus familias, gracias a los remiendos, al trabajo encargado por los particulares y a la práctica de la horticultura.

Pero llegó un momento en que el ataque fascista arrasó con todo.

Los molinos de Valencia

Entre las repercusiones que produjo el ataque fascista, y las medidas de defensa a que dio lugar, el problema del abastecimiento alimentario cobró –en pocos meses– una importancia extrema. A decir verdad nadie, al principio,

pareció sospechar lo que iba a ser la realidad. Franco ocupaba, con Castilla y el norte de Andalucía, las zonas trigueras, pero las masas parecían no saberlo y tampoco los señores ministros. Y tal era la convicción de una rápida victoria contra los «facciosos», a los cuales se presentaba como teniendo fuerzas deleznales, que no parecían necesarias medidas de precaución para asegurar en breve el alimento de la población. A este respecto, y como tuvimos ocasión de señalarlo varias veces, sólo los campesinos, sin duda porque su ritmo de vida les obligaba a calcular por períodos anuales, presintieron lo que podía ser la realidad.

Con todo, en ciertos casos, los trabajadores especializados en determinados aspectos de la vida económica supieron adelantarse a los gobernantes incapaces de lanzar a tiempo las palabras de orden y las recomendaciones que se imponían. Así ocurrió con el problema de la harina en Valencia, donde estaba el Gobierno central. Fue preciso que delegados de los trabajadores de la Alimentación, pertenecientes a la CNT y a la UGT, se reunieran para hacer frente a la escasez en ciernes –ya que habría sido un factor de desorden, cuyas consecuencias habrían hecho el juego a los fascistas–. Así fue como el 1º de octubre de 1936 estaba constituido un organismo llamado Molinos Socializados, el cual empezó a funcionar bajo la dirección de un consejo compuesto por trabajadores de ambas organizaciones sindicales.

Normalmente, la capital de Levante recibía y consumía

1.000 sacos de harina por día. Pero la situación se había complicado a consecuencia de la disminución de otros alimentos y del aumento de la población. En tales circunstancias, no había tiempo que perder, razón por la cual los molinos, especialmente los más modernos, pasaron –sin pérdida de tiempo– a manos de los trabajadores. Pero el trigo disponible fue rápidamente acaparado por el ministro de Agricultura (el comunista Uribe) que hubiera debido calcular y prever pero que, por otra parte, se guardaba mucho de establecer un acuerdo con los Molinos Socializados: matar a la revolución si no se puede dominarla, tal fue siempre –desde Marx– la práctica de los comunistas.

La nueva institución continuó su labor, a pesar de todas las dificultades. Su organización fue dividida en dos secciones: una de compra, cuyos agentes recorrían el campo, e incluso hacían incursiones en ciertas zonas ocupadas por los franquistas, a fin de procurarse trigo; la segunda, la de ventas, se encargaba de distribuir la harina en las panaderías de Valencia. Una oficina era encargada de las estadísticas, la contabilidad, los archivos y la correspondencia.

Desde el primer momento, el comité organizador presentó al Ministerio de Agricultura sus conclusiones frente a la gravedad de la situación:

1°. Requisición de todo el trigo existente en el territorio de la nación.

2°. Distribución del mismo en las provincias, según sus necesidades respectivas.

3°. Fijación de un precio que no debía pasar de las 45 pesetas por quintal.

4°. Importación inmediata, por el Estado, de trigo de Rusia o de la Argentina.

El Gobierno dio la llamada por respuesta. Le bastaban las proclamas diarias anunciando el aplastamiento inminente del fascismo. Llegó el momento en que faltaron el trigo y la harina. Pero, mientras se pudo fabricar pan en Valencia, la población se lo debió a los Molinos Socializados de la región levantina.

Cooperativa chocolatera de Torrente

En la provincia de Valencia, Torrente es una localidad renombrada por la fabricación de confitería y, especialmente, de chocolate. Esta industria estaba en manos de artesanos, que totalizaban 45 pequeñas empresas donde se trabajaba en forma generalmente rutinaria y que – según la importancia de sus medios de producción– empleaban uno o varios asalariados.

Pero, motivados por el deseo de modernizar la producción tanto como de suprimir la explotación del hombre por el hombre, los miembros de la CNT convocaron a una asamblea que tuvo lugar el día 1° de septiembre de 1936, es decir, *a menos de un mes y medio de haber empezado este periodo histórico*. Los patronos fueron invitados, lo mismo que los obreros. Y, como tantas otras veces, todos aceptaron asociarse para organizar la producción y la vida sobre bases inéditas.

Así se decidió, por unanimidad, organizar la *Cooperativa de los trabajadores chocolateros de Torrente*. E inmediatamente empezaron los trabajos para la construcción de una fábrica situada cerca de la vía férrea, a fin de poder descargar con mayor facilidad las materias primas, y expedir los productos enviados a distintas partes del país.

La nueva unidad se compuso de cinco construcciones de 50 metros de largo por 30 de ancho, respondiendo cada una a diferentes fases de trabajo, almacenamiento, torrefacción, refrigeración, etc. En la sección de fabricación se reunieron rápidamente 40 máquinas que trabajaban simultáneamente. Unas habían sido traídas por antiguos patronos; otras, habían sido compradas especialmente.

Jamás, hasta entonces, se había conocido en España una fábrica de chocolate tan bien organizada ni de tan amplias proporciones. Y no sólo fue posible procurar a los

consumidores, mientras las circunstancias no se volvieron adversas a causa de la guerra, artículos tan apreciados, sino que –al mismo tiempo–, se mejoró la calidad de lo producido con el empleo de técnicas precisas y una mejor dosificación en la composición de los artículos. Fue en ese período cuando se comenzó, por primera vez en la localidad, a fabricar la famosa especialidad turrón.

Como sucedió tan a menudo, los trabajadores que componían la masa del personal dieron prueba de una adhesión casi conmovedora a la iniciativa de los militantes animadores de esta empresa. Así, cuando la fábrica empezó a producir, no sabemos quién habló de aumentar los sueldos hasta entonces pagados por los patronos. Pero hombres y mujeres se rehusaron, declarando que debía esperarse a que los beneficios ingresaran en la caja de la cooperativa.

Esta realización, que en el fondo fue más una comunidad de trabajo que una cooperativa, era dirigida por un consejo obrero compuesto por seis trabajadores elegidos por la asamblea general de la empresa, y eran corresponsables de la buena marcha del trabajo y de la calidad de sus productos.

Los grupos agrarios de Tarrasa

Centro manufacturero por excelencia, Tarrasa está situado

a 30 kilómetros de Barcelona. Desde hace mucho tiempo, la industria principal es la fabricación de tejidos de lana, con una materia prima suministrada por los rebaños ovinos de la Mancha, donde entre los cardos alternan los molinos de viento que tan mal trataron a Don Quijote, y los pastizales donde no puede alimentarse el ganado mayor.

También aquí, el movimiento proletario es antiguo, y la tradición sindical está arraigada en el espíritu de los 30.000 habitantes –estamos a principios de 1937–, con el recuerdo de luchas violentas, bombas, persecuciones, cierres de locales obreros, detenciones y deportaciones. Todo lo cual explica, en parte, por qué, en el momento de producirse la revolución, los sindicatos obreros de Tarrasa distaban bastante de haber adquirido la capacitación técnica necesaria para construir una nueva sociedad. Esta insuficiencia, y la inevitable coexistencia con los partidos políticos para impedir el triunfo del fascismo, explica por qué –en ciertos casos– los trabajadores, después de haberse apropiado de los talleres y las fábricas, no habían asumido, en seis meses, su gestión integral.

Excepto el ramo de la construcción, las otras industrias estaban aún –en su mayoría– en la etapa del comité de control, o de gestión, es decir, de la absorción del patrono cuando se hallaba presente –pero las fábricas a menudo pertenecían a accionistas anónimos–, y de la dirección y administración de la empresa por los trabajadores en ella empleados. En términos actuales, podríamos hablar de

autogestión, pero no de sindicalización, o de socialización integral.

Hemos visitado la más importante de esas fábricas, donde yo había trabajado de peón veinte años antes. Estaba dirigida por un comité técnico dividido en siete departamentos: sección técnica, sección sindical, sección de trabajo, sección administrativa, sección comercial, sección de propaganda, sección de seguridad social. Nada indicaba la menor relajación en el trabajo. Alrededor de las máquinas, ante las largas mesas de trabajo –tablas sobre caballetes–, donde muchachas reidoras y conversadoras clasificaban la lana, donde trabajadores y trabajadoras desplegaban su actividad con un ritmo que nos recordó al que habíamos conocido. No vimos a los señores de la administración, ni a nada que nos recordara los capataces carcelarios; los compañeros que nos daban explicaciones, eran –visiblemente– obreros como los demás, sin duda elegidos en las asambleas; y se leía en los rostros la alegría de trabajar sin sentir sobre sí el peso de las miradas autoritarias.

Si las fuerzas políticas antilibertarias –muy audaces en estos momentos– que están apoyándose en los partidos y la mayoría del Gobierno de Barcelona, no oponen obstáculos difíciles de vencer, el avance hacia las realizaciones integrales será sin duda bastante rápido. Mientras tanto, ocupémonos de una actividad constructiva, que va mucho más lejos de lo que se ha hecho en las fábricas. Nos referimos a las comunidades agrarias de los alrededores de Tarrasa.

El Sindicato de los Trabajadores de la Tierra, que les orienta y controla, fue fundado *después* del 19 de julio. Hasta entonces, la única expresión de sindicalismo agrario había sido una sección campesina que formaba parte del sindicato del local de Oficios Varios. Pero, después de la derrota infligida a los fascistas y, por consiguiente, a las derechas reaccionarias y conservadoras, la mayor parte de los propietarios del suelo desaparecieron. Eran unos ricos señores de Barcelona, que habían hecho construir residencias rodeadas de jardines y de césped florido, adonde iban a descansar o desperezarse dos o tres meses al año; otros eran agricultores medio ciudadanizados, que dejaban en gran parte sus posesiones a los zarzales y a los animales silvestres.

Nuestros compañeros lo sabían, y los que entre ellos tenían inclinación hacia el trabajo del agro, o que comprendieron su necesidad, pasaron sin perder tiempo a las realizaciones prácticas. Fundaron el sindicato, que se hizo cargo inmediatamente de esta descuidada fuente de riquezas. Y pronto acudieron para colaborar con esta empresa otros trabajadores industriales, que supieron comprender la importancia de estas nuevas posibilidades.

Y en el lapso de seis meses, se organizaron 16 granjas colectivas. El terreno era demasiado escabroso para que se crearan grandes zonas de cultivos especializados. Pero, aquí también, aparece la tendencia general propia del esfuerzo constructivo que se advierte en toda España libertaria. Las

tierras de las granjas y de las propiedades son reunidas en unidades agrarias. Así, seis antiguas propiedades constituyen una comunidad con un solo comité de dirección a fin de coordinar mejor las actividades generales.

Para la dirección del trabajo, el sindicato ha constituido dos secciones: una agraria y otra forestal. La sección agraria está encargada –como se supone– de todo lo relativo a la agricultura y a la cría de animales. La sección forestal se ocupa de la plantación, la tala, el descuaje de árboles, así como de la fabricación de carbón de leña. De acuerdo con los informes que le suministran los comités de dirección de granjas, el sindicato registra cuidadosamente la superficie de las tierras de cada una, la importancia de los diversos cultivos, los distintos modos de explotación. Con lo cual está informado del total y de la variedad de hortalizas, cereales, frutas en proceso de maduración y puede calcular las cosechas futuras.

Sus atribuciones se limitan a esta misión, y a la creación de comunidades cuando le es posible obtener tierras nuevas. Las comunidades se autoorganizan; su comité de dirección está compuesto por un delegado para la agricultura, un delegado para el ganado, uno para los aperos de labranza, otro para los medios de transporte. Tanto los delegados como los obreros que les han nombrado trabajan desde el amanecer hasta que cae la noche (¡no es éste el momento de restringir esfuerzos!), de acuerdo con las decisiones tomadas en las reuniones.

La explotación forestal es obra de un centenar de trabajadores reunidos en una misma zona y dirigidos por su propio comité técnico, compuesto por representantes de las distintas secciones. En este caso también, los miembros de comité trabajan con sus compañeros.

Las comunidades agrarias de Tarrasa no se limitan a obtener cuanto pueden de la tierra que han incautado. Tienen mayores ambiciones. Allí donde pueden, ensanchan las superficies cultivadas, destruyen los zarzales, los matorrales, las malezas. Para ello, le sacan el máximo provecho a la azada o al tractor. Y en las laderas de las colinas, en las lomas hasta ayer no más invadidas por los conejos silvestres y las plantas parasitarias, siembran y plantan.

Uno de los ejemplos más típicos es el de la Comunidad Sol y Vida. Antes, el dueño de esta vasta finca solía emplear seis trabajadores. La aplicación del cultivo intensivo en vez de la forma de cultivo extensivo, hace que ahora trabajen 40 trabajadores.

Pero no sólo la mayor parte de las tierras cultivables no era cultivada –sin duda porque no podían competir con los productos venidos de Levante, Aragón y Castilla– o dejadas en estado inculto. Había también partes de monte bajo, donde las malezas alternaban con un magro arbolado, de rendimiento nulo. En poco tiempo, el tractor y el esfuerzo de los hombres han hecho milagros. Ciento cuarenta hectáreas

han sido transformadas a través de cultivos diversos. Se ha limpiado el suelo. Trigo, patatas, árboles frutales, verduras, han sido plantados en las hondonadas y en los barrancos.

Con todo, hay que vivir mientras venga la cosecha. La sección forestal, que vende sus productos sin dificultad (en estos momentos falta en Cataluña la hulla asturiana, por lo que la leña y el carbón que esta sección produce son bienvenidos), ayuda a las comunidades agrarias. También acuden a auxiliarlos los compañeros de la ciudad. Unos van, el domingo, a trabajar gratis la tierra, a hacer reparaciones en las casas o las dependencias diversas. Otros han renunciado voluntariamente a ganar 90 pesetas semanales en las fábricas para cobrar 60 pesetas, ayudando a poner en pie esta nueva creación.

Después de nuestra visita a estas comunidades, hemos ido a registrar uno de los esfuerzos más notables realizados en esta región. La mayor parte de los albañiles estaban desocupados. Y su sindicato, de acuerdo con las resoluciones de asambleas, se ha puesto de acuerdo con el de los campesinos, enviando 150 hombres para desbrozar el ancho lecho de un antiguo torrente perfectamente protegido, para el cultivo de almendros, perales y durazneros. Hemos visto a estos compañeros arrancar raíces, aserrar ramas, partir con cuñas de acero –a fuerza de mazazos tesoneros– troncos de árboles, mientras otros preparaban los hornos recubiertos de tierra donde iba a hacerse el carbón de leña. Luego, sólo quedará entregar la tierra conquistada a los labradores.

De acuerdo con los estudios hechos expresamente, ciertas comunidades crían especialmente cerdos y otras –y esto nos parece una innovación–, vacunos. El trabajo está adaptado a las condiciones climáticas y a las propiedades del suelo. Varios camaradas jóvenes han sido enviados a la Escuela de Agricultura de Arenys de Mar –situada a poca distancia– para aprender las mejoras técnicas del cultivo.

El total de la superficie cultivada por las 16 comunidades alcanza 700 hectáreas. Extensión que puede ser doblada, si se aprovecha la tierra boscosa que dé mejor resultado. Parte de esta tierra es llana, bien situada, y podrá suministrar alimentos, que Barcelona necesitará en un porvenir no muy lejano.

En un pueblo de la región murciana

En el pueblo de Lorquí, a 30 kilómetros de Murcia, la revolución había penetrado como en tantos otros pueblos, cuyos datos es imposible de enumerar en este libro. Como en tantos pueblos de los que hemos visto ejemplos, la revolución había reunido al Sindicato local de la CNT y al de la UGT. Ambos estaban compuestos por trabajadores que vivían penosamente y que aspiraban por igual a salir de la

situación miserable en que estaban, y a la cual parecían condenados sus hijos.

En este lugar había existido una fábrica de conservas, propiedad del conde de La Cierva –uno de los políticos conservadores más funestos de la monarquía–, antiobrerista militante y el peor caudillo reaccionario que haya habido en la región murciana. Las luchas obreras llevadas por los trabajadores habían creado tal situación que La Cierva no quiso tolerarlo, y en 1934, decidió cerrar su empresa de conservería, llamada «La Arboleda», de modo que la mano de obra por él empleada quedó sin trabajo.

Esta situación duró hasta que se produjo la revolución. Naturalmente, el conde de La Cierva no esperó que se le pidiera cuentas. Desapareció, abandonando su fábrica, de la que los trabajadores de la CNT y de la UGT no tuvieron más que adueñarse y ponerla en marcha. Hortalizas y frutas no faltaban en la región, aunque faltaba el azúcar para las conservas, y hasta la hojalata para los envases metálicos. Estas dificultades fueron vencidas, y se empezó a hacer trabajar el establecimiento a pleno rendimiento.

Así es como se calculaba que para febrero de 1938 las cajas de conserva de tomates producidas se acercarían a las 80.000 por año, las de pulpa de naranja y de mermeladas de toda clase, a unas 40.000. La producción de la colectividad fabril era enviada a los mercados nacionales y a ciertos mercados internacionales. Bajo la dirección del comité de

control CNT–UGT, un enjambre de compañeros y compañeras se ocupaba de sus tareas específicas, por grupos profesionales bien organizados y técnicamente bien preparados. La labor estaba hecha con una maquinaria moderna, y el visitante podía admirar el orden que reinaba por doquier.

La prensa cenetista de la época señaló esta fábrica como ejemplo, dando al respecto numerosos pormenores. Pero muchas otras fábricas donde la capacidad de organización y la responsabilidad de los organizadores aparecieron han funcionado. Centenares, sin duda. La de «La Arboleda» puede ser tomada como modelo.

Sexta Parte

GOBIERNOS Y PARTIDOS

XXIX. LA COLABORACIÓN POLÍTICA

Aunque el objetivo de este libro sea la descripción, tan exacta como sea posible, de las realizaciones económico-sociales de la revolución libertaria española en el período 1936–39, el autor cree necesario exponer, aunque sea muy someramente –para facilitar la mejor comprensión de algunos hechos–, las condiciones políticas dentro de las cuales estas realizaciones han sido llevadas a cabo. Ya se ha entrado en este aspecto en el capítulo titulado «Materiales para una revolución», pero es necesario agregar, especialmente para los lectores al corriente de las ideas y de la doctrina libertarias, precisiones indispensables.

Hemos insistido repetidas veces en que esta revolución había sido uno de los aspectos de la réplica de la extrema izquierda al ataque fascistas. Esta extrema izquierda, compuesta en este caso por la CNT y la FAI, había profesado,

y siempre profesa, un antigubernamentalismo y un antiestatismo intransigentes. Empero, por primera vez en la historia, vemos a la organización libertaria más poderosa del mundo, la organización que siempre había proclamado la superioridad de la acción directa y que la había hecho suya y que –por tanto– habría rechazado como una broma de mal gusto la hipótesis de formar un día parte de un ministerio, enviar al Gobierno a cuatro ministros, que fueron Juan Peiró, ministro de Industria; Federica Montseny, ministro de Sanidad; Juan García Oliver, ministro de Justicia, y Juan López, ministro del Comercio Exterior.

Anteriormente, otros tres ministros, llamados *consejeros*, habían entrado a formar parte del Gobierno catalán residente en Barcelona, denominado Generalidad.

Cuando estas decisiones fueron tomadas, el autor de este libro no se hallaba en España, ya que residía en la República Argentina, y no tuvo la menor parte de responsabilidad en esta extraordinaria metamorfosis. Cuando pudo desembarcar en Gibraltar, y trasladarse luego a Málaga, con varios meses de retraso causado por su situación ilegal con las autoridades consulares de su país, los nuevos ministros ya habían tomado posesión de su cargo.

Esta situación le confiere mayor posibilidad de objetividad para aportar una explicación que le parece necesaria. Porque la colaboración ministerial y la participación hasta entonces inédita en los municipios han ejercido una

influencia negativa –sobre todo la primera–, o positiva –sobre todo la segunda–, y a menudo decisiva sobre el movimiento libertario y la revolución.

Digamos entonces que lo que movió a la organización libertaria a entrar en el Gobierno español fue la guerra, el ataque franquista y el temor de ver implantarse en España un fascismo cuyas consecuencias catastróficas podían preverse con facilidad, y se han verificado después.

En efecto, a pesar de las baladronadas y de los excesos verbales a que se entregaban los gobernantes republicanos, los oradores, los periodistas, los portavoces de los partidos y también –por creerlo necesario para alentar la resistencia– ciertos tribunos libertarios, la duda sobre la victoria final nació en ciertos espíritus antes de que las fuerzas franquistas hubieran llegado al sur de Madrid, al aeródromo de Getafe, y en el Norte, tomado ciertas ciudades o empezado a sitiarlas. Bien es cierto que estaban bloqueadas en la Sierra de Guadarrama, pero la posición de los antifascistas sólo era defensiva, y carecían de los elementos de ataque necesarios para intentar una contraofensiva victoriosa. Por otra parte, la ayuda de la Italia fascista y de la Alemania nazi hacía surgir numerosos interrogantes a todo espíritu reflexivo.

Era perfectamente lógico que la gran mayoría de la población de la España llamada republicana estuviera ante todo dominada por ese temor de la victoria franquista, y no comprendiese que las fuerzas político–sociales organizadas

en partidos y sectores revolucionarios antifascistas no constituyeran un frente único que le parecía de toda necesidad. Indiferente a los problemas de índole filosófica, deseaba que la CNT y la FAI –esta última mucho menos poderosa– entraran en el Gobierno a fin de asegurar la constitución de un bloque que aseguraría la victoria.

Los líderes de la CNT, tras los cuales se hallaban los de la FAI, y que a menudo eran los mismos, empezaron por resistirse a dar este paso. Sin duda alguna, estaban inspirados por su oposición tradicional hacia todo gubernamentalismo y, por consiguiente, a los partidos políticos gubernamentales. Pero como, en efecto, ante el peligro cada vez mayor, se imponía la más amplia unificación, imaginaron una solución revolucionaria: el Gobierno se retiraría y sería reemplazado por un consejo de defensa compuesto por cinco miembros de la CNT, cinco de la UGT y cuatro miembros de los partidos políticos. Esto habría establecido la supremacía de las organizaciones sindicales sobre dichos partidos, matándose dos pájaros de un tiro.

Basada en las fuerzas numéricas de los distintos sectores, esta representación podía parecer justificada. Pero también era verdad que, si los partidos políticos tenían comparativamente, poquísimos adherentes, tenían consigo una corriente de opinión evidenciada por su electorado. La CNT y la UGT contaban aún, en una España invadida en su mitad por el fascismo, con 1.200.000 adherentes cada una –

tal vez el número de las filas de la UGT era menor–, pero los adherentes a esta última organización estaban, en su gran mayoría, bajo la influencia socialista, y los cuadros eran socialistas, como libertarios eran los de la CNT. La mayoría de los adherentes no habría aceptado esta maniobra demasiado visible.

Ni la habrían aceptado los hombres de Estado, los políticos, los profesionales del Gobierno, republicanos, socialistas y regionalistas –catalanes o vascos–, cuya influencia perduraba en la mayoría de la población regional o nacionalmente consideradas. La iniciativa mencionada estaba condenada al fracaso.

Sin embargo, la necesidad de oponer un bloque unificado se imponía incluso a ciertos libertarios o sindicalistas revolucionarios. Uno de ellos, Horacio Prieto –que por entonces era secretario de la CNT y que se hallaba en Madrid– decidió convencer a sus compañeros de la necesidad de dar el paso que le parecía necesario, entrando en un gabinete de unión antifascista. A este efecto, tomó contacto con Largo Caballero, quien acababa de ser nombrado presidente del Consejo porque se le consideraba, en las altas esferas políticas, como el hombre que –por su verbosidad revolucionaria– podía incitar mejor a las masas a la lucha. Y Largo Caballero, viejo profesional del poder y de la politiquería¹³⁶ que para mantener su popularidad en las

136 Largo Caballero, que había sido consejero del general Primo de Rivera

masas había tomado actitudes de izquierdismo intransigente en el Partido Socialista antes del ataque franquista, pensó que los ministros cenetistas harían bloque con él contra sus adversarios del momento, que eran especialmente los comunistas, cuya influencia crecía rápidamente, al haber empezado Rusia a enviar armas... contra su pago anticipado en oro del Banco de España.

Los dos hombres se pusieron de acuerdo. La CNT decidió integrar el Gobierno y ocupar los cargos (dos sindicalistas revolucionarios y dos militantes faístas). Por otra parte, dos anarquistas y un sindicalista cenetista habían entrado en el Gobierno regional de Cataluña.

Se puede atribuir a este abandono de los principios razones subjetivas, de carácter discutible. Pero con todo, quien analiza los hechos con el deseo sincero de comprender y explicarse lo que realmente ocurrió, debe reconocer que la situación era sumamente compleja. El único modo de escapar al dilema de la colaboración gubernamental o debilitamiento de la resistencia al franquismo habría sido la organización autónoma de la lucha, llevada solidariamente con el ejército republicano oficial merced a una fuerza propia aplicando el método de una amplísima guerrilla. Pero, digámoslo sin reparo, faltaron las cualidades de

durante su dictadura y ministro de Trabajo durante el primer período de la República, siempre se caracterizó por su odio a la CNT y por las persecuciones con que pudo perjudicarla. Su acercamiento posterior a nosotros respondió a intereses circunstanciales.

organización, la envergadura y la preparación necesarias. Ya desde 1931, en el libro *Problemas económicos de la Revolución española*, el autor de estas líneas había dedicado un capítulo referente a la lucha armada previsible donde, sin querer dar lecciones de estrategia ni de táctica militar –pues nunca había sido soldado– recordaba la forma de combate donde se distinguieron tantos caudillos, como El Empecinado, durante la guerra anti–napoleónica en la que los más grandes generales (Massena y otros «niños mimados de la victoria», como les llamaba el emperador) fueron batidos por campesinos armados de hoces y cuchillos. Ponía en guardia a los compañeros contra el error que implicaría dejarse imponer los métodos de los ejércitos modernos en lugar de recurrir a las tácticas de la guerra revolucionaria, nacida mucho antes que Mao Tse–tung hubiera intentado definirla a su manera.

Los que se improvisaron jefes y comandantes de tropa no tenían criterio formado sobre estos problemas y carecieron de iniciativas. Se dejó al adversario tiempo para aumentar su armamento, la posibilidad de buscar el terreno y el momento más favorable para atacar. El genio táctico de un Makhno, que obligó al general Denikin en Ucrania a interrumpir su marcha sobre Moscú, faltó por completo.

Y, desgraciadamente, los hombres destacados por nuestro movimiento no pudieron estar a mayor altura en el terreno político que en el terreno militar. Siendo cuatro ministros contra 12, su influencia fue nula.

La única obra seria que se hizo durante la guerra civil fue, precisamente, la de la revolución, al margen del poder. Las colectivizaciones industriales, las sindicalizaciones de la industria y de los servicios públicos, la socialización agraria, todo lo que ha permitido resistir durante cerca de tres años, sin lo cual Franco habría triunfado en algunas semanas, ha sido obra de los libertarios, que han creado y organizado, sin ocuparse de los ministros y de los ministerios. Desde el punto de vista de la conducta de la guerra –de la resistencia a Franco– nuestros ministros no pudieron lograr nada útil. Y a veces, engañados por las falsas noticias oficiales, se hacían eco de la imputación a nuestros combatientes de derrotas que el abandono deliberado en que se había dejado ciertas partes de los frentes habían hecho inevitable, como fue el caso de la caída de Málaga. No pudieron impedir el sabotaje del frente de Aragón, al que el Gobierno de Madrid dejó sin artillería, sin aviación, sin defensa antiaérea. Durante el primer año de la guerra era posible deshacer el frente fascista; las fuerzas militares enemigas se componían de algunos millares de hombres con camionetas que acudían allí donde surgía un peligro. Con 50.000 milicianos debidamente pertrechados habríamos podido conquistar Zaragoza. Y tal había sido la intención de Durruti. Pero fue imposible por la ausencia de obuses y balas, lo que impidió hacer aflojar el asedio de Madrid. Las armas disponibles, siempre pagadas por adelantado con el oro del Banco de España, eran enviadas al frente del Centro –invulnerable, si tenemos en cuenta las posiciones estratégicas ocupadas por

los fascistas—, pero donde los generales rusos hacían la ley y donde mandaban casi únicamente los comunistas. La misma situación se produjo en el frente andaluz y extremeño, donde las ofensivas tenían lugar en tales condiciones que estaban condenadas al fracaso. A menudo, nuestras fuerzas enviadas al ataque se encontraban con fuerzas enemigas infinitamente más numerosas que las obligaban a abrirse paso a bayoneta calada para evitar el aniquilamiento, pero dejando así innumerable cantidad de compañeros caídos. Era como si los generales fascistas y estalinistas se hubieran puesto de acuerdo para desencadenar tales matanzas. Hay que reconocer que Stalin era capaz de eso y mucho más; muchos relatos de la guerra permiten manejar esta hipótesis. Recordemos también el pacto firmado con Hitler.

Otro aspecto del sabotaje que contribuyó a la derrota fue la negativa del Gobierno de Valencia a prestar ayuda financiera a Barcelona para comprar armas, o material para su fabricación. Este hecho, del que fuimos informados tan pronto llegamos a Barcelona, nos hizo dudar de la victoria final que no podía asegurarse con manifestaciones callejeras donde los participantes desfilaban levantando el puño en alto y gritando: «¡No pasarán!»

Contra tales maniobras y muchas más, nuestros ministros nada pudieron. Sus protestas caían en el vacío y comprometidos por la solidaridad ministerial antifascista sabiamente explotada, evitaron «dar el espectáculo de nuestras disensiones». Hombres como el estalinista Jesús

Hernández, que por orden de Moscú derribaron el ministerio de Largo Caballero, han denunciado un poco tarde en qué forma la política del Gobierno era, por mayoría, dirigida según las órdenes de la Komintern, y puede asegurarse que estos maestros de la intriga no hacían el menor caso de los desacuerdos y de las protestas expresadas por nuestros ministros. Esta incursión en el mundo gubernamental ofrece un balance absolutamente negativo.

XXX. LIBERTARIOS Y REPUBLICANOS

Históricamente, el contacto entre libertarios y republicanos aparece inicialmente durante su lucha común contra la monarquía, pero existen también otras explicaciones. Desde la segunda mitad del siglo XIX ciertas corrientes republicanas manifestaron una simpatía real, y a menudo activa, hacia «los obreros» y de la lucha común contra la Monarquía nacieron ciertas afinidades de pensamiento y mutua comprensión. Ya hemos dicho que Pi y Margall, líder, pensador y teórico del republicanismo federalista, introdujo en España las obras de Proudhon. Y que, gracias a sus traducciones, en España fue conocido el anarquismo. Por otra parte, el republicano centralista Joaquín Costa escribió, entre otros libros, el que, con el título de *El colectivismo agrario en España*, mostraba sistemáticamente los ejemplos de apoyo mutuo practicados en el país. Este libro habría podido ser firmado por

Kropotkin. Sigue siendo muy apreciado por los anarquistas, y ahora ayuda a comprender por qué la revolución libertaria fue posible en el campo.

Cuando en el año 1872 fue disuelta la sección española de la Primera Internacional, el gran jurista republicano Nicolás Salmerón defendió con elocuencia en el Parlamento la existencia de esta organización obrera revolucionaria.

Pero es especialmente en los contactos locales de numerosas ciudades de provincia y de numerosos pueblos donde se manifestaron la estimación y el apoyo de los republicanos hacia los trabajadores libertarios. En los períodos de depresión que ponían fuera de la ley a la CNT y cerraba sus locales, los centros republicanos federalistas estaban siempre a nuestra disposición, y en ellos nos reuníamos y refugiábamos libremente, siempre acogidos con el mismo espíritu de hospitalidad.

En 1923, el autor de este libro, que se hallaba en Bilbao, pudo dar conferencias sobre temas libertarios en el Círculo Republicano Federalista, a los militantes de la CNT, y no ha olvidado a los hombres que trataban con tanta cordialidad al «chico francés» con el cual tanto les agradaba conversar.

Cuando, dos años antes, había pasado clandestinamente la frontera para ir a Rusia en calidad de delegado de la CNT, había observado la misma hospitalidad dada a nuestros compañeros. Y conserva el recuerdo de hombres de mirada

luminosa que a veces asociaba a la luz espiritual de un Bulgakoff o de otros tolstoianos que tuvo ocasión de conocer en Moscú.

Es preciso, por lo demás, mencionar que la cuarta parte de los adherentes de la CNT eran republicanos, pues habiendo de escoger entre esta organización –esencialmente libertaria–, y la UGT –de carácter socialista estatal–, preferían la nuestra. El marxismo de que se reclamaban los líderes de la UGT les aparecía como una amenaza para el porvenir de la humanidad: «el peligro de una nueva Edad Media», me decía uno de ellos.

Es, por tanto, explicable que ciertos abogados –especialmente republicanos federalistas– hayan estado siempre a nuestra disposición, entre ellos Francisco Layret, asesinado en el año 1921 por pistoleros de la patronal; Eduardo Barriobero, jurista, escritor de talento y traductor de Rabelais, que luchó como un león tantas veces ante los tribunales para salvar a compañeros nuestros.

Como lo hemos dicho anteriormente, la Segunda República no contaba sino cinco años cuando empezó nuestra revolución. En tan corto tiempo, sólo los políticos profesionales del partido de Alejandro Lerroux –derechista y conservador– habían tenido tiempo de llegar a cierto grado de corrupción. Muchas fuerzas de base eran aún sanas, y para los hombres que la componían el republicanismo no era ajeno a la cuestión social. Por esta razón, cuando

aparecieron las colectividades agrarias, un número apreciable de republicanos aceptaron desempeñar en ellas cargos administrativos, que su formación técnica y su instrucción superior a la de los campesinos –muchos provenían de la clase media– les permitían cumplir.

Los contactos locales hicieron que las ideas libertarias fueran vistas con simpatía por numerosos republicanos. La pureza, la elevada moral de nuestros compañeros, suscitaban también, y en grado muchas veces elevado, el aprecio que se les manifestaba.

A principios de 1937, en un mitin importante que dimos en Castellón de la Plana, la mitad de los auditores que aplaudían eran republicanos que habían permanecido fieles a su ideal, y daban a la trilogía Libertad, Igualdad, Fraternidad, amplia acepción. Lo cual explica también por qué las reformas sociales que hemos descrito al tratar de esta ciudad pudieran ser realizadas sin mayores contratiempos.

XXXI. LA CONTRARREVOLUCIÓN INTERNA

Una reseña completa del comportamiento de las autoridades gubernamentales para con la obra multiforme de socialización emprendida y realizada por los libertarios españoles en el período 1936–39, haría aparecer actitudes contradictorias que podrían ser comentadas en formas diversas.

Que el Ministerio de Industria –que en los primeros tiempos estuvo en manos del militante cenetista Juan Peiró, fusilado por los franquistas por haber rehusado pasar a sus servicios– haya, en ciertos casos, subvencionado a determinadas empresas como fue el caso del SICEP en Elda, es indiscutible. Pero, en conjunto, este apoyo tuvo por objeto no tanto ayudar a la socialización como salvar la situación política del momento sosteniendo la producción de guerra. Lo cual no impidió a los estalinistas –cuando llegaron

a imponerse en el seno del Gobierno– sabotear hasta la producción necesaria para la lucha contra los ejércitos franquistas.

Las autoridades gubernamentales, así como los miembros del Partido Comunista, guiados por los agentes de Moscú, han llevado –en forma simultánea– una guerra implacable contra las realizaciones sociales que hemos descrito (y también contra aquellas que nos faltó espacio para describir). Nos parece necesario resumir los hechos más sobresalientes que han llegado a nuestro conocimiento.

Hechos que –en ciertos casos– han alcanzado un grado insospechado de violencia. Los primeros acontecimientos de tal índole se produjeron en Levante cuando los artesanos colectivistas se opusieron a las fuerzas gubernamentales. Hemos visto que el Gobierno de Madrid había huido ante el avance fascista y que se había instalado en Valencia, donde estaba a salvo de ataques peligrosos. En esa época, las fuerzas de la CNT dominaban toda la región, aunque el aparato estatal, desorganizado y sin iniciativa, hubiera quedado en manos de los republicanos.

En el campo, los revolucionarios libertarios aseguraban el orden y construían una sociedad nueva. Existía, pues, una dualidad que se intensificó tan pronto se hubieron instalado las autoridades centrales. Estas, incapaces de organizar la lucha en el frente fascista, quisieron compensar su nulidad emprendiendo el combate en la retaguardia. Las

colectividades se multiplicaban con rapidez inquietante. Si ganábamos la guerra –y los portavoces oficiales lo prometían diariamente–, el régimen que nacería de esta crisis podría muy bien no ser el que existía en el momento del ataque fascista. Y, por una vez previsores, nuestros intrépidos gobernantes lanzaron la ofensiva contra los campesinos valencianos.

Varios ataques fueron planeados. La ofensiva fue encomendada a los carabineros y los guardias de asalto, sin duda debidamente seleccionados. Era en marzo de 1937. El ataque partió de dos centros (Murcia y Alicante), cuyas tropas remontaron hasta el Norte. Sus fuerzas comprendían una sección de artillería con numerosas ametralladoras y carros de asalto, sin duda rusos, ya que no había otros en poder del ejército «republicano». Se contaron 18 de estos carros en la región de Gandía y 13 en la región de Alfara del Patriarca.¹³⁷

Nuestros compañeros campesinos, que estaban prevenidos, estaban decididos a resistir. No tenían carros de asalto, pero utilizaban fusiles, pistolas y dos cañones antitanque, sin duda proporcionados por la Columna de Hierro, en el frente de Teruel. El plan de las fuerzas gubernamentales parecía consistir en converger sobre Cullera y Alfara, puntos estratégicos para operaciones

137 Los comunistas tenían entonces unidades de combate especialmente organizadas, sin duda bajo la dirección técnica enviada desde Moscú.

ulteriores. Pero casi toda la región se había sublevado. Según lo convenido, se tocó las campanas a rebato y los compañeros de los pueblos importantes de la región acudieron a auxiliar a las poblaciones atacadas. Hubo amplia utilización de las granadas de mano; dos batallones de la Columna de Hierro y dos de la Columna Confederal bajaron del frente de Teruel hasta Segorbe. Las federaciones comarcales de Játiva, Carcagente, Gandia y Sueca reunieron sus fuerzas y establecieron el frente de Gandía, mientras las de Catarroja, Liria, Moncada, Paterna y Burriana establecían el de Villanesa.

En Cullen y en los alrededores, la lucha duró cuatro días, al cabo de los cuales, y ante la imposibilidad de avanzar, las tropas oficiales cambiaron de itinerario, y se dirigieron hacia Silla. Por fin, la intervención de los líderes de la CNT permitió interrumpir la lucha. Hubo devolución de prisioneros y de armas. Pero, a pesar de ello, cierto número de los nuestros –especialmente miembros de las juventudes libertarias– fueron retenidos, siendo liberados más tarde. Se contaron muertos y heridos, pero las colectividades no fueron destruidas; por el contrario, su número aumentó con ritmo acelerado.

Todo lleva a suponer que la operación había sido montada por el ministro de Guerra, el socialista de derecha Indalecio Prieto, de acuerdo con los comunistas, a los cuales odiaba, pero con los que se reconciliaba cuando se trataba de luchar contra los libertarios.

También en Cataluña las fuerzas militares de la retaguardia habían sido organizadas con mayor rapidez que las fuerzas que languidecían –poco menos que desarmadas– en el frente de Aragón. Y cuando el presidente de la Generalidad, Companys, creyó llegado el momento, aprobó, tácita e implícitamente de acuerdo con los otros partidos, la provocación que dio lugar a lo que se llamó las «jornadas de mayo» de 1937, cuyo resultado fue la eliminación de los militantes libertarios que ocupaban cargos ministeriales y de los que estaban en la administración, conjuntamente con la toma de los mandos más importantes por los estalinistas tanto en los cuerpos de policía como en los cargos administrativos; todo realizado con pasmosa velocidad.¹³⁸ A partir de ese momento empezaron las persecuciones contra nuestras fuerzas, y perdimos en todos los terrenos, menos en el de la producción, porque los comunistas no tenían gente capaz de asumir responsabilidades productoras.

Pero sí sabían sabotear. Uno de los ejemplos más significativos de su empeño destructor fue su lucha

138 Observemos que en los combates provocados por Companys, con el pretexto de desalojar a los trabajadores de la CNT de la Central Telefónica –combates donde atacaron las fuerzas de policía especialmente organizadas y que se extendieron por toda Barcelona– las fuerzas de la CNT y de la FAI fueron, en cuatro días, dueñas de casi toda la ciudad; un día más de combate y lo dominaban todo. Pero los ministros Montseny y García Oliver pidieron con insistencia la cesación de los combates. Nuestros compañeros creyeron en las promesas de un arreglo y consintieron en dejarse desarmar. Después, muchos de ellos fueron eliminados y otros perseguidos. A partir de ese momento, los comunistas impusieron su ley.

obstinada contra la colectivización de los medios de transporte urbano de Barcelona.

Ya hemos visto que el Gobierno central se había limitado a pedir al sindicato de los tranviarios que el 3% de los ingresos fuera entregado, en concepto de impuestos, al ministro de Hacienda; y que el ministro de Hacienda de Cataluña, sin duda para demostrar su buena voluntad hacia los trabajadores, exigía *catorce* impuestos diferentes. Pero uno y otro evitaban perjudicar realmente a la organización socializada porque no podían sustituirla por nada que valiera, y paralizar los medios de transporte en una ciudad como Barcelona causaría desórdenes que harían el juego al fascismo. Pero los comunistas no tenían tantos escrúpulos; sin duda recibieron orden de Stalin de sabotear por todos los medios una organización revolucionaria que no podían dominar. Y la orden fue obedecida con el celo habitual.

Empezaron por crear dificultades en el comité de gestión del que, lógicamente, no habrían debido formar parte nunca, ya que representaban una minoría ínfima en los tranviarios; pero, a pesar de su escaso número, aprovechaban la situación para crear disensiones y frenar el entusiasmo gracias a maniobras maquiavélicas.

Entonces se multiplicaron los procedimientos. Así, habían logrado ser mayoría en un taller donde 24 mecánicos fabricaban piezas de recambio (cojinetes) sin las cuales los tranvías llegarían a estar inmovilizados. No es que se

negaran a trabajar, al contrario, prometían formalmente suministrar lo que era de su incumbencia; pero, un mes después de la fecha aceptada, los cojinetes no estaban aún terminados; a los dos meses tampoco. O, cuando estaban terminados, no correspondían a las medidas indicadas. Ya había tranvías parados en las cocheras, y fue para defenderse de este sabotaje que el sindicato adquirió el horno eléctrico ultramoderno que hemos mencionado en el capítulo correspondiente.

Otra maniobra consistió en fomentar desórdenes, provocando hostilidades entre diversas ramas de los medios de transporte. Los comunistas habían logrado ser mayoría en dos grandes ex compañías de ómnibus urbanos. Los trabajadores de los tranvías pagaban el importe de su viaje cuando utilizaban estos automotores, pero los empleados del otro sector no pagaban el importe de su viaje cuando tomaban el tranvía. Se produjeron incidentes, y la situación empeoraba, que era lo que se buscaba. Fue preciso poner término a esta situación amenazando con emplear la acción directa contra los que dirigían estas maniobras.

Siempre en Cataluña, los procedimientos de sabotaje fueron cada vez más perfeccionados, adaptándose a la evolución de la situación. Tres factores nuevos se pusieron en juego:

a) El creciente deseo de la población de dar a la lucha contra el fascismo una importancia primordial, lo que

nuestros compañeros no ponían en duda, pero el retorno de los tranvías a la gestión capitalista no podía aumentar las posibilidades de victoria, sino todo lo contrario.

b) La entrada de los comunistas en el ministerio de Guerra e Industria después de las jornadas de mayo.

c) El derecho concedido a este ministerio de requisar por medio de sus agentes hábilmente distribuidos los elementos técnicos que pudieran servir a la fabricación de armamentos.

Estos agentes, actuando como representantes del correspondiente ministerio, empezaron por exigir la entrega de los productos químicos empleados para la soldadura de los rieles con el pretexto de utilizarlos para la fabricación de explosivos. Nuestros compañeros se inclinaron, no queriendo que se les acusara de perjudicar la lucha contra el fascismo, pero enviaron técnicos a Francia, que compraron aparatos de electrodos –que también hemos mencionado ya– y se evitó así las dificultades que nuestros enemigos internos habían querido crear. (En cuanto a los productos químicos requisados, se pudrieron en algún depósito adonde los estalinistas los habían colocado).

Algunas semanas más tarde, varios oficiales, indudablemente guiados por los mismos directores moscovitas, se presentaron¹³⁹ con una orden del ministro de

139 El papel de Indalecio Prieto durante este período sugiere muchos

Guerra de Valencia – entonces Indalecio Prieto—. Esta orden exigía la entrega de las mejores máquinas, entre las cuales estaba el torno norteamericano más nuevo, y a pesar de que se podía comprar no sólo un ejemplar, sino varios, ya sea en Francia, Bélgica u otra parte.

Ametralladora en mano, nuestros compañeros se opusieron a esta confiscación y como el pretexto esgrimido era el esfuerzo de guerra que nuestros compañeros mantenían desde hacía mucho tiempo, éstos se ofrecieron para trabajar más –siempre gratis– para satisfacer las necesidades invocadas.

Se tenía ya la ventaja de que los talleres estaban instalados, mientras que si hubiera sido necesario instalarlos

interrogantes. Enemigo personal de Largo Caballero, en el seno del Partido Socialista, repetidas veces puso trabas a las medidas decididas por su compañero. Por otra parte, ya hemos mencionado que no vaciló en aliarse con los comunistas contra las realizaciones libertarias. Pero hay un aspecto desconocido de su comportamiento. Como ministro de Marina y Aviación, tenía en la embajada española en París un agente suyo encargado de la compra de armas. Numerosos traficantes, e incluso hombres que tenían relaciones adecuadas, se presentaron en reiteradas ocasiones para ofrecer armas que a veces eran del último modelo, y en cantidades apreciables. Y el agente de Prieto las rechazaba siempre con el pretexto de que ya tenían elementos de combate más recientes. Sistemáticamente, toda oferta era rechazada. En general, los ministros responsables de la República han hecho tanto para que se perdiera la guerra como el mismo Franco. El autor de este libro, que algo se ocupó de este problema, podría narrar hechos asombrosos –que otros han conocido–, como el rechazo de artillería mandada de Checoslovaquia y llegada a Suiza y que fue devuelta bajo pretextos baladíes, cuando en el frente de Aragón no había un solo cañón para defenderse.

en otra parte, existía el riesgo de que la instalación hiciera perder mucho tiempo. Pero su propuesta fue rechazada. Se exigía y se requería las máquinas.

Con espíritu de conciliación, los responsables del sindicato propusieron intercambiar las dos fresadoras último modelo –que se prestaban a aplicaciones múltiples, y que también los técnicos del Ministerio de Guerra podían comprar en el extranjero– contra otras fresadoras de modelo menos reciente. La proposición fue aceptada, y permitió hacer un descubrimiento inesperado.

Un técnico delegado por nuestros compañeros para ir a escoger esas dos máquinas las halló en un depósito clandestino adonde se le condujo, en el barrio de Sarriá. Pero también halló, estupefacto, *ochenta* fresadoras, unas *cuarenta* rectificadoras y un *centenar* de tornos.

¿Por qué estaban almacenadas en ese lugar máquinas que faltaban absolutamente para la fabricación de armamentos en otras fábricas? Podemos suponer que los comunistas esperaban –para sacarlas de su escondite– haberse adueñado del poder en el plano nacional, o por lo menos en toda Cataluña. Y que eran capaces de preferir el triunfo del fascismo al de otros revolucionarios que no aceptaban su dictadura. Por su parte, los franquistas al triunfar, no tuvieron más que utilizarlas.

El partido de Moscú hizo más aún. En el campo aragonés

donde los pueblos son mucho más esparcidos –comparados con los levantinos– y mucho menos poblados y organizados para la lucha, lejos del frente, lograron destruir casi íntegramente las colectividades. Resumamos el proceso seguido.

En junio de 1937, después de las jornadas decisivas de mayo en Barcelona, y del desalojo de nuestros ministros del Gobierno central de Valencia, el comunista Uribe –nuevo ministro de Agricultura– publicó un decreto que legalizaba las Colectividades en todo el territorio de España, independientemente de las circunstancias (es decir, de la expropiación ilegal) en las cuales se había producido. Para quien recordaba la campaña virulenta e implacable que ese hombre había hecho, en nombre de la legalidad republicana, de la lucha antifascista, etc., contra esas creaciones sociales de los campesinos revolucionarios, este brusco cambio era asombroso. Durante meses había pronunciado discursos por la radio gubernamental pidiendo a los campesinos no entrar en las Colectividades, incitando a los pequeños propietarios a combatirlas por todos los medios; y siempre hablando en calidad de ministro, de modo que los conservadores y reaccionarios que aún había en el campo se sentían sostenidos oficialmente, mientras que los indecisos concluían que si las autoridades se pronunciaban contra la expropiación y la socialización, éstas serían anuladas después de la victoria sobre el franquismo. Más valía no dar un paso condenado de antemano.

No satisfecho con su campaña, Uribe había organizado la Federación Campesina de Levante, en la cual se alistaron todos los defensores militantes de la propiedad privada del suelo, donde comunistas y fascistas se codeaban sin hostilidad. El frente único antirrevolucionario estaba regionalmente constituido. La gimnasia táctica y dialéctica ha permitido siempre a los comunistas acudir a los procedimientos más asombrosos que pueda imaginarse.

Otra actividad que revistió una forma aparentemente favorable fue la constitución de brigadas de jóvenes comunistas que fueron enviados, en Cataluña y en Levante, para «ayudar a los campesinos a recoger las cosechas». La prensa comunista publicaba columnas enteras de reseñas, comunicados, clisés, que glorificaban esta colaboración de las «brigadas de choque» agrarias en plena actividad.

Quienes conocían las tácticas tradicionales de estos enemigos implacables de las colectivizaciones y las de todo revolucionario reacio a su tutela, no podían abrigar la menor ilusión en cuanto al fin perseguido por los estalinistas: infiltrarse en las organizaciones agrarias para –después de haberlas denunciado– *apropiarse* de sus posibilidades inmensas o *destruirlas* desde dentro. Pero en ese mismo mes de junio, los prolegómenos del ataque aparecían en Aragón, en una escala y con un método hasta entonces desconocidos; la imaginación de los discípulos de Marx fue siempre de una fecundidad sin igual en su lucha contra los enemigos de su dictadura.

Se acercaba el momento de la cosecha. En las carreteras, los carabineros, mandados a menudo por hombres del Partido Comunista –afiliados o no afiliados, y que habían ocupado los puestos de mandos en las escuelas improvisadas de oficiales para el ejército–, empezaron a detener, armas en mano, a los camiones cargados de víveres que iban de una a otra provincia¹⁴⁰ y a llevarlos a sus cuarteles. Un poco más tarde, los mismos carabineros recorrían las colectividades, y en nombre del Estado Mayor establecido en Barbastro –provincia de Huesca– y de la prioridad de las necesidades de guerra, exigían fuertes cantidades de trigo.

Volvamos a aclarar que las colectividades no podían ser acusadas de egoísmo, especialmente en el frente, ya que sin ellas éste se habría derrumbado rápidamente. Lo hemos probado de manera amplia. Estaban esperando la cosecha para procurarse, por medio del intercambio, productos de los que tenían una necesidad apremiante. Entregar cantidades importantes de trigo antes de la cosecha y sin compensación, equivalía a que en ciertas comarcas, como la de Binéfar, que lo habían dado todo –cereales, patatas, aceite, carne– se provocara en cierta parte de la población un descontento cuyas repercusiones podían ser peligrosas.

140 Coincidencia o no, se aplicaba en este caso la política impuesta por los bolcheviques, a través de la brigada especial de la *Cheka* (nombre entonces dado a la policía del Estado, en los años 1918–21), la que tuviera por resultados provocar el hambre en las ciudades.

Tal era, en el fondo, el objetivo perseguido. Es conveniente subrayar que nada se pedía a los pequeños propietarios. Y los mismos procedimientos se aplicaron en la región levantina.¹⁴¹

Esta exigencia fue pronto seguida por otra. Siempre por orden del Estado Mayor de Barbastro –cubierto por el ministro Prieto, que después de la crisis de mayo había pasado del Ministerio de Marina y Aviación al de Guerra–, se empezó por requisar *manu militari* todos los camiones, entonces indispensables para el transporte de los productos cosechados, particularmente el trigo.

Hemos visto que casi siempre las colectividades se habían procurado camiones gracias al intercambio de sus productos agrícolas, a menudo privándose de ciertos alimentos. Los camiones eran una de las adquisiciones de las que más orgullosos se mostraban. Pero todo fue requisado, brutalmente, con el pretexto de la guerra.

Al mismo tiempo, y siempre en Aragón, se movilizaban los reclutas con el pretexto de una próxima ofensiva. Al principio de la cosecha, unos 50 muchachos de Esplús fueron reclutados. ¡Y Esplús había dado ya tantos voluntarios!

Casi todos los otros pueblos fueron privados de sus

141 En esta región, los comunistas crearon una organización de exportación de productos agrarios para torpedear al FERECAL, creado anteriormente por la Federación de Colectividades de Levante.

jóvenes, pero las mismas categorías de reclutas, que nada hacían en Cataluña, no eran llamadas. Lo fueron más tarde. Mientras tanto, la cosecha fue hecha en pésimas condiciones.

En Aragón, el Estado Mayor se alojaba en esos momentos en pueblos cuidadosamente elegidos por sus posiciones estratégicas. De acuerdo con lo que se preparaba, fuerzas militares quedaban lejos del frente. Estas fuerzas venían de regiones no aragonesas; vivían despreocupadas, comiendo, callejeando, aburriéndose o jugando a la pelota vasca. Iban a ser utilizadas en tiempo juzgado oportuno.

Mientras tanto, los campesinos que habían hecho el milagro de labrar y sembrar mucho más que antes, veían el trigo desgranarse en los campos por falta de ayuda necesaria.

Simultáneamente, la prensa comunista proseguía su campaña. Practicando un juego doble, el Partido Comunista podía probar a unos que apoyaba las colectividades, con el decreto del ministro Uribe y el envío de brigadas de jóvenes a los campos de Cataluña y Valencia –no de Aragón– mientras, de hecho, destruía –para anular a una revolución que no podía controlar– recursos económicos necesarios para la victoria.

Y a fines de julio tuvo lugar el ataque directo sobre las colectividades, merced a una brigada móvil a las órdenes del

comandante comunista Líster. (Estas tropas, a raíz del ataque de Belchite, en el mes siguiente, iban a huir con tanta prisa ante las tropas fascistas que sólo se detuvieron a 50 kilómetros del frente).¹⁴²

Resultado final de esta ofensiva: el 30% de las colectividades completamente destruidas. En Alcolea de Cinca, el concejo municipal, que estaba al frente de la comunidad, fue detenido; los huéspedes de la Casa de los Ancianos fueron expulsados. Hubo detenciones en Mas de las Matas, en Monzón, en Barbastro, en muchas otras partes. En muchas partes también, los almacenes municipales y las cooperativas fueron saqueados, los muebles destrozados. El

142 Para justificar su gloriosa hazaña, Líster invocó el hecho que las colectividades no le habían opuesto resistencia. Digamos, en primer lugar, que esto no prueba nada contra las colectividades mismas. En segundo lugar, y sobre todo, no pudieron defenderse por varias razones, psicológicas, ante todo. Los comunistas empezaron, desde la época de Lenin en Rusia, a aplicar el procedimiento de la ofensiva violenta y brutal contra los otros revolucionarios, y pudieron aplicarla con éxito porque en período de lucha contra un enemigo común, los que atacan al hermano de combate se benefician de la sorpresa, de la vacilación, del asco, del desconcierto que tal ataque produce; los aliados de la víspera no pueden —bruscamente— transformarse en enemigos mortales, quedan paralizados por la sorpresa y vacilan en entablar una lucha que será ventajosa para el enemigo común. Por otra parte, en Aragón la situación no era como la de Levante, donde los pueblos casi se tocaban, la población era densa, las armas más numerosas. En Aragón, los pueblos estaban más dispersos, la densidad era escasa. Fue fácil emplear la táctica que aplicaron las huestes de Mussolini para adueñarse de buena parte de Italia: el ataque brusco, concertado, con hombres armados que se concentraban de improviso desde diversos puntos en un lugar inesperado.

gobernador de Aragón, nombrado por el Gobierno de Valencia después de la disolución del Consejo de Aragón – acto que pareció ser la señal del ataque general–, quiso frenar tantos desmanes. Le mandaron al diablo.

Y en el Pleno Nacional de los Campesinos, reunido en Valencia el 22 de octubre, la delegación del Comité regional de Aragón presentó un informe del que extractamos los siguientes datos:

Más de 600 organizadores de colectividades están encarcelados. El Gobierno nombró delegaciones que se adueñaron de los depósitos de víveres y distribuyeron su contenido a la buena de Dios; las tierras, los animales de tiro, el ganado y los aperos de labranza fueron devueltos a las familias fascistas que la revolución había respetado.

La cosecha fue distribuida en la misma forma. Numerosas porquerizas, cuadras, granjas, fueron destruidas. En ciertos pueblos, como Bordón y Calaceite, se quitó a los campesinos hasta las semillas, y en el momento del Congreso, no las tienen para sembrar sus tierras labradas.

Naturalmente, tales barbaridades dejaron rastros. Casi en todas partes las colectividades volvieron a reunirse, pero distaron mucho de adquirir el vigor que habían logrado antes. Los «individualistas» y los conservadores hicieron la ley, lo que les fue facilitado porque un número relativamente importante de los que se habrían adherido –

si de ellos hubiera dependido— no se atrevían a volver a empezar. El presentimiento que hemos señalado varias veces en los vacilantes aparecía justificado.

Luego, los franquistas sucedieron a los comunistas. Y nada quedó, menos ciertos perfeccionamientos técnicos, de la obra constructiva de las colectividades de Aragón.

Mucho más quedaría por escribir en cuanto a las maniobras de los adversarios no fascistas de la socialización libertaria realizada en los años 1936–39. Maniobras que se integraban en una estrategia de conjunto contra la cual — desde luego— nuestros militantes de base eran impotentes. Insistimos en señalar la importancia del hecho que consistió en mantener en estado de ociosidad a decenas de millares de trabajadores (ya hemos mencionado el total de 200.000 en Cataluña), en lugar de entregar a los sindicatos —que tenían una disciplina, una moral colectiva, una responsabilidad— esos recursos que por una parte habrían permitido mantener parte de la producción, y por otra hubieran evitado cierta desmoralización. Desmoralización que también parecía ser cultivada sistemáticamente.

Así, hemos visto que en el ramo de la construcción —de Barcelona—, buena parte de los trabajadores quedaron sin trabajo. Con buenas intenciones, sin duda —admitámoslo—, pero en este caso con muy poca visión, el ministro de Hacienda declaró que pagaría el sueldo de los trabajadores desocupados. De modo que éstos no tenían más que

presentarse en los lugares de trabajo donde se hallaban al producirse el conflicto; los sábados, el delegado iba a cobrar al Ministerio de Hacienda de la Generalidad catalana el importe de los sueldos, que era distribuido.

Pasado el primer período de perturbación producido por la situación pública y el tumulto propio de una revolución de tal amplitud, el comité sindical quiso poner coto a este abuso y decidió que los trabajadores desocupados debían presentarse al sindicato, a fin de ser orientados hacia otros trabajos, bajo pena de separación y de supresión del sueldo, lo que se habría practicado dando a los delegados de obras las órdenes consiguientes. Pero se encontró con una resistencia que dificultó mucho la aplicación de las medidas anunciadas: los comunistas, que se habían adueñado de la UGT y del Sindicato de la Construcción, que pertenecía a esta organización, hicieron saber a los desocupados que si la CNT los expulsaba, su sindicato les acogía *sin obligarles a trabajar*. Lo cual tuvo las consecuencias que se puede imaginar.

Cuando los libertarios del mismo Gobierno de Cataluña se encontraron fuera de sus ministerios, el encargado de la economía fue sustituido por el líder comunista Comorera, enemigo implacable de la CNT y del movimiento libertario. La fecundidad imaginativa de su partido apareció una vez más, bajo formas inéditas. Por mucho que se hubiera querido, era imposible anular en las industrias, en las diversas fábricas, la influencia organizadora y preponderante

de nuestros sindicatos. Intentarlo habría paralizado la producción. El mismo Comorera lo reconoció ante su partido. Entonces, éste recurrió a dos procedimientos que se complementaban: por una parte, privaba a las fábricas de materias primas, o hacía que su entrega fuera tardía, lo que provocaba una demora en la entrega de los productos, desde luego criticada, especialmente en los armamentos. Por otra parte, pagaba con retraso las mercancías recibidas, lo cual repercutía en la vida material de los trabajadores porque, siendo los salarios pagados bajo control sindical, el descontento de estos últimos se polarizaba contra los militantes y delegados de la CNT y, por consecuencia, contra la CNT misma.

Este sabotaje generalizado fue practicado con tal maquiavelismo que aun estando preparados, nos sorprendería si pudiéramos conocerlo en todos sus aspectos. Paralizar la acción de sus aliados y acusarlos de inercia fue uno de los procedimientos empleados con mayor maestría. Hemos visto que el frente de Aragón estaba condenado a la inactividad, porque se le dejaba sistemáticamente privado de armas. Lo cual daba como consecuencia que nuestros milicianos se hacían matar a granel, sin poder adelantar un paso (así era como la ciudad de Huesca, que contaba 18.000 habitantes, ya nos había costado 20.000 muertos en julio de 1936). La incapacidad de ataque en que nos hallábamos hacía que no pudiéramos ayudar –incluso indirectamente, por medio de una ofensiva de diversión– a Madrid, donde la

población mostraba tanto heroísmo. Condenadas a la iniciación en el frente aragonés, nuestras milicias rabiaban en su impotencia. Todos los pasos que se dieron, las reclamaciones en la prensa, el envío de delegaciones al Ministerio valenciano de Guerra, el denunciar estos hechos en ciertos mítines, como lo hizo el autor de este libro, todo, caía en el vacío. Mientras, la prensa comunista de Madrid atacaba a los milicianos aragoneses, reprochándoles su inercia; recordamos una caricatura que representa a un miliciano aragonés, que simboliza a todos los milicianos aragoneses, pescando tranquilamente con caña a orillas del Ebro, importándole poco lo que ocurría en otras regiones...

Puede suponerse el odio que esta campaña jesuítica provocaba en ciertas partes de la población antifascista.

XXXII. EL FEDERALISMO LIBERTARIO

Entre las muchas enseñanzas que pueden sacarse de la revolución libertaria española, nos parece de primordial importancia una, que se encuentra difusa en buen número de estos capítulos. Nos referimos a la forma en que ha sido practicado el federalismo y lo que puede deducirse de esta práctica para el porvenir.

Comúnmente no se repara en que existen varias clases de federalismos, siendo unos totalmente distintos de otros, y que –acogiéndose a este vocablo– puede llegarse a resultados totalmente distintos.

Las naciones americanas –desde el Canadá hasta la Argentina– son, en general, federalistas. Están divididas en provincias o estados, cada uno de los cuales tiene su

administración autónoma, su gobierno propio, su legislación, sus diputados y ministros, e incluso su doctrina cuando se trata de problemas metafísicos, como el de la religión, el ateísmo, la separación de la Iglesia y el Estado, etc. En estos momentos, mientras parte de los Estados Unidos de Norteamérica ha suprimido la pena de muerte, otros la mantienen. Unos admiten la objeción de conciencia, otros la rechazan. Y existen muchas más diferencias.

El federalismo puede, pues, implicar la libertad de adelantar o retroceder, con ganancia o menoscabo de la libertad individual, y por consiguiente *humana*. Vemos a menudo que regímenes archirreaccionarios reivindicán el federalismo. En Argentina, las huestes del dictador Rosas sembraron el terror en nombre de su famoso grito de guerra: «¡Federación o muerte!» En Alemania, el federalismo sirvió de pretexto a los partidos más retrógrados, y a la formación de las primeras fuerzas de combate de Hitler, amparadas en la autonomía de Baviera; y hoy sirve para justificar la dominación que ejercen las distintas iglesias en las escuelas, donde imponen la enseñanza religiosa. En Francia, los partidarios de la monarquía –aún existentes– se reclaman a menudo partidarios de Proudhon, deformándolo a su manera, porque preconizó el federalismo sobre el modelo suizo en su libro *El Principio Federativo*, aunque pueda demostrarse que también escribió sobre la posibilidad de una estructuración unificada –cuando no unitaria– de la sociedad.

Hoy mismo, si volvemos a los Estados Unidos de Norteamérica, los sudistas son partidarios del federalismo para mantener la segregación racial contra los habitantes de raza negra, y la terrible Guerra de Secesión que tuvo lugar entre los años 1861–1865 se hacía en nombre de la libertad, del federalismo y del derecho de mantener la esclavitud.

Frente a estos conceptos de federalismo político, que repercute en las relaciones –cuando no en las estructuras sociales– existen otros profesados por ciertos partidos de izquierda, enemigos del jacobinismo, tal el caso de los republicanos federalistas españoles (cuya personalidad más destacada fue el mencionado Pi y Margall). Actualmente, en Francia, los autonomistas bretones, vascos, corsos, alsacianos, etc., son generalmente derechistas, y son apoyados por la Iglesia Católica y por sus elementos más retrógrados; siendo liberal y centralista sin el menor rastro de organización provincial, la autonomía de las provincias fue aniquilada por la sucesión de los reyes y por la Convención durante la Revolución de 1789–1793.

En España, los federalistas más esforzados eran –en lo que va de este siglo– catalanes por una parte, vascos por la otra. La escuela federalista representaba un pensamiento político muy avanzado, de espíritu muy abierto a los innovadores y a las innovaciones. Ya hemos mencionado anteriormente que Pi y Margall había introducido el pensamiento anarquista (o por lo menos contribuido a introducirlo) traduciendo al español varios libros de Proudhon. Mas del Proudhon que

aprobaba y recomendaba la división comarcal de Suiza,¹⁴³ que transformaba a esta pequeña nación en 22 «patrias chicas», sólo solidarias ante la amenaza de invasión; que se comportan como naciones regidas por leyes propias, con sus propios reglamentos, autoridades, diplomas y organizaciones profesionales. Cada comarca o cantón da preeminencia a sus propios ciudadanos, de modo que los habitantes de Ginebra no son tolerados en la comarca de Vaud, Zurich o Basilea si el trabajo falta o escasean las viviendas. Así también, los diplomas de una comarca no tienen ningún valor en la otra, etc. Así habría sucedido en España si se hubiera aplicado el pensamiento expuesto por Pi y Margall en su libro *Las Nacionalidades*, donde preconizaba la división del país en tantas pequeñas naciones como familias étnicas contara.

Pero los internacionalistas españoles, fundadores del movimiento federalista socialista antiautoritario, entendieron el federalismo de otra manera. Fueron –a este respecto– más discípulos de Bakunin que de Proudhon. Para Bakunin federarse era unirse, aliarse, mancomunarse. Su pensamiento aportaba una amplia visión de la vida, del conjunto de los seres humanos que poblaban la tierra, y su amplio concepto del porvenir hizo que en el seno de la Primera Internacional, este paladín de la unidad humana hubiera de combatir las tendencias de Marx y Engels,

143 Merece subrayarse que fue Napoleón quien estableció definitivamente la constitución que sancionaba el cantonalismo suizo.

quienes al recomendar la conquista del poder político en cada nación por medio del parlamento nacional, escindía a la Internacional y condenaba a muerte al internacionalismo.

Tanto aprobaron y se compenetraron de sus ideas los revolucionarios españoles, que durante muchos años se llamaron internacionalistas, y las palabras «nación española» fueron sustituidas en su vocabulario por las otras de «región española». España era una región de la Internacional, como lo eran otras naciones. El pensamiento superior ocupaba el primer lugar, tal vez a cambio de negar ciertas realidades.

Pero existen aún otros hechos, de singular importancia. Tal el de las regiones, con sus características naturales, económicas, sociales, incluso históricas, todo lo cual no podía ignorarse. Por otra parte, el pensamiento bakuniniano reconocía, y reconocieron sus discípulos, el derecho de adhesión y *de secesión* de cada individuo en el municipio, de cada municipio en la provincia, de la provincia en la región, de la región en la nación, de la nación (o de lo que tal llamamos) en la Internacional. Era indispensable para asegurar la libertad. No es que Bakunin preconizase la práctica permanente de la separación de los individuos, de los municipios, etc., sino que creía necesario reconocer estos derechos en principio, y acaso en la práctica, aunque su aplicación fuese difícil.

Siguiendo esta norma se fue ideando y afianzando el

federalismo libertario español. Partía, en los hechos, no del derecho individual de secesión –que no podía plantearse entre los militantes y revolucionarios de la época– sino de la organización sindical constituida. De modo que, si analizamos retrospectivamente el proceso de organización que entonces se siguió, tendremos:

1°. En la base: los sindicatos, o más exactamente los «gremios», como entonces se los llamaba, compuestos por los individuos en ellos reunidos.

2°. Las federaciones locales de gremios, unidas a escala local, cuando la importancia de las actividades y de la población permitía la existencia de varios gremios que se agrupaban para coordinar sus actividades. En caso contrario se constituía un Sindicato de Oficios Varios, y ya tenemos aquí el impulso hacia una mayor compenetración ascendente o fusión de todas las fuerzas del movimiento.

3°. Seguían luego las federaciones comarcales, que englobaban –con diversos criterios jurídicos– cierto número de localidades con sus habitantes y entre las cuales se establecía una cierta homogeneidad, una cohesión cuya utilidad se advirtió durante la Revolución española.

Establezcamos desde ahora las consecuencias que en esta revolución tuvieron estos primeros elementos de la estructura general.

Hemos dicho –y recordamos– que la organización obrera creada por los primeros internacionalistas respondía a dos objetivos simultáneos: mejorar, en lo inmediato, la vida de los trabajadores, y preparar la base de la sociedad que se proyectaba crear. Al mismo tiempo, se preparaba psicológicamente al hombre nuevo. Todo lo cual contribuyó a hacer, sin grandes desgarramientos, sobresaltos, convulsiones o esfuerzos excepcionales, la transmutación social que hemos descrito. Así, fue primero en el interior de la colectividad local donde los individuos –ya acostumbrados a ser solidarios *como hombres* (y no sólo como trabajadores) desde el punto de vista general de la vida– rebasaban los cotos cerrados seculares. Ya no les separaba el oficio, las ocupaciones, puesto que eran previamente solidarios en la organización intersindical, o en el sindicato de oficios varios. Pasar de estas prácticas a la igualdad económica, a la identidad de medios de existencia, constituía simplemente un paso más por el derrotero que todos habían seguido. El reino de la solidaridad económica y humana fue posible gracias a la solidaridad que preexistía. Simplemente sucedía que la semilla, más estimulada y mejor abonada, daba una mayor y más abundante cosecha.

Pero las federaciones comarcales implicaban otro ascenso. Hemos dicho, y visto, que se componían de 15, 30, 50 localidades. Y ya en el régimen anterior, las luchas y la solidaridad habían tejido entre ellas lazos orgánicos y no orgánicos, que las circunstancias nuevas robustecían. Desde

los primeros momentos de la revolución esos lazos de ayuda mutua –que revestía las formas más variadas– fueron estrechados y completados. Ya no se trataba de relaciones *intralocales* entre núcleos pertenecientes a distintas actividades u oficios, sino *interlocales* estableciendo la cohesión entre la población de todos los pueblos. Cada localidad guardaba sus características, pero todas asociaban sus actividades, coordinaban sus iniciativas, sus empresas, intercambiaban ideas y materiales, elementos de trabajo. Mas las cosas no se detenían allí: tal como se había establecido la solidaridad a nivel económico interindividual e intercorporativo en la localidad, así se estableció en el terreno interlocal. Tal sección o tal especialidad de producción que –por circunstancias ajenas a la voluntad de los hombres– estaban en déficit eran ayudadas por la caja común, o con los recursos procurados por las secciones o las localidades que producían superávit. La moral libertaria igualaba el disfrute de los bienes materiales. El federalismo era un pacto de hermandad.

En el tercer plano, hallamos la región y la organización regional, compuesta por las federaciones comarcales. Puede pensarse que –lógicamente, y siguiendo el rumbo que trazamos– debería aparecer la provincia. Pero, por razones que no es posible averiguar (sólo podríamos emitir suposiciones) no existe la organización provincial. Lo que aparece, en cambio, es la organización regional, que engloba a las provincias administrativas (por ejemplo, Cataluña y la

federación regional catalana de la CNT se componen de las provincias de Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona). Naturalmente, las ciudades desempeñan un papel más o menos importante, correspondiente a sus dimensiones y actividades, su posición geográfica, etc.

En España, especialmente, las regiones están muy marcadas: las características geográficas y orográficas, los acontecimientos históricos, la variedad de las poblaciones imponen su peculiaridad. Y, debido al caos de los acontecimientos, todas las poblaciones han resultado singularizadas de tal modo que a la fisonomía peculiar se suman los distintos aspectos de la condición humana. Lenguajes distintos, modalidades de la existencia determinadas por la variedad de ambientes y de caracteres psicológicos: la uniformización no es posible, ni deseable. La región es un conglomerado natural que por otra parte contrabalancea el estado monolítico y centralista.

Todo lo cual nos explica por qué nacieron las «regionales» catalana, levantina, vasca, andaluza, aragonesa, etcétera, y siguieron existiendo.

Y aquí se imponen algunas aclaraciones sobre las cuales debemos insistir con todo el vigor posible. Cuando Pi y Margall escribía sobre las nacionalidades regionales adoptaba una actitud en plena contradicción con el internacionalismo. Para él y sus discípulos, el federalismo suponía, en primer lugar, la separación de Cataluña del

conjunto de España. El federalismo de Pi y Margall implicaba para un vasco la independencia de las vascongadas, para un gallego la separación de Galicia, etc.¹⁴⁴ A este respecto recordamos haber oído en 1937 a una oradora muy conocida declararse partidaria del federalismo pimargalliano y no del bakuninista. La independencia de las regiones le parecía indispensable para contrarrestar el centralismo de Madrid, y daba por ejemplo el caso de Cataluña y de Vizcaya, cuyo alto nivel de vida económica explicaba por su alejamiento –una al Noroeste, otra al Noreste– de la capital de España. Si esa oradora hubiese sido tan observadora como elocuente, hubiera comprobado que el Sudeste y el Sudoeste estaban alejados de la misma manera siendo, sin embargo, muy miserables. Pues no se podían trasladar los montes pirenaicos –con los saltos de agua dispensadores de fuerza motriz– a las provincias de Granada, Albacete, Almería y Málaga, ni las minas de hierro y carbón de Vizcaya a las provincias de Cádiz y Córdoba...

Afortunadamente, este espíritu no ha formado a la inmensa mayoría de los militantes libertarios españoles, que han permanecido fieles a sus principios. La estructuración regional fue inspirada a la vez por un ideal universal de fraternidad humana, y por el imperio de la vida misma. Los

144 Desde luego, estas reservas no implican –ni mucho menos– una crítica de los conceptos *sociales* de Pi y Margall, de espíritu tan abierto, y cuyos discípulos han estado –como lo mencionamos en este libro– tan cerca de nosotros en muchas ocasiones.

hombres que así se agruparon, que coordinaron racionalmente sus actividades, seguían fieles a la esencia del internacionalismo —podríamos decir del «antinacionalismo»—. Para un catalán libertario, un gallego, un andaluz, un castellano o un extremeño, un compañero era, ante todo, un compañero; un internacionalista, ante todo un internacionalista. Fue así como, después de muchos lustros, cuando la experiencia y las exigencias de la lucha movieron a los militantes de todas las regiones a unir más estrechamente sus fuerzas, lo realizaron en una nueva entidad cuyo nombre fue Confederación Nacional del Trabajo.

El empleo del adjetivo «nacional», que puede hacer evocar o suponer el nacionalismo, es decir, interpretaciones erróneas, no trata el concepto político de la nación en sí, sino sencillamente la conjunción fraterna de fuerzas y actividades constituidas y ejercidas por los distintos organismos regionales. Fatalmente asociadas, sobre todo al incrementarse la interdependencia de todas entre sí, ese conjunto de regiones constituyen una nación, y es lógico que los problemas se encaren en esa área, desde un punto de vista que comprenda el conjunto humano que la integra, en lugar de pugnar por prevalecer o explotarse mutuamente. Por otra parte, en el camino hacia la armonía general de la humanidad, el mantenimiento de los límites tradicionales no es sino la prolongación de los clanes y las tribus primitivas, indigno de los adelantos de nuestra especie.

El federalismo libertario nos ha llevado de la unión interindividual a la unión local, de la unión local a la unión comarcal, de la unión comarcal a la unión regional y – durante nuestra revolución– a la cooperación de millones de individuos que colaboraban por medio de instituciones similares, pero diferenciadas cuando se estimaba necesario– a la obra de la vida. De una región a otra todos se sabían –en mayor o menor grado– o se *sentían* solidarios en el esfuerzo general que mantenía la vida individual y colectiva. Hasta entonces la producción era iniciativa de una minoría detentadora, para la cual trabajaban los explotados, que sólo tenían noción y conciencia de la explotación de la que eran instrumento. En tal situación se sentían (y en una sociedad libertaria consolidada se sentirían) hermanados en el noble esfuerzo de la vida, gracias al contacto directo, orgánico, al conocimiento mutuo que era su consecuencia, a las responsabilidades compartidas entre hombres fraternos, elementos morales superiores, imposibles en una sociedad donde dominan la propiedad y la explotación del hombre por el hombre, o donde los burócratas y la burocracia han sustituido a los patrones y propietarios. Este sería uno de los aspectos más característicos de una civilización libertaria. Y estas actividades cohesionadas desde abajo hacia arriba eran práctica de libertad organizadora, de autodeterminismo consciente, opuesto a la autoridad dominadora.

El comité nacional elegido –cuando no compuesto, y

preferible que así fuera— por los delegados de las regiones en plenos y congresos nacionales es el coronamiento de este vasto edificio. No es un gobierno ni está investido de poderes absolutos. Por ende, deja a cada región la facultad de autogobierno. A este respecto, la Revolución española brinda el ejemplo de la «variedad en la unidad», lo que asegura la existencia del humanismo en la organización. Cada federación era libre —siempre, desde luego, que se respetaran los principios esenciales de no estatismo y de socialización verdadera— de modificar su estructura, hacer ensayos constructivos, dar mayor importancia a las cooperativas o al municipalismo, etc. El caso era que, organizándose a su modo, funcionando según sus características propias, cada región aportó —y aportará mañana en el concierto general establecido— el esfuerzo que le corresponde en la obra total.

En nuestro capítulo titulado *La democracia libertaria* hemos indicado cómo funcionaban los sindicatos según nuestro método federalista. Sus asambleas soberanas eran otra demostración de este método. Lo mismo implica el funcionamiento de las federaciones de oficios o de industrias. Y observemos de paso que la fundación —desde los primeros tiempos de la constitución de la sección española de la Internacional— de federaciones que abarcaban en una red general todas las actividades del país contradecía el replegarse sobre sí mismo de las regiones que preconizaban cierto federalismo.

En síntesis, el concepto y la práctica del federalismo libertario llevaban –y llevarían mañana– a una amplia organización, abarcando el conjunto del país, de las actividades y de los hombres que a ella se entregaban. Implicaban la cohesión general de los individuos y de las diversas colectividades, las responsabilidades recíprocas, la ley de la solidaridad dominante, al mismo tiempo que el respeto y la práctica de la libertad creadora. Nuestro federalismo no es separatista. Federarse, dice el Diccionario de la Real Academia Española (y dicen con ligerísimas variantes los demás diccionarios), es «hacer alianza, liga, unión o pacto entre varios». Más sencillamente, repetimos desde hace medio siglo: «federarse es unirse». Unirse de abajo hacia arriba, libremente. Cuando varias entidades, comunas, provincias o naciones se federan, se unen. Cuando se dividen o se separan no practican el federalismo, le vuelven la espalda. Por todas estas razones el federalismo es libertario, y voluntario.

Lo que precede nos lleva de la mano a ocuparnos –aunque sea en forma sucinta– de ciertas acusaciones que comentaristas poco informados, o de mala fe, han hecho –y hacen– para desacreditar el pensamiento anarquista (o, si preferimos, el libertarismo, el socialismo libertario). En efecto, es relativamente frecuente leer en historiadores o ensayista dedicados a la sociología que el anarquismo es propio de naciones económicamente atrasadas donde, a consecuencia de este atraso, domina la pequeña propiedad,

el pequeño taller, la pequeña empresa, y existe una estructura de conjunto casi medieval. Con lo cual se concluye que los anarquistas, o libertarios, están fuera de la historia y, en suma, que no merecen ser tomados en serio.

La Revolución española prueba lo contrario. En todos los pueblos, todas las industrias colectivizadas o sindicalizadas observaron un mismo movimiento de *concentración*, de disminución del número de talleres, de coordinación de los medios de transporte o sanitarios, de reducción de los factores de distribución. En Alcoy, por ejemplo, la *concentración libertaria o federalista* reúne en una misma dirección sindical a 103 empresas, talleres y depósitos de materias primas, y este solo hecho merecería la atención de los sociólogos. Hemos visto con qué rapidez se emprendió la planificación de los medios de transporte ferroviario, motorizado, marítimo o urbano (tranvías, subterráneos, ómnibus); con qué rapidez se había comenzado la sincronización de todos los servicios sanitarios –limitada por la situación creada por la guerra–, con qué rapidez se constituyeron las colectividades agrarias, coordinándose las actividades en todas las regiones donde fue posible apoderarse de las tierras, no para repartirla, sino para trabajarla en *forma planificada*. No es el caso hacer una enumeración –que, sin embargo, no sería inútil– pero que nos absorbería demasiado tiempo.

El caso es que la Revolución española infringe el más rotundo mentís a esos comentaristas. Admitimos que en la

corriente individualista ha sido defendido este proyecto menos aún que prehistórico –pues en la prehistoria los hombres vivían en grupos– o que lo defendió algún otro *minus habens*, pero afirmar que tal era la característica propia del anarquismo comunista o social es hacer gala de una incompetencia sorprendente.

En el orden teórico mismo, la confusión es imposible para quien se informe con honradez y seriedad.

El mismo Proudhon, que había preconizado la *posesión*¹⁴⁵ por cada uno, de sus herramientas y elementos de trabajo escribía en *Idea General de la Revolución* (1858) al prever la organización de la sociedad:

Por fin aparecen las compañías obreras, verdaderos ejércitos de la revolución, donde el trabajador, lo mismo que el soldado en el batallón, se conduce con la precisión de sus máquinas; donde millares de voluntades, inteligentes, dignas, se integran en una voluntad superior, lo mismo que los brazos por ellas animados engendran, gracias a su cohesión, una fuerza colectiva mayor que su propia multitud.

Estamos lejos de la economía artesanal o pequeñoburguesa.

Kropotkin, en su libro más conocido, *La Conquista del Pan*,

145 Posesión, no propiedad.

basa, precisamente, las posibilidades del comunismo libertario en el adelanto formidable de los medios de producción en su época:

Los prodigios cumplidos por la industria maravillan más aún. Con los seres inteligentes que son las máquinas modernas –frutos de tres o cuatro generaciones de inventores, casi todos desconocidos–, 100 hombres fabrican los tejidos necesarios para vestir a 10.000 hombres durante dos años. En las minas de carbón debidamente organizadas, 100 hombres extraen al año lo necesario para dar calor a 10.000 familias en clima frío.

Y, en consecuencia obligada de esta larga enumeración, Kropotkin concluía:

Si se toma en consideración la rapidez con que las naciones civilizadas aumentan su fuerza de producción directa o indirectamente– por las condiciones actuales, debemos deducir que una organización económica, por poco razonable que fuera, permitiría a las naciones civilizadas acumular en pocos años tantos productos útiles que se verían obligadas a exclamar: ¡Basta de carbón!, ¡basta de pan! ¡Descansemos, pues, para mejor utilizar nuestras fuerzas y nuestro reposo!

Se comprenderá también que estamos lejos de la producción artesanal y de la de pequeños patronos o burgueses.

Y queremos terminar con lo que Bakunin auguraba, en todos sus escritos sobre estos temas, citando un documento hasta ahora desconocido, que explica su concepto del federalismo asociacionista y coordinador. Extraemos del *Catecismo Revolucionario* esta visión del porvenir: Cuando las asociaciones productoras y libres dejan de ser esclavas y se convierten en dueñas y poseedoras del capital¹⁴⁶ que les sea necesario; cuando engloben en su seno –como miembros cooperadores, simultáneamente con las fuerzas obreras emancipadas por la instrucción generalizada– a todos los especialistas necesarios a las empresas, cuando estas asociaciones se combinen entre ellas –siempre libremente y según sus condiciones y necesidades– rebasando, tarde o temprano las fronteras nacionales, constituirán una inmensa federación económica, con un parlamento¹⁴⁷ informado con elementos –tan amplios y detallados como sea posible– de una estadística mundial hoy imposible. Este, armonizando la demanda con la oferta, podrá dirigir y repartir entre los diferentes países la producción de la industria mundial de modo que cesen en su totalidad o en su casi totalidad las crisis comerciales e industriales, el paro forzoso, los desastres, que no haya capitales perdidos: entonces, el trabajo humano, emancipación de cada hombre y de todos los hombres, regenerará al mundo.

146 Por capital se entiende el conjunto de los medios de producción.

147 Se entiende una comisión mundial.

Confróntese la perfecta armonía, el total acuerdo entre estos conceptos y las normas federalistas–integracionistas aplicadas por la Revolución libertaria española. No porque en el momento de ponerlas en práctica nuestros compañeros tuvieran a mano los textos que acabamos de reproducir, ni otros semejantes, sino porque estaban imbuidos del pensamiento federalista libertario por una larga actividad que les guió, y de un espíritu que se había mantenido –a pesar del tiempo transcurrido– en la conciencia y en la subconsciencia de su ser.

Séptima Parte

**LA INDUSTRIALIZACIÓN,
REGLAMENTOS DE LAS COLECTIVIDADES**

XXXIII. CONSIDERACIONES FINALES SOBRE LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA

Hemos insistido repetidas veces en el hecho de que la Revolución libertaria española se produjo como una de las consecuencias del ataque fascista, que permitió lanzar al combate a fuerzas revolucionarias que –sin estas circunstancias– estaban condenadas a fracasos estériles. Y cuando escribimos «fracasos estériles», nos referimos a los intentos que anteriormente habían tenido lugar, en enero de 1932, y enero y diciembre de 1933 –intentos de estilo faísta–cenetista– a los que debe agregarse la insurrección de los mineros asturianos de octubre de 1934, donde participaron trabajadores socialistas, ugetistas, cenetistas y libertarios, e incluso trabajadores comunistas. Todas estas tentativas fueron aplastadas por las fuerzas militarmente superiores del Estado, apoyadas por los partidos políticos no revolucionarios, es cierto, pero no por eso fascistas.

Esto último merece reflexión. Los conceptos tácticos del anarquismo comunista (y anteriormente del anarquismo colectivista) implicaban, de acuerdo con una tradición que se remontaba a la Primera Internacional, el ataque y el triunfo del pueblo armado, venciendo a las fuerzas de defensa del orden capitalista. Las luchas armadas que tuvieron lugar durante la Segunda República española respondían a una doctrina aceptada desde el punto de vista teórico. Esta doctrina consideraba –y tal fue lo que nos enseñaron Kropotkin, Malatesta y otros cuyas enseñanzas fueron recogidas por sus continuadores, entre los cuales figura el autor de este libro– que las numerosas sublevaciones locales, incluso inconexas, y esporádicas que habían tenido lugar antes de la Revolución francesa, habían constituido una gimnasia revolucionaria con la cual el pueblo había aprendido a batirse y, habiéndose aguerrido en la lucha, podido ganar la última y decisiva batalla. Un poco como la célebre afirmación de Pedro el Grande ante las derrotas infligidas por los suecos a sus tropas: «De tanto batirnos, nos enseñarán a batirles».

Desgraciadamente, no hubo un Poltava proletario,¹⁴⁸ y lo que acabamos de recordar nos suministra una explicación que debería ser tenida en cuenta. Si sumamos el conjunto de los factores que intervinieron en este capítulo de la historia, estamos obligados a concluir que la derrota de la Revolución

148 Es en Poltava donde Pedro el Grande derrotó definitivamente a Carlos XII de Suecia.

española era inevitable. Porque la Revolución social provoca la cohesión de fuerzas amenazadas que se unen excepcionalmente, a pesar de lo que las opone en período normal. Tal es la enseñanza que emana no sólo de la Revolución española, sino también de la historia estudiada con una inflexible voluntad de verdad.¹⁴⁹

En general, y si exceptuamos algunos acontecimientos, que por lo demás, han desembocado en nuevas y más terribles formas de opresión, las revoluciones que han triunfado han sido las revoluciones *políticas*, pero los mismos hombres que pugnaban entre sí por un cambio de la forma de poder se han reconciliado cuando han estado en presencia de un movimiento popular que atacaba al poder y al privilegio.

Así, en Francia, la Revolución de febrero de 1848 fue fácil: burgueses liberales, republicanos y proletarios socialistas se habían unido para derrocar a la monarquía de Luis Felipe; pero las cosas cambiaron cuando –cuatro meses más tarde– los obreros quisieron implantar un nuevo régimen social que los liberara del salariado. Entonces, burgueses liberales y republicanos fueron solidarios de los monárquicos y

149 A este propósito es útil recordar que el mismo Bakunin escribía a Eliseo Reclus (que le había expresado la misma opinión) año y medio antes de su muerte: «Tienes razón, la hora de la revolución ha pasado, hemos entrado en la era de las evoluciones». Y Bakunin daba como argumento no sólo la superioridad militar del Estado en su época (¿qué podríamos decir hoy?), sino también «la falta de pasión libertadora de las masas».

Cavaignac, general republicano, luchó con saña contra los trabajadores insurrectos.

Las otras revoluciones sociales, o con un contenido social pronunciado, muestran la repetición de las mismas enseñanzas: sea con la Comuna de París, o la Guerra de los Campesinos, en la que Lutero se unió a la nobleza, incitándole al exterminio abominable de los siervos alemanes sublevados; o aun el movimiento de los husistas, en Bohemia; y todas las sublevaciones de los campesinos en la Edad Media. Sólo remontándose a la historia de Egipto (dos mil años aproximadamente a. de C.), en donde hallamos una revolución social victoriosa. Pero, dos siglos más tarde, una nueva dinastía (quizá antes de esta fecha) había sido entronizada y las castas estaban reconstituidas.

Por cierto, la acusación de decadencia del espíritu revolucionario no puede formularse contra el pueblo español, por lo menos contra la parte dinámica de este pueblo, tan importante, y que hacía la historia de la época a que nos referimos. Pero los hechos nos obligan a comprobar que las teorías kropotkiniana y malatestiana, opuestas, en suma, a las conclusiones postreras de Bakunin, a las de Eliseo Reclus y a las del mismo Proudhon, no han sido confirmadas por los hechos. Porque el totalitarismo fascista, que en Italia respondía –después de la Primera Guerra Mundial– a un largo período de agitación motinesca que no aportó un cambio de régimen, ha hecho irrupción en la historia. Y el fascismo es la «contrarrevolución preventiva» de los que se

sienten amenazados por la subversión, incluso si ésta no amenaza realmente el orden social. El mismo pueblo acaba por preferir la supresión de la libertad política al desorden permanente que –en fin de cuentas– también atenta, desde otro punto de vista, a la libertad, aunque sólo sea la de vivir tranquilamente.

De acuerdo con lo que escribe José Peirats en su libro *La CNT y la revolución española*: «desde el mes de febrero hasta mediados de julio (de 1936), se produjeron 113 huelgas generales». Decimos que es peligroso aplicar esta gimnasia revolucionaria que, por medio de huelgas parciales sucediéndose unas a otras, de paros generales continuos, de tentativas revolucionarias, de conatos insurreccionales, crea una inestabilidad prolongada de la sociedad y un estado de conflicto donde acaban por vencer los más fuertes militarmente.

Por cierto, no se trata de condenar las explosiones del hambre, de la miseria tanto tiempo soportada, de la cólera cien veces justificada de los que veían a sus hijitos morir por falta de cuidados médicos, de los que debían buscar trabajo sin encontrarlo buena parte del año, y enviar a sus hijos a la escuela con los pies desnudos, cuando había escuelas. Pero habría sido necesario que los líderes de la CNT y la FAI tuvieran una mejor visión estratégica.

Pero más responsables aparecen, a quien siguió atentamente la vida económica y social de España en los

años que precedieron a la guerra civil, los dirigentes socialistas y republicanos, que no tuvieron ni la iniciativa del corazón, ni la de la inteligencia, ni el valor moral necesario para emprender, tan pronto fue proclamada la República, reformas sociales atrevidas que habrían podido aplacar el hambre de unos, la cólera de otros. Más responsables porque más cultivados, tenían más posibilidades de realizaciones reformadoras. ¿Por qué esa pasividad que conducía inevitablemente a una crisis de régimen?¹⁵⁰ Sin duda porque el disfrute del poder les hizo olvidar su deber, había cortado las alas a su imaginación como ocurre tan a menudo con los beneficiados por las nuevas estructuraciones políticas. No opinamos así por sectarismo: hacia 1935, una encuesta había mostrado que el mayor porcentaje de «enchufistas» en los cargos del Estado republicano, se hallaba entre los socialistas y los catalanistas. Las reformas sociales les interesaban menos que el disfrute de las ventajas adquiridas. Estas condiciones reunidas debían provocar, fatalmente, el hecho revolucionario.

Por otra parte, una de las consecuencias de los conflictos sociales fue la de empujar hacia la derecha a gentes pertenecientes al centro político, y de aumentar las fuerzas

150 Poco después de proclamada la Segunda República, el autor fue invitado por el Círculo Republicano Español de Rosario (República Argentina) para exponer su opinión sobre el porvenir del nuevo régimen y señaló que: «O la República avanzaba intrépidamente desde el punto de vista social o sería barrida ya por el fascismo, ya por una revolución social». No era difícil preverlo.

conservadoras, reaccionarias, fascistas. Las estadísticas de las elecciones de febrero de 1936 lo prueban, y puede hablarse aquí de responsabilidad de los revolucionarios. Pero si los socialistas y los republicanos de izquierda hubieran dado la tierra a los descamisados del campo, y emprendido reformas forzosamente excepcionales¹⁵¹ en una situación excepcional –para las cuales había en España ambiente adecuado y fuerzas decididas a sostenerlas–, las luchas sociales tumultuosas no habrían adquirido tal gravedad, y, sin duda, la réplica fascista no se habría producido.

Si bien es cierto que el ataque contrarrevolucionario preventivo creó una situación favorable para la expropiación y la reorganización de toda la economía por parte del sector libertario, sus repercusiones tuvieron, aun desde este punto de vista, consecuencias negativas que anularon las positivas. Porque, por una parte, numerosos militantes –a menudo los mejores– fueron arrancados a las colectividades o a los comités de empresas, cuando no a los sindicatos, y murieron en los frentes.

A menudo los cuadros organizadores fueron diezmados así, y su ausencia restó empuje o influencia moral cuando tanta falta hacían. Por otra parte, el número de los que se integraron a la burocracia, cuando no a la jerarquía

151 La reforma agraria equivalía a dar algunos granos de mijo a un águila hambrienta.

subalterna del ejército, fue bastante elevado para que, también, se experimentaran los efectos de su desplazamiento.

Una de las características dominantes que se impone a quien estudia la Revolución libertaria española es su multiformidad. Esta revolución se ha inspirado en ciertos principios muy claramente formulados, que habrían penetrado en la conciencia de nuestros militantes, que, por así decirlo, formaban parte integrante de su espíritu, de su ser moral y mental. Pero la unidad fundamental de estos principios no impidió la diversidad de los modos de aplicación, de manera que puede hablarse de «diversidad en la unidad», de un federalismo cuya variedad de facetas sorprende.

En las regiones agrarias, especialmente en Aragón, apareció con rapidez un organismo nuevo: la colectividad. Nadie, entre los que se habían esforzado por prever las actividades constructivas, la había ideado antes, y si nos remontamos en la historia de Occidente, sólo podemos comparar la colectividad con la comuna aldeana, pero con un contenido social basado sobre una ética más igualitaria, y una organización material respondiendo a esta ética. Los tres instrumentos de reconstrucción social previstos por los libertarios habían sido, en primer lugar, el sindicato; en segundo lugar, la cooperativa –sólo acogida por una minoría, a pesar del beneplácito de los congresos de la Primera Internacional–, y, por último, y en mayor escala, la comuna

u organización comunal o comunalista. Algunos presentían – y tal fue nuestro caso– que un organismo nuevo y complementario podría –y debería– aparecer, especialmente en el campo, pues el sindicato no había adquirido entre los campesinos una importancia comparable con la adquirida entre los obreros de las ciudades; y porque los distintos géneros de vida, de trabajo, de producción no podrían satisfacerse con un monolitismo orgánico contrario a la multiformidad de la vida.

Hemos visto cómo nació la Colectividad, con sus características específicas, su estructura, su vida. Se distingue claramente del sindicato porque abarca a todos los habitantes que quieran integrarse a ellas, sean productores en el sentido clásico de la palabra o no lo sean. Reúne a todos desde el punto de vista humano e integral del individuo. Conviene insistir en esta particularidad porque si el sindicalismo revolucionario después de Proudhon reivindicaba al productor, cuyos derechos proclamaba superiores a los del ciudadano –dando así a la cuestión social una dimensión nueva–, la colectividad afirma el derecho del ser humano, del hombre, de la mujer, del niño, y ensancha el concepto y la práctica de la vida solidaria. En su seno, y desde el primer momento, los derechos y los deberes son los mismos para todos; ya no hay categorías profesionales oponiéndose a otras como ocurrió durante el Renacimiento, cuando las corporaciones se entregaron a luchas a menudo sangrientas, al mismo tiempo que daban a los productores

privilegios negados, por ejemplo a la mujer que –en el hogar– desempeñaba su papel de esposa y madre.

Tampoco la colectividad es el concejo municipal, o lo que tradicionalmente se llama el ayuntamiento, pues se deja de la política de los partidos, sobre la cual éste descansa –en los lugares donde existe–. Lo engloba todo a la vez. Todas las actividades están organizadas en su seno y toda la población participa de su dirección, se trate de la agricultura en todos sus aspectos, de las industrias existentes y de las que se van creando, de la solidaridad social, de la asistencia médica y de los servicios sanitarios, de la instrucción pública o de las obras de urbanismo. En esta actividad general, la colectividad eleva a cada uno al conocimiento de la vida total, y a todos a una comprensión mutua indispensable.

Es característico observar cómo, en las zonas agrícolas –aunque menos en la región levantina donde, por la densidad de población y la mayor importancia de la producción, la situación era distinta– el sindicato ha sido relegado con frecuencia a un segundo lugar, cuando no casi olvidado a pesar de los esfuerzos de los sindicalistas libertarios y de los anarcosindicalistas. La colectividad lo ha desplazado. La misma palabra ha nacido espontáneamente, y se ha difundido en todas partes donde hubo socialización, siempre especialmente agraria. Ya hemos expuesto que en las regiones industriales la palabra no tenía el mismo significado, y los hechos no eran tan satisfactorios, en el sentido ético y de organización. Pero en todos los casos, los

vocablos fueron adoptados espontáneamente, con unanimidad. Y se puede opinar que las palabras colectividad, colectivista, colectivización, fueron también adoptadas por razones de eufonía, porque se sentía que la colectividad era la cosa de todos, en todos los aspectos de la vida. Salido del trabajo, el sindicato ya no participaba de la vida de todos y de cada uno, o participaba a su modo. Era extraño al individuo.¹⁵² La colectividad no. Además, el sindicato parece haber perdido gran parte de su razón de ser cuando ya no existe el patrono.

Hemos dicho que en Levante las colectividades no surgieron con la misma rapidez, como una creación espontánea. Hecho singular: son los sindicatos agrícolas, y a veces no agrícolas, quienes le dan el impulso y fundan las colectividades agrarias. Los campesinos que se adhieren a estas colectividades –a menudo sin pertenecer a un sindicato– son también colectivistas, que tienen idéntico comportamiento que los otros. Digamos, sin embargo, que los cuadros organizadores son –a menudo– compuestos de

152 Así, para los sindicalistas, al prever el futuro, el Sindicato de la Construcción debía ocuparse de la construcción de casas, calles y de todos los aspectos edilicios de la ciudad, ello por juicio propio; el Sindicato de Labradores, sembrar o plantar lo que le placía; el Sindicato de la Enseñanza organizar ésta según su mejor criterio. Y es indudable que en estos casos, como en otros, toda la población es interesada, debe poder opinar y decidir –con el asesoramiento de los más capacitados, desde luego–. Y precisamente, en la colectividad, todos, porque todos son interesados, pueden informarse, y *deben hacerlo*, y opinar, de modo que toda obra, que es un aporte y un progreso, es –en suma– fruto del alma *colectiva*.

militantes que hasta entonces han militado en los sindicatos o incluso en los grupos libertarios.

Pero también ocurre que las comunas, o los municipios, lo abarcan todo. Entre los casos que hemos citado, recordemos a Hospitalet, Granollers, Fraga, Binéfar, varias localidades castellanas. También vemos municipalidades que, habiéndose reconstituido según el decreto gubernamental de enero de 1937, han desempeñado un papel más o menos importante, más o menos subalterno; y en Levante, el sindicato y la colectividad acaban por unificar su actividad.

En fin, en Castilla, donde los campesinos parecen aletargados por el régimen político-social que tantas generaciones han soportado, el proceso se inicia y desarrolla en gran parte gracias a militantes obreros libertarios que salen de Madrid, y a veces también de intelectuales que se esparcen por el campo.

Esta plasticidad, esta variedad de modos de acción ha permitido crear el socialismo, el verdadero, según las situaciones locales, las circunstancias de lugar y tiempo, y resolver infinidad de problemas que normas imperativas de un centralismo rígido o burocrático sólo habrían complicado y paralizado, dedicado a la implantación de una dictadura que hubiera uniformado hombres y cosas, con las consiguientes resistencias. La variedad de los métodos y de la acción se ha adaptado a la variedad de la vida. A menudo, en una misma comarca, ciertos pueblos cuya historia social

era comparable han empezado la socialización por las industrias locales para acabar con la agricultura, y otros han empezado por la agricultura para terminar en la industria. Si se hubiera querido establecer una norma única, habrían surgido, sin duda, dificultades y conflictos, como siempre ha ocurrido cuando los funcionarios del Estado –actuando bajo la autoridad de un ministro o de un comisario de pueblo– han pretendido someter la vida y la sociedad a sus reglamentos uniformes.

Pero, lo que nos parece notable, lo que sobresale de este hervor de creaciones, es que la diversidad de estructuras, de rumbos seguidos, de caminos, de actividades diversas, no ha impedido la pertenencia a las mismas federaciones regionales ni la práctica fraternal del apoyo mutuo, de la solidaridad; se haya tratado de colectividades puras, de colectividades semisindicales o de colectividades municipalizadas en grados diversos.

En efecto, la ley general ha sido la solidaridad universal. Hemos subrayado, al pasar, que las cartas, o los reglamentos donde se definían los principios que debían informar los comportamientos de cada cual y de todos nada contenían respecto de los derechos y de la libertad del individuo. No porque las Colectividades hayan ignorado estos derechos, sino simplemente porque este respeto era implícito, ya estaba reconocido en el nivel de vida para todos los individuos, gracias a la posibilidad de gozar de los bienes de consumo, de acceder a la cultura, a los cuidados y a las

responsabilidades humanas, posibilidad de que gozaba naturalmente todo miembro de la colectividad. ¿De qué habría servido mencionarlo especialmente, puesto que eso se sabía? En cambio, para alcanzar estos fines y practicar estos principios, era necesario que cada cual hiciera su parte de trabajo, como los otros camaradas, y se comportara según la moral colectivista general.

Esto era la garantía de aquello. Y explica por qué leemos tan a menudo en las cartas la misma frase, sin que los colectivistas, que residían a veces a centenares de kilómetros unos de otros, se hubieran puesto de acuerdo: «El que no tenga trabajo en su oficio ayudará a los camaradas de otras colectividades que podrán necesitar de su colaboración». Espíritu supra-profesional. Una vez más lo que domina en el individuo es lo humano. Labradores, herreros, albañiles, sastres o maestros de escuela: no hay sino hombres solidarios y fraternos.

Y si fuéramos al fondo de las cosas, podemos decir que se creaba un concepto nuevo de la libertad. En las colectividades aldeanas integrales y en las pequeñas ciudades donde todos se conocían y eran solidarios, la libertad no consistía en ser un parásito y en despreocuparse de todo. La libertad humana sólo existe a través de comportamientos positivos, de actitudes concretas. *Ser es hacer*, escribía Bakunin. Ser es *realizar* voluntariamente. La libertad es un hecho no sólo cuando un individuo reivindica los derechos de su «yo» contra los otros, sino cuando es

condición de la solidaridad. Los hombres que practican la solidaridad son siempre libres entre sí, porque respetan naturalmente su libertad recíproca. Y en lo que concierne a la vida colectiva, la libertad de cada uno es el derecho de participar espontánea y directamente en la vida de la colectividad, de la organización social, con su pensamiento, su corazón, su voluntad, su inteligencia, su iniciativa en la medida de sus fuerzas. Una libertad negativa no es libertad: es el no ser, la nada.

Y este concepto de la libertad daba nacimiento a una nueva ética, a no ser que fuera esta ética nueva la que diera nacimiento a su nuevo concepto de libertad. Por esta razón, cuando el autor se informaba de los cambios, de las mejoras introducidas en la vida de todos, se hablaba únicamente con alegría profunda de los resultados del trabajo, de los rendimientos en la agricultura, de las innovaciones, de técnicas nuevas, de las búsquedas emprendidas, del aumento de los recursos de las escuelas organizadas, de las mejoras sanitarias. No, no se hablaba de libertad, porque la solidaridad humanista practicada presuponía esta libertad, activa y creadora.

Señalemos, de paso, una observación a la cual damos gran importancia filosófica y práctica. Los teóricos del capitalismo individualista de la economía liberal, que constituían la escuela dominante al formarse con empuje el capitalismo, afirman que la competencia estimula la iniciativa, y que por consiguiente el espíritu creador, la inventiva, quedarían

anulados en caso de suprimir la lucha por la vida, con gran perjuicio para el progreso, que necesita de la competencia generalizada. Las numerosas observaciones del autor, tanto en las colectividades como en las fábricas y talleres socializados que ha visitado, le autorizan a pensar en forma absolutamente contraria. Porque en un conglomerado solidario, donde cada individuo es acicateado por el deseo de ser útil a sus semejantes, la investigación, el deseo de perfeccionamiento técnico o no técnico, son también estimulados. Y, además, otros individuos se suman a los que han empezado. En cambio, cuando en el seno de una sociedad de tipo individualista un inventor descubre algo, su descubrimiento sólo es utilizado por la empresa que lo adquiere. Mientras que cuando se trata de un inventor trabajando para la comunidad, lo que ha hallado es inmediatamente perfeccionado y utilizado en la más vasta escala posible. Y estoy convencido de que esta superioridad aparecería rápidamente en una sociedad socializada... no burocratizada, desde luego.

El 22 de marzo de 1922, en su informe sobre la situación de la República de los Soviets –en el Congreso del Partido Comunista–, Lenin declaraba: «Construir una sociedad comunista con la participación sólo de los comunistas es una niñería, una mera niñería. Hay que confiar la construcción económica a otros, a la burguesía que es mucho más cultivada que nosotros, o a los intelectuales de la burguesía. Nosotros no somos aún bastante cultos para realizarla».

Bien es verdad que Lenin hablaba así para justificar la NEP (Nueva Económica Política), que consistía en dejar la libertad de empresa a los burgueses y a los técnicos de la burguesía, aún sobrevivientes, con el fin de poner en marcha nuevamente la producción, casi por completo paralizada por la acción destructora del Estado. En el año 1920, Lenin ya había hecho declaraciones semejantes, pero en aquel momento, antes que dejar participar a los trabajadores y a sus organizaciones (cuyo desarrollo llegaría a constituir un freno para el ejercicio de la dictadura de los gobernantes comunistas) en el renacimiento de una economía moribunda, Lenin prefería hacer resucitar, por lo menos, durante cierto período, a los enemigos del régimen.¹⁵³ Tan grave era la situación, que se veía obligado –al cabo de cuatro años y medio– a acudir a ese remedio... heroico.

Por otra parte, si analizamos ciertos aspectos de la economía rusa de hoy o, por lo menos, lo que de ella puede verificarse (lo que no se puede verificar generalmente está en peor estado) comprobamos, por ejemplo, un retraso desconcertante en la agricultura. Veinticinco años hace que Stalin y sus sucesores han prometido –y continúan prometiendo– el pan gratis al pueblo ruso, y que los comunistas franceses, italianos, españoles y de otras

153 La fracción del Partido Comunista llamada *Oposición Obrera*, cuyos líderes eran Alexandra Kollontai y Chlapnikoff, reclamó en vano la participación de los sindicatos obreros en la construcción de la economía. Lo único que obtuvo fueron persecuciones.

nacionalidades engañan así a los que les siguen. Pero el pan gratis (que, por lo demás, en los países capitalistas donde el consumo de este alimento disminuye cada vez más, no representaría una conquista extraordinaria) es un señuelo que encubre el anzuelo.

La proporción de población activa empleada en la agricultura es, en los Estados Unidos, del 7%; en Francia, del 15%..., y en la Rusia comunista es de un 40 a un 45%. Tales hechos prueban la deficiencia técnica de la organización agraria de este país, deficiencia que debe remediarse con el trabajo de los hombres y mujeres –que trabajan muchas veces en mayor número– a pesar de los supuestos progresos técnicos cuya realización se proclama desde hace decenios.

Y esto no es lo más grave; estamos más lejos del comunismo *verdadero*, es decir, de la igualdad económica, del igual derecho a la vida y al bienestar, al progreso y a todos los frutos del progreso de lo que lo estábamos en 1917.

Nuevas clases se han formado, que sustituyen a las antiguas, nuevas capas de privilegiados; la dominación burocrática se ha multiplicado por cien, los antiguos patronos han sido sustituidos por los jerarcas del Estado, tan explotadores como lo eran los capitalistas Y mientras hemos visto la igualdad instaurada desde el principio de la constitución de las colectividades libertarias españolas, ésta ni siquiera es la sombra de una esperanza para los

trabajadores y las trabajadoras del campo, que viven en los koljoses (organizaciones colectivas, pero no colectivistas, nacidas por disposición del régimen llamado, como si fuera burla, comunista).

Y es que existen, entre estas organizaciones y las colectividades agrarias de España, diferencias fundamentales. Los koljoses y sovjoses son creaciones del Estado, de la burocracia del Estado. Productores y habitantes en general están sometidos a las órdenes de una clase de funcionarios que planifican, deciden, dan órdenes, sobre lo que se debe o no debe hacer, según las instrucciones emanadas de ministerios más inaccesibles que los picos del Himalaya.

A su vez, los funcionarios de los koljoses están controlados por la célula comunista que extiende su dominación sobre toda la comunidad, incluyendo los tractoristas, los empleados de almacenes y depósitos, las enfermeras y los maestros de escuela. Casi siempre las mujeres están obligadas a cumplir los trabajos más pesados (conducción de las máquinas, reparación de los caminos, asfaltado de las carreteras, etc.), de modo que lo más común es que las campesinas –sometidas durante casi toda su vida a un trabajo bestial– den a los visitantes y, viajeros la impresión de haber perdido todo rasgo de femineidad.

El trabajo a destajo era general en los koljoses y sovjoses –no sabemos de que haya sido suprimido– y las categorías de

salario, así como la cantidad de trabajo exigido según esas categorías, eran decididas soberanamente por las células del partido dueño de Rusia.

Todo esto y mucho más, lo repetimos, después de cincuenta años de régimen llamado comunista. En cambio, el principio y la práctica del colectivismo libertario en las colectividades libertarias españolas dan lugar a una participación directa de toda la población en las asambleas donde se toman las resoluciones concernientes a la producción, donde se establece el nivel de vida, donde se decide –tras exámenes en los que todos y todas pueden participar– las iniciativas propuestas. Supóngase, por un momento, que en los pueblos de Aragón, de Levante o de cualquier otra región colectivista, un puñado de individuos, con el pretexto de pertenecer a un partido dueño del Gobierno, hubieran querido dictar la conducta de todos, imponer normas, determinar lo que debía sembrarse y cultivarse, apoyándose en una policía de Estado con derecho a obligar a someterse a la población bajo la pena de los peores castigos. ¿Quién puede dudar de que el fracaso habría sido total, y que –además– el rendimiento del trabajo hubiera sido inferior incluso al que antes se obtenía?

Entonces los nuevos amos habrían acusado a los campesinos de contrarrevolucionarios. En la URSS, las estratificaciones privilegiadas parecen inmovibles porque se han incrustado en el Estado, *son* el Estado, son las castas creadas por El. Muchos hechos lo prueban.

Así, la revista moscovita *Partinava Jizn* (La vida del Partido) publicaba, refiriéndose al año 1964, las informaciones siguientes, con respecto a la composición del Partido Comunista: 37.3% de sus miembros pertenecían a la clase obrera; 16.5% eran campesinos (y los campesinos componían el 45% del total de la población). Sobre 11.758.169 adherentes, 5.408.000 eran burócratas, tecnócratas, y otros miembros de lo que se llama abiertamente y sin ningún reparo, la *intelligentsia*, constituyendo esta última categoría la flor y nata, la nueva clase «superior», poseyendo su automóvil, su *dacha* (casa de campo), sus criados, sus ordenanzas militares, su piso de lujo, y gozando de vacaciones en Georgia, o a orillas del mar Negro.

El contraste entre el régimen fundado por el llamado comunismo de Estado, que es en realidad el peor capitalismo de Estado, y el régimen que había fundado la revolución libertaria española es absoluto y nos explica en gran parte por qué los comunistas españoles y sus directores moscovitas combatieron, y sigue combatiendo –retrospectiva e implacablemente–, nuestra obra constructiva. Por otra parte, la producción industrial española fue mantenida por nosotros, mientras no nos faltaron las materias primas y la energía.

En cambio, en la Rusia llamada comunista, el hierro, el carbón, el petróleo, la lana, el algodón, que era posible procurarse en el país mismo –especialmente en las regiones

del Sur–, faltaron, incluso en las zonas de producción especializada, a causa de la desorganización causada por el régimen, lo que se fue intensificando en los años que siguieron a la guerra civil.

La habilidosa propaganda de Krushev –eliminado por un golpe de Estado por sus rivales dentro del comité del partido– acusaba al zarismo de la falta de desarrollo de la industria rusa, a lo cual agregaba el imperialismo extranjero y la guerra internacional seguida por la guerra civil. Pues bien, Krushev, abusando de la ignorancia de sus oyentes, mentía. Y mienten los que repiten sus palabras. Incluso teniendo en cuenta los estragos de la guerra bajo todas sus formas, el caso es que el régimen nacido de la Revolución rusa se encargó de transformar la parálisis parcial que el país sufría por el año 1920, en parálisis generalizada. A este respecto, leemos en el libro monumental de Sergei Procopovicz, *Historie économique de l'U.R.S.S.*, estas líneas decisivas: «durante el censo del 28 de agosto de 1920, se registraron 37.226 empresas industriales pertenecientes al Estado¹⁵⁴ y que empleaban cerca de dos millones de trabajadores. Empero, el 1 de septiembre del mismo año, 6.508 empresas, que ocupaban 1.300.000 trabajadores, figuraban en la documentación del Consejo Superior de la Economía Nacional».

154 Lo cual significa que el Estado se había apoderado de ellas, no los trabajadores.

¿Qué significa este cambio de cifras? Que movido por su voluntad de dominio, el Estado hacía desaparecer, con pasmosa velocidad, gran número de empresas por medio de una centralización sistemática que facilitaba su dominio, o mediante la supresión de las materias primas, del carbón, del petróleo. La marejada de los funcionarios encargados de dirigir el trabajo se extendió como un chancro, o una invasión de chancros.¹⁵⁵ En vísperas de la revolución, en Rusia había 65 altos hornos, que producían, en 1912, 5.200.000 toneladas de acero.¹⁵⁶ En el momento de la toma del poder por los bolcheviques (octubre de 1917), la mitad de los altos hornos funcionaba aún. Pero en el año 1922, en el cual Lenin pronunció las palabras que hemos reproducido sobre la incapacidad de su partido en materia de economía, la producción de acero, según las estadísticas oficiales, había bajado a 255.000 toneladas.

Desde luego, ni Lenin ni sus discípulos o partidarios reconocieron su responsabilidad, y sobre todo la responsabilidad de la estructura político-social que habían implantado por el terror, no sólo eliminando a los patronos

155 Durante nuestra estancia en Moscú (año 1921), Kamenev, altísimo personaje del régimen, asesinado luego por Stalin, declaraba en una conferencia pronunciada en el Comité Panruso de los Ferrocarriles: «Durante el zarismo, se contaban 250.000 empleados de Estado para todo el país; ahora hay 240.000 para la sola ciudad de Moscú». Y el «anti-burocratismo» de Trotsky nada cambió, porque era fruto del régimen que él mismo había contribuido a instaurar y defendía.

156 Francia, 4.270.000 toneladas.

capaces (los había, especialmente en las pequeñas empresas), sino también a los técnicos que hubo que reemplazar haciendo venir a otros de Alemania y de Estados Unidos de Norteamérica, países donde la crisis económica mundial movió a emigrar a mucha mano de obra superior, entonces disponible.

Otra causa de este formidable retroceso fue la resistencia de los trabajadores de las fábricas, de las empresas metalúrgicas y otras, hecho que escamotean los historiadores serviles hacia los burócratas rusos: ya en junio de 1918, es decir, nueve meses después de la toma del poder por Lenin, Trotsky y sus amigos, los trabajadores empezaron a protestar contra los métodos de terror policíaco del régimen y contra la estrangulación de la libertad y de la democracia obrera en las empresas.

Bien sabemos que los defensores de la dictadura afirmarán que esos trabajadores eran dirigidos por los mencheviques (que no eran todos contrarrevolucionarios ni mucho menos) y por los agentes del capitalismo. Reproduzcamos, pues, lo que decía Kirov, otro de los prohombres del partido, a principios de 1919:

Todo el trabajo de organización de la vida económica del país se ha hecho hasta el presente con la participación directa de los Sindicatos y de las masas obreras. Los Sindicatos y las conferencias obreras de delegados de fábricas de ciertas ramas industriales han

sido los principales y los únicos laboratorios donde se han formado, y donde se forman aún, los servicios de la organización económica de Rusia.

Esta situación, en el año mencionado, era comparable a la de España en 1936–37. Pero, mientras en España, los animadores de la revolución ensanchaban y perfeccionaban esta gestión de los trabajadores –lo que dio lugar a los resultados que hemos visto–, en la Rusia de Lenin –quien se rectificaba y cambiaba de criterio en cada congreso de partido– los nuevos amos decidían que la producción debía pasar bajo la dirección de la burguesía, a fin de remediar la muerte orgánica creada por el Estado, cuya extensión Lenin criticaba, mientras la favorecía de continuo. Al mismo tiempo extendía en los campos –como en las ciudades– una dictadura más feroz que la conocida hasta entonces en Rusia, provocando la reacción de los campesinos, que se negaban a colaborar con el régimen que había asesinado a la Asamblea Constituyente, en la que los comunistas –aunque dueños del poder político, y llevando por tanto una ventaja enorme sobre los otros partidos– habían obtenido 10 millones de votos, es decir, el 25% del total, los socialistas revolucionarios 20 millones –es decir, el 50%– y diversos partidos, *todos antizaristas*, el 25% restante.

Con la contribución, en muchas partes de la antigua burocracia del régimen derribado,¹⁵⁷ la dictadura se

157 Hacia 1921, Stalin y Dzerzhinski, en su informe sobre el Tercer Cuerpo

extendió mortalmente. Lenin se lamentaba y Trotsky fulminaba contra la burocracia, pero la parálisis se extendía. Fue necesaria la monstruosa dictadura de Stalin – continuación y desarrollo de la de Lenin– para, causando millones de muertos (las cifras aproximadas van desde 15 hasta 30 millones), construir una economía que habría podido construirse, sin tantos males, si la estatolatría no lo hubiera emponzoñado todo. No cabe duda de que si la victoria hubiera sido lograda por la España antifascista, la economía hubiera pasado integralmente, o casi integralmente, a manos de los trabajadores, y que nuestros sindicatos la hubieran intensificado rápidamente con los técnicos diversos, ingenieros, arquitectos, que se adherían a este cambio excepcional. Y también merced al aporte de las decenas de militantes libertarios, especialmente cenetistas –no se olvide que teníamos a 30.000 compañeros encarcelados a principios de 1936– que, contrariamente a los «revolucionarios profesionales» y burócratas de Lenin, sabían qué era prácticamente el trabajo, y el rendimiento en el trabajo, la producción y las actividades concordantes de los diferentes oficios en una fábrica, o de una red ferroviaria, y asimismo conocían cómo los rodajes de la actividad económica estaban constituidos y ensamblados.

En cambio, esta preparación, siquiera psicológica, faltaba

de Ejército, escribían: «Sobre 4.776 funcionarios de las instituciones soviéticas de la ciudad de Viatka, 4.467 ocupaban los mismos empleos en la administración del distrito en tiempos del zarismo».

por completo a los 240.000 miembros del Partido Bolchevique, con los cuales Lenin pensaba –en septiembre de 1917– cuando escribió su folleto *¿Podrán los bolcheviques conservar el poder?*, poder tomarlo todo y dirigirlo todo. En general, estos revolucionarios profesionales no eran profesionales del trabajo, y si penetraron en las fábricas, fue como chequistas¹⁵⁸ y no como productores. Lo mismo ocurrió con la gran mayoría de los burócratas del zarismo, que se adhirieron, con los nuevos, al partido de Lenin, y que ignoraban qué era un arado, un martillo, una lima, un pico, una pala.

Con el nombre de dictadura del proletariado, Lenin exigía una formación piramidal de jefes que dirigían a la producción y a los productores, de acuerdo con las instrucciones y resoluciones de los congresos del partido, que él hacía votar como lo había decidido. Ante todo, política, incluso en nombre de la interpretación materialista o economista de la historia. El socialismo para los bolcheviques era, esencialmente, un problema de autoridad, predominio y obediencia absoluta. Y lo sigue siendo. Para nosotros, es esencialmente una cuestión de organización del trabajo, por los trabajadores manuales e intelectuales. Y lo sigue siendo.

Si bien enaltecemos las realizaciones constructivas de la revolución libertaria española, si bien conservamos en la

158 Policías del Estado bolchevique a las órdenes de Dzerzhinski, brazo derecho de Lenin.

memoria de nuestra inteligencia y de nuestro corazón las impresiones inolvidables que nos causaron nuestras investigaciones en tales o cuales colectividades, en tales o cuales fábricas o talleres, donde los antagonismos, las mezquindades, la envidia, los egoísmos en lucha permanente habían sido sustituidos por la práctica de la solidaridad y la ayuda mutua –y es sobre todo en este modo de convivencia que uno adquiría la convicción de que nacía una nueva forma de civilización–, el autor, acostumbrado a juzgar las cosas sociales como realista y no como poeta, reconoce que nuestra obra constructiva también adolece de fallas, y que no fue perfecta el ciento por ciento.

Ha expuesto, también –insistiendo intencionadamente sobre esas realidades–, las dificultades con que se tropezó: la guerra, que dominó la situación en diversas regiones o en casi toda España; la coexistencia inevitable con los partidos políticos y las estratificaciones sociales aferradas a la estructuración burguesa, y la hostilidad multiforme y sañuda del Partido Comunista y sus inspiradores y directores internacionales. Stalin no podía permitir que una nueva fuerza revolucionaria irrumpiera victoriosamente en la historia, atrayendo a las masas proletarias fuera de la órbita ruso–bolchevique.

Pero también hubo razones subjetivas, que no van en desmedro de nuestras ideas, pues en este caso, son los hombres quienes fueron falibles.

En primer lugar, si bien es cierto que el aparato económico era en cuanto a su preparación técnica muy superior a lo que había sido en las revoluciones precedentes (pensemos en la Comuna de París y en la Revolución rusa), a nuestros ojos había sido insuficientemente desarrollado. La causa de esta insuficiencia fue doble: por una parte, los combates que fueron librados durante sesenta y seis años, y de los que hemos dado una idea anteriormente, por el tiempo que absorbían, los sacrificios, la demanda de energías, impidieron llevar más lejos una organización que hubiera requerido estudios a los cuales nuestros militantes de base, también movilizadas por la miseria y el hambre, y generalmente sin preparación especializada, no podían entregarse.¹⁵⁹ Por otra parte, los que ejercieron una influencia negativa por acantonarse en aspectos negativos contribuyeron, como lo hemos señalado ya, a retardar la constitución de las federaciones de industria cuya existencia habría permitido sindicalizar con mayor rapidez la producción, y sobre todo la distribución.

Bien es verdad que ninguna revolución, siquiera política, ha sido preparada hasta sus menores detalles y podemos, en

159 El autor de este libro lo sabe por experiencia. Habiéndose formado el proyecto de escribir un libro de orientación económica revolucionaria en el año 1921, no pudo hacerlo sino diez años después, por haber tenido la suerte de ejercer de profesor durante unos años en la República Argentina, lo cual le proporcionó calma, estabilidad económica y la posibilidad de una documentación que nunca habría podido obtener si hubiera seguido viviendo como en sus años españoles.

parte, experimentar cierta satisfacción ante las bases que –teniendo en cuenta las dificultades– habíamos establecido antes de 1936. Pero también tenemos el deber de juzgarnos a nosotros mismos con severidad, y de reconocer nuestras insuficiencias, nuestros errores, nuestras fallas.

Habríamos hecho más si nuestro movimiento se hubiera preparado mejor desde el punto de vista económico y técnico. Ciertamente es que otros sectores revolucionarios hicieron mucho menos, y no se preocuparon sino de las grandes líneas de la futura acción del «gobierno del proletariado», es decir, del suyo; como tampoco se preocupan hoy tantos intelectuales que ni por intuición comprenden lo que sería la revolución que reclaman a grito pelado.

Pero esto no constituye una justificación para nosotros. Siempre, Proudhon, Bakunin, Kropotkin –que fueron los teóricos más eminentes del socialismo libertario– han recomendado esta preparación de la reconstrucción revolucionaria. Debemos reconocer que no fueron bastante escuchados, y que la mística de la revolución sustituyó en demasía a los estudios metódicos y sistemáticos que, con los conocimientos positivos, el manejo de las cifras y la imaginación creadora, fecundan la labor del revolucionario sociólogo.

Nadie puede improvisarse organizador social, como nadie puede improvisarse director de una empresa industrial

donde deben resolverse a diario toda clase de problemas, o ingeniero capaz de construir nuevas máquinas de complejo mecanismo. Pretenderlo sería incurrir en demagogia imperdonable. Lo que se ha construido durante la revolución ha sido obra de los que tenían –a menudo– una larga práctica sindical y de organización obrera, con la que habían adquirido, especialmente en las grandes ciudades, el sentido, cuando no el conocimiento de la industria a la que pertenecían, de su importancia, de las relaciones existentes entre las unidades de producción; y que, por otra parte, se habían impregnado de lecturas dándole orientaciones constructivas.¹⁶⁰ La práctica de las federaciones locales intersindicales industriales o comarcales agrarias era tal que, llegado el momento, los nuevos métodos de ordenamiento fueron encontrados casi sin dificultad, como improvisados; pero esta improvisación fue la consecuencia de un largo período de incubación, de preparación mental y práctica.

Sin preparación seria, especializada desde el punto de vista económico–constructivo, no hay revolución social, y verdaderamente socialista, posible. Incluso en la hipótesis de un cambio más o menos pacífico, el éxito depende ante

160 Puede objetársenos que las colectividades fueron, como lo hemos escrito antes, una creación de la revolución. Pero hemos dicho también que se puso al frente de las mismas a militantes aguerridos, que por su actuación en la CNT habían acumulado una práctica organizadora insustituible, y se adaptaron a sus nuevas funciones como un ingeniero seriamente formado adopta las medidas necesarias ante obras cuya realización debe amoldarse a las condiciones del ambiente y a los materiales que le son peculiares.

todo de la capacidad constructiva preexistente. Sin embargo, más importante aún que la capacidad intelectual y técnica es la preparación moral, pues el grado de intelectualidad especializada y de tecnicidad elaborada depende del grado de conciencia y responsabilidad que promueve el sentido del deber en cada individuo.

Es, ante todo, esta conciencia de las responsabilidades la que ha dominado en los militantes libertarios españoles y ha influido en sus luchas, su comportamiento intelectual, su actividad propagandística y organizadora, manteniendo su tesón invencible en la lucha por una humanidad más feliz y una sociedad mejor. Con un fervor que, elevando a cada uno por encima de sí mismo le hacía dar su sosiego, su libertad y su vida, por un mejor porvenir humano. Sin estas condiciones morales, todo lo demás habría servido de muy poca cosa.

Con frecuencia estas condiciones han estimulado la inteligencia, aguzado el don de invención, para hallar soluciones originales, a pesar de la ausencia de una formación intelectual. «Muchas veces he visto a militantes ferroviarios que apenas sabían firmar y que, en reuniones donde se trataba de la organización de los ferrocarriles y de nuevas iniciativas necesarias, no eran inferiores a los ingenieros», nos decía recientemente una compañera polaca, ella misma ingeniera, que participó en la dirección de la red Madrid–Zaragoza–Alicante.

La imaginación creadora era estimulada por el espíritu, y estimulaba a la inteligencia. Pues la revolución es también la inspiración, la libre inspiración de los hombres.

Es cierto que en 1917 el Partido Bolchevique ruso contaba con un número de intelectuales muy superior a los que contaba –aun teniendo en cuenta la proporción de habitantes– el movimiento libertario español en 1936. Pero la superioridad cultural de un Estado mayor se ha mostrado inferior al genio creador de legiones de militantes libertariamente inspirados, y de las masas por ellos orientadas.

Nuestra obra constructiva revolucionaria ha sido destruida por la victoria franquista y por el sabotaje y la posición de Stalin y sus agentes. Pero queda en la historia como un ejemplo, y como una prueba de que es posible evitar las etapas dictatoriales cuando se sabe organizar a la mayor brevedad la sociedad nueva, cuando se sabe prescindir de la dictadura llamada del proletariado, y que es más exactamente la de un partido revolucionario usurpador de la representación del proletariado, que los intoxicados, los poseídos del poder –de *su* poder al cual debe sujetarse el pueblo–, se obstinan en imponernos bajo la pena de hacernos sufrir los campos de concentración, de masacrarnos como contrarrevolucionarios.

Un camino nuevo ha sido señalado, una realización que emerge en la historia social, como un faro gigantesco, cuyas

luzes deberán utilizar los revolucionarios que quieran emancipar a los hombres innumerables, sometidos desde los principios de la historia a un estado infame de explotación e inferioridad. Si no lo olvidan, nuestra derrota de ayer será ampliamente compensada por los triunfos de mañana, y nuestros compañeros, caídos en la batalla, no habrán muerto en vano.

APÉNDICE

1. LA INDUSTRIALIZACION EN ESPAÑA

Datos históricos

España había empezado mucho más tarde que la mayoría de las otras naciones europeas a modernizarse. Lo hizo en condiciones extremadamente desfavorables, y no sólo por la escasez relativa de materias primas. Después de la expulsión de los árabes –a fines del siglo XV–, expulsión que provocó el derrumbamiento de una economía que había ocupado el primer puesto en Europa, el país se había sumido en una decadencia que, según una frase célebre, hacía de él el

vagón de cola del tren europeo. Y, según ciertos historiadores –incluso españoles– en los siglos XVII y XVIII, la mayoría de los hombres estaban divididos en tres clases: frailes, soldados y mendigos.

La conquista de América Central y del Sur, la adquisición sin esfuerzo propio de grandes cantidades de oro y plata, cuya extracción costó la vida a millones de indios, permitió a la nación donde el trabajo estaba casi por completo considerado como una maldición y un deshonor, comprar a Inglaterra, Francia, los Países Bajos, los productos que había sabido producir antes. Lo cual no hizo sino acentuar el proceso de su descomposición.

Y llegó el momento en que ya no se encontraban trabajadores capaces de reparar los propios buques, citándose casos en que fue preciso hacer traer obreros de Inglaterra. Fue necesaria la invasión napoleónica, la explosión de energía que provocó la resistencia nacional y la aparición simultánea del espíritu liberal en parte de los combatientes reunidos en Cádiz, para que las artes y los oficios empezaran a reanudarse lentamente, en parte gracias a la participación del capital financiero extranjero y a la vecindad de Francia.

En la misma época, España pierde casi todas sus colonias. Sólo le quedan Cuba y Puerto Rico. Echados del Perú, de Colombia, México, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, los descendientes de los conquistadores vuelven,

integrándose a la patria de sus padres; llevándose sus capitales de los que se servirán para fundar –especialmente en Cataluña– industrias manufactureras y de transformación, y en Vizcaya, para desarrollar una industria minero–metalúrgica, que adquirirá con el tiempo relativa importancia.¹⁶¹

La pérdida de Cuba y de Puerto Rico coincide con un nuevo impulso, en parte gracias a los capitales acumulados con la explotación de las poblaciones sojuzgadas. Lo cual, agregándose al estímulo de los repatriados, da como resultado que de 1899 a 1909, 13.800 sociedades aparecieran, invirtiendo 4.560 millones de pesetas oro en la explotación minera y en la fabricación de productos diversos.

El capital extranjero, fuertemente solicitado, como fue en el caso de la construcción de los ferrocarriles, desempeñaba un papel importante en esta evolución que fue acentuándose, pero no en las crecidísimas proporciones proclamadas por cierta propaganda nacionalista rabiosa y demagógica. Así, en el año 1922, el capital de origen inglés en las minas españolas se elevaba a 539 millones de pesetas; el capital francés, a 32 millones de pesetas. Si tenemos en cuenta las cifras anteriormente mencionadas, comprobamos

161 El capital extranjero, sobre todo inglés (y luego alemán, francés y belga), contribuyó a este desarrollo. Por otra parte, la venta de mineral de hierro a Inglaterra participó en la constitución de un capital financiero indispensable para la organización de la industria naviera.

que acusar d capital extranjero de toda la miseria del país implica, sobre todo, descargarse de sus propias responsabilidades.

La Primera Guerra Mundial, durante la cual la industria española se benefició ampliamente de la venta de mineral (hierro y cobre) y de productos necesarios para los ejércitos aliados, constituyó una tercera etapa. Pero, aunque la industria española haya aprovechado la oportunidad, España seguía siendo un país atrasado con relación a las otras naciones europeas. Era propio de su comercio exterior ver que 5, 6 y hasta 10 millones de toneladas de mineral de hierro (1916) eran vendidas a Inglaterra y otras naciones y que se compraba a estas mismas naciones el hierro que se les había vendido bajo la forma de máquinas, camas metálicas y otros artefactos que muy bien habrían podido producirse dentro de fronteras con la materia prima extraída. En 1935, los altos hornos españoles producían 600.000 toneladas de acero anuales, lo que no era ni siquiera la décima parte de lo que necesitaba una nación medianamente desarrollada, que contaba con 24 millones de habitantes.

Ejemplo de un sindicato de industria

Fechado el 15 de enero de 1938, tenemos en nuestro poder el *Boletín* (o revista) editado por el Sindicato de la Construcción, de la Madera y Decoración de Barcelona. Este boletín contiene, en las dos páginas centrales, un gráfico que nos informa sobre la importancia y el reparto de los efectivos de esta entidad obrera. Constituye un ejemplo característico del esfuerzo de los militantes de la CNT hacia la mayor coordinación posible e incluso hacia la interpretación orgánica o semiorgánica –según los casos– de las actividades que concurren a una producción determinada o a servicios idénticos. Puede discutirse sobre ciertas clasificaciones, pero lo que nos interesa aquí es mostrar el espíritu de organización, de solidaridad de que dan prueba las prácticas a la vez federalistas y cohesionadas del movimiento encarnado por la CNT.

En primer lugar, el sindicato está dividido en dos grandes sectores: el de la construcción y el de la madera, del que la decoración constituye un complemento. El primer sector es el más importante: cuenta con 27 secciones profesionales y 32.904 adherentes. Naturalmente, ciertas modificaciones debieron producirse más tarde, debidas a los trastornos causados por la situación en las mismas estructuras económicas. Lo que nos interesa es conocer su verdadero carácter, cuando la situación era normal, o casi normal.

Tenemos, ilustrado bajo forma de columnas de las que su altura corresponde a las cifras de cada oficio, el total de efectivos por especialidad. La primera columna, la más alta,

se refiere a los albañiles y a los peones de albañil: en total 15.000 hombres. La última columna, siempre del mismo sector de la construcción, es denominada «aislamiento e impermeabilizante» y cuenta con 63 miembros. Entre los dos extremos figuran, en primer lugar, los porteros, 5.000 en total;¹⁶² luego los trabajadores del servicio de limpieza, 2.760; los pintores son 1.370; los yeseros, 1.200; y las cifras van descendiendo hasta los arquitectos, que son 97, y los auxiliares técnicos y dibujantes de planos. Hemos visto lo correspondiente a la última sección.

162 Este elevado número de porteros adheridos a la CNT podrá sorprender. Se explica, en primer lugar, por el hecho de que —en Barcelona, que contaba entonces un poco más de un millón de habitantes— las clases opulentas constituían una parte importante de la población. Y a los ricos catalanes, amantes de la ostentación, les placía tener en sus inmuebles celosos guardianes. Bien es cierto que los propietarios habían desaparecido, huyendo a Francia, o escondiéndose. Pero los porteros habían quedado en su portería, y no era fácil desalojarlos —¿por qué, además, haberlo hecho?—. Y un excelente medio para ser respetado, ¿no consistía en adherirse al sindicato de la profesión, esforzándose al mismo tiempo por mostrarse amables, simpáticos y... cautelosos? Tanto más cuanto que la semiparálisis de ciertas industrias por falta de materia prima y de energía no permitía destinarlos a otras profesiones. Otra razón, de carácter político, y que no dependía de nosotros, obligaba a admitir el ingreso de estos elementos, que en fin de cuentas en más parasitarios que productivos: organizados en el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), los comunistas se esforzaban por engrosar la sección catalana de la UGT, a la cual se adherían todos los adversarios de la revolución y de la CNT. Esta última se veía, pues, obligada a aceptar elementos muy pocos libertarios que constituían minorías de fácil control, a fin de evitar que fueran a reforzar la organización rival. A estos tristes recursos obligaba la compleja situación creada por las maniobras de los comunistas.

El sector de la madera y decoración está compuesto por 25 secciones profesionales.

También aquí ciertas clasificaciones pueden parecer discutibles, y –una vez más– repetimos que lo que más importante nos parece es la cohesión de profesiones cuyas actividades tenían entre sí contactos o afinidades, y el espíritu de unificación y solidaridad que presidía a estos grandes conjuntos.

La totalidad de los trabajadores unidos en esta rama de industria alcanzaba a 11.542. De este total, los carpinteros se elevaban a 3.090; seguían los ebanistas, con 3.080; los mueblistas (que tal vez podrían haberse clasificado en la ebanistería), con 800. Aparecían luego los obreros en embalajes, 610; y así hasta los especialistas en cierto utillaje, que tal vez habrían podido clasificarse en la metalurgia, pero que... es cuestión de criterio.

Las secciones, o profesiones intermedias, englobaban ocupaciones muy diversas, como la fabricación de juguetes, tapices, cepillos, billares, pianos, estuches, esculturas, muebles de junco, colchones, molduras y cueros, torneados, hormas y tacones, persianas, fabricantes de «sillas Eneas», toneleros; fabricación de molduras y pasamanos; doradores y, por fin, las dos secciones mencionadas al principio, de contrachapeado y herramientas especiales. Todo por orden decreciente.

Hemos dejado aparte a 200 personas empleadas en la administración, y a las cuales se asociaba con las profesiones que componían la industria, lo cual formaba un todo.

Esto evitaba luchas, incomprensiones en los conflictos profesionales en el seno de las empresas. Lo cual nos recuerda a la Federación de los Trabajadores de la Alimentación de Madrid, unida con los campesinos colectivistas de la región del Centro.

Es digno de subrayar que, en estos casos de unión estrecha, la adhesión a los principios libertarios no ha servido de pretexto para un supuesto federalismo disociador y disgregativo. La coordinación estrecha de los hombres y de sus actividades aparece como uno de los principios fundamentales de la moral libertaria.

Un plan de sindicalización integral

Bien o mal expresada, la tendencia a una estructura orgánica bajo el control de la CNT, de acuerdo con lo que fueron siempre los postulados del sindicalismo revolucionario, o libertario, ha hecho su aparición en repetidas ocasiones, incluso en el período de improvisación de los consejos de empresa. Entre los documentos de la época que lo prueban, hemos conservado un informe del 31

de diciembre de 1936, firmado por el Sindicato de Espectáculos Públicos, el Sindicato de Profesiones Liberales, el Sindicato de la Alimentación, el Sindicato de la Industria Química, el Sindicato de Sanidad y el Sindicato de la Distribución, todos de Barcelona. Este plan fue presentado bajo forma de *Dictamen por la ponencia nombrada para elaborar la estructuración de los consejos federales de economía, control y estadística* en el Congreso Regional de Cataluña, en febrero de 1937. Nos hallamos en presencia de un intento de ir más allá de los comités de empresa, que en ciertas industrias representaban la dispersión, oponiéndole una visión cohesionada de la organización económica general.

Indudablemente, se puede hacer ciertas críticas, denotar tales o cuales insuficiencias. Pero es de hacer notar que sólo la CNT supo presentar conceptos orgánicos, que en circunstancias más propicias habrían posibilitado realizaciones de conjunto, acordes con las necesidades de una sociedad moderna.

Reproduciremos de este texto lo que nos parece más típico; evitaremos ciertas repeticiones e imperfecciones estadísticas. Aparte de esta precaución, el documento reza como sigue:

Constitución de las cajas de regularización e iniciativas

Considerando de imperiosa necesidad la organización de consejos administrativos para la buena marcha de la producción y distribución en todos sus aspectos, y que al propio tiempo sirvan de orientadores revolucionarios en la nueva estructuración económica y social para la explotación en común de las riquezas naturales, artísticas e intelectuales de los pueblos ibéricos, sometemos al estudio y a la aprobación de la Organización Sindical, el siguiente articulado de estructuración nacional y de las relaciones económicas entre los trabajadores de la CNT.

I. ORGANIZACIÓN INDUSTRIAL

Estructuración de los diversos consejos de explotación económica

Consejo de Empresa

En cada centro de producción y distribución (fábrica, taller, mina, campo, etc.), se constituirá un Consejo Administrativo formado por un representante de cada sector o especialidad de trabajo, el cual tendrá a su cargo el control general de los ingresos y gastos, y por consiguiente, los balances correspondientes a cada ejercicio y se investigará acerca del rendimiento y del cumplimiento de la labor particular y general de todos los componentes de la explotación.

Cuando una fábrica, un taller, una mina, un campo, etc., se unan a otros centros de producción y distribución de las mismas características de trabajo, se creará un Consejo General de Empresa, cuyas funciones serán las asignadas a estos organismos.

El cargo de delegado de estos Consejos no exime a sus componentes de sus obligaciones acostumbradas.

Consejo Sindical

En cada Sindicato se constituirá un Consejo económico compuesto por un número no inferior a cinco, ni superior a nueve, de representantes seleccionados entre los componentes de los Consejos de Empresa, o entre los trabajadores del mismo, con las atribuciones o características siguientes:

- a) Organizadores en materia económica.
- b) Inspectores administrativos.
- c) Técnicos en estadísticas.

Si establecemos estos tres apartados para designar a los componentes de un mismo Consejo de Sindicatos, es con el fin de delimitar desde su base las funciones propias de cada sección a ejercer en una forma racional, ya que de la

inteligencia y de la armonía de dichas funciones entre sí y con los Consejos Generales de Industria dependerá el resultado o el éxito de toda la Organización.

Los organizadores económicos atenderán preferentemente todo lo que represente rendimiento máximo de la explotación, estudiando las iniciativas o mejoras aportables o modificando las condiciones defectuosas de realización general. Los inspectores administrativos cuidarán de la exactitud de las operaciones de contabilidad y del cumplimiento de las medidas que den la máxima eficacia a la obra de conjunto.

Los técnicos de estadística se ocuparán de los gráficos de rendimiento de cada sector o especialidad, de los estados de cuentas y balances, y establecerán los índices de explotación que correspondan.

Consejo de Economía, Control y Estadística de la Federación local

Cada Sindicato nombrará un delegado en su Federación, y los delegados formarán el Consejo de economía, control y estadística de la misma.

Consejos comarcales de Economía, Control y Estadística

Se *constituirán* con un delegado por cada Sindicato de la comarca, exceptuando los sindicatos que formen federaciones locales.

Consejo de la Federación de comarcales

Estará integrado por un delegado de cada comarca de zona en Cataluña, o de provincia en el resto de España, y con una representación directa por cada Federación local de zona o de provincia.

Consejo de Economía, Control y Estadística de la Federación regional

Estará constituido por uno o dos delegados de cada zona o provincia.

Consejo Nacional de Economía, Control y Estadística Confederal

Se formará con dos delegados por cada Federación regional, elegidos por el Pleno del Consejo Regional, y residirá en Barcelona.

En todos los Consejos nombrados, los cargos serán ocupados durante un mínimo de un año y un máximo de dos.

Control de fórmulas de realización

Es lógico y conveniente que para la buena marcha de cualquier explotación, se lleve al detalle la contabilidad

correspondiente, y que lo mismo ocurra en cualquier agrupación de empresas. Con el fin de que todo esto se realice debidamente, y puedan conocerse en cualquier momento las deficiencias o anomalías que puedan aparecer, y estar a tiempo de subsanarlas en beneficio de la colectividad interesada y de la organización económica en general, sometemos a juicio de los trabajadores la conveniencia de crear un sistema de control o inspección de todas y cada una de las explotaciones con rendimiento cerrado y contabilidad propia, para poder establecer con las mayores garantías posibles la clase de ayuda en forma de compensación o subsidio que pudiera otorgarse a las explotaciones de escaso rendimiento, o la conveniencia de poder acoplar a sus trabajadores a otras empresas de mayor interés, previo asentimiento de los sindicatos interesados.

Nosotros pensamos que nivelar los ingresos de los individuos no es dando a cada trabajador en particular una aportación solidaria extraída de otros órganos de producción, sino creando otros sistemas de explotación que mejoren las condiciones de rendimiento de las industrias pobres, que así es como debe enfocarse esta fórmula de compensación.

Organización del control o inspección

Empezando por el Consejo Nacional de Economía, cada Consejo nombrará delegados inspectores que fiscalicen la administración y buena marcha del Consejo inmediato inferior hasta llegar a los Consejos de Sindicatos, los cuales inspeccionarán la contabilidad de los Consejos de empresa de sector, fábrica o campo de producción y distribución, estableciendo un balance semestral de cada uno de ellos para su balance y aprobación, que será remitido al Consejo local, o comarcal, el cual los entregará a los organismos inmediatos superiores para su aprobación definitiva.

Todo confederado tendrá derecho a intervenir directamente en cualquier inspección que se realice, sea de la Comarcal, del Sindicato, o de cualquier otro Consejo.

Organización estadística

Consideramos a la organización estadística como uno de los principales elementos de la nueva estructuración económica, ya que con sus datos concretos y seguros nos revela en cualquier momento el estado y desarrollo de todas las actividades productivas y distributivas.

Desaparecida la arcaica creencia de que con un simple libro de entradas y salidas podremos dirigir una industria, debemos ir a la creación inmediata de los gráficos y

resúmenes estadísticos de todas las funciones de la producción y distribución, simplificando al propio tiempo las operaciones contables con una unificación del sistema general de contabilidad, empleando la recopilación de datos y resultados, balances comerciales, industriales, municipales, comarcales y regionales que –debidamente compendiados– nos darán una visión exacta de toda la producción nacional.

Recalcamos al mismo tiempo, que esta organización, de carácter estrictamente técnico, debe prosperar al margen de la estructuración económica, ya que precisamente su principal misión es la de advertir las insuficiencias que en el curso de las operaciones económicas se observaran.

Los gráficos de producción y distribución, resúmenes de operaciones y extractos de ingresos y balances que establezcan los Consejos de Empresa pasarán a manos del Consejo superior inmediato, y así sucesivamente, hasta confeccionar las escalas de estadísticas de cada Sindicato, Federación local, comarcal y regional, estableciéndose el total de la producción nacional, su coste, las existencias, etc., en un compendio de estadísticas que sería la base sobre la que se asentarían los intercambios en el orden internacional.

Las cajas de regularización e iniciativas

Estructurada la composición de los Consejos de Economía, Control y Estadística, salta a la vista que únicamente la función de control o inspección administrativa o sindical puede ser ampliamente efectuada, ya que no podremos considerar completa la de Estadística y Economía nacional mientras no controlemos la totalidad de la producción nacional; y por otra parte, mal podremos obrar libremente en un Consejo de Economía nacional mientras no poseamos la caja del Banco de España, emisor del papel moneda, dado su origen netamente capitalista, y que desempeña un papel tan importante en el desenvolvimiento nacional e internacional de nuestra economía.

Mientras se llegue al control directo del sistema de emisión de billetes, y actuando dentro del sistema de valoración y poder adquisitivo de la moneda en curso, podemos crearnos una Caja propia, cuyo capital se constituirá a base de un gravamen sobre los beneficios que se obtengan con las producciones industriales y agrícolas que pertenezcan a la organización de la CNT.

Resulta inútil insistir sobre esta posición de las actividades económicas, y que mientras exista la moneda, se regularán precisamente por medio de la CNT, y que por lo tanto no podemos hablar de Consejos de Economía si al mismo tiempo no creamos el medio que les permitirá actuar gracias al capital indispensable, para que sirvan de medio regulador

con sus características esenciales de compensación y de propulsor de nuevas empresas.

Para alcanzar estos fines se necesita:

1°. Que todas las empresas se encuentren en nuestras manos.

2°. Que estas empresas tengan una vida próspera.

3°. Que se vayan creando nuevas empresas.

Como lo hemos dicho anteriormente, mientras no dispongamos de la emisión de papel moneda, la única forma reguladora posible es la mencionada, de un gravamen directo sobre los beneficios de la producción.

Beneficios saldados por los consejos de empresa, sindicatos y federaciones

Las explotaciones o administraciones que tengan la fortuna de hacer beneficios netos, una vez calculadas las cuentas de previsión necesarias, y a condición de que sus participantes no perciban una remuneración excesiva, en desacuerdo con las retribuciones de otros sectores de producción similar, destinarán dichos beneficios en la

siguiente forma:

Un 50% estará destinado a un fondo de reserva con destino a la conservación y mejoramiento de los recursos económicos, industriales y agrícolas.

El otro 50% pasará a poder del Consejo local o comarcal, según corresponda.

La Caja del Consejo comarcal o local guardará el 50% de esta recaudación, entregando el resto a la Caja de la Federación de comarcales.

Estas, a su vez, entregarán el 50% de sus ingresos a la Caja del Consejo regional.

Y estos últimos entregarán el 50% de sus ingresos a la Caja de Regularización e Iniciativas del Consejo Nacional de Economía, Control y Estadística Confederal.

Necesidad de intervención bancaria propia en nuestras operaciones financieras

Como órgano complementario de nuestra economía, entendemos se debe ir a la creación de un Banco de Crédito Confederal, cuya misión fundamental será la de absorber la

totalidad de las operaciones financieras de nuestra Confederación, y por lo tanto propugnamos porque el mismo se cree lo antes posible, bajo la dirección de nuestros Consejos de Economía, Control y Estadística.

Constitución de nuestros consejos de economía, control y estadística

En definitiva, y como resumen de lo expuesto por esta Ponencia, consideramos que para llevar a la práctica ese proyecto, y con el fin de convertirlo en una realidad inmediata, debe nombrarse una comisión ejecutiva compuesta por diez compañeros competentes, con la misión exclusiva de ir constituyendo los Consejos de Sindicatos y Federaciones locales y comarcales que han de formar la base sobre la que se asiente la potencialidad económica y social de nuestra Confederación.

Por la Ponencia: Espectáculos Públicos; Profesiones Liberales; Alimentación; Industria Química; Sanidad; Distribución.

Barcelona, 31 de diciembre de 1936.

2. ESTATUTOS O REGLAMENTOS DE LAS COLECTIVIDADES AGRARIAS

Los reglamentos o estatutos, denominados también las cartas, de las colectividades agrarias, han sido conocidos – aunque sea parcialmente– a través de esta obra. Sin embargo, incluiremos algunos más, ya que los mismos expresan –salvadas imperfecciones de léxico– el espíritu constructivo y revolucionario que caracterizara a esos nucleamientos surgidos en España en 1936–39.

En su esencia se traduce la doctrina socialista libertaria, enfrentando con realismo la situación social inesperada e imprevista.

Transcribimos tres estatutos completos:

Estatutos de la colectividad libre de trabajadores de Tamarite de Litera

Art. 1°. Con el título de Colectividad y cooperativa se constituyó en esta localidad, con fecha 1° de octubre de 1936, una colectividad de campesinos y trabajadores industriales, para la explotación agrícola colectiva de las fincas e industrias que fueron propiedad de los elementos facciosos que, directa o indirectamente, coadyuvaron a la sublevación fascista en España, cuyos bienes pasan a la Colectividad. Así como también para la explotación colectiva de los bienes de la pertenencia de los colectivistas y de aquellos propietarios de inmuebles leales al movimiento revolucionario y los de aquellos también que, sin ser elementos facciosos, no cultivan bien sus tierras directamente o dejen de cultivarlas.

Art. 2°. Esta Colectividad, compuesta como se ha dicho en el artículo anterior, de campesinos y trabajadores industriales, está inspirada en los más altos sentimientos humanos, basándose en los principios sociales más elevados.

Art. 3°. Los fines que persigue la constitución de esta Colectividad son: el mejoramiento social y económico de la masa campesina y de aquellos pequeños industriales que se destacaron siempre por sus ideas de reivindicación social antes de la sublevación fascista, y durante la revolución.

De los Bienes de la Comunidad

Art. 4°. Los bienes de la Colectividad serán constituidos por todos aquellos inmuebles urbanos rústicos y mercaderías expropiadas a los elementos fascistas, así como los propios bienes de los colectivistas, y los de aquellos que sin ser fascistas no cultiven bien sus tierras por su propio esfuerzo personal.

Art. 5°. Todos los bienes que constituyen los de la Colectividad, ya sea los provenientes de los elementos facciosos, ya sea de los adherentes voluntarios, en ningún caso podrán parcelarse, sino que se trabajarán en común, formando un solo grupo que se subdividirá en tres o más secciones, disponiendo cada sección o zona de todos los elementos para el trabajo agrícola: enseres de labranza, animales de tiro; en cada grupo se designará los delegados técnicos para el mejor desarrollo del laboreo y la explotación de las fincas expropiadas.

a) Los hombres se clasificarán en tres o más secciones, como queda mencionado más arriba, con arreglo a las actividades propias de cada individuo, unos para la poda de olivos y árboles frutales, otros para la siega de la alfalfa y cereales, otros para la azada, otros para mozos de mulas y otros para trabajos secundarios,¹⁶³ así, de esta manera evitaremos las deficiencias que hasta ahora se han venido

163 Es decir, el trabajo será distribuido según las posibilidades físicas de los trabajadores. Racionalización humanista.

sucediendo, por motivos que todos conocemos demasiado bien.

b) Todo colectivista está autorizado para adherirse a la sección que mejor le parezca, y podrá, en consecuencia, cambiar de domicilio con su familia, estando obligado a atender las instrucciones de los delegados responsables que hayan acordado en reunión preliminar la aprobación de aquellos trabajos a realizar, y si alguien no atendiera los acuerdos dimanados de la reunión de delegados, el delegado responsable lo pondrá en conocimiento de la Junta Administrativa de la Colectividad, la que determinará la expulsión del compañero o compañeros que no hayan cumplido los referidos acuerdos.

c) Se respeta a aquellos grupos que estaban constituidos anteriormente a mantenerse según sus lineamientos.¹⁶⁴

d) Todos aquellos que posean tres hectáreas y media de tierra de regadío y de monte y secano quedan en libertad de ser colectivistas o individualistas; de todos modos estarán obligados a trabajarla con su propio esfuerzo, pero, tanto los colectivistas como los individualistas tienen la obligación de prestar la ayuda que el grupo comunal le pida, ya sea en bestias como en ayuda personal.

¹⁶⁴ Sin duda, se trata de los grupos que se habían constituido anticipándose a la fundación de la Colectividad.

Los que posean menos tierra de la arriba expresada están obligados a ingresar a la colectividad.

e) A cada grupo, así como también a los colectivistas, la Junta Administrativa les dará una libreta para anotar los gastos e ingresos.

Art. 6°. Para asegurar la buena marcha de la administración, de todos los bienes de la Colectividad, se hará un balance detallando fincas agrícolas, inmuebles, mercaderías, etc., haciendo constar la procedencia facciosa.

Art. 7°. A medida que se vayan recolectando, todos los productos de la explotación comunal colectiva serán almacenados en lugares designados por la Colectividad, sin que se permita la división individual de los productos, ni su almacenamiento por separado.

Art. 8°. Aquellas fincas que reúnan mejores condiciones por su situación geográfica, número de habitantes, etc., formarán granjas agrícolas más extensas posibles, a fin de desempeñar la misión social que las circunstancias exijan.

Art. 9°. Todos aquellos que soliciten ingreso en la Colectividad deberán hacerlo con todos sus bienes, dejando de ser individualistas para ser colectivistas y solidarios de la Colectividad.

Art. 10°. Para poder conocer en todo momento la situación de la Colectividad, se llevará contabilidad adecuada por secciones de todas las operaciones de producción y consumo.

Art. 11°. Deben expulsarse de la Colectividad a todos los elementos facciosos que no den el menor rendimiento ni beneficio a la Colectividad, siendo una carga para ésta, y teniendo muy en cuenta que si la situación cambiara sabrían aprovecharse para convertirse en perseguidores no solamente nuestros sino de nuestros propios familiares.

Derechos y Deberes de la Colectividad

Art. 12°. La Colectividad dispone para beneficio de todos los colectivistas, de la Cooperativa de Consumo en los ramos de comer, beber, calefacción y vestir, así como farmacias y médicos y todo cuanto concierne en artes y oficios propios para el desarrollo y desenvolvimiento disponiendo también de cuatro molinos de aceite, una fábrica harinera, una de jabón (fusionada con los mohos de aceite para la elaboración de aceites secundarios), una fábrica de lejía, tres fábricas de yeso, tres de cerámica y ladrillos, y la luz eléctrica.

Art. 13°. Se reconoce el derecho a todo colectivista a que en las respectivas viviendas críen toda clase de animales, como cerdos, gallinas, pavos, patos, ocas, conejos, a fin de

hacer una sobreproducción; un 10% de las aves y conejos se llevarán a las granjas colectivas, estando obligados los colectivistas que por su condición críen aves y conejos a entregar a la cooperativa de consumo, todos aquellos huevos sobrantes, hasta tanto den rendimiento las granjas colectivas a fin de proveer a la población industrial y a cuantas personas lo necesiten [...].

Art. 14°. A todos los colectivistas industriales y a aquellos otros que por el ejercicio de su profesión no pueden dedicarse al cultivo de verduras, se le suministrarán gratuitamente lo que sus familias necesiten.

Art. 15°. La Colectividad da a cada cabeza de familia, semanalmente, el sueldo familiar en moneda local, cuya escala es la siguiente:

Un matrimonio joven.	25.000 ptas.	
Un matrimonio mayor de edad.	21.00 ptas.	
Tres personas mayores.	33.00 ptas.	
Cada persona mayor (que exceda de tres por día).	1.00 ptas.	Más
Cada persona mayor que exceda (por día) ¹⁶⁵ .	0.60 ptas.	Más

165 No debe olvidarse que, según hemos explicado anteriormente, se calculaba que el costo de lo necesario para la vida disminuía por persona a medida que aumentaba el número de los componentes de la familia.

Dos mujeres solas.	20.00 ptas.	
Un hombre solo.	18.00 ptas.	
Una mujer sola ¹⁶⁶ .	14.00 ptas.	
Para los que coman en el comedor colectivo.	9.10 ptas.	

Estas cifras podrán aumentar o disminuir según las circunstancias puestas a discusión en una Asamblea General de Colectivistas.

Art. 16°. Todos los componentes de la Colectividad, sin distinción de sexos –exceptuando los casos de deficiencia física, los que serán sometidos a reconocimiento médico–, están obligados a trabajar desde la edad de catorce años¹⁶⁷ a los sesenta, pasando, en estos casos el trabajo obligatorio a tener carácter voluntario, siendo deber de todos los colectivistas velar por los intereses de la Colectividad

166 La diferencia del sueldo entre hombre y mujer, que puede chocar, se explica por el hecho de que el hombre hacía los trabajos más pesados, y necesitaba mayor alimentación.

167 Lo cual sobreentiende que iban a la escuela hasta los catorce años. Por otra parte, ciertas medidas de control que nos parecen un poco excesivas habían sido decididas *por la asamblea de los colectivistas*, como la que hemos narrado en el capítulo precedente, y, podían, también, ser revisadas por otra asamblea de los colectivistas. La comisión directiva no hacía sino lo que había sido decidido según las normas de la democracia libertaria.

aportando su máximo esfuerzo en pro de la misma tanto el campesino como el industrial, acatando siempre lo previsto en los estatutos y la trayectoria que en sus acuerdos marquen las asambleas de los colectivistas.

Art. 17°. Corre a cargo de la Colectividad los gastos de farmacia, luz, médico, vivienda y el suministro de aceite para todo el año.

Art. 18°. Cuando algún compañero, colectivista, quiera unirse, o sea, constituir una nueva familia, la Colectividad responderá de sus necesidades materiales.¹⁶⁸

Art. 19°. Cuando por causas justificadas de fuerza mayor, algún compañero tenga necesidad de ausentarse de la localidad, eventualmente corresponderá a la Colectividad los gastos que su traslado le imponga.

Art. 20°. Todos los compañeros colectivistas quedarán con la máxima libertad de separarse de la misma cuando lo crean conveniente, descontándoles el 15% (15%) de sus aportes en mercaderías y frutos.¹⁶⁹

Art. 21°. La Comisión Administrativa estará compuesta de un delegado por cada sección, o departamento, los cuales

168 Dicho de otro modo: la Colectividad le proporcionará los muebles y enseres necesarios para la organización material del hogar.

169 Confesamos no entender claramente el significado de estas últimas palabras. Tal vez haya sido una confusión de mecanografía.

entre sí se repartirán los cargos, o delimitarán sus funciones dentro de la misma. El nombramiento de los cargos administrativos de las diversas arterias de la colectividad se hará en Asamblea General de Colectivistas, no existiendo límite de duración de los mismos, que cesarán a petición de los propios delegados, y cuando la Asamblea General así lo disponga.

Estatutos de la colectividad de Salas Altas

Reunidos en la Asamblea General, los abajo firmantes, y discutidas las normas colectivistas, acuerdan por voluntad propia implantar una Colectividad y pertenecer a ella, y para su desenvolvimiento económico aprueban las siguientes normas:

1°. A la Colectividad podrá pertenecer todo vecino, cualquiera que sea su condición económica, siempre que esté de acuerdo con este reglamento y sin distinción de organizaciones y partidos.¹⁷⁰

2°. Los componentes de la Colectividad nombrarán un Comité compuesto por un presidente, vicepresidente,

170 Entiéndase de organizaciones sindicales, CNT y UGT, dándose aquí, una vez más, un ejemplo de tolerancia mutua.

secretario, contador, tesorero y tantos vocales como se considere necesario, teniendo en cuenta la capacidad de la Colectividad.

3°. Este Comité tendrá carácter administrativo, respondiendo de su gestión en asambleas de los colectivistas, pudiendo éstas renovar o destituir los cargos que no hayan cumplido su mandato.

4°. Todos los vecinos conformes con este nuevo régimen de vida aportarán a la Colectividad todos los bienes que posean, como ser tierras, aperos de labranza, caballerías, dinero y demás utensilios de trabajo.

5°. Los colectivistas aportarán todos los animales de corral, con los que tratarán de formar una granja para fomentar la avicultura que duplicará la riqueza de estas aves; su vigilancia correrá a cargo de los compañeros que al efecto nombre la asamblea.

6°. Constitución de cuadras comunales para las caballerías al servicio de la Colectividad, con el fin de tenerlas todas reunidas y con personal competente para su cuidado, y de esta forma, el conductor de ellas dispondrá de más tiempo de descanso, y sólo las tomará cuando haya que realizar las faenas del campo o de transporte.

7°. El ganado lanar se unirá y serán nombrados los pastores de la Colectividad para cuidarlos y apacentarlos; del sacrificio

del mismo se encargará un delegado que será el que dictaminará el que ha de sacrificarse para las necesidades de la Colectividad.

8°. Almacenamiento de todos los comestibles y productos de la tierra en locales colectivos para su mejor control.

9°. Se forma una cooperativa o varias, según la capacidad de la Colectividad, que serán las que se encargarán de adquirir por intercambio los productos que la misma necesite traer de otras localidades, y procederá a la distribución de los productos mediante el carnet de productor, y la cantidad acordada por la asamblea.

10°. El reparto de los productos entre los colectivistas podrá aumentarse según las circunstancias económicas de la Colectividad.

11°. Nadie podrá consumir más de lo que sus necesidades lo exijan; únicamente de haber alguna excepción, la familia o el individuo tendrán que justificar su demanda, si se trata de enfermos, mediante certificado de médico.¹⁷¹

12°. La Colectividad en asamblea determinará los días de vacaciones anuales que ha de disfrutar cada colectivista.

13°. El dinero propiedad de la Colectividad no tendrá otro valor que el hacer el intercambio con aquellas localidades

171 No se olvide que la guerra imponía muchas restricciones.

que todavía, por no haber hecho ninguna transformación en el orden económico, tengan necesidades de recurrir a él.

14°. Los cargos de delegados en todos los ramos del trabajo, como agricultura, explotación de nuestro subsuelo y ganadería, serán elegidos y renovados por la Colectividad, advirtiéndole que su mandato sea respetado por los colectivistas o colectivizados, pues en caso contrario la asamblea tomaría los acuerdos pertinentes.

15°. Todos los individuos mayores de quince años, de ambos sexos,¹⁷² estarán obligados a trabajar para la Colectividad, y con relación a las mujeres casadas o inútiles¹⁷³ serán las asambleas las que determinarán su obligación.

16°. Quedan exentos de trabajo los mayores de sesenta años, pero si su estado físico se lo permite y es voluntad de ellos, podrán realizar trabajos moderados, para la mejor marcha de la Colectividad.

17°. Todo colectivista que sin causa justificada quisiera apartarse de la Colectividad pierde todos sus derechos a la riqueza de la misma.

172 Por tanto, los niños iban a la escuela hasta los 15 años.

173 Léase «físicamente ineptas».

18°. Los acuerdos serán tomados en la asamblea, acatándose el régimen de mayoría.

19°. En caso de tener que trasladar su residencia un colectivista, no se le entregará otra cosa que lo que proporcionalmente le corresponda de lo producido por la Colectividad en la fecha que esto ocurriera.

20°. De todo cuanto los colectivistas entreguen en el acto de constitución de la Colectividad, se extenderá un correspondiente recibo.

21°. La asamblea es soberana, y todos sus acuerdos son válidos, aunque modifiquen los artículos del presente reglamento.

Este reglamento colectivista es el que se comprometen a estructurar y llevar a la práctica los componentes de la misma.

Salas Altas, a 7 de diciembre de 1937.

Reglamento de la colectividad de Pina de Ebro

Queriendo interpretar fielmente el despertar del pueblo

oprimido por un puñado de privilegiados, que tenían al pueblo sumido en la más espantosa miseria e ignorancia.

Hemos comprendido que ha llegado la hora de derrocar la estructuración social impuesta a la clase trabajadora por la burguesía y la burocracia, reconstruyendo el edificio social desmoronado por sus propios errores y asentando la nueva sociedad sobre bases más firmes, más equitativas, más justas y humanas, en la que desaparezcan los privilegios, la explotación y las clases sociales, dejando de ser el pueblo trabajador un puñado de esclavos sin personalidad propia, absorbidos sus derechos y personalidad y lo que podían tener de humano, por la clase dominante.

Estamos atravesando los momentos más culminantes de la historia y de la humanidad; de nuestro esfuerzo y sacrificio depende que las generaciones venideras hereden una sociedad en la que todos los seres humanos se consideren como hermanos y en la que la justicia y la fraternidad sean símbolos imperecederos.

Teniéndose en cuenta las consideraciones precedentes, la clase trabajadora y campesina, poniéndose a la altura de las circunstancias actuales, establecen la colectividad voluntaria sobre las siguientes bases:

1°. El ingreso en la Colectividad es voluntario para todos los vecinos, cualquiera que sea su condición económica, siempre que estén de acuerdo con este reglamento.

2°. Todos los vecinos conformes con este nuevo régimen de vida aportarán a la Colectividad todos los bienes que poseen, como ser: tierras, herramientas agrícolas, caballerías, dinero y demás útiles de trabajo.

3°. En cuanto las circunstancias lo permitan, se procurará construir cuadras colectivas, a fin de colocar todos los animales útiles para los trabajos agrícolas, y lo mismo se hará con el ganado vacuno y lanar, nombrándose personal competente para el buen cuidado de los mismos.

4°. Almacenamiento de todos los comestibles y productos de la tierra en locales colectivos para su mejor control; así como también formación de una o varias cooperativas para la diaria contribución de alimentos y enseres necesarios para los colectivistas.

5°. O El reparto de los productos entre los colectivistas podrá aumentar o disminuir, según la situación económica de la Colectividad.

6°. El trabajo se organizará por grupos; al frente de cada uno irá un delegado responsable. Procurarán crearse secciones de yunteros y operarios pudiendo alternarse en estos cargos todos los camaradas de la Colectividad que tengan condiciones para ello.

7°. Todos los individuos mayores de quince años de ambos sexos estarán obligados a trabajar para la colectividad.

Quedan exentos de trabajo los mayores de sesenta años e inútiles, pero si su estado físico lo permite y es voluntad de ellos, podrán realizar trabajos moderados para la mejor marcha de la Colectividad.

8°. La Colectividad se desentiende por completo de los vecinos que deseen continuar en régimen individual; de modo que no podrán recurrir a ella bajo ningún concepto. Trabajarán sus propias tierras, con su propio esfuerzo, y si por poseer en cantidad excesiva no pudieran atenderla debidamente, todas las que sobren pasarán a la Colectividad.

9°. Todo colectivista que sin causa justificada quiera apartarse de la Colectividad pierde todos sus derechos a la riqueza de la misma.

10°. Quedan abolidas las más mínimas sombras de explotación del hombre por el hombre. Y como consecuencia de esto, toda clase de arriendos, medianerías, salarios y jornales. Esta medida alcanzará a todos los vecinos del pueblo cualquiera que sea su condición.

11°. La asamblea es soberana, acatándose el régimen de mayoría. En ella se decidirán las acciones a imponer a los componentes de la Colectividad que por cualquier motivo perturben la buena marcha de la Comunidad.

Pina de Ebro, 1937.



ACERCA DEL AUTOR

LA OBRA DE GASTÓN LEVAL (2009)

Jacky Toublet

12 de octubre, 2023, Libértame

Gastón Leval no era un hombre extraordinario; era un hombre como cualquier otro, con sus aciertos y sus errores.

Sin embargo, como activista libertario, inspiraba respeto por varias razones.

En primer lugar, se negó a participar en la matanza interimperialista de 1914–1918 y tuvo que sufrir las consecuencias durante largos años.

A lo largo de toda su vida, insistió en la necesidad de renovar las ideas del movimiento anarquista sobre la organización económica de la sociedad libertaria a partir de las realidades de nuestro tiempo.

Por último, el papel desempeñado por Leval como delegado de la CNT en Rusia con ocasión del congreso constituyente de la Internacional de Sindicatos Rojos quizás no se haya subrayado lo suficiente. En aquella época, todo el movimiento obrero europeo estaba inmerso en el mito de la revolución rusa. Las delegaciones sindicales que regresaban de allí no habían tratado de examinar la realidad de los acontecimientos. Habían redactado informes favorables a la adhesión a la Internacional, preparando así el terreno para la posterior bolchevización de su organización sindical.

Gastón Leval fue el único delegado europeo que se atrevió a redactar un informe en contra de la adhesión¹⁷⁴. O para ser

174 Esto no es cierto: Ángel Pestaña, delegado de la CNT en el congreso fundador de la Internacional Sindical Roja, había hecho un informe desfavorable pero había sido detenido en Italia, encarcelado durante varios meses. Su informe también desempeñó un papel decisivo. Para ser precisos, Gastón no había sido delegado por la CNT, sino por la Federación de Grupos

más precisos, el único delegado desfavorable que sobrevivió, ya que Vergeat y Lepetit desaparecieron misteriosamente.

Hay otro punto que conviene subrayar sobre la obra de Gastón Leval: durante toda su vida afirmó que el movimiento libertario necesitaba desarrollar la formación teórica de sus militantes.

La formación de los militantes

Esta era la tarea del Centre de Sociologie Libertaire que fundó. Me incorporé a él en 1969 o 1970 y éramos muy pocos los que participábamos. Su ambición no era sólo formar militantes, sino también formar personas capaces de hacer progresar la teoría libertaria y de adaptarla a las condiciones de una sociedad moderna.

La curiosidad de Gastón era insaciable; se interesaba por todo, incluso por temas que a primera vista podrían tener la menor relación con sus ideas. Incluso las teorías modernas sobre física y biología le interesaban, y a menudo confirmaban sus ideas.

Su biblioteca era increíble, atestada de libros en todas las paredes de la habitación y en todos los muebles.

Llevaba años rellorando fichas de lectura que tenía archivadas en un armario, por temas, y que iba sacando a medida que las necesitaba. Era un trabajo que requería una perseverancia extraordinaria, por la que siempre le envidié, y que da una idea de lo mucho que trabajaba.

Hay que decir que, por diversas razones, Gastón estaba relativamente apartado del movimiento libertario de la época. Le oí quejarse muchas veces de la incapacidad de los libertarios para aprovechar los acontecimientos de mayo-junio de 1968 para desarrollarse.

Muchos anarquistas criticaron a Gastón por ser un «reformista». En cierto sentido era cierto. Se basaba en un pasaje de una carta al Elíseo Reclus, creo, en la que Bakunin decía que la era de las revoluciones había terminado.

No sé si la era de las revoluciones ha terminado, y no creo que nadie esté cualificado para hacer una afirmación tan categórica. Cuando más tarde leí el pasaje completo del que se había extraído esta cita, llegué a la conclusión de que Gastón estaba cometiendo un grave error en su interpretación del pensamiento de Bakunin.

Pero en cualquier caso, Gastón no habría necesitado esconderse detrás de Bakunin para expresar su pensamiento.

¿Un «revisionista»?

El trabajo de Gastón Leval consistió en construir un movimiento libertario sobre bases teóricas más sólidas y, más que un «reformista», fue un «revisionista».

Opuesto a las definiciones abstractas, al individualismo y a las tendencias grupusculares, Gastón se esforzó por definir el anarquismo como un todo coherente y orgánico. En particular, se oponía a las teorías comunistas basadas en el principio de la comuna libre; abogaba por un sistema basado principalmente en federaciones de industria, pero también apoyado en cooperativas.

En general, Gastón rechazaba cualquier concepción simplista del socialismo libertario. La constitución del socialismo sólo podía poner en juego varios tipos de soluciones que, además, debían coordinarse. En particular, consideraba que el sindicalismo por sí solo no podía resolver todos los problemas de la revolución.

No había soluciones uniformes para la producción agrícola, la organización de los ferrocarriles o la educación.

A Gastón le gustaba comparar la ruina de la economía rusa organizada por los bolcheviques después de 1917 con la toma coordinada y casi inmediata de la economía por los trabajadores españoles en 1936. Para él, se trataba de una

especie de símbolo que resumía la diferencia entre los libertarios y los leninistas y negaba la pretensión de coherencia teórica y política de estos últimos.

Gastón Leval y el movimiento libertario

Si Gastón Leval ha estado durante mucho tiempo apartado del movimiento libertario en Francia –o al menos de una parte importante del mismo– es probablemente porque realizó un análisis extremadamente penetrante e intransigente del mismo.

Este análisis crítico se repite con frecuencia en sus escritos, pero se encuentra principalmente en su libro *Precisiones sobre el Anarquismo*, desgraciadamente no traducido al francés. En realidad, no se trataba del movimiento anarquista francés en particular, sino que a partir de los años 50, tras su regreso a Francia, los análisis que había hecho del movimiento anarquista en general se aplicarían a la situación en Francia.

Según Gastón, no hay acuerdo entre los principales teóricos del movimiento anarquista sobre cuestiones tan importantes como la definición del anarquismo, sus objetivos y sus medios.

En primer lugar, Gastón refutó el propio término «anarquista» porque, en su opinión, la ambigüedad del

término atraía al movimiento a elementos desafectos y rebeldes, místicos de la destrucción más que revolucionarios conscientes deseosos de construir una nueva sociedad.

Gastón criticó a los anarquistas por haber insistido en los aspectos «periféricos» de la teoría: individualismo, autorrealización, rechazo de la organización, espíritu de negación, etc., lo que condujo al movimiento hacia la incoherencia teórica y la incoherencia práctica.

El socialismo libertario, según Gastón Leval, implica, por el contrario, los deberes del individuo para con la sociedad y una organización compleja capaz de responder a los problemas de una sociedad industrial desarrollada. En su libro sobre el Estado, nos recuerda que si el federalismo es la organización ascendente de las cosas y de las personas, implica la existencia de una base y de una cúspide.

Las ideas de Gastón sobre el camino hacia el socialismo libertario, que descartan cualquier posibilidad de acción violenta, suscitan serias reservas.

Creía que el pueblo no estaba preparado para hacer una revolución, lo cual es una simple constatación, pero también que estaba ampliamente satisfecho con la situación actual. También creía que el Estado moderno tiene tanto poder social que cualquier idea de revolución violenta está condenada al fracaso. Lo cierto es que este punto de vista, se piense lo que se piense, se basa en un análisis de la

situación real y, por tanto, sigue siendo fiel al método que Gastón defendía constantemente: no razonar en el vacío a partir de abstracciones.

La lección que todo el movimiento libertario puede extraer de la obra de Gastón Leval está perfectamente resumida en los números 195–196 de sus Cuadernos:

[...] Es esencial analizar la evolución del capitalismo, de la estructura económica, de las relaciones de clase, del papel del Estado, desarrollar nuestro conocimiento de la economía, penetrar profundamente en la organización y el funcionamiento de la sociedad para que nuestra crítica deje de ser la repetición de fórmulas seculares.

En este sentido, el pensamiento de Gastón Leval sigue más vigente que nunca.

<https://www.partage-noir.fr/l-oeuvre-de-Gastón-leval>